

PETER JAMES

SIGLOS DE OSCURIDAD

Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo

Prólogo de Colin Renfrew



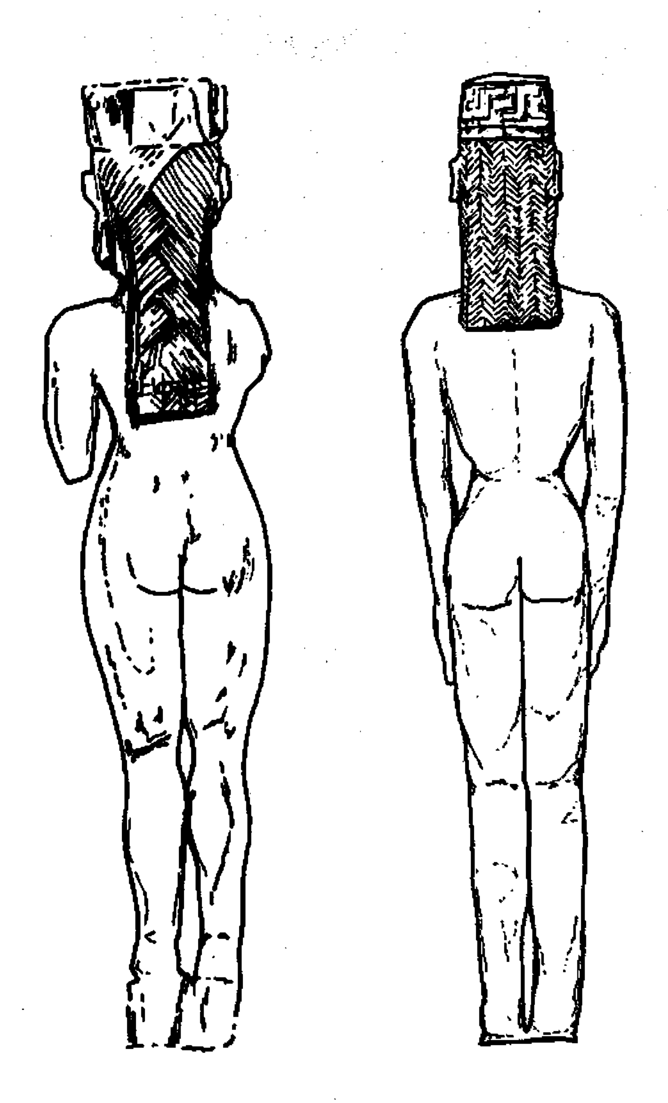
Crítica

Crítica  *Arqueología*



¿Cómo explicar la desaparición de la escritura en Grecia a finales de la edad del bronce y su reaparición trescientos años después? ¿Y por qué los griegos del período clásico decoraron sus cerámicas con motivos de carros, armas y escudos que se habían dejado de utilizar tres siglos antes? Para James y sus colaboradores, el confuso período comprendido entre los años 1150-750 a.C. –la «edad oscura»– que siguió a la caída de Troya y de la civilización micénica simplemente no existió o, en cualquier caso, no duró más de dos generaciones. Así, el colapso de las grandes civilizaciones del bronce final no se produjo hacia el 1200 a.C., sino en el 950 a.C., lo que explicaría, entre otras cosas, que Homero pudiera describir con tanta minuciosidad, lucidez y detalle el aspecto de las murallas de Troya o los acontecimientos de aquella epopeya, lo cual sería propio de alguien que escuchó el relato de los propios supervivientes o de sus hijos. Y es que la cronología del bronce final se apoya en los textos egipcios, cuya historia, durante el denominado Tercer Período Intermedio, los autores juzgan 250 años demasiado larga. De admitirse este reajuste cronológico, habría que revisar gran parte de la protohistoria mediterránea, ya que David y Salomón pudieron haber sido contemporáneos de Ramsés II y la fundación de Roma pudo haber ocurrido en el 750 a.C. y no en el siglo X, como defienden los arqueólogos. Este libro, destinado a ser polémico, contradice las últimas aportaciones de la arqueología, que tienden a elevar las cronologías del bronce en el Egeo a partir de la calibración de las dataciones radiocarbónicas. Como han señalado Renfrew y Snodgrass, aunque muchas de las hipótesis vertidas en este libro deben considerarse con extrema cautela, sería un error desatender las críticas sobre la fragilidad cronológica de esa «edad oscura».

Los autores son posgraduados en arqueología por el London University Institute of Archaeology. Peter James es especialista en prehistoria del Egeo, Robert Morkot es egiptólogo especializado en Nubia, John Frankish es experto en arqueología del Egeo, Ian Thorpe en prehistoria de Europa y Nikos Kokkinos en arqueología bíblica.



Figurillas de marfil del siglo XII a.C., de Megiddo, Palestina *(izquierda)* y del siglo VIII a.C., de Atenas *(derecha)*. A pesar de la diferencia de cuatro siglos, ambas pertenecen claramente a la misma tradición artística.

PETER JAMES

SIGLOS DE OSCURIDAD

Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo

con la colaboración de

I. J. THORPE, NIKOS KOKKINOS,
ROBERT MORKOT, JOHN FRANKISH

Prólogo de
COLIN RENFREW



CRÍTICA
BARCELONA

Título original:
CENTURIES OF DARKNESS. A CHALLENGE TO THE CONVENTIONAL CHRONOLOGY OF OLD WORLD ARCHAEOLOGY
Jonathan Cape, Londres

Traducción castellana de GLORIA MORA

Cubierta: Enric Satué

ISBN: 84-7423-576-6
Depósito legal: B. 3.965-1993
Impreso en España
1993.—HUROPE, S.A., Recaredo 2, 08005 Barcelona

A nuestros padres

AGRADECIMIENTOS

Queremos dar las gracias a muchos amigos y colegas por leer las primeras versiones o por proporcionar información, apoyo, aliento y discusión a lo largo de las distintas fases del trabajo, aunque, por supuesto, no son responsables de los puntos de vista expresados en este libro: Dra. Jacqueline Balensi, Dr. John Bimson, Dr. Rupert Chapman, Dr. Victor Clube, Aidan Dodson, Catherine Dyer, Dr. Anthony Frendo, Geoffrey Gammon, Leslie Gardner, Vronwy Hankey, David Hawkins, Lorna Heaslip, Allison Hewitt, Dr. Stephen Instone, Carl Olof Jonsson, Dr. Vassos Karageorghis, Dr. Timothy Kendall, Kyriakos Lambrianides, Mark Lowery, Alison Mansbridge, Dr. Phil Mason, Bob Porter, profesor Fergus Millar, Brian Moore, Peter Parr, Sandra Parker, Dr. Andy Rayes, profesor Colin Renfrew, Sue Rollin, Eddie Schorr, profesor Anthony Snodgrass.

Nuestro más profundo agradecimiento también a Patricia Briggs y Rosemary Burnard por los dibujos, a Richard Baker y a Malcolm Porter por los mapas y a Leslie Primo por su ayuda con las reproducciones, y por supuesto, a Tony Colwell, Sarah Wiesendanger, Rowan Seymour, Pascal Cariss y a todos los miembros de Jonathan Cape por su generosa ayuda.

Aunque los cinco autores trabajamos juntos en el volumen, la responsabilidad sobre la investigación y el borrador de los capítulos individuales se distribuye de la siguiente manera: 1 (Thorpe, James), 2 (Thorpe), 3 (Frankish, Thorpe, James), 4 (Kokkinos, James, Frankish), 5 (James, Kokkinos, Frankish), 6 (James), 7 (Kokkinos), 8 (James, Kokkinos), 9 (Morkot), 10 (James, Morkot), 11 (James), 12 (James), 13 (Thorpe, James, Kokkinos).

Los autores agradecemos a las siguientes personas y autoridades el permiso para reproducir su material en nuestras láminas: 1: Museo Petrie, University College de Londres; 2: American Schools of Oriental Research; 3: Profesor Paul Åström, Universidad de Gotemburgo; 4: Instituto de Arqueología, Londres; 7, 8: Alessandro Usai; 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 18, 19: administradores del Museo Británico; 16: Museos Nacionales, París; 17: Director de Antigüedades de Israel.

«El tiempo está dislocado ...»

WILLIAM SHAKESPEARE, *Hamlet,* I, v. 189

PRÓLOGO

La historia necesita fechas. La cronología es la columna vertebral tanto de la arqueología como de la historia, ya que, sin un marco temporal, no puede establecerse una secuencia de acontecimientos, ni se puede tener una visión clara de lo que sucedió en el pasado, ni saber qué avance significativo apareció primero.

Este libro inquietante llama la atención, de un modo penetrante y original, sobre un período crucial en la historia del mundo y sobre la naturaleza variable de las fechas, el marco cronológico sobre el que se apoyan nuestras interpretaciones actuales. Ese período es, simplemente, la época del nacimiento del mundo antiguo —es decir, el mundo clásico de Grecia y de Roma—, que siguió a la decadencia de las grandes civilizaciones de la edad del bronce del Mediterráneo y al comienzo de las «Edades Oscuras». Dichas civilizaciones —la hitita, la micénica, Egipto durante el Imperio Nuevo— decayeron o fueron destruidas. Y después de algunos siglos, surgieron los nuevos mundos de la Grecia antigua, de Roma, de los etruscos, etc. Aquí se hace la revolucionaria sugerencia de que las cronologías existentes sobre esta fase crucial de la historia humana contienen un error de varios siglos, y que, en consecuencia, la historia tendrá que escribirse de nuevo.

¿Podría ser correcta una afirmación tan atrevida? ¿Es realmente posible un cambio tan radical? ¿Puede ser erróneo todo el saber acumulado a lo largo de más de un siglo?

Dos polémicas instructivas de los últimos años muestran que semejante confusión no es inimaginable. La primera fue la «revolución del radiocarbono»: la redatación de la prehistoria reciente europea durante el neolítico y la primera edad del bronce. Se demostró que los monumentos megalíticos del noroeste de Europa, en lugar de ser derivaciones de monumentos mediterráneos como las pirámides, eran en realidad siglos, incluso milenios, más antiguos que aquéllas. La corrección (o «calibración») de las fechas proporcionadas por el radiocarbono utilizando la datación mediante la medición de los anillos de los árboles demostró que las suposiciones sobre las que los especialistas habían basado la cronología de la Europa prehistórica estaban, sencillamente, equivocadas, que las fechas para Europa entre 5000 y 1500 a.C. (y antes) tenían que cambiarse, y que los manuales debían reescribirse.

Existe ahora un segundo problema más importante. La colosal erupción vol-

cánica de la isla de Tera, en el Egeo, había sido situada por los arqueólogos, a partir sobre todo de las conexiones con la cronología histórica establecida para el antiguo Egipto, entre 1500 y 1450 a.C. Los nuevos métodos científicos, entre ellos la datación por radiocarbono, indican que debería adelantarse por los menos en unos 150 años. Esto tendrá un gran impacto sobre muchos aspectos de la arqueología mediterránea.

Pero ¿podría esta perturbación cronológica a gran escala afectar también al período de tiempo mucho más reciente considerado aquí, entre 1100 y 700 a.C.? ¿Es que no está más firmemente establecida la cronología de una fase significativamente más cercana a nuestra época y a la de los historiadores de Grecia y Roma?

Los autores de este libro demuestran de manera concluyente que no. Afirman que la cronología egipcia para el período en cuestión —el llamado «Tercer Período Intermedio»— resulta totalmente insegura. También demuestran que existen problemas en la cronología histórica del Próximo Oriente. Y lo triste es que la cronología histórica del resto del Mediterráneo, hasta bien entrado el 700 a.C., depende de ellas. Es bien sabido que la cronología de la Italia primitiva, durante la edad del hierro y hasta la fundación de Roma, es totalmente confusa. Los especialistas suecos e italianos discuten fechas que pueden diferir en dos siglos.

Yo mismo (influido por el prudente escepticismo del profesor Robert Cook) soy totalmente consciente de que el calendario de la antigua Grecia durante el período comprendido entre 1000 y 600 a.C. se basa en una extraña línea de razonamiento. La cerámica griega de esta época se fecha gracias a los hallazgos de esta misma cerámica en Italia (en las colonias griegas de occidente), y se basa en las «fechas fundacionales» de dichas colonias proporcionadas por historiadores tan respetables como Tucídides. Pero nadie me ha explicado nunca por qué debemos confiar en las fechas dadas por Tucídides para acontecimientos ocurridos algunos siglos antes de su propia época. No se ha comprobado tampoco que la cerámica griega encontrada en esos yacimientos fuera importada (a través del comercio) mucho antes de la fundación oficial de las colonias.

Los autores proponen aquí que muchas de estas fechas podrían ser posteriores. Yo sospecho lo contrario, y estoy más impresionado por su demoledora teoría —que las cronologías existentes no son fiables— que por las alternativas propuestas. En mi opinión, sólo hay una solución: la datación científica, basada en los dos métodos actualmente disponibles. El primero de ellos es la dendrocronología: la datación por medio de la medición de los anillos de los árboles. Pronostico que sólo comprenderemos de verdad la cronología del antiguo Egipto en los siglos posteriores al 1000 a.C. cuando de las abundantes muestras de madera halladas en Egipto se haya obtenido una cronología apropiada basada en la medición de los anillos de los árboles. El segundo método es el de la «curva de compensación», en el que las secuencias de fechas por radiocarbono procedentes de un yacimiento aislado se estudian estadísticamente, lo que incrementa nuestro conocimiento detallado de la escala de tiempo del radiocarbono. Pero ambos proyectos pertenecen al futuro. Sin ellos, no tendremos

una cronología fiable para el período geométrico griego, para los fenicios, para Italia en la edad del hierro, para la Roma primitiva.

No obstante, el primer paso consiste en reconocer el alcance de nuestra ignorancia. Darse cuenta de cómo las «cronologías» existentes en distintas zonas del Mediterráneo se apoyan en argumentos circulares, según los cuales los especialistas en un área creen que los de otras áreas deben saber de qué están hablando, y utilizan a ciegas sistemas de datación que no son mejores que los suyos propios.

Los autores de esta obra nos hacen un gran favor debido a la amplitud del estudio que abordan. Al tener en cuenta el conjunto del Mediterráneo, desde la península ibérica hasta Oriente, desde Egipto hasta Chipre y Grecia, y por supuesto hacia el norte, desde Italia hasta la Europa central, pueden demostrar la fragilidad de los lazos que mantienen unida una estructura cronológica muy frágil. Creo que su análisis crítico es correcto, y que la revolución cronológica está en marcha. Sólo sabremos si la solución que proponen es cierta cuando las fechas por dendrocronología y las secuencias de radiocarbono basadas en las «curvas de compensación» sean más abundantes. Pero su afirmación fundamental es acertada: éstos han sido y siguen siendo «Siglos de Oscuridad». Quizás ahora podamos empezar a vislumbrar la luz al final del túnel.

COLIN RENFREW,
catedrático de arqueología

Universidad de Cambridge
agosto de 1990

PREFACIO

Un mango de hacha soberbiamente tallado o una máscara funeraria egipcia de oro puro pueden constituir pintorescas piezas de museo, pero por sí mismas, en realidad, nos dicen muy poco del pasado. A menos que sepamos más —en qué lugar exacto del yacimiento arqueológico fueron descubiertas y qué se encontró junto a ellas—, seguirán siendo curiosidades sin contexto. La fecha constituye un aspecto crucial del contexto, por supuesto. Una de las primeras cosas que todos quieren saber sobre un objeto antiguo es, simplemente, de cuándo data.

A pesar de ello, en arqueología e historia las fechas parecen haber adquirido una mala reputación, lo que quizá no resulte sorprendente dadas las generaciones de escolares obligados a digerir aburridas listas de acontecimientos sin otra lógica aparente en su ordenación que la secuencia cronológica. Los estudiantes de arqueología e historia antigua tienen que aprender también listas básicas de fechas y, una vez absorbida la información, almacenarla en la memoria. A partir de ese momento se dan por ciertas, y, con bastante frecuencia, quienes desean seguir profundizando en el estudio de las sociedades antiguas consideran la cronología como un mal necesario. Desafortunadamente, existen también científicos que, como pobres profesores de historia, se obsesionan con las minucias de las fechas y no llegan al fondo del problema. Ellos inspiraron al gran sir Mortimer Wheeler las siguientes palabras: «hemos ... estado preparando horarios; consigamos ahora algunos trenes».

El problema de la demanda impaciente de Wheeler consiste en que los horarios en sí no bastan; tienen que ser exactos antes de que los trenes partan, o, de otro modo, perderíamos los enlaces entre ellos. En términos arqueológicos, las interacciones culturales del mundo antiguo seguirán siendo confusas, a menos que tengamos una escala de tiempo fiable.

Cuando los autores de este libro nos encontramos en el Instituto de Arqueología de Londres en 1985, descubrimos nuestro escepticismo sobre la supuesta precisión de los horarios de la arqueología del mundo antiguo. Sobre todo, llegamos a convencernos paulatinamente de que había algún error serio en el panorama tradicional de una Edad Oscura de varios siglos de duración que se abatió sobre una vasta área tras el bronce final, en torno a 1200 a.C. Con una investigación básica en varios campos diferentes, aunque relacionados entre sí (prehistoria británica, Creta minoica, Grecia micénica, arqueología bíblica y

la Nubia de los faraones), aunamos nuestros esfuerzos y comenzamos un estudio a fondo de la cronología arqueológica de todo el Mediterráneo y Próximo Oriente en la Antigüedad. Todo lo que encontramos confirmó nuestras sospechas de que el problema original era la cronología egipcia, y que los «siglos de oscuridad» insertados en las historias de tantas regiones entre 1200 y 700 a.C. eran, en gran parte, ilusorios.

Preguntas iniciales y conclusiones circularon entonces en forma de artículo publicado en *Studies in Ancient Chronology*, volumen 1.* Las respuestas que recibimos de especialistas en campos que abarcaban desde la egiptología hasta la astronomía fueron enormemente alentadoras, y la ampliación del proyecto a un futuro libro fue la consecuencia natural.

Ahora también estamos seguros de haber dado una auténtica solución a problemas generales. Mientras tanto, iba apareciendo de manera espontánea en la literatura arqueológica una corriente continua de nuevos artículos, con los cuales empezaba a quedar al descubierto la estructura cronológica del Mediterráneo antiguo. Existe la impresión general de que es el momento de volver al principio y reexaminar los supuestos básicos. Por mencionar sólo dos ejemplos: en 1987 se organizó en Gotemburgo (Suecia) un congreso internacional bajo el título *¿Alta, Media o Baja?*, con el propósito de resolver la ya duradera incertidumbre sobre la cronología del bronce medio en el Próximo Oriente y el Egeo; el segundo ejemplo se refiere al último volumen del *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* (primavera de 1990), enteramente dedicado a un debate sobre una cuestión fundamental en la arqueología bíblica: ¿qué niveles de las antiguas ciudades de Palestina pertenecen a la época del rey Salomón, el más célebre monarca de Israel? Ninguna de esas dos prestigiosas empresas llegó a una conclusión definitiva.

Pero ¿cómo puede existir todavía tal grado de incertidumbre? Después de todo, los métodos científicos de datación, como la técnica del radiocarbono, que habrían resuelto los problemas, funcionan desde hace una generación. A pesar de ello, la adopción de los nuevos métodos ha sido sorprendentemente lenta; con frecuencia, se incluye una docena de datos de radiocarbono en el informe sobre un yacimiento arqueológico sólo como un adorno científico. Esta actitud se refleja claramente en una lamentable práctica normal: cuando una fecha de radiocarbono coincide con las expectativas del excavador, aparece en el texto del informe; si discrepa levemente, es relegada a una nota; si resulta muy conflictiva, se rechaza por completo.

La falta de comprensión del método por parte de muchos arqueólogos ha llevado a la aceptación de gran cantidad de muestras de escaso o ningún valor para fechar los contextos de los que proceden. También ha habido problemas causados por el tratamiento contradictorio de las muestras en distintos laboratorios. Tal como concluyó con franqueza la profesora Ingrid Olsson, la mayor especialista en el método del radiocarbono, en el congreso de Gotemburgo: «hon-

* Serie de publicaciones no periódicas, disponibles escribiendo al Institute of Archaeology, University College London, 31-4 Gordon Square, London WC1H 0PY.

radamente, creo que la mayoría de las fechas sobre la actual edad del bronce son dudosas. La forma en que han sido elaboradas ... me obliga a ser crítica».

Cuando ha habido suficientes datos de radiocarbono de buena calidad, por ejemplo con respecto a la expansión de la agricultura a través de Europa, el método ha resultado ser de inmenso valor. En el Próximo Oriente y en el Egeo, sin embargo, la falta de un muestreo sistemático significa que el radiocarbono es todavía un instrumento demasiado frágil para resolver la eterna polémica sobre la cronología desde la edad del bronce a la del hierro. (Las fechas de radiocarbono pertinentes se tratarán, por regla general, en las notas de los capítulos.) Es preciso insistir en que las fechas más recientes que proceden de un contexto o fase cultural determinados son realmente las más significativas. El material antiguo, residual, puede proporcionar fechas engañosas sobre un contexto; las fechas más recientes reflejarán de forma más acertada la época en que se formó el depósito y de cuándo data la mayor parte de la colección. El simple cálculo de la media de los resultados para una fase o contexto, como se hace a menudo, producirá, obviamente, una falsa impresión de antigüedad. Por otra parte, podemos observar en muchas áreas un número creciente de fechas de radiocarbono que, aunque consideradas normalmente como «anómalas», son consecuentes con nuestra teoría, aunque no llegan a ser decisivas por los problemas generales que afectan al método y a su aplicación. Lamentablemente, el radiocarbono nunca podrá proporcionar respuestas significativas para la última parte del período estudiado en este libro (véase el Apéndice 1).

Los nuevos trabajos científicos en curso ofrecen perspectivas interesantes para la cronología absoluta. Recientemente se ha intentado fechar la explosión volcánica que devastó la colonia minoica de la isla egea de Tera (hacia el inicio del bronce final) rastreando los efectos climáticos en los registros de los anillos de los árboles de California y del norte de Europa y de los puntos máximos de acidez en los núcleos de hielo de Groenlandia. La dificultad estriba en que es imposible estar seguro de si tales efectos derivan siempre de erupciones volcánicas, y, de ser así, cuál fue el volcán responsable. Como escribió el vulcanólogo David Pyle (1989, 1990) sobre la erupción de Tera:

> La datación directa por radiocarbono ha producido hasta ahora una gran dispersión de fechas que puede, actualmente, interpretarse de acuerdo con los prejuicios de cada cual. Los métodos indirectos (puntos álgidos de acidez, anillos de los árboles) son engañosos, ya que en potencia son más precisos pero, al mismo tiempo, muy ambiguos, y se deben tratar con la mayor precaución.

Así, la datación absoluta de la civilización minoica sigue siendo incierta. Podrán extraerse conclusiones más definidas del desarrollo progresivo de una secuencia de anillos de árboles en la antigua Anatolia (Turquía) y en Grecia. En el momento en que esté completa, la dendrocronología anatólica proporcionará una calibración más precisa de las fechas de radiocarbono del Próximo Oriente. Además, si se puede relacionar con seguridad con la arqueología del bronce local, tendremos también un valiosísimo control sobre la cronología his-

tórica, incluyendo la de Egipto, debido a las estrechas conexiones que existieron entre los reyes hititas y los faraones.

Entre tanto, la datación por radiocarbono supone una ayuda por ahora escasa para ofrecer respuestas a los enigmas de la cronología de la Edad Oscura. En la práctica, tenemos que recurrir a los métodos tradicionales, en especial a la datación de la cerámica. Al ser casi indestructible, la cerámica aparece en grandes cantidades en los yacimientos antiguos, y constituye el material más común de los arqueólogos. Las secuencias tipológicas basadas en la evolución de los estilos cerámicos están bien establecidas (aunque la clasificación en fases diminutas de algunos especialistas puede resultar excesiva). Así, la cerámica posibilita la fácil datación de los estratos de un yacimiento determinado dentro de una secuencia local. Los descubrimientos de cerámica importada permiten establecer vínculos entre las cronologías de culturas diferentes, en tanto que, gracias al hallazgo de estilos claves de cerámica en áreas con documentación escrita, la estructura total puede ser relacionada con fechas históricas.

Con frecuencia se ha comparado la historia antigua con un mosaico, una labor de retazos realizada a partir de ínfimos fragmentos de evidencia. Un rompecabezas sería una metáfora más adecuada, especialmente cuando se trata de cronología. En los períodos bien conocidos (como la época del imperio romano), las piezas angulares del rompecabezas, que representan la estructura cronológica, se pueden colocar confiadamente, pero para antes del siglo VII a.C. el problema es otro. Las esquinas del rompecabezas, en este caso las cronologías de los antiguos Egipto y Mesopotamia, no son tan seguras como se cree normalmente. El argumento fundamental de este libro es que las fechas atribuidas tradicionalmente a la historia del antiguo Egipto han sido exageradas en dos siglos y medio. Imaginemos, pues, que intentamos completar un rompecabezas cuyos lados son demasiado largos. Muchas piezas parecerán encajar en dos lugares del rompecabezas, mientras que se necesitarán muchas «piezas fantasmas» para llenar el espacio inexplicado.

Este es precisamente el dilema que ha preocupado a tantos arqueólogos, que se han dedicado a fechar una y otra vez artefactos antes y después de la Edad Oscura, y han intentado encuadrar su evidencia en el marco determinado por la cronología del antiguo Egipto. Alargar los lados del rompecabezas del tiempo elevando las fechas sólo conseguiría agravar los problemas. La única solución, como demuestra nuestra investigación, sería acortar los lados y comprimir todo el esquema.

La idea de un cambio radical en la cronología de este período no es enteramente nueva. A comienzos de este siglo, el estudioso del mundo clásico Cecil Torr y el egiptólogo Jens Lieblein se opusieron con firmeza a la recientemente establecida «alta» cronología egipcia, pero sus argumentos para una datación más baja no prosperaron. El siguiente desafío al *statu quo* tuvo lugar en la década de los cincuenta por parte de Immanuel Velikovsky, el díscolo matemático cuya obra ofendió a los especialistas de muchos campos además de a los de la historia antigua. Su esquema de «una cronología revisada», basado en

una nueva serie de vínculos entre Egipto y la historia de Israel, resultó ser desastrosamente radical. Propuso una reducción de ocho siglos en la cronología egipcia, lo que produjo la aparición de nuevos problemas mucho más graves que los que intentaba resolver. Desgraciadamente, aunque apuntaba a una posible solución con su reto a la cronología egipcia, Velikovsky sabía poco de arqueología y nada de estratigrafía.

Por supuesto, criticar lo establecido no ha sido nunca un método bien visto en ningún campo científico. Torr fue a contracorriente de las tendencias contemporáneas, mientras que Velikovsky era un completo intruso. Pero el problema fundamental de las tentativas de estos autores fue que trabajaron aisladamente, y desde un punto de vista real no hubieran podido nunca abarcar la amplia gama de material de las muchas disciplinas implicadas en el tema. Desde su época, la inercia académica y la conveniencia de seguir las enseñanzas establecidas han desalentado cualquier desafío serio a la cronología aceptada. Además, los arqueólogos modernos no son inmunes a la fascinación por la antigüedad absoluta de sus hallazgos en su búsqueda de los orígenes de cualquier avance determinado.

Lo que ha faltado evidentemente ha sido una alternativa viable a la cronología tradicional. Este libro ofrece las líneas generales de un modelo global, que abarca todas las zonas importantes desde el Mediterráneo occidental hasta Irán. Es obvio que la elaboración de nuevas cronologías detalladas para áreas concretas exige un trabajo colosal. Lo que sigue es sólo el comienzo, pero un comienzo esperado desde hace mucho tiempo. Como escribió James Mellaart en 1979:

> Las cronologías tradicionales nos han servido desde hace tiempo, y no demasiado bien, como una herramienta provisional. La mayoría de las herramientas tienen que irse afilando a lo largo de los años hasta que finalmente se las reemplaza.

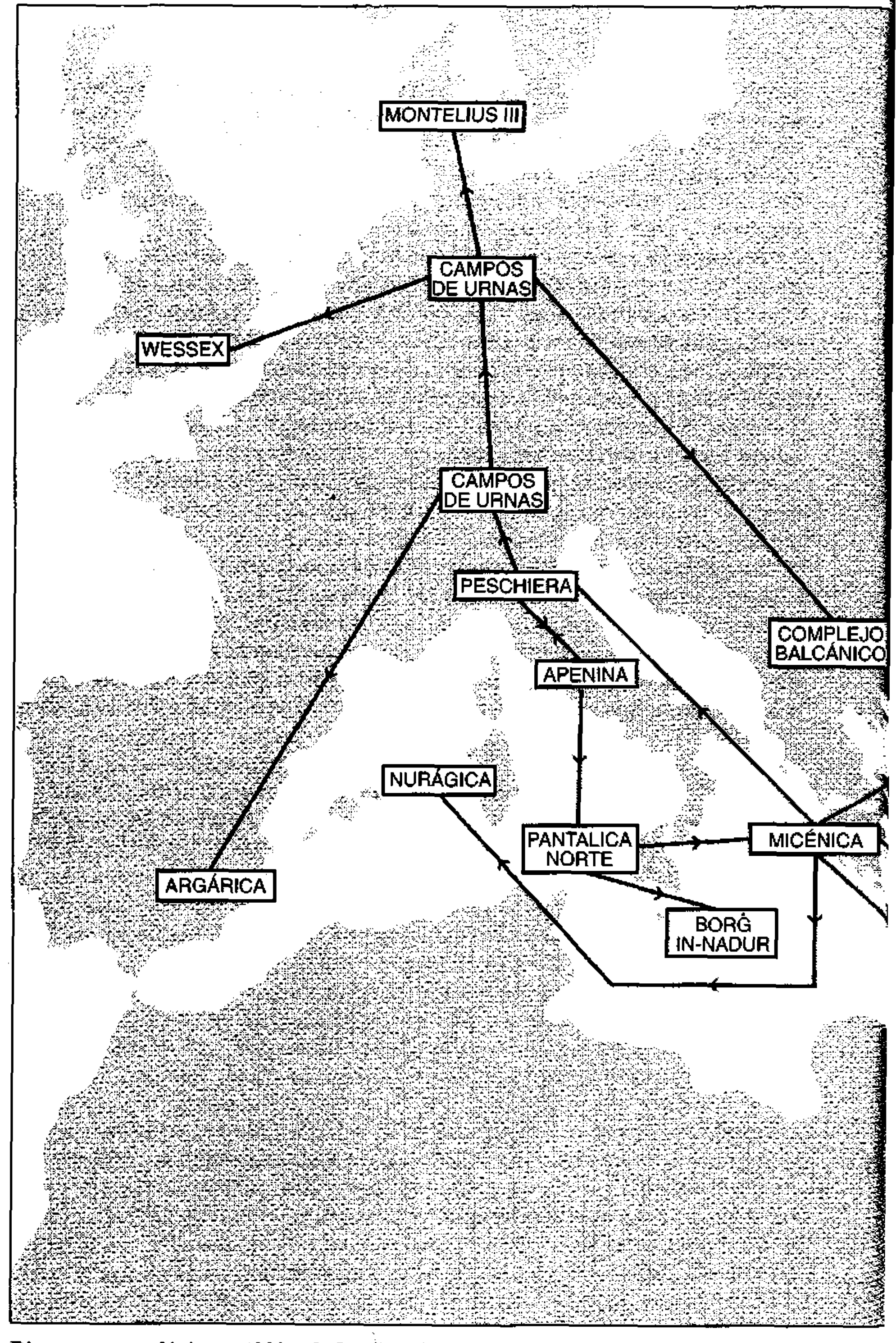
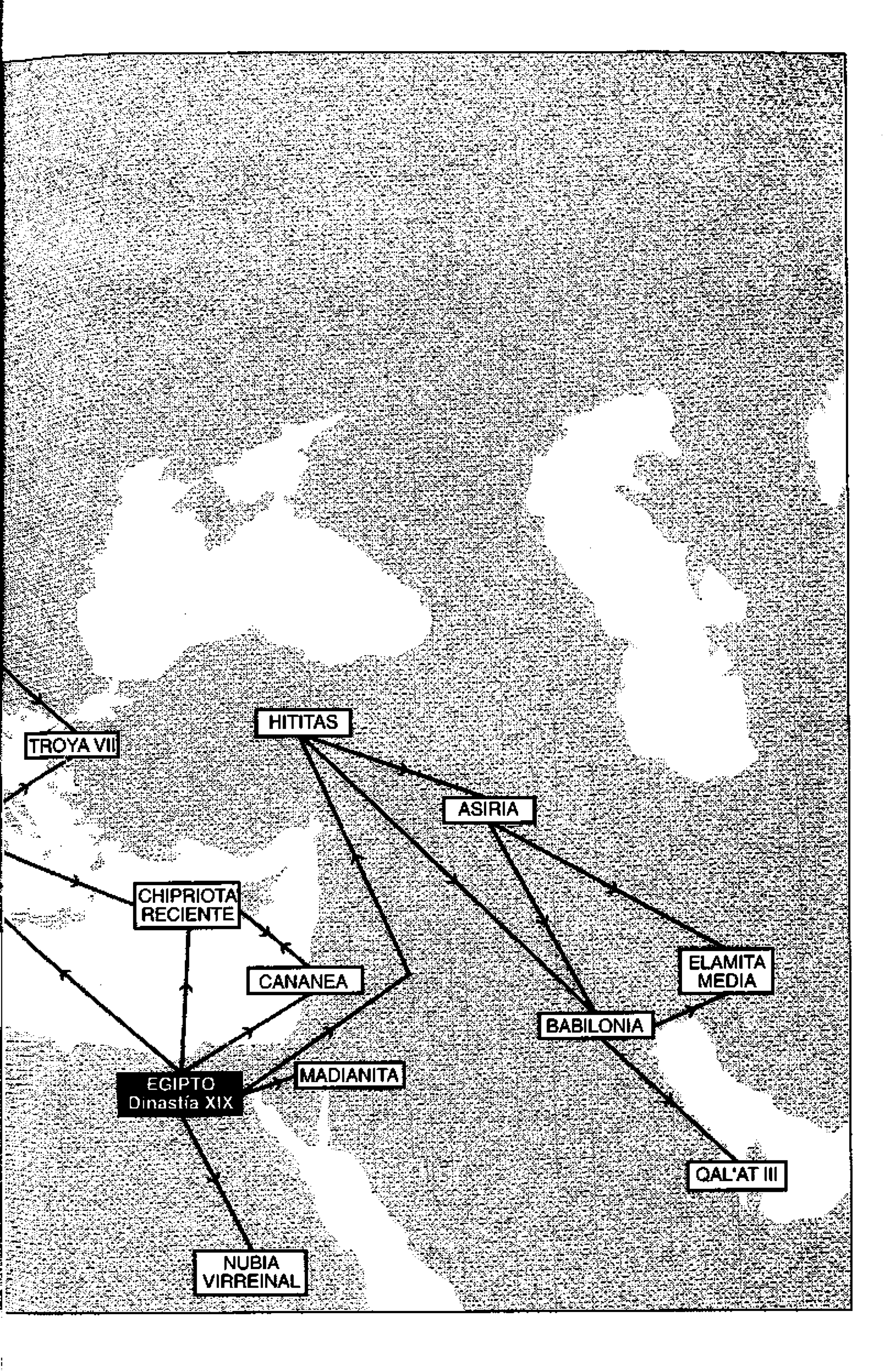


Diagrama cronológico *c. 1200* a.C. La dirección de las flechas indica la procedencia de la información clave desde una cultura determinada, con el fin de elaborar la cronología de otra. Egipto es en esta época la fuente principal para la datación.



HITITAS
TROYA VII
ASIRIA
CHIPRIOTA
RECIENTE
CANANEA
ELAMITA
MEDIA
BABILONIA
MADIANITA
EGIPTO
Dinastía XIX
QAL'AT III
NUBIA
VIRREINAL

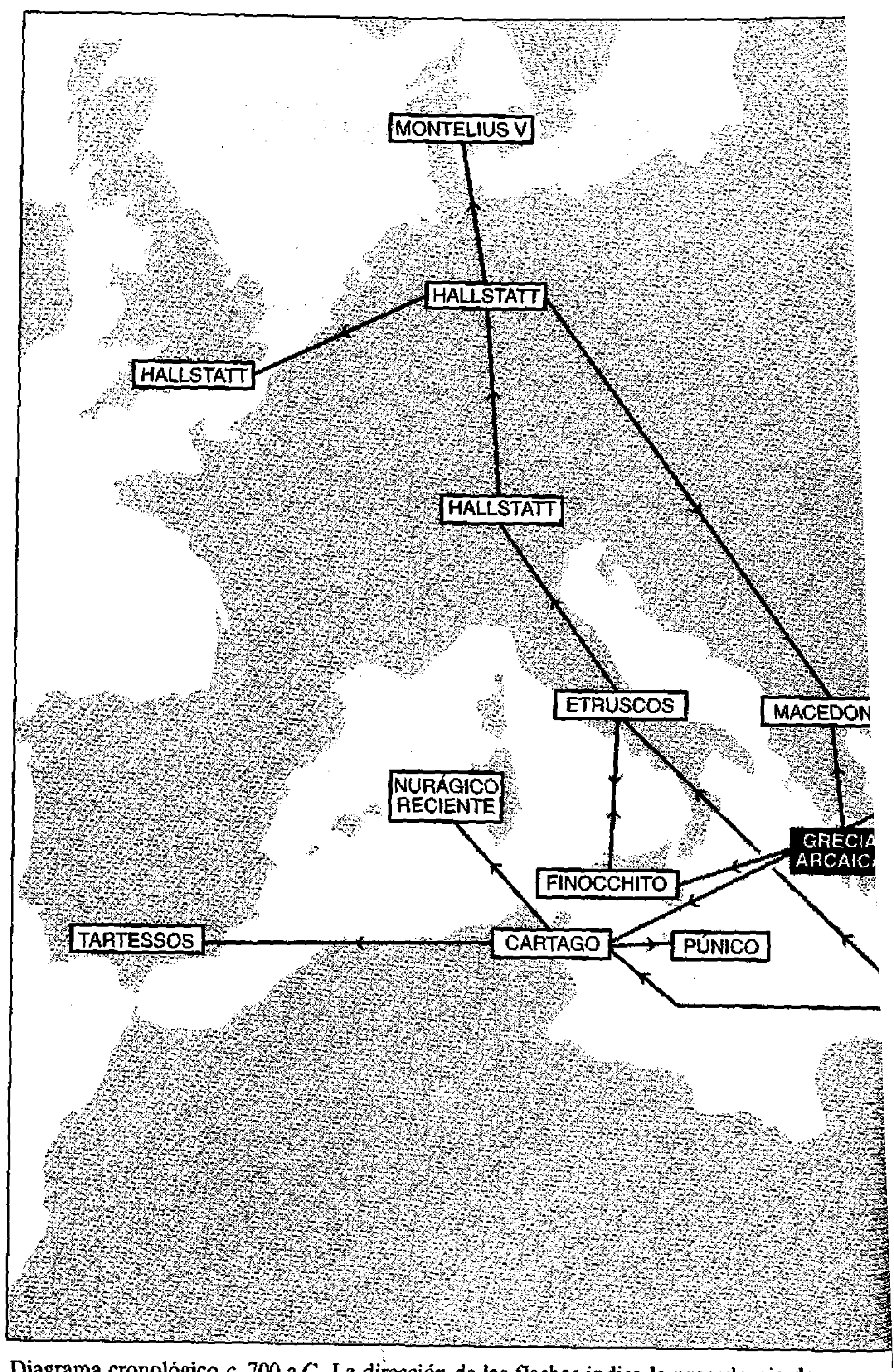
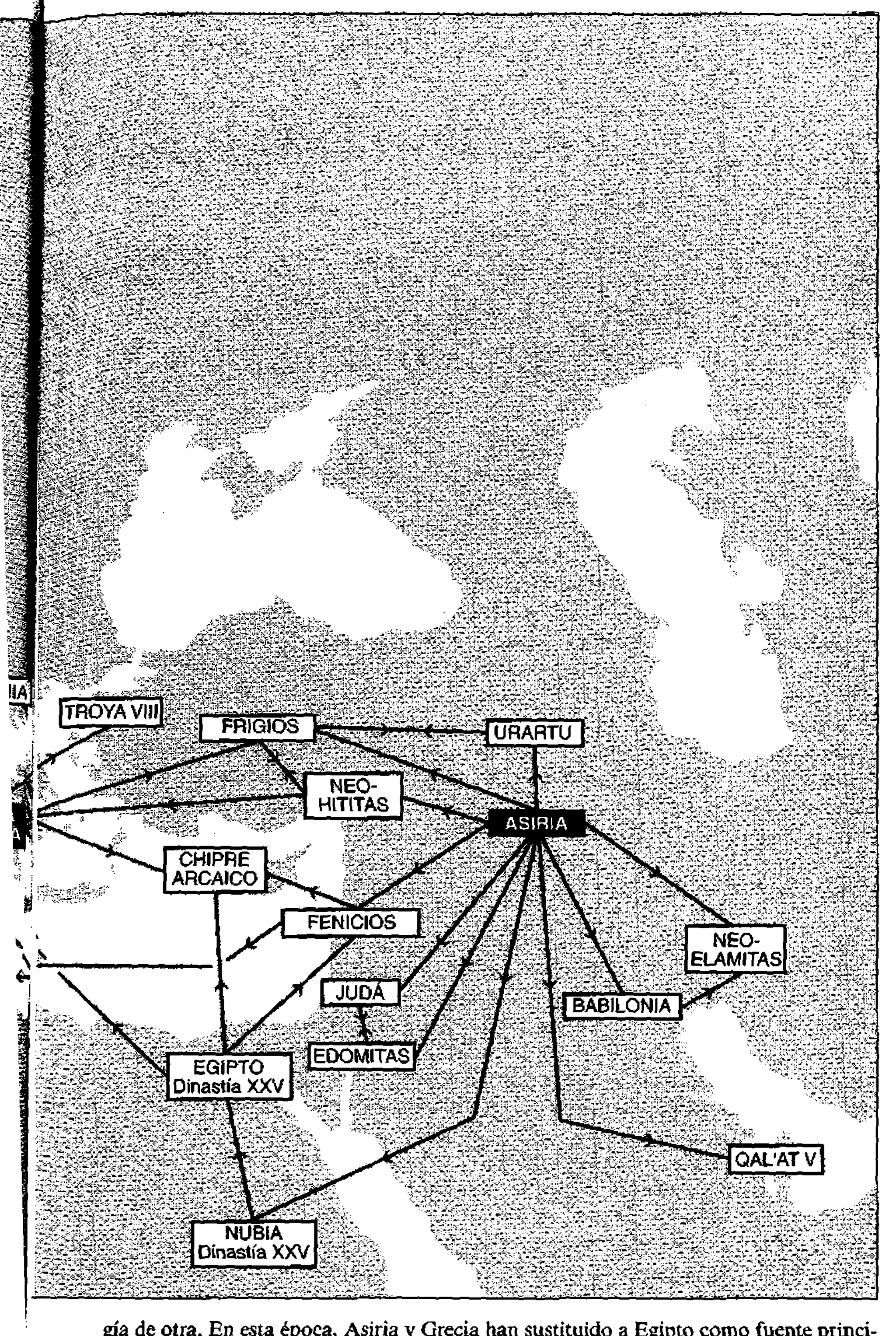


Diagrama cronológico *c.* **700 a.C. La dirección de las flechas indica la procedencia de la información clave desde una cultura determinada, con el** *fin* **de elaborar la cronolo-**



gía de otra. En esta época, Asiria y Grecia han sustituido a Egipto como fuente principal de cronología.

1. EVOLUCIÓN DE LA CRONOLOGÍA DEL MUNDO ANTIGUO

En julio de 1953 Richard Atkinson, director de las excavaciones de Stonehenge, estaba fotografiando un graffito del siglo XVII realizado sobre uno de los enormes monolitos cuando percibió el contorno, débilmente grabado, de «un puñal con empuñadura apuntando hacia el suelo». En su opinión, este descubrimiento casual constituía «el primer testimonio directo de la fecha de construcción de las piedras monolíticas de Stonehenge».

Pese a la fascinación que desde hace tiempo ha ejercido sobre anticuarios y arqueólogos, el monumento de Stonehenge ha sido siempre difícil de datar. La complejidad de sus muchas fases de construcción, empleando tanto basalto traído desde Gales hasta la llanura de Salisbury como la piedra local, indica que sólo podrían hacerse estimaciones muy amplias acerca de su antigüedad. Al identificar el puñal con un tipo fechado en el siglo XVI a.C. procedente de la civilización micénica, en Grecia, bien datada históricamente, Atkinson argumentaba que, dado que no se conocen ejemplares de este tipo de puñal «en Gran Bretaña o incluso en el noroeste de Europa, es razonable suponer que dicho grabado fue ejecutado en Stonehenge durante la vida de alguien familiarizado con esta clase de arma en su patria; en otras palabras, no más tarde de 1470 a.C.».[1]

Esta fecha concreta fue bien recibida por los prehistoriadores británicos. Éstos ya habían deducido que las últimas fases de Stonehenge habían sido erigidas durante la edad del bronce por los jefes de la cultura de Wessex, cuyos ricos enterramientos en túmulos que salpicaban el paisaje alrededor del monumento habían atraído a los excavadores desde los primeros tiempos de la arqueología. Además de la cerámica local y objetos de bronce, estas aristocráticas tumbas contenían ámbar y joyas de fayenza, objetos de oro y de hueso tallados: un ajuar exótico e inusual que se tomó como prueba de la existencia de comercio entre Gran Bretaña y el mundo micénico.[2] Atkinson se lanzó a especular aún más, transformando el nuevo eslabón entre Wessex y el Egeo en una conexión con profundas repercusiones. Para él, el puñal era una evidencia de que «el arquitecto del monumento era micénico». Aunque se le señaló que las técnicas utilizadas en Stonehenge no aparecían en la arquitectura micénica, Atkinson siguió afirmando que era «seguramente más apropiado considerarlas

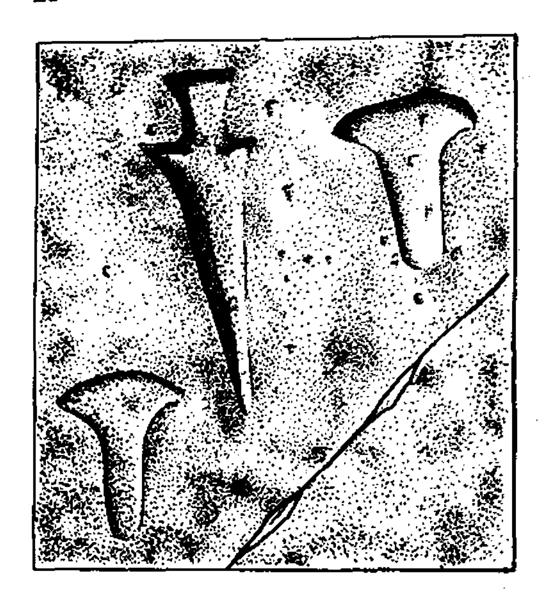


FIGURA 1.1. El polémico puñal de Stonehenge, flanqueado por dos hachas de comienzos de la edad del bronce (según Atkinson, 1978).

como producto de la relativamente desarrollada civilización de Micenas que como fruto de la aristocracia esencialmente bárbara, pese a su éxito comercial, propia de nuestra nativa cultura de Wessex».[3]

Un segundo puñal grabado apareció más tarde, en el mismo año de 1953. Ya en 1956, Atkinson había desarrollado una fabulosa teoría según la cual «el arquitecto» de Stonehenge había sido comisionado por «algún príncipe micénico viajero», el cual, tras haberse apoderado de un reino en Wessex, fue enterrado cerca de Avebury, «en la tranquila oscuridad de una bóveda monolítica bajo el túmulo de Silbury Hill», el mayor túmulo artificial de Europa.[4]

Ahora sabemos que, lejos de ser un descubrimiento decisivo, dicho hallazgo llevó en realidad a Atkinson a cometer un error de drásticas consecuencias en la datación arqueológica, error que distorsionó seriamente, y durante muchos años, nuestra interpretación de Stonehenge. La datación por radiocarbono (véase el Apéndice 1) ha demostrado la magnitud de su equivocación, aceptándose actualmente que el círculo monolítico de Stonehenge fue erigido hacia el 2000 a.C.[5] La discrepancia es aún mayor en lo que se refiere a Silbury Hill, donde excavaciones posteriores de Atkinson no pudieron descubrir ningún enterramiento, aunque proporcionaron fechas mediante el método del radiocarbono que situaron su construcción antes del 2700 a.C., mil años anterior a cualquier príncipe micénico, sin mencionar a su imaginario constructor de Stonehenge.[6]

En cualquier caso, la comparación de Atkinson entre los puñales micénicos y los grabados de Stonehenge apenas justifica su descripción como un monumento micénico. Anthony Harding, autor de la obra clásica *The Mycenaeans and Europe*, es mucho más realista:

> ... parece extraordinario que grabados erosionados de tal ambigüedad fueran comparados con un modelo más bien raro localizado a miles de kilómetros ... Considerándolo todo, hace falta una fe ciega para detectar cualquier similitud real con los puñales micénicos.[7]

Por último, aun *si* fuera posible establecer una identificación precisa del estilo, origen (y, por tanto, fecha) de los puñales de Stonehenge, tendríamos que ser prudentes. Sólo nos indicaría que el círculo de piedra existía ya antes que los grabados. El intervalo de tiempo entre ambos pudo ser muy amplio. La explicación, irónicamente, radica en la inscripción del siglo XVII d.C. que indujo a Atkinson a fotografiar la piedra. Añadir graffiti a monumentos ya existentes es una práctica consagrada por el tiempo, algo que aquél desgraciadamente olvidó en su excitación al descubrir un «eslabón micénico» con Stonehenge.

Cronología: la columna vertebral de la historia

El caso de Atkinson subraya hasta qué punto es importante asegurarse del orden relativo de los acontecimientos del pasado. Sin este conocimiento, llegar a conclusiones sobre sucesos importantes como la construcción de Stonehenge es obviamente un ejercicio peligroso.

Hasta hace poco se creía que el cobre fue fundido y trabajado por primera vez entre las «grandes civilizaciones» de Egipto y Sumer (actual Irak) hacia el 3500 a.C., a pesar de que, sorprendentemente, en ninguna de estas regiones se encuentra cobre. Por el contrario, se pensaba que aquellas zonas europeas con ricos depósitos minerales desarrollaron sólo más tarde la tecnología necesaria para explotarlos. Incluso se pensó que la industria del cobre de los Balcanes, la más antigua de Europa, había sido estimulada por prospectores procedentes del Próximo Oriente. Este hecho fue considerado como «un ejemplo notable» de la naturaleza innovadora de las culturas egipcia y sumeria.[8] Pero la teoría del origen en el Próximo Oriente ha sido descartada gracias a una serie de fechas obtenidas por radiocarbono, que establecieron, sin duda alguna, que el trabajo del cobre había comenzado en los Balcanes hacia el 4500 a.C. La nueva datación permite establecer un esquema más lógico, en el que la metalurgia se extiende desde las regiones que poseen las materias primas requeridas hacia zonas que dependen, para su abastecimiento, del exterior.[9]

Así, la datación relativa, en su nivel más simple, gira en torno a si A ocurrió antes que B, o B antes que A. En arqueología, sin embargo, muchos problemas no están tan claros como el ejemplo de la metalurgia del cobre. A menudo resulta difícil elegir acontecimientos concretos del pasado y situarlos en una secuencia unificada. Un ejemplo clásico se refiere a la inevitable comparación entre la poesía arcaica hebrea y la literatura egipcia. Como ha reconocido, entre otros, el egiptólogo Donald Redford, existe un estrecho paralelismo entre un salmo tradicionalmente atribuido al rey David, del siglo X a.C., y un himno

escrito durante el reinado del faraón Ajenatón, fechado convencionalmente en el siglo XIV a.C.:

> El salmo 104 del Libro de los Salmos hebreo presenta una asombrosa semejanza con el Himno al Disco Solar grabado en ... la necrópolis de Ajetatón. Una comparación entre ambos textos revela que el salmo 104 está claramente inspirado en el Himno al Disco Solar.[10]

El hiatus de tiempo entre estos dos textos ha desconcertado a muchos estudiosos. Además, las ideas casi monoteístas expuestas en el himno de Ajenatón han dado lugar a numerosas teorías que se refieren a su posible relación con una figura muy anterior de la historia hebrea, Moisés el legislador. Sigmund Freud, creador del psicoanálisis, fascinado por la personalidad de estas dos grandes figuras, escribió un libro en el que proponía que fueron contemporáneas,[11] una teoría aceptable para los arqueólogos de principios del siglo XX, pero que ahora, acertadamente o no, está descartada. Existe una conexión clara entre la poesía del antiguo Egipto y la hebrea pero, hasta que estemos absolutamente seguros del orden relativo de Ajenatón, Moisés y David y de los acontecimientos religiosos correspondientes, decir algo más resultaría pura especulación.

Estos problemas demuestran el valor de la cronología relativa, pero la datación absoluta es igualmente importante. Sólo mediante ésta es posible seguir los pasos del desarrollo tecnológico, social, religioso, cultural, etc. Como ha observado sir Mortimer Wheeler, «sin una cronología absoluta ... no puede estimarse la fluctuación temporal de los logros humanos».[12]

La cronología actual para el mundo antiguo ha conseguido proporcionar una amplia secuencia que permite comprender la interacción de diferentes culturas. Sin embargo, ciertas etapas están llenas de inexplicables anomalías. La más notable de estas fases es la «Edad Oscura», que afectó al mundo antiguo tras la caída de la civilización de la edad del bronce, y que conforma el centro de una vasta cadena de eternos enigmas históricos todavía sin resolver.

¿Por qué, por ejemplo, los griegos del siglo VIII se apropiaron de un alfabeto fenicio que databa de 300 años antes? ¿Por qué los chipriotas y los babilonios no dejaron prácticamente ninguna evidencia de escritura durante 300 años, para continuar usando básicamente los mismos signos después?

¿Por qué bronces hechos en Chipre durante el siglo XII a.C. aparecen con frecuencia en otros lugares en yacimientos del siglo IX o posteriores? ¿Cómo se explica que objetos de los faraones egipcios de los siglos X y IX se encuentran siempre en contextos de otros países 100 a 200 años más tarde? ¿Cuál fue la causa del vacío existente entre 1175 y 850 a.C. en la aparentemente continua tradición del trabajo del marfil en el Mediterráneo oriental? ¿Por qué los niveles de la edad del hierro en Israel no reflejan en absoluto la «Edad de Oro» del rey Salomón?

Los interrogantes no terminan aquí. ¿Cuándo tuvo lugar la colonización fenicia de Occidente, en el siglo XII o en el VIII a.C.? ¿Por qué los arqueólogos no se ponen de acuerdo sobre la fecha de los primeros vestigios de Roma, fun-

dada, según la tradición, hacia el 750 a.C.? ¿Dónde están los restos arqueológicos de los pobladores de Sicilia que fueron expulsados por los colonos griegos en el siglo VIII a.C.?

Hay enigmas aún más insolubles que se refieren al hecho de que los reyes hititas y la civilización de Siria surgieron de antepasados que habían desaparecido sin dejar rastro cerca de tres siglos antes. Y ¿qué sucedió en realidad con el pueblo de Nubia, que aparentemente se desvaneció y regresó con la misma cultura material 250 años más tarde? ¿Desaparecieron también los troyanos y los elamitas para reaparecer en sus lugares de origen aproximadamente en la misma época? ¿Dónde está la evidencia arqueológica de la llegada de los israelitas a Palestina?

Según el esquema actualmente aceptado, estos problemas parecen insolubles. Al llegar a este punto en la historia aparecen tantas anomalías interrelacionadas que empezamos a preguntarnos, como en el caso de los orígenes de la metalurgia del cobre, si la causa fundamental no será, en realidad, una cronología equivocada. Aun así, este constituye un período aparentemente tan bien reconstruido que los desacuerdos sobre fechas se limitan normalmente a lapsos de tiempo de una o dos décadas, como mucho. Resulta imposible realizar cualquier cambio radical en la estructura sin cuestionar algunos de los supuestos básicos del esquema establecido. Esto nos lleva a preguntarnos: ¿cómo se desarrolló en un principio la cronología actual del mundo antiguo?

Creación y cronología

Es un lugar común en los manuales de historia de la arqueología comenzar con una chanza sobre James Ussher, arzobispo de Armagh en el siglo XVII, quien se las arregló para fechar la creación del mundo precisamente en el año 4004 a.C. Aunque sus conclusiones puedan parecer extravagantes según las normas actuales, sus métodos estaban enteramente en consonancia con las reglas de la erudición del siglo XVII. Ussher se limitó a utilizar la fuente de mayor autoridad disponible, el Antiguo Testamento, e hizo un cálculo retrospectivo de las cifras que en él se dan relativas a la historia de los hebreos hasta la época de Adán.[13] Algunos de los contemporáneos de Ussher fueron aun más allá. El doctor John Lightfoot, por ejemplo, autor de la maravilla titulada *A Few and New Observations on the Book of Genesis, the most of them certain, the rest probable, all harmless, strange and rarely heard of before* (1642), situó el comienzo del mundo en el equinoccio de septiembre. Posteriormente, ajustó su cálculo de modo que coincidiera con el inicio del año académico en Cambridge (de donde, casualmente, era vicecanciller), fechando la creación exactamente a las 9 de la mañana del 23 de octubre.

El veredicto de Ussher «fue ampliamente saludado como definitivo; sus fechas se insertaron en los márgenes de la versión autorizada de la Biblia inglesa, y muy pronto hasta llegaron a considerarse tan inspiradas como el mismo texto sagrado».[14] En efecto, sus cálculos son aceptados aún hoy por algunos funda-



FIGURA 1.2. José Justo Escalígero, de la Universidad de Leiden, Países Bajos (Sandys, 1908).

mentalistas bíblicos. Las dos fechas de 4004 a.C para la creación y 2348 a.C. para el Diluvio Universal, proporcionadas por Ussher y santificadas mediante su inclusión en la Biblia, supusieron puntos inamovibles de cualquier cronología. Ningún monumento arqueológico pudo, posiblemente, haber sobrevivido al Diluvio; las criaturas extinguidas conocidas por los hallazgos fósiles podían explicarse si se relegaban sólo a una era antediluviana anterior a Noé.

Los primeros estudiosos de la cronología tuvieron que trabajar con estas restricciones si no querían caer en afirmaciones heréticas. Este fue el problema insoluble al que se enfrentó José Justo Escalígero (1540-1609), el mayor erudito protestante de su tiempo. Fue el primero en hacer un estudio sistemático y crítico del material cronológico contenido en la Biblia junto con el del mundo clásico pagano. Rechazó las dudosas compilaciones medievales en las que con frecuencia se basaban los historiadores rivales del Renacimiento, e insistió en trabajar sólo con las fuentes más antiguas. A partir de éstas, desarrolló una cronología que, para su tiempo, era a la vez coherente y global.[15]

La autoridad de los meticulosos estudios de Escalígero fue generalmente reconocida; aun así, las conclusiones a que llegó en su segunda gran obra, el

Thesaurus temporum (1606), parecían imposibles de conciliar con una visión cristiana de la historia del mundo. Había recuperado un resumen bizantino de los escritos de Manetón, sacerdote greco-egipcio del siglo II a.C., que había recopilado una historia de Egipto remontándose hasta sus primeros reyes. Haciendo un cálculo a partir de la información de esta fuente sobre la duración de las treinta dinastías egipcias, Escalígero situó el comienzo de la primera dinastía en 5285 a.C. Para su consternación, resultó 1.336 años anterior a su propia fecha de la creación (3949 a.C.). Esto supuso un terrible dilema para Escalígero. La lista de Manetón constituía una valiosísima fuente de primera mano, pero parecía entrar directamente en conflicto con la «palabra» de la Biblia.

Su intento de salir de este dilema es tan vago como poco convincente. Postuló un período de tiempo «proléptico», es decir, de anticipación, antes de la creación; una absurda invención que explicaba supuestamente cómo unas dinastías históricas podían haber empezado mucho antes de lo que la Biblia parecía señalar. El descubrimiento de Manetón por parte de Escalígero fue celebrado por otros eruditos, aunque no la paradoja cronológica a que dio lugar. Algunos intentaron acortar la historia egipcia para hacerla coincidir con las fechas bíblicas, suponiendo simplemente que muchas de las dinastías registradas por Manetón reinaron al mismo tiempo en distintas partes de Egipto. Sólo más tarde otros decidieron que, después de todo, Adán no habia sido el primer hombre.[16]

Después del Renacimiento, la camisa de fuerza intelectual que afectaba a la cronología bíblica se fue haciendo más holgada. Los eruditos especulaban con más libertad, y desarrollaban esquemas basados en la aceptación de la crónica dinástica de Manetón. Los límites impuestos por Ussher y la tradición bíblica a posibles cronologías fueron considerados cada vez más irrelevantes. Una voz que disintió de esta tendencia fue la de sir Isaac Newton (1642-1727). Contrariamente a la imagen actual del hombre y su obra, Newton escribió mucho más sobre teología, historia antigua y cronología que sobre física o astronomía. Cristiano devoto, aunque heterodoxo, creía, por razones religiosas, que Israel tenía que haber sido el primer reino del mundo, y que existió mucho antes de la monarquía unificada de Egipto. En consecuencia, Newton afirmaba que los egipcios se habían

> ... jactado antiguamente de un gran imperio bajo sus reyes ... que llegaba hasta las *Indias* por el este, y por el oeste hasta el *océano Atlántico,* y por vanidad habían hecho a esta monarquía algunos miles de años más vieja que el mundo.[17]

Las objeciones de Newton tuvieron poco efecto, y ya en el siglo XVIII se había aceptado en general una cronología manetoniana provisional.[18] El desciframiento de los jeroglíficos egipcios en 1822 por el joven y brillante erudito Jean-François Champollion hizo creer que la tarea consistía simplemente en rellenar con carne un esqueleto histórico previamente establecido. Los propios escritos de los antiguos egipcios eran ahora accesibles y nada en ellos parecía contradecir las fechas tomadas de Manetón.

Ordenar el pasado

El mismo período vio cómo la arqueología, junto con la geología, daba sus primeros y vacilantes pasos hacia una disciplina científica. Anticuarios como sir Richard Colt Hoare y William Cunnington supusieron una ruptura radical con el pensamiento anterior. Ya no eran los autores clásicos y bíblicos las únicas guías para la interpretación de los tiempos prehistóricos. En su lugar, Colt Hoare antepuso la evidencia excavada, y en 1812, después de excavar cerca de trescientos túmulos de la edad del bronce (entre los que se cuentan los más ricos enterramientos de la cultura de Wessex), afirmó que: «hablamos de hechos, no de teorías».[19]

A pesar de todo, la influencia de los autores que escribían sobre la cronología era aún innegable. A falta de buenas razones para desafiar la fecha de Ussher del 2348 a.C. para el Diluvio, Colt Hoare y Cunnington tuvieron que asignar todos sus hallazgos a un período posterior al 1000 a.C.[20] Sin un concepto

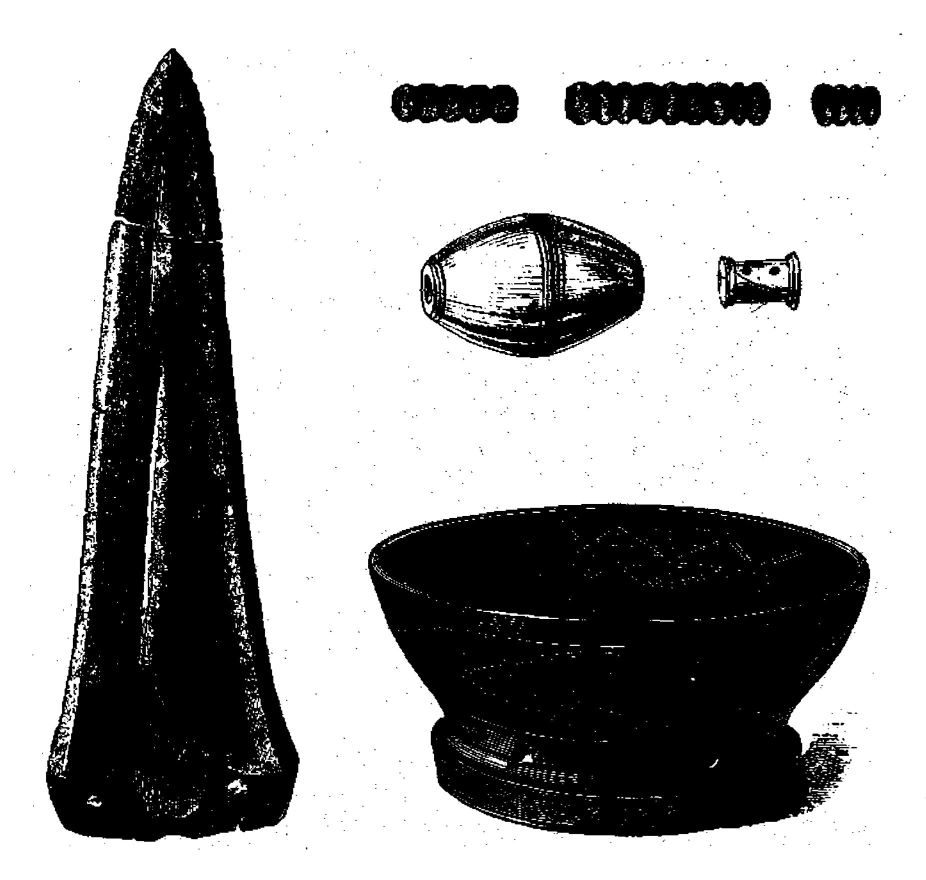


Figura 1.3. Puñal de bronce, cuentas de fayenza, adornos de oro y pequeña copa de cerámica. Procedentes de los túmulos de la cultura de Wessex (Thurnam, 1873).

claro de una secuencia arqueológica anterior a los romanos, no había necesidad real de extender su material a través de un largo lapso de tiempo, como explica el historiador de la ciencia Bo Gräslund:

> Los primeros anticuarios no podían obtener conclusiones históricas correctas debido a la ausencia de datos cronológicos. Por ello, la tarea más importante de los primeros arqueólogos fue crear, a partir de un caos original, una división cronológica fiable de las fuentes arqueológicas.[21]

El descubrimiento vital para comprender el registro prehistórico lo hizo Christian Thomsen (1788-1865), rico hombre de negocios y coleccionista danés, que desarrolló el «sistema de las Tres Edades», basado en la sucesión tecnológica desde la piedra hasta el bronce y hasta el hierro. El método de Thomsen consistía en tomar nota cuidadosa sobre qué tipos de hallazgos prehistóricos eran descubiertos juntos y también de aquellos que no aparecían nunca asociados entre sí. Por este medio, construyó gradualmente una secuencia relativa del uso de diferentes tipos de artefactos, retrocediendo desde los hallados con monedas romanas hasta los restos dejados por los primeros agricultores. Thomsen presentó su sistema al mundo arqueológico en su *Guía de la arqueología septentrional,* publicada en Dinamarca en 1834 y traducida al inglés en 1848.[22] Gracias a este nuevo esquema existía ya un camino razonable para ordenar los hallazgos prehistóricos. La amplia cronología de Thomsen fue acogida favorablemente en toda Europa en la década de los sesenta, cuando una continua llegada de nuevos hallazgos confirmó sus conclusiones.

La simple división por Thomsen de la historia en edades de piedra, bronce y hierro es todavía hoy la base de la clasificación arqueológica en todo el mundo, aunque, por supuesto, las diversas culturas de la Tierra atravesaron estos tres estadios en épocas diferentes. Desde Thomsen, la completa adecuación de esta terminología ha hecho que ésta se aleje a menudo de su sentido original: así, en el Mediterráneo oriental términos como «primera edad del hierro» fueron adoptados hace mucho tiempo para describir fases culturales que ahora son definidas, de hecho, por su *cerámica.* Ello no supone que el hierro fuera introducido por primera vez, ni siquiera que llegara a ser predominante, a principios de la «edad del hierro».

A medida que los primeros arqueólogos comenzaron a ordenar culturas prehistóricas en una secuencia cronológica, fue quedando cada vez más claro que el pasado del hombre se extendía más allá de la exigua escala temporal que permitían las fechas bíblicas de Ussher. Poco antes de la publicación del *Origen de las especies* de Darwin en 1859, científicos evolucionistas de la Real Sociedad y de la Sociedad de Anticuarios habían aceptado ya la idea de la gran antigüedad de la raza humana.[23] La cronología del Antiguo Testamento, junto con su relato de los orígenes del hombre, cayeron en descrédito. Fueron reemplazados por la teoría de la evolución y su equivalente social, una noción de progreso cultural constante desde el primitivo salvajismo hasta la sofisticación del hombre de la época victoriana, percibido naturalmente como la culminación del progreso humano.[24]

La libertad conseguida al sacudirse las trabas de la cronología bíblica, combinada con el desarrollo de la prehistoria como disciplina, dieron un nuevo ímpetu a la investigación arqueológica en las últimas décadas del siglo XIX. Esto coincidió con la manía coleccionista de la era victoriana. Como señalaba un artículo en *Leisure Hour* de 1859, «hay colecciones de casi todo lo viejo bajo el sol: desde viejos potes y cazuelas, viejos metales, viejas piedras hasta cualquier cosa vieja».[25]

Una historia monumental para Egipto

La pasión victoriana por el coleccionismo fue progresivamente canalizada hacia campañas planificadas y financiadas de trabajo arqueológico de campo. La excavación de las necrópolis prehistóricas de Europa proporcionó grandes cantidades de material. La secuencia de Thomsen permitió la clasificación de estos hallazgos en un orden relativo, pero todavía seguían faltando los hitos en el tiempo.

El gran erudito sueco Oscar Montelius, que en 1885 elaboró una secuencia tipológica más perfeccionada para las culturas prehistóricas de la Europa central y septentrional, encontró una solución. Montelius pudo relacionar su cronología relativa europea con la secuencia de la edad del hierro italiana, la cual fechó mediante conexiones con la historia conocida de Grecia y el Próximo Oriente.[26] Sin embargo, los historiadores griegos de la Antigüedad no aportaban nada con respecto al período anterior al siglo VIII a.C. Fuera de esto poco más podía decirse. Hacía falta una norma a partir de la cual pudiera medirse la cronología de los primeros periodos de la prehistoria europea. Hubo que buscarla en el remoto Egipto, donde la arqueología podía ser relacionada con las fuentes escritas a lo largo de miles de años.

Durante el siglo XIX la arqueología egipcia fue sufriendo una transformación que fue desde el saqueo organizado de tumbas hasta la creación de una ciencia seria. En gran parte responsable de este cambio trascendental fue el arqueólogo inglés William Flinders Petrie. De su padre, ingeniero y devoto de la Hermandad de Plymouth, Petrie heredó una tendencia científica que quedó reflejada en una temprana pasión por la topografía. Ambos resultaron profundamente impresionados por la extravagante teoría de su amigo Charles Piazzi Smyth, quien afirmaba que la geometría de la Gran Pirámide de Gizeh revelaba un sistema de medición de inspiración divina, basado en una «pulgada» curiosamente parecida a la inglesa.[27]

La primera expedición de Petrie a Egipto, en 1880, tenía como objeto específico un nuevo levantamiento de la pirámide, en un intento de defender a Piazzi Smyth. Para completar el proyecto debía localizar los ángulos originales de la estructura, de modo que regresó a Egipto en 1881. Su excavación probó que la «pulgada de la pirámide» era un mito. El interés de Petrie en las excéntricas ideas de Piazzi Smyth se desvaneció rápidamente, y fue sustituido por una devoción hacia el pasado auténtico de Egipto que perduró toda su vida.

Después de otros trabajos en Gizeh hasta 1883, Petrie excavó numerosos yacimientos, incluyendo Naucratis y Dafne en el Delta y Gurob en el Fayum. A diferencia de muchos diletantes contemporáneos, que buscaban meramente papiros, inscripciones reales y oro en las tumbas de Egipto, Petrie se interesaba igualmente por el aspecto cotidiano de la arqueología egipcia: arquitectura doméstica y funeraria, trabajo en metal, escarabeos y, sobre todo, cerámica.

Petrie estableció una secuencia cerámica relacionada con fuentes escritas que desde la época de Cleopatra se remontaba hasta la dinastía I. Afortunadamente, los faraones tenían la costumbre de dejar sus nombres en los monumentos. A un nivel más modesto, eran frecuentes los escarabeos (pequeños amuletos en forma de escarabajo) con el nombre real, que tenían diversas funciones, entre otras una semejante a los sellos de correos de nuestra época (para documentos sellados), amuletos de la buena suerte u objetos conmemorativos para celebrar jubileos reales y otros grandes acontecimientos. Los años específicos de un reinado determinado aparecen en muchos textos oficiales, desde sellos para el vino destinado a palacio hasta registros de casos legales privados.

Con tanta riqueza de material a su disposición, a Petrie le resultó fácil relacionar su cronología arqueológica con un sistema de datación absoluta. La lista de dinastías de Manetón seguía proporcionando la estructura básica para la historia egipcia, con una novedad importante en la época de Petrie. Se trataba de una teoría sobre las distintas referencias en papiros egipcios a la estrella Sotis (más conocida entre nosotros como Sirio). El antiguo año egipcio «ideal» era aquel en el que la salida de Sotis, justo antes de la aurora, coincidía con la crecida anual del Nilo. Debido a que los egipcios nunca introdujeron el año bisiesto, la fiesta de Año Nuevo ligada a la salida de Sotis inevitablemente iba cambiando de lugar en el calendario; sólo al cabo de 1.460 años el ciclo completaría otro año «ideal». Por ello parecía posible calcular la localización de un texto determinado dentro del «ciclo sotíaco», si éste mencionaba una salida de Sirio en un día concreto del calendario.[28]

Desde mediados del siglo XVII se habían experimentado modelos para la «datación sotíaca» de la historia egipcia, pero todos ellos eran sumamente especulativos.[29] El sistema utilizado aún hoy es, en esencia, el establecido por el cronólogo Eduard Meyer en 1904, que depende de dos referencias sotíacas descubiertas poco antes: una alrededor de 1870 a.C., durante la dinastía XII, y otra de 1540 a.C., para la dinastía XVIII. En general, los egiptólogos estaban impresionados por el aura científica que la astronomía prestaba, aparentemente, a la teoría sotíaca. Cálculos diferentes produjeron resultados ligeramente distintos, pero lo bastante cercanos como para convencer a la gran mayoría acerca de los puntos centrales. Por ejemplo, el período del «Imperio Nuevo», de las dinastías XVIII a XX, pudo ser situado con bastante fiabilidad entre 1600 y 1100 a.C.[30]

La elaboración que realizó Petrie de una cronología para la arqueología egipcia —utilizando el sistema dinástico de Manetón apoyado por los datos astronómicos— fue de importancia crucial para la investigación de la Europa antigua, ya que en los mismos años en que empezó su carrera como egiptólogo se estaban haciendo descubrimientos espectaculares en el Egeo.

LA «MÁSCARA DE AGAMENÓN»

En 1870, el rico comerciante Heinrich Schliemann, obsesionado por la epopeya de Troya, comenzó sus excavaciones en el montículo de Hissarlik, en el noroeste de Turquía.[31] La mayoría de los arqueólogos estuvo de acuerdo en que había descubierto la ciudad cuyo largo asedio por los griegos había inspirado la poesía épica de Homero. Animado por el éxito, se trasladó a Grecia, donde, buscando a los héroes que lucharon en Troya, excavó los palacios y tumbas de Micenas y Tirinto.[32]

La civilización micénica había sido descubierta, y, de acuerdo con Schliemann y muchos de sus contemporáneos, el relato homérico de la edad heroica de la guerra de Troya resultaba confirmado de forma espectacular. Los intentos de datación de Schliemann, no obstante, estaban condenados al fracaso. Tomando una máscara de oro de una de las tumbas de fosa de Micenas, se convenció de haber hallado la tumba de Agamenón, el rey que había dirigido la expedición de los griegos.[33] La ciencia actual fecha las tumbas de fosa varios siglos antes de la época de la guerra de Troya.

Con semejante planteamiento arbitrario de la cronología, no es sorprendente que Schliemann recibiera casi tanto desprecio como aplausos en la prensa popular y en la académica. Muchos clasicistas, algunos ocultando apenas su envidia, denunciaron su obra como un completo absurdo, o incluso como un fraude; otros afirmaron que había sobrestimado ampliamente la antigüedad de sus hallazgos, que pertenecían en realidad a la época posromana, al período de invasiones eslavas o incluso al imperio bizantino. Otras opiniones, más ecuánimes, pasaban por alto las afirmaciones más extravagantes de Schliemann y daban la bienvenida a sus descubrimientos.[34]

Estas variadas reacciones a la obra de Schliemann ilustran el caótico estado de la cronología del Egeo en sus primeros días. Gradualmente resultó claro, tal como Schliemann y su ayudante y sucesor Wilhelm Dörpfeld demostraron, que sus descubrimientos en Troya y Micenas estaban relacionados con los vestigios clásicos y arcaicos de la historia documentada. Hacia 1900, sir Arthur Evans había desenterrado Cnosos, en Creta, y ofrecido más evidencias del peso de la civilización preclásica. La cultura minoica descrita por Evans era contemporánea de la de Micenas, como lo demuestra, por ejemplo, la cerámica micénica de Cnosos.[35] Las dos sociedades egeas más importantes habían sido descubiertas, pero hasta qué punto eran más antiguas que las de los tiempos históricos era una cuestión que dependía enteramente de sus nexos con Egipto.

EL GRAN DEBATE MICÉNICO

Petrie creyó que tenía la respuesta al dilema de los arqueólogos del Egeo. En 1885, en Naucratis, descubrió grandes cantidades de cerámica griega del período arcaico más tardío (siglo VI a.C.); Tell Defenneh (Dafne) produjo material griego más antiguo, hasta el siglo VII a.C. Por último, en Gurob encontró

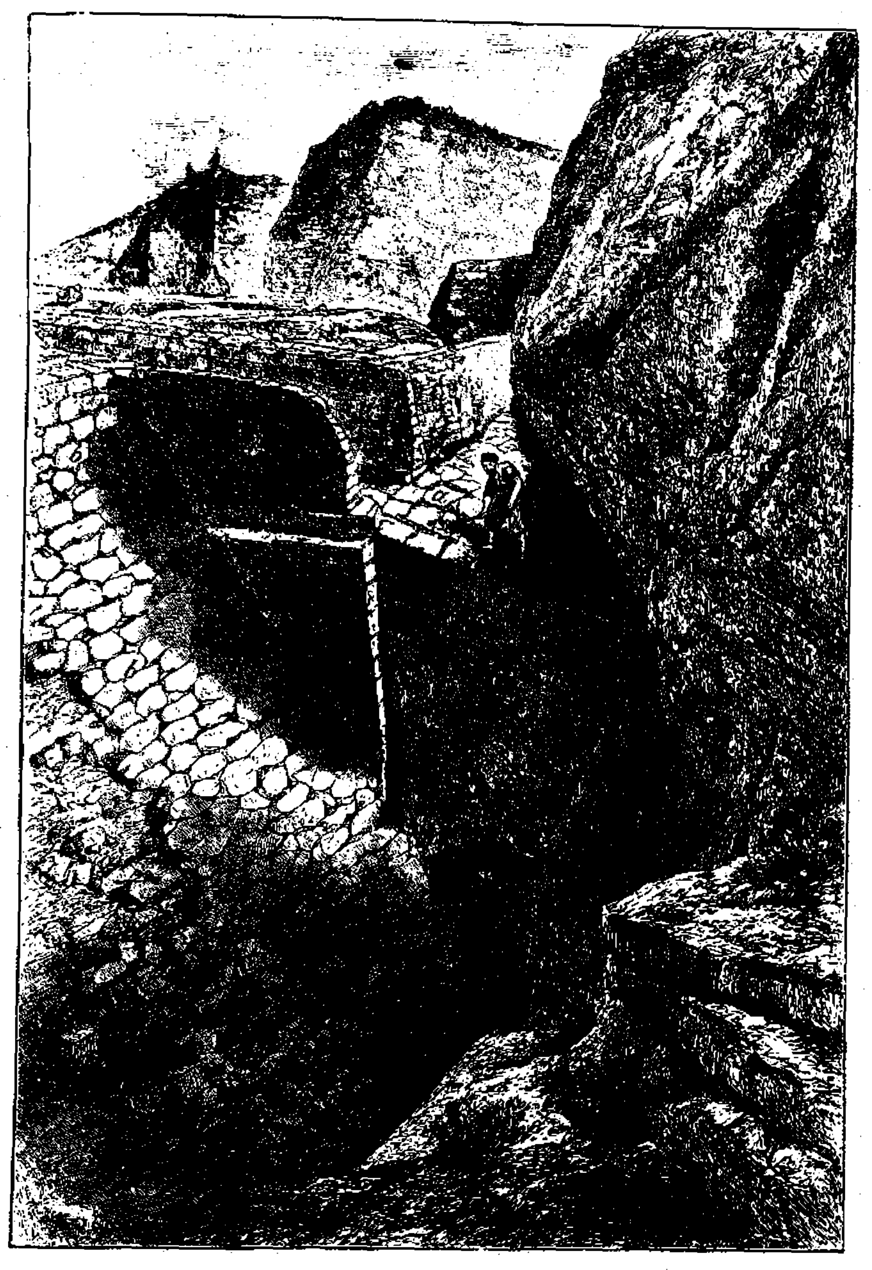


FIGURA 1.4. Las excavaciones de Schliemann en Troya consistían en profundos sondeos hechos por cuadrillas de trabajadores que usaban picos y palas (Schliemann, 1884).

fragmentos de cerámica idénticos a los que Schliemann había hallado en Micenas, junto con restos egipcios de las dinastías XVIII y XIX, que, según la cronología tradicional, se situaban entre los siglos XVI a XII a.C. Una jubilosa anotación en el diario de Petrie, en marzo de 1889, hace referencia a que había encontrado

> ... uno de los grandes premios que habíamos estado esperando, los vestigios contemporáneos de las razas occidentales en sus contactos más tempranos con Egipto; ¡una verdadera suerte desde el punto de vista histórico! En calidad, aunque no en cantidad, gana a Naucratis y Dafne. Qué extraño que estos tres yacimientos de la arqueología griega más antigua me hayan tocado a mí, sin pretenderlo, y en el orden preciso.[36]

Petrie siguió hallando cerámica micénica en muchos otros yacimientos, siempre con material de las dinastías XVIII y XIX. En su opinión, no había otra alternativa que seguir las fechas egipcias y situar la civilización micénica exactamente en el segundo milenio a.C., entre 1600 y 1100 a.C. Petrie anunció sus conclusiones en un artículo fundamental de 1890:

> ... ahora la mayor luz sobre la cronología de las civilizaciones del Egeo viene de Egipto, y es a las fuentes egipcias a las que los arqueólogos deben agradecer su revelación de la situación real de las antigüedades de Grecia.[37]

Sin embargo, muchos de los eruditos aparentemente agradecidos rechazaron la oferta de ayuda de Petrie. Sus fechas derivadas de Egipto tuvieron el efecto extremadamente molesto de producir un enorme vacío entre el mundo micénico y el de las primeras ciudades-estado griegas del siglo VIII a.C. Antes era práctica común fechar el final de la civilización micénica en el 800 a.C., permitiendo la continuidad, o incluso el solapamiento, con el período geométrico posterior. Salió en defensa de la datación más baja el historiador del mundo clásico Cecil Torr, quien emprendió un ininterrumpido ataque a las afirmaciones de Petrie. Después de cuatro años de ardientes intercambios en la prensa académica, la Cambridge University Press invitó a Torr a presentar su tesis de una manera más completa. Así lo hizo en 1896 con *Memphys and Mycenae*, que comienza con las siguientes palabras de rechazo: «Se ha admitido la declaración de que la época micénica en Grecia puede ser fijada definitivamente en el 1500 a.C., o en torno a esta fecha, basándose en la evidencia de las fuentes egipcias».[38]

El ataque de Torr tenía dos frentes. En primer lugar, sometió los informes de excavación de Petrie a un bombardeo de críticas referentes a los contextos exactos de la cerámica micénica hallada en Egipto. Más importante fue su desafío a la visión de consenso de la cronología egipcia, por primera vez desde sir Isaac Newton. Al rechazar la datación sotíaca, Torr desarrolló su propio sistema, utilizando las fechas más altas conocidas del reinado de cada faraón y permitiendo grandes solapamientos entre algunas de las dinastías de Manetón. Su nueva cronología, mínima, dio fechas dos o tres siglos más bajas que

las de Petrie, Meyer y otros egiptólogos: por ejemplo, mientras para éstos la dinastía XVIII empezaba en 1580 o 1530, para Torr lo hacía en 1271 a.C.

De este modo, según Torr, incluso *si* algunas de las conexiones declaradas entre Egipto y el Egeo eran válidas, no había necesidad alguna de hacer retroceder la cultura micénica hasta el 1500 a.C. Tampoco vio contradicción alguna con la idea de que ésta continuó hasta el siglo VIII a.C., mezclándose casi imperceptiblemente con la civilización de la Grecia arcaica y clásica. Los puntos de vista de Torr merecieron comentarios favorables de Jens Lieblein, el padre fundador de la egiptología sueca. En tanto que Torr y otros concentraron su fuego sobre el vacío que producirían los sincronismos de Petrie en la historia de Grecia, Lieblein amplió el debate hasta incluir problemas similares en el Próximo Oriente y el propio Egipto. Había compilado una obra sustancial que contenía toda la información genealógica disponible sobre la historia tardía de Egipto,[39] y a partir de ella sacó conclusiones notablemente semejantes a las de Torr. Las fechas admitidas para las dinastías XVIII-XX eran, insistía, unos 200 años demasiado elevadas. El error procedía de una malinterpretación de Manetón:

> Nunca he comprendido la obstinación con la que los eruditos han dependido de la sucesión regular de las treinta dinastías de Manetón. Pese a que muchas voces de incontestable autoridad han protestado, el error sigue estando de moda en nuestros días.[40]

También hizo notar que las fechas altas estaban introduciendo una innecesaria «Edad Oscura» en la historia de los hititas (véase el capítulo 6), cuyos vestigios habían sido identificados recientemente en Turquía: «... es el desafortunado establecimiento de una cronología egipcia errónea lo que ha causado la confusión y las dificultades».[41]

El *cri de coeur* de Lieblein fue ignorado, al igual que la tenaz acción en retaguardia de Torr contra el progreso de la cronología alta de Petrie para Egipto y Micenas. La obra de ambos fue posteriormente relegada a la categoría de curiosidad histórica por tres razones. Primero, Torr estaba ciertamente equivocado al negar que la época micénica fuera contemporánea de las dinastías egipcias XVIII y XIX, ya que, cuando el debate se enardeció, nuevas excavaciones revelaron pruebas concluyentes de que los sincronismos de Petrie eran válidos. Segundo, la idea de una cronología baja era contraria a la tendencia, aceptada en la época, de adscribir la mayor antigüedad posible a Egipto y las civilizaciones vecinas. Los vestigios de los grandes reinos de Sumer, Babilonia y Asiria estaban siendo desenterrados de entre las arenas de Mesopotamia, y se les asignaban fechas extraordinariamente altas. A partir de datos astronómicos, Hammurabi, uno de los primeros legisladores de Babilonia, fue situado alrededor del 2100 a.C. (véase el Apéndice 3 para la posterior reducción de la cronología de este rey). Tercero, las historias de Egipto y Mesopotamia quedaban ahora relacionadas entre sí gracias al descubrimiento de la correspondencia real (véase el capítulo 6), y dejaban sin efecto el desafío a la cronología egipcia aislada.

La conexión italiana

Los eruditos de finales del siglo pasado y comienzos de éste se sentían comprensiblemente ansiosos por encontrar alguna referencia histórica a los pueblos de la Europa prehistórica. Como complemento a las conexiones arqueológicas de Petrie, se pensó que los llamados «Pueblos del Mar», que realizaron infructuosos ataques marítimos a Egipto a finales del bronce reciente, procedían del Mediterráneo septentrional. Los shardana, teresh, shekelesh y ekwesh mencionados en textos de la dinastía XIX fueron identificados con los primitivos sardos, etruscos, sicilianos y aqueos. George Rawlinson admitió que, «considerados aisladamente, las identificaciones son dudosas en casi todos los casos», pero en el mismo texto explicaba la atracción que tales equivalencias ejercían sobre su generación:

> ... la mayoría acepta la perspectiva como probablemente cercana a la verdad. Les encanta pensar que las naciones europeas, en una época tan lejana como el siglo XIII a.C., mostraban signos de su vigor inherente, poseían flotas, luchaban en combates navales y contendían con las más evolucionadas y poderosas monarquías de entonces ... Si no es verdad, debería serlo.[42]

Obviamente, la idea de una gran antigüedad para la civilización europea, fomentada por el descubrimiento de Evans de la tecnología extraordinariamente avanzada de los antiguos cretenses, ejerció una atracción enorme. Por el contrario, las bajas fechas de Torr y de Lieblein para las civilizaciones micénica, minoica e hitita tienen que haber parecido avaras, pese a que intentaban rebajar también la cronología egipcia.

Una aproximación más prosaica a la antigua Europa fue la que llevó a cabo en Escandinavia Montelius, quien, junto con el joven arqueólogo alemán Paul Reinecke, sentó las bases de la cronología prehistórica europea. Sintetizando datos procedentes de diferentes regiones de la Europa septentrional y central, ambos desarrollaron un esquema general de cronología relativa dividido en fases sucesivas. Los arqueólogos escandinavos todavía ordenan su material de la edad del bronce según los períodos de Montelius I a VI. La división de las edades del bronce y del hierro de Europa central en períodos «Reinecke» A-D ha resistido también el paso del tiempo (véase el cuadro 1.1).

Intentando fijar su esquema a partir de fechas absolutas, recurrieron sobre una base razonablemente firme a la edad del hierro de Europa central. Esto se debió en gran parte al descubrimiento de los ricos enterramientos de Hallstatt, en un estrecho paso del extremo septentrional de los Alpes austríacos, sobre un impresionante yacimiento de sal (véase la lámina 5). El papel vital de la sal en la economía de la Europa prehistórica se refleja en la necrópolis de los mineros, que presenta importaciones de países tan lejanos como los del Báltico y los del sur de Italia. Hacia 1900 se habían excavado cuidadosamente unas mil tumbas. El punto de partida para la cronología fue el de los objetos hechos en la Italia central (Etruria). Aquí, productos idénticos aparecían frecuentemente

junto a cerámica griega, que podía fecharse con bastante seguridad desde el siglo VIII a.C. en adelante. Estos vínculos determinaron la vida de la necrópolis desde el 800 hasta el 400 a.C., en números redondos. Montelius y Reinecke, por tanto, pudieron utilizar los hallazgos de Hallstatt para fijar su secuencia relativa, y así la cronología absoluta comenzó a trazar su camino al norte de los Alpes.[43]

Más allá de este punto, remontándose a las edades del hierro y después del bronce, las importaciones de material mediterráneo desaparecían. Ciertas conexiones se hallaron de nuevo en la primera edad del bronce europea, con aparentes similitudes entre el trabajo del bronce de la Europa central y oriental y el de los primeros micénicos. Se invocaron también comparaciones vagas entre determinados motivos decorativos, especialmente la espiral. Montelius reconoció la tenue naturaleza de esta evidencia, pero, a falta de algo mejor, se sintió obligado a seguirla. Llegada a este punto, y a pesar de su metódico enfoque, la escuela de Montelius no pudo escapar a los efectos de la revolución de Petrie en cronología, que había fechado en época más antigua el material egeo susceptible de comparación. Por consiguiente, la primera edad del bronce europea se situó a mediados del segundo milenio de modo que coincidiera con las fechas micénicas. Entre estos dos períodos de contacto, que ofrecían un firme sincronismo durante el hierro medio y conexiones más vagas durante la edad del bronce, hay una tierra de nadie.

LUZ DESDE EL ANTIGUO ORIENTE

En 1901 Petrie resumió los avances en la arqueología egipcia (de hecho, en gran parte obra suya) de esta manera:

> Hace ahora veintiún años que empecé a trabajar en Egipto ... En aquellos días la pirámide de Khufu [Keops] era nuestra frontera histórica ... La situación es ahora completamente diferente. La historia monumental ha retrocedido hasta el verdadero inicio de las fuentes escritas, que han sido confirmadas por entero ... La arqueología está más documentada que la de la mayoría de nuestros países: ni una vasija o un collar, ni un adorno o una escultura, sino lo que se encuentra *in situ* con ejemplares conocidos, y puede ser fechado con exactitud. La conexión con Europa ha sido retrotraída al inicio de los documentos griegos, y después hasta época micénica ... Egipto es la sonda para el ilimitado abismo de la historia europea.[44]

Sorprendentemente, Petrie subestimó la influencia de su obra sobre los prehistoriadores europeos. Una vez que los partidarios de la cronología baja habían sido desacreditados, la autoridad de Egipto y el Próximo Oriente, tanto cultural como cronológicamente, llegó a ser total. Por ejemplo, Montelius admitió que «en una época en que los pueblos de Europa no tenían, por así decirlo, civilización de ninguna clase», el Próximo Oriente había desarrollado ya culturas florecientes. La Europa prehistórica desempeñó un papel secundario,

pasivo: «la civilización que surgió gradualmente en nuestro continente fue durante mucho tiempo sólo un pálido reflejo de la cultura oriental».[45]

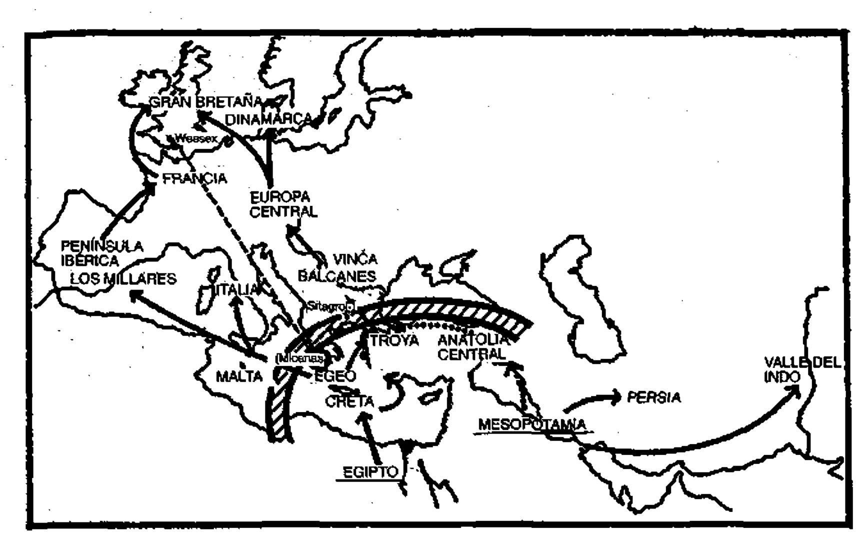
La idea de que las innovaciones culturales se habían extendido a través de una Europa «bárbara» mediante un proceso de difusión gradual a partir de las «altas civilizaciones» de Egipto y Mesopotamia parecía lógica sólo en una época en que política mundial significaba política imperial. Esto también se adaptaba al prejuicio cristiano de creer que la civilización se había originado en el Próximo Oriente, donde la Biblia naturalmente localizaba los primeros progresos del hombre.

Una razón posterior, negativa, para la continuada popularidad del punto de vista monteliano empezó a cobrar gran importancia en los primeros años del siglo XX. En esa época, otra teoría general sobre el desarrollo cultural propuesta a los prehistoriadores europeos era la tesis nacionalista y racista de Gustaf Kossinna, fundador de la Sociedad para la Prehistoria Alemana. Los especialistas acogieron su útil idea de una cultura arqueológica (un pueblo que compartía la misma cultura material y espiritual), que podía ser convenientemente definida a partir de yacimientos importantes como el de Hallstatt. Aunque no se opusieron a la idea general de movimientos raciales promotores de cambios sociales, rechazaron con firmeza la opinión de Kossinna de que todas las innovaciones se debían a las migraciones de la «raza dominante» alemana. En vista de los terribles resultados engendrados por semejante credo a fines de la década de 1930, los arqueólogos retornaron a la idea de que la civilización había sido difundida por pequeños grupos de comerciantes desde el Próximo Oriente más que impuesta por arrolladores movimientos de pueblos.[46]

Sin embargo, en los años de posguerra se comprobó cada vez más que la Europa «bárbara» no podía ser considerada simplemente como un lugar apartado de la civilización.[47] Algunos siguieron aferrándose a los preceptos tradicionales, entre ellos Atkinson, quien tuvo que recurrir a un errante príncipe micénico para explicar el elevado nivel arquitectónico desplegado en Stonehenge. Había también razones más prácticas por las que resultaba difícil descartar la difusión. Así como ésta suponía una explicación conveniente para el cambio cultural, proporcionaba la única fuente posible de fechas absolutas para el conjunto de la Europa prehistórica: las transmitidas a través de Italia y Grecia desde las respetadas cronologías de Egipto y Mesopotamia, aparentemente basadas en la astronomía.

El radiocarbono y la muerte de la manía difusionista

En 1952 se descubrió una técnica de datación completamente nueva, la cual iba a provocar posteriormente el fracaso del difusionismo como explicación general. El método del radiocarbono, un modo científico de datar los materiales orgánicos (véase el Apéndice 1), supuso la primera comprobación independiente de la edad de las culturas prehistóricas. Los resultados del radiocarbono, especialmente los calibrados con las fechas de la dendrocronología, demostraron



MAPA 1. La falla cronológica de la prehistoria europea, según Colin Renfrew (1973). Separa el sureste de Europa, que todavía utiliza la datación histórica tradicional, del resto del continente, que actualmente emplea el método del radiocarbono.

que la mayor parte de las fechas tradicionales proporcionadas por las conexiones difusionistas entre el Próximo Oriente y Europa no podían seguir manteniéndose.

Las culturas del neolítico y del bronce antiguo en Europa fueron elevadas unos 1.000 años o más hasta una antigüedad completamente inesperada. Diversas técnicas consideradas tradicionalmente como procedentes del Mediterráneo oriental (como el trabajo del cobre) resultaban ahora haber comenzado mucho antes en Europa. La «revolución del radiocarbono» condujo al desmantelamiento del esquema difusionista y al trazado de una «falla» cronológica y cultural, como la concibió Colin Renfrew, entre la Europa prehistórica y el Próximo Oriente antiguo durante el tercer milenio y principios del segundo a.C.[48] Dicho cambio ha dejado una marca indeleble en la prehistoria europea. Las especulaciones sobre si los micénicos construyeron las primeras fases de Stonehenge son ahora impensables. Los principales avances de la prehistoria europea no dependían de una simple cadena de difusión desde el Próximo Oriente.

Por otra parte, no estamos mirando simplemente el reverso de la moneda. Ni, por supuesto, la falla de Renfrew ha roto todos los lazos entre Europa y el Próximo Oriente. Los de finales de la edad del hierro persisten y no se han visto afectados por la datación del radiocarbono. La precisión de los tests de radiocarbono ha probado bastante bien la existencia de grandes diferencias en el tiempo, como, por ejemplo, los 500 años que median entre la construcción de Stonehenge y la tumbas de fosa de Micenas. Pero la incertidumbre estadística inherente al método indica que los resultados del radiocarbono no son tan

útiles cuando la polémica se refiere a pequeños lapsos de tiempo de uno o dos siglos.

Así pues, ¿qué impacto ha tenido el radiocarbono en la datación de las edades del bronce y del hierro? ¿Puede aclarar los problemas de la «Edad Oscura» que complican la arqueología y la historia de tantas regiones en esta época?

De Stonehenge a Micenas

Una consecuencia desafortunada de la precisión limitada de la datación por radiocarbono es que su impacto en el Mediterráneo oriental y el Próximo Oriente ha sido, como mucho, sólo marginal. Las cronologías basadas en Egipto se consideran generalmente ya establecidas, y de los relativamente pocos resultados del radiocarbono disponibles muchos chocan con la interpretación actual. Por esta razón, a la mayoría de los arqueólogos dedicados a esta zona no les acaba de convencer el método.

En Europa, los vínculos con el Mediterráneo del siglo VI, proporcionados inicialmente por la necrópolis de Hallstatt, han llegado a ser aún más sólidos desde la época de Montelius, y las fechas son confirmadas ahora por la «dendrocronología» local, elaborada a partir de estudios sobre los anillos de los árboles (véase el Apéndice 1). La datación por la medición de los anillos de los árboles ha obtenido resultados definitivos para las primeras fases de la cultura de Hallstatt.[49] Lazos indiscutibles con el Egeo a través de Italia son raros antes del 600 a.C., y faltan por completo durante las largas Edades Oscuras del mundo mediterráneo, entre los siglos XII y VIII. A falta de una evidencia más firme, se han utilizado sincronismos de fiabilidad extremadamente variable para crear un esquema de datación que cubriera la mayor parte de Europa, como se ve en el cuadro 1.1.

La cronología tradicional, no por radiocarbono, para la edad del bronce de la Europa central ha seguido basándose, por supuesto, en los fundamentos de Montelius y Reinecke. El avance más importante desde la época de éstos ha sido la creación de un amplio sincronismo entre la cultura de los campos de urnas antiguos (del bronce D a Hallstatt A2, según el sistema de Reinecke) y el mundo micénico desde la época anterior a la Edad Oscura. La civilización micénica es dividida en una serie de fases del «heládico reciente», basadas en los cambios en la tipología de la cerámica. De ellas, el heládico reciente IIIB (HRIIIB) se considera en general como paralelo al bronce D de Reinecke, y este último se sitúa, en consecuencia, en el siglo XIII.[50] No obstante, la mayor parte de las supuestas conexiones de las que depende esta conclusión están abiertas al debate. En Europa han aparecido yelmos y espadas aparentemente de tipo micénico, pero la mayoría son descubrimientos casuales, sin contexto, y, por tanto, sin valor cronológico real.[51] Incluso los pocos hallados con otros objetos no son admitidos sin discusión. Por ejemplo, la espada Ørskovhede de Dinamarca, descrita con frecuencia como un arma micénica, fue rechazada por Harding como «claramente» de tipo local, sin «absolutamente nada que ver con las espadas egeas».[52]

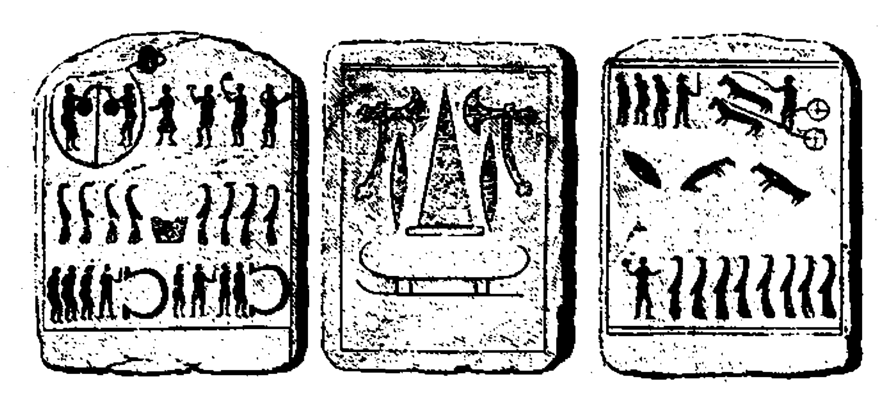


FIGURA 1.5. Estelas decoradas del enterramiento de la edad del bronce de Kivik, en el sur de Suecia, excavado en 1748. Se creyó que reflejaba una influencia micénica, aunque algunas escenas son claramente nórdicas, como la de los hombres tocando el cuerno (Du Chaillu, 1889).

En lugar de conexiones directas y fiables entre Europa central y Micenas, se han forjado lazos a través de la rica cultura del bronce de Peschiera, Italia (véase el capítulo 2). El miembro europeo de la ecuación es válido, ya que muchos bronces de Peschiera son idénticos a los tipos del bronce D. Sin embargo, la parte micénica es menos clara. A veces, aparece en Italia material micénico junto a bronces de Peschiera, pero normalmente en contextos difíciles de situar dentro de la secuencia local.[53] La situación en Grecia es distinta, ya que el material micénico es bien conocido y tiene una cronología relativa clara. Por otra parte, existen en Grecia pocos bronces de manufactura itálica.[54] A pesar de ello, un cierto número de hallazgos de estilo Peschiera presentan asociaciones de fácil datación, en particular las fíbulas halladas en varias tumbas con cerámica HRIIIB.[55]

En conjunto, hay evidencias suficientes para concluir que el bronce D de Reinecke, el complejo de Peschiera y el HRIIIB se solapan hasta cierto grado. Ello no quiere decir, sin embargo, que podemos considerar simplemente el bronce D de Reinecke como el equivalente temporal del HRIIIB, ya que la flexibilidad en la datación del material itálico afecta obviamente a la cronología de la Europa central. Harding, en su discusión sobre las fíbulas halladas junto a cerámica del HRIIIB, observó que aunque este hecho indica que el bronce D empezó en el siglo XIII, «no hay razón suficiente por la que no pudiera continuar después del año 1200 a.C.».[56] En efecto, Nancy Sandars, la gran autoridad en espadas prehistóricas europeas, ha propuesto una fecha para el bronce D un siglo entero más baja que la generalmente aceptada.[57]

A causa de estas dudas, algunos prehistoriadores han intentado elaborar una nueva cronología para la edad del bronce europea basada en fechas de radiocarbono, con la esperanza de sustituir el «inseguro marco de cronología relativa que tan cuidadosamente se ha construido».[58] Los escasos resultados del radiocarbono disponibles inicialmente situaron el bronce D en los siglos XIV

CUADRO 1.1. Esquema generalmente aceptado de la cronología entre la edad del bronce final y la edad del hierro en Europa septentrional, dividido en bloques de 100 años. Los períodos enumerados para el norte de Europa son esencialmente los establecidos por Montelius. Las fases de Europa central siguen el esquema de Reinecke, según el cual las fases Hallstatt A-D representan la edad del hierro. El agrupamiento de estas fases en tres culturas sucesivas recalca los aspectos que se consideran de transformación social significativa dentro del período, como los cambios importantes en las prácticas funerarias. La cronología europea se basa en sus lazos con los períodos griegos (las divisiones en siglos no se aplican a estos últimos).

Fecha (a.C.)	NORTE DE EUROPA	EUROPA CENTRAL		GRECIA
1500				
	Período II	Bronce B	Cultura de los túmulos	HRII
1400		Bronce C		HRIIIA
1300				
	Período III	Bronze D	Cultura de los campos de urnas	HRIIIB
1200		Hallstatt A1		HRIIIC
1100				
	Período IV	Hallstatt A2		EDAD OSCURA
1000		Hallstatt B1		
900				
	Período V	Hallstatt B2		
800		Hallstatt B3		Tardogeométrico
700		Hallstatt C	Cultura de Hallstatt	Protocorintio
600	Período VI	Hallstatt D		Corintio
500				

a XIII a.C., contradiciendo así las fechas tradicionales de los siglos XIII a XII para el período tomado de Grecia a través de Italia.[59] No obstante, la evidencia más reciente, más que elevar las fechas del bronce D, indica que su datación tradicional puede ser en realidad demasiado alta. Los datos de radiocarbono relativos a la cultura de Wessex en la región de Stonehenge (normalmente relacionada con las tumbas de fosa de Micenas y el bronce B de Reinecke) dan fechas entre 1500 y 1200 a.C.[60] Más significativa es una conclusión similar obtenida en Dinamarca para el período II de Montelius (equivalente al bronce B-C), puesto que se basa en numerosísimas pruebas de radiocarbono sobre los anillos exteriores de los ataúdes de roble y otros objetos funerarios de madera. Combinadas, ambas fuentes datan dicho período en 1500-1200 a.C.[61]

El efecto de rechazo de estos dos estudios hizo bajar la fecha para el bronce B a C (tradicionalmente, 1500-1300 a.C.) en, al menos, un siglo. Ahora bien, ¿supone esto la disolución de los vínculos entre la edad del bronce europea y la del Próximo Oriente? Las dificultades para establecer una sincronía entre la edad del bronce de Europa y el Egeo indican que estas fechas no tienen un impacto inmediato sobre el Mediterráneo, pero apuntan la posibilidad de una cro-

nología rebajada también allí. Lo ideal sería, por supuesto, evaluar las dos cronologías utilizando series paralelas de fechas de radiocarbono procedentes de ambas regiones, con el fin de compararlas. Por desgracia, a causa de la actitud negativa de tantos arqueólogos que trabajan en el Mediterráneo oriental, para esta zona sólo se puede disponer de unos pocos resultados de radiocarbono.

La conclusión es que las culturas prehistóricas del sureste de Europa siguen dependiendo para su cronología, en diversos grados, de los contactos con la civilización micénica, y ésta, a su vez, se fecha por sincronismo con la cronología egipcia establecida. Lógicamente, podría esperarse que cuanto mayor fuera la aproximación al Mediterráneo y la vinculación con Egipto, más exactas serían las fechas, lo que permitiría el desarrollo de una cronología de mayor precisión y fiabilidad que la que puede ofrecer el radiocarbono.

Un examen más profundo revelará un panorama muy diferente, en el que la investigación arqueológica ha estado siempre dominada por tormentosas discusiones sobre la datación. Los especialistas en los campos afectados por estos debates se han dirigido una y otra vez a los problemas sin resolver esbozados al comienzo de este capítulo. ¿Sería posible que hubiera algo drásticamente equivocado en el cuidadoso proceso de elaboración de la cronología del mundo antiguo? Dado que Italia actúa de bisagra entre las secuencias de datación de Europa central y las del mundo egeo, nuestra investigación se inicia con las, al parecer, inexplicables «Edades Oscuras» de la arqueología y la historia del Mediterráneo central y occidental. La conclusión es sorprendente.

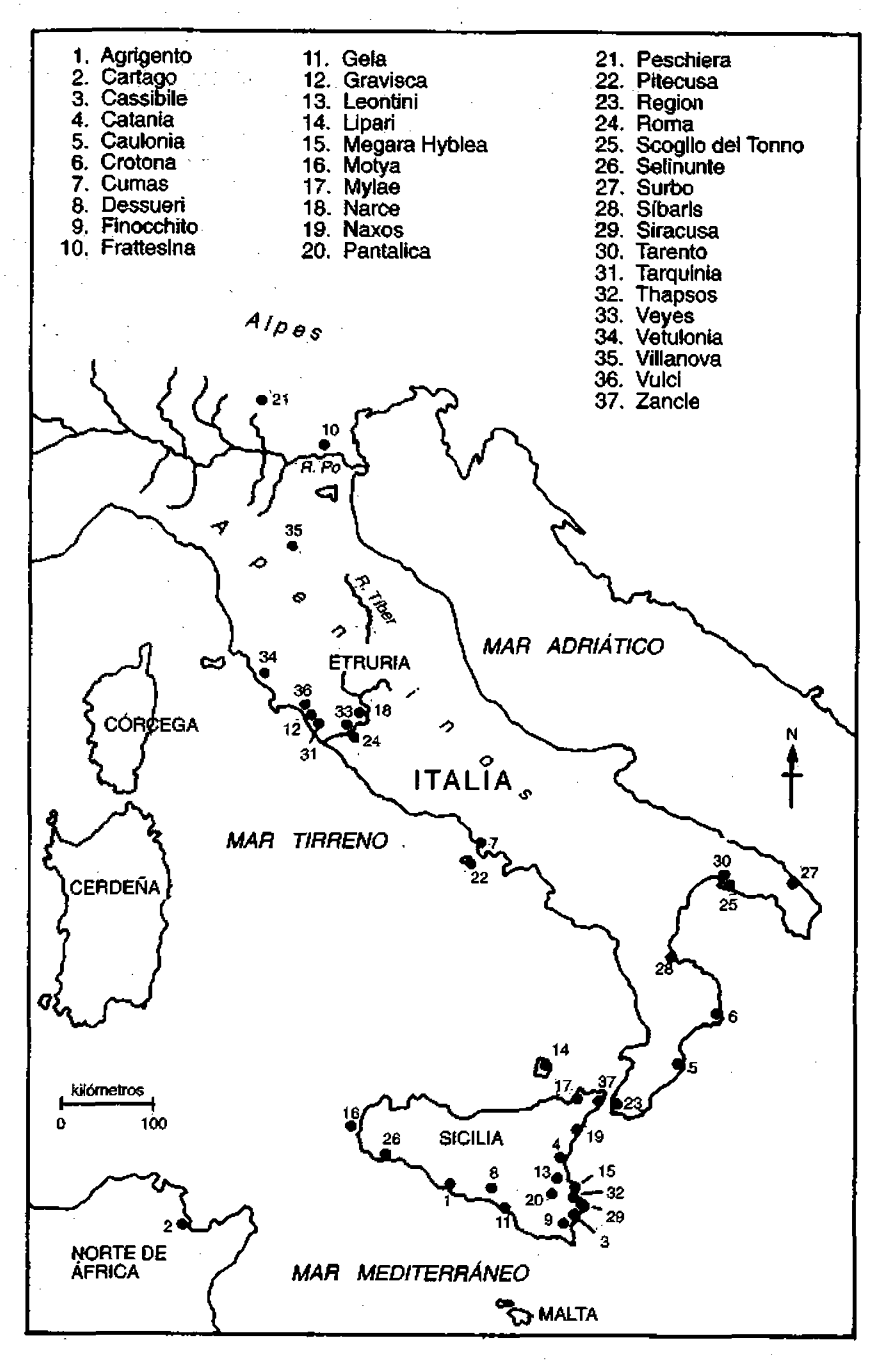
2. HASTA LAS COLUMNAS DE HÉRCULES

En época tan temprana como el 4000 a.C., en el neolítico, las islas y costas del Mediterráneo estaban en estrecho contacto a través del comercio de la obsidiana (vidrio de origen volcánico, ideal para fabricar útiles de piedra) a lo largo de cientos de kilómetros por el mar. Durante el bronce final, los micénicos penetraron en el Mediterráneo occidental; fundaron puestos comerciales en Italia y establecieron lazos comerciales que alcanzaban al menos hasta Cerdeña. Tras el hundimiento de la civilización micénica hubo una larga pausa. La comunicación entre el este y el oeste se reanudó cuando los fenicios del Líbano, y después los griegos, establecieron colonias a lo largo del Mediterráneo; ambos pueblos llegaron a España, los primeros incluso más allá de las «Columnas de Hércules», que flanquean el actual estrecho de Gibraltar, hacia el Atlántico. La expansión fenicia hacia occidente llevó finalmente a la creación del imperio cartaginés.

La datación de las distintas culturas locales del Mediterráneo occidental depende por completo de estos contactos orientales, ya que sólo ellos proporcionan lazos con una cronología histórica en principio segura. Se ha pensado que entre estas dos épocas doradas de prosperidad —los siglos XIII-XII y del siglo VIII a.C. en adelante—, el Mediterráneo occidental estuvo sumido en una gran recesión económica y cultural. Extrañamente, este período oscuro ha constituido un foro para ciertos desacuerdos académicos profundos, en gran parte enfocados sobre el problema de cómo llenar este aparente vacío en la historia de la zona. No es casual que esto coincida con el punto más bajo de civilización en el Mediterráneo oriental. Pero ¿esta Edad Oscura se prolongó tanto porque todo el Mediterráneo era económicamente interdependiente, o debido a que Occidente dependía cronológicamente de Oriente?

En los dos momentos álgidos del comercio este-oeste, Italia fue el socio más importante de los mercaderes griegos. Antes de la Edad Oscura los micénicos fomentaron lazos comerciales con el norte de Italia, llevando bronces desde la floreciente industria de los valles alpinos hasta Grecia y Creta. La típica localidad de Peschiera, junto a un lago, da nombre a la cultura del bronce medio que produjo estos refinados objetos. Los bronces de Peschiera llegaron más hacia el norte, cruzando los Alpes, y facilitaron el contacto crucial entre las cronologías micénica y centroeuropea.

Hacia el sur, en el corazón de la Italia antigua, la sucesión cultural desde



Mapa 2. El Mediterráneo central.

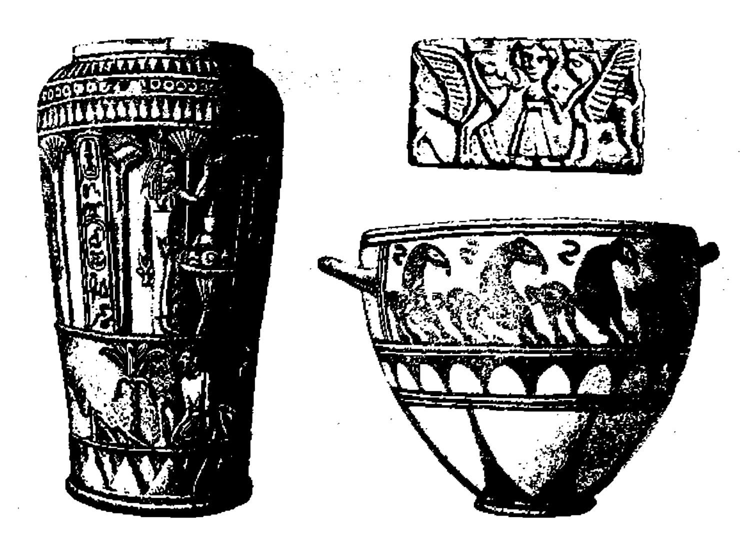


FIGURA 2.1. Ajuar de la «tumba Boccoris», de Tarquinia, Etruria. La presencia del vaso de fayenza (*izquierda*) con el nombre grabado del faraón Boccoris (dinastía XXIV), la cerámica de influencia corintia y las placas de oro orientalizantes la sitúan en el 700-675 a.C. (Randall-MacIver, 1924).

c. 750 a.C. es cada vez más segura, fijada primero por las colonias griegas fundadas a finales de la Edad Oscura y posteriormente por las nacientes civilizaciones locales. La más importante de ellas es la de los etruscos, en la Italia central. Sus inicios anónimos se encuentran en una cultura denominada «villanoviana» a causa de una gran necrópolis de incineración en urnas cercana a Bolonia. El siglo VII constituyó el período «orientalizante», que sufrió una intensa influencia oriental; de esta época destacan exóticos objetos de comercio, como una vasija tallada con el nombre del faraón egipcio Boccoris, encontrada en Tarquinia. La colonia griega más antigua de Italia fue Pitecusa, fechada en torno a 750 a.C., que importaba objetos griegos, sirios, fenicios y egipcios, entre estos últimos un escarabeo de Boccoris.[1] (Véase el capítulo 5 para un examen de las fuentes históricas de las fechas de la colonización griega.)

LOS ORÍGENES DE ROMA

Pero incluso en este punto final conocido de la escala persisten los problemas, que provocan grandes controversias que afectan a Roma, la heredera de la civilización etrusca. A finales de siglo se descubrieron en la colina del Palatino, donde supuestamente había habitado Rómulo, restos de cabañas de madera de la edad del hierro, que fueron inmediatamente identificados como el asentamiento más antiguo de Roma. La datación arqueológica de estas cabañas, aproximadamente sincronizada con la cronología de la cerámica griega, fue con-




FIGURA 2.2. Una de las primeras representaciones de Rómulo y Remo, míticos fundadores de Roma, amamantados por la loba que los crió; de una moneda romana de c. 270 a.C., que muestra a Hércules en el anverso (según Crawford, 1985).

siderada durante mucho tiempo como la confirmación de la fundación tradicional en el 753 a.C., admitida por los propios romanos (véase el Apéndice 2). El historiador de la Antigüedad Howard Scullard, aunque celebra esta «notable coincidencia» entre los «cálculos artificiales» de los escritores clásicos y la evidencia arqueológica, la trata con cierta precaución:

> ... si la fecha del primer asentamiento resultara ser ligeramente más temprana, hay que recordar siempre la fecha de Timeo del 813. Así, mientras pocos creen en un Rómulo histórico, la tradición general sobre su cronología favorece el juicio arqueológico.[2]

Las palabras de Scullard muestran las dudas existentes en la cronología de Roma hace unos veinte años, cuando especialistas suecos, alemanes e italianos presentaban fechas opuestas para los primeros vestigios de la ciudad. Einar Gjerstad, el arqueólogo más importante de su generación, había excavado una serie de tumbas y niveles de ocupación bajo el Foro. Tomando sus descubrimientos como punto de partida, dividió todos los hallazgos más antiguos de Roma en cuatro períodos. Gjerstad encontró asociaciones entre sus últimas fases y las importaciones protocorintias del siglo VII, y, dado que la cerámica romana mostraba tan pocas variaciones, situó el inicio de su secuencia en el 800 a.C.[3]

El problema de esta conclusión fue que ignoró la cronología existente para el área circundante. A partir de los orígenes villanovianos de los etruscos, el siguiente punto de referencia fue proporcionado por las importaciones micénicas, que fijaron el fin de la cultura apenínica del bronce medio hacia el 1200 a.C. La actual división clásica del bronce final a la primera edad del hierro fue definida en primer lugar por el prehistoriador italiano Renato Peroni, y abarcaba, sucesivamente, las culturas apenínica, subapenínica, protovillanoviana y villanoviana.[4] En tanto que la subapenínica continuó, en general, las primeras tradiciones, la protovillanoviana contempló la introducción de las tumbas de incineración en urnas, nuevos estilos de cerámica y diferentes tipos de trabajos en metal. Todas estas innovaciones recordaban a las prácticas de la cultura de los campos de urnas de la Europa central. Cuando Peroni dirigió su atención hacia Roma observó que los estratos de tumbas y asentamientos del Foro

de Gjerstad contenían cerámica derivada de los estilos subapenínico y protovillanoviano. Siguiendo esta evidencia de continuidad desde la edad del bronce, Peroni situó el comienzo de la secuencia de Roma en el siglo x a.C. El especialista alemán Hermann Müller-Karpe estuvo de acuerdo con él y así se delimitaron los frentes de batalla.[5]

El conflicto se extendió cuando el examen de toda la región del Lacio por Pär Gierow, otro arqueólogo sueco, dio lugar a una cronología baja que seguía a la de Gjerstad. Por otra parte, el gran estudio de Hugh Hencken sobre el marco de la cultura villanoviana, que incluía los hallazgos romanos, situó sus comienzos en torno al 950 a.C., en línea con los partidarios de una cronología alta.[6] Los partidarios de la cronología baja admitieron la evidencia de la continuidad desde el bronce final demostrada por las tumbas y asentamientos de Roma, pero, según Gierow, «esto no prueba que las tumbas sean más antiguas, sino, por el contrario, que tales elementos pueden ser posteriores».[7] Sin embargo, el debate pareció decantarse a favor de la cronología alta gracias a nuevas evidencias procedentes de la necrópolis etrusca de Veyes. Allí se encontró material villanoviano junto a cerámica griega que se creyó que pertenecía a principios del siglo VIII a.C., haciendo que la datación sueca de la última parte de la secuencia romana fuera demasiado baja. En combinación con las conexiones de la edad del bronce en el extremo superior, esto parecía excluir la cronología baja. Las fechas altas son ahora clásicas, como lo es también el rechazo de la metodología sueca.[8]

Pero este feliz estado de cosas ha sido estropeado recientemente por un nuevo estudio de la cerámica griega de Veyes, que revela que, después de todo, la escuela sueca de la cronología baja estaba en lo cierto en lo que respecta a las últimas fases romanas. Los cambios afectan a períodos de sólo unos veinte años, pero horrorizan a los arqueólogos italianos, que siempre quisieron manipular la cronología de la cerámica griega para adaptarla a sus fechas villanovianas. Tal estrategia fue firmemente rechazada por John-Paul Descoedres y Rosalind Kearsley, autores del estudio sobre Veyes: «... esta medida, en principio ingeniosa, no es otra cosa que un callejón sin salida ... Para asignar fechas absolutas no ha habido, y no hay todavía, más solución que relacionarlas con las culturas históricas de Oriente».[9]

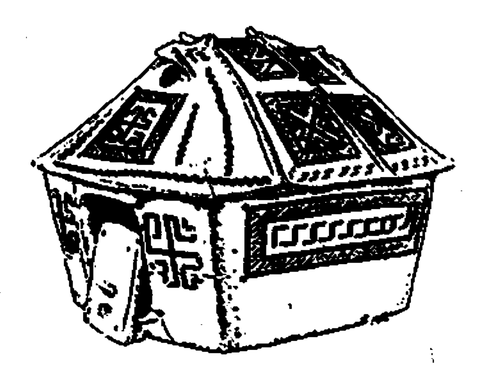


FIGURA 2.3. Urna en forma de cabaña villanoviana de Tarquinia, Etruria. Las cenizas del muerto eran enterradas en estos modelos de casas de los vivos (Randall-MacIver, 1924).

La consiguiente readaptación plantea la extraordinaria posibilidad de que la fecha del 800 a.C. dada por Gjerstad para el comienzo de la secuencia de Roma resulte aún correcta. Una solución provisional consiste en adoptar la sugerencia de compromiso de Massimo Pallottino, la gran figura de la etruscología, de empezar en el siglo IX a.C.[10]

Los «siglos esquivos» del bronce final en Italia

Aplicando la datación de Pallottino más allá de Roma, los primeros materiales villanovianos pertenecerían también al siglo IX a.C. Incluso en ese caso, las culturas subapenínica y protovillanoviana tienen que llenar aún unos 300 años entre el período apenínico, relacionado con Micenas, y el villanoviano. Esta parte central del lapso temporal es un área notoriamente oscura, aunque las excavaciones en Narce han apoyado el esquema de Peroni de las sucesiones culturales. En este yacimiento, los estratos que contienen cerámica subapenínica, protovillanoviana y villanoviana se suceden, secuencia que se ha comprobado ahora en otros lugares.[11]

Aunque se acepta la secuencia relativa, existe una notable falta de consenso acerca de la cuestión clave de la fecha de la transición del período subapenínico al protovillanoviano (véase el cuadro 2.1). Las diversas interpretaciones del material protovillanoviano sólo agravan los problemas. La mayoría de los arqueólogos lo utilizan para definir una raza invasora. Otros consideran su aparición como un reflejo de la adopción de nuevas costumbres funerarias por la aún existente sociedad apenínica. Un tercer grupo piensa que siguió vigente entre una población del interior atrasada en la edad del bronce, lejos del contacto con los avances del hierro villanoviana en la costa de Etruria.[12] Esta confusión justificó la crítica de Harding de que, aplicado a la industria del metal, «el término ''protovillanoviano'' es una mezcolanza que contiene todo lo que no es claramente Peschiera/Terramara por una parte, o Villanova por otra».[13]

Las implicaciones cronológicas derivadas de la combinación de dos de estas opiniones —que lo protovillanoviano es el aspecto funerario de la cultura apenínica, y que se estancó en la edad del bronce en regiones aisladas del interior— horrorizó a David Ridgway. Revisando la posibilidad en la *Cambridge Ancient History*, escribió: «como fórmula para acortar la cronología, por supuesto, la combinación de estas dos tendencias interpretativas apenas puede mejorarse: ¡lo subapenínico se convierte así en contemporáneo de lo villanoviano!».[14]

Con la esperanza de simplificar la cuestión, muchos arqueólogos favorecen ahora una vuelta a la idea original del protovillanoviano como una cultura nueva y diferente que ocupó la Italia central, utilizó la cremación y tuvo tipos de cerámica y objetos de metal particulares.[15] Sin embargo, esta fácil solución al complejo problema de la transición del subapenínico al villanoviano es excluida por las considerables evidencias de un solapamiento entre ambos. Recientes investigaciones muestran que en muchos yacimientos protovillanovianos, subapení-

CUADRO 2.1. Comparación entre las cronologías divergentes desde el bronce final hasta el comienzo de la edad del hierro en Italia. Las diferencias en tiempo asignadas al período protovillanoviano son la causa de la mayor parte de las variaciones.

Müller-Karpe (1959)	Peroni (1959)	Lo Porto (1963)	Hencken (1968)	Delpino (1979)	D. Ridgway (1988)
Tardo-apenínico Proto-villanoviano Villanoviano	Tardo-apenínico Sub-apenínico Proto-villanoviano Villanoviano	Apenínico medio Tardo-apenínico Sub-apenínico Proto-villanoviano Villanoviano	Tardo-apenínico Sub-apenínico Proto-villanoviano Villanoviano	Tardo-apenínico Sub-apenínico Proto-villanoviano Villanoviano	Tardo-apenínico Sub-apenínico Proto-villanoviano Villanoviano

1300 — 1200 — 1100 — 1000 — 900 — 800

nicos e incluso del tardoapenínico los hallazgos presentan los mismos tipos de la cerámica micénica:[16]

	HRIIIA	HRIIIB	HRIIIC
Yacimientos del tardoapenínico	6	8	7
Yacimientos subapenínicos	2	6	12
Yacimientos protovillanovianos	1	1	4

Si fuera correcta la interpretación convencional de una clara sucesión de culturas locales, habría relativamente poca superposición entre sus asociaciones con distintos tipos de cerámica micénica. Por el contrario, parece como si las tres permanecieran a través de todo el período heládico reciente III (tradicionalmente situado entre 1400-1075 a.C.). Este sorprendente resultado impulsó a reexaminar dos de las hipótesis ya mencionadas. Los que creen que fueron invasores de los campos de urnas quienes aportaron la cultura protovillanoviana piensan que eran sólo una pequeña minoría, y que en siglos posteriores la población local subapenínica se reafirmó. Por otra parte, Pallottino ha sugerido que en algunas zonas el subapenínico y el villanoviano no eran culturas dis-

tintas, sino, en realidad, dos facetas diferentes de la misma sociedad: la primera se manifiesta en los asentamientos y la segunda en las necrópolis.[17]

Ambas teorías son ignoradas a causa de su incompatibilidad con la cronología establecida, claramente determinada por la interrelación cronológica de la cultura apenínica con hallazgos micénicos y del villanoviano con importaciones del siglo VIII del período geométrico. El protovillanoviano debe cubrir la mayor parte de este lapso de tiempo, pero, como afirman John Coles y Anthony Harding, esta «evasiva centuria del 1200-1100 a.C.» parece no contener casi nada.[18] Aceptando cada hipótesis, la cultura villanoviana se superpondría a la subapenínica elevando la fecha de muchos yacimientos protovillanovianos. El resultado deja aún menos material para llenar el enorme vacío. A pesar de esta dificultad, parece perfectamente viable una versión de la teoría de Pallottino, ya que son asentamientos, más que enterramientos, lo que falta en general.

Un misterio final procede del asentamiento en el promontorio de Scoglio del Tonno, en el sur de Italia, excavado por Quagliati en 1899-1900, antes de su destrucción para ampliación del puerto actual.[19] Quagliati distinguió tres estratos básicos: el estrato 3 pertenecía al bronce antiguo, el 2 presentaba edificaciones bien conservadas y niveles de suelo asociados con material subapenínico, y el estrato 1 contenía cerámica micénica y protocorintia de los siglos VIII-VII, junto con cerámica local de influencia geométrica. Las vasijas geométricas son de los estilos HRIIIA, B y C, los cuales (ciertamente el HRIIIA) preceden al subapenínico según el esquema de Peroni, y, así, tendrían que haber aparecido en el estrato inferior, no en el superior.

Dado que es difícil reconciliar esta estratigrafía con las opiniones actuales, la obra de Quagliati se subvalora con frecuencia como una simple excavación de urgencia, y se ignoran sus conclusiones. Por ejemplo, Coles y Harding afirman:

> ... sobre las circunstancias del hallazgo apenas se sabe nada. El excavador, Q. Quagliati, hizo un valiente intento, en condiciones de salvamento ... para elucidar la secuencia estratigráfica, pero su información es de lo más escasa.[20]

El arqueólogo norteamericano Ross Holloway hizo una valoración más justa, pues consideró que la mayor parte del tiempo el equipo de Quagliati «llevó a cabo una excavación normal ... El informe resultante era una relación notablemente detallada con una amplia serie de planos y secciones».[21]

A pesar de ello, Holloway afirmaba que ni un solo fragmento de la gran cantidad de cerámica micénica encontrada por el excavador estaba en su posición original. Sugirió que procedía de otra parte del yacimiento, que acabó por mezclarse con el estrato 1 a causa de la erosión, el transporte y la construcción moderna.[22] Pero aunque el yacimiento estaba muy alterado, Quagliati descubrió los restos de cabañas ovales en el estrato 1, mostrando que la alteración no era tan total como pensaba Holloway. Por su parte, el arqueólogo sueco Gösta Säflund intentó integrar los hallazgos micénicos del estrato 1 en la casa subapenínica del estrato 2 (convirtiéndola así en la residencia de un comerciante),

algo enteramente contrario a la estratigrafía anotada por el excavador. Una indicación final, la de que el registro de los hallazgos Quagliati era confuso, es improbable, ya que escribió el informe a lo largo de un año.[23]

Todas las ingeniosas hipótesis propuestas para explicar el problema de Scoglio del Tonno pasan por alto una posibilidad obvia: aceptar los hallazgos de Quagliati como son y en su lugar reconsiderar la fecha relativa de los hallazgos subapenínicos y micénicos. En un sentido más amplio, la evidencia base para el solapamiento entre las fases supuestamente separadas del bronce final en Italia hace difícil sostener la opinión de que este período duró varios cientos de años.

SICILIA: ¿NECRÓPOLIS SIN ASENTAMIENTOS?

La cronología siciliana es menos confusa, debido a los solapamientos, que la italiana, pero hay todavía una ausencia desalentadora de material el bronce final y primera edad del hierro (1250-650 a.C.).

El bronce medio en Sicilia es bien conocido por las necrópolis y asentamientos de la cultura costera de Thapsos. Las tumbas contienen gran número de

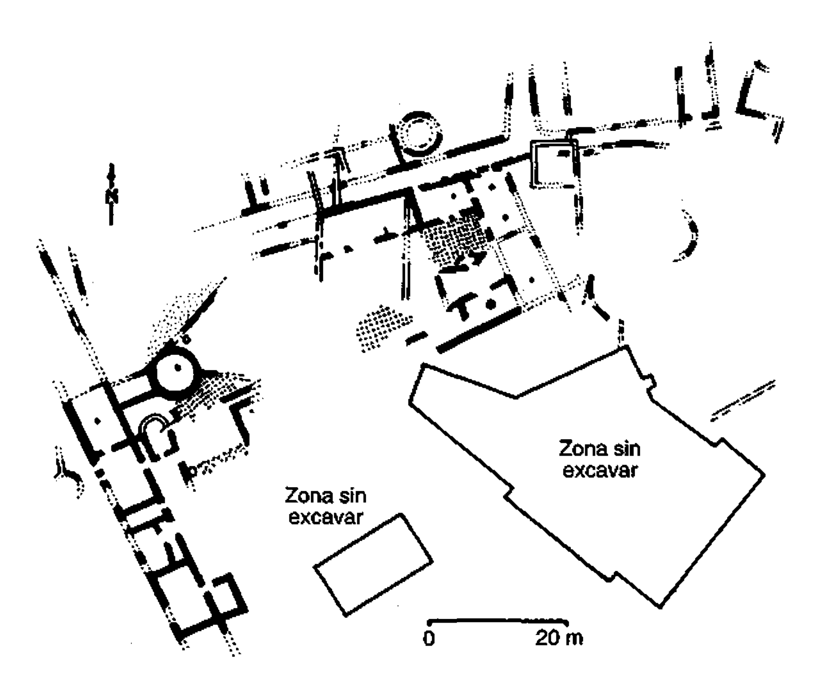


FIGURA 2.4. Plano del asentamiento del bronce medio de Thapsos, Sicilia, que muestra dos bloques de construcciones con patios centrales (*en negro*), y (*delineadas*) pequeñas casas de época anterior (según Coles y Harding, 1979).

copas para beber micénicas y unas cuantas vasijas de Malta. El propio asentamiento de Thapsos evolucionó hacia un centro urbano, con hallazgos de cerámica chipriota y maltesa, pero apenas micénica: una interesante diferencia entre el asentamiento y su necrópolis.[24] Los últimos objetos micénicos procedentes de tumbas datan el repentino final de la cultura de Thapsos en época del HRIIIB, hacia 1250 a.C.[25] El yacimiento abandonado fue reocupado sólo al cabo de mucho tiempo. Más tarde, alrededor del 700 a.C., pasó a manos de colonos griegos.

De acuerdo con el esquema cronológico aceptado, a la desaparición de los yacimientos de Thapsos sucedió la cultura de Pantalica, que duró desde *c.* 1250 hasta 650 a.C., cuando las colonias griegas y fenicias llegaron para dominar la isla. El primer asentamiento griego fue el de Naxos, tradicionalmente fechado en el 734 a.C., y muchos más se agruparon en la parte oriental de Sicilia hacia el 700 a.C.[26] La única colonia fenicia con esta antigüedad es Motya, con unos cuantos enterramientos datados en torno al 720 a.C. por la cerámica griega y cartaginesa, y uno ligeramente posterior con otro vaso de Boccoris.[27] Se han hecho varias afirmaciones acerca de la existencia de contactos fenicios más tempranos, pero ninguna es convincente.[28]

La creencia general de que entre estas dos fases de yacimientos costeros «hubo una auténtica Edad Oscura», terminada sólo con la colonización griega,[29] es expresada por Bernabò Brea, el gran prócer de la arqueología siciliana:

> Los numerosos poblados de la cultura de Thapsos ... desaparecieron súbitamente. Los habitantes, que abandonaron las llanuras costeras, se refugiaron en la región de colinas, menos accesible. Se establecieron en unos pocos grandes centros urbanos, como los vinculados con las inmensas necrópolis de tumbas de cámara de Pantalica, Cassibile, Dessueri, etc. ... Evidentemente, la vida en esta edad oscura estaba dominada por el miedo.[30]

La cultura de Pantalica se divide en cuatro fases (denominadas a partir de diferentes necrópolis), pero la duración de las tres primeras ha sido muy discutida. La cerámica de período de Pantalica Norte continúa los estilos de Thapsos, pero aparecen nuevos tipos de espejos de bronce, puñales, espadas y broches, muchos de los cuales muestran influencia micénica; el hallazgo de una vasija aislada del HRIIIA en la necrópolis norte de Pantalica sugiere cierta superposición a la precedente cultura de Thapsos.[31] La fase sucesiva de Cassibile ha aportado cerámica y más puñales y broches nuevos. El período de Pantalica Sur muestra cambios en los tipos de tumba y un uso extendido del hierro. La fase final es la de Finocchito, del 730 al 650 a.C., con cerámica que imita la cerámica decorada utilizada por los colonos griegos.[32]

El hecho más sorprendente de la cultura de Pantalica es que, a diferencia de su predecesora, la mayor parte de su material arqueológico procede de las necrópolis. Como hace notar Holloway, las tumbas de Pantalica «son impresionantes, pero los asentamientos relacionados con ellas son extrañamente efímeros o de proporciones modestas».[33] Con frecuencia, se ha afirmado con convicción, como lo hace Brea, que el asentamiento se concentraba en unos

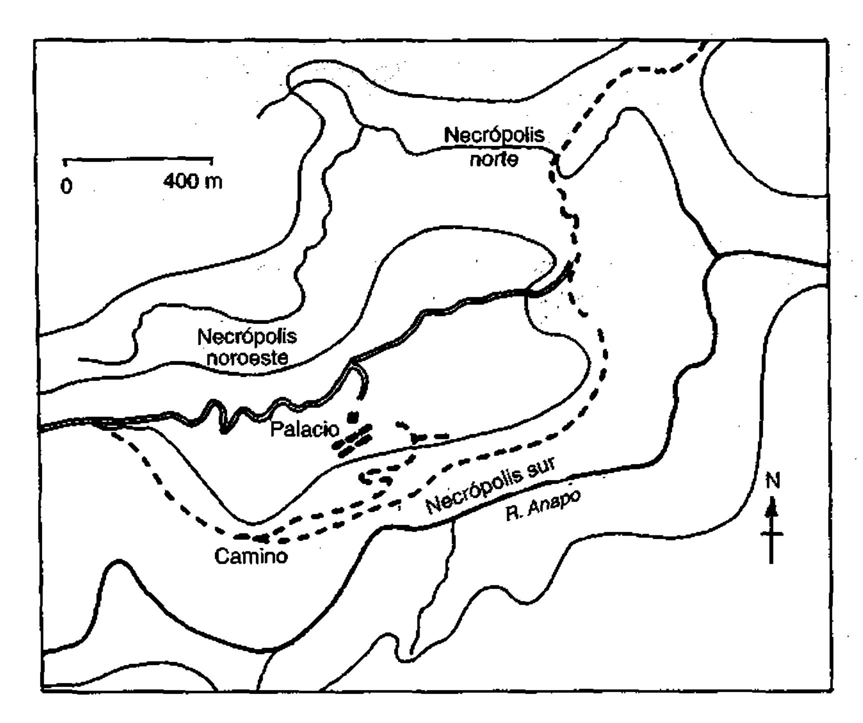


FIGURA 2.5. Plano general de las necrópolis y asentamiento de Pantalica, Sicilia (según Trump, 1974).

pocos grandes centros urbanos rodeados de miles de enterramientos. Pero la mayoría de las necrópolis no presentan habitaciones asociadas. El único candidato para la condición de urbano es el yacimiento de Pantalica, parcialmente excavado. En él aparece un gran edificio, el «palacio del príncipe», pero la cerámica pertenece exclusivamente al período de Pantalica Norte. Son visibles los restos de otras edificaciones y una muralla, aunque los vestigios del asentamiento son aún escasos.[34] A pesar de esto, se ha afirmado que a partir de las tumbas puede estimarse la población del lugar en 1.000 a 2.000 habitantes.

En otras zonas, la actividad sustancialmente doméstica se limita a las fases de Cassabile y Finocchito. El conjunto de la evidencia del asentamiento es muy desigual para una cultura que supuestamente duró 600 años. Un descubrimiento bien recibido, no obstante, es una serie de asentamientos costeros de Cassibile en localizaciones similares a los ocupados por la cultura de Thapsos. Estos nuevos hallazgos cambian el panorama tradicional, trazado por Brea, de una sociedad devastada por la guerra que abandonó la costa. Como Holloway ha hecho notar, estos asentamientos decayeron en un período «en el que, según la teoría de las "Edades Oscuras", las condiciones no habrían sido mejores, sino posiblemente peores».[35]

En tanto que estos descubrimientos mitigaron en parte la falta de huellas

de ocupación, al mismo tiempo socavaron fatalmente la cronología establecida. Ello supone un vacío de 120-320 años entre la fase de Cassibile y la colonia griega, el cual tiene que ser llenado por el período de Pantalica Sur. Contra esto está surgiendo un modelo definido por los nuevos hallazgos, según el cual los restos de las ciudades griegas descansan directamente sobre los yacimientos de Cassibile. En teoría, es posible que la costa fuera abandonada en la época de Pantalica Norte, reocupada en la fase Cassibile, abandonada de nuevo en el período de Pantalica Sur y, finalmente, ocupada de nuevo por los colonos griegos. Sin embargo, el historiador griego Tucídides (siglo v a.C.) establece claramente que en el 733 a.C. los colonos griegos de Siracusa expulsaron a los habitantes nativos.[36] O bien estaba equivocado, o algo hizo desaparecer toda huella de la actividad de Pantalica Sur pero conservando un poblado de cabañas de Cassibile, muchas de las cuales fueron incendiadas.[37] Ninguna de las dos alternativas es plausible. En lugar de eso, tiene que considerarse dudosa la verdadera existencia de Pantalica Sur como un período cronológico determinado. Si se descartara, se borraría al menos un siglo de duración de la edad del hierro siciliana. ¿Es factible esta drástica reducción? Ciertas indicaciones acerca de su viabilidad proceden del examen de las secuencias en otro lugar del Mediterráneo occidental.

Lípari y los ausonios

Entre Italia y Sicilia, y con fuertes lazos con ambas, están las islas Eolias. Importantes excavaciones en la acrópolis de Lípari, la mayor de ellas, han sacado a la luz una secuencia de gran valor.[38] En ella, el bronce medio, con la cerámica de tipo Thapsos procedente de Sicilia, es seguido por la cultura Ausonia, dividida en dos fases. La primera refleja nuevas influencias de la Italia continental con la llegada de las cerámicas subapenínicas. En el nivel de destrucción del Ausonio I aparecen fragmentos de cerámica protovillanoviana; sorprendentemente, la cultura protovillanoviana no predomina, ya que la siguiente fase, el Ausonio II, está todavía en la tradición subapenínica. Se observa una verdadera mezcla cultural en la necrópolis del período Ausonio II, situada bajo la acrópolis: aunque los cadáveres fueron incinerados (una práctica protovillanoviana), los ajuares funerarios presentan tipos subapenínicos.[39]

Así, las excavaciones de Lípari confirman una vez más la superposición de las culturas subapenina y protovillanoviana ya vista en la Italia peninsular. Holloway, por ejemplo, cree que «esto y los descubrimientos mencionados ilustran, de manera muy rara vez constatada en contextos arqueológicos, la existencia coetánea de dos grupos distintos».[40]

Los problemas no terminan aquí. En la publicación final de las excavaciones de Lípari se sitúa la transición del Ausonio I-II en torno al 1230 a.C., según el hallazgo de importaciones micénicas.[41] Esto parece muy improbable, dada la tradicional fecha final del Ausonio II alrededor del 850 a.C., basada en la

asociación de los bronces tipo Ausonio II con cerámica Cassibile de Sicilia.[42] Peor aún, la nueva evidencia de Sicilia indica claramente que el período Cassibile pertenece a una fecha aún más tardía; la combinación de estas dos conexiones (la micénica y la siciliana) daría al Ausonio II un lapso imposible de 500 años.

Recientemente, el arqueólogo norteamericano Hubert Allen transfirió cincuenta años del período Cassibile a la fase Pantalica Sur. Su satisfecha conclusión fue que, con este mínimo ajuste, «se puede resolver la última gran incertidumbre de la cronología del hierro de Sicilia».[43] Por el contrario, parece como si los problemas acabaran de empezar: mientras las altas fechas derivadas de Micenas se apliquen al bronce final en Italia, es difícil que surja una cronología sensata.

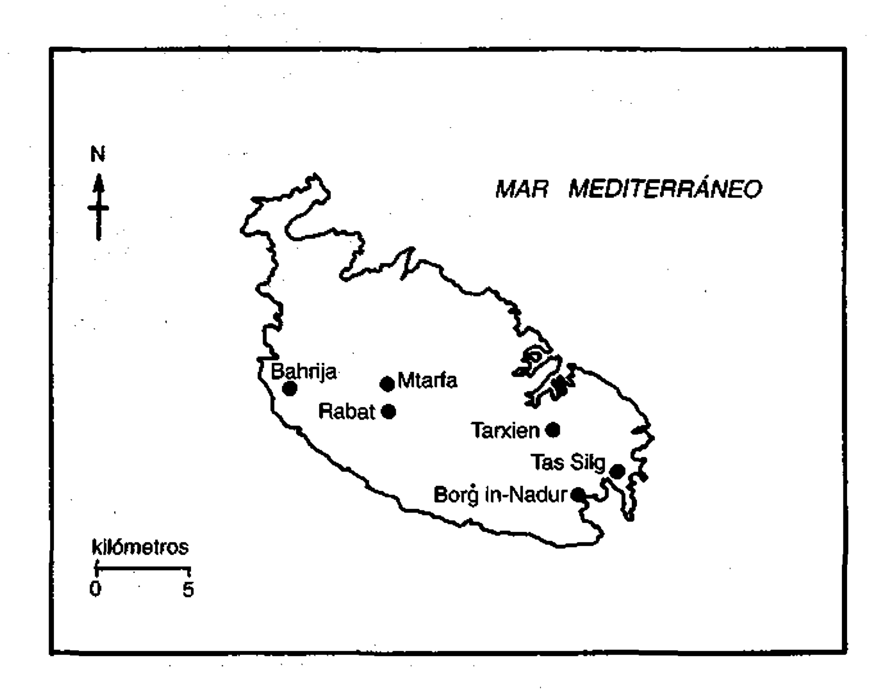
Malta después de los templos

En esta época parece que tuvo lugar en Malta una recesión igualmente profunda. Los famosos templos neolíticos cayeron en desuso antes de la edad del bronce, y fueron sucedidos por la fase de la necrópolis de Tarxien, con fechas aisladas de radiocarbono que van desde el 2500 al 1500 a.C. Después de esto, aunque la prehistoria de Malta puede vincularse al bronce medio de Sicilia y al mundo micénico, sorprendentemente hay pocos restos hasta la ocupación cartaginesa (púnica) de principios del siglo VII a.C.[44]

La cultura de Borġ in-Nadur, caracterizada por poblados en promontorios o en la cima de las colinas, defendidos por enormes murallas, cubre el tiempo entre el período de la necrópolis de Tarxien y la colonización cartaginesa.[45] La datación de la fase de la necrópolis de Tarxien mediante datos de radiocarbono[46] significa que Borġ in-Nadur tuvo que empezar en 1500 a.C., si queremos evitar crear un vacío en la secuencia. Tras sus excavaciones en la acrópolis de Borġ in-Nadur, David Trump dividió la cultura en tres períodos.[47] La fase I carece de contactos con el exterior, pero vasijas de la primera fase II aparecieron en tumbas de la cultura de Thapsos en Sicilia junto a cerámica micénica del HRIIIA, dando una fecha del siglo XIV. Sin embargo, la cerámica de Borġ in-Nadur 3 llega también a Thapsos durante el período Cassibile de los siglos X a IX, y se encuentra incluso en el hipogeo de Mtarfa, en Malta, con objetos púnicos del siglo VII.[48]

John Evans, que descubrió muchos de los vestigios prehistóricos de Malta, aceptó que la evidencia de Mtarfa probaba que Borġ in-Nadur había perdurado hasta el siglo VII a.C. No obstante, vio los problemas que esto suponía, incluso con su baja datación (alrededor de 1300 a.C.), para el inicio del período:

> Si tomamos literalmente la evidencia del material ... de Mtarfa, la fase 3 parece haber perdurado hasta el comienzo del período púnico. La duración total de la cultura supondría, por tanto, un período de unos seiscientos años o más.[49]



MAPA 3. Malta.

De este modo, la cerámica y la metalurgia de Malta han permanecido casi invariables durante la mayor parte del período de Borġ in-Nadur.[50] Incluso si los hallazgos de Mtarfa fueran engañosos, los de Sicilia seguirían fechando la fase 3 de Borġ in-Nadur, y, en cualquier caso, no existiría nada más para llenar el período anterior a los cartagineses. La cronología actual indica un largo período de inactividad en Malta, pero esto contrasta extrañamente con la evidencia del comercio de ultramar. Acortar el bronce final, como ya se propuso para Italia y Sicilia, daría sin duda más sentido a la prehistoria de Malta.

La datación de las torres nurágicas y los bronces de Cerdeña

Cerdeña es famosa por sus nuragas, grandes torres de piedra que todavía dominan el paisaje como hicieron en la edad del bronce (véase la lámina 7). De las más de 20.000 que hubo originalmente, sobreviven hoy unas 7.000. La mayoría de los complejos nurágicos presentan torres centrales y murallas exteriores con torres en los extremos, lo que ha hecho pensar a algunos observadores que las guarniciones estaban compuestas de unos 200 hombres.[51] Alrededor de las nuragas se construyeron poblados extendidos, defendidos y dominados por los jefes locales desde las torres.

Ciertos ritos de los habitantes de las nuragas se llevaban a cabo en los pozos

sagrados. Entre los objetos de culto hallados en sus profundidades estaban los bronces. Se desarrolló una floreciente industria local de bronces que produjo una amplia serie de armas, ornamentos y útiles, pero, sobre todo, cientos de figurillas que ilustraban vívidamente la vida de la antigua Cerdeña (véase la lámina 8). Aparecen representados personas (luchadores, boxeadores, guerreros, campesinos, mujeres, niños y un músico), animales, nuragas, botes, comida y bebida.[52]

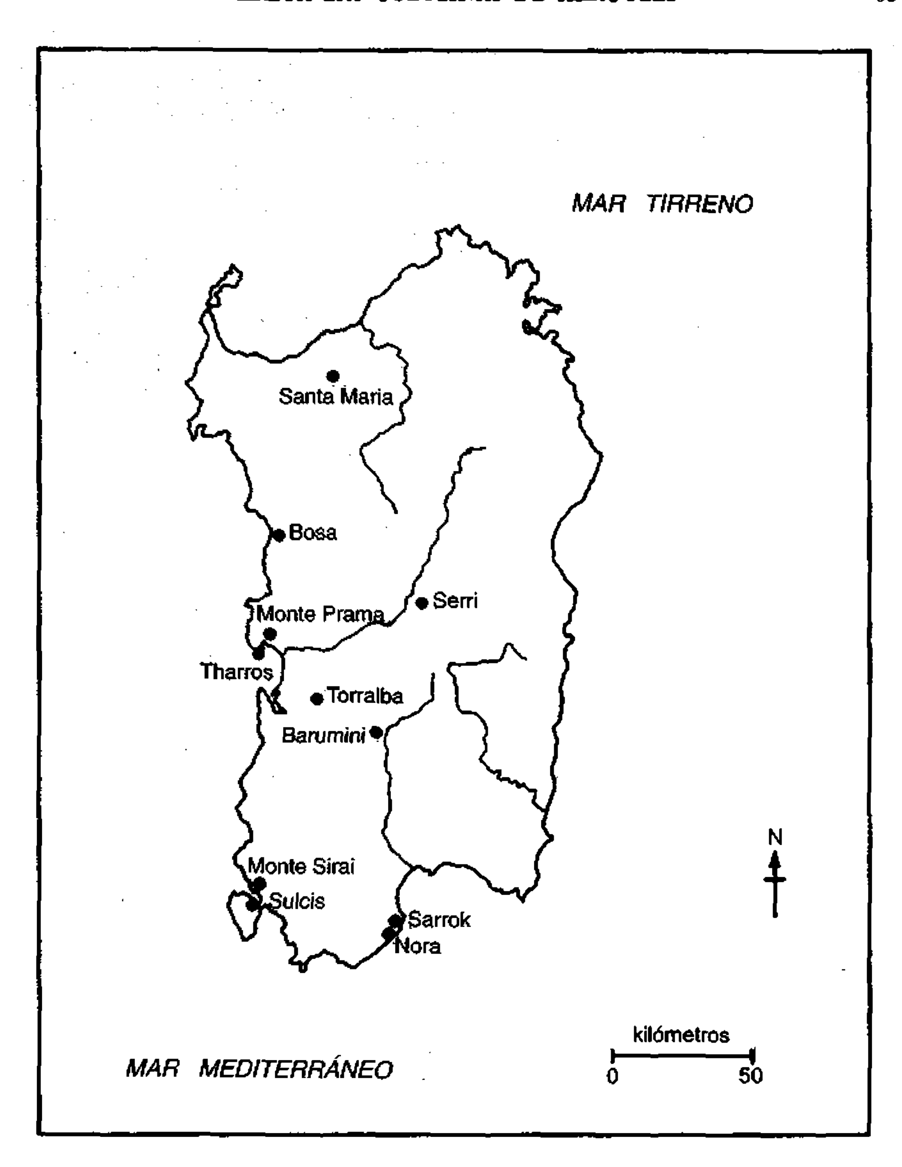
Con frecuencia, se ha pensado que el arte de la escultura en bronce y en piedra de Cerdeña fue influido o incluso introducido por los fenicios, pero la evidencia arqueológica fenicia más antigua de la isla data de finales del siglo VIII. Tharros, un asentamiento nurágico abandonado, fue reocupado por una colonia fenicia y un *tophet* (un cementerio de miles de urnas con las cenizas de niños o animales) hacia el 725 a.C. Al sur de éste había una gran necrópolis utilizada primero a comienzos del siglo VII, devastada y expoliada por los buscadores de tesoros en la década de 1850.[53]

Por desgracia, en el período anterior a los contactos con el Mediterráneo oriental, toda cronología tiene que basarse en los materiales locales, fechados con mayor dificultad. La cronología relativa de la prehistoria sarda se basa en gran parte en la primera excavación moderna de una nuraga en Su Nuraxi, en Barumini.[54] Giovanni Lilliu, su excavador, empleó una combinación de fases estructurales y tipología cerámica para elaborar una secuencia nurágica general.

Hasta hace poco la cronología absoluta abarcaba tres estadios, que empezaba con un período nurágico arcaico (1450-950 a.C.), de nuragas simples y cerámica sencilla. Seguía a éste el nurágico medio (950-500 a.C.), con nuragas complejas y nuevas cerámicas, ricamente decoradas. El nurágico final, del 500 al 238 a.C. (fecha de la conquista de Cerdeña por Roma), presenta firmes lazos con Cartago. Retrocediendo a partir de aquí, la cronología dependía de vagas analogías con la cerámica y la metalurgia de Italia y Sicilia, y de un puñado de objetos sardos encontrados en esta última.[55]

Este panorama fue radicalmente revisado por la datación por radiocarbono, utilizada por Lilliu para construir una nueva cronología, la establecida ahora.[56] Lilliu elevó las fechas del nurágico arcaico hasta el 1500-1200 a.C., del nurágico medio hasta 1200-900, y del nurágico final hasta 700-500. La cronología alta de Lilliu fue confirmada en apariencia por el descubrimiento de varios centenares de fragmentos de cerámica micénica (HRIIIB-C), junto con cerámicas locales finamente decoradas, en el complejo nurágico de Sarrok.[57] A primera vista, la concordancia entre este nexo micénico y las fechas de radiocarbono indica que la cronología sarda es correcta. Pese a ello, sólo existen cinco fechas de radiocarbono utilizables para el nurágico arcaico, y éstos —pese a proceder de muestras de carbón vegetal con su tendencia natural a dar fechas altas (véase el Apéndice 1)—[58] permiten aún que el período finalice en torno al 1000 a.C., dos siglos después de la estimación de Lilliu.

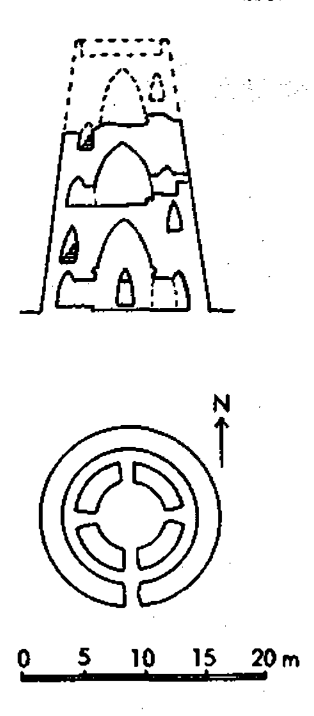
La nueva cronología sarda deja muchas preguntas sin contestar. Fechar la industria del bronce de Cerdeña por comparación con ejemplos del Mediterráneo oriental supone algunos problemas graves. El conflicto está entre los que



MAPA 4. Cerdeña.

apoyan los orígenes chipriotas o micénicos del bronce final y aquellos que defienden una influencia fenicia mucho más tardía.

El problema es ejemplificado por el depósito de Santa Maria, al norte de la isla, que puede ser fechado indistintamente en cualquier momento entre el siglo XIII y el VIII a.C. El equipo del Museo Británico, tras examinar el descubrimiento, concluyó que fue reunido probablemente a lo largo de más de 200 años,



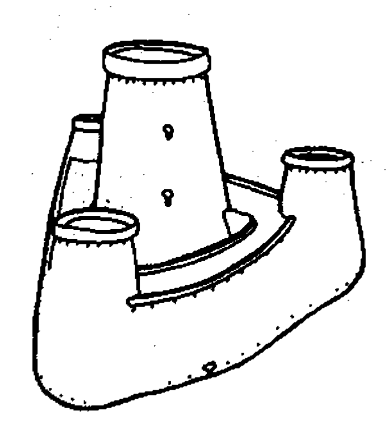


FIGURA 2.6. Planta, sección y reconstrucción del complejo nurágico de Santu Antine di Torralba (según Balmuth, 1984).

y es más favorable a la fecha de los siglos XII-XI que a la del XI-X.[59] Al mismo tiempo, admite que existe también una firme evidencia sobre fechas mucho más bajas para el tesoro, fuera de la escala admitida. Una de las piezas de Santa Maria es una barca de bronce en miniatura de un tipo manufacturado en Cerdeña, varios ejemplos del cual son conocidos en yacimientos etruscos del siglo VII e incluso del VI.[60] Michel Gras ha propuesto que llegaron a Etruria desde Cerdeña durante los últimos años del siglo IX o principios del VIII, y fueron conservados como reliquias familiares hasta su deposición. Los autores del informe del Museo Británico consideran el modelo hereditario de Gras como una «medida desesperada, como su autor reconoce debidamente, pero una medida que se ha presentado como inevitable».[61]

Recientemente, Francesca Ridgway, una de las colaboradoras de este estudio, ha aceptado esta insatisfactoria, aunque «inevitable», conclusión, y ahora afirma que «Gras ha demostrado convincentemente cómo los contextos de los siglos VII y VI de algunos modelos de barcos en tumbas ... deben ser considerados como secundarios [es decir, herencias], ya que la producción de estos bronces no puede haber continuado durante tanto tiempo».[62]

Por supuesto, la teoría de Gras es simplemente su opinión sobre cómo pueden perdurar estilos de larga duración. Podría igualmente argumentarse que toda la producción debe situarse entre el 800 y el 600 a.C. La idea de que los últimos ejemplos tienen que ser objetos heredados es fruto de la cronología aceptada por el equipo del Museo Británico, que sitúa estos botes en miniatura va-

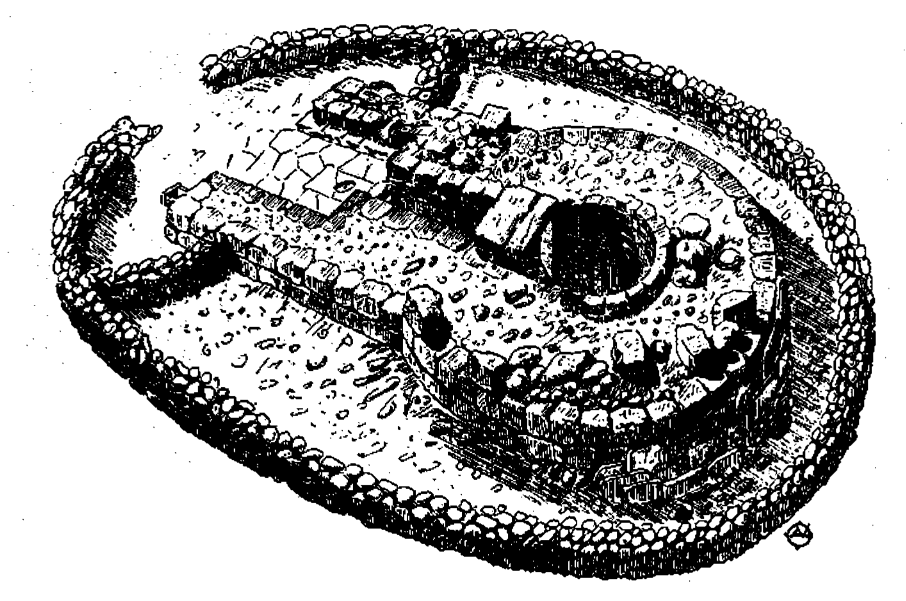


FIGURA 2.7. El pozo nurágico de Santa Vittoria di Serri. Las aguas sagradas estaban protegidas por un tejado, y una escalinata conducía desde una zona pavimentada hasta el nacimiento del manantial (Taramelli, 1914).

rios siglos antes en Cerdeña. David Ridgway intentó encontrar una solución a este dilema con la teoría de que artesanos procedentes de Chipre se establecieron en Cerdeña durante los siglos XII-X a.C. y después continuaron haciendo bronces en la tradición chipriota.[63] Sin embargo, estos artesanos parecen haber estado notablemente inactivos durante los primeros dos o tres siglos. Únicamente podemos estar de acuerdo con Fulvia Lo Schiavo en que «el problema está aún abierto».[64]

La propuesta alternativa para llenar este vacío ha sido intentar adelantar la presencia fenicia en Cerdeña hasta el bronce final, utilizando los hallazgos ocasionales de bronces orientales que pueden preceder al período de colonización y las tres inscripciones fenicias más antiguas de la isla.[65] La más importante de éstas, la estela de Nora, es una pieza importante con ocho líneas de texto. Por lo general, se atribuye a los siglos IX u VIII a.C., a partir de la comparación de la forma de las letras con inscripciones fenicias de fecha conocida, pero su significado es muy controvertido.

Las tres autoridades principales —William Albright, Frank Cross y Brian Peckham— han hecho distintas traducciones del texto, y, por tanto, hay opiniones conflictivas acerca de su importancia. Cross y Albright coinciden en que la inscripción narra una victoria fenicia (según Cross bajo Pigmalión, rey de Tiro) con el subsiguiente establecimiento en Nora. Cross cree que esto implica «colonos fenicios con fuerzas militares capaces de defenderlos». Albright, incluso, sugiere que era parte de un decreto público erigido en «una ciudad de

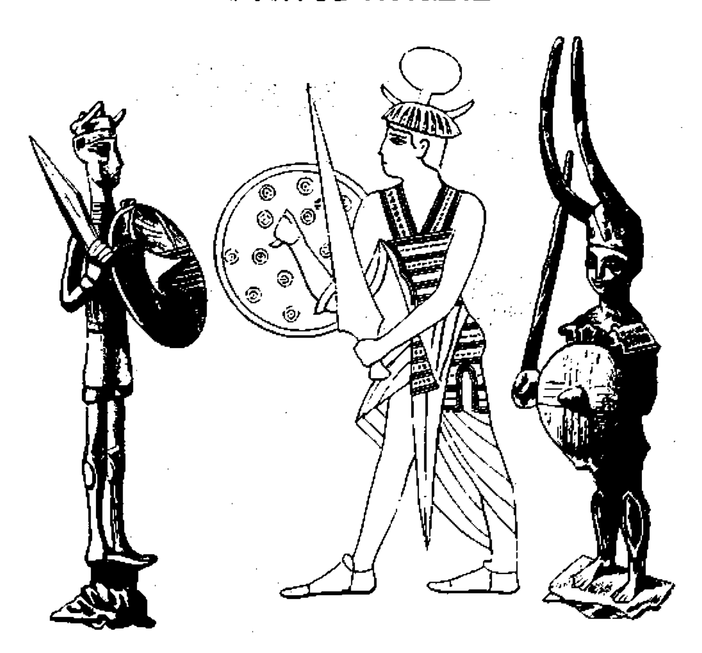
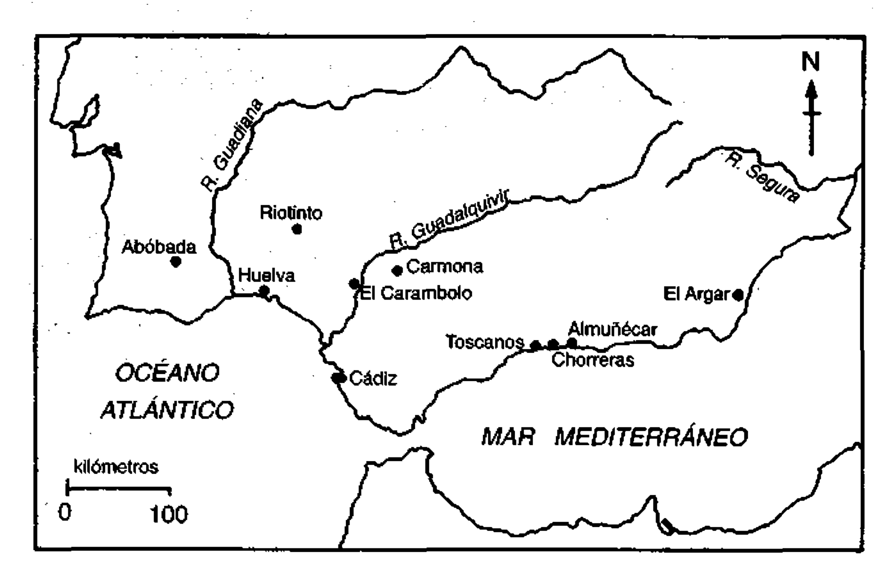


FIGURA 2.8. *Centro*, guerrero shardana, uno de los misteriosos «Pueblos del Mar» (véase p. 40), tal como aparece en los bajorrelieves egipcios convencionalmente fechados en los siglos XIII y XII a.C. Las referencias egipcias a los shardana continúan hasta principios del siglo XI. *Derecha e izquierda*, figurillas de bronce de guerreros de Cerdeña, que suelen fecharse entre los siglos IX y VII a.C. Cerdeña era conocida entre los fenicios como *Šrdn* (Shardan). Aunque se ha intentado establecer alguna relación entre los dos grupos, por ahora están separados por un lapso de unos trescientos años Maspero, 1896.

considerable importancia». Peckham, sin embargo, arguye que la piedra fue erigida por un ejército fenicio vencido llevado por la tormenta a las costas de Cerdeña, en agradecimiento al dios Pumay por su llegada a tierra firme: «el hecho de que es una inscripción dedicatoria indica que su supervivencia en Cerdeña fue considerada una gran suerte, y no implica que su estancia allí fuese de una duración significativa».[66]

¿Cuál de las dos interpretaciones hemos de creer? La arqueología apoya firmemente a Peckham, ya que la ocupación más antigua de Nora data más o menos del 650 a.C.; ciertamente no hay posibilidad alguna de que la «importante ciudad» de Albright existiera en el siglo VIII, y mucho menos en el IX.[67] La ausencia de material del comienzo del primer milenio a.C. en Cerdeña no resulta cubierta por estos nuevos hallazgos de dudosa significación. Ni una sola de las evidencias fenicias de Cerdeña hace retroceder la edad del hierro hasta el 1000 a.C., y nada excluye bajar la cronología del bronce final como aquí proponemos.



MAPA 5. El sur de la península ibérica.

EL REINO DE TARTESSOS

La zona sur de la península ibérica difiere del resto de las áreas investigadas, al no mostrar presencia micénica en el segundo milenio a.C.[68] Sólo mucho más tarde se vio afectada por la colonización fenicia, mientras que la parte occidental de la península ha mirado siempre hacia el litoral atlántico. Los restos del bronce final son escasos, como hacen notar Glyn Daniel y John Evans en su estudio sobre la prehistoria mediterránea:

> ... los últimos siglos del segundo milenio a.C. y el comienzo del primero son los más oscuros en la prehistoria de la península. A partir de los hallazgos dispersos que tenemos, resulta extremadamente difícil componer un panorama inteligible ...[69]

A falta de evidencia fiable, la opinión usual es que el material de la primera edad del bronce «pervivió sin grandes cambios hasta después del final del segundo milenio».[70]

Los cambios en el sur durante el primer milenio a.C. se atribuyen generalmente a influencias externas. Al parecer, el noreste de la península fue ocupado por grupos de la cultura de los campos de urnas procedentes de Francia entre los siglos XII y VIII,[71] pero su influencia no llegó al sur hasta el siglo VIII a.C. Desde el 1200 a.C., la zona occidental estaba en contacto con la industria del bronce atlántico del noroeste de Europa, pero hasta después del 900 a.C. no se produjeron versiones locales de los modelos importados.[72] Armas de esta in-

dustria —espadas, puntas de lanza y cascos— aparecen representadas en estelas funerarias portuguesas. Ejemplos posteriores muestran con frecuencia al guerrero como un maniquí rodeado de sus posesiones, ocasionalmente con inscripciones en una escritura alfabética local, todavía sin descifrar.

La influencia externa más significativa, con mucho, fue la colonización fenicia de la costa meridional. La evidencia arqueológica más antigua procede de Chorreras, normalmente fechada en torno al 800 a.C.; cerca está Toscanos, fundada hacia el 750 a.C., con un depósito de alrededor del 700 a.C. con ánforas fenicias y cerámica griega protocorintia y ática.[73] El creciente interés fenicio por la zona deriva de sus ricos recursos minerales. En las famosas minas de plata de Riotinto se desarrolló un establecimiento con cerámica fenicia hacia el 700 a.C.[74] Esta abundancia era la realidad escondida tras las fabulosas riquezas del poderoso reino indígena de Tartessos descrito por las fuentes clásicas griegas.



FIGURA 2.9. Estela funeraria de Abóbada, Portugal, fechada en torno a 650 a.C. (según Harrison, 1988).

Se ha afirmado a menudo la existencia de contactos fenicios más tempranos, pero poco hay que los apoye. Frecuentemente se citan dos tipos de evidencia literaria: la colonización de Cádiz y las referencias bíblicas al país de Tarsis. Los historiadores clásicos fecharon la fundación de Cádiz en el 1100 a.C., tomando como referencia la guerra de Troya (véase el Apéndice 2), pero los únicos objetos que posiblemente pueden ser anteriores al 600 a.C. son tres estatuillas religiosas halladas en el mar. Además, los primeros establecimientos fenicios

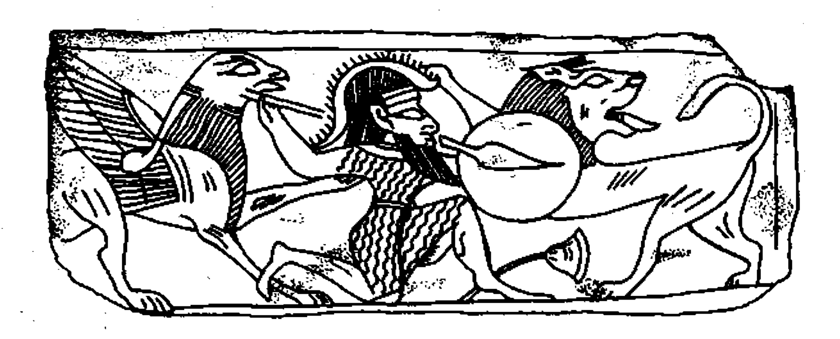


FIGURA 2.10. Marfil fenicio de Carmona, España. Obsérvese el casco griego del guerrero (según Barnett, 1982).

o incluso hallazgos aislados en la región de Cádiz no son anteriores al 770 a.C.[75] Es imposible creer que pudo haber existido aquí una colonia durante 300 años antes de que tuviera impacto sobre el área circundante.

Según la Biblia, el rey Salomón, de mediados del siglo X a.C., «tenía en el mar la flota de Tarsis junto con la flota de Hiram: una vez cada tres años venía la flota de Tarsis, trayendo oro y plata, marfil y monos y pavos» (I Reyes 10, 22). Dado que «Tarsis» se parece a «Tartessos», muchos los equiparan. Sin embargo, el cargamento transportado difícilmente puede ser español, mientras que otra referencia bíblica a los «barcos de Tarsis» describe cómo fueron construidos en la costa del mar Rojo de Israel (II Cr. 20, 36). Toda la argumentación es extremadamente débil y, en efecto, estudios recientes prueban que la identificación de Tarsis y Tartessos surgió por primera vez en el siglo XVI d.C. en España para apoyar sus derechos de liderazgo del mundo frente a los de Portugal.[76]

Finalmente, ha habido intentos de adelantar la fecha de los materiales para salvar el vacío entre la supuesta evidencia literaria y los hallazgos arqueológicos reales. En Carmona se descubrieron ricas tumbas con vasos y ornamentos de bronce, plata y oro, vidrio y cerámica de importación y un importante grupo de marfiles tallados. Albright, el gran especialista bíblico, comparó los marfiles de Carmona con los que aparecieron escondidos en Megiddo, en Palestina, tradicionalmente fechados en el siglo XII a.C. (pero véase el capítulo 8). Por consiguiente, dio a los hallazgos españoles una fecha anterior al 900 a.C.[77] La necrópolis de Carmona pertenece al período «orientalizante» de la cultura tartésica, generalmente fechada en 750-580 a.C.;[78] aunque la tentativa de Albright de adelantar la fecha de los marfiles situaría la colonización fenicia de España en una época muy anterior.

De cualquier manera, los especialistas, excepto Albright, fechan los marfiles de Carmona en el siglo VII a.C. Toda la cerámica fenicia y griega procedente de otras tumbas de Carmona es de esa época, los propios marfiles recuerdan ejemplares del siglo VII de Cartago y del templo de Hera en la isla griega de

Samos, y uno de ellos representa un tipo de casco griego nunca visto en la cerámica antes del 700 a.C.[79] Además, no hay absolutamente ningún testimonio válido en la arqueología o las fuentes literarias que apoye la presencia fenicia en la península ibérica antes del 800 a.C. Una vez establecida su inaceptable fecha del siglo x para los marfiles de Carmona (sin referirse a ninguna evidencia contradictoria), Albright intentó explicar la obvia falta de apoyos para su tesis:

> Quienes se oponen a una fecha alta harían bien en estudiar sin prejuicios la evidencia española, observando la ausencia completa de evidencia estratigráfica, así como el hecho de que Tartessos está presumiblemente bajo las aguas del Mediterráneo, lo que haría difícil, cuando no impracticable, realizar suficientes sondeos bajo la actual Cádiz con el fin de localizar la factoría fenicia ... La evidencia negativa resulta aún más inadecuada como justificación del enfrentamiento a la clara coincidencia entre la tradición clásica y la bíblica y los indicios arqueológicos que hemos ofrecido.[80]

La opinión española generalizada rechaza de forma terminante la opinión de Albright, ya que la información arqueológica sobre la España fenicia ha progresado enormemente desde que éste escribió, y los pocos que siguen creyendo en una colonización temprana se limitan a esperar que «algo se descubrirá».

Exportadores invisibles: los fenicios en Occidente

La fecha en que los fenicios llegaron por primera vez a occidente ha sido tema de intensos debates en los últimos cien años. Como en España, hay una división entre los que confían en las tradiciones literarias y los que dan prioridad a la arqueología. En el norte de África, tanto Lixus, más allá de las Columnas de Hércules, como Útica fueron supuestamente fundadas antes del 1100 a.C. Sin embargo, en ambos yacimientos los hallazgos más antiguos proceden de tumbas de finales del siglo VIII o principios del VII.[81] Por tanto, existe una profunda distancia entre la interpretación de la evidencia literaria y los restos arqueológicos.

En tanto que antes se creía que en el futuro podrían aparecer vestigios del segundo milenio, esto resulta cada vez más improbable a cada nueva excavación. Por el contrario, los partidarios de una cronología alta arguyen que, aunque no hubo ningún establecimiento permanente antes del 1000 a.C., las fuentes clásicas prueban que los comerciantes fenicios actuaban ya por entonces. El carácter misterioso de los puestos comerciales que acompañarían a esta presencia comercial se explica supuestamente por su naturaleza endeble, como afirma Vincenzo Tusa para Sicilia:

> Dado que no tenemos ciudades sino puertos de escala, es lógico que no quede nada en el yacimiento, y, por tanto, no se hallará nada de interés arqueológico. La clase de comercio desarrollada por los fenicios no necesitaba estructuras permanentes, sino quizá sólo unas cuantas tiendas en los diversos puertos a los que arribaban para comerciar con la población local.[82]

Los partidarios de esta tesis han introducido al escritor griego Herodoto, «el padre de la Historia», en el debate. Éste habla de barcos púnicos que en su época practicaban un «comercio silencioso» en la costa occidental de África:

> Los cartagineses afirman también que hay un lugar en Libia, y gente que vive en él, más allá de las Columnas de Hércules. Cuando ellos, los cartagineses, llegan allí y desembarcan su cargamento, lo colocan a lo largo de la playa y se vuelven a sus botes y hacen una señal de humo. Tan pronto como ven el humo, los nativos se acercan a la playa y depositan oro para pagar las mercancías y retroceden de nuevo, lejos de los objetos. Los cartagineses desembarcan y miran; si creen que el precio depositado por las mercancías es razonable, lo toman y se marchan otra vez.[83]

Normalmente, se infiere que los fenicios utilizaban métodos similares en el primer milenio a.C.

¿Hasta qué punto es relevante este pasaje para la actividad fenicia en el Mediterráneo occidental? Los escritores árabes medievales recuerdan que en África occidental se empleaba el intercambio silencioso de oro, mientras que otros objetos eran negociados normalmente; lo mismo puede ser cierto para los cartagineses. Está claro también que la distancia cultural entre los fenicios y las sociedades mediterráneas era mucho más pequeña que en el caso que recoge Herodoto. Simplemente, no se pueden comparar ambas situaciones. Además, se ha descubierto ahora un puerto comercial en la isla de Mogador, frente a la costa de Marruecos, con cerámica púnica y griega del siglo VII a.C. en adelante. No hay casas, sino más bien una concentración de escombros producto de visitas intermitentes durante muchos años. Como concluye Brian Warmington: «Mogador parece justamente el tipo de lugar de trueque descrito en nuestras fuentes».[84]

No hay duda de que la arqueología ha demostrado ahora una sólida presencia fenicia en el Mediterráneo occidental a lo largo del siglo VIII a.C., pero los yacimientos e incluso los hallazgos aislados anteriores a esta fecha son raros y, a menudo, es imposible datarlos con seguridad. No existe una buena razón para imaginar contactos fenicios ininterrumpidos con occidente antes del siglo VIII.

El gran debate sobre la cronología de la actividad fenicia se extiende incluso al siglo VIII a.C. Los autores clásicos sitúan la fundación de Cartago por Tiro entre el 846 y el 746 a.C. (véase el Apéndice 2). Aunque la fuente más fiable, Menandro de Tiro, recogida por el historiador judío Josefo (siglo I d.C.), no da una fecha concreta, sí afirma que la expedición dejó Tiro en el séptimo año del reinado del rey Pigmalión, conducida por su hermana, la princesa Elisa. Por suerte, Pigmalión puede ser fechado con unos pocos años de diferencia gracias a los vínculos entre la lista real tiria y los archivos asirios, y el viaje a Cartago se sitúa así entre el 805 y el 799 a.C.[85]

Incluso con esta fecha bastante baja para la fundación, hay todavía un significativo vacío de cerca de cien años entre la historia y la arqueología. Varias excavaciones han revelado casas de finales del siglo VIII a.C., pero no anterio-

res.[86] Para llenar esta laguna se ha afirmado con frecuencia que existen enterramientos más tempranos. El ejemplo más convincente fue presentado por Pierre Cintas en su clásica obra sobre arqueología púnica, en la que asignaba varias tumbas al período 800-700 a.C. Éstas contienen escarabeos con los nombres de faraones de principios del siglo VIII, así como cerámica semejante a la hallada en tumbas y asentamientos fenicios datados entonces en los siglos X a IX.[87] Continuando en esta línea, Albright comparó cerámicas protocartaginesas con las del siglo X de Megiddo. Aquí se encontró con una dificultad, ya que las vasijas de Megiddo son 150 años anteriores a la fundación tradicional de Cartago, pero soslayó el problema, al menos para su propia satisfacción:

> Debemos asumir, por supuesto, que esta cerámica fue llevada al norte de África no más tarde de finales del siglo X o principios del IX a.C., y que continuó siendo fabricada hasta el siglo VIII, algún tiempo después de que hubiera desaparecido en Fenicia. Tales fenómenos son sumamente comunes.[88]

El yacimiento clave para interpretar la cronología del Cartago púnico es el Recinto de Tanit, cerca del puerto, un típico *tophet* fenicio que contiene miles de urnas funerarias. La utilización más antigua del *tophet* está dividida en las fases Tanit I y II, separadas por una capa de arcilla estéril. Los tipos cerámicos de Tanit I y II se hallaron también en tumbas, proporcionando así una secuencia general para toda la ciudad.[89] Los enterramientos del siglo VIII de Cintas contienen cerámica de Tanit I. Su fecha auténtica es dada claramente por los hallazgos de la llamada Capilla Cintas, un pequeño santuario bajo el nivel menor de Tanit I. Debajo de la pared y del suelo del edificio hay dos probables depósitos de fundación, con vasijas que imitan los estilos geométrico tardío y protocorintio inicial, fechados en torno al 740-710 a.C.[90]

Esta última fecha para los inicios de Cartago recibe ahora apoyo de Fenicia. Recientes excavaciones en Tiro, la ciudad madre de Cartago, han proporcionado cerámica idéntica fechada allí en torno a 750-700 a.C. por un vaso egipcio con inscripción (véase la figura 5.5).[91] De nuevo, las fechas de Megiddo, de Albright, no concuerdan con otras zonas. En la actualidad, la conclusión general es que no han aparecido en Cartago tumbas del siglo VIII, contrariamente a las primeras esperanzas que hizo concebir Cintas.[92]

Sin embargo, una fecha de fundación para Cartago a finales del siglo VIII a.C. choca directamente con la evidencia literaria. La narración de Menandro, recogida por Josefo, es plausible y da una fecha dentro de estrechos límites, alrededor del 800 a.C. Perdura así un vacío aparente. Los intentos por explicar la anomalía varían, pero este ejemplo de Sabatino Moscati, el mayor especialista en el mundo fenicio, es típico: «... naturalmente tendrían que haber transcurrido unas cuantas generaciones entre el desembarco de los primeros colonos y la producción de obras de arte destinadas a sobrevivir durante siglos».[93] El arqueólogo tunecino Mohammed Fantar proporciona la lista más amplia de posibles factores:

> ... el suelo de la capital púnica no ha sido nunca objeto de excavaciones sistemáticas, detalladas y exhaustivas. Además, las primeras señales de ocupación de un terreno determinado son con frecuencia de difícil identificación. Construcciones ligeras, materiales perecederos, la primera y vacilante ocupación de una zona por gente nostálgica de su patria, la destrucción y reutilización de estructuras desmontables, son todos factores que tienden a ocultar los primeros signos de asentamiento.[94]

Aun siendo de gran amplitud, estas justificaciones para la ausencia de restos del siglo VIII no son convincentes. «Obras de arte» u «ocupación vacilante» no son expresiones pertinentes. Casas de algún tipo, la producción de cerámica y el culto a los dioses habrían empezado inmediatamente, seguidos pronto por los primeros enterramientos. Además, Menandro dice que Cartago fue fundada por una princesa, que difícilmente hubiera aceptado una nueva vida como *squatter.* La conclusión inevitable ha sido expresada por la especialista en cronología Molly Miller:

> La evidencia arqueológica de Cartago, donde la cerámica más antigua ... es quizá un siglo posterior a la fecha de fundación de Menandro, da pie a la sospecha de que los griegos deben de haber traducido equivocadamente o malinterpretado el nombre de la colonia adscrita al séptimo año de Pigmalión ...[95]

Emil Forrer propuso por primera vez una solución al problema, argumentando que el término *qrthdst* de Menandro, o Ciudad Nueva, no se refería a Cartago, sino a Kition, en Chipre.[96] La existencia de un *qrthdst* en Chipre está probada por fuentes asirias del siglo VII. Habiendo cambiado el nombre de este *qrthdst* de Chipre en época de Menandro, éste naturalmente habría entendido *qrthdst* referido a la «Cartago de Libia» que conocía. Según esto, nada permite ya suponer una fundación de Cartago anterior al 720 a.C.

Tampoco hay razón para considerar la presencia de fenicios en occidente mucho antes del 750 a.C. Pese a todas las tentativas contrarias, la clara distancia entre los fenicios y griegos del siglo VIII a.C. y los micénicos del XII deja aún un evidente vacío en la prehistoria del Mediterráneo occidental. De nuestra investigación se deduce muy claramente una solución distinta a este problema: rebajar la fecha del bronce final en el Mediterráneo occidental. Esto estaría apoyado por razones tanto arqueológicas como históricas, pero no puede hacerse sin desafiar a la cronología micénica. ¿Se plantea el mismo enigma en otras zonas fechadas mediante la cerámica del heládico final?

3. CUIDADO CON LOS REGALOS DE LOS GRIEGOS

Los Balcanes, en la encrucijada de Europa y Asia, han presenciado algunas de las mayores luchas por el poder entre las civilizaciones del mundo antiguo. Fueron escenario del prolongado conflicto entre cristianos y musulmanes en época medieval. En el siglo v a.C., los ejércitos de los «Grandes Reyes» de Persia, Darío y Jerjes, marcharon hacia el oeste a través de estas tierras hacia una humillante derrota a manos de los griegos. Aquí estuvo el reino de Macedonia, patria de Alejandro Magno, el general con más éxito del mundo antiguo, que condujo a sus tropas, soberbiamente entrenadas, a incontables victorias, primero hacia el sur, a Grecia, después hacia el este, hasta la India. Sólo su muerte prematura a la edad de treinta y dos años (en 323 a.C.) le impidió añadir Italia e incluso Cartago a sus conquistas.

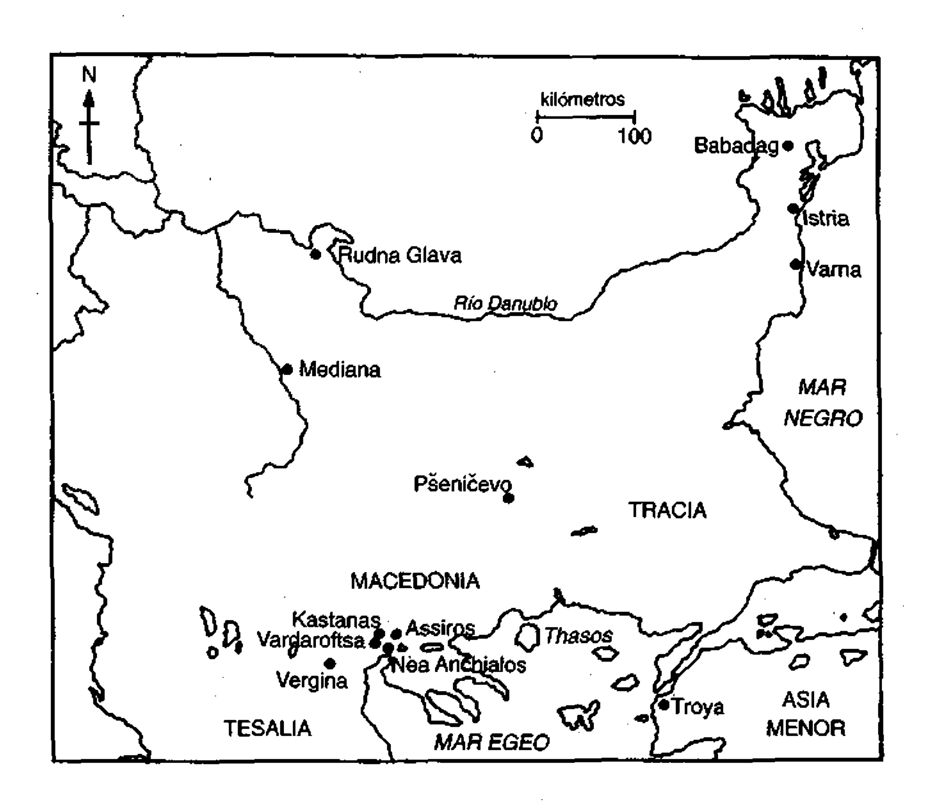
Más de 4.000 años antes de Alejandro, existía ya en los Balcanes una avanzada industria del metal. La mina de cobre más antigua del mundo, en Rudna Glava (Yugoslavia), estaba funcionando en esa época.[1] La necrópolis de Varna (Bulgaria), aproximadamente coetánea, contenía numerosos adornos de oro local delicadamente trabajados. Estos notables ajuares han hecho pensar a Colin Renfrew[2] en un alto nivel de organización social, quizá la primera cultura desarrollada a partir de una comunidad igualitaria.

Los Balcanes se convirtieron en la fuente primaria de metal para zonas tanto del norte como del sur. Ya en el bronce final (normalmente situada en torno al 1400 a.C.), una vigorosa industria productora de armas y útiles de bronce, así como de adornos de oro, dejó un testimonio impresionante en forma de enormes tesoros, algunos con miles de objetos. Fue probablemente esta riqueza mineral lo que intensificó el interés micénico por la región hacia el final del período.

Dada su posición estratégica entre las áreas circundantes fechadas «con seguridad» de Centroeuropa y Grecia, habría sido fácil establecer una cronología absoluta para las culturas características de los Balcanes desde el bronce final hasta la edad del hierro, a partir de los objetos de importación descubiertos en contextos cerrados. Sin embargo, no ha sido este el caso: en efecto, los arqueólogos aún tienen que relacionar en una sola secuencia el conjunto de fases culturales reveladas por los distintos yacimientos.

Tradicionalmente, los arqueólogos balcánicos se han basado en los sincronismos generales con la Grecia micénica para elaborar su cronología. Pero éstos rara vez proceden de contactos directos, es decir, a través de las pequeñas cantidades de cerámica micénica importada o copias locales. Por el contrario, la mayoría de las veces aparecen por intermedio de la cultura de los campos de urnas de Europa central, al oeste, o a través de Troya, en el este. Pueden establecerse correlaciones posteriores gracias a la cerámica de las colonias griegas en Tracia y el mar Negro de finales del siglo VII a.C.[3]

Entre estos dos límites se encuentra un variado pero coherente grupo de cerámicas indígenas llamado «complejo balcánico». Éste relaciona yacimientos de toda la zona en una secuencia relativa, pero por sí mismo no aporta fechas absolutas, dificultad no mitigada por los hallazgos ocasionales, asociados al complejo, de cerámica griega protogeométrica en Macedonia.[4] Dicho complejo se caracteriza por una combinación de cerámicas a veces exóticas y en ocasiones grotescas, con decoración plástica (*Buckelkeramik*), acanaladuras, estriada, estampillada e incisa, utilizada en una variedad de formas que incluyen jarros, urnas de doble asa, cuencos y copas. A lo largo de los Balcanes, el tipo de cerámica dominante varía de un yacimiento a otro.[5]



MAPA 6. Los Balcanes.

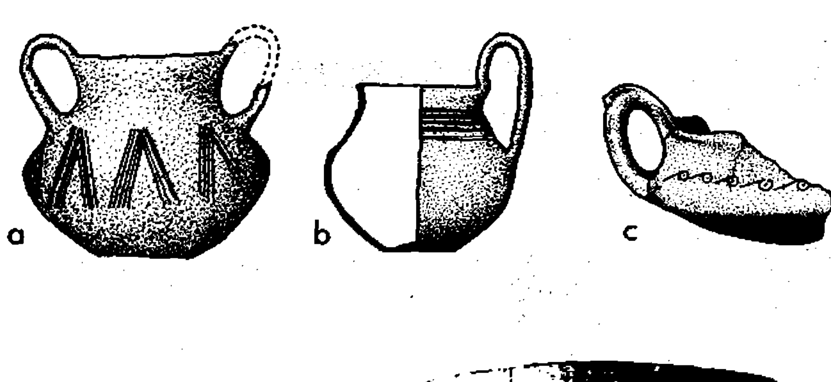




FIGURA 3.1. Cerámica del complejo balcánico: *a*) cerámica incisa de Vergina, Macedonia (según Andronikos, 1969); *b*) cerámica con acanaladuras de Vergina (según Andronikos, 1969); c) cerámica estampillada de Troya (según Garašanin, 1982); *d*) cerámica con decoración plástica, de Troya (según Schliemann, 1881).

El complejo balcánico tiene en común con las culturas de transición de la edad del bronce a la del hierro del Mediterráneo (véase el capítulo 2) diversos vínculos en ambos extremos de su escala cronológica, que han sido utilizados para atraer el conjunto del material hacia uno u otro de los extremos cronológicos. La consecuencia de recurrir a la Europa central para buscar «puntos fijos» ha sido situar el complejo balcánico en el punto más alto de esta escala.

LA CONEXIÓN EUROPEA

La derivación de fechas absolutas a partir de la cronología centroeuropea requiere una enrevesada serie de comparaciones entre material procedente de distintos yacimientos dispersos por el sureste de Europa. El punto esencial de este proceso es el extenso asentamiento ribereño de Mediana, al este de Yugoslavia, que está en el límite entre las culturas balcánica y centroeuropea. Los objetos hallados en las casas más antiguas incluyen cuencos característicos claramente influidos por la cerámica de los campos de urnas del sureste de Hungría.[6] Así, la primera fase de Mediana está relacionada con la gran expan-

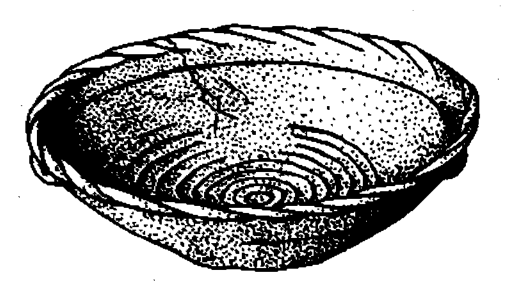


FIGURA 3.2. Plato en forma de turbante, de Woischwitz, Checoslovaquia. El hallazgo de este tipo de platos en Babadag, Rumanía, ayuda a relacionar el complejo balcánico con la secuencia Hallstatt de Europa central (según Childe, 1929).

sión de la cultura de los campos de urnas por toda Europa durante los siglos XIII y XII a.C. (bronce D-Hallstatt A; véase el cuadro 1.1, p. 46).[7]

Las fases II y III de Mediana continuaron el estilo de cerámica del asentamiento primitivo, con la significativa añadidura de una forma nueva: el «plato en forma de turbante». Estos platos representan un lazo con los niveles inferiores de Babadag, una fortaleza lacustre en la fértil llanura próxima a la desembocadura del Danubio, defendida por grandes terraplenes. Los elementos comunes de Mediana II-III y los conjuntos de Babadag, ambos pertenecientes al complejo balcánico, aparecen también en yacimientos del norte de Albania, Bulgaria, Macedonia e incluso más al sureste, en Troya (Anatolia).[8] Según la evidencia de Mediana, este material debe ser posterior a la cultura de los campos de urnas.

A lo largo de los años se ha intentado precisar este panorama cronológico mediante el establecimiento de conexiones con la cerámica de la cultura de Hallstatt y la metalurgia de Centroeuropa.[9] Tales sincronismos resultan generalmente demasiado amplios para ser de alguna utilidad real. En cualquier caso, se conocen relativamente pocos bronces de los siglos XI al IX a.C. Como ha dicho Milutin Garašanin, «pese al estudio intensivo, hay considerables vacíos en nuestros conocimientos». Aquellos objetos que sí existen proceden casi siempre de tesorillos o de hallazgos aislados, no de yacimientos estratificados.[10] Por otra parte, ciertos tipos manufacturados en esta decadencia de la industria del bronce, especialmente los puñales, son muy parecidos a ejemplares micénicos. No obstante, para Harding está claro que «la fecha tardía de las piezas balcánicas parece excluir cualquier conexión directa».[11] Los contactos más próximos aceptables son con las culturas Hallstatt C de Europa y las ciudades-estado de la Grecia arcaica, en el siglo VII a.C.

El problema es que todas las fechas proporcionadas por estas correlaciones, aunque puedan parecer impresionantes por su efecto acumulativo, dependen en última instancia de la cronología griega. Sandars ha llamado la atención sobre el tortuoso razonamiento utilizado irónicamente en las comparaciones con el material centroeuropeo para datar el bronce final y la primera edad del hierro en los Balcanes:

> La cadena de evidencias a partir de la cual se han calculado estas fechas (aunque aproximadas) tiene que ser establecida, por tanto, siguiendo el Danubio hasta

> el sur de Alemania, más allá de los Alpes y hacia Italia, y finalmente de vuelta al Egeo y Egipto. Esto supone un largo rodeo desde la desembocadura del Danubio, que a su vez está a sólo una corta y directa distancia desde Troya y el Egeo; y si alguna vez fuera posible encontrar métodos más directos de datación entre Rumanía y el Mediterráneo oriental, tendrían mayores posibilidades de fiabilidad.[12]

El método del que se derivan las fechas del complejo balcánico tiene demasiadas dificultades inherentes para que sea un sistema viable de datación absoluta. Sin embargo, se dispone de medios más directos para relacionar los Balcanes con la cronología griega. En primer lugar, podemos volvernos hacia Oriente para examinar el famoso yacimiento de Troya, que, como supone Sandars, tiene que proporcionar una posición cronológica más fiable.

Los troyanos y las problemáticas importaciones griegas

El saqueo de Troya por los griegos bajo las órdenes de Agamenón, rey de Micenas, ha inspirado un millar de artículos; la búsqueda de la ciudad de la *Iliada* de Homero seguirá fascinando a los arqueólogos del futuro. Schliemann identificó correctamente el gran montículo de Hissarlik como el lugar de Troya, pero sigue sin estar claro cuál de las ciudades superpuestas que encontró estaría asociada a la época de la guerra de Troya. Las candidatas rivales son actualmente las ciudades de Troya VI y VIIa. Aunque la ciudad más antigua y sus magníficas murallas defensivas se acercan más al relato homérico, al parecer resultó destruida por un terremoto, y es anterior al auge del poder micénico, en el siglo XIII a.C. La ciudad siguiente fue incendiada, pero sus pobres vestigios no están a la altura de la descripción de la poderosa ciudad de Príamo cantada en la *Iliada*.[13]

Las fechas propuestas por los escritores clásicos para la destrucción de Troya van desde mediados del siglo XIV hasta el 1127 a.C., pero ninguna se basa en una evidencia sólida y todas parecen tener un punto de exageración (véase el Apéndice 2). Cualquier intento de utilizarlas para comprobar las fechas arqueológicas alternativas de la caída de Troya resulta, por tanto, inútil.

Aparte de este problema, el yacimiento presenta otras dificultades que son como desafíos. Pese a las numerosas excavaciones, no se ha descubierto aún ningún estrato que represente el período comprendido entre Troya VIIb, normalmente relacionado con las importaciones micénicas del siglo XII (HRIIIC), y el comienzo de Troya VIII, fechado por las importaciones de la Grecia arcaica en el 700 a.C.[14] El historiador clásico Denys Page ha observado acerca del extraño vacío que resulta de esta cronología:

> Nada hay en Troya que llene esta inmensa laguna. Durante 2.000 años los hombres habían dejado huellas de su vida allí; algunos capítulos fueron breves y oscuros, pero ninguno quedó completamente en blanco. Ahora al menos hay un silencio profundo y prolongado a lo largo de 400 años; nos vemos obligados a creer, seguramente no en vano, que Troya permaneció «prácticamente deshabitada» durante este largo período de tiempo.[15]

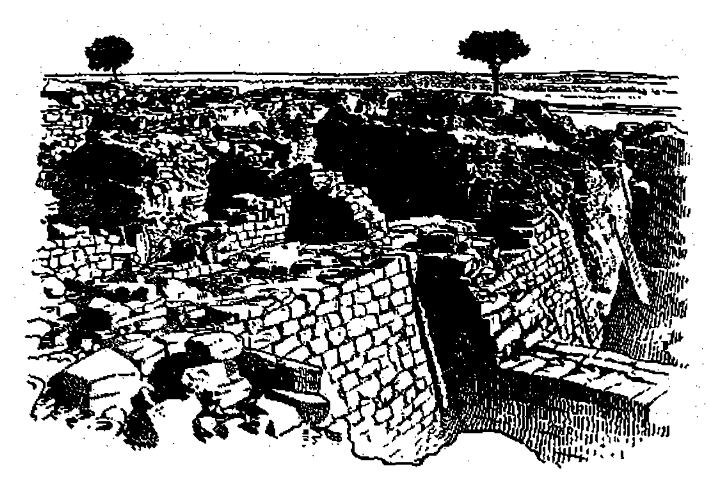


FIGURA 3.3. Las murallas de Troya VI, con casas superpuestas que corresponden a Troya VII (Breasted, 1916).

Aun a pesar del aparente lapso de varios siglos, hay indicios de continuidad entre Troya VIIb y VIII. Su excavador, Carl Blegen, no ha podido detectar ningún signo de ruptura en la ocupación. Además, la cerámica local de Troya VIII era la misma cerámica gris brillante característica de Troya VIIb.[16] Por ello supuso que los habitantes de Troya VIIb la abandonaron por un refugio cercano, donde siguieron produciendo esta cerámica «minia gris» durante 400 años, antes de regresar:

> Este pueblo llevó consigo la tradición de fabricar cerámica minia gris y la conservó hasta el final del siglo VIII ... ¿Regresaron más tarde a Troya algunos de sus habitantes? Aunque no hay nada que lo demuestre, sabemos que en el siglo VII a.C. la ciudadela troyana, que había permanecido prácticamente desierta durante casi cuatro siglos, renació de improviso una vez más con ocupantes que sabían aún fabricar cerámica minia gris.[17]

A pesar de veinticinco años de investigaciones en la zona, aún no se ha descubierto ningún indicio del hipotético refugio mencionado por Blegen.

El problema de la «Edad Oscura» de Troya ha disminuido ligeramente gracias a una datación posterior más baja del material de Troya VII. Troya VIIa había sido fechada en el siglo XIII a.C., a partir de las cerámicas importadas de Micenas del período HRIIIB, pero la reciente identificación de fragmentos importados del HRIIIC rebaja su datación al siglo XII.[18] La consecuencia es que la fecha de Troya VIIb tiene que ser rebajada, pero aún no se sabe cuánto. La cuestión tiene implicaciones aún más amplias, ya que es en este momento de la historia de Troya cuando aparece la cerámica del complejo balcánico.[19] Kenneth Wardle, uno de los principales protagonistas de esta polémica, ha puesto en duda la identificación de los pequeñísimos fragmentos «HRIIIC» encontra-

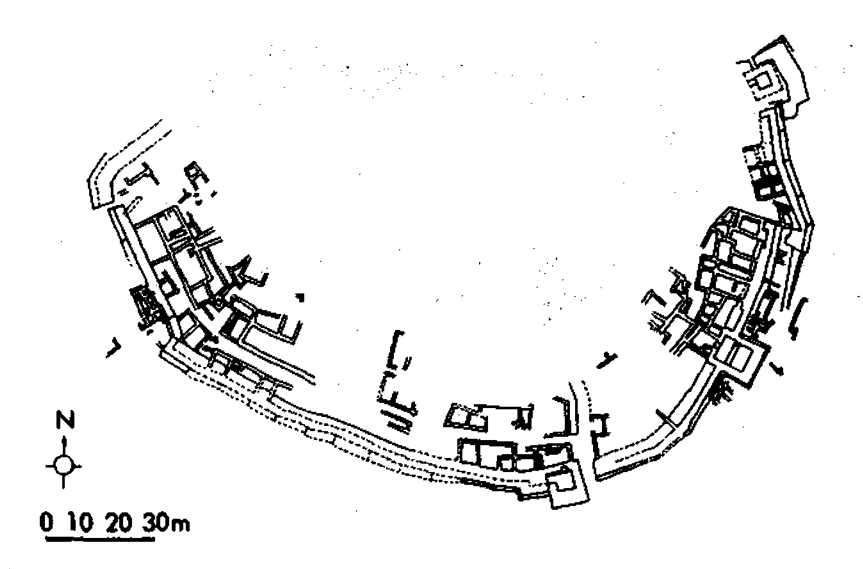


FIGURA 3.4. Plano de la ciudad de Troya VII (según Blegen, 1963).

dos en el nivel de destrucción de la última fase de Troya VII. También sugirió la posibilidad de que estos fragmentos, hallados junto a vasijas enteras de cerámica estriada y con decoración plástica, eran fragmentos residuales de períodos anteriores, desechados y después incorporados a depósitos posteriores. Por tanto, la cerámica del complejo balcánico sería posmicénica, una idea actualmente muy extendida,[20] y el fin de Troya VIIb se reduciría de *c.* 1100 a.C. a algún momento del siglo x a.C., cuando la cerámica con decoración plástica estaba todavía en auge en Macedonia. Aun así, seguimos teniendo un vacío en la ocupación de cerca de 200-250 años.

Junto a la evidencia de continuidad representada por la cerámica minia gris entre las dos fases, ciertas aparentes anomalías estratigráficas indican una interpretación radicalmente distinta. La última fase de Troya VIIb contiene numerosos fragmentos, entre los que se cuentan piezas geométricas, que según Blegen no podían distinguirse de los tipos de los siglos VIII-VII comunes en Troya VIII. En su opinión, «su presencia en varias áreas del estrato de Troya VIIb, bajo los depósitos de cerámica con decoración plástica, supone un problema desconcertante y todavía inexplicado».[21] Además, una casa construida hacia el final del VIIb seguía estando ocupada en el siglo VII a.C. Blegen presentó dos alternativas posibles:

> Se ha afirmado que Troya VIIb llegó a su fin hacia el 1100 a.C. Considerada en conjunto, nuestra evidencia nos lleva a creer que existe un vacío de 400 años entre el final de Troya VIIb y el comienzo de Troya VIII, pero la posibilidad de una opinión contraria está determinada por la existencia de varios suelos sucesivos en la casa 814, y también por la presencia de fragmentos geométricos en un contexto de Troya VIIb.[22]

La «opinión contraria» que Blegen parecía estar considerando suponía la supresión del «vacío» mediante la simple redatación del final de Troya VIIb en torno al 700 a.C. Esta solución, que Blegen se negó a contemplar, difícilmente parece posible dentro del marco de la cronología actualmente aceptada. La misma dificultad surge con respecto a los esquemas concebidos por Bernhard Hänsel y Goranka Tončeva,[23] que sitúan el fin de Troya VIIb alrededor del 800 a.C., con objeto de reducir radicalmente el período de abandono del yacimiento. Todo esto requeriría una revisión drástica de la fecha de la cerámica con decoración plástica y otros conjuntos del complejo balcánico de finales del VIIb. A menos que la cerámica HRIIIC encontrada en el mismo estrato sea también fechada más tarde, la duración de esta fase tendría que ser ampliada de forma muy improbable a 300-400 años, empezando hacia el 1100 y terminando en algún momento del siglo VIII a.C. Rebajar las fechas del final de Troya VIIb, sin revisar la secuencia total y las cronologías asociadas, sólo transformaría el vacío de 200 a 250 años en un problema interno del estrato VIIb. Es más probable que el problema derive de una cronología absoluta equivocada para Grecia. Además, ninguno de los esquemas sugeridos nos ha permitido aún establecer una fecha concreta para el fin de Troya VIIb, que todavía «depende enteramente de conjeturas».[24]

Así, aunque la estratigrafía de Troya muestra un solapamiento parcial con el complejo balcánico, no sabemos más sobre su datación absoluta, aparte de lo tradicionalmente establecido para el período HRIIIC, es decir, que tuvo lugar en algún momento posterior a 1200 a.C. y muy posiblemente después de 1100 a.C.

Yacimientos y estratigrafía

La secuencia cultural extraordinariamente larga de Troya, que va desde el neolítico hasta la época clásica, asegura su papel de yacimiento clave en la zona. Sin embargo, su popularidad tiende a eclipsar otros yacimientos de igual importancia. Los tres asentamientos de Vardaroftsa, Assiros y Kastanas, junto con las extensas necrópolis de la edad del hierro de Thasos y Vergina, son fundamentales en el debate.

Hasta hace poco se pensaba que las primeras excavaciones de Vardaroftsa, en Macedonia, demostraban que el material micénico tardío podía estar relacionado directamente con el complejo balcánico.[25] A primera vista, su estratigrafía, con cerámica micénica y balcánica aparentemente encontradas juntas, parece confirmar la pretendida conexión troyana entre ambas. Por desgracia, los toscos y rápidos métodos empleados en la época de la excavación, en la década de 1920, hacen que la evidencia de Vardaroftsa no pueda ser considerada en todo su valor.[26]

Justo al norte, las modernas excavaciones en Assiros y Kastanas han proporcionado una fecha más fiable del complejo balcánico relativo al HRIIIC. En Assiros, los sucesivos establecimientos sobre la colina pueden ser fijados

mediante las importaciones micénicas. La cantidad de restos de edificaciones sugirieron a Wardle, su excavador, que tenía que haber cerca de un siglo entre la fase 6, última ocupación de la edad del bronce, que produjo imitaciones locales del HRIIIC, y el primer nivel importante del hierro, la fase 2, fechada en 950-900 a.C. El conjunto balcánico, que empieza a aparecer sólo en la fase 2, resulta así separado del material micénico por tres estratos intermedios. El descubrimiento en el nivel de destrucción de la fase 2 de dos vasijas protogeométricas locales ha servido para determinar el final de este nivel en el 900 a.C.[27] En el cercano montículo de Kastanas, el grupo del complejo balcánico aparece incluso después del protogeométrico más antiguo del yacimiento. Tras dos niveles en los que se hallaron imitaciones del HRIIIC, había un nivel de destrucción con cerámica del HRIIIC tardía y protogeométrica temprana; el siguiente estrato contenía el conjunto familiar del complejo balcánico, que alcanzaba su auge en niveles posteriores cuando se adoptó la cerámica con decoración plástica igual a la de Troya.[28]

A partir de estos dos yacimientos, Wardle ha fechado el comienzo de la edad del hierro en Macedonia en *c.* 1050-1000 a.C., y el complejo balcánico en el siglo x a.C.[29] Según su esquema, el complejo no sólo es posterior a las últimas fases de la cultura micénica, sino que deja de ocupar la transición entre la edad del bronce y la del hierro, para convertirse en un fenómeno enteramente del hierro.

Anthony Snodgrass ha considerado la duración del complejo balcánico a la luz de la evidencia de Vardaroftsa. Ha propuesto que en la región continuaron las imitaciones locales de cerámica micénica hasta el 900 a.C., cuando empezó a hacerse sentir la influencia de las formas protogeométricas. Su fecha del 900 a.C. para este cambio es el resultado de una estimación que concedía un intervalo de cincuenta años para que los estilos ático (ateniense) y geométrico llegaran al lejano norte (véase el capítulo 5 para un informe sobre el estado general del conocimiento de las fechas áticas). Observó que, según esta estimación, «el estilo protogeométrico es sucedido no por la escuela geométrica, sino por un período de extrema oscuridad en el que las importaciones griegas fechables son notablemente raras hasta el 600 a.C.».[30] La escasez de hallazgos griegos después del 850 a.C. implica que todavía no se ha establecido una fecha para el final del complejo balcánico.

La necrópolis de Vergina, cerca de Assiros, que posteriormente será la necrópolis de los grandes reyes de Macedonia, proporciona fechas incluso más bajas para el complejo balcánico, que aparece allí junto con cerámicas locales que imitan tipologías griegas posmicénicas.[31] Estos hallazgos, además de las comparaciones con el protogeométrico de la cercana Tesalia, llevaron a Snodgrass a datar la cerámica de influencia griega de Vergina, como muy pronto, en el 900-750 a.C., aproximadamente. Sobre esta base, afirma:

> El período del hierro antiguo en que se utiliza la necrópolis de Vergina tiene que haber durado ... al menos tres siglos. No obstante, durante este período muestra una asombrosa consistencia en la metalurgia.[32]

En efecto, no hay una razón obvia por la que una prolífica industria del hierro como ésta hubiera tenido que interrumpirse durante un período tan largo. Si no fuera por la cronología convencional, a la metalurgia se le habría asignado, probablemente, un lapso de tiempo considerablemente más corto.

Aunque la tendencia en las obras actuales ha sido reducir las fechas totales para el complejo balcánico a la cronología aceptada para Grecia, trasladándolo de la edad del bronce a la del hierro, la cuestión no es tan sencilla.

De Troya VIIb procede la evidencia en contra de unas fechas bajas para el complejo balcánico *en masse*. Tanto la cerámica común encontrada en este nivel como la cerámica con decoración plástica de su última fase han sido comparadas con la llamada cerámica bárbara hallada en depósitos del HRIIIC, en yacimientos del sur de Grecia.[33] Esto indica que la cerámica de estilo HRIIIC seguía produciéndose todavía en una época en que la del complejo balcánico estaba en circulación. Sin embargo, incluso la pretendida similitud entre estos distintos grupos de cerámica común es en sí misma una cuestión discutible. Sandars concluye con sensatez:

> Soy pesimista acerca de la posibilidad de encontrar prototipos concretos para los vasos de, por ejemplo, Korakou, o Tirinto, o Esparta, o Egira, en cualquier sociedad fuera de Grecia. Pueden hallarse en casi cualquier parte desde el neolítico hasta la edad del hierro romana.[34]

Una evidencia mejor que implica asociaciones reales es la que han proporcionado los recientes hallazgos de las necrópolis de la ladera de Kastri, en Thasos, donde las excavaciones han descubierto enterramientos estratificados. En el nivel inferior aparecieron esqueletos con imitaciones locales de cerámica del HRIIIC, mientras que el grupo de inhumaciones superior estaba acompañado por vasijas con acanaladuras del complejo balcánico y ocasionales imitaciones submicénicas y del HRIIIC.[35] Quedaba claro que no existía ningún gran lapso de tiempo entre el fin del uso de imitaciones de cerámica micénica y la adopción de cerámicas balcánicas en Troya y Thasos. El intento de Wardle de situar el complejo balcánico entero en la edad del hierro es, por tanto, imposible.

Aunque ahora tenemos una noción más clara de los inicios del complejo balcánico, la escasez de correlaciones firmes entre sus fases finales y la razonablemente bien datada serie de cerámica griega arcaica del siglo VII a.C. supone una dificultad notable. Con demasiada frecuencia los arqueólogos clásicos han demostrado poco interés por las cerámicas locales de las zonas afectadas por la gran oleada de colonización griega en esa época. Esta falta de interés es particularmente lamentable, ya que el estímulo cultural ofrecido por las colonias tiene que haber sido fundamental en la formación del reino macedónico. Perdicas, primer rey de Macedonia, data seguramente de mediados del siglo VII a.C.

Una excepción importante es la colonia fundada por los milesios en Istria, cerca de la desembocadura del Danubio, excavada por arqueólogos rumanos. Uno de los primeros establecimientos griegos en la costa del mar Negro (cuya fundación fue situada en el 657 a.C. por Eusebio, historiador cristiano del si-

glo IV d.C.), Mileto, en la costa egea de Turquía, era a su vez una colonia griega, tradicionalmente asociada con refugiados de Pilos, en el Peloponeso. La excavación de las viviendas y necrópolis de Istria produjo cerámica indígena relacionada con el último material del complejo balcánico, en el que destacan algunas piezas con decoración de incrustaciones y de acanaladuras. Estas toscas vasijas locales aparecieron junto a cerámica de la Grecia oriental de finales del siglo VII, importada de Rodas y Quíos por los colonos, cuya ejecución delicada ofrecía un vivo contraste cualitativo.[36]

UNA CULTURA DEPENDIENTE

En conjunto, el panorama de la cronología del bronce final y la primera edad del hierro en los Balcanes presenta una completa dependencia, ya sea directa o indirecta, de la datación histórica establecida para Grecia. Como en el caso de las otras regiones europeas estudiadas anteriormente, esta confianza en fuentes ajenas ha contribuido a un estado de cosas altamente insatisfactorio y problemático.

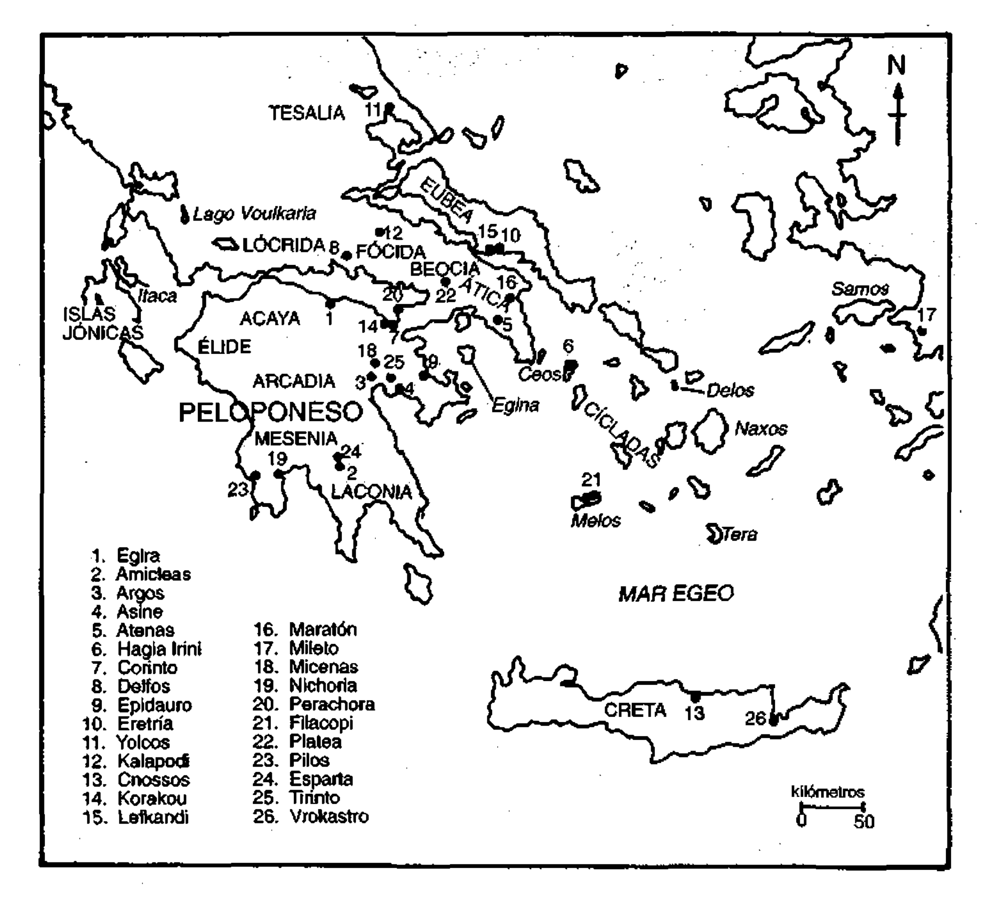
Las dificultades para una datación absoluta se ven agravadas por la ausencia casi total de fechas de radiocarbono.[37] Los puntos fijos establecidos por Grecia en cada extremo de la secuencia nos dejan con un conjunto de material que, en el marco de la cronología actual, tiene que cubrir al menos cuatro siglos. Durante este largo período hay pocas señales de cambio tanto en metalurgia como en cerámica, ambas desarrolladas rápidamente en el bronce final pero estancadas, al parecer, tras la introducción del trabajo del hierro y la aparición al mismo tiempo del complejo balcánico. Puesto que la duración de esta depresión cultural es totalmente aceptada por los arqueólogos, resulta extremadamente difícil explicarla, y termina por llevar a la creación de una «Edad Oscura» balcánica pareja a las de todo el Mediterráneo. Para comprender cómo surgieron estos difundidos problemas, antes debemos considerar atentamente la cronología de la propia Grecia.

4. LOS MISTERIOS DE LA EDAD OSCURA DE GRECIA

Hasta ahora hemos revisado una considerable serie de problemas en la interpretación de las culturas prehistóricas de la Europa central, oriental y meridional, que dependen, para su datación, del sincronismo con la cronología establecida del bronce final y de la edad del hierro de Grecia. Estos problemas suelen estar relacionados con el método poco sistemático de estudiar separadamente culturas o áreas geográficas concretas. Cuando éstas se consideran en conjunto, aparece una y otra vez un molesto factor que implica frecuentes lagunas en la estratigrafía y graves conflictos de datación que suponen diferencias de 200 años o más, y el recurso a modelos que postulan el abandono de los yacimientos y su reocupación tras períodos de tiempo igualmente largos.

Actualmente, toda investigación se realiza en la creencia de que estas «Edades Oscuras» representan un espacio de tiempo real. Se da por supuesto que toda la cronología, a causa de estos «hiatus» y otros problemas, ha sido construida sobre un marco de fechas absolutas fijas y fiables. No obstante, podemos pensar que, sin los sincronismos proporcionados por el bronce final del Egeo, muchas áreas de la antigua Europa habrían desarrollado cronologías más consistentes, sin hiatus, para la transición de la edad del bronce a la del hierro. Esto podría hacerse si diéramos a las fases anteriores a las Edades Oscuras una datación mucho más baja.

Por ejemplo, de no haberse encontrado en Italia cerámica micénica junto con material de los períodos del tardoapenínico, subapenínico y protovillanoviano, estas fases tendrían que estar superpuestas, lo que resolvería los numerosos problemas cronológicos y estratigráficos. De igual manera, si los bronces de Cerdeña no estuvieran limitados por los paralelos con la metalurgia chipriota de los siglos XII a XI, tendría mayor peso la cronología de los siglos IX a VI indicada por las comparaciones con Italia y por los contextos italianos. Asimismo, la tendencia actual a rebajar las fechas del complejo balcánico y Troya VII se basa sólo en los vínculos con el bronce final griego. Sin embargo, sigue vigente el hecho de que los sincronismos establecidos entre estas culturas europeas y la civilización tardomicénica (siglos XIV a XII a.C.) no pueden ser más ignorados que los existentes durante los períodos tardogeométrico-arcaico (siglos VIII-VI a.C.), cuando se reanudaron los contactos comerciales entre Grecia y la Europa prehistórica.



MAPA 7. Grecia.

También es evidente que la arqueología y la cronología de la propia Grecia presentan graves problemas para el mismo período que para las zonas dependientes europeas, aproximadamente entre 1200 y 700 a.C. La idea de una Edad Oscura que se abatió supuestamente sobre Grecia después del bronce final ha cristalizado en un panorama que está ahora muy desarrollado y detallado. Sin embargo, el esquema establecido para la historia de este período parece carecer aún de explicaciones adecuadas para la evidencia arqueológica. Por el contrario, la Edad Oscura de Grecia es famosa por las amargas controversias iniciadas en la década de 1880 (véase el capítulo 1) acerca de la repetida mezcla de artefactos e incluso construcciones y estratos a lo largo de este período.

El colapso de una sociedad compleja

Después de la decadencia de la Creta minoica, que se supone ocurrió alrededor del 1450 a.C., la civilización micénica alcanzó su cenit. El sur de Grecia contempló el surgimiento de numerosas y florecientes ciudades-estado, cuyas actividades comerciales alcanzaron casi cada rincón del Mediterráneo. Su categoría y riqueza están atestiguadas por los imponentes restos de ciudadelas, murallas ciclópeas, palacios con frescos y cuartos de baño, casas bien construidas, una red de carreteras con puentes, magníficas tumbas abovedadas y enterramientos con ricos y a menudo exóticos ajuares funerarios. Las cerámicas micénicas, finamente pintadas, fueron exportadas a todas partes (véase la lámina 9); otros artesanos estaban muy especializados en la talla de gemas, la fabricación de joyas, la escultura en relieve, la metalurgia, la talla del marfil y la manufactura del vidrio y la fayenza.

Los archivos de tablillas escritas en «lineal B» (véase p. 97) revelan la compleja organización jerárquica de las ciudades micénicas. Pilos, por ejemplo, era el centro de un pequeño reino gobernado por un único soberano que mantenía una corte de súbditos y sirvientes. La administración local estaba dirigida por un sistema de gobernadores y delegados.[1] El alto nivel de organización política aparece reflejado en las referencias homéricas al poder del rey de Micenas, quien mandaba como «primero entre iguales» sobre los reyes aqueos reunidos para atacar Troya. En el aspecto internacional, las relaciones diplomáticas entre los aqueos de la Grecia peninsular y los reinos de Anatolia están indicadas por las referencias a la tierra de Ahhijawa en los archivos hititas.[2]

En el período HRIIIB aparecen indicios de una época inestable en Micenas. Durante el IIIB o IIIC fueron destruidas las casas situadas fuera de la ciudadela, y se ampliaron las fortificaciones con el fin de proteger el acceso a un manantial subterráneo. Tirinto parece haber estado también a la defensiva, asegurando igualmente el acceso a una fuente exterior. El brillante edificio micénico estaba empezando a desmoronarse. Según el esquema generalmente aceptado, a finales del HRIIIB (hacia 1200 a.C.) ocurrió una gran catástrofe de causas desconocidas, que provocó la ruina de la mayoría de las ciudadelas y asentamientos.

Algunos yacimientos siguieron ocupados durante el período HRIIIC. En efecto, la vida en Tirinto continuó durante el submicénico. Al parecer se construyó una muralla defensiva a través del istmo de Corinto. El estilo de la cerámica micénica, hasta entonces notablemente uniforme, dio paso a variaciones locales no tan bien realizadas pero que gozaron de una distribución más amplia. Este hecho se interpreta como la mejor indicación de un supuesto movimiento de la población hacia las costas, las islas jónicas y egeas e incluso Chipre.[3]

A comienzos del siglo XI a.C., la civilización micénica se había derrumbado. Muchas teorías han pretendido explicar esta dramática caída. Las explicaciones varían desde la más sencilla, ejemplificada por la popular hipótesis de la invasión de los dorios, inmigrantes del norte, hasta los intentos de aplicar mo-

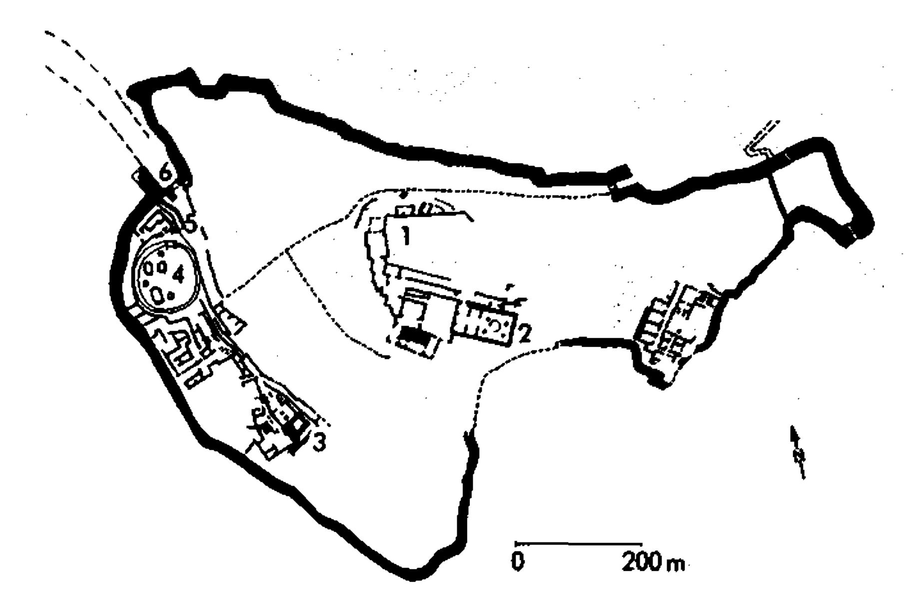


FIGURA 4.1. Plano de la ciudadela de Micenas: 1. Complejo del palacio; 2. Megaron; 3. «Santuario»; 4. Círculo A de tumbas; 5. Graneros; 6. Puerta de los Leones (según Hawkes, 1974).

delos matemáticos extremadamente complejos y abstractos. Recogen un abanico de ideas que incluyen catástrofes naturales como una serie de terremotos, cambios climáticos y sequías y los efectos del hambre y las epidemias en la economía micénica. Quienes adoptan posturas marxistas han sugerido lucha de clases y el derrocamiento de la aristocracia.[4]

Sopesando todas estas teorías, queda claro que una combinación de factores tendría más sentido. Por ejemplo, un cambio climático pudo llevar a la interrupción de las cosechas; la escasez de comida resultante tuvo que provocar un amplio malestar social. Por otra parte, puede argumentarse que los seísmos destruyeron la mayoría de los centros micénicos en una época en que había ya graves problemas económicos.[5] Cualquiera que sea la respuesta, Grecia entró en decadencia, y entró en una tranquila y misteriosa Edad Oscura. La documentación arqueológica sobre los siglos siguientes es, en efecto, pobre en comparación con los períodos anterior y posterior. Esta caída documentada en la mayoría de los yacimientos después del fin de la civilización micénica se traduce casi siempre en un descenso dramático de la población. Mientras que el período HRIIIB, que duró 100 años según la cronología tradicional, ha producido 462 yacimientos en todo el mundo micénico, el HRIIIC, de 125 años de duración, cuenta sólo con 238 yacimientos.[6]

Vincent Desborough, autor de una obra fundamental sobre la Edad Oscura de Grecia, ha resumido así la curiosa naturaleza de este período:

> ... los cambios ocurridos son poco menos que fantásticos. Los artesanos y artistas parecen haberse desvanecido casi sin dejar huella: hay muy poca construcción de cualquier tipo en piedra, y menos aún de grandes edificios; la técnica de trabajar el metal vuelve a ser primitiva y el alfarero, salvo en las primeras fases, pierde sus deseos e inspiración; el arte de escribir se ha olvidado. Pero el rasgo sobresaliente es que hacia el final del siglo XII la población parece haber disminuido cerca de una décima parte de lo que había sido un siglo antes.[7]

La recuperación requirió mucho tiempo. No obstante, cuando por fin acabó la recesión, la nueva sociedad griega desplegó muchos «antiguos» rasgos micénicos conservados a lo largo de un período en principio considerable. El problema de la continuidad a través de esta «Edad Oscura» inicia la siguiente revisión de las características más importantes de la arqueología griega entre 1200 y 700 a.C.

La reaparición del trabajo del marfil

Resulta notable que la mayoría de los ejemplos de continuidad se dan en objetos de lujo del tipo que se esperaría que hubieran desaparecido durante la Edad Oscura cultural que solemos imaginar. Como ha observado Bernhard Schweitzer: « ... los medios reales en los que sobrevivió el arte micénico fueron la orfebrería, los utensilios con incrustaciones de oro, plata, bronce y marfil, y, probablemente, los tejidos y las alfombras».[8]

En época micénica existía una floreciente industria de talla del marfil que, aunque en origen derivada de Oriente, llegó a tener una gran influencia en las escuelas levantinas. A finales del bronce final, la manufactura del marfil cesó en Grecia, y reapareció sólo hacia el 850 a.C.[9] Se ha creído siempre que las técnicas de talla del marfil se conservaron en Oriente durante la Edad Oscura y fueron después exportadas a Grecia por segunda vez.[10] Pero también en Oriente hay una laguna igualmente desconcertante en su tradición del trabajo del marfil entre 1175 y 850 a.C. (véase el capítulo 8), a ambos extremos de la cual los motivos de los marfiles son notablemente similares. El mismo problema surge al considerar ejemplos específicos de marfiles griegos.

Las excavaciones en la isla de Delos, lugar tradicional de nacimiento de Apolo y Artemisa, descubrieron en la década de 1940 un rico tesorillo de marfiles bajo el muy posterior templo helenístico de Artemisa.[11] Los marfiles y otros objetos del depósito fueron fechados en época micénica basándose en razones estilísticas, y asociados claramente con las escuelas orientales de producción, particularmente la documentada en Megiddo. Hay una curiosa conexión con material muy posterior del Próximo Oriente (véase la figura 11.4), sobre la cual Helene Kantor ha comentado:

> Cuando se comparan detalles de los animales de las placas de Delos y las micenizantes de Megiddo con los marfiles del norte de Siria y los ortostatos de Tell Halaf, se ve que el modelo es prácticamente idéntico, a pesar del transcurso de tres siglos sin lazos conocidos.[12]

El contexto del material de Delos debe proporcionar una respuesta a este problema. Como quedó claro sólo posteriormente, en el depósito había cerámica geométrica que fecharía la formación de éste en el siglo VIII, aunque la datación estilística de los marfiles es indiscutible.[13] Se puede suponer que este material fue conservado como reliquia a lo largo de todos esos siglos, pero es difícil ver dónde. Hay un hiatus en la actividad edilicia de Delos después de la edad del bronce (aunque no se corresponde con la cerámica encontrada en la isla, que continúa sin interrupción). El excavador sugiere que se trataba de un depósito más antiguo, removido durante operaciones de nivelación del yacimiento y después vuelto a enterrar.[14] De otra manera, ¿pudo el lapso de tiempo entre los dos períodos ser más corto de lo que generalmente se afirma?

Un enigma similar concierne a las cinco figurillas femeninas de marfil procedentes de la necrópolis de la Puerta del Dípylon de Atenas.[15] Están inspiradas en marfiles sirios, de los cuales los más cercanos estilísticamente aparecieron en Nimrud y datan del siglo IX a.C. Richard Barnett, que publicó los marfiles de Nimrud, observó que la escuela siria poseía un vocabulario artístico que «incorporaba como un residuo muchas de las formas, temas y técnicas de la tradición cananeo-micénica».[16] Esta es una prueba importante de si realmente hubo una ruptura de dos o tres siglos en la producción (véase el frontispicio, p. 4).

Para explicar la continuidad del trabajo en marfil en Levante, sir Max Mallowan mantuvo que durante este intervalo los fenicios habían transferido su técnica del marfil a materiales perecederos, como los tejidos y la madera.[17] Esta hipótesis se esgrime con frecuencia para explicar lagunas similares en otros campos de la cultura material.

Continuidad en los motivos de la cerámica pintada

La teoría de los materiales perecederos ha sido empleada también para explicar ciertas semejanzas sorprendentes entre la cerámica pintada de las últimas fases micénicas (siglos XIII-XII a.C.) y la del geométrico pleno (finales del siglo IX-VIII a.C.) y los estilos «protoáticos» del siglo VII. En su estudio clásico sobre el problema de la supervivencia y continuidad del arte griego entre estos dos períodos, J. L. Benson resumió la obra de un grupo de especialistas:

> ... varios expertos que en concreto han trabajado intensamente sobre la cerámica ática del geométrico final y protoática (R. S. Young, K. Kubler y E. Brann) han encontrado y recogido pruebas de la continuidad e influencia recurrente de la tradición micénica (no específicamente en el estilo de las figuras); M. Pallottino, I. Charbonneaux, T. B. L. Webster, A. Snodgrass y otros han explorado aspectos de la influencia de esta misma tradición sobre el propio estilo de las figuras. En un marco completamente distinto de la investigación, un moderno estudioso del principio de la simetría en la composición pictórica griega se ha visto obligado a reconocer la presencia de un persistente sustrato de influencia micénica sobre el arte griego primitivo ... Otro investigador ha descubierto que el origen de casi todos los motivos rodios orientalizantes es micénico y ha considerado su supervivencia en los tejidos y los adornos metálicos.[18]

La tesis según la cual los temas de la cerámica pintada sobrevivieron a través de un medio distinto ha entrado en juego ya que no se conoce cerámica pintada del período situado entre los originales micénicos y sus derivaciones varios siglos más tarde. Para explicar esta recurrencia temática en la cerámica figurada del siglo VIII a.C., Benson pensó que tuvo que existir algún contacto entre los artistas geométricos y los productos del bronce final de Grecia. Este contacto, argumentó, pudo haber tenido lugar en el Ática, que se creía lugar de reunión de refugiados tras los disturbios de finales del bronce, los cuales llevaron consigo apreciadas posesiones como alfombras, joyas y posiblemente vasijas.[19] Si la tesis de Benson fuera correcta, se podría esperar una prueba clara de la supervivencia de modelos micénicos en el Ática. Pero a pesar de la exhaustiva búsqueda, la zona ofrece muy pocos ejemplos convincentes de continuidad entre las épocas micénica y geométrica, y de ahí el recurso a la teoría de los tejidos.

Desde otro punto de vista, los temas de la cerámica desempeñan un papel crucial en nuestros conocimientos acerca de la desaparición y aparente resurrección del uso de carros. Por desgracia, no se han descubierto todavía restos de carros ni en el periodo micénico ni en la primera edad del hierro en Grecia. Se mencionan carros en las tablillas de lineal B, y aparecen representados en la cerámica micénica y en los frescos; igualmente, durante la época geométrica, la cerámica pintada y los modelos en miniatura son fuentes primarias que prueban su existencia. Sin embargo, entre la última representación sobre vasijas del heládico reciente y el período geométrico final, cuando el arte pictórico floreció de nuevo, no se conocen representaciones de carros. Hilda Lorimer observó que pese a este vacío existía una similitud muy grande entre los vehículos de la edad del bronce y los geométricos.[20] Snodgrass, en un examen más detallado, reconoció cambios en la forma, pero pareció más convencido por la diferencia de fecha indicada por la cronología establecida. Su conclusión fue que

> ... dado que no hay ningún tipo de evidencia desde el período heládico reciente III hasta finales del siglo VIII sobre el uso de carros en el Egeo, parece poco aconsejable afirmar la continuidad entre los carros micénicos y los geométricos hasta que ésta pueda ser probada.[21]

Tras comparar características particulares, como las ruedas de cuatro radios y los ejes colocados centralmente de los ejemplares del Próximo Oriente con las representaciones geométricas, Snodgrass explicó la reaparición del carro en el arte griego como una importación. Sin embargo, los rasgos que aparecen juntos en las representaciones griegas no han sido nunca vistos a la vez en una sola escena del Próximo Oriente. Prudentemente, Snodgrass ofreció una hipótesis alternativa: los carros de los vasos geométricos pudieron haber sido inspirados por la poesía épica de Homero y unas cuantas vasijas micénicas pintadas supervivientes. Se dio cuenta de que no era razonable creer que estos primeros guerreros griegos pudieran haberse permitido el lujo de poseer un vehículo desde el cual rara vez habrían luchado. En definitiva, Snodgrass no parece

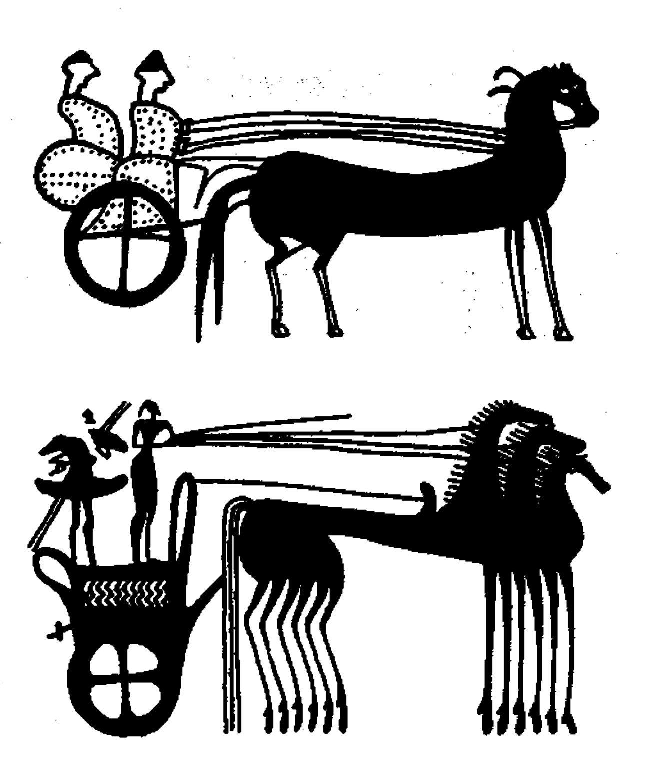


FIGURA 4.2. *Arriba,* carro «doble» micénico, representado en un vaso hallado en Chipre (según Vermeule y Karageorghis, 1982). Este tipo de vehículo se considera antecedente del carro geométrico de frente levantado, representado (*abajo*) en un vaso del siglo VIII (según Crouwel, 1981).

estar seguro de si el carro existió realmente o no durante el siglo VIII a.C.[22]

El problema de la continuidad ha sido considerado más recientemente por Joust Crouwel, quien se dio cuenta de que las representaciones de carros del período tardogeométrico eran descendientes directas de los ejemplos micénicos. Además, observó que las características de los carros del siglo VIII del Próximo Oriente diferían significativamente de las de los griegos, lo que negaba la teoría de la importación. Prefirió ver los rasgos característicos de la forma más común de los carros griegos del siglo VII como derivaciones, en última instancia, de los carros locales de la edad del bronce.[23]

En efecto, resulta difícil entender la evolución del carro, a menos que tuviese un predecesor micénico. Al parecer, es sólo el vacío de cuatro siglos lo que impide a los arqueólogos considerar un desarrollo indígena.

Nuestros conocimientos acerca de otros objetos del equipo militar son igualmente frustrantes. En las mismas escenas de carros de muchos vasos del geométrico final aparecen dos tipos de escudo característicos: el «Dípylon», denominado así por un importante taller de cerámica pintada ateniense, y el «beocio»,

procedente de una región de la Grecia central. No se han descubierto restos de ninguno de ellos, pero ambos pueden considerarse derivaciones de los escudos de la edad del bronce en forma de ocho que protegían enteramente al guerrero.

Hay incluso un ejemplo aislado de escudo tipo Dípylon que data del período tardomicénico en un vaso de Yolcos.[24] Ello prueba que el antepasado del tipo Dípylon fue micénico. Tras haber propuesto que las representaciones de carros del arte tardogeométrico no representaban objetos coetáneos, Snodgrass se vio obligado a afirmar lo mismo en relación al escudo Dípylon, es decir, que se trataba de una especie de salto atrás con asociaciones heroicas. Su argumentación se basaba en la exagerada estilización del escudo en la cerámica geométrica.[25]



FIGURA 4.3. Fragmento de un vaso geométrico encontrado en Atenas. La figura del medio lleva un escudo del tipo Dípylon (según Greenhalgh, 1973).

Peter Greenhalgh discutió esta tesis en su libro sobre la guerra en la antigua Grecia. Señaló que los escudos corrientes, redondos y rectangulares, que también aparecen en los vasos tardogeométricos, estaban claramente en uso en la época (hecho también reconocido por Snodgrass). Esto implica que el escudo Dípylon era también real. Sin embargo, Greenhalgh no podía creer que se derivaran de la edad del bronce debido al lapso en el tiempo. Prescindió del testimonio del vaso de Yolcos, afirmando que el pequeño escudo redondo era el más popular a finales del período micénico, un argumento que difícilmente refuta la existencia del tipo Dípylon en el bronce final. Propuso la idea de que era un diseño nuevo, determinado concretamente por su uso conjunto con la lanza.[26]

Los antecedentes del tipo beocio estaban claramente en la edad del bronce. Según Reynold Higgins, ciertas representaciones en cuentas de escudos en forma de ocho del bronce final se relacionan estrechamente con el tipo beocio.[27] El problema es obvio, y ha sido expuesto con claridad por Snodgrass:

> Si el escudo beocio era una realidad en la Grecia geométrica, entonces tenemos que admitir que fue modelado, más o menos servilmente, a partir de las miniaturas en cuentas del HRIII, o bien que el escudo en «forma de ocho», habiendo evolucionado en realidad hacia esta forma, permaneció después en uso, inalterado, durante siglos, o renació por pura coincidencia en forma idéntica, después de un lapso prolongado.[28]



FIGURA 4.4. Vasija del protocorintio medio de Lecaion, donde aparece un guerrero con escudo redondo hoplita (*izquierda*) luchando con otros que usan el tipo «beocio» (según Snodgrass, 1964).

Poca esperanza de una respuesta a estos problemas hay en el esquema cronológico establecido. Es difícil creer que los carros y escudos pudieran tener diseños tan estrechamente relacionados con formas más antiguas por una total casualidad. Por otra parte, sigue existiendo un vacío de varios siglos que fue superado por tradiciones de la edad del bronce. Este problema no se limita sólo a la cerámica.

Bronces, modelos cerámicos y herencias

> Junto con la cerámica y los pintores de vasos, los talleres de bronces continuaron también funcionando después del fin del período micénico. Con pocas excepciones, los únicos productos supervivientes de estos talleres son los trípodes.[29]

Pese a la convencida afirmación de Schweitzer referente a la continuidad en la industria del bronce, los trípodes que menciona son precisamente el centro de un debate cronológico clásico. A diferencia del problema de los carros y los escudos, en el que algunos ven la Edad Oscura como una barrera impenetrable hacia el desarrollo local, la descendencia de los trípodes geométricos a partir de los micénicos es aceptada generalmente. Snodgrass, por ejemplo, ha observado la «estrecha similitud entre los trípodes más antiguos de la edad del bronce y los pocos ejemplos conocidos de la última fase de la edad del bronce».[30]

Pero a pesar de los intentos de relacionar los dos grupos elevando la fecha de los primeros ejemplos geométricos, en la secuencia queda aún un gran vacío. Con los trípodes-caldero, una forma en la que el contenedor y el soporte son moldeados juntos, Schweitzer discutió la opinión anterior de que había «un lento y continuo desarrollo del tipo de trípode a lo largo de tres siglos, desde aproximadamente el 1000 a.C. hasta finales del siglo VIII», a partir de la comparación de las decoraciones de trípodes con las de la cerámica ática. Schweitzer, sin embargo, descartó estos vínculos decorativos y observó después que todas las cerámicas implicadas pertenecían al siglo VIII. Pierre Amandry y Sylvia Benton, que estudiaron, respectivamente, los trípodes-caldero de Delfos e Ítaca, estuvieron de acuerdo con esta valoración, mencionando en esta última «la

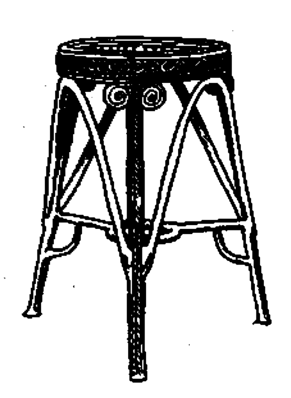


FIGURA 4.5. Trípode de varillas de tipo chipriota, siglo XII, descubierto en una tumba del siglo VIII de la zona de Pnix, Atenas (según Snodgrass, 1982).

casi total ausencia de ricos hallazgos entre la época micénica y *c.* el 800 a.C.».[31]

Actualmente, el primer indicio de manufactura de trípodes en Grecia después del período micénico procede de un depósito de Lefkandi, en Eubea, fechado aproximadamente en el 900 a.C., que contiene fragmentos de moldes para el vaciado de fuertes varillas rectangulares de bronce decoradas en relieve, interpretadas como las patas de un trípode o de un caldero.[32] Dado que no hay evidencias más antiguas, Snodgrass se vio obligado a adoptar una actitud muy diferente a la de Schweitzer: «Sigo siendo escéptico con respecto a la existencia de una industria continua para la fundición de trípodes de bronce a lo largo de la edad oscura de Grecia».[33]

La aparente ausencia de grandes bronces durante la «Edad Oscura» ha hecho surgir la idea de que la industria del bronce en Grecia cayó en una total recesión debido a la falta de materia prima, como consecuencia del colapso de los viejos mercados micénicos.[34] Tal interpretación pondría sólo más distancia entre la metalurgia del bronce del bronce final y la del geométrico, agravando aún más el problema de su relación. Al igual que en el argumento de los tejidos aplicado a la continuidad en los temas de los marfiles y la cerámica, se ha afirmado, a veces, que las formas de los objetos metálicos del bronce final fueron conservados en modelos de cerámica durante tres siglos.

La teoría de la cerámica ha sido aplicada, en concreto, al complejo problema de las relaciones entre la serie de trípodes más importante de la Grecia geométrica y sus prototipos chipriotas de finales de la edad del bronce.[35] Hector Catling observa que no existen copias en cerámica de trípodes desde las épocas micénica o submicénica, y además:

> ... sorprendentemente, no hay ninguna de la época protogeométrica, cuando los alfareros parecían más aficionados a copiar en arcilla objetos normalmente hechos en otros materiales. Las copias no aparecen hasta el período geométrico pleno.[36]

Ejemplares concretos de trípodes de la tipología del período chipriota final aparecieron también en Grecia en depósitos muy posteriores.[37] Considerando el estilo de estos objetos, Catling declaró:

> Ninguno de los soportes procedentes de contextos posteriores al siglo xii presenta rasgos formales, técnicos o decorativos que los distinga claramente de los otros. De hecho no se puede hablar de un soporte como «tipo siglo x» o «tipo siglo viii».[38]

Por tanto, concluyó que los últimos ejemplares fueron, en realidad, objetos heredados considerados de gran valor. Schweitzer, no obstante, sostenía que los ejemplares hallados en contextos de los siglos ix a viii eran de manufactura contemporánea, y citaba en su favor los modelos de cerámica conocidos desde este período.[39]

Un problema relacionado con éste afecta a los soportes con ruedas y cuatro lados de tipo chipriota, del siglo xii, encontrados en contextos griegos de los siglos viii y vii. Catling arguye que fueron exportados desde dos talleres específicos de Chipre desaparecidos a finales de la edad del bronce:

> Creo que nuestros soportes siguieron siendo valorados mucho después de su fabricación, debido a su gran virtuosismo técnico. Fueron también valorados debido a que no podían ser repetidos: eran maravillas ... Se convirtieron en tesoros, en bienes personales ... pasaron de mano en mano, generación tras generación, actuando siempre como un recordatorio de los progresos del pasado.[40]

James Muhly, que discutió la teoría de la herencia de Catling, pensaba que no se podía denegar a los artesanos de la Edad Oscura la habilidad necesaria para fabricar estos complicados soportes (véase la lámina 12). Además, observó que los descubridores de los ejemplares de Delfos y del Heraion de Samos no vieron razones para suponer que los soportes de estilo chipriota no eran contemporáneos del resto del material de los depósitos. En efecto, en el Heraion, que produjo «una notable colección de objetos importados», no se encontró nada que estuviera «tan totalmente fuera de contexto».[41] Sin embargo, Muhly no pudo aportar ninguna prueba clara de la existencia de una manufactura sofisticada del bronce en la Edad Oscura de Grecia antes de los hallazgos de Lefkandi del 900 a.C. aproximadamente.

Nos hemos quedado con una extraña visión de artesanos de finales del siglo x hasta el siglo viii que copiaban estilos antiguos de la metalurgia del bronce chipriota sin servirse de formas intermedias (ya sea en bronce o en arcilla). Inevitablemente, nos acordamos del problema, relacionado con éste, de los trípodes de bronce sardos, fechados entre los siglos ix y vii gracias a la evidencia de contextos itálicos, y en el siglo xii a.C. según paralelos chipriotas (véase el capítulo 2).

La introducción del alfabeto

Un misterio similar se refiere a la supuesta desaparición de la escritura entre el final del período palacial micénico, en el siglo xii a.C., y su resurgimiento en el siglo viii.

Los centros micénicos más importantes tenían una burocracia especializada en llevar registros administrativos, como inventarios de bienes, anotaciones de impuestos y listas de ofrendas hechas a los dioses. Su escritura, conocida hoy como «lineal B», fue usada no sólo en las tablillas de arcilla, sino también en breves inscripciones sobre vasijas. En último término se derivaba de un antiguo sistema cretense de jeroglíficos, adaptado a un sistema de ochenta y siete signos que representaban sílabas. Comparado con un alfabeto que puede expresar valores fonéticos mediante sólo veinte caracteres, el lineal B resultaba extremadamente incómodo. Su complejidad indica que no habría sido fácil dominarlo; por la misma razón, su desciframiento supuso una tarea difícil.

Los primeros ejemplos fueron descubiertos por sir Arthur Evans en Cnosos, en 1900, seguidos de otras tablillas que aparecieron en la Grecia peninsular, especialmente el gran archivo descubierto en Pilos en 1939. Pero la escritura fue descifrada recién entrado 1952, gracias al brillante trabajo del joven arquitecto inglés Michael Ventris. Éste demostró, para sorpresa de muchos especialistas, que la lengua que había tras el lineal B era el griego. Los especialistas de la «vieja escuela», que seguían a Evans, pensaban que la civilización micénica era meramente una ramificación de la minoica, no griega. Si este era el caso, la lengua de los micénicos, especialmente si estaba escrita en una adaptación de la escritura cretense, no podía ser el griego.

El desciframiento del lineal B arrojó una luz completamente nueva sobre el mundo micénico. Por ejemplo, ahora se sabe que los dioses olímpicos conocidos desde Homero (entre ellos Zeus, Hera, Poseidón, Atenea, Artemisa, Hermes y Dioniso) ya eran venerados durante el bronce final. Tales descubrimientos llevaron repentinamente a los micénicos a una relación cultural mucho más estrecha con el mundo griego de la época histórica. Pero a pesar de esta evidencia de continuidad, la cronología actualmente aceptada considera que el lineal B había caído totalmente en desuso a comienzos del siglo XII a.C. No hay inscripciones que llenen el hueco entre esta fecha y el siglo VIII, cuando empezaron a aparecer los primeros textos en alfabeto griego.[42]

Se ha supuesto que la escritura continuó en Grecia durante la Edad Oscura, pero que el medio utilizado para escribir cambió la arcilla por materiales perecederos, como la madera:[43] una teoría semejante a la elaborada para explicar la desaparición de marfiles tallados, bronces y cerámica figurada en el Egeo durante el mismo período. La ciencia actual acepta un aparente lapso de analfabetización, y lo explica de la siguiente manera: con la caída de los palacios desapareció la necesidad de escribir y, de este modo, pronto se olvidó la escritura; Grecia siguió así hasta determinado momento del siglo VIII a.C., cuando sus comerciantes en la costa de Siria encontraron un pueblo que usaba no un silabario, sino un alfabeto.[44]

Esta idea ha perdido favor a causa de la observación de que formas levantinas de comienzos del «siglo XI» sirvieron al parecer como prototipos para el alfabeto griego del siglo VIII (véase el cuadro 4.1). Las razones han sido contundentes y detalladamente presentadas por Joseph Naveh, importante paleógrafo semítico.[45] La escritura griega primitiva se asemeja enormemente a ejemplos

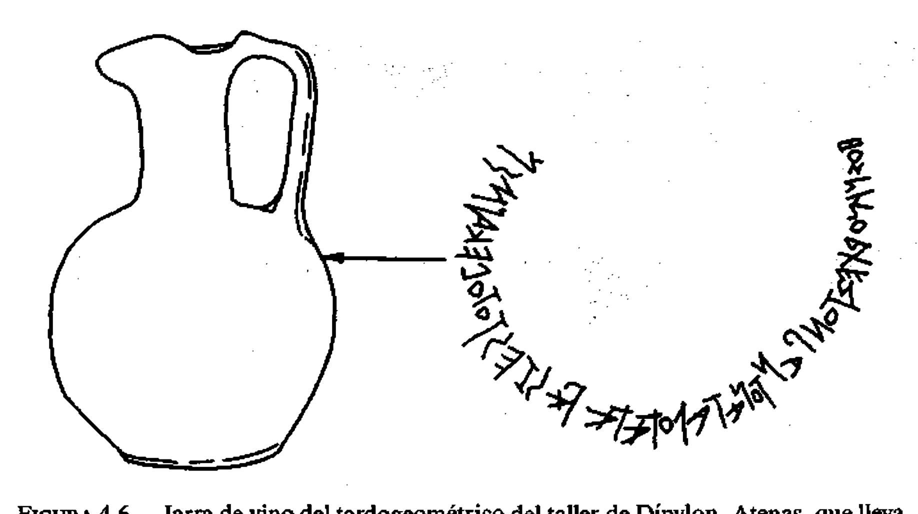


FIGURA 4.6. Jarra de vino del tardogeométrico del taller de Dípylon, Atenas, que lleva la inscripción griega, al parecer, más antigua, fechada en torno al 740 a.C. El texto (47 letras) indica que el vaso (presumiblemente con vino de calidad) era el premio que recibía el ganador de un concurso de baile ateniense (según Boardman, 1980).

de Siria y Palestina fechados tradicionalmente en torno al 1050 a.C., no sólo por la forma de las letras, sino también por la dirección de la escritura y el uso de divisores de palabras. Así, en lugar de la idea tradicional de que el alfabeto griego fue tomado del de los fenicios, ambos se habrían desarrollado a partir de una escritura antecesora común, llamada «protocananea».

Aún queda por descubrir un mecanismo plausible para la difusión de formas levantinas del siglo XI a la Grecia del siglo VIII. Pyle McCarter ha indicado:

> ... que los griegos, aunque su escritura no diverge como una tradición independiente antes de *c.* 800, ya habían experimentado con el alfabeto semítico hacia el 1100 ... La memoria de un experimento más antiguo sobrevivió el tiempo suficiente ... para ejercer una influencia limitada sobre la formulación final del alfabeto griego años después.[46]

Naveh describió esta idea correctamente como una «fórmula imposible».[47] Algunos han tomado la inscripción fenicia sobre un cuenco de bronce de Creta como un apoyo convincente a la teoría de Naveh. El renombrado paleógrafo norteamericano Frank Cross, que aceptó la idea de la adopción temprana del alfabeto por los griegos, dató el cuenco en el siglo XI a.C., basándose en el estilo de la escritura,[48] pero tuvo problemas con la evidencia arqueológica local. El cuenco fue encontrado en una tumba intacta en Tekke, cerca de Cnosos, junto con cerámica cretense fechada a comienzos del siglo IX a.C. Según el excavador, este conjunto representaba un segundo enterramiento, ya que casi la mitad de las vasijas sobre el suelo de la tumba eran áticas del protogeométrico final,

Cuadro 4.1. ¿Tomó Grecia el alfabeto de Levante en los siglos XI u VIII a.C.? Se ha dicho que el alfabeto griego más antiguo se inspiró en la escritura «protocananea», y no en la fenicia. La comparación de las letras sigue el orden alfabético griego; las señaladas con un asterisco estaban fonéticamente obsoletas ya en época clásica (según Naveh, 1982, y Garbini, en Moscati, ed., 1988).

PROTOCANANEO RECIENTE 1200-1050 a.C.	GRIEGO ARCAICO s. VIII a.C.	GRIEGO CLÁSICO	FENICIO s. VIII a.C.
		Alfa	
		Beta	
		Gamma	
		Delta	
		Epsilon	
		Digamma*	
		Zeta	
		Eta	
		Teta	
		Iota	
		Kappa	
		Lambda	
		My	
		Ny	
		Xi	
		Omicron	
		Pi	
		Qoppa*	
		Rho	
		Sigma	
		Tau	
		Upsilon	
		Fi	
		Ji	
		Psi	
		Omega	
		Sampi*	

al parecer pertenecientes a un enterramiento anterior de finales del siglo x a.C. Cross supuso que el cuenco fenicio estaba asociado con el material más antiguo, y, guiado por su datación de la inscripción, afirmó que había que subir las fechas de todo el período protogeométrico.[49]

Los arqueólogos egeos no quedaron nada convencidos por este argumento.

Como señaló el profesor Nicolas Coldstream:

> ... es tentador saber que el alfabeto fenicio era conocido por los habitantes de Cnosos ya antes del 850, y aproximadamente un siglo antes del uso más antiguo conocido del alfabeto griego. Sin embargo, ... los nuevos graffiti fenicios no han quebrantado la ortodoxa opinión de que la escritura alfabética griega comenzó en el siglo VIII.[50]

El origen del alfabeto griego presenta así una paradoja casi perfecta. Mientras que los especialistas en el Próximo Oriente, que utilizan argumentos paleográficos, participan cada vez más de la opinión de que los griegos tomaron el alfabeto en fecha tan temprana como el siglo XI a.C., hay todavía una total ausencia de ejemplos procedentes del Egeo que puedan fecharse antes del siglo VIII. En última instancia, el problema gira alrededor de la datación absoluta de los ejemplos «protocananeos» de Palestina (véase el capítulo 10). ¿Existe, en realidad, un vacío entre la arqueología del «siglo XI» y la del VIII?

Palacios, fortificaciones, casas y templos

La historia arquitectónica de la Edad Oscura griega demuestra ampliamente el colapso posmicénico. En el sur de Tesalia, así como en las islas del Egeo, la construcción en piedra y ladrillo cesó casi totalmente. En palabras de Desborough: «la extrema rareza de cualquier construcción en piedra durante un período de siglos después del HRIIIC refuerza enormemente la opinión de que la técnica se había perdido ...».[51]

Hay muy poca construcción nueva durante el HRIIIC, especialmente en lo que se refiere a las construcciones a gran escala del período precedente. En los yacimientos más importantes, la principal característica de la arquitectura es la reutilización de las casas del HRIIIB. Las estructuras de planta *megaron*, identificadas como las salas del trono de los palacios, continuaron utilizándose en Yolcos, al norte, y en Filacopi, en la isla de Melos, pero no se erigieron nuevos ejemplos, con la posible excepción de una enigmática estructura en Tirinto levantada sobre los cimientos del antiguo *megaron*, pero de tamaño considerablemente reducido.[52]

La arquitectura monumental, tipificada por la famosa Puerta de los Leones de Micenas, no fue acometida después del HRIIIC. Igualmente, la técnica de construcción con bloques escuadrados (sillares) fue olvidada, al parecer, durante siglos. Mientras que algunas de las antiguas fortificaciones ciclópeas siguieron en uso, sin duda, mucho más tarde, en ninguna parte se construyeron murallas nuevas después del HRIIIC. Sólo en el período geométrico se volvieron a construir defensas de este tipo, e incluso entonces no en el continente sino en las Cícladas.[53]

Las cifras sobre yacimientos con posibles muestras de actividad constructiva (véase el cuadro 4.2) proceden del catálogo de Konstantine Syriopoulos sobre la arqueología del mundo griego desde 1200 a 700 a.C.[54] El autor enume-

CUADRO 4.2. Datos estadísticos comparados de los yacimientos griegos de la Edad Oscura y del HRIIIB.

Yacimientos de la Edad Oscura conocidos en la zona (1200-700 a.C.): 273

Fases	Número de yacimientos en la zona	Restos arquitectónicos en la zona
HRIIIB	*c.* 230	*c.* 125 (54,3 % de yacimientos del HRIIIB de la zona)
HRIIIC	118 (43,2 % del total de yacimientos de la zona)	22 (18,6 % de yacimientos del HRIIIC de la zona)
Submicénico	45 (16,4 % del total de yacimientos de la zona)	6 (13,3 % de yacimientos del SM de la zona)
Protogeométrico	92 (33,6 % del total de yacimientos de la zona)	15 (16,3 % de yacimientos del PG de la zona)
Geométrico	195 (71,4 % del total de yacimientos de la zona)	39 (20 % de yacimientos del G de la zona)

ra 273 yacimientos en el área de la Grecia peninsular, excluyendo el norte (Tesalia, Epiro, Macedonia, Tracia y las islas Jónicas) e incluyendo las islas hasta las Cícladas, agrupados en cuatro períodos: heládico final IIIC (1200-1075 a.C.), submicénico (1075-1025 a.C.), protogeométrico (1025-900 a.C.) y geométrico (900-700 a.C.). El cuadro ilustra el marcado declive que Grecia sufrió y la escasa y desigual naturaleza de la documentación arquitectónica en comparación con el pasado micénico.

Al interpretar estas cifras debe tenerse en cuenta que la existencia del submicénico como una fase cronológicamente independiente en todas las zonas sigue estando *sub iudice* (véase *infra*, pp. 103-104). Un factor adicional que no debe olvidarse al evaluar la intensidad de la actividad constructiva atribuida a los períodos submicénico y protogeométrico, lo constituye el hecho de que algunas estructuras pueden fecharse en cualquiera de las dos fases debido a la presencia de fragmentos de cerámica tanto submicénicos como protogeométricos o a la dificultad de distinguir entre ambos estilos; por eso, estas estructuras figuran dos veces.[55]

A pesar de la ya duradera falta de excavaciones en yacimientos de determinados períodos, está claro que hubo una disminución de la actividad constructiva, sea en piedra o en otro material, desde el final del HRIIIC hasta el posterior período geométrico.[56] El panorama en el protogeométrico ha mejorado algo en comparación con el submicénico, pero resulta todavía exiguo frente a las estadísticas del micénico final. Como ha señalado Snodgrass:

> Si nos volvemos hacia los rasgos arquitectónicos de la época, vemos el gran alcance del descenso de nivel que los años de despoblación conllevaron. Sólo en uno o dos lugares de Grecia hay algún signo de que existieron buenas construcciones en piedra fechadas en los siglos XI o X ...[57]

La documentación arquitectónica siguió siendo pobre durante el período geométrico. Coldstream observa que:

> Aunque se han excavado enterramientos del siglo VIII en más de un centenar de yacimientos a través del mundo griego, menos de cincuenta de ellos han ofrecido alguna evidencia de asentamiento. En la mayor parte de estos lugares los vestigios arquitectónicos son insignificantes o han desaparecido completamente, limitándose la evidencia a un puñado de fragmentos de cerámica geométrica encontrados en contextos posteriores.[58]

La rareza de restos arquitectónicos entre los períodos micénico y geométrico final es normalmente explicada por la suposición, reminiscencia de las explicaciones sobre la recesión en otras técnicas, anteriormente discutidas, de que en este intervalo las casas se construyeron exclusivamente, o en gran parte, con materiales perecederos como el ladrillo de barro, la madera o la arcilla.[59] Tales argumentos, quizá plausibles en el caso de los marfiles y los metales (que pudieron haber escaseado durante una auténtica Edad Oscura), tienen que parecer un tanto extraños cuando se aplican a una zona tan rica en piedra como Grecia. Es más inquietante en conjunto que haya tan poca evidencia de cualquier clase de construcción durante este largo período de tiempo.

Snodgrass, como parte de una explicación más amplia de la Edad Oscura, sugirió que la escasez de arquitectura podía explicarse por un cambio a una mayor dependencia del pastoreo, en la que la cría de ganado sustituyó a la agricultura mixta, como respuesta al hundimiento de la economía centralizada de los palacios micénicos. Arguyó que este modo de vida menos sedentario habría dado como resultado asentamientos semipermanentes con construcciones más provisionales en barro y madera. Mencionó las estructuras absidales halladas bajo los edificios geométricos de Lefkandi y los contornos de cabañas circulares debajo de casas del mismo período en Eretria, interpretadas como prueba de una ocupación estacional.[60] Aunque Snodgrass ha presentado un modelo plausible de sociedad en el período inmediatamente pospalaciego, resulta difícil entender cómo la economía necesitó tanto tiempo para recuperarse.

A pesar de la escasez aparente de actividad edilicia durante la Edad Oscura, existe una curiosa continuidad de elementos micénicos en la arquitectura de los períodos geométrico final y arcaico, cuando la construcción en piedra empezó a florecer de nuevo. Coldstream considera que la planta de los templos del siglo VIII a.C. tiene innegables precedentes en la edad del bronce. El esquema absidal observado en el templo geométrico de Eretria y los modelos de Perachora conservan el pórtico y la disposición de la habitación principal del *megaron*. Los antecedentes de los templos dóricos y jónicos típicos de la Grecia clásica están aún más relacionados con el *megaron*, con su alargada planta rectangular y entrada única.[61]

En vista de la certeza de que los dioses olímpicos existían ya en la edad del bronce y sobrevivieron a la Edad Oscura, así como de la posibilidad de que el *megaron* micénico funcionara más como centro de los ritos religiosos que como salón del trono, parece que nos enfrentamos de nuevo a un caso notable

de supervivencia.[62] Pero lo extraño es que no ha sobrevivido ningún templo de la Edad Oscura; en efecto, tiene que suponerse que «casi todo el culto tenía lugar al aire libre».[63] Así, según la cronología aceptada, el uso de templos, junto con derivaciones posteriores de la arquitectura micénica, la reaparición de la construcción en piedra, sillares y otras excelentes fábricas, y el completo repertorio de técnicas necesarias para producirla, todo ello tiene que ser considerado como un curioso *revival*.

El registro estratigráfico

La desaparición y reaparición de semejante gama de técnicas ofrece pruebas circunstanciales que indican que la cronología establecida está sobredimensionada, especialmente si se contempla conjuntamente con el carácter desigual de la estratigrafía de la Edad Oscura griega. A continuación, daremos un breve repaso a la evidencia estratigráfica desde el HRIIIC hasta la época geométrica, considerando la relación de cada fase con la precedente y la sucesiva, a fin de mostrar cómo se ha elaborado la cronología relativa.

La situación no es sencilla debido al regionalismo en los estilos cerámicos a lo largo de la Edad Oscura. La secuencia cerámica clásica para la edad del hierro antigua en Grecia procede del Ática: el protogeométrico, por ejemplo, está definido por el material de la necrópolis del Cerámico, en Atenas. Por todas partes se desarrollaron diferentes estilos regionales independientemente. Las variaciones locales comenzaron en el período HRIIIC con la desarticulación de la cultura micénica, que evolucionó hacia distintos estilos locales en los períodos siguientes. Poner a éstos en relación con la secuencia ática dentro de una sola cronología general es muy problemático. Dado que los vasos áticos aparecen con frecuencia junto a cerámica local de un estilo menos evolucionado, se ha tomado esto como indicación de un considerable intervalo en la difusión de la influencia ática, hecho que la cronología clásica trata de tener en cuenta.

El problema inicial es decidir si el estilo «submicénico» siguió al HRIIIC y si existió como fase totalmente separada. En 1978, Jeremy Rutter propuso, basándose en su estudio de la cerámica corintia, que el submicénico era el material funerario perteneciente a la última fase del HRIIIC, y que ambos eran, en realidad, contemporáneos. En consecuencia, pidió que se dejara de utilizar dicho término.[64] No tuvo éxito, ya que el submicénico apareció posteriormente en el nivel superior al heládico reciente IIIC en Micenas y Tirinto, y debajo de estratos protogeométricos en Asine. En la actualidad se acepta la identificación del submicénico como una fase separada en estos yacimientos. En Atenas, donde falta información sobre el yacimiento, los materiales procedentes de las tumbas del Cerámico parecen indicar lo mismo.[65] Sin embargo, en otras zonas parece que nunca hubo un «submicénico» como tal. En Tesalia, por ejemplo, el estilo protogeométrico local deriva directamente de la cerámica tardomicénica como lo demuestran la estratigrafía y la cerámica de Yolcos.[66]

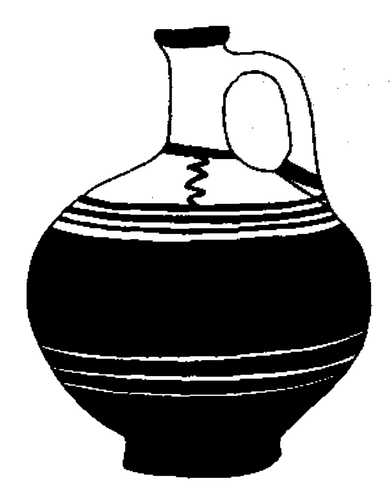


FIGURA 4.7. Vaso submicénico del Cerámico, Atenas.

Este fenómeno puede crear tensiones, ninguna más perturbadora que la de la secuencia lacónica del Peloponeso. En el santuario de Apolo en Amicleas, cerca de Esparta, los excavadores observaron que el material del último período micénico aparecía mezclado con cerámica lacónica protogeométrica en un estrato totalmente distinto del nivel geométrico subsiguiente (finales del siglo IX y siglo VIII a.C.) y fecharon este depósito en los siglos XI-X, de acuerdo con la cronología tradicional.[67] Posteriormente, la fecha fue rebajada por Desborough y Snodgrass, que situaron el comienzo del protogeométrico en el 950 o 900 a.C., respectivamente, basándose en las relaciones estilísticas con la serie ática.[68] Nicholas Hammond reconoció el problema que esto creaba, ya que introducía un lapso de tiempo dentro de un estrato aparentemente continuo.[69] Paul Cartledge, sin embargo, arguyó que la cronología era engañosa: si bien conservaba la progresión correcta, la secuencia estaba formada por material arrojado colina abajo desde el santuario. Según él, había una ruptura estilística auténtica entre los estilos HRIIIC y protogeométrico.[70]

Aunque aceptaba un hiatus en la estratigrafía, William Coulson rechazó el análisis de Cartledge. En su opinión, la influencia tardomicénica podía discernirse claramente en la cerámica protogeométrica.[71] Basando su interpretación en la evidencia de la vecina Nichoria, en Mesenia, Coulson creó una secuencia de cerámica local de la «Edad Oscura», que pensaba podía salvar también el hiatus de Amicleas. Sus fases de la «Edad Oscura» tienen correlación con los avances en la tradición cerámica de la Grecia occidental, la cual, al evolucionar separadamente de la del Ática, preservó supuestamente el estilo del HRIIIC durante el siglo X a.C.[72] De forma ciertamente arbitraria, Coulson situó su Edad Oscura (EO) I entre 1075 y 975, con una EO II que duraba hasta el fin del siglo IX a.C.[73] La cerámica EO II de Coulson tiene rasgos en común con el material protogeométrico de Amicleas, que, por tanto, estaría separado por un siglo de los hallazgos del micénico final.[74]

No obstante, Kare Fagerström se mostró muy crítico con la evidencia de Nichoria sobre la que Coulson había basado su secuencia de la «Edad Oscura»:

> Repetidas veces, sin embargo, se produce una mezcla de material del HRIII en lo que parece considerarse como estratos no contaminados de EO I o EO II. La distinción entre EO I y EO II no está clara, algo más bien natural, dado que una de las razones para elegir el concepto Edad Oscura fue que la clasificación de la cerámica resulta difícil. En ese oscuro retiro de Mesenia puede muy bien ocurrir que las formas del HRIII fueran en algunos casos preservadas, quizá durante siglos, especialmente cuando no hay indicios claros de interrupción a fines del HRIII.[75]

Amicleas y Nichoria, por tanto, no arrojan luz sobre el lapso en el tiempo, si lo hay, entre los períodos micénico y protogeométrico fuera del Ática. Ciertamente, no hay base sólida para la pretensión de Coulson de que los separan 100 años.

La esperanza inicial de que Lefkandi, en Eubea, en virtud de su potente estratigrafía, proporcionara soluciones para interpretar la secuencia de la Edad Oscura ha resultado ser infundada. La evidencia para las fases submicénica y protogeométrica antigua procede exclusivamente de tumbas, y ambas parecen confundirse estratigráfica y estilísticamente. En un caso, una tumba que normalmente habría sido atribuida al protogeométrico tuvo que fecharse en el submicénico, simplemente porque estaba cubierta por otra que contenía un frasco de aceites submicénico.[76] Otros depósitos, e incluso hallazgos aislados, muestran una mezcla de estilos submicénico y protogeométrico antiguo que sugieren un considerable solapamiento entre ambos en Lefkandi.[77]

Este yacimiento plantea asimismo problemas en cuanto a la definición de la diferencia entre el protogeométrico final y el «subprotogeométrico», un término desafortunadamente incómodo para denominar los estilos locales equivalentes del geométrico antiguo y medio del Ática. Incluso después del desarrollo de una detallada secuencia tipológica basada en los hallazgos en tumbas, la distinción entre el material protogeométrico y subprotogeométrico sigue siendo confusa. Así, por ejemplo, la fecha final para el depósito bajo el «suelo del patio» fue difícil de determinar a causa de los «límites nebulosos entre el protogeométrico final y el subprotogeométrico I».[78]

La evidencia estratigráfica más importante para el subprotogeométrico procede de tres depósitos superpuestos: dos pozos sucesivos cubiertos por material que se echó para nivelar el suelo para construir. En conjunto se supone que representan el período entre aproximadamente el 900 y 750 a.C. El material de los tres depósitos estaba tan mezclado que en el caso del superior parecía que «podía representar todas las fases desde el protogeométrico final hasta el subprotogeométrico III».[79] La presencia de material del protogeométrico final en los tres niveles preocupó a los arqueólogos y fue finalmente explicada como una «mezcla, en cantidades desconocidas, en los dos depósitos superiores de material más antiguo, innegable en vista del número de juntas hechas entre un depósito y otro».[80]

Una característica sorprendente de Lefkandi es la homogeneidad general de los estilos de la cerámica entre *c.* 900 y 750 a.C., atribuida por los excavadores al conservadurismo de sus habitantes, «hasta tal extremo tradicionales en sus prácticas funerarias y en su apego a un tipo de cerámica que, una vez desarrollados, se aferraron a ellos durante más de 150 años».[81]

Amicleas, Nichoria y Lefkandi son tres yacimientos bien excavados, y, realmente, los mejores representantes de la arqueología de la «Edad Oscura» de Grecia. Pero sus estratigrafías ilustran claramente el problema de la datación de la cerámica regional de los períodos protogeométrico y geométrico. En una época en la que se considera que algunas zonas de Grecia habían entrado en la fase geométrica, en otras (especialmente en el norte) los estilos eran todavía, estrictamente hablando, protogeométricos. Por ello, Snodgrass reconoce que el protogeométrico ático va desde *c.* 1050 hasta 900 a.C. Pero cree que en lugares como Eubea, Élide, Fócida, Lócrida, Acaya, Mesenia y Laconia el protogeométrico comenzó mucho más tarde y continuó hasta el 750 a.C., cuando el geométrico medio ático estaba terminando. En estas zonas, el estilo protogeométrico parece haber dejado paso inmediatamente a la fase geométrica final, sin intervalos equivalentes al ático inicial y geométrico medio.[82]

En conjunto, la cronología tradicional concede a los estilos protogeométricos un uso extremadamente largo. Es difícil establecer los controles internos sobre la duración del protogeométrico, pero la frecuente superposición de depósitos geométricos al material del micénico final no favorece la idea de que el protogeométrico fue de gran duración.[83] A diferencia de casos en los que los estratos protogeométricos yacen directamente sobre el micénico, la ausencia de niveles intermedios entre el material geométrico y el micénico es algo sorprendente. Lo que convierte a estos ejemplos en algo especialmente enigmático no es tanto la falta de niveles de ocupación como la ausencia de una acumulación natural de sedimentos o barro en el transcurso de los siglos.

En efecto, en un asombroso número de yacimientos de toda Grecia el protogeométrico está representado sólo por los hallazgos funerarios. Así, en Lefkandi hay un vacío en el registro del asentamiento sucesivo a la extensa ocupación del HRIIIC: después del 1100 a.C., aproximadamente, no hay vestigios de habitación hasta el protogeométrico final, poco antes del 900 a.C.[84] Los períodos perdidos (submicénico, protogeométrico inicial y medio) están indicados únicamente mediante hallazgos procedentes de las necrópolis cercanas.

Realizar un estudio completo de las anomalías en la estratigrafía y la historia cultural de la Edad Oscura de Grecia va más allá del objetivo del presente libro. Es de lamentar, sin embargo, que los muchos aspectos diferentes del problema de la Edad Oscura son raramente, si lo han sido alguna vez, considerados en conjunto.

Irónicamente, muchos especialistas del siglo XIX y principios del XX habrían contemplado dichos problemas de la arqueología griega como ilusorios, producto de una cronología artificialmente alargada. No vieron la necesidad de encajar una Edad Oscura entre la época micénica y la geométrica. William Ramsay, A. S. Murray, Cecil Torr y muchos otros se contentaron, a partir de la evi-

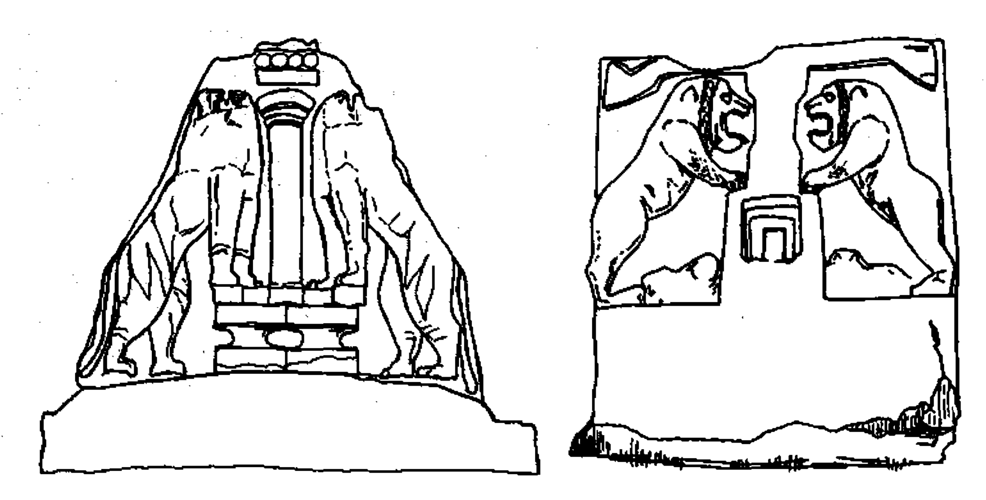


FIGURA 4.8. *Izquierda*, la famosa Puerta de los Leones de Micenas, cuya construcción se sitúa actualmente en el siglo XIII a.C. (según Kantor, 1956). *Derecha*, fachada con leones de una tumba frigia de los siglos VIII-VII, de Arslan Tash, Anatolia central (según Ramsay, 1888).

dencia de que disponían, con datar el fin de la civilización micénica en el siglo IX o incluso en el VII a.C. Ramsay, por ejemplo, vio una conexión entre los bajorrelieves en piedra frigios de los siglos IX a VII y las esculturas de la Puerta de los Leones de Micenas.[85] Murray fue un defensor fiel de una datación baja para la civilización micénica, asociándola con el período de colonización y los primeros tiranos, durante los siglos VIII y VII a.C.[86] Torr llamó la atención, entre otras cosas, sobre el estrecho parecido entre las gemas micénicas talladas y las geométricas,[87] cuestionó la validez de la cronología sotíaca egipcia y resistió con fiereza los intentos de Petrie y otros de subir las fechas para Micenas al segundo milenio a.C. (véase el capítulo 1).

Nadie podría hoy contemplar seriamente las bajísimas fechas para la civilización micénica dadas por los arqueólogos de finales del siglo XIX. Sin embargo, no debemos despreciar la fuerza de sus argumentos acerca de cierta continuidad entre la época micénica y la geométrica. Ni podemos dejar de sorprendernos por las similitudes entre la Edad Oscura de Grecia y las de Europa oriental y septentrional entre 1200 y 800 a.C., especialmente cuando estas zonas dependen de Grecia para su cronología. En la propia Grecia tantos problemas afectan a la naturaleza y duración de los períodos submicénico, protogeométrico y geométrico, y hay buenas razones para dudar de si éstos realmente ocuparon el generoso espacio de tiempo que usualmente se les asigna. Para citar a Snodgrass, una de las mayores autoridades en la Edad Oscura de Grecia:

> ... ¿por qué hubieron de transcurrir cerca de cuatro siglos durante los cuales la cultura material griega parece haber cambiado tan poco? ¿Por qué la escritura, el arte figurativo, la arquitectura monumental y otros aspectos tardaron tanto tiempo en aparecer, o reaparecer, en la forma en que finalmente lo hicieron?[88]

5. LOS FUNDAMENTOS DE LA CRONOLOGÍA GEOMÉTRICA

El capítulo anterior ha mostrado la clase de problemas que surgen una y otra vez en la cronología tradicional de la Edad Oscura de Grecia. Los interrogantes formulados por Snodgrass deben ser considerados ahora a la luz de los antecedentes de las interminables dificultades que afectan a la datación de la cerámica de estos siglos. Se ha sugerido ya, basándose en la evidencia interna, que los períodos de tiempo asignados a algunas de las fases culturales de la primera edad del hierro pueden ser excesivos. ¿Cómo y por qué llegaron los arqueólogos a estas cifras?

El espacio que ocupa la Edad Oscura parece estar claramente determinado por dos puntos fijos. El primero está definido por las asociaciones entre los hallazgos micénicos y el material del Imperio Nuevo egipcio, siendo la última de ellas la presencia en Palestina de cerámica del HRIIIC temprano junto a objetos con el nombre del faraón de la dinastía XX Ramsés III (1184-1153 a.C.).[1] El segundo punto fijo es el relato histórico de la colonización del geométrico final y período arcaico en Italia y Sicilia, hacia finales del siglo VIII a.C.

Entre ambos parámetros, la situación es mucho menos clara. Frecuentemente, los especialistas han aceptado con cierta renuencia la necesidad de alargar la limitada cantidad de material cerámico para las fases HRIIIC, submicénica, protogeométrica y geométrica, hasta cubrir el período entre los siglos XII y VIII a.C. (véase el cuadro 5.1). En efecto, a veces se ha hecho que éstas ocupasen desconcertantes extensiones de tiempo. Como ha escrito Snodgrass:

> ... esta breve secuencia de períodos tiene que prolongarse unos 400 años o más. Está claro que nos enfrentamos con un lento índice de desarrollo en el arte de la alfarería en Grecia. Si lanzamos una hipótesis provisional en cuanto a la duración de los estilos, y asignamos cerca de 150 años a los residuos del micénico IIIC, 150 al protogeométrico ático, 50 al ático inicial y otros 50 al geométrico medio, estaremos dando un paso enteramente arbitrario, pero llegaremos aproximadamente al total correcto sin forzar excesivamente la credulidad en ningún caso. Podemos también estar casi seguros de que no es posible la reducción de ninguna de estas cifras sin un alargamiento compensatorio en alguna parte ...[2]

CUADRO 5.1. Esquema clásico de la cerámica griega ática de la Edad Oscura, elaborado por Desborough (1952) para el protogeométrico y por Coldstream (1968) para el geométrico. El asterisco significa que Desborough consideró la posibilidad de que estas fechas pudieran ser adelantadas en unos cincuenta años, dependiendo de la cronología asignada al estrato III de Tell Abu Hawam.

Período	Fase	Fechas
Protogeométrico antiguo		1025-980 a.C.*
Protogeométrico medio		980-960 a.C.*
Protogeométrico reciente		960-900 a.C.*
Geométrico antiguo	I	900-875 a.C.
	II	875-850 a.C.
Geométrico medio	I	850-800 a.C.
	II	800-760 a.C.
Tardogeométrico	I	760-735 a.C.
	II	735-700 a.C.

Un buen ejemplo del efecto de rechazo descrito por Snodgrass puede observarse en la reciente redatación del HRIIIC por Penelope Mountjoy, en la que sucede lo contrario: el alargamiento de un período exige el acortamiento de otro. Las diversas fases de actividad constructiva en Micenas y en Tirinto durante el HRIIIC la llevó a proponer que se podría atribuir un espacio más extenso a este período, llevándolo hasta mediados del siglo XI a.C. Al conceder dos generaciones al submicénico, tuvo que rebajar el inicio del protogeométrico en unos cincuenta años.[3] Como consecuencia, el tiempo dejado al geométrico en conjunto tendría que ser acortado. En casos como este, la cronología se convierte en poco más que juegos malabares.

REEVALUACIÓN DEL PERÍODO ARCAICO

La única forma de escapar a este dilema es relacionando la cronología relativa basada en la cerámica con un esquema de fechas absolutas. El procedimiento lógico es retroceder en el tiempo desde lo conocido hacia lo desconocido, empezando en este caso desde los primeros hitos seguros de la historia griega. Éstos se sitúan en el período arcaico que precedió a la civilización clásica.

El método por el que se ha establecido la cronología arqueológica consiste en utilizar «unos pocos puntos fijos claramente fiables en los que puede basarse la secuencia estilística». Éstos son los raros acontecimientos históricamente fechados a los que puede asociarse cerámica, como los hallazgos bajo el túmulo funerario que, según se cree, fue erigido sobre los atenienses y píateos caídos en la batalla de Maratón, en el 490 a.C.[4] Dada la bien documentada historia de Grecia desde el siglo VII a.C. en adelante, sería lógico pensar que la datación arqueológica del conjunto del período arcaico griego se estableció sin problemas. Sorprendentemente, no es este el caso.

Durante los últimos años, una serie de estudios del fallecido David Francis, especialista en las relaciones greco-persas, y de Michael Vickers, conservador asesor de antigüedades del Ashmolean Museum de Oxford, han desafiado prác-



FIGURA 5.1. Túmulo funerario de Maratón, que se ha identificado con el erigido sobre los atenienses muertos en la famosa batalla contra los invasores persas, en 490 a.C. Excavado en 1890, cubría los restos de 192 cuerpos, enterrados con armas y vasos de figuras negras (Breasted, 1916).

ticamente a las principales autoridades por datar el arte y la arquitectura griegos en fecha tan tardía como comienzos del siglo v a.C. En efecto, según Vickers: «el primer "punto fijo" incontrovertible de la cronología [arqueológica] griega es el Partenón, comenzado en el 447».[5]

Por ejemplo, fecharon el Tesoro de los Sifnios de Delfos en la década del 470 a.C., después de las guerras persas, cuando antes se le suponía «nuestro mejor hito de toda la historia del arte arcaico», en torno al 525 a.C.[6] Además, Francis y Vickers no aceptan que el auge de la riqueza, arte y arquitectura atenienses conocido por la documentación arqueológica sea atribuido a los años anteriores y durante las guerras persas (494-479 a.C.); por el contrario, lo consideran una consecuencia de la victoria griega.[7] Su revisión, en efecto, coincide con las afirmaciones de autores clásicos como Diodoro Sículo, en el siglo I a.C., con respecto a la sana economía de Atenas después de vencer a los invasores persas y saquear sus campamentos:

> ... cada ciudad griega estaba colmada de tal abundancia que todos se maravillaban de la mejora. Durante los siguientes cincuenta años, Grecia gozó de gran progreso hacia la prosperidad. En ese tiempo crecieron las artes debido a la prosperidad, y los más grandes artistas florecieron en esa época.[8]

Si se compara esta declaración con la valoración moderna, basada en la datación tradicional de los restos arqueológicos, de que «Atenas no era un estado

rico en la década del 470 y del 460»,[9] la tesis de Francis y Vickers resulta, ciertamente, atractiva.

En algunos casos, la datación clásica está claramente equivocada. Por ejemplo, David Gill ha demostrado que, incluso utilizando las fechas convencionales, la cerámica encontrada bajo el templo de Afaya en Egina muestra que su construcción ha sido situada en época demasiado temprana, en el 510 a.C., y que fue realmente erigido después del 480 a.C.[10]

Junto con su reducción de muchos de los «puntos fijos» de la historia del arte griego, Francis y Vickers han propuesto una compresión radical de la cronología de la cerámica arcaica. Por ejemplo, han ofrecido una «regraduación» de la cronología de la cerámica griega que implicaría rebajar las fechas de 550-525 a.C. en unos cuarenta y cinco a setenta años, y, de 620-600 a.C., en ochenta años. El debate sobre el valor de su revisión está en marcha. Es cierto que parece correcto rebajar las fechas arcaicas, pero sigue siendo discutible hasta qué punto debe hacerse.[11] En resumen, su revisión del material del siglo VII es demasiado drástica. Los problemas más amplios incluidos en la polémica nos llevan a estudiar la evidencia para la datación de la cerámica arcaica más antigua proporcionada por las primeras colonias griegas en Occidente.

Las fechas de la colonización occidental y el final del geométrico

La información básica para calcular las fechas exactas de la fundación de las colonias occidentales (véase el mapa 2) procede del más grande de los historiadores clásicos, Tucídides. En su *Guerra del Peloponeso* escribió que Megara Hiblea, en Sicilia, fue fundada 245 años antes de su destrucción por Gelón de Siracusa, un acontecimiento fijado por Herodoto en torno al 483-482 a.C. Por consiguiente, Megara habría sido fundada alrededor del 728 a.C. Tucídides afirma también que Megara fue fundada al mismo tiempo que Leontini, ésta establecida, a su vez, cinco años después de Siracusa, la primera colonia de Sicilia. Así, la fecha generalmente aceptada para Siracusa es 734 o 733 a.C.[12] Las fechas de la colonización de Tucídides se relacionan con la cronología de la cerámica griega debido a la creencia de los arqueólogos de que los primeros hallazgos (tardogeométrico y protocorintio) de las colonias griegas datan de la época de su fundación. Como ha observado Robert Cook:

> ... las fechas de fundación dadas por Tucídides son aceptadas como una suposición necesaria. Sin embargo, en historia y en literatura estas fechas de fundación son igualmente supuestas, de modo que la arqueología se hunde o nada con ellas.[13]

Hay dos elementos implicados en esta «suposición necesaria». El primero consiste en la naturaleza de las fechas que Tucídides, en efecto, ha proporcionado; el segundo, en la fiabilidad de la asociación de la cerámica griega de esos yacimientos con las fechas de las colonias.

Generalmente, se dan por válidas las fechas de Tucídides para las colonias, ya que en su relato de la guerra del Peloponeso demostró ser un crítico riguroso de cualquier afirmación sin fundamento. En la introducción se enorgullece de ser escéptico con respecto a las fuentes tradicionales de la historia, con su tendencia a la exageración.

Por desgracia, apenas hay material con el que confrontar las fechas dadas por Tucídides. Una excepción es el caso de Akragas (Agrigento), en Sicilia, que según Tucídides fue fundada 108 años después de la ciudad de Gela, fundada a su vez cuarenta y cinco años después de Siracusa. Esto da una fecha en torno a 581-580 a.C. para Akragas.[14] Una oda del poeta del siglo v a.C. Píndaro, que celebra la victoria de Terón Eménida, tirano de Agrigento, en los Juegos Olímpicos de 476-475 a.C., declara que ninguna ciudad «en estos cien años» ha producido un hombre como Terón.[15] Se ha pensado que esto sitúa la fundación de Agrigento un siglo antes, quizá basándose en una tradición local sobre la antigüedad de la ciudad, tradición presumiblemente favorecida por el propio Terón. Ha sido a menudo utilizada para fechar la fundación de la ciudad en torno al 575 a.C., coincidiendo con Tucídides a todos los niveles.[16]

Sin embargo, parece un poco extraño recurrir precisamente al tipo de fuente que Tucídides mismo habría rechazado como apoyo a su datación. Los especialistas actuales en Píndaro aceptan generalmente que «cien años» significan para el poeta poco más que «un largo tiempo».[17] Resulta difícil aceptar a Píndaro como confirmación de Tucídides. Incluso si ambos usaron la misma evidencia tradicional sobre la fundación de Agrigento, esta aparente coherencia no sustituye el conocimiento de si su fuente común era correcta.

Aquí radica la clave del problema: ¿de dónde pudieron salir esas fechas? Una vez más, la mayoría de los comentaristas coinciden: Tucídides se basó en los cronistas Antíoco de Siracusa y Helánico de Mitilene, ligeramente anteriores. Se supone que éstos recogieron una tradición oral que conservó fechas en forma de árboles genealógicos, es decir, que tal y tal cosa ocurrió tantas generaciones después de un determinado acontecimiento. Algunos historiadores han supuesto que las fechas de Tucídides fueron calculadas a partir de la duración normal de una generación, pero está claro que en la época clásica no hubo nunca una coincidencia unánime.[18] Está claro también que había un considerable elemento de exageración en muchos cálculos antiguos (véase el Apéndice 2). Si estos factores habrían afectado, y en qué medida, a las fechas dadas por Tucídides, no se sabe; pese a toda su cautela, tal posibilidad sigue siendo inquietante, ya que nos vemos obligados a confiar en sus cifras.

Nicolas Coldstream, autor de la obra definitiva sobre cerámica geométrica, observó que su cronología cerámica para las colonias occidentales coincidía con las fechas de Tucídides: «esta concordancia ayudaría a recuperar la confianza en Tucídides como cronógrafo preciso».[19] Una visión más realista podría ver esta concordancia como, en el mejor de los casos, una feliz coincidencia, la cual esconde también un grado de razonamiento circular.[20] Andrew Burn señaló astutamente hace cincuenta años que:

CUADRO 5.2. Cronología relativa de las secuencias de cerámica ática y corintia durante los períodos tardogeométrico a arcaico (según Coldstream, 1968; Cook, 1969 y 1972; Boardman, 1974; Amyx, 1988).

a.C.	ÁTICO	CORINTIO	a.C.
800	Geométrico medio	Geométrico medio	800
760	Tardogeométrico		
		Tardogeométrico	750
		Protocorintio antiguo	720
700	Protoático antiguo		
		Protocorintio medio	690
675	Protoático medio		
650	Protoático reciente	Protocorintio reciente	650
		Transición	630
625	Figuras negras antiguas		
		Corintio antiguo	620/615
		Corintio medio	595/590
575	Figuras negras		
		Corintio reciente I	570
		Corintio reciente II	550
525	Figuras rojas		
500			

No es ... posible comprobar la exactitud de la cronología occidental de Tucídides por medio de datos arqueológicos —y menos aún cuando ... el presente sistema de datación de la cerámica griega arcaica depende en gran parte de la propia cronología de Tucídides.[21]

Resulta irónico, pues, que la justificación de Coldstream sobre su cronología dependiera en parte de las fechas de colonización de Tucídides; éstas indicarían que el estilo tardogeométrico encontrado en Naxos, Siracusa y por todo el Occidente era común en la segunda mitad del siglo VIII a.C. Su confianza en

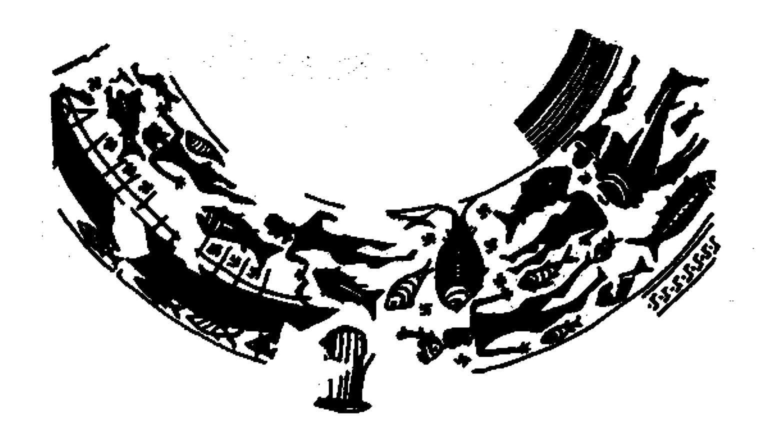


FIGURA 5.2. Insólita escena de naufragio en un vaso del tardogeométrico descubierto en la colonia griega de Pitecusa, Italia (según Boardman, 1980).

las fechas tradicionales fue reforzada por una pieza de evidencia independiente. La fecha para el final del tardogeométrico está determinada por su firme asociación (en Grecia) con cerámica de estilo protocorintio antiguo. El punto de partida de Coldstream para este último depende de un descubrimiento en la colonia griega de Pitecusa, que, aunque carece de fecha tradicional, generalmente se considera como la más antigua de Occidente. En la tumba 325 aparecieron asociados vasos del protocorintio antiguo con un escarabeo egipcio del faraón Boccoris, cuyo reinado se suele situar entre el 720 y 715 a.C.[22] Es imposible saber la antigüedad de este escarabeo en el momento de ser enterrado: pudo fácilmente haber ido a parar allí muchos años después de su manufactura. Construir la secuencia protocorintia a partir de una fecha basada, a su vez, en un hallazgo aislado es un ejercicio peligroso, aunque sea un recurso normal.

No sólo es difícil aceptar la evidencia de las colonias a partir de razones prácticas; su interpretación está lejos de ser consecuente. En Gela, los excavadores quisieron conservar la fecha de 700 a.C. para el final del protocorintio antiguo establecida por Humfry Payne, el primero que desarrolló una cronología para la cerámica corintia. Argumentaron que la cerámica protocorintia antigua de Gela tenía que proceder de un asentamiento precolonial y no de la propia colonia, fundada en 688 a.C. Coldstream rechazó su propuesta, afirmando que «si se admitía una teoría semejante, sería difícil interpretar cualquier evidencia datable de Occidente con completa objetividad».[23]

En consecuencia, rebajó la fecha del final del protocorintio antiguo al 690 a.C. Pero la norma básica de Coldstream para datar la cerámica parece haber caído en desuso. Incluso aunque ahora se conoce material más antiguo procedente de otras colonias, ello *no* conduce a ningún cambio, es decir, a rebajar las fechas. Lo que se pasó por alto en 1931 cuando las fechas coloniales se utili-

zaron por primera vez para establecer la cronología de la cerámica fue que había pocas probabilidades de descubrir enseguida los vestigios más antiguos en aquellas excavaciones a pequeña escala emprendidas originalmente. No es sorprendente que al llevar a cabo trabajos posteriores saliera a la luz en la mayoría de estos yacimientos griegos el material más antiguo. Por ejemplo, en Siracusa (fundada según Tucídides en 733 a.C.) se ha encontrado cerámica eubea de mediados del siglo VIII a.C.[24] Cada vez que tales hallazgos se producen, la consecuencia lógica sería mover la cronología cerámica hacia abajo para adecuarla a las fechas de las colonias. Por desgracia, el sistema está osificado, y en los últimos veinte años no se ha hecho ningún cambio.

Las fechas de las colonias dadas por Tucídides siguen siendo las mejores disponibles. Pero los intentos de aplicarlas a la cronología de la cerámica han sido lamentablemente contradictorios, con tendencia a aferrarse a las estimaciones más altas posibles. Los hallazgos recientes, combinados con la posibilidad de que las fechas de Tucídides puedan ser ligeramente demasiado antiguas, sugieren que es factible una reducción de veinticinco años en la datación de la cerámica. Esto lleva, de alguna manera, a encontrarse con la «regraduación» de la cronología arcaica propuesta por Francis y Vickers, pero ir más allá supondría un rechazo general de la evidencia colonial.

Hamath, llena de promesas orientales

Antes del período de la colonización occidental, la arqueología y la historia tradicional de Grecia seguían caminos distintos. Aunque los autores antiguos proporcionan una cronología para el linaje de los reyes de Esparta que se remonta hasta el propio Hércules, y precisan sospechosamente la posición de acontecimientos como la guerra de Troya y el consiguiente «retorno de los Heráclidas», ninguno de sus cálculos, francamente, puede ser creíble (véase el Apéndice 2). Los innumerables intentos de deducción de fechas para el registro arqueológico a partir de este material semimitológico no han servido de nada. El hecho de que las imposibles fechas altas para las colonias fenicias de Occidente (véase el capítulo 2) fueron extraídas de estas mismas fuentes sería suficiente advertencia para no confiar en ellas.

Intentando encontrar bases más sólidas, los arqueólogos se han vuelto hacia el Próximo Oriente. Existen lazos indirectos a través de Chipre, pero por lo general son ignorados, a causa de la elaboración extremadamente dificultosa de una cronología concordante entre Chipre y Palestina (véase el capítulo 7). Más directamente se ha descubierto cerámica geométrica en muchos yacimientos de Siria y Palestina, donde se han considerado válidas las fechas para la estratigrafía, puesto que tienen base histórica. Esta evidencia de control, criterio esencial para la datación de las diversas fases geométricas, procede de unos pocos yacimientos clave de Levante: Hamath, Samaria, Megiddo, Tiro y Tell Abu Hawam (véase el mapa 10, p. 167).

Desafortunadamente, es raro que exista acuerdo entre los arqueólogos del

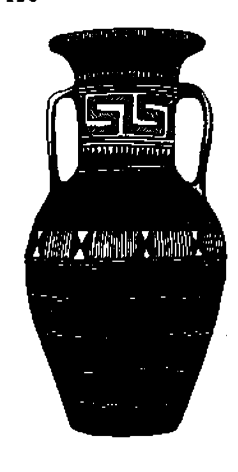


FIGURA 5.3. Vaso típico del geométrico medio II del Cerámico, Atenas.

Próximo Oriente sobre la datación de los estratos en los que aparecen exportaciones geométricas, hecho que ha sido siempre una cuestión muy preocupante para los especialistas en el Egeo. El ejemplo del antiguo yacimiento de Hamath (actual Hama), en Siria, se considera generalmente seguro, y por ello es utilizado como punto de partida. Pensando en esto, Cook escribió:

> Es distinto en lo que respecta a Hama, que fue destruida por los asirios —como nos cuentan sus archivos— en el 720 a.C.: de modo que el único ejemplo del geométrico medio II ático y los tres fragmentos del tardogeométrico tienen que ser anteriores.[25]

Una revisión hecha por Francis y Vickers llegó a una conclusión completamente distinta. Aunque aceptaron que el fragmento del geométrico medio[26] apareció en un nivel de incendio atribuido a la conquista asiria del 720 a.C., recalcaron el hecho de que los tres ejemplares del tardogeométrico encontrados en el yacimiento eran fragmentos aislados que no podían ser asociados con ningún nivel en particular. La suposición de Coldstream, de que «los tres fragmentos del tardogeométrico ... no podían ser posteriores al 720» debido a que Hamath «quedó asolada» tras la conquista asiria, se contradice con la declaración del propio Sargón II de que repobló el país con asirios y medos,[27] y con la evidencia arqueológica de una reocupación.[28] Francis y Vickers concluyeron que no hay

> ... razones de peso para creer que los fragmentos del tardogeométrico pertenecieran a vasos ya presentes en Hamath cuando Sargón II la destruyó ... Según la evidencia presentada en los informes de excavación, pueden ser igualmente atribuidos a una ocupación posterior ... Puesto que tanto depende de la interpretación de estos hallazgos, sugerimos que sigan *sub iudice* en tanto no aparezca en la región sirio-palestina un estrato sellado del geométrico final anterior al 720.[29]

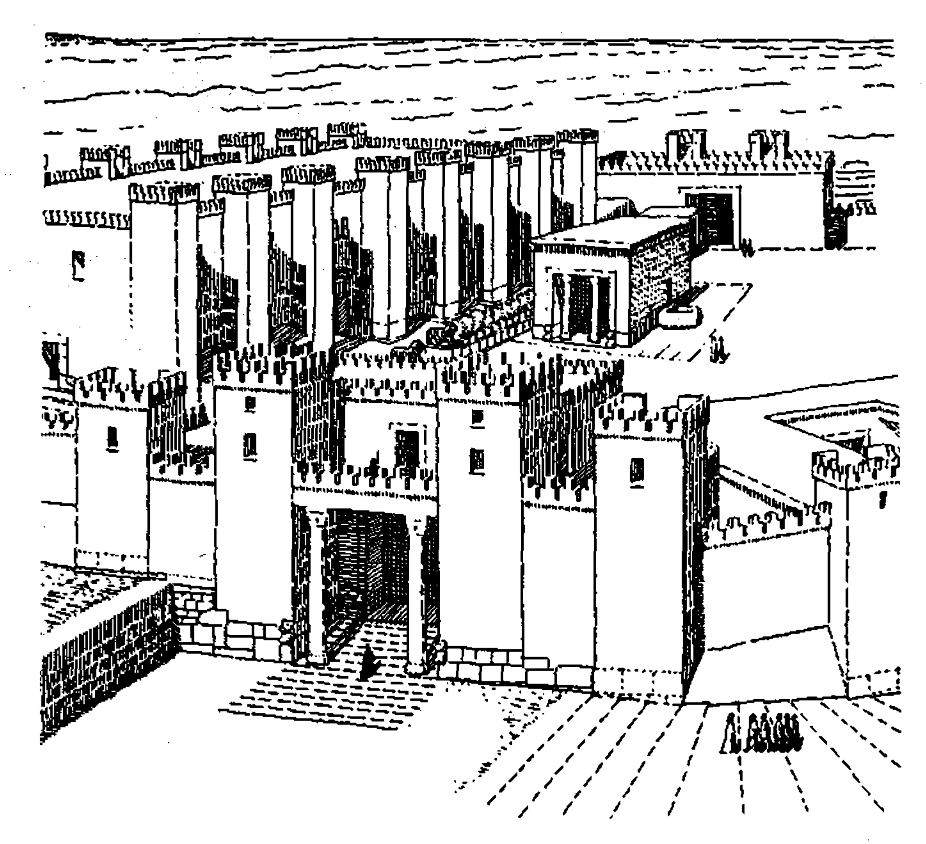


FIGURA 5.4. Reconstrucción de la ciudadela aramea de Hamath, del siglo VIII a.C. (Fugmann, 1958).

Parece que Hamath puede ser utilizada como un *terminus ante quem* sólo para la manufactura de cerámica del geométrico medio, ciertamente no del final. Además, incluso la fecha aislada del 720 a.C. para el estilo anterior es cuestionable. Se basa en la suposición de que la ciudad fue destruida por Sargón. Aunque éste se vanagloria de haber destruido la «tierra de Hamath», y especifica que incendió la ciudad de Carkar, cualquier referencia a la ciudad de Hamath está notablemente ausente de sus archivos.[30] Así, la promesa que Hamath ofreció, de proporcionar la situación cronológica más fiable después de los micénicos, parece desvanecerse.

SAMARIA Y MEGIDDO: HALLAZGOS GEOMÉTRICOS EN ISRAEL

Los fragmentos de cerámica griega exportados a Israel durante la Edad Oscura ofrecen indicios muy valiosos sobre la datación del estilo geométrico medio. Seis de ellos fueron descubiertos en Samaria, capital del antiguo Israel,

por un equipo británico. Por desgracia, las piezas del geométrico medio II procedían de «franjas contiguas ... a una zona removida que fueron denominadas, respectivamente, ¡período V, período VI, helenístico y tardorromano! Por ello, los hallazgos no arrojan ninguna luz sobre la fecha ...».[31] No obstante, uno de los excavadores, Kathleen Kenyon, estaba segura —aunque de memoria— de que al menos una pieza del geométrico medio fue encontrada en una «estratificación intacta» del período V.[32] Sobre la validez de este mismo fragmento, Coldstream declaró:

> El final del geométrico medio II debe situarse antes de *c.* 750 a.C., puesto que la datación del período V en Samaria a comienzos del siglo VIII está generalmente aceptada.[33]

El valor de este fragmento aislado ha sido puesto en duda por Francis y Vickers. Insistiendo en la incertidumbre de la «notoriamente confusa» estratigrafía de Samaria, así como en la posibilidad discutida por Olga Tufnell de que las estructuras del período V puedan haber sido selladas en época tan tardía como la del saqueo asirio en 722 a.C., aproximadamente (véase el capítulo 8), concluyeron:

> Los mismos informes de excavación no proporcionan una base estratigráfica objetiva para atribuir el único fragmento crítico del geométrico medio ... a «principios del siglo VIII», y, a falta de información estratigráficamente definida con respecto a la localización exacta del fragmento, creemos prudente aceptar sólo la destrucción asiria como el *terminus ante quem* más antiguo para el geométrico medio II en Samaria».[34]

En la llanura de Jezrael, al norte de Samaria, se encuentra Megiddo, una de las ciudades más extensas de la antigua Palestina. Aquí un equipo norteamericano descubrió en la década de 1930 dos fragmentos del geométrico medio, registrados como procedentes del estrato V. La estratigrafía del yacimiento es particularmente compleja, y ha sufrido muchas correcciones durante el intervalo entre las excavaciones de los años treinta y los trabajos israelíes de los sesenta. Una revisión más importante fue la fundición de la parte superior del estrato V con la parte inferior de su sucesor, el IV, con la consiguiente definición de un nuevo nivel compuesto, VA/IVB. Además, las fechas asignadas por la arqueología bíblica al final de este nuevo estrato variaban considerablemente, e iban desde el 925 al 850 a.C.

Repasando las distintas posibilidades, Coldstream optó sabiamente por la datación más baja. Al clasificar los dos fragmentos griegos en cuestión como del geométrico medio ático I, concluyó que este período tuvo que haber comenzado a mediados del siglo IX a.C.:

> El final de este estrato compuesto debe ser considerado ahora como el *terminus ante quem* para la datación de nuestros fragmentos del geométrico medio I ... En todo caso, no pueden ser *posteriores* a la última fecha posible para el final del nuevo estrato VA/IVB.[35]

Sin embargo, después de un período de relativa seguridad, surgieron serias dudas acerca del lugar exacto en que aparecieron las piezas. Una investigación de A. J. Hoerth, del Instituto Oriental de Chicago, demostró que los datos referentes a los fragmentos geométricos habían sido registrados incorrectamente: «al menos uno de los fragmentos estaba enterrado en el estrato IV», y la segunda pieza procedía probablemente del mismo nivel.[36] Por lo general, se supone que el estrato IV de Megiddo fue destruido por el conquistador asirio Tiglat-pileser III en el 733 a.C., lo que rebajaría considerablemente la fecha de los hallazgos geométricos.[37] Lo que es peor, el primer fragmento está asociado a un edificio que, según los análisis más recientes, perduró hasta el 609 a.C.[38] Es sencillamente imposible seguir aceptando que los hallazgos de Megiddo prueban que el geométrico medio I había comenzado a mediados del siglo IX a.C.

La contribución fenicia: Tiro y Tell Abu Hawam

La rica ciudad de Tiro, situada en una isla de la costa del Líbano, es la fuente más abundante de cerámica griega de la primera edad del hierro en Levante. Se conocen cientos de ejemplares, pero sólo unos pocos han sido encontrados en contextos intactos. Patricia Bikai publicó unos quince fragmentos estratificados de la Edad Oscura griega, procedentes de su excavación en Tiro en 1973-1974, que van desde el período protogeométrico final hasta el geométrico final.[39]

Estos fragmentos podrían haber dado fechas absolutas, si Tiro hubiera sido capaz de producir una cronología local independiente. Desafortunadamente, no es este el caso. Aun cuando puede establecerse una cronología histórica válida para los reyes de Tiro hasta la época de Hiram, a principios del siglo X a.C., de ninguna manera puede ésta ponerse en relación con el material arqueológico conocido de la ciudad.[40] Las fechas para la estratigrafía de Tiro pueden ser estimadas sólo a partir de los hallazgos de objetos extranjeros. Hay dos grandes hitos. El comienzo del estrato XIII, el nivel más bajo de la edad del hierro, está fechado en el 1070-1050 a.C. por la presencia de la «cerámica pintada en blanco» de Chipre. La siguiente marca cronológica es más segura: al final del estrato III se halló una urna egipcia con inscripción de las dinastías XXV o XXVI, fechada no antes del 750 y posiblemente después del 700 a.C.[41] En consecuencia, Bikai decidió cerrar el nivel III en torno al 725 a.C.[42]



FIGURA 5.5. Inscripción jeroglífica en un fragmento de urna encontrada en Tiro. Menciona al sacerdote egipcio «Pasheri [...]» con títulos de las dinastías XXV-XXVI: «Profeta de Amón-Ra, Rey de los Dioses, Portador del Sello del Señor de los Dos Países» (según Bikai, 1978b).

Entre estos dos puntos, todos los estratos restantes (XII a IV) tienen que espaciarse para rellenar el tiempo, con la ayuda de unas cuantas correlaciones generales palestinas, pero, lo que es más importante, con referencia a la propia cronología de la cerámica griega establecida: una metodología completamente circular, ya que esta última puede fecharse ¡sólo a partir de conexiones con el Próximo Oriente! No resulta, por tanto, sorprendente que algunos de los hallazgos del protogeométrico final y del geométrico medio I tengan lugar en contextos cuyas fechas coinciden con la cronología clásica de la cerámica griega.

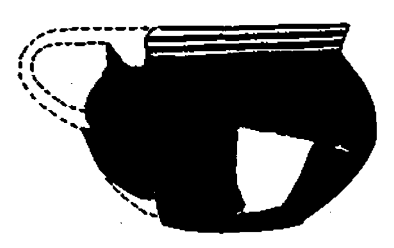
Sólo se conoce un fragmento del geométrico medio II (tradicionalmente fechado entre 800-760 a.C.) procedente de Tiro. Fue encontrado en el estrato III, fechado por Bikai hacia 750-725 a.C., lo que convertiría el fragmento griego en demasiado antiguo para su contexto. Como hallazgo aislado no tiene gran importancia, pero parece encajar en un esquema más amplio de material del geométrico medio II hallado en contextos del Mediterráneo oriental con medio siglo de retraso. Casos ya mencionados son Hamath y Samaria. Otros ejemplos proceden de tumbas chipriotas de finales del siglo VIII: un vaso de Amatunte, e incluso una «vajilla» real de veintiuna piezas en Salamina.[43]

Es curioso que aunque Bikai tomó las fechas tradicionales del protogeométrico final y del geométrico medio I como guía para los primeros niveles de Tiro, no pudo hacer lo mismo para el geométrico medio II, ya que éste chocaría con la evidencia egipcia que data el estrato III. Es preciso subrayar dos puntos. Primero, es peligroso emplear material griego para datar propuestas de esta forma circular. Segundo, no hay actualmente una evidencia clara de ningún yacimiento del Próximo Oriente que refuerce la presente datación alta del período geométrico medio II.

Como ayuda externa para fechar la cerámica de la Edad Oscura anterior al geométrico medio II del Egeo, los arqueólogos han recurrido siempre a los hallazgos de Tell Abu Hawam, un puerto fenicio del sur cercano a la actual Haifa. Las fechas asignadas a la destrucción de su estrato III proporcionan el elemento de juicio crucial. En efecto, la cronología de la cerámica geométrica griega se ha basado durante décadas en dos fragmentos de Tell Abu Hawam pertenecientes a los períodos geométrico antiguo II y geométrico medio I.[44]

La destrucción del estrato III fue situada por los arqueólogos bíblicos entre el 925 y el 815 a.C.[45] Cuando en 1968 Coldstream examinó los datos arqueológicos, optó por la estimación más baja, y concluyó que el estilo geométrico medio I había empezado ya en la segunda mitad del siglo IX a.C.[46] Claramente, el geométrico antiguo tiene que haber comenzado antes, siendo extrapolada una fecha aproximada de 900 a.C. de la evidencia de Tell Abu Hawam, que proporciona así la fecha terminal para el protogeométrico ático. Como ha observado Desborough: «Una gran cantidad, por tanto, depende de dos piezas encontradas en Tell Abu Hawam».[47]

Sin embargo, los problemas locales implicados en la datación de la destrucción del estrato III siguen siendo agudos. La colocación de su final en los siglos X o IX a.C. creó un vacío considerable en la ocupación del yacimiento antes de los siguientes vestigios, en época persa. Este aparente hiato ha sido ahora



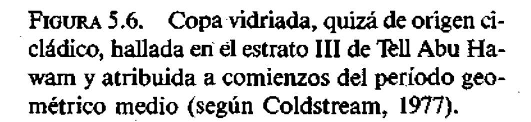


FIGURA 5.6. Copa vidriada, quizá de origen cicládico, hallada en el estrato III de Tell Abu Hawam y atribuida a comienzos del período geométrico medio (según Coldstream, 1977).

considerablemente reducido por la revisión llevada a cabo por Jacqueline Balensi, la última excavadora de Tell Abu Hawam. En su opinión, el estrato III tiene que haber perdurado al menos hasta el 750 a.C.,[48] conclusión basada en la comparación con la cerámica de los yacimientos fenicios próximos, entre ellos Tiro.

La obra de Balensi altera de un golpe la parte esencial de la cronología del geométrico medio griego. Tell Abu Hawam no puede seguir siendo utilizada para defender una fecha del siglo IX a.C. como la del inicio de esta fase.

LA «AMENAZA DEL TIEMPO INEXPLICABLE»

Lejos de apoyar la cronología alta establecida para la cerámica de la Edad Oscura griega, los yacimientos del Próximo Oriente en los que ésta aparece apuntan, en realidad, a fechas radicalmente más bajas. La situación convencional del comienzo del tardogeométrico (*c.* 760 a.C.), geométrico medio (*c.* 850 a.C.) y geométrico antiguo (*c.* 900 a.C.) pierde, así, todo su fundamento. El único medio de obtener una cronología para estos períodos consiste, simplemente, en retroceder desde el arcaico, usando cálculos basados en criterios internos para su duración. Pero cualquier modificación que este método produjera ha estado siempre restringida por los parámetros de la cronología absoluta.

Las primeras tentativas, por ejemplo la de J. M. Davison, consideraron que el geométrico antiguo empezó con posterioridad al 850 a.C. Davison argumentó que la evolución de los estilos empleados por los talleres áticos individuales tiene que haber sido rápida. En efecto, de no ser por los límites establecidos por la cronología global, «se hubieran propuesto no más de 100 o como máximo 150 años para el desarrollo del estilo geométrico en conjunto». Davison lamentaba las conclusiones resultantes de

> la amenaza del tiempo inexplicable: se trata de llenar presumiblemente 200 años con la cerámica geométrica; por tanto, la cerámica geométrica existente tiene que ser clasificada y ordenada de manera que rellene este marco preconcebido.[49]

Coldstream rechazó tales fechas bajas por razones de correlación con la arqueología levantina:

> En este estadio sólo podemos concluir que cualquier intento de comprimir el *geométrico* medio dentro ... de la primera mitad del [siglo] octavo irá en contra de todos los sistemas rivales de la cronología palestina.[50]

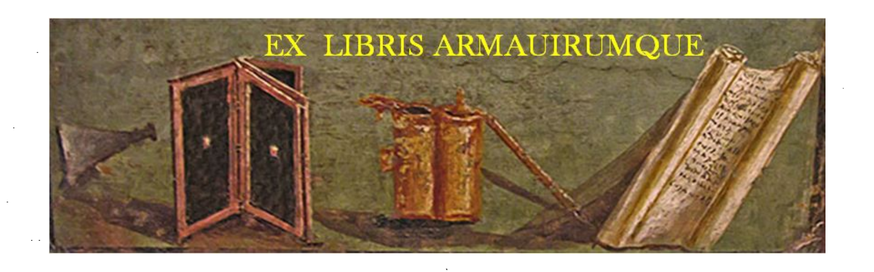
Claramente, tal razonamiento no está ya apoyado por la evidencia del Próximo Oriente.

De manera semejante, puede concederse al protogeométrico un período de tiempo mucho más corto que los 125-150 años generalmente prescritos. Desborough expresó la opinión de que el período geométrico «debería acortarse tanto como fuera posible».[51] Basándose en las secuencias de la cerámica de Atenas y Lefkandi, Mervyn Popham pensó que la duración asignada es «larga para el grado de desarrollo y cambio que puede percibirse en la cerámica», y concedía que «podía apoyarse cierta reducción del período», quizá 100 años.[52]

El uso de cálculos mínimos ya disponibles para los períodos clave daría lugar a una cronología dramáticamente baja. La evidencia de las colonias occidentales indica que el término del período tardogeométrico podía ser rebajado un par de décadas. Como experimento, si se sitúa el fin del tardogeométrico final alrededor del 675 a.C. y se adopta la cifra de Davison de 100 años para todo el estilo geométrico, el fin del protogeométrico caería en torno al 775 a.C. Si seguimos la estimación de Popham de un siglo para el protogeométrico, el final del submicénico se situaría en torno al 875 a.C. Si concedemos una generación para el submicénico[53] nos da una fecha para el fin del HRIIIC en torno al 900 a.C., cerca de dos siglos después de su localización tradicional.

Aunque razonable, una reducción de este orden tendría que alargar la última fase micénica, el HRIIIC, hasta un grado imposible para evitar introducir un hiato absoluto dentro del registro arqueológico. En el último análisis, la cronología griega anterior al período arcaico depende todavía del «punto máximo» egipcio para la civilización micénica fijado por Petrie hace un siglo (véase el capítulo 1). Los problemas en la datación micénica se consideran en gran parte aún como una cuestión de ajuste, debido a una fe implícita en la exactitud de la cronología absoluta egipcia.[54] Fue únicamente la aplicación de fechas egipcias lo que insertó las largas Edades Oscuras en la historia de Grecia, y, por extensión, en la del sur de Europa.

¿Es posible que a finales del siglo pasado se diera por sentado algún dato falso, dejándonos con una cronología errónea para la edad del bronce en el Mediterráneo? A primera vista, esto parece improbable, dado el esquema de sincronismos establecido entre el Egeo, Anatolia, Oriente Próximo y Egipto durante el bronce final. Una revisión de estas zonas, sin embargo, parece confirmar en realidad, más que disipar, nuestras dudas.

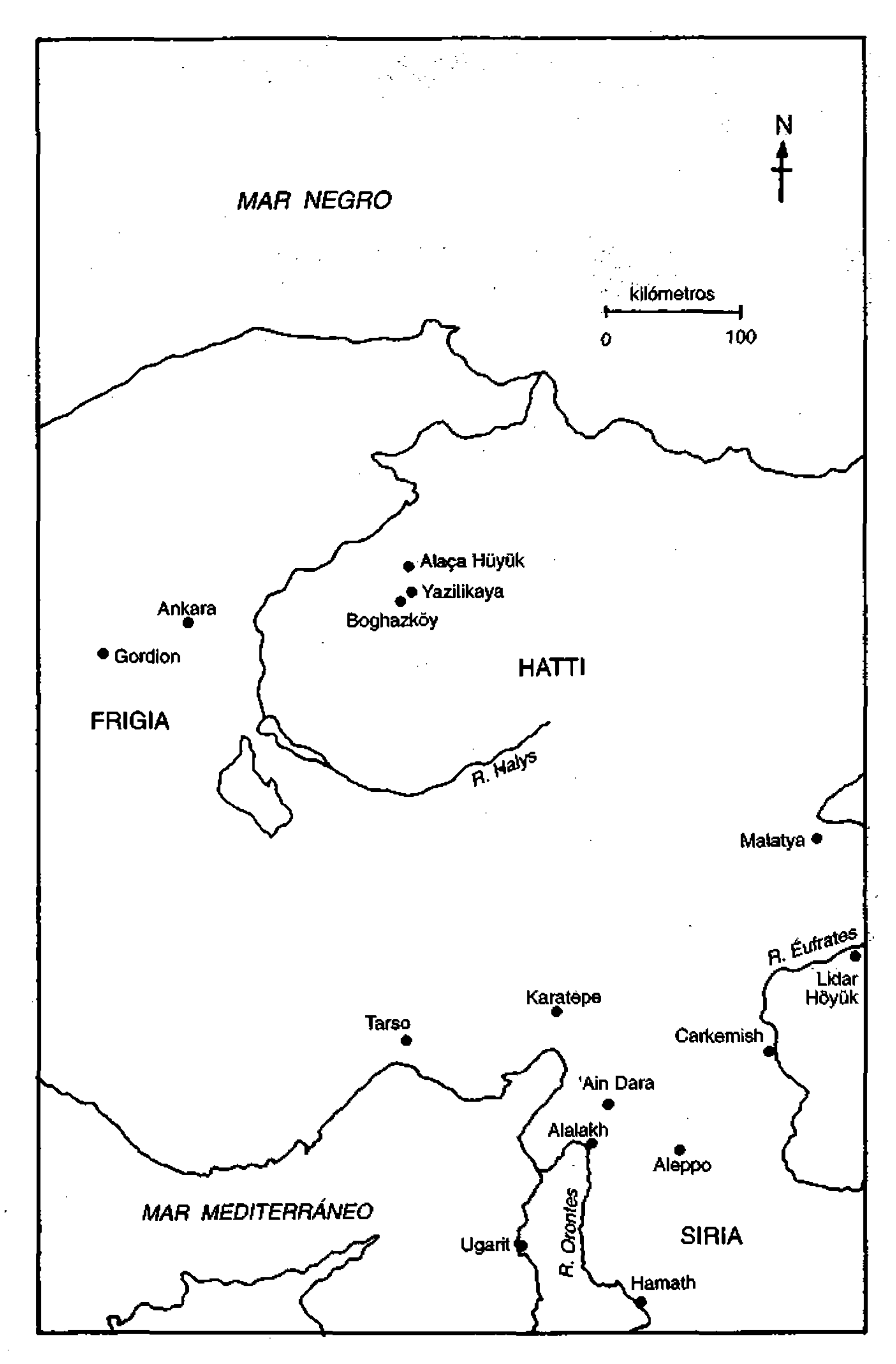


6. REDATACIÓN DEL IMPERIO HITITA

Hasta el siglo XIX los hititas eran una civilización verdaderamente «perdida». Aún no se sabía que habían creado un imperio que dominó la mayor parte de Anatolia y el norte de Siria durante el bronce final. El mérito de su redescubrimiento pertenece a William Wright, misionero irlandés en Damasco, a quien, en 1872, le enseñaron unos curiosos bloques de piedra en el bazar de la ciudad siria de Hamath. Estaban labrados con intrincados símbolos cuya semejanza superficial con los jeroglíficos egipcios bastaba para indicar que representaban un sistema de escritura; aparte de eso, sin embargo, eran completamente ininteligibles. Pese a todo, Wright adscribió correctamente las inscripciones a los hititas,[1] un disparo en la oscuridad ya que, en aquella época, los hititas eran conocidos únicamente por unas cuantas referencias indirectas del Antiguo Testamento. A partir de ellas podía deducirse, como mucho, que los hititas habían sido un componente de la muy mezclada población del antiguo Levante, y que existieron reinos hititas al norte de Israel durante la época de Salomón y sus sucesores (siglos X-IX a.C.).[2]

Las «piedras de Hamath» no eran los primeros monumentos hititas que se habían visto. A mediados del siglo XIX, varios exploradores europeos ya habían investigado los restos visibles de Boghazköy (antigua Hattuša, capital hitita) y otros yacimientos de Anatolia central, como el pintoresco santuario rocoso de Yazilikaya, pero sin interpretar correctamente su naturaleza. Los relieves fueron atribuidos erróneamente a los medas, persas, asirios e incluso a los egipcios. La identidad real de sus creadores, los inventores de la escritura jeroglífica encontrada en estelas y rocas dispersas por toda Turquía, Siria y Mesopotamia, siguió siendo un misterio.

La contribución de Wright consistió en relacionar esta escritura con los hititas bíblicos. Su teoría fue seguida en 1876 por el conocido orientalista Archibald Sayce, quien propuso la atrevida hipótesis de que los hititas habían dominado una vez un imperio que abarcaba desde las costas del mar Negro y el Egeo hasta el norte de Siria. Ciertos documentos egipcios parecen aludir a una entidad de estas características: los ejércitos de un pueblo conocido como los «kheta» se enfrentaron repetidas veces a los faraones de las dinastías XVIII y XIX en Siria. Algunos textos asirios hacen referencia también a Siria como la «tierra de Hatti», nombre equivalente al término egipcio «kheta». Sayce identificó a ambos con los hititas bíblicos, y afirmó que la existencia de un im-



MAPA 8. Anatolia central y norte de Siria.

perio hitita podía explicar la distribución de la misteriosa escritura jeroglífica.[3]

Las primeras reacciones a la teoría de Sayce fueron claramente hostiles. La idea de que hubiera existido un extenso pero enteramente olvidado imperio en el antiguo Oriente Próximo era contraria a los prejuicios de la ciencia decimonónica. En efecto, sólo hay dos referencias en toda la literatura clásica que, gracias a una mirada retrospectiva, pueden relacionarse con el imperio hitita.[4]

Con tan escaso apoyo por parte de las fuentes clásicas, Sayce tuvo grandes dificultades para convencer a sus contemporáneos. Una objeción importante concernía a la escala de tiempo empleada. Las referencias egipcias a los «kheta» están fechadas en los siglos XV-XIII a.C.; por otra parte, los documentos asirios que mencionan la «tierra de Hatti» datan en su mayoría del primer milenio a.C.: describen un grupo de prósperas ciudades-estado en el sureste de Anatolia y norte de Siria, especialmente Carkemish, Hamath, Malatya, Gurgum y Kummukh. Las esculturas de estos yacimientos muestran una inequívoca relación con el arte asirio tardío, sobre todo el de los siglos IX y VIII a.C. ¿Qué relación, pues, podían tener los vestigios de estos estados hititas mucho más tardíos con un hipotético imperio del segundo milenio a.C.?

Otto Puchstein, un historiador de arte alemán, resumió en 1890 el problema:

> ... ni aquí [en Asia Menor] ni en el norte de Siria hay evidencias de que la llamada escultura hitita existiera ya en el siglo X a.C. Este hecho me parece incompatible con la opinión de Sayce. Para él, la mayor expansión del poder imperial hitita, y por lo tanto el florecimiento del arte hitita, tuvo lugar casi medio milenio antes de la época en la que los monumentos supervivientes de la antigua Comagena [norte de Siria] y Asia Menor fueran erigidos.[5]

Un imperio sin arqueología

Así, desde el principio mismo, el principal problema de los estudios hititas fue el de la cronología. Los fructíferos años de la arqueología oriental a fines del siglo XIX sólo produjeron más resultados confusos. La mayoría de los monumentos hititas estudiados, sobre todo relieves y otras esculturas, se hallan en el sureste de Anatolia y en el norte de Siria. Mientras que muchos de ellos derivaban claramente del estilo asirio final, la fecha de los vestigios de la llanura central de Anatolia (como los de Alaça Hüyük, Boghazköy y Yazilikaya), que muestran una influencia mesopotámica menos directa, estaban más abiertos a la polémica. Algunos arqueólogos llegaron a detectar incluso paralelos con el arte egipcio y micénico de los siglos XIV y XIII a.C.[6]

Pese a ello, hacia 1900 se había generalizado la idea de que la mayoría de los monumentos de la Anatolia central, así como los de Siria, pertenecían al primer milenio a.C. Incluso H. R. Hall, valiente adversario de Torr, partidario de una cronología baja (véase el capítulo 1), y defensor de fechas altas para las civilizaciones micénica y minoica, estaba de acuerdo con ella. Rechazando todos los lazos propuestos entre las culturas micénica e hitita, insistió en situar la primera en los siglos XIV-XIII a.C., dando a la segunda una fecha no anterior al



FIGURA 6.1. Dibujo del siglo XIX de la esfinge alada de la ciudad hitita de Alaça Hüyük, en Anatolia central. La escultura revela la influencia del arte egipcio del Imperio Nuevo (Maspero, 1896).

siglo IX a.C.[7] En un clima de opinión como este, el régimen hitita entrevisto por Sayce parecía ser un imperio sin arqueología. Dos acontecimientos extraordinarios, no obstante, iban a apoyar su tesis.

El primero fue el descubrimiento del archivo real egipcio de El-Amarna. En 1887, rebuscando entre las ruinas, una mujer encontró algunas tablillas de barro. La noticia llegó pronto a los comerciantes de antigüedades locales, y cientos de tablillas habían desaparecido ya en colecciones privadas cuando los arqueólogos se tomaron la cuestión en serio. Se hicieron excavaciones en el lugar, e incluso Petrie trabajó allí entre 1891 y 1892, recuperando veintidós fragmentos.[8] Entre tanto, los museos europeos y norteamericanos habían comenzado la larga tarea de juntar y reconstruir cerca de 300 cartas, que comprendían uno de los conjuntos de documentos más importantes de todo el mundo antiguo.[9] Las tablillas estaban inscritas en acadio cuneiforme, el lenguaje ya descifrado de la antigua Babilonia, que evidentemente actuaba como *lingua franca* del Próximo Oriente en la época del bronce final. Se trataba de la correspondencia

diplomática de los faraones Amenofis III, Ajenatón y Tutankhamón, no sólo con sus vasallos de Palestina y Siria, sino también con las otras grandes potencias limítrofes a estos territorios, que a menudo luchaban por su posesión.

Así, además de proporcionar un panorama detallado y vivo del funcionamiento del imperio egipcio durante la dinastía XVIII, el archivo de El-Amarna es una fuente de incalculable valor para la información política referente al Asia occidental contemporánea (véase el capítulo 12). Entre las cartas había dos de Subiluliuma I de Hatti, un «Gran Rey» evidentemente en pie de igualdad con el mismo faraón. La última correspondencia de El-Amarna, de la época de Tutankhamón, revelaba la extensión del poder de Subiluliuma: tras vencer al reino de Mitanni (aliado de Egipto) en una lucha por el control del norte de Siria, los ejércitos hititas marcharon hacia el sur hasta el Líbano, y debilitaron gravemente el poder egipcio en la región.

El segundo gran acontecimiento tuvo lugar en 1906, cuando Hugo Winckler empezó sus excavaciones en Boghazköy, y descubrió un archivo aún mayor de tablillas cuneiformes (más de 10.000), muchas en acadio; otras estaban en nesita, rama del grupo lingüístico hitita, que fue descifrada en 1915. Estos descubrimientos revelaron que Boghazköy, con sus palacios, templos y magníficas obras defensivas, era Hattuša, el largamente buscado centro del antiguo imperio hitita, que había dominado, en su época de auge, Anatolia y Siria.

Los documentos de Boghazkóy proporcionan una inesperada avalancha de detalles sobre las complejas relaciones entre los hititas y Egipto, ya que los anales del Gran Rey Subiluliuma I completan la historia comenzada en las cartas de El-Amarna. A la muerte de Tutankhamón, su viuda escribió a Subiluliuma pidiéndole un príncipe hitita como marido. Subiluliuma envió a uno de sus hijos para que se casara con ella, pero fue asesinado por el camino.[10] Después de

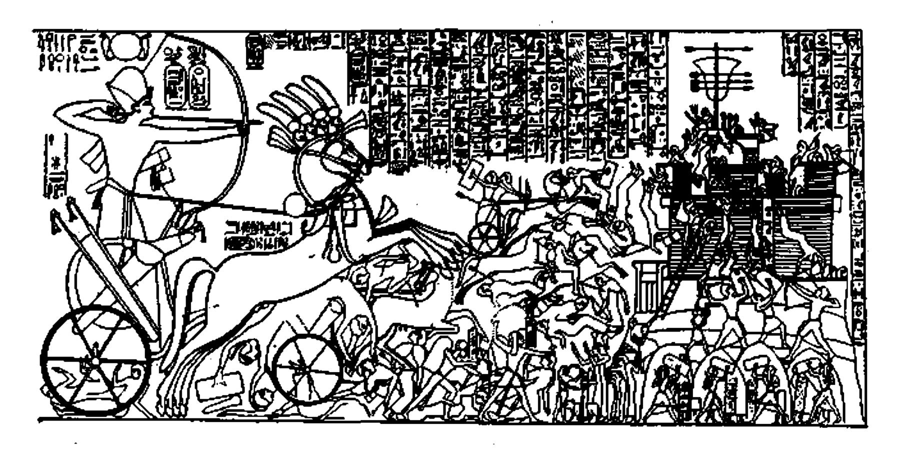


FIGURA 6.2. Ramsés II sitiando la ciudad de Dapur, en el norte de Siria. La inscripción dice que la tomó a los hititas en su año 8.

este extraordinario episodio, durante el cual Hatti y Egipto estuvieron cerca de la unificación dinástica, se reanudó la guerra. Ésta continuó esporádicamente hasta la época de Hattusili III, nieto de Subiluliuma, quien lanzó una ofensiva contra el faraón Ramsés II que culminó en la famosa batalla de Kadesh, en la frontera siria. Más tarde, los combatientes, ambos presionados por los asirios, y quizá, por el nacimiento de los estados nacionalistas sirio-palestinos, firmaron un tratado; la copia perteneciente a Hattusili fue hallada en Boghazköy, mientras que la versión egipcia está inscrita en las paredes del Rameseum y del templo de Amón en Karnak.[11]

Las relaciones pacíficas continuaron durante la dinastía XIX, e incluso Merneptah, hijo de Ramsés, envió trigo a los hititas.[12] El archivo de Boghazköy se acaba después del reinado de Subiluliuma II, quien tuvo que ser contemporáneo de Ramsés III de Egipto. Los documentos de ambos países indican que los hititas tenían entonces problemas, y se supone que la destrucción de Boghazköy y de otros centros del bronce final tuvo lugar no mucho después.

El descubrimiento de esta detallada documentación no deja ninguna duda acerca de la cronología relativa del imperio hitita. Fue contemporáneo de las dinastías XVIII y XIX, y, por consiguiente, podía ser situado, según la cronología egipcia admitida, en los siglos XV-XIII a.C. La caída del imperio habría, pues, tenido lugar entre 1200 y 1175 a.C. Por consiguiente, las fechas de los restos de Boghazköy, Yazilikaya y otros yacimientos de la Anatolia central resultaban varios siglos más antiguos.

El «resplandor crepuscular» hitita

El establecimiento de una cronología basada en la egipcia para el imperio hitita tuvo algunos efectos curiosos en la interpretación de su arqueología. El mundo hitita quedó dividido en dos partes cronológicas y, hasta cierto punto, geográficas: *a*) el área original de la civilización hitita en Anatolia central, junto con algunas zonas dependientes importantes (como Tarso en el sur de Anatolia y Ugarit en la costa norte de Siria), cuyas relaciones con Egipto en los siglos XIV y XIII a.C. están bien documentadas;[13] y *b*) los estados hititas menores del sur, fechados por sus conexiones con la historia asiria de los siglos X a VIII. Estos dos grupos compartieron el uso de la escritura jeroglífica hitita y las mismas tradiciones culturales y artísticas básicas, pero están separados en el tiempo por un espacio de 200-300 años.

Así, aunque la teoría de un imperio hitita ha resultado confirmada, la interpretación simplista de Sayce, Wright y otros especialistas —que la distribución de los jeroglíficos y el arte hititas reflejaban la extensión de su control político— tuvo que ser abandonada. El modelo original fue reemplazado por otro significativamente distinto, cuyo funcionamiento, a grandes rasgos, expondremos a continuación.

Durante el bronce final, los hititas extendieron su dominio por el sureste y este de Anatolia y el norte de Siria. Después, en torno al 1200 a.C., acuciado

por problemas económicos, el imperio se desmoronó bajo la presión de invasores «bárbaros», entre ellos los llamados Pueblos del Mar (véase la p. 40). Los invasores saquearon las principales ciudades (la mayoría de las cuales muestra signos de incendio), y sumieron a Anatolia en una Edad Oscura que duró varios siglos. El imperio fue olvidado y sus capitales abandonadas hasta que fueron reocupadas por los frigios, inmigrantes de los Balcanes, unos 400 años más tarde. No obstante, en el intervalo la civilización hitita había empezado a florecer de nuevo en el sureste, en lo que se ha descrito como un «extraño resplandor crepuscular que duró no menos de cinco siglos».[14] Este «resplandor crepuscular» es tan pronunciado que la mayor parte de los historiadores creen que hubo una migración de «hititas jeroglíficos» (hablantes de la rama luvita de la lengua) que se refugiaron en el sur de Anatolia tras la caída del imperio.[15] Mediante la fundación de estados «neohititas» en zonas anteriormente dominadas por el imperio, perpetuaron las costumbres, religión, nombres, escritura jeroglífica y estilos artísticos y arquitectónicos hititas hasta la conquista asiria en el siglo VIII a.C.

Hasta el momento, no ha aparecido la menor prueba que confirme las líneas principales de este esquema. Los textos egipcios de Ramsés III, a los que generalmente se ha recurrido para reforzar la teoría de que el imperio hitita fue destruido por una violenta invasión de los Pueblos del Mar, en realidad no dicen nada de esto, aunque hacen referencia indirecta a una guerra en la que los hititas se vieron involucrados.[16] Tampoco hay evidencia histórica de una migración de los hititas jeroglíficos, presionados por los invasores Pueblos del Mar o por otras causas, en los años siguientes. Hay otras razones para considerar innecesaria toda la hipótesis. La escritura jeroglífica estaba ya en uso en el norte de Siria durante el imperio, mientras que las lenguas reflejadas en la elección de nombres personales durante la edad del hierro en Siria no apoyan la idea de la llegada previa de nuevos pueblos.[17]

La explicación más sencilla sería que las civilizaciones del sureste de Anatolia y norte de Siria recibieron su influencia hitita durante los siglos en que el imperio había dominado esas regiones. Pero parece imposible reconciliar este esquema aparentemente lógico con la cronología aceptada actualmente para la historia hitita. Algunas ciudades del norte de Siria reflejan el control directo del imperio hitita, según la evidencia tanto histórica como arqueológica: por ejemplo, se ha descubierto correspondencia y sellos imperiales hititas en Ugarit en niveles de los siglos XIV-XIII,[18] en tanto que hallazgos similares en Alalakh (incluido un relieve del Gran Rey Tudaliya IV) revelan una creciente influencia hitita durante el mismo período.[19] Ninguna de estas ciudades, no obstante, seguía existiendo en la edad del hierro. Por otra parte, allí donde el «resplandor crepuscular» en el norte de Siria y sureste de Anatolia persistió durante la edad del hierro, su inicio se suele fechar dos siglos demasiado tarde para que pueda ser relacionado con el imperio.



FIGURA 6.3. Fragmento de bajorrelieve de Carkemish, que representa a un genio alado. Ciertos detalles, como las alas, el vestido y el pequeño cántaro, revelan la influencia del arte neoasirio y sitúa este relieve en el siglo VIII a.C. (dibujo de David Hawkins).

¿EDAD OSCURA O EDAD DE ORO?

Este dilema surge, al parecer, debido a que, como ya se ha dicho, la arqueología de los estados «neohititas» ha sido fechada principalmente mediante sus lazos con la cronología mesopotámica más que con la egipcia. La historia asiria puede ser fechada con seguridad desde el 900 a.C. en adelante (véase el capítulo 11), siendo el arte neoasirio uno de los mejor documentados del mundo antiguo.[20] Desde mediados del siglo IX, su imperio empezó a controlar las ciudades-estado del norte de Siria y sureste de Anatolia, que pronto comenzaron a imitar el arte de sus dominadores.[21] Hacia la segunda mitad del siglo VIII a.C. toda la región estaba ya absorbida por Asiria.

De este modo, el grado de influencia asiria sobre la escultura neohitita resulta un criterio útil para la datación. Aun así, el estilo y temas hititas imperiales pueden ser detectados en muchos monumentos, pese a las fechas bajas proporcionadas por los paralelos asirios. La aplicación de dos clases de criterio estilístico al arte de los estados neohititas ha dado como resultado un tira y afloja cronológico, reminiscencia de las controversias sobre la Edad Oscura en otros lugares.

La secuencia básica del arte neohitita fue definida en la década de 1940 por Ekrem Akurgal, el decano de la arqueología turca, quien definió una fase «antigua» entre aproximadamente 1100/1050 y 900/850 a.C.[22] Había problemas, no obstante, ya que los principales ejemplos de este estadio, procedentes de la Puerta de los Leones de Malatya, fueron asignados por su excavador a un complejo arquitectónico del siglo VIII a.C. (véase *infra*). Pero Akurgal se sintió obligado a aceptar una fecha más antigua: «no es posible ninguna otra conclusión, dado que los artistas tenían conocimiento directo del arte del imperio hitita».[23]

La fase «neohitita media» de Akurgal, en torno al 900-750/730 a.C., se caracteriza por la introducción de temas asirios. También definió un período «neohitita reciente» posterior a la conquista asiria, durante el cual los elementos hititas supervivientes en el arte fueron desplazados por los estilos asirio, arameo

CUADRO 6.1. Esquema cronológico generalmente aceptado para la escultura hitita reciente o neohitita, según los trabajos de Orthmann (1971; cf. Hawkins (1982), p. 436); el sistema de Akurgal, más antiguo, sirve de referencia comparativa (1946, 1968). Se dan algunos de los ejemplos de arte neohitita más importantes dentro de la clasificación de Orthmann.

Akurgal	*Orthmann*	*Ejemplos*
Neohitita antiguo *c.* 1100/1050-900/850 a.C.	**Hitita reciente I** *c.* 1000-950 a.C.	Puerta del Agua de Carkemish; 'Ain Dara (Unki)
Neohitita medio *c.* 900/850-750/730 a.C.	**Hitita reciente II** *c.* 950-850 a.C.	Grupo Suhis a Katuwas de Carkemish; Puerta de los Leones de Malatya; estela de Marash Palalam
	Hitita reciente IIIa *c.* 850-750 a.C.	Grupo Yarlris y Kamanis de Carkemish; diversas piezas de Malatya y Marash
Neohitita reciente *c.* 730-700 a.C.	**Hitita reciente IIIb** *c.* 750-700 a.C.	Estilo Pislri de Carkemish; coloso de Malatya; material tardío (?) de Karatepe

(sirio) y fenicio y prácticamente desaparecieron del todo.[24] (La clasificación más reciente, de Winfried Orthmann, aparece en el cuadro 6.1.)

La cronología de Akurgal fue atacada enérgicamente por Henri Frankfort, por entonces el mayor experto en arte antiguo del Próximo Oriente. Refiriéndose a las esculturas de la Puerta de los Leones de Malatya, reconoció que Akurgal había establecido «su estrecha afinidad con el arte hitita imperial»:

> Pero no se atreve a sacar la conclusión de que pertenecen al segundo milenio, como su propia evidencia me sugiere. Esto se debe a su sobrevaloración de la continuidad entre el arte hitita y las esculturas de los siglos IX a VII a.C. ... Su teoría de que los leones no pueden pertenecer al período imperial no es convincente ... naturalmente los leones no están más cerca de los del primer milenio que de los del segundo. Además, comparten con el dios de la Puerta Real de Boghazköy la peculiarísima representación del pelo a base de una red de espirales de una sola línea.[25]

Frankfort estaba dispuesto a seguir al pie de la letra los indicios de influencia hitita imperial por una parte, y de influencia asiria y aramea por otra, dividiendo efectivamente todo el arte hitita en dos bloques: uno que terminaba en el siglo XIII a.C., y otro que comenzaba en el IX. Insistió en que no existía continuidad entre ambos, preguntándose cómo el segundo pudo haber preservado

«intacta una detallada tradición iconográfica a través del período de las migraciones de los Pueblos del Mar que destruyeron por completo el imperio hitita».[26]

Según Frankfort, desde el siglo XII hasta mediados del IX hubo en el sureste de Anatolia y norte de Siria una Edad Oscura cultural.[27] Lo que no consiguió explicar, a pesar de la lógica de sus conclusiones cronológicas, fue la obvia evidencia de continuidad entre las dos épocas. Subrayando esto, su oponente Albright llegó a una conclusión diametralmente opuesta:

> ... el rechazo de una autoridad más antigua para reconocer la existencia de un arte o arquitectura monumentales en los estados neohititas entre 1200 y 850 a.C. fue un completo error ... Los siglos XI y X fueron la edad de oro del arte y la arquitectura sirio-hititas.[28]

Resulta un testimonio sorprendente de la confusión inherente a la cronología que dos figuras eminentes pudieran describir el mismo período de tiempo como «Edad Oscura» y «Edad de Oro», respectivamente. El problema sigue siendo hoy tan grave como en tiempos de Frankfort y Albright. David Hawkins, la principal autoridad en estados neohititas de los siglos XII a X a.C., concluye desesperanzadamente que:

> Durante estos tres siglos, restos arqueológicos como los descubiertos en Siria flotan en un vacío cronológico ...[29]

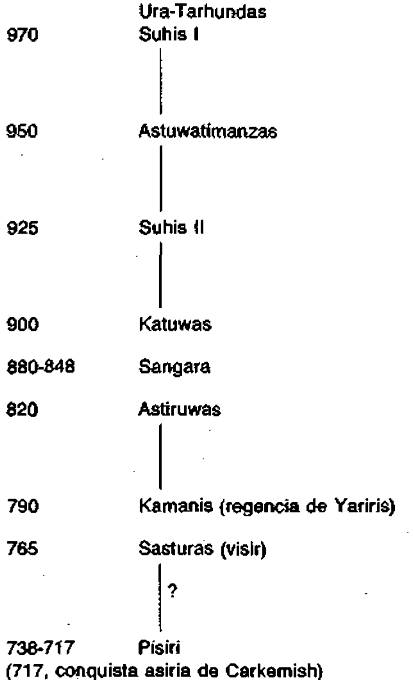
Carkemish: capital hitita de Siria

El estudio de dos yacimientos clave puede ofrecer algunos datos sobre el enigma de la cronología hitita. Se trata de Carkemish y Malatya, donde las excavaciones han descubierto las series más ricas de inscripciones y arte neohititas. Ambas ciudades figuran destacadamente en los documentos históricos de la edad del bronce y la edad del hierro; sus vestigios, por tanto, deben aportar la evidencia vital necesaria para clarificar las relaciones entre el imperio y sus vasallos del sureste.

Carkemish, junto al Éufrates, fue conquistada por los hititas el mismo año en que murió Tutankhamón, como sabemos, gracias al extraordinario hecho de que su viuda escribió al «Gran Rey» Subiluliuma I mientras éste asediaba la ciudad. La captura de Carkemish puede así fecharse en torno al 1325 a.C., según la cronología egipcia convencional. Posteriormente, la ciudad permaneció bajo dominio hitita y fue sede de la rama menor de la familia real responsable del gobierno de Siria. La dinastía imperial de Carkemish es bien conocida, a través de cartas, tratados, sellos y otros textos, desde Piyasil, hijo de Subiluliuma, hasta su descendiente Talmi-Teshub, quien debió vivir más o menos una generación antes de la caída del imperio, a comienzos del siglo XII a.C. Después, tras un período oscuro de varios siglos, Carkemish reaparece en los docu-

Fechas a.C. aproximadas convencionales	Reyes de Carkemish	Grandes Reyes de Hatti	Contemporáneos egipcios
1325		Subiluliuma I†‡	Ajenatón† Tutankhamón‡
1300	Piyasil (Sharre-Kuskukh)	Arnuwanda II — Mursil II	Seti I
	[...]-Shurruma		
1275	Sakhurunuwa	Muwatalli* — Hattusili III*	Ramsés II*
1250	Ini-Teshub	Urhi-Teshub* (Mursil III) — Tudaliya IV	
1225	Talmi-Teshub	Arnuwanda III ← Subiluliuma II	Merneptah
1220	Kuzi-Teshub		Ramsés III

VACÍO EN LA DOCUMENTACIÓN HITITA



CUADRO 6.2. Cuadro de los reyes hititas de Carkemish que se conocen. Las fechas de la primera secuencia se basan en las de los Grandes Reyes de Hatti (emperadores hititas), cuya cronología está vinculada a la de Egipto. Las flechas indican la línea de sucesión de las dos casas reales. Los sincronismos con faraones concretos están señalados mediante símbolos. Se supone un vacío en la documentación después del 1200 a.C., aproximadamente. La documentación asiria del reinado de Tiglatpileser I (convencionalmente situado en torno al 1100 a.C.) contiene una referencia a un rey hitita llamado Ini-Teshub, que se suele identificar como rey de Carkemish y segundo monarca de este nombre; sin embargo, en Carkemish no hay testimonios sobre este personaje. Además de esta problemática referencia, no existen documentos relativos a Carkemish entre el inicio del siglo XII y el X a.C. Por tanto, debe reconstruirse la línea real a partir de los monumentos de la zona y los archivos asirios (Woolley y Barnett, 1952, pp. 240, 259-266; Mallowan 1972, p. 64; Hawkins, 1974, p. 70; id., 1986, p. 260).

mentos asirios del siglo IX en adelante como un reino independiente, vigoroso y rico (especialmente en metales), líder aparente de los estados neohititas.[30]

Después de algunos sondeos preliminares en la década de 1870, el Museo Británico reanudó los trabajos en Carkemish en 1911, dirigidos por David Hogarth con Leonard Woolley y T. E. Lawrence («de Arabia»). Al principio, las excavaciones pudieron haber servido al mismo tiempo como una operación de espionaje, ya que el yacimiento estaba situado cerca de la línea de ferrocarril de Estambul a Bagdad construida por los alemanes; la primera guerra mundial interrumpió los trabajos, y las hostilidades subsiguientes hicieron que el proyecto fuera abandonado en 1920. Las condiciones no eran ideales: muchas notas y hallazgos desaparecieron durante estos años turbulentos, y la publicación final del yacimiento, realizada por Woolley, no apareció hasta 1952. A pesar de todo, los arqueólogos que allí trabajaron figuraban entre los mejores de la época, y estaban vivamente interesados por el potencial cronológico del lugar.

La excavación, limitada, se concentró en el complejo del palacio y las puertas monumentales, sacando a la luz una inestimable colección de relieves en piedra, muchos de ellos con inscripción. Gran parte del material se puede ordenar cronológicamente con seguridad, no sólo gracias al estilo, sino también a las claves proporcionadas por los textos. Todos los análisis, desde la época de Woolley, coinciden en la misma secuencia y datación básicas (véase el cuadro 6.2): empezando con una dinastía fundada por Suhis I a comienzos del siglo x, la información nos lleva hasta la época de Pisiri, último rey independiente

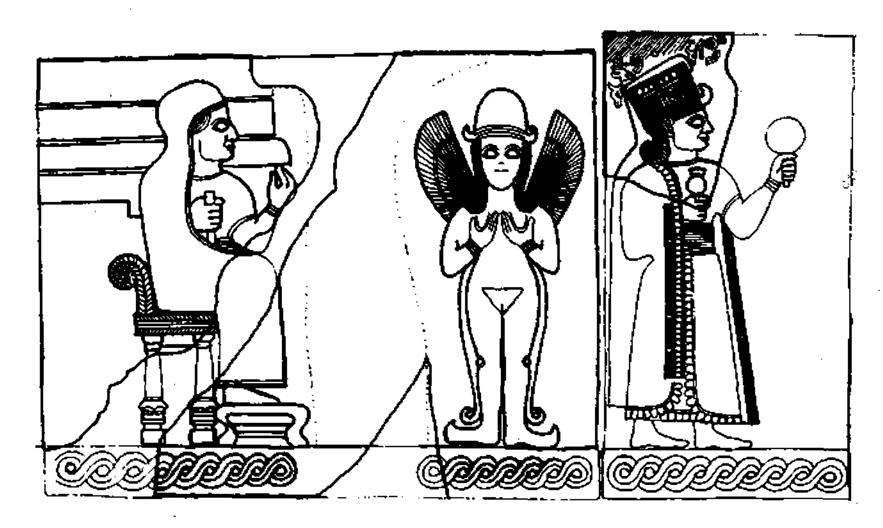
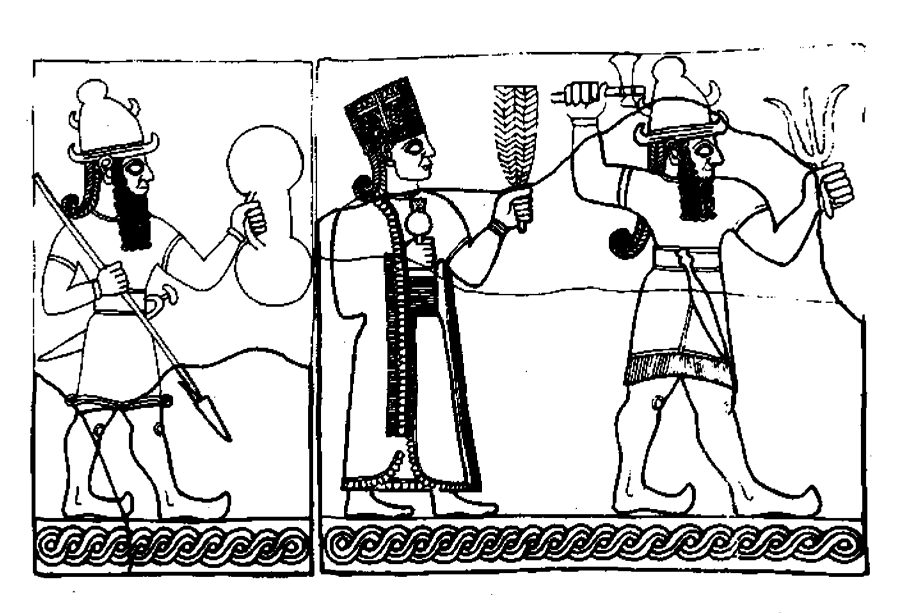


FIGURA 6.4. Parte del Gran Friso de Carkemish. Los bajorrelieves, que representan una procesión de dioses, fueron encargados por un cierto rey Suhis, cuya esposa aparece a la izquierda. Generalmente, se le identifica con el rey Suhis II, que reinó a finales del siglo x a.C. (dibujo de David Hawkins).

de Carkemish antes de su conquista por los asirios en el 717 a.C. Woolley estableció que estos monumentos estaban asociados con un tipo de cerámica de la edad del hierro que denominó de tipo «Yunus», por la necrópolis próxima. La precedía una cerámica de tipo «Amarna» del bronce final, también conocida gracias a las tumbas.[31] Por el contrario, la excavación de la ciudad en sí penetró apenas en los niveles de la edad del bronce final, y la mayoría del material encontrado parece datar de los siglos X a VIII a.C.

A pesar de esto, los excavadores, por razones estilísticas, asignaron varios de los bajorrelieves sin inscripción a la edad del bronce. En 1911, Hogarth observó el parecido de los relieves del «Friso del Heraldo» y la «Puerta del Agua» con los de Anatolia central, especialmente los de Alaça Hüyük, y sugirió para ellos una fecha en los siglos XIV y XIII a.C.[32] Encontró fuerte oposición por parte de los historiadores del arte, quienes insistieron en la visible influencia tardoasiria de las mismas esculturas. En 1924, Hogarth se retractó de su postura original y negó que hubiera ninguna obra de arte o inscripción de Carkemish que pudiera ser fechada antes del siglo XII a.C.[33] Woolley, sin embargo, resistió más tiempo. Siguiendo la opinión primitiva de Hogarth, fechó los relieves del Friso del Heraldo (véase la lámina 13) en el bronce final, argumentando que gran parte de la iconografía derivaba del arte del imperio mitannio, que había dominado el noreste de Siria antes de su conquista por Subiluliuma I.[34] De igual manera, los relieves de la Puerta del Agua, según Woolley, «definitivamente pertenecían por razones arqueológicas al período hitita medio, antes de 1200 a.C.».[35] La ciencia posterior, no obstante, como resumió Max Mallowan, descartó sus argumentos:



> La cronología y la secuencia de datación de la rica serie de esculturas descubierta en Carkemish sigue constituyendo un problema, incluso después de 60 años de investigación, pero en general se reconoce que Leonard Woolley exageró la antigüedad de algunos de los ortostatos y ya no es posible asignar ninguno de ellos al segundo milenio a.C. Por el contrario, muchos críticos apoyarán ahora la tesis de Frankfort, de que ninguna de esta particular serie de esculturas pudo haber sido realizada sin un conocimiento del arte neoasirio.[36]

La idea de que los bajorrelieves podían reflejar las influencias de «ambos» períodos (el imperial hitita del siglo XIII y el asirio final del siglo X) no había sido, por supuesto, abrigada jamás: un concepto tal habría sido una imposibilidad cronológica.

Aparte las controvertidas esculturas, *fueron* descubiertos en la ciudad neohitita muchos artefactos de época muy anterior. Cerca de la Puerta del Agua apareció una cabeza de maza de piedra con el nombre de un faraón grabado, probablemente Ramsés II.[37] Sobre un pavimento que fechó con posterioridad al siglo IX a.C., Woolley identificó «varios fragmentos de cerámica tardomicénica y un fragmento de vaso chipriota de la edad del hierro ... Deben proceder del tesoro del templo, donde habrían sido guardados durante muchas generaciones».[38] Al excavar el templo del dios de la Tormenta descubrió una estela de basalto que, además de mencionar a un «Gran Rey», estaba coronada por un disco alado, símbolo del poder imperial: se trataba, evidentemente, de una reliquia del imperio (véase la figura 6.7).

En una tumba seguramente fechable en el siglo VII a.C., Woolley encontró una serie de figurillas de oro[39] de sorprendente parecido con el panteón del friso de Yazilikaya, tradicionalmente datado en el siglo XIII a.C. Hans Güterbock observó que este descubrimiento «relaciona el período hitita final con la época del imperio ... No hay duda de que tanto estilística como temáticamente estas figuras ... son hititas en el sentido del imperio hitita de Boghazköy». Pero se preguntaba: «¿Cómo es posible que esculturas del siglo XIII fueran a parar a una tumba del VIII?».[40] El propio Woolley consideró que las joyas fueron realizadas en época neohitita, pero en un estilo que de alguna forma se había conservado durante 500 años. Güterbock prefirió verlas como reliquias, llevadas a Carkemish por los hititas imperiales y «guardadas como tesoros, a pesar del

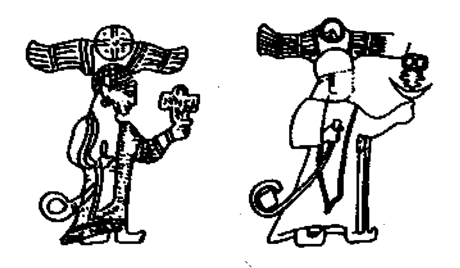


FIGURA 6.5. *Izquierda*, una de las figuras de la «Tumba Dorada» de Carkemish, del siglo VII a.C. *Derecha*, el dios del Sol en el friso rocoso de Yazilikaya, en Anatolia central, fechado convencionalmente en el siglo XIII a.C.

cambio de dominación», o, como otra posibilidad, que fueron llevadas allí por hititas jeroglíficos emigrantes que habían participado en el saqueo de las ciudades del bronce final tras ser expulsados por los invasores bárbaros en torno al 1200 a.C.

Con tantas «reliquias» en Carkemish, puede parecer extraño que Woolley no se sintiera inclinado a explicarlas simplemente retrotrayendo la fecha de construcción de la ciudad neohitita a la época del imperio. La secuencia cerámica, establecida a partir de la evidencia de las cercanas necrópolis de Amarna y Yunus, le impidió dar semejante paso. Al principio, Woolley pensó situar los límites entre los estilos de Amarna y Yunus en una fecha tardía, *c.* 720 a.C., cuando la ciudad fue conquistada por los asirios.[41] Pero tras reflexionar sobre el carácter esencialmente hitita del material funerario de tipo Yunus, además de la asociación de su cerámica con la construcción de la ciudad neohitita, concluyó que debía representar una fase preasiria. Situó su inicio en la transición del bronce final a la edad del hierro, cuando la ciudad fue destruida y reconstruida, entre la época de la invasión de los Pueblos del Mar hacia el 1200 a.C. y la migración de los hititas jeroglíficos a Carkemish alrededor del 1100 a.C.[42]

En cierto sentido Woolley tenía razón: insistió en que la fecha de 1200/1100 a.C. era «con seguridad el *terminus post quem* de la necrópolis de Yunus».[43] Subir la fecha alargando el marco temporal de la cerámica de tipo Yunus habría resultado muy improbable. En efecto, los últimos estudios indican que su fecha podía reducirse considerablemente. Se ha dicho que la necrópolis de Yunus se inició en realidad a finales del siglo IX;[44] además, el ceramólogo Kenneth Sams ha encontrado muchos paralelos entre la cerámica pintada Yunus y la decorada frigia documentada en Anatolia central en los siglos VIII-VII a.C.[45] Por tanto, le pareció «desconcertante» la asociación de Woolley de la cerámica de tipo Yunus con la reconstrucción de Carkemish en 1200-1100 a.C., y se preguntó «si, en realidad, pudo haber existido un considerable lapso entre la destrucción y la reocupación».[46]

El resultado de la datación de la cerámica realizada por Sams supondría la introducción de una «Edad Oscura» arqueológica en Carkemish, que duraría desde comienzos del siglo XII hasta finales del IX a.C. Pero un salto de tal duración se contradice con la evidencia histórica: en textos asirios de a partir de principios del siglo IX aparecen referencias a Carkemish de fecha segura, mientras que las inscripciones jeroglíficas de la propia ciudad permiten la reconstrucción de una historia dinástica local que se remonta hasta comienzos del siglo X a.C. Esto, por supuesto, deja aún un período indocumentado de más de 200 años entre las primeras dinastías neohititas y los últimos reyes del bronce de Carkemish hacia el 1200 a.C. (véase el cuadro 6.2). Así se ve apoyada hasta cierto punto la sugerencia de Sams referente a un abandono del yacimiento.

Sin embargo, la idea de que el lugar permaneció abandonado durante más de dos siglos no concuerda con la evidencia, en tantos aspectos, que demuestra la continuidad de Carkemish desde la fase imperial a la neohitita. En concreto, Woolley observó que las fases de las cerámicas tipo Yunus y Amarna, lejos de estar separadas por un lapso de tiempo, parecían, en realidad, superponerse.[47]

Puesto que el análisis de Sams muestra que la cronología de la cerámica de Yunus no puede subirse de forma significativa, la única alternativa posible sería rebajar las fechas de la de Amarna.

Carkemish nos deja con una extraña dicotomía: aunque el material local, desde la escultura a la cerámica, sugiere una continuidad directa entre los períodos imperial y neohitita, la evidencia externa para la datación indica, en realidad, un considerable vacío en su ocupación.

El enigma de la «Puerta de los Leones»

El otro yacimiento importante en el que se ha observado cierta continuidad es Malatya. Su excavación por los franceses en los años treinta y por un equipo italiano a partir de 1960 ha descubierto edificios y fortificaciones que reflejan una larga historia. Debajo del palacio asirio había un complejo neohitita monumental con una rica serie de bajorrelieves e inscripciones alrededor de la «Puerta de los Leones»; debajo de ésta estaban los niveles del bronce final del imperio hitita. Puede decirse que Malatya, tras nuevas excavaciones intensivas, podría proporcionar algunas claves firmes sobre la relación entre los períodos imperial y neohitita.

Los relieves de la Puerta de los Leones ocupan un lugar predominante en la gran polémica entre Albright y Frankfort sobre la cronología del arte antiguo del Próximo Oriente (véase el capítulo 8). Aunque Frankfort se empeñó en considerar estas esculturas como un producto provincial del arte del imperio hitita, resulta imposible reconciliar su cronología con la evidencia estratigráfica. Louis-Joseph Delaporte, el primer excavador de la Puerta de los Leones, situó su construcción en el siglo VIII a.C.[48] Actualmente, se prefiere una fecha entre finales del siglo X-siglo IX, pues cumple todos los requisitos:

1. La Puerta de los Leones yace bajo un palacio asirio, presumiblemente construido poco después del 713 a.C., cuando los asirios conquistaron Malatya.[49]

2. Bajo ella, hay otra puerta fechada por los arqueólogos italianos a finales del imperio hitita,[50] y, por tanto, posterior al 1200 a.C.

3. Dos análisis de radiocarbono en madera carbonizada aparecida sobre la puerta imperial dan una fecha entre 1040-910 a.C.[51] La construcción de la Puerta de los Leones tiene que ser posterior a este incendio.

4. Los bajorrelieves más antiguos de la Puerta ofrecen muchas semejanzas con el grupo de esculturas de Suhis en Carkemish (véanse los cuadros 6.1, 6.2 y la figura 6.4), que puede fecharse independientemente entre el 970 y el 900 a.C.

En resumen, parece razonable fechar el grupo principal de relieves que decoran la Puerta, así como su construcción, en algún momento posterior al 950 a.C. Pero su sorprendente parecido con obras del período imperial sigue siendo inquietante. Aunque situó los bajorrelieves a finales del siglo X a.C., Orthmann estaba desconcertado por los numerosos detalles en estilo arcaizante.[52] Hawkins siguió a Orthmann, pero hizo notar que

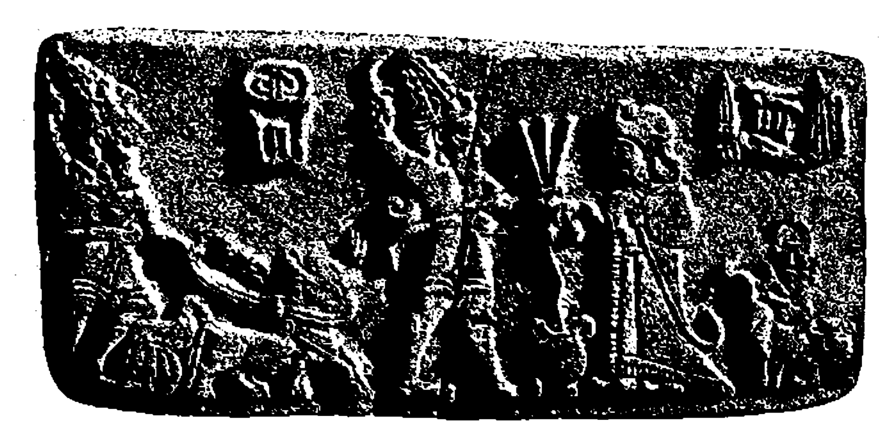


FIGURA 6.6. *Arriba*, bajorrelieve del complejo de la Puerta de los Leones de Malatya, que representa a un rey (*PUGNUS-mil I) que ofrece una libación a los dioses (según Frankfort, 1969). Hasta hace poco, se fechaba este relieve en el siglo X a.C. Pese a ello, es evidente la estrecha similitud en iconografía y tratamiento con la escultura imperial hitita. *Derecha*, escena de los relieves del siglo «XIII» de Yazilikaya, que muestra al rey Tudaliya IV abrazado por el dios Sharruma (según Akurgal, 1968). Compárense los zapatos, las espadas con empuñadura en forma de creciente, las vestiduras y el báculo curvo del rey, la falda corta del rey, la corona con múltiples cuernos, y otros detalles, con los del relieve de Malatya.



la escultura de Malatya forma un grupo en cierto sentido anómalo dentro del conjunto neohitita. Estilísticamente, presenta más afinidades con el arte del imperio hitita que con el resto del grupo neohitita.[53]

Frankfort propuso una solución a este dilema: que los relieves de la Puerta de los Leones eran productos auténticos de la época imperial, *reutilizados* en un edificio muy posterior. Esta idea fue rechazada por Orthmann, quien, tras un detenido examen de los bajorrelieves, concluyó que su disposición y dimensiones casaban perfectamente con el espacio de muralla disponible en la Puerta de los Leones; por otra parte, no seguía el plan y escala de la puerta imperial

subyacente. Además, como Orthmann recalcó, a pesar de su «arcaísmo», los relieves estaban a la cabeza de la serie relacionada estilísticamente de las esculturas neohititas de Malatya.[54]

De alguna manera, parece que entre la escultura imperial hitita y su reflejo en Malatya se interponen dos o tres siglos superfluos. Debe recordarse, en efecto, que una tradición estilística e iconográfica semejante pudo haberse conservado fielmente durante mucho tiempo después de la caída del imperio. Se puede observar una *continuidad similar durante el mismo período de tiempo* en los objetos menores y la cerámica de la Malatya neohitita. Como han observado los últimos excavadores, «el carácter genérico de este material, especialmente de la cerámica, no difiere fundamentalmente de la producción hitita imperial».[55]

Monarquía y continuidad

Los relieves de Malatya hubieran seguido constituyendo otro vago enigma de la cronología de la Edad Oscura, de no ser por un reciente descubrimiento que ha contribuido a delimitar el enfoque del problema. En 1985 aparecieron dos improntas de sellos en el último nivel del bronce final de Lidar Höyük, en la cuenca alta del Éufrates. Sus inscripciones, en hitita jeroglífico y en cuneiforme, llevaban el nombre del propietario, «Kuzi-Teshub, rey del país de Carkemish, hijo de Talmi-Teshub, rey de Carkemish».[56]

La información es de incalculable valor, ya que alarga en una generación la genealogía de los reyes de Carkemish del bronce final, demostrando que Talmi-Teshub no fue el último representante del poder imperial hitita en Siria. Su hijo Kuzi-Teshub tuvo que haber reinado en Carkemish en época muy próxima a la caída del imperio.

Pero las consecuencias exactas de este descubrimiento empezaron a revelarse sólo en 1987, cuando David Hawkins volvió a estudiar las inscripciones de la Puerta de los Leones. Dos de los reyes de Malatya se proclamaban nietos de «un Gran Rey, Rey de Carkemish», llamado Kuzi-[X], siendo incierta la lectura del segundo elemento jeroglífico. Las nuevas improntas glípticas permitieron a Hawkins una lectura definitiva del nombre como Kuzi-Teshub. Inmediatamente, reconoció el significado de este descubrimiento:

> Tras el descubrimiento del sello de Kuzi-Tešub rey de Karkamiš, estamos obligados a leer el nombre del abuelo melidio [de Malatya] como Kuzi-Tešub(as), y debido a sus títulos ... identificarlo como aquel rey de Karkamiš, hijo de Talmi-Tešub. Disponemos así de una prueba, largamente buscada, sobre la continuidad entre el imperio hitita y sus reinos neohititas sucesores ...[57]

Esta «nueva prueba sorprendente», como la describió Hawkins, demuestra sin duda que una de las dinastías hititas más importantes descendía directamente de la línea imperial. Por sí misma es suficiente para prescindir, de una

vez por todas, de la absurda teoría de que los hititas jeroglíficos, tras la caída del imperio, emigraron al norte de Siria, donde resucitaron la civilización hitita más de dos siglos después.

Las consecuencias cronológicas son aún más profundas. Siguiendo el esquema temporal generalmente aceptado para los reyes del bronce final (que sitúa a Kuzi-Teshub poco después del 1200 a.C.), y suponiendo que una generación dura entre veinticinco y treinta años, Hawkins calculó nuevas fechas para sus descendientes de Malatya. La mayoría de los relieves de la Puerta de los Leones presentan inscripciones de un rey cuyo nombre puede ser leído parcialmente como *PUGNUS-mil, nombre llevado por un hijo y un bisnieto de Kuzi-Teshub:

> El autor de la Puerta de los Leones puede ser identificado con cualquiera de los dos, lo que situaría la Puerta de los Leones a principios o a finales del siglo XII a.C., una fecha dos centurias anterior a la mantenida por opiniones recientes.[58]

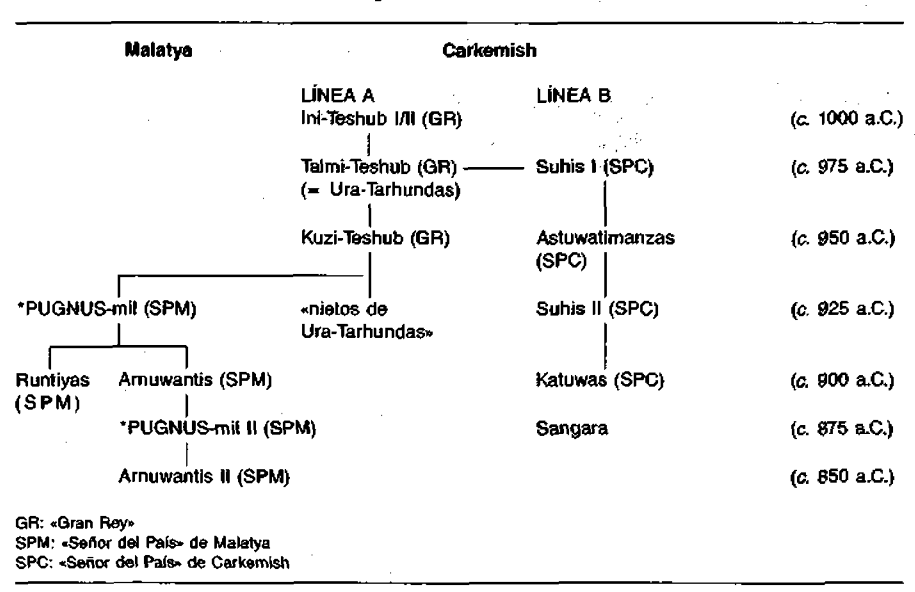
Para llegar a este importante cambio, Hawkins tuvo que rechazar la teoría que situaba la Puerta de los Leones en los siglos X-IX, teoría que antes había compartido. Las razones estratigráficas y estilísticas para una cronología baja, como se ha dicho anteriormente, están apoyadas por datos de radiocarbono sobre material encontrado bajo la Puerta, que dan como *terminus post quem* para su construcción la fecha de 1040-910 a.C. Consciente de este problema, Hawkins propuso que las esculturas eran obras del siglo XII reutilizadas en un edificio muy posterior. Pero no hay estructuras neohititas anteriores de las que puedan proceder los relieves; la Puerta de los Leones descansa directamente sobre el nivel de destrucción de la puerta del bronce final.

El descubrimiento de Kuzi-Teshub —el «eslabón perdido» entre el imperio hitita y sus descendientes— resulta, por ello, un tanto problemático. Según la cronología tradicional, más de 200 años separan el imperio hitita del siglo XIII a.C. de los reinos neohititas de los siglos X-IX. Y, sin embargo, están relacionados, ¡no sólo por las íntimas semejanzas de su arte, cerámica y cultura; sino también por un lazo genealógico! La táctica de retrotraer a los reyes de la Puerta de los Leones al siglo XII a.C. puede ser firmemente rechazada por razones de estratigrafía, historia del arte y datación por radiocarbono.

Pero existe una alternativa, aunque sea radical. Se trata de cuestionar, no las fechas aceptadas para los bajorrelieves de la edad del hierro de Malatya, sino las de todo el bronce final. Siguiendo la cronología aceptada de los relieves, y concediendo veinticinco años por generación, podemos situar a Kuzi-Teshub en torno al 950 a.C. (véase el cuadro 6.3). Esto reduce automáticamente las fechas para su padre Talmi-Teshub y su abuelo Ini-Teshub, junto con las de los emperadores hititas Tudaliya IV y Hattusili III, con los que están inextricablemente relacionados. El resultado situaría el fin del imperio 225-250 años más tarde de lo usual.

Este experimento con la cronología de Malatya funciona, por supuesto, sólo

CUADRO 6.3. Reyes de Malatya y Carkemish del hierro antiguo (esquema alternativo). Recientes testimonios indican que los «Grandes Reyes» de Carkemish, miembros de la familia imperial hitita (línea A), gobernaron en competencia con los «Señores del País» de Carkemish (línea B) durante el siglo x a.C. El territorio dominado por los «Grandes Reyes» debió de incluir también Malatya, donde sus descendientes ostentaron el poder más tarde.



si se prescinde de la cronología basada en la egipcia para los hititas. En cualquier caso, recibe un apoyo notable de la evidencia de Carkemish.

Los relieves de la Puerta de los Leones tienen sus paralelos más cercanos en los producidos por la «dinastía de Suhis» de Carkemish (cuadros 6.1 y 6.2), fechada desde mediados hasta finales del siglo x a.C. Está claro que Suhis y sus descendientes encargaron estas esculturas, pero su papel como gobernantes de Carkemish sigue siendo un misterio. Los títulos que se dieron a sí mismos se limitaban a una etiqueta relativamente modesta: «Señor del país de Carkemish». Junto a ellos, como una presencia que Hawkins observó cada vez más durante su cotejo de todas las inscripciones neohititas disponibles, está otra línea de reyes que, al parecer, llevan títulos más importantes.

La figura clave es un monarca conocido por la estela descubierta por Woolley en el templo del dios de la Tormenta, considerada siempre como problemática a causa de su estilo «arcaico». El que dedicó la estela, Ura-Tarhundas, como se lee habitualmente su nombre, se describe a sí mismo como «Gran Rey, Rey de Carkemish».[59] Pese a sus connotaciones imperiales, la estela fue descubierta entre los vestigios neohititas del yacimiento (véase *supra*), mientras que Ura-Tarhundas puede situarse aproximadamente en el 970 a.C., gracias a sus aparentes conexiones con la familia de Suhis. La estela menciona a Suhis, seguramente el primer gobernante de este nombre en la dinastía de «Señores del

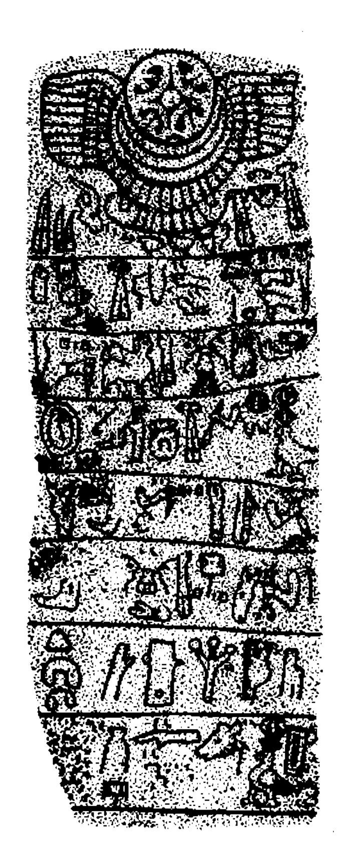


FIGURA 6.7. Estela A4b del templo del dios de la Tormenta, Carkemish (según Woolley, 1952).

País». Lo que es más importante, Katuwas, que reinó hacia el 900 a.C., aparece citado en una inscripción fragmentaria que hace referencia a una lucha por el poder en la ciudad contra los «nietos de Ura-Tarhundas». Otra inscripción de la época de Suhis menciona los preparativos hechos para el matrimonio del Gran Rey Tudaliya.[60]

En conjunto, estos fragmentos de información indican que los «Señores del País» de Carkemish del siglo X a.C. compartían el poder con otra línea de gobernantes que se consideraban Grandes Reyes. Pero se supone que los Grandes Reyes de Hatti (así como la rama menor de Carkemish) desaparecieron junto con el imperio, hacia el 1200 a.C. Es difícil imaginar que el título fuera resucitado dos siglos después en una época en la que Carkemish tenía sus propios dirigentes locales.

Siguiendo la cronología baja provisional anteriormente mencionada, Kuzi-Teshub, antepasado de los reyes de Malatya y Gran Rey de Carkemish, habría reinado hacia el 950 a.C., y su padre, Talmi-Teshub, hacia el 975 a.C. Esta familia, pues, pudo haber constituido una línea mayor de gobernantes paralela a la dinastía de Suhis, y seguramente no es coincidencia que los jeroglíficos para el nombre del Gran Rey Ura-Tarhundas puedan ser leídos (en lengua hurrita

más que en luvita) como Talmi-Teshub.[61] Si identificamos a los dos, la historia de Carkemish puede ser racionalizada inmediatamente. El vacío entre el imperio y el siglo x a.C. desaparecería, los misteriosos Grandes Reyes se explicarían como los últimos titulares del poder imperial hitita en la zona, y, sobre todo, se restauraría la continuidad en arte y arqueología entre ambos períodos. Los problemas creados por las duraderas reliquias de la edad del bronce, los relieves «arcaicos» y la datación de la cerámica de tipo Yunus se desvanecerían. Rebajar la fecha final para el bronce final en el sureste de Anatolia y norte de Siria parece una propuesta mucho más válida que la introducción de otra Edad Oscura.

La Edad Oscura de Anatolia central

La arqueología de Anatolia central no proporciona ninguna solución al dilema de la cronología hitita. En tanto que la civilización hitita supuestamente se imitó a sí misma en el sureste dos siglos después de la caída del imperio, el mismo período tiene su contrapartida en el corazón del país con un completo vacío en la documentación cultural.

Tras el fin del bronce final, habitualmente situado a comienzos del siglo XII a.C., los hallazgos más antiguos fechables de Anatolia central pertenecen al reino de los frigios, conocido a través de las fuentes clásicas, del siglo VIII a.C. La tradición griega recoge muchas historias acerca del avaricioso rey Midas (el del «toque de oro»), y su padre Gordios, quien dejó, en la ciudad que lleva su nombre, un nudo imposible de deshacer en la vara de un carro de bueyes. Conservado por los sacerdotes de Gordion, estaba destinado a ser desenredado por un futuro conquistador de «todo Asia». Siglos después, el impetuoso Alejandro Magno llegó a Gordion y resolvió el enigma cortando simplemente el nudo con su espada.[62]

Las leyendas indican una relación bastante estrecha entre la antigua Frigia y Grecia, lo que se refleja en la arqueología. El estilo de la cerámica frigia, los marfiles y los trabajos en metal muestran grandes paralelos con los productos griegos del período arcaico al geométrico. Éstos dan algunos sincronismos generales, afinados por lazos de datación más concreta entre la civilización urartia de la Anatolia oriental y los asirios de Mesopotamia. Mitas de Mushki (Midas de Frigia) es mencionado por el rey asirio Sargón como su mayor rival en Anatolia. Al parecer, instigó la rebelión de Pisiri, último rey independiente de Carkemish, aplastada por sus dominadores asirios en el 717 a.C.[63] Durante los primeros años del siglo VII, el reino frigio, de corta duración, fue destruido por una invasión de los nómadas cimerios procedentes de Rusia. Según la tradición griega, el rey Midas prefirió suicidarse con veneno a rendirse.[64]

La arqueología frigia, por consiguiente, está razonablemente bien fechada, con sus vestigios más antiguos situados no antes del fin del siglo IX a.C. Pero, dado que los asentamientos hititas precedentes se datan a partir de las relaciones con Egipto con anterioridad a los primeros años del siglo XII a.C., existe

un vacío considerable entre ambas culturas. La enormidad del problema ha sido descrita sucintamente por Akurgal:

> ... es sorprendente que hasta la fecha no se hayan encontrado vestigios no solamente frigios, sino de cualquier clase, que puedan adscribirse al período entre 1200 y 800 a.C. Esto podría indicar que Anatolia central estaba en esta época muy poco poblada o bien ocupada por tribus nómadas que no dejaron restos materiales en sus poblados.[65]

Akurgal escribió esto en 1962, y desde entonces no se ha descubierto nada que altere sustancialmente su idea. En realidad, lo mismo se aplica a la mayoría de la Anatolia occidental y noroccidental, además de la central.[66] Se ha intentado adquirir información sobre los siglos «perdidos». El excavador de la capital imperial de Boghazköy, Kurt Bittel, observó la ausencia de sedimentación entre las ocupaciones hitita y frigia:

> Las construcciones más antiguas fueron emprendidas en una época en que las ruinas hititas eran todavía visibles sobre la superficie. Sobre ellas no hay los restos de un estrato estéril, como se hubiera formado por sedimentación natural. Esta observación estratigráfica como tal no da una medida de tiempo, pero tiende a limitar el intervalo entre el final de la ciudadela hitita y el comienzo del nivel II.[67]

Con el fin de reducir el vacío cronológico, Bittel se preguntó si podía subir la fecha del nivel II frigio, pero concluyó que la presente evidencia concedía una fecha no anterior al final del siglo IX a.C. para las cerámicas frigias más antiguas.[68] En resumen:

> Tiene que admitirse que Boghazköy ha contribuido muy poco a ilustrar lo que llamamos Edad Oscura. No ha aparecido ni un solo hallazgo que pueda atribuirse con seguridad a los siglos inmediatamente posteriores a la caída de la capital hitita. El sello asirio ... y una gran cantidad de cerámica, con paralelos en Gordion durante el período de Midas, apuntan a la segunda mitad del siglo VIII a.C. Resulta difícil aún determinar la antigüedad de la ocupación, pero insistiríamos de nuevo en que la situación estratigráfica no indica un vacío después del 1200 a.C.[69]

Sin embargo, Bittel no pudo conciliar su juicio de que el vacío era mínimo con la evidencia externa para fechar el material cerámico, que indica más de 300 años entre los niveles hitita y frigio de Boghazköy.

Cortar el nudo gordiano

Paradójicamente, hay un yacimiento en el que han aparecido juntos restos de las dos culturas, supuestamente separadas en el tiempo por varios siglos. Este yacimiento es Gordion, que fue un asentamiento hitita antes de convertir-

se en sede de la dinastía de Midas. Aún no está disponible la publicación final de las excavaciones, pero los informes preliminares, junto con los análisis extensamente publicados de la cerámica, hablan de una historia intrigante.

Generalmente, se piensa que Gordion fue saqueada por los cimerios a comienzos del siglo VII a.C. Previas a la destrucción, los excavadores distinguieron tres fases de cerámica pintada frigia que representaban más o menos 100 años y cubrían el período del gran reino frigio. Los sondeos hechos en los estratos subyacentes de fases anteriores arrojaron resultados completamente inesperados. La mayoría de los asentamientos hititas están cerrados por un nivel de destrucción claro que los separa de cualquier resto de ocupación posterior. Por ello, no se ha encontrado ninguna relación arqueológica entre los hititas y los frigios. En Gordion, sin embargo, no existe tal ruptura. Por el contrario, ambas culturas parecen haber coexistido durante un tiempo considerable.

Este proceso se refleja claramente en los sucesivos niveles de Gordion. El superior contenía sobre todo cerámica frigia, que incluía dos fragmentos pintados, pero también «una gran cantidad de neohitita». El siguiente «produjo cerámica medio hitita y medio frigia»; el tercer nivel «produjo de nuevo cerámica hitita y frigia a partes iguales», siendo la cerámica frigia una mezcla de la hecha a mano con la hecha a torno; el cuarto estrato contenía «cerámica hitita con una mínima representación frigia, ambas a mano y a torno»; «todos los niveles inferiores eran del bronce medio y final de la época hitita».[70]

La aparición de cerámica hitita junto a dos fragmentos pintados en el nivel superior constituye el resultado más sorprendente, ya que, por lo general, se cree que la cerámica pintada frigia comenzó después de finales del siglo IX a.C.[71] Del mismo modo, la cerámica frigia, según la cronología tradicional, no habría aparecido nunca en los niveles más profundos. Bittel, no obstante, consideró estos hallazgos como la prueba necesaria para salvar el vacío de la Edad Oscura, arguyendo que la primera cerámica frigia de Gordion era, en efecto, del siglo XII a.C.[72] Pero ¿cómo podía ser así cuando el mismo material en otros lugares se fecha siempre tres siglos después?

Otra posibilidad, contemplada por Sams, es que los polémicos niveles de Gordion estaban en cierto modo «encastrados», creando la falsa impresión de un solapamiento.[73] No es infrecuente que materiales de dos niveles acaben mezclados a causa de actividades como la excavación de pozos. En este caso, sin embargo, es difícil concebir cómo un proceso semejante pudo abarcar cuatro niveles, y cómo la mezcla resultante produjo tal aumento constante en las cantidades de objetos frigios según se va ascendiendo en la secuencia. Además, este aumento gradual se correspondía con una progresión tecnológica, mostrada por la «proporción creciente entre la cerámica frigia de vasijas a torno con respecto a las hechas a mano».[74]

La alternativa, según James Mellaart, especialista en Anatolia, era reconsiderar la cronología. Juzgando los dos niveles superiores de la serie como del siglo VIII, y el quinto posiblemente de la época imperial hitita, Mellaart observó que los dos niveles intermedios con cerámica mezclada «previos al 800 a.C. no pueden retrocederse hasta el 1200».[75] Para resolver este problema específi-

co, así como la más amplia cuestión de la laguna del hierro antiguo de Anatolia, Mellaart propuso una solución radical:

> ... la desintegración del nuevo reino hitita, fuera del área inmediata alrededor de la capital Ḫattuša, que fue incendiada y abandonada, no debe equipararse con el final del bronce final de Anatolia, y la vieja idea de que la primera edad del hierro comenzó hacia el 1200 a.C. tiene que ser rechazada como irreal. Una fecha de 1000 a.C., 50 años más o menos, es una estimación más válida para la transición del bronce final a la primera edad del hierro ...[76]

Pero el juicio salomónico de Mellaart, que divide la Edad Oscura anatólica en dos mitades y sitúa la primera parte en la edad del bronce, apenas resuelve el problema. No aduce una prueba más firme que la de que otros centros del bronce final sobrevivían 200 años después de la destrucción de Boghazköy.[77] Su esquema introduce dos siglos fantasmas en la historia de los yacimientos del bronce final. Tampoco llega a enfrentarse con el vacío que continúa en el lado frigio de la frontera, que sitúa hacia el 1000 a.C. Aún hay, al menos, un siglo y medio sin explicación a este lado de su punto de transición antes de la llegada de la cerámica frigia.

Dejando a un lado todas las soluciones especulativas que se han sugerido para resolver el problema de Gordion, hay una estrategia que se ha pasado por alto sistemáticamente. Se trata de rebajar la cronología del bronce final, procedimiento que la evidencia neohitita discutida anteriormente apoya con tanta firmeza. La afirmación de Mellaart de que el último material de las capitales hititas no termina necesariamente justo en la época del supuesto colapso del imperio, no es insensata. Pueden haber transcurrido varias generaciones antes de que los últimos habitantes las abandonaran, o fueran dirigidos desde las otras capitales. Si el imperio se fragmentó poco a poco en la segunda mitad del siglo x a.C., como se ha dicho antes, entonces Boghazköy, Alaça Hüyük, Yazilikaya y los restantes centros antiguos tienen que haber sido finalmente abandonados, como muy tarde, a mediados del siglo IX. Gracias al material frigio arcaico fechado en torno al 825 a.C., el abandono secular de los asentamientos de Anatolia central puede ser considerado ahora como un corto período intermedio. En Gordion, futura capital de Frigia, se atrincheró, al parecer, una temprana oleada de los recién llegados mientras la ciudad estaba aún bajo control hitita.

El paradójico solapamiento de cerámica hitita y frigia en Gordion puede ser, después de todo, explicado de una manera razonable. Tomando ejemplo de Alejandro, quizás el enredado nudo de la arqueología de Gordion pueda ser desenmarañado sólo si cortamos la cronología.

7. CHIPRE: CERÁMICA Y POLÉMICA

Chipre desempeña un papel fundamental en la arqueología y la cronología del Mediterráneo oriental. Su céntrica situación geográfica contribuyó al desarrollo de una dinámica historia, que convirtió a esta isla, rica en cobre, en un punto de encuentro en el cual se mezclaron las grandes culturas antiguas. Durante el bronce final fue un floreciente centro comercial entre el Egeo, Anatolia, Oriente Próximo y Egipto. A causa de sus estrechos lazos con el mundo griego, tanto en época micénica como posteriormente, durante el período arcaico, la isla se vio inevitablemente afectada por los problemas de la Edad Oscura. Pero hay una diferencia significativa: aquí la cuestión tiene un factor añadido. Las relaciones comerciales entre Chipre y sus vecinos sirven como medida de control cronológico, y es aquí donde los sistemas de cronología de Grecia y Palestina entran en confrontación directa. ¿Podría ser este el lugar que va a iluminar los siglos de oscuridad observados en todo el mundo mediterráneo?

El final de la edad del bronce: cita con la catástrofe

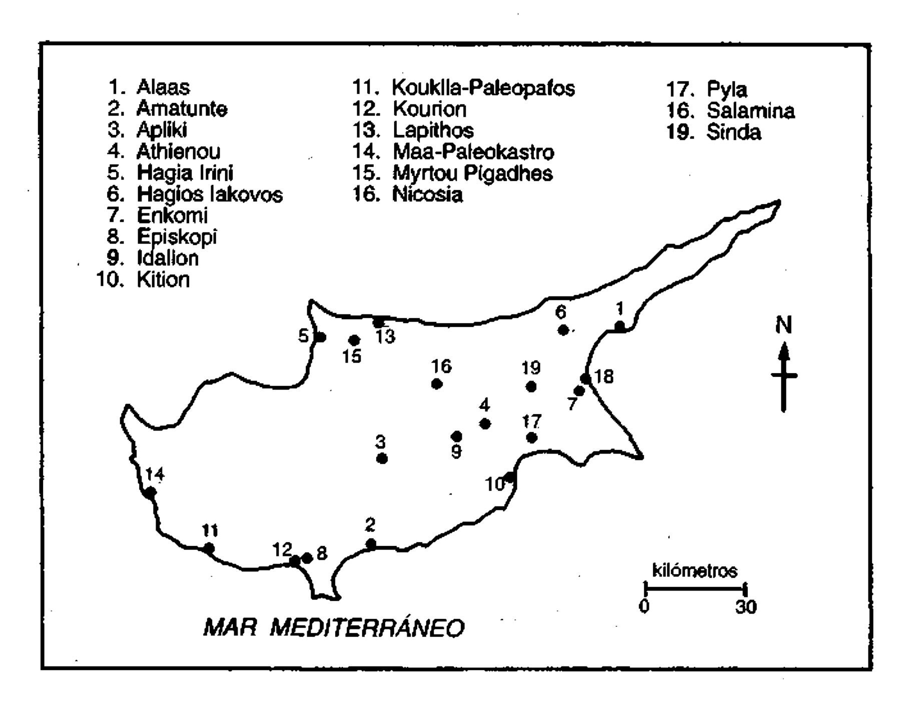
Hacia el final de la edad del bronce, el período arqueológico conocido como chipriota reciente IIC (cuya terminación se sitúa habitualmente en el 1225 a.C.) contempló la destrucción de yacimientos a lo largo de la isla y un fuerte descenso en la población. Este hecho se atribuye normalmente a una invasión de micénicos, que habían ejercido gran influencia sobre Chipre en el pasado. Durante el período siguiente, chipriota reciente III, los intrusos se establecieron y, aun no siendo necesariamente bien recibidos, coexistieron con los habitantes locales. El yacimiento de Enkomi ilustra ampliamente su impacto (véase la lámina 14). Inmediatamente después de la destrucción de su asentamiento del chipriota reciente IIC, Enkomi fue reconstruida siguiendo un nuevo plan, en el que se utilizaron sillares finamente labrados y una impresionante fortificación semejante a la de las ciudadelas micénicas. Asociada con esta nueva ciudad apareció una gran cantidad de cerámica del heládico reciente IIIC.[1] Se cree que durante los siguientes cien años llegaron a Chipre diversas oleadas de otros pueblos egeos, entre ellos un claro grupo minoico, así como una última tanda de aqueos hacia el 1075 a.C.[2] También hay algunas influencias levantinas im-

portantes sobre la cultura de ese período, a las que los arqueólogos chipriotas han prestado relativamente poca atención.[3]

Resulta difícil interpretar con precisión las evidencias arqueológicas. Sin embargo, el escenario aceptado no es del todo irracional. En palabras de Catling:

> Por una parte ... hubo una terrible disminución de la población y un abandono de grandes zonas de la isla. Por otra, en aquellos yacimientos donde pervivió la ocupación hasta el umbral de la edad del hierro, hay pruebas de una razonable prosperidad y una cultura material realmente vigorosa, en la que los elementos chipriotas nativos fueron fuertemente ahogados por rasgos culturales de los que eran responsables los colonos aqueos.[4]

Unos catorce yacimientos han producido material arqueológico del chipriota reciente III, hecho que apoya la afirmación de Catling.[5] Pero debe tenerse en cuenta que la gran mayoría de los asentamientos florecieron sólo en la primera parte de este período, el chipriota reciente IIIA-B (1225-1150 a.C.). La última parte, chipriota reciente IIIC (1150-1050 a.C.), está escasamente representada en yacimientos, aunque la excavación de ricos enterramientos del siglo XI (como los de Paleopafos y Kourion) crea un extraño contraste. Vassos Karageorghis, el decano de la arqueología chipriota, llegó a afirmar que «los griegos de Chipre, a diferencia de sus parientes de la Grecia peninsular, donde había analfabetis-



MAPA 9. Chipre.

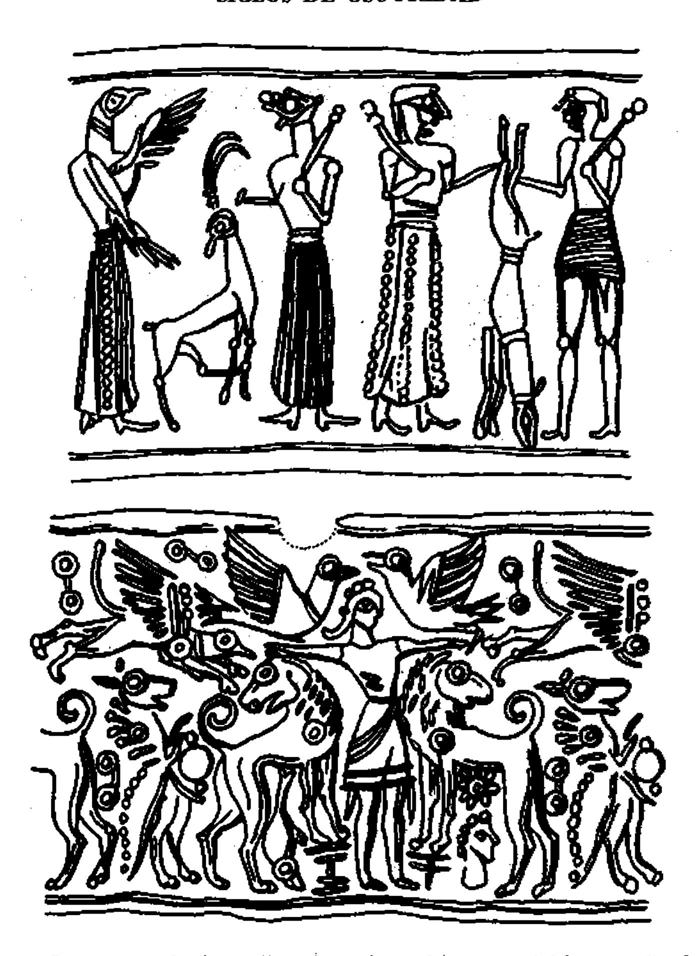


FIGURA 7.1. Improntas de dos sellos cilíndricos chipriotas del bronce final, que ilustran la cultura cosmopolita de la isla durante ese período. Las técnicas de manufactura de los sellos cilíndricos se desarrollaron en Mesopotamia, cuya influencia artística se puede detectar en el ejemplar de la parte superior. La escena inferior, sin embargo, presenta una fuerte influencia micénica, especialmente en la representación del «Señor de los Animales», en el centro de la escena (según Schaeffer, 1983).

mo y pobreza ... habían formado prósperas comunidades que comerciaban con el Próximo Oriente».[6]

Según la tesis tradicional, iba a ocurrir después un terrible desastre: el bronce final tuvo un repentino fin entre 1075 y 1050 a.C. Es evidente la destrucción violenta de las fortificaciones de Enkomi, mientras que las murallas y bastiones ciclópeos de la famosa ciudad de Kition se derrumbaron. Este sino fue compartido por las ciudades de Sinda y Maa-Paleokastro. No se conocen las causas del cataclismo, aunque se ha propuesto que se trató de un gran terremoto.[7] Desde entonces, un velo de oscuridad cubre la historia de la isla.

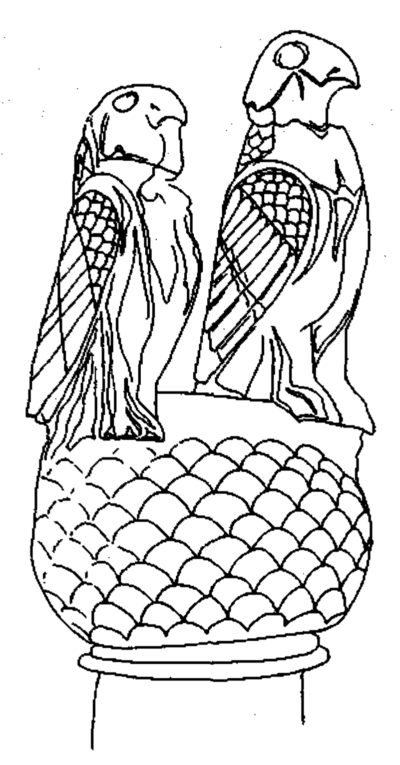


FIGURA 7.2. Cetro de oro (16,5 cm de alto) coronado por un globo sobre el que se yerguen dos halcones, con incrustaciones de esmalte blanco y azul. Hallado en Kourion, en una tumba «real» del chipriota reciente IIIC, fechada convencionalmente a principios del siglo XI a.C. (según Karageorghis, 1982a).

La gran ruptura que siguió al siglo XIII a.C. ha sido resumida por Lawrence Stager:

> Durante los siglos XII y XI, cerca del 90 por 100 de los asentamientos de Chipre fueron abandonados. Prácticamente toda nuestra evidencia sobre lo que sucedió en la isla procede de los yacimientos costeros: Enkomi, Kition, Episkopi y Kouklia ... A finales del siglo XI, incluso los puertos marítimos dejaron de existir.[8]

EL HIERRO ANTIGUO: ¿POR QUÉ BUSCAR A LOS VIVOS ENTRE LOS MUERTOS?

Como ha observado Karageorghis, «la historia de Chipre después del 1050 a.C. está oscurecida por lo que solemos denominar la "Edad Oscura" en Grecia».[9] En efecto, se ha pensado que la isla sufrió una recesión cultural. Se han expresado opiniones muy diferentes acerca de su duración, pero generalmente

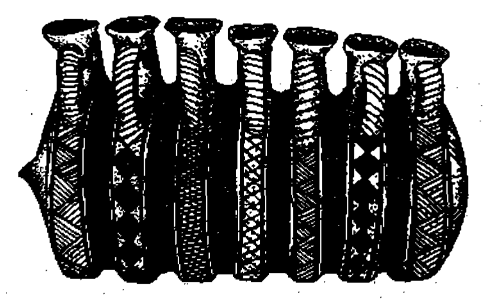


FIGURA 7.3. Rara vasija de siete bocas, de cerámica bícroma (15 cm de altura) procedente de una tumba del chipriota-geométrico I de Kition, fechada convencionalmente en 1050-950 a.C. (según Karageorghis, 1978).

se piensa que duró más de dos siglos, hasta bien entrada la edad del hierro. Los contactos con la Grecia continental alcanzaron su punto más bajo: durante los períodos llamados chipriota-geométrico I y II (1050-850 a.C.) sólo pueden establecerse entre ambas regiones un número extremadamente limitado de correlaciones cerámicas (véase *infra*, p. 163).

La evidencia disminuye de forma dramática a partir de la primera edad del hierro, en que la mayoría de los hallazgos proceden de los enterramientos: se conocen cerca de diez necrópolis. En esa época se construyeron los santuarios de Hagia Irini, Hagios Iakovos y Myrtou-Pigadhes, pero el único yacimiento que puede reivindicar siquiera la menor actividad edilicia doméstica es Kition, e incluso éste fue abandonado en torno al 1000 a.C.[10] Por ello, el panorama tradicional de Chipre a comienzos del primer milenio a.C. puede responder al de una población sin casas. Dado que las tumbas son para los muertos, debemos creer que simplemente no sabemos dónde vivieron los habitantes durante este período. Stager ha planteado la pregunta apropiada:

> Durante esta supuesta Edad Oscura «sólo se conocen unas cuantas necrópolis, pero ningún asentamiento». ¿Por qué hay un vacío entre los siglos XI y IX en la historia de los yacimientos a lo largo de la isla?[11]

En el caso de Kition, el vacío es particularmente difícil de interpretar. Según la tradición literaria, Hiram I, rey de Tiro, tuvo que sofocar allí un levantamiento a comienzos de su reinado. Esta información, si está correctamente interpretada, prueba que los «kitios» estaban bajo el dominio tirio en el siglo X a.C., al menos desde la época de Abibaal, padre de Hiram.[12] Pero, en completo contraste, ¡la cronología arqueológica actual muestra que la ciudad estuvo abandonada entre el 1000 y el 850 a.C.! Extrañamente, en la propia Fenicia se da una situación similar (véase el capítulo 8).

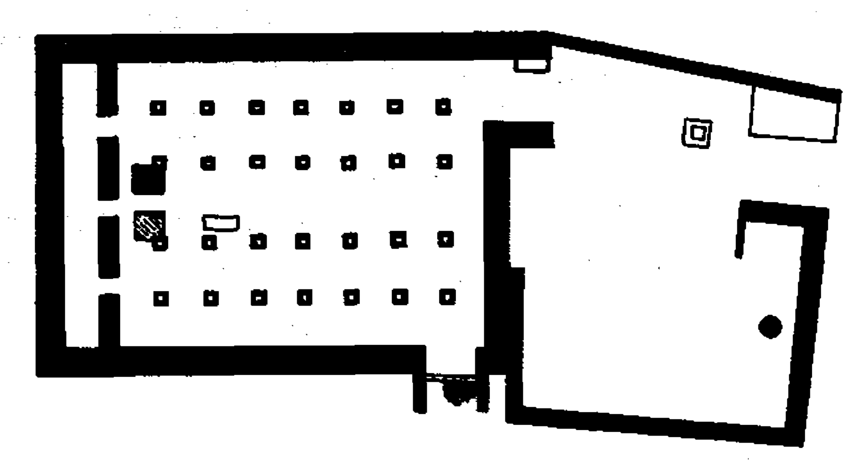


FIGURA 7.4. El templo de Astarté, de Kition, uno de los mayores del mundo fenicio (35,5 × 22 m), fechado por su excavador en torno al 850-800 a.C. Fue construido directamente sobre el templo del bronce final, abandonado hacia el 1000 a.C. (según Karageorghis, 1978).

QRTHDST Y LA LLEGADA DE LOS FENICIOS

Incluso durante el chipriota-geométrico III (850-750 a.C.) la evidencia principal sigue siendo la de la cerámica encontrada en las tumbas, aunque ésta procede ahora de cerca de veinte necrópolis. En lo que se refiere a restos arquitectónicos, aparte del complejo religioso de Kition y de los santuarios de otros cuatro yacimientos,[13] sólo Kourion ha producido evidencias de un modesto asentamiento, pero su fecha exacta es aún objeto de discusión.[14] En conjunto, es cierto que la búsqueda arqueológica de la población viviente de Chipre tiene que realizarse todavía entre los muertos.

Sin embargo, se piensa que el chipriota-geométrico III fue testigo del establecimiento definitivo del dominio fenicio en la isla, con la fundación por Tiro de un centro urbano denominado *qrthdst*, es decir, la «ciudad nueva». El nombre es conocido gracias a dos inscripciones fechadas poco después del final del período (hacia 735 a.C.), y generalmente se identifica con Kition.[15] Aunque en las tumbas chipriotas ha aparecido cerámica fenicia anterior, es su importante cantidad hallada en Kition lo que indica cierta forma de colonización.[16] De este modo, Kition parece ser la primera colonia fenicia en los inicios de la expansión hacia occidente de esta notable nación marinera (véase el capítulo 2).

Durante la excavación de Kition por Karageorghis se hizo un descubrimiento altamente significativo, al ser desenterrados los fragmentos del famoso cuenco con inscripción fenicia. Fue encontrado en el nivel de destrucción, fechado por el arqueólogo en torno al 800 a.C., durante el chipriota-geométrico III, del templo de Astarté, erigido sobre los cimientos de su predecesor del bronce final.

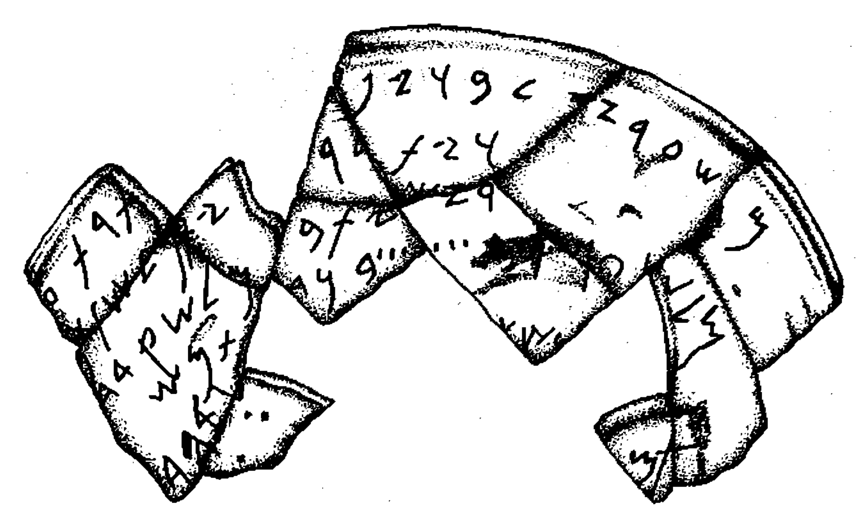


FIGURA 7.5. Cuenco fenicio de engobe rojo con inscripción, hallado en el suelo más antiguo del templo de Astarté, en Kition. El texto es enigmático: según una de las traducciones, la primera línea dice: «... conjuro. Empuja al perro hasta que se desplome [ante As]tarté, y e[mpuja...]» (según Coote, 1975).

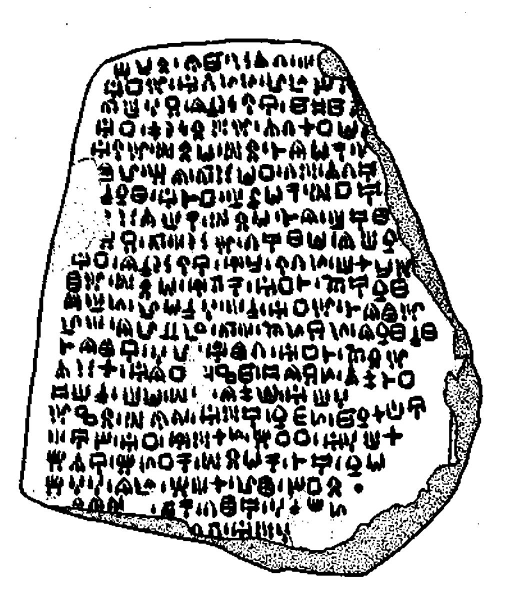
No obstante, se han hecho ciertas objeciones graves que afectan a la cronología local; por ejemplo, los platos fenicios aparecidos en el mismo nivel que el cuenco de Kition han sido fechados por Bikai en el 750-700 a.C., según su secuencia de la cerámica tiria.[17] Robert Coote expresó un problema relacionado con esto, al examinar la inscripción fenicia e indicar que su fecha habría de reducirse por razones paleográficas:

> A menos que la escritura represente una cursiva fenicia, por lo demás desconocida (pero no necesariamente inesperada), de los siglos IX u VIII, al parecer pertenece a una época tan tardía como comienzos del siglo VII.[18]

Otros paleógrafos, como Cross, han adoptado estimaciones ligeramente más altas, pero casi todas caen a mediados del siglo VIII, siendo así más bajas aún que la fecha arqueológica que dio Karageorghis al depósito.[19]

¿El silabario del bardo?

Las grandes ciudades de Chipre adoptaron la escritura durante el bronce final, probablemente para administrar la industria local y el comercio internacional, así como para la comunicación en general. Un fragmento de una tablilla de barro cocido con signos grabados, datada por el excavador de Enkomi en torno al 1500 a.C., es el documento escrito más antiguo de la isla, aún por descifrar.[20] El hecho de que la escritura pueda ser comparable con el cre-



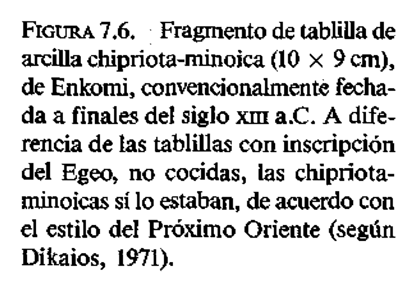


FIGURA 7.6. Fragmento de tablilla de arcilla chipriota-minoica (10 × 9 cm), de Enkomi, convencionalmente fechada a finales del siglo XIII a.C. A diferencia de las tablillas con inscripción del Egeo, no cocidas, las chipriota-minoicas sí lo estaban, de acuerdo con el estilo del Próximo Oriente (según Dikaios, 1971).

tense lineal A ha llevado a denominarla «chipriota-minoica» desde la época de sir Arthur Evans. Se cree que la lengua no es griega, sino posiblemente el eteochipriota nativo,[21] lo que contrasta enormemente con su transformación, unos cuantos siglos después, en el llamado silabario chipriota arcaico, que fue utilizado claramente para escribir en griego.

La escritura chipriota-minoica, aún indescifrada, aparece en una variedad de objetos (tablillas, vasos, pesas, sellos, etc.) a lo largo de Chipre, hasta comienzos del siglo XI a.C., y sobre todo en los centros urbanos del siglo XII. A finales del bronce la escritura desapareció por completo. Por lo que respecta a este tema, podríamos imaginar que desde entonces hasta el siglo VIII a.C. Chipre desapareció bajo las aguas del Mediterráneo. Pero la interpretación tradicional de la arqueología pretende que creamos que tras esta prolongada interrupción la escritura floreció milagrosamente de nuevo en forma del silabario chipriota arcaico/clásico, claramente desarrollado a partir del chipriota-minoico, conocido desde el siglo VIII al I a.C.[22]

Aun cuando es análoga a la de la Grecia peninsular y Creta, la laguna en la escritura entre los chipriotas durante la Edad Oscura presenta implicaciones mucho más serias. Al menos el lineal B fue sucedido tras el vacío por una forma de escritura totalmente diferente: el alfabeto. En Chipre reaparece la misma escritura general sin ninguna huella de su difusión a través de los siglos de oscuridad. Como Sterling Dow observó una vez con preocupación:

> El caso de Chipre es quizá el más claro, el menos estudiado y asombroso ... Durante el intervalo ... de siglos ... los chipriotas escribieron casi siempre, tal vez exclusivamente, sobre materiales perecederos.[23]

Una vez más nos encontramos con la teoría ya familiar de los «materiales perecederos», que resulta más sospechosa cada vez que se aplica a una región diferente. Debido a la debilidad inherente a esta explicación, se han lanzado otras teorías para explicar esta resurrección, pero son aún más inverosímiles. S. Casson sugirió en una ocasión que ¡«el conocimiento de la escritura volvió gracias a los bardos»![24] Desde luego que los poetas transmitieron cuentos heroicos (como el ciclo homérico), pero es seguro que su fama particular radica en su habilidad para hacerlo oralmente.[25] ¿Cómo pudieron transmitir «una escritura» sin escribirla? Y si lo hicieron, ¿dónde están las pruebas?

En efecto, sólo existe una inscripción en el silabario arcaico que llene el vacío en la escritura entre comienzos del siglo XI y el siglo VIII a.C. Se trata del asador de bronce procedente de una rica tumba de Paleopafos, fechado en la segunda mitad del siglo XI a.C. La inscripción que lleva dice *o-pe-le-ta-u*, que en dialecto de Arcadia es el genitivo del nombre propio Opheltes. Es interesante constatar que este hecho coincide con la leyenda que reconoce a Agapenor, jefe de los arcadios en la guerra de Troya, como el fundador de Pafos.[26] Está claro que el silabario arcaico había empezado ya a desarrollarse, puesto que los signos no son ya chipriota-minoicos en la forma. La inscripción ha sido calificada como el «eslabón perdido», en términos casi triunfales, por T. Mitford y O. Masson:

> Así, el viejo problema de la supuesta existencia de una «Edad Oscura» caracterizada por siglos de analfabetismo se ha resuelto ahora satisfactoriamente. Debemos inferir que el silabario existía ya a finales del siglo XII: la ausencia de textos hasta el siglo VIII pudo ser el resultado de una disminución general del alfabetismo en esta época ...[27]

Este hallazgo aislado ha dado lugar simplemente a un cambio de problema: en lugar del problema referente a la transmisión del chipriota-minoico al chipriota arcaico a través de la Edad Oscura sin ejemplos intermedios, se ha pasado a la cuestión de la evolución del silabario arcaico. Aún sigue existiendo un vacío de varios siglos. La pérdida del alfabetismo durante la Edad Oscura continúa siendo una espina clavada en la cronología tradicional de la arqueología chipriota.

GJERSTAD Y EL NACIMIENTO DE LA CRONOLOGÍA CHIPRIOTA

Los sólidos cimientos de la cronología chipriota fueron puestos por la expedición sueca a Chipre durante sus trabajos arqueológicos entre 1927 y 1930. El director del proyecto era el profesor Einar Gjerstad, quien más tarde investigaría la primitiva historia de Roma (véase el capítulo 2). En los años treinta comenzó la labor pionera de fechar la arqueología de la isla.

Desde mediados del siglo VII en adelante, las importaciones de cerámica ática y de escarabeos egipcios proporcionaron abundante material correlativo para

fechar la cerámica chipriota. Para períodos anteriores, y a falta de estratigrafía, se empleó un método estadístico mediante el cual una secuencia tipológica de cerámica local podía ser reconstruida hasta comienzos de la edad del hierro.[28] Sobre la base de esta cronología interna y no absoluta, Gjerstad estimó que el inicio de la edad del hierro no podía remontarse tanto como los micenólogos de la época pretendían, es decir, hasta mediados del siglo XII a.C. Su propósito era, al parecer, evitar el peligro de la creación de una inmensa Edad Oscura.

Mientras que los contactos directos con Egipto establecían las fechas para la mayor parte del bronce final de Chipre, su último tercio estaba sincronizado con Grecia. A finales del chipriota reciente IIC, la mayoría de los yacimientos habían sido destruidos y la cerámica chipriota-micénica indígena sustituida por el tipo del HRIIIC de la Grecia continental. Esto marcó el inicio del período siguiente, chipriota reciente III, que fue situado así en torno al 1225 a.C. (recientemente rebajado a después del 1200 a.C.).[29] El paso siguiente fue determinar cuándo finalizó el chipriota reciente III, y de ahí cuándo empezó el chipriota-geométrico I.

Incluso antes de que Gjerstad hubiera publicado sus conclusiones, Arne Furumark, la mayor autoridad en cronología de la cerámica micénica, había ya argumentado que el chipriota-geométrico no podía haber empezado más tarde del 1150 a.C.[30] Considerando por intuición que esta fecha era demasiado alta, Gjerstad la redujo arbitrariamente en un siglo hasta el 1050 a.C., aproximadamente, y atacó la tesis de Furumark.[31] Aunque los argumentos de Gjerstad no eran convincentes por lo que respecta a la evidencia, Furumark se sintió inclinado a aceptar la mayoría de ellos, evidentemente en vista del dominio superior de su oponente en materia chipriota. Esta aceptación obtuvo el drástico resultado de que la última parte de la cronología micénica fuera fechada a partir de Chipre, contrariamente a todo lo esperado.[32] Tras haber «conseguido» situar el comienzo del chipriota-geométrico I en el 1050 a.C., el siguiente paso de Gjerstad fue buscar conexiones en Oriente, con el fin de probar que esta cronología baja era fiable.

La cerámica chipriota más importante de ese período, conocida como *white painted* I (pintada en blanco), había aparecido en Palestina en varios yacimientos (entre ellos, en el estrato VI de Megiddo, en Gibeah y en Tell Farah Sur). Por desgracia, la interpretación de la estratigrafía palestina se encontraba en un estado tan caótico (y aún lo está; véase el capítulo 8) que sólo se consideró lo bastante importante a Megiddo VI. Pero incluso a este yacimiento se le habían asignado fechas diversas, y Gjerstad decidió escoger la más baja de las propuestas para este nivel (1050-1000 a.C.), que se adaptaba a su propio esquema.[33]

La cronología baja de Gjerstad, en efecto, aunque violentaba ciertas normas arqueológicas, tenía el mérito de reducir la duración de la Edad Oscura, si se comparaba con Grecia y otras regiones, pero a expensas de alargar la edad del bronce final. Aun así, seguía existiendo un vacío considerable que requería definición. La duración de la Edad Oscura chipriota depende, en definitiva, del tiempo concedido a las diversas fases de la edad del hierro (*c.* 1050-325 a.C.).

La datación de éstas presenta un problema complejo que está lejos de tener una solución satisfactoria. El esquema básico de Gjerstad es como sigue:

Chipriota-geométrico	I	1050-950 a.C.
	II	950-850 a.C.
	III	850-700 a.C.
Chipriota-arcaico	I	700-600 a.C.
	II	600-475 a.C.
Chipriota-clásico	I	475-400 a.C.
	II	400-325 a.C.

Este esquema cronológico, con una sola corrección, es utilizado todavía por los arqueólogos de Chipre y del Egeo.[34] La alteración concierne a la fecha del inicio del chipriota-arcaico I, que Karageorghis subió del 700 hasta el 750 a.C., y que Gjerstad, por compromiso, situó en el 725 a.C.[35]

A principios de los años sesenta, Judy Birmingham intentó revisar este esquema y redefinió sus categorías cerámicas internas, pero su obra sólo tuvo una repercusión limitada entre los arqueólogos chipriotas.[36] Aunque se vio obligada a seguir los mismos parámetros globales en lo que respecta a la cronología absoluta, su modelo, entre otras diferencias, sitúa el comienzo del chipriota-arcaico II en el 725 a.C. y el del chipriota-clásico I en el 600 a.C., una conclusión realmente extraordinaria:[37]

Hierro antiguo	(=CGI)	1050-900 a.C.
Hierro medio 1	(=CGII, CGIII y CAI)	900-725 a.C.
Hierro medio 2	(=CAII)	725-600 a.C.
Hierro reciente	(=CCI y CCII)	600-325 a.C.

Al principio, Gjerstad desatendió el desafío, y más tarde lo descartó rápidamente:

> ... al despreocuparse de los resultados obtenidos en las numerosas y metódicas excavaciones arqueológicas llevadas a cabo por expediciones chipriotas y extranjeras, se ha convencido a sí misma de haber contribuido positivamente al estudio de la cultura chipriota.[38]

La relativamente corta duración de 175 años (comparada con la de 350 de Gjerstad) para los períodos chipriota-geométrico II, III y chipriota-arcaico I en conjunto, según el esquema de Birmingham, parece razonable, dada la obvia falta de evidencia arqueológica para las dos primeras fases. Pero su revisión no puede sostenerse si el efecto es elevar la fecha del chipriota-arcaico II (firmemente relacionado con el siglo VI a.C., gracias a los contactos griegos), que, en todo caso, puede sólo ser rebajada.

Un reto de mayor impacto provino de los arqueólogos que trabajaban en

Levante, entre los que la cronología de Gjerstad creó un pandemónium. En primer lugar, el ataque vino de Albright, el gigante de la arqueología bíblica.[39] Pero en realidad fue Gus Van Beek, estudiante de doctorado de Albright, quien, tras aducir importantes pruebas procedentes de yacimientos de Palestina, dirigió la oposición a la «baja» cronología chipriota:

> El geométrico I no puede empezar en fecha tan tardía como el 1050 a.C., sino que tiene que remontarse hasta el 1100 a.C., y, con toda probabilidad, unas cuantas décadas más ... El geométrico II aparece sólo como una fase de transición en la que las formas del I dejan paso a las del III, y puede fecharse en torno a la segunda mitad del siglo XI a.C. El comienzo del geométrico III, pues, debe ser situado a finales del siglo XI a.C. ... Las formas del arcaico I empiezan a aparecer en el tercer cuarto del siglo X y continúan a lo largo del siglo IX.[40]

A partir de las correlaciones con Palestina, Van Beek subió las fechas del chipriota-geométrico I y de todos los períodos subsiguientes. No alteró la fecha del chipriota-arcaico II, probablemente porque era consciente de sus conexiones con Grecia. En su mayor alcance, la revisión de Van Beek requería la redatación del arcaico I al 950/925-800 a.C., en oposición al 700-600 a.C. de Gjerstad: una diferencia de unos 225 a 250 años. La cronología resultante del esquema de Van Beek sería la siguiente:

Chipriota-geométrico	I	1130/1100-1050 a.C.
	II	1050-1000 a.C.
	III	1000-950/925 a.C.
Chipriota-arcaico	I	950/925-800 a.C.
	??	*800-600 a.C.*
	II	600-475 a.C.
Chipriota-clásico	I	475-400 a.C.
	II	400-325 a.C.

Van Beek dejó un área oscura entre el *800* y el *600* a.C., y no dio ninguna indicación sobre si se trataba de una nueva y más tardía Edad Oscura o si el chipriota-arcaico I tenía que extenderse hasta cubrir 325 o incluso 350 años, un período de tiempo increíblemente largo para esta única fase cerámica. El propio Van Beek tuvo que haberse dado cuenta del problema, ya que posteriormente modificó su esquema haciendo que el chipriota-geométrico III terminara en el 900 a.C. y el chipriota-arcaico I en el 750 a.C.[41] Aun así, queda todavía un hiato de 150 años (750-600 a.C.) en un período bien representado en el resto del mundo griego.

EL DILEMA DE LA CERÁMICA PINTADA NEGRA SOBRE FONDO ROJO (*BLACK-ON-RED*)

La presencia de la cerámica pintada «negra sobre fondo rojo» chipriota en los niveles no correspondientes de Palestina constituye el punto central del desacuerdo entre las escuelas Gjerstad y Van Beek. Mientras que su primera aparición fue situada por Gjerstad en la fase chipriota-geométrico III (desde aproximadamente el 850 a.C.), la misma cerámica fue hallada en contextos palestinos fechados en los siglos XI-X a.C. Como ha observado Van Beek:

> El problema más molesto de la cronología chipriota de la edad del hierro es la cerámica N. R. [negra sobre rojo], representada por el omnipresente jarro con asas en la carena o ungüentario. Gjerstad ha datado la N. R. I alrededor de 850-700 a.C. ... Al hacerlo, se ha visto obligado a negar el origen chipriota de los ungüentarios que se han encontrado en casi todos los yacimientos de los siglos XI-X de Palestina, aunque la mayoría de ellos son idénticos en forma y decoración a los hallados en Chipre.[42]

Gjerstad, sin embargo, no estaba dispuesto a descartar su cronología, a menos que se dieran dos condiciones: primero, tenía que comprobarse que la cerámica negra sobre rojo de los siglos XI-X de Palestina era la misma que la de Chipre; segundo, si se trataba de la misma cerámica, se agotarían primero todas las posibilidades de rebajar la cronología palestina antes de subir las fechas chipriotas.[43]

Van Beek insistió en que Gjerstad «no puede negar arbitrariamente el origen chipriota de la cerámica hallada en Palestina simplemente porque es anterior al 850 a.C.».[44] En efecto, la cerámica negra sobre rojo de los siglos XI-X encontrada en Palestina es idéntica a la negra sobre rojo aparecida en yacimientos del chipriota-geométrico III de Chipre. Además, parece imposible rebajar la fecha de los ejemplares palestinos, ya que estaban claramente relacionados con cerámicas locales del siglo XI, como la «cerámica filistea», cuyas fechas están vinculadas a la cronología egipcia vigente.[45]

Sin embargo, el punto de vista de Gjerstad con respecto a la procedencia de la cerámica negra sobre rojo palestina espera aún una respuesta. Recientemente, la aplicación de análisis por activación de neutrones ha añadido una nueva perspectiva al debate. El examen de fragmentos de cerámica negra sobre fondo rojo descubiertos en Tel Mevorakh, en la llanura de Sharon de Israel, ha probado que su origen «debe buscarse en la zona oriental de Chipre».[46] Otros análisis han dado lugar a resultados diferentes, aunque no decisivos, que tienden a sugerir que aunque alguna cerámica negra sobre fondo rojo encontrada en Palestina fue hecha en Chipre, otro grupo debe proceder de un lugar distinto, probablemente de la costa siriopalestina.[47]

En cualquier caso, el análisis por activación de neutrones no puede resolver por sí solo el problema cronológico. Sea cual fuere el origen de esta cerámica (Chipre y/o Siria-Palestina), hay que elegir entre las ventajas relativas de las cronologías alta y baja para estas dos zonas. La cronología alta está aparentemente apoyada por las fechas tradicionales sobre la estratigrafía palestina. Tie-

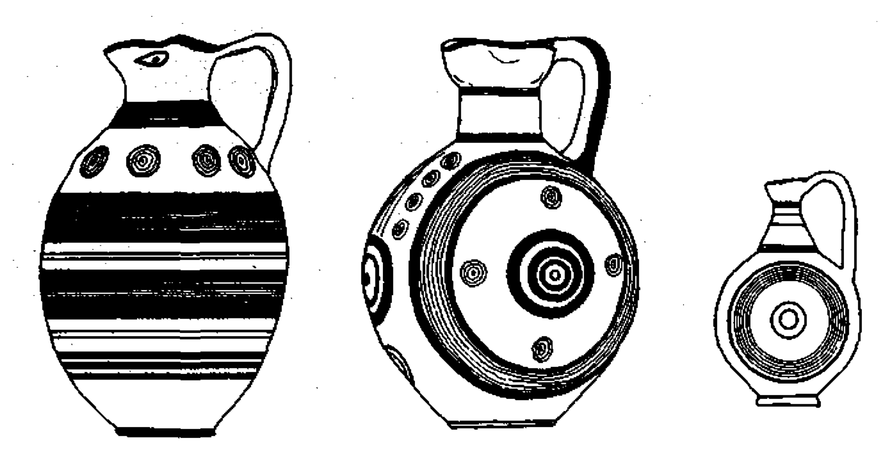


FIGURA 7.7 Vasijas de «cerámica pintada negra sobre fondo rojo», de Chipre. La primera de la izquierda (NsR I) corresponde al período chipriota-geométrico III; la segunda (NsR II), al chipriota-arcaico I, y la tercera (NsR III), al chipriota-arcaico II. La cerámica negra sobre fondo rojo (cuencos, jarras, ungüentarios y ánforas de diversos tamaños) era de arcilla pardo-rojiza, con engobe rojo y decorada con pintura de color negro (según Gjerstad, 1948).

ne también, en opinión de Stager, la ventaja de ofrecer una solución al dilema de la Edad Oscura:

> Otra posibilidad que debe ser investigada es que los dos o tres siglos de «Edad Oscura» de Chipre son ilusorios, creados por los científicos actuales, no por antiguos desastres, y dependen de la datación de la cerámica negra sobre fondo rojo del período chipriota-geométrico [III] ... Si pudiera probarse que el chipriota-geométrico I-II ocupó sólo un breve período de tiempo en los siglos XI-X y fue inmediatamente seguido por el más próspero chipriota-geométrico III, entonces la llamada Edad Oscura desaparece.[48]

No obstante, esta opinión prescinde de una objeción fundamental a la aplicación de la cronología alta. Subir las fechas del chipriota-geométrico con el fin de acortar del siglo XI al IX el vacío de la Edad Oscura, puede hacerse sólo si se crea en la secuencia de la cerámica una nueva «Edad Oscura» posterior. Los desastrosos efectos de esta anomalía en el esquema de Van Beek han sido ya mencionados.

La cronología alta plantea también un problema insuperable, si se confronta con el material egeo. Los sincronismos generalmente aceptados con la cerámica ática y cicládica (véase el cuadro 7.1) hacen que los períodos siguientes resulten aproximadamente contemporáneos:[49]

	CHIPRE		GRECIA				CHIPRE	
	1	2	3	4	5	6	7	8
1200	CR III C	CR III C	HR III C	HR III C	HR III C	HR III C	CR III B	CR III B
1160	CGI	CGI	SM	SM	SM	SM	CR III C	CR III C
1120	CG II A	CG II A	PGA ?	PGA	PGA ?	PGA ?	CGI	CGI
1080	CG II B	CG II B		PGM			CG II A	CG II A
1040	CG III A	CG III A		PGB			CG II [illegible]	CG II B
1000	CA II A	CA II A		GA I			CG III A	CG III A
960				GA II			CA II A	CA II A
920				GM I				
880				TG I				
840				PAA				
800				PAM				
760				PAR				
720				FNA				
680								
640								
600								

1. Heládico reciente final IIIC a submicénico (SM) y última fase del chipriota reciente (CR) III
2. Protogeométrico reciente (PGR) y chipriota-geométrico (CG) II final
3. Geométrico medio (GM) y chipriota-geométrico III final
4. Tardogeométrico (TG) y chipriota-arcaico (CA) I

La revisión de la cronología chipriota por Van Beek subiría inevitablemente las fechas para el protogeométrico griego, y por tanto para el comienzo del geométrico, intensificando además la Edad Oscura griega. Desborough describe las consecuencias del sistema de Van Beek desde el punto de vista de la arqueología egea:

> Si el final del protogeométrico ático debe situarse en torno al 1025 a.C., tenemos que ajustar entre esta fecha y el 1150 a.C. aproximadamente (que, según mis cálculos, es más o menos la época de la destrucción de Micenas) lo que queda del período HR III Clb, HR III Clc, HR III C2 (submicénico) y protogeométrico ático. Además, la duración del geométrico ático, cuya fecha final está fijada con seguridad a fines del siglo VIII, se convertirá en una fase de más de 300 años. A primera vista, pueden parecer deducciones más bien sorprendentes, pero si se sigue la cronología alta hasta su fin lógico éstas son las consecuencias. Dudo de que algún arqueólogo del período griego esté preparado para aceptarlas, y, sin embargo, si esta cronología está basada en hechos, tienen que hacerlo.[50]

Las dudas de Desborough siguen siendo válidas hoy día. Durante los últimos treinta años, sólo un arqueólogo griego ha intentado subir las fechas del protogeométrico usando una «nueva» correlación relativa, pero al parecer a partir de una interpretación errónea de los hallazgos procedentes del yacimiento chipriota de Alaas.[51] De hecho, la tendencia más generalizada es rebajarlas

---

CUADRO 7.1. Cronologías «alta» y «baja» de la edad del hierro en Chipre. Las dos primeras columnas muestran el desarrollo del esquema de Van Beek, basado en las relaciones con la cronología «alta» de Palestina. Las dos últimas presentan el esquema de Gjerstad, una secuencia local relativa vinculada al principio a la cronología «baja» palestina, y una combinación de los sincronismos griegos y egipcios al final. Las columnas del medio indican las diversas fechas propuestas por los arqueólogos del mundo egeo para la edad del hierro griega, que se sitúa entre los dos extremos chipriotas. Las zonas sombreadas indican aquellas fases de cerámica que son parcialmente contemporáneas. Las fechas de Van Beek, aun siendo coherentes con las normalmente preferidas por la mayoría de los arqueólogos de Israel, tendrían consecuencias drásticas, si se aplicaran a Grecia, así como introducen una «edad oscura» en la secuencia chipriota durante los siglos VIII y VII. Una solución a este dilema estaría en la reducción de las fechas de la edad del hierro de Palestina (véase el capítulo 8).

1 = Van Beek (1951)
2 = Van Beek (1955)
3 = Furumark (1941)
4 = Furumark (1944); Desborough (1952); Coldstream (1968); Cook (1972)
5 = Iakovidis (1979)
6 = Mountjoy (1988); Hankey (1988)
7 = Gjerstad (1948)
8 = Gjerstad (1974)

(véase el capítulo 5). Pero este aspecto de la investigación está lleno de dificultades, y contiene casi inevitablemente gran cantidad de argumentos circulares.

Resulta útil recordar las palabras de Robert Merrillees (referentes a la edad del bronce, pero igualmente válidas para la edad del hierro antiguo), que advierten contra la adopción de la cronología chipriota:

> No es infrecuente, de hecho, encontrar que los estratos de la edad del bronce de Siria y Palestina, e incluso, increíblemente, yacimientos de Egipto ... han sido fechados de acuerdo con la cerámica chipriota importada, ¡cuya cronología absoluta depende, a su vez, de ellos! En consecuencia, resulta que las fechas de parte de, o incluso de toda, la edad del bronce han sido construidas como castillos de naipes, con toda la estabilidad y longevidad que caracteriza a esta clase de monumentos.[52]

Chipre contra Palestina

La «datación alta», que para Desborough llevaría a «sorprendentes deducciones» en el Egeo, depende, en última instancia, de la estratigrafía palestina. Recientes trabajos en Tel Mevorakh han resuelto positivamente este problema, en opinión de su excavador Ephraim Stern. El nivel VII, que produjo cerámica negra sobre fondo rojo y otros tipos chipriotas, fue situado con seguridad en el siglo x a.C. Stern declaró:

> ... el viejo debate, iniciado a mediados de los cincuenta, en el que se desafió la validez de la cronología de Gjerstad, parece ahora, a la luz de los últimos estudios, haber encontrado una solución en favor de la datación más antigua del material palestino, como sugirió por primera vez G. Van Beek.[53]

Pero la datación del estrato VII por Stern supondría en Tel Mevorakh un hiato posterior de orden similar al vacío (o extensión) que la cronología alta de Van Beek produciría en la secuencia de la cerámica chipriota-arcaica:

> ... nuestro estudio de la cerámica local del estrato VII de Tel Mevorakh nos lleva a situarlo en el siglo x a.C. ... Si esta conclusión es correcta y el estrato VI comienza en el siglo v, el vacío de aproximadamente cuatrocientos años entre estos dos niveles da lugar a una situación excepcional que puede contribuir grandemente al eterno debate sobre la primera aparición de las cerámicas importadas en Palestina.[54]

Ciertamente se ha creado una «situación excepcional», y debe incluso contribuir al «eterno debate». Pero en qué sentido piensa Stern que esto favorece a la cronología alta sigue siendo un misterio. Si las fechas bajas de Gjerstad se aplicaran a Tel Mevorakh, el vacío se reduciría considerablemente.[55] Cualquier revisión de este tipo, si bien puede hacer más comprensible la evidencia de Tel Mevorakh (y la de yacimientos contemporáneos), estaría por completo

en contradicción con la cronología egipcia aceptada, la columna vertebral de la datación arqueológica de Palestina.

Mientras no se cuestione la validez de las fechas absolutas tomadas de Egipto, y mientras los arqueólogos chipriotas cierren los ojos ante el debate chipriota-palestino, el problema no se resolverá nunca. Las observaciones de los excavadores de Tel Qiri, otro yacimiento del norte de Israel, ilustran la situación:

> Este conjunto coherente de evidencia cronológica [de Palestina] se contradice, lamentablemente, con la datación aceptada para la cerámica negra sobre fondo rojo de Chipre. El registro cronológico de Chipre es claramente un siglo o más posterior a las fechas de Palestina. Esta disputa ha hecho estragos desde los años treinta. Está claro, dados los resultados del AAN [análisis por activación de neutrones] en Mevorakh, que es muy improbable que haya fuentes distintas para las cerámicas chipriota-fenicias y negra sobre fondo rojo. Según parece, las cronologías básicas de muchos yacimientos en una u otra cultura están equivocadas en, al menos, un siglo. El predominio de la evidencia aportada por Birmingham y Van Beek prueba que son preferibles las fechas de Palestina.[56]

Sin embargo, los sistemas de Birmingham y Van Beek son mecanismos artificiales, y no pueden utilizarse para resolver un problema de tales dimensiones. En su lugar, nosotros proponemos que las dos fuentes de cronología —la baja, chipriota, y la alta, palestina— son correctas en parte, pese a los resultados radicalmente distintos que han producido. Si las fechas del chipriota-geométrico no pueden elevarse (es decir, retrocediendo en el tiempo) del período arcaico griego, históricamente establecido, por la misma razón no pueden separarse de la edad del bronce arqueológica. Llevar el hierro antiguo en una u otra dirección da lugar simplemente a una Edad Oscura, más alta o más baja en la escala de tiempo.

Es preciso decir que Gjerstad llegó a un resultado (casi) correcto a través de medios equivocados, mientras que Van Beek llegó a una solución errónea mediante datos correctos. Parece que sólo hay una solución válida: rebajar la fecha del final del chipriota-geométrico para igualar los testimonios de Tiro, y reducir su duración a los dos siglos indicados por la cantidad de restos arqueológicos conocidos de ese período. Esto haría retroceder a su vez en unos 150 años la fecha absoluta del término del bronce final en Chipre, generalmente situado en torno al 1050 a.C., lo cual daría lugar a un panorama mucho más sensato, en el que las ciudades de Chipre abandonadas en esta época son ocupadas sólo unas pocas generaciones después; el renacimiento de la escritura habría sido igualmente rápido.

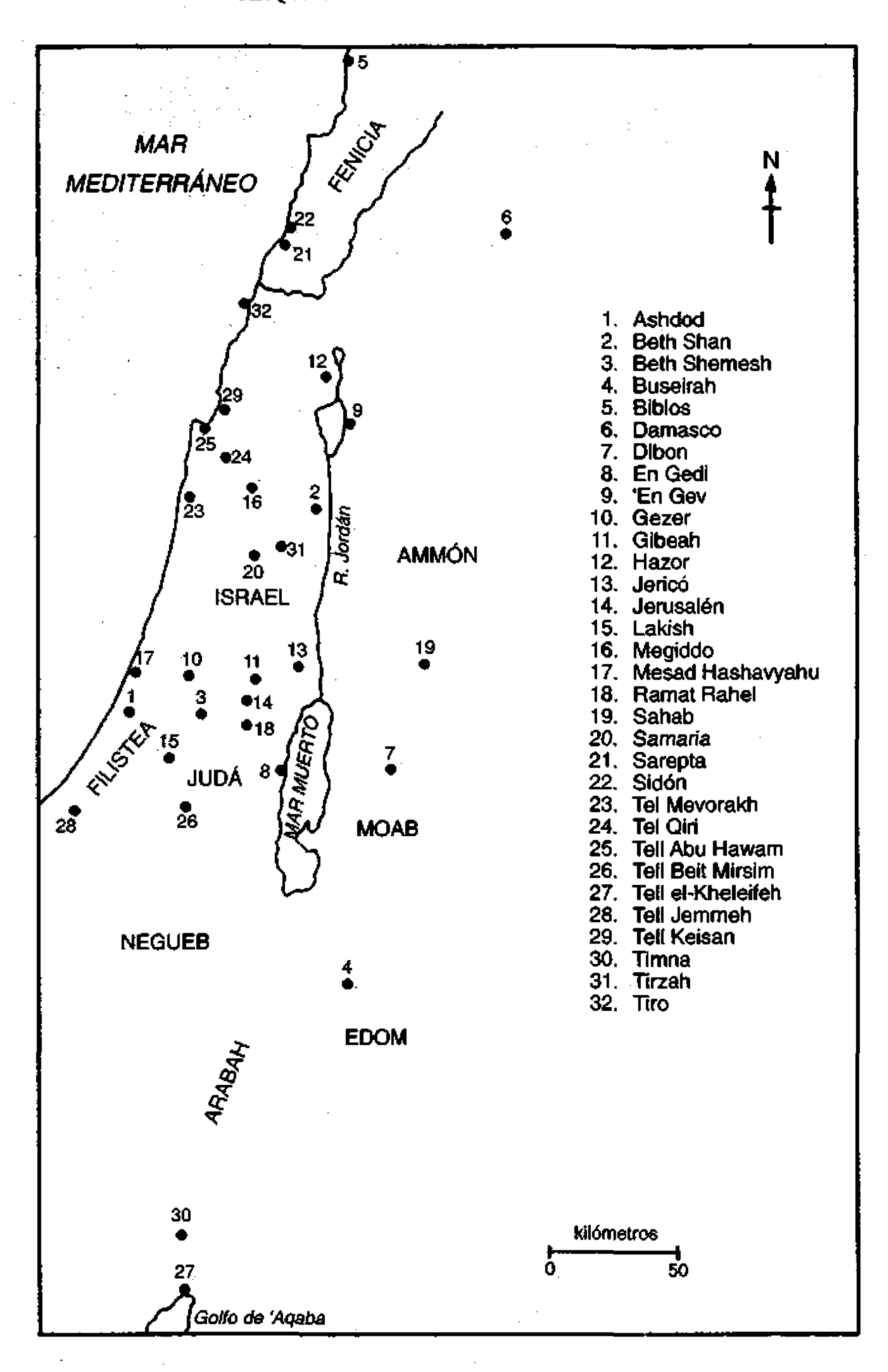
En el capítulo siguiente se estudiará la arqueología de Palestina. ¿Tenía razón Gjerstad al rechazar su cronología alta, que tan flagrantemente contradice la de Chipre?

8. ARQUEOLOGÍA BÍBLICA SIN EGIPTO

Pocos campos académicos han suscitado tan intensos debates como la arqueología de esta estrecha franja de territorio costero conocida hoy como Siria, Líbano y Palestina. Para tres grandes religiones (judaísmo, cristianismo e islamismo) esta es la «Tierra Santa», y las tradiciones sagradas con ella relacionadas añaden una dimensión de polémica extra en las perennes discusiones sobre cronología.

El problema se plantea en dos direcciones, que reflejan los extremos polarizados de la arqueología bíblica. Primero, esta región ha atraído siempre a una devota raza de arqueólogos encantados de excavar con un pico en una mano y una Biblia en la otra. Por ejemplo, si un arqueólogo cree según las Escrituras que un antiguo montículo debe albergar edificios de la época de Salomón, es casi seguro que tarde o temprano encontrará estructuras que cumplan todos los requisitos. El falso aire de autoridad bíblica dado a un descubrimiento semejante puede asegurar la identificación, pese a toda evidencia contraria. Mientras tanto, habrá crecido una pequeña industria turística alrededor de esta «confirmación» de la Biblia.

El otro extremo concierne a aquellos cuyo escepticismo puede ser tan ciego como la propia fe, al rechazar del todo el valor del documento bíblico en su conjunto. Esta actitud ha sido posible desde la época de la revolución darwiniana en la década de 1860, cuando se pudo desafiar con éxito la interpretación literal de la Creación. Desde entonces, los textos bíblicos han sufrido el escrutinio y la disección más cuidadosos, empleando, para ello, los instrumentos de la crítica literaria.[1] Las fechas proporcionadas por el Antiguo Testamento, incluso aquellas para períodos históricos potencialmente útiles en arqueología, han sido alteradas, destrozadas o rechazadas de forma arbitraria. Es como si la Biblia hubiera sufrido esta clase de trato hipercrítico simplemente por el hecho de ser la Biblia. Jamás se habría tenido una actitud similar con respecto a la literatura sagrada de otras sociedades del Próximo Oriente antiguo.[2] Pero, como subrayan los grandes escépticos, ¿no ha demostrado la arqueología repetidas veces que el relato bíblico es falso?



MAPA 10. Palestina.

«LAS MURALLAS SE DERRUMBARON»

La historia de la toma de Jericó por los israelitas es uno de los temas controvertidos. Según el Antiguo Testamento, esta fue la primera ciudad conquistada por los israelitas después de su largo viaje huyendo de la esclavitud en Egipto. Comandados por Josué se acercaron a la «Tierra Prometida» desde el este, ayudados por su Dios Yahvé, que secó el río Jordán para que pudieran cruzarlo sin problemas. Después, las poderosas murallas de Jericó se derrumbaron por sí solas mientras los sacerdotes israelitas marchaban alrededor de ellas tocando las trompetas; los invasores entraron y saquearon la ciudad (Josué 5:13-6:27). De acuerdo con la cronología tradicional, fue la Jericó del bronce final, hacia el 1200 a.C., la que cayó ante los israelitas. Sin embargo, las excavaciones en Jericó no han mostrado huellas de tales sucesos en dicho período. Incluso las famosas murallas han desaparecido.[3]

Por otra parte, un trabajo reciente del especialista bíblico John Bimson ha intentado identificar la conquista de Canaán por los israelitas con la serie de destrucciones, mucho más antigua, que terminó con las ciudades fuertemente amuralladas del bronce medio en Palestina.[4] Las objeciones a esta teoría por razones cronológicas han ido a veces de común acuerdo con la suposición de que la narración bíblica está desacreditada a causa de sus elementos milagrosos.[5] Una opinión más documentada tiene que tener en cuenta que Jericó yace sobre una importante falla geológica propensa a repentinos y violentos terremotos. En diez de treinta incidentes registrados, incluido uno de 1927, los consiguientes deslizamientos de barro obstruyeron el río Jordán e interrumpieron su curso durante uno o dos días.[6] Este conocimiento podría arrojar una luz diferente sobre la historia de Jericó: la caída de sus murallas y el represamiento del río Jordán debieron de ser consecuencia de perturbaciones a lo largo de la línea de falla.

Desde una cómoda silla en un despacho resulta bastante fácil desestimar la narración bíblica por increíble. Sin embargo, tal planteamiento es reflejo de una pobre metodología. Cientos de los más importantes documentos históricos del mundo antiguo contienen elementos milagrosos. Por ejemplo, una inscripción del faraón Ramsés II afirma que el dios Set convirtió el invierno en verano para que su futura esposa, una princesa hitita, pudiera viajar por Palestina sin ser molestada por la lluvia y la nieve.[7] Pero nadie usaría ese argumento para cuestionar la realidad de esta bien documentada alianza matrimonial entre los hititas y los egipcios (véanse las pp. 290-291). El historiador tiene primero que sopesar cuidadosamente tales relatos según su grado de verosimilitud, utilizando cualquier medio posible de control aportado por otras disciplinas, desde la geología hasta la arqueología.

El rechazo de todo el Antiguo Testamento como una pieza de impresionante ficción es sencillamente demasiado fácil. Las primeras historias del Génesis, relativas a Adán, Noé, etc., pertenecen, por supuesto, al campo de los especialistas en antropología y mitología, más que a los historiadores antiguos. Pero el contenido abiertamente mitológico del relato disminuye progresivamente des-

pués, y ya en la época de la esclavitud de los israelitas en Egipto pisamos suelo más firme. La tradición es creíble, puesto que documentos egipcios de diversos períodos hablan de una considerable población «asiática» esclava.[8] Tras esta esclavitud llega el Éxodo de Egipto y el largo vagar antes de la llegada a Canaán (Palestina), la tierra prometida a los israelitas, según creían ellos, por su Dios. Hay poco que sea intrínsecamente imposible en la historia bíblica de la Conquista como una invasión armada. A pesar de ciertas incoherencias, proporciona una visión plausible de la estrategia y tácticas requeridas por una fuerza de invasores relativamente pequeña para conquistar ciudades defendidas por murallas.[9] A la conquista sigue el vago período de los «Jueces», los jefes locales de los israelitas en su lucha por mantener y expandir su control sobre Palestina. El relato parece una mezcla de tradiciones relativas a las luchas de tribus distintas en zonas diferentes, torpemente ordenadas en una única serie al estilo de una historia «nacional». El último de los Jueces fue el famoso profeta Samuel, que ungió a Saúl como primer rey de un Israel unificado. A Saúl le sucedieron David y Salomón, los monarcas israelitas más importantes.

Hay pocos motivos para dudar de la integridad esencial del relato bíblico relativo al período de la Monarquía. Después de la división de Israel en los reinos del norte y del sur (Israel y Judá, respectivamente) hacia el 930 a.C., su historia comienza a estar firmemente vinculada a la de las tierras vecinas. Los anales de los asirios, que invadieron Levante a mediados del siglo IX a.C., han confirmado no sólo la existencia de reyes como Ajab y Jehú, sino también su cronología y la situación política general reflejada en la Biblia (véase el cuadro 8.1; también el capítulo 11). Textos asirios y babilonios posteriores corroboran el relato bíblico hasta el fin de la monarquía israelita, en el 587 a.C.

La Biblia según Egipto

Pese al valor concordante en general de los documentos bíblicos desde el inicio de la Monarquía hasta su caída, relacionarlos con las evidencias arqueológicas plantea un problema importante. Se trata de la naturaleza «muda» de la arqueología palestina con respecto a un punto esencial: ninguna inscripción menciona a los profetas importantes, ni tampoco a los reyes principales, David y Salomón.

El primer documento palestino que hace referencia inequívoca a un personaje bíblico es la estela del rey Mesa de Moab, hallada en Jordania, que relata acontecimientos que pueden ser fechados con seguridad en los reinados de Omri y Ajab de Israel, a mediados del siglo IX a.C.[10] Por desgracia, al no haber aparecido durante una excavación adecuada, no tiene valor inequívoco para datar la arqueología palestina. Hacia el final de la Monarquía crecen los hallazgos de sellos y óstraca (inscripciones sobre fragmentos de cerámica), pero, aunque se citan a muchos particulares,[11] el nombre del rey, cuando se menciona, lo es en forma anónima. Se han descubierto unos cuantos sellos, así como improntas de sellos, con posibles nombres de reyes de Israel y de Judá, pero la mayoría

CUADRO 8.1. Los principales reyes de Israel y Judá, así como los sincronismos conocidos gracias a la documentación de los monarcas asirios, babilonios y persas. Salvo cuando se especifica lo contrario, los ejemplos citados están recogidos en las fuentes mesopotámicas, y confirman la veracidad general de la narración bíblica durante un período de más de cuatro siglos. Existen diversas cronologías para los reyes judíos e israelitas, pero no difieren en más de cinco años. Si bien está cada vez más claro que necesita cierta revisión, en este cuadro y a lo largo del libro se ha utilizado, con pequeños ajustes, la datación establecida por Thiele (1983).

Monarquía unificada

Saúl	Comienzos del siglo X a.C.
David	Comienzos del siglo X a.C.
Salomón	*c.* 950-930 a.C.

Israel	*Judá*	Sincronismos con Mesopotamia
Jeroboam I 930-909 a.C.	Roboam 930-913 a.C.	
Omri 885-874 a.C.		
Ajab 874-853 a.C.		
Jehú 841-814 a.C.		**853 a.C.** Salmanasar III ~ *Ajab en la batalla de Carkar* **841 a.C.** Salmanasar III ~ *Jehú paga tributo*
Joás 798-782 a.C.		**796(?) a.C.** Adadnirari III ~ *Joás paga tributo*
Jeroboam II 793-753 a.C.	Azarías 792-740 a.C.	**742(?) a.C.** Tiglatpileser III ~ *Menahem paga tributo*
Menahem 752-737(?) a.C.		**738 a.C.** Tiglatpileser III ~ *Menahem paga tributo* (cf. II Re. 15:19-20)
	Acaz 735-715 a.C.	**734 a.C.** Tiglatpileser III ~ *Acaz paga tributo* (cf. II Re. 16:7-9)
Peqah 735(?)-732 a.C.		**733 a.C.** Tiglatpileser III ~ *Conquista asiria de Galilea* (cf. II Re. 15:29; reinado de Peqah)
Oseas 732-722 a.C.		**732 a.C.** Tiglatpileser III ~ *Oseas sucede a Peqah* **731 a.C.** Tiglatpileser III ~ *Oseas paga tributo* **724-722 a.C.** Salmanasar V ~ *Asedio y conquista de Samaria; fin de la monarquía israelita* (cf. II Re. 17:4-6; reinado de Oseas) **720 a.C.** Sargón II ~ *Deportación de los israelitas*
	Ezequías 715-686 a.C.	**712 a.C.** Sargón II ~ *Conquista de Ashdod* (cf. Is. 20:1-2; reinado de Ezequías) **701 a.C.** Senaquerib ~ *Ezequías es atacado por los asirios; conquista de Lakish* (cf. II Re. 18:13)
	Manasés 696-642 a.C.	**post-677 a.C.** Asaradón ~ *Manasés aporta materiales de construcción para Nínive*
	Josías 640-609 a.C.	**609 a.C.** Nabopolasar ~ *Los egipcios apoyan a los asirios en Harran* (cf. II Re. 23:29; muerte de Josías)
	Joaquín 609-598 a.C.	**605 a.C.** Nabopolasar ~ *Batalla de Carkemish* (cf. Jr. 46:1-2; reinado de Joaquín)
	Joaquín 598-597 a.C.	**597 a.C.** Nabucodonosor ~ *Candidato babilonio al trono judío* (cf. II Re. 24:10-17; Joaquín es deportado y sustituido por Sedecías)
	Sedecías 597-586 a.C.	**post-595 a.C.** Nabucodonosor ~ *Joaquín exiliado en Babilonia* (cf. II Re. 25:27-30)

587/586 a.C. Nabucodonosor – *Destrucción de Jerusalén y ceguera de Sedecías* (documentada sólo en la Biblia: II Re, 24)
538 a.C. Ciro el Grande – *Conquista Babilonia y permite a los deportados regresar a sus países* (cf. Esd. 1; 6:3-5; Ciro libera a los judíos)
515 a.C. Darío I – 6.º año, *reconstrucción del Templo de Jerusalén* (documentada sólo en la Biblia: Esd. 6:13-18)
445 a.C. Artajerjes I – 20.º año, Nehemías es designado gobernador de Judá (documentado sólo en la Biblia; Ne. 2:1).

aparecieron fuera de contexto o en estratos poco claros.[12] Sólo hay un grupo de sellos correctamente estratificados que, al parecer, mencionan el nombre de un monarca israelita, el penúltimo rey de Judá, Joaquín, que reinó durante seis meses en el 597 a.C. Pero incluso estos sellos son controvertidos; la cerámica con la que fueron hallados ha sido datada recientemente antes del 700 a.C. (véase *infra*).

Dada la ausencia de inscripciones locales que puedan relacionar firmemente la documentación arqueológica con la historia bíblica, los yacimientos palestinos han sido datados generalmente mediante hallazgos de material importado, principalmente objetos egipcios con cartuchos de faraones concretos. En niveles del bronce final han aparecido literalmente cientos de escarabeos, que, según la cronología tradicional de las dinastías XVIII a XX, tienen que ser fechados entre el 1550, aproximadamente, y el 1175 a.C. A pesar de que los hallazgos egipcios son menos frecuentes durante la edad del hierro, su punto de partida, y de aquí el esquema completo, depende todavía de estas conexiones con el Imperio Nuevo de Egipto.

El panorama arqueológico que resulta de esta dependencia de Egipto ha dado lugar a una curiosa e insatisfactoria falta de concordancia con el relato del Antiguo Testamento. Por ejemplo, el final del bronce reciente en Palestina se suele asociar con la conquista israelita. Pero, como ha subrayado Bimson, la documentación arqueológica a este respecto ofrece una contrapartida muy pobre, y Jericó es el ejemplo más notable.[13] Si bien los primeros niveles de la edad del hierro se atribuyen, en general, a los conquistadores israelitas, nada se ha hallado que demuestre definitivamente la presencia de nuevos pobladores en esa época. Se ha pensado que la primera parte de la edad del hierro II representa la «Edad de Oro» de los reyes del siglo x David y Salomón, pero su cul-



FIGURA 8.1. Sello de «Shema, el servidor de Jeroboam», de Megiddo. Jeroboam es casi con seguridad el segundo rey israelita de ese nombre (793-753 a.C.), lo que convierte a esta en una de las pocas inscripciones nativas que mencionan a un monarca hebreo (según *ANEP*).

tura material es de un nivel sorprendentemente bajo. Después de la muerte de Salomón, su «imperio» se dividió en dos partes, y el reino del norte, Israel, cayó gradualmente bajo el dominio de los arameos de Siria, aunque ninguno de estos sucesos importantes puede rastrearse actualmente en la arqueología de la edad del hierro II. Siguieron invasiones de Asiria, Babilonia y Persia en los siglos VIII a VI, y supuestamente asociados con ellas se documentan varios niveles de destrucción. Sin embargo, en Lakish, un auténtico «yacimiento típico» del reino meridional de Judá, nunca se ha llegado a determinar si el nivel III fue incendiado por el rey asirio Senaquerib en el 701 a.C. o por el rey babilonio Nabucodonosor en el 597 a.C.

Los problemas para relacionar la documentación bíblica con la arqueológica han tenido, naturalmente, un serio efecto sobre las actitudes hacia el Antiguo Testamento, y en apariencia el peso de la evidencia inclina la balanza a favor de los escépticos. El caso de Jericó trastornó, desde luego, la credibilidad de la historia de la conquista israelita, y ha desempeñado un papel importante en el desarrollo de esquemas que no implican una invasión militar.[14] Por las mismas razones arqueológicas, la primacía comercial y política asignada a Salomón ha sido rechazada también como una fantasía, un imperio que existió sólo «sobre el papiro».[15] La existencia de tales discrepancias es particularmente molesta, ya que el Antiguo Testamento ofrece la única historia global que ha sobrevivido en todo el Próximo Oriente. Las historias de Egipto y de Mesopotamia, en cambio, han de ser reconstruidas por los especialistas. Además, el enfoque de los autores bíblicos, desde los temperamentales profetas hasta los piadosos cronistas, es más imparcial que el de los escribas egipcios y asirios, cuyo mayor interés era la glorificación de las hazañas de sus reyes. Los profetas de Israel se complacían en recordar los fracasos de sus reyes, e insistían más en sus derrotas militares que en sus victorias.

Kathleen Kenyon, en su época la mayor autoridad de la arqueología británica en Tierra Santa, afronta la cuestión con honradez:

> A partir del siglo X a.C. ... existe una recopilación de acontecimientos que deberían reflejarse en los testimonios arqueológicos, sin ninguna de las ambigüedades que hace tan tentador sugerir teorías variadas sobre los períodos más antiguos ...[16]

A modo de ejercicio, hemos examinado la documentación arqueológica de Palestina *sin* el factor de la cronología egipcia. Hay razones bastante poderosas para dejar a un lado temporalmente las fechas egipcias, dados los problemas que su implicación ha producido en todo el Mediterráneo. Por el contrario, hemos evaluado la documentación arqueológica con la ayuda de fuentes históricas no egipcias —bíblicas, persas, babilonias, asirias y fenicias—, y de los sincronismos arqueológicos que proporcionan Chipre, Grecia y otros países. El método adoptado consistió en ir remontando en el tiempo, relacionando arqueología e historia paso a paso, desde la época conocida del último pe-

ríodo persa hasta lo «desconocido» del bronce final. Los resultados de esta nueva visión de la arqueología bíblica fueron totalmente extraordinarios.

El regreso desde Babilonia

Los cimientos del judaísmo rabínico datan de la época posterior al retorno de los judíos de su exilio en Babilonia, a donde habían sido llevados como cautivos por Nabucodonosor en el 587 a.C. Poco después de haber conquistado Babilonia en 539 a.C., el rey persa Ciro liberó a los judíos. Entre los liberados, que fueron regresando a su patria poco a poco a lo largo del siglo siguiente, muchos habían adquirido tanto poder como influencia en el país de su cautiverio. Repoblaron la tierra, reconstruyeron el Templo y volvieron a fortificar Jerusalén. A mediados del siglo v, el gobernador Nehemías reformó Judá y lo convirtió en un estado nacional dentro del imperio persa, mientras que Ezra «el Escriba» supervisaba la vuelta a la observancia estricta a las antiguas leyes y costumbres mosaicas.

Pero a pesar de esas actividades, la documentación arqueológica para la ocupación persa de Palestina (539-332 a.C.) es notablemente escasa. En muchos yacimientos ha sido difícil definir con certeza los niveles persas, ya que el período, en conjunto, tiene pocos restos arquitectónicos.[17] Aquellos niveles que pueden corresponderle están por lo general confinados a la segunda parte (después de *c.* 450 a.C.). La primera fase de la dominación persa no está prácticamente representada. En su estudio definitivo, Stern lamentaba que «aunque el período persa es relativamente tardío desde el punto de vista arqueológico, constituye una de las épocas más oscuras de Palestina».[18]

Para el período precedente, el del exilio judío en Babilonia (587-539 a.C.), la situación es aún peor. Albright afirmó que «arqueológicamente hablando, el país era una *tabula rasa*», argumentando que Nabucodonosor había reducido la población de Judá a unos 20.000 habitantes.[19] Desde una perspectiva histórica, la tesis de Albright parece muy exagerada. Aunque sólo se espere una cultura material empobrecida tras los saqueos de los babilonios, la vida siguió en Judá. Las fuentes bíblicas sugieren que fuera de la propia Jerusalén, sólo una pequeña proporción de la población (sobre todo, la nobleza y algunos artesanos) sufrió, en realidad, el exilio.[20]

Una lista elaborada por Nehemías (11:25-36), hacia el 440 a.C., incluye una cantidad de ciudades importantes en Sefelah (al oeste) y el Negueb (al sur), habitadas por «el resto de Israel», lo que sugiere que las deportaciones a Babilonia afectaron gravemente sólo a la región central de Judá.[21] Lakish, en el Sefelah, es una de estas ciudades mencionadas por Nehemías, pero, según la datación arqueológica actual, el yacimiento permaneció deshabitado durante mucho tiempo, entre su destrucción por los babilonios en el 587 a.C. y su reocupación a mediados del siglo v a.C.[22] Los vestigios de los períodos babilonio y persa han desaparecido igualmente de muchos otros yacimientos judíos.

Así, cerca de un siglo de historia bíblica aparece escasamente reflejado en

la arqueología. ¿Debemos suponer, entonces, que hubo una «Edad Oscura» en Palestina entre 587 a.C. y *c.* 450 a.C.? Los arqueólogos de principios del siglo XX sostuvieron una opinión diferente, adjudicando con frecuencia material ahora situado *antes* del exilio al período en blanco que actualmente existe. Esta situación cambió radicalmente durante los años treinta, como ha explicado Albright:

> Macalister y Watzinger, seguidos por muchos otros, fecharon la mayoría de la cerámica característica de antes del exilio que procedía del sur de Palestina en los períodos persa y helenístico. Cuando esta cerámica fue trasladada a su fecha correcta, antes del 587 a.C., dejó tras de sí una especie de vacío.[23]

Albright y otros han intentado llenar la laguna dejada por esta redatación, pero sin gran éxito. El problema que se plantea es: ¿en qué se basó en primer lugar una redatación de semejantes consecuencias? Las fechas de los primeros arqueólogos se basaban a menudo, como se ha admitido, en evidencias pobres. Pero ¿fueron reemplazadas por algo más sólido?

Las «cartas de Lakish»

Se ha creído encontrar un hito cronológico firme en Lakish, cuya estratigrafía proporciona la clave de la arqueología de Judá. Aquí se halló un asentamiento del último período persa, nivel I, hacia la mitad del siglo V a.C., a juzgar por la cerámica griega importada. Inmediatamente bajo éste estaba el nivel II, un asentamiento fortificado destruido por el fuego. La excavación entre 1935 y 1938 de su puerta de entrada quemada descubrió algunos textos escritos extraordinarios sobre fragmentos de cerámica (óstraca). Este famoso grupo de cartas, enviadas por un comandante judío llamado Hosaya a su superior Yaosh, al parecer justo antes de que la ciudad cayera bajo un ataque enemigo, constituye el documento hebreo escrito más antiguo que se conoce.

Antes de descubrir estos textos, el excavador de Lakish, J. L. Starkey, había ya supuesto que la destrucción del nivel II era obra de los invasores babilonios del 587 a.C. Envió las cartas de Lakish al especialista en hebreo Harry Torczyner para que las examinara, y éste comparó los nombres personales que contenían con los de la Biblia. Concluyó que los óstraca pertenecían a la época de Jeremías, el profeta dirigente de Judá durante las invasiones babilonias del 597 y el 587 a.C.[24] Mientras trabajaba en su traducción, Torczyner comenzó a identificar acontecimientos individuales con los narrados en el Libro de Jeremías. En la carta IV, la mención de Lakish y Azeqa juntas, en un contexto que sugiere que estaban bajo amenaza militar, invitaba a compararla con la referencia de Jeremías a estas dos ciudades como las últimas que resistieron el ataque final de Nabucodonosor (Jr. 34:7).

La carta III hace referencia a una misión a Egipto dirigida por un comandante llamado «Yikhbaryahu, hijo de Elnatán», y también, indirectamente, a

«un profeta». Torczyner afirmó que había encontrado numerosas referencias a esta figura a lo largo de las cartas, e incluso su nombre, «Urías».[25] Relacionó estas alusiones con el relato bíblico de la extradición del molesto profeta Urías durante el reinado de Joaquín (609-598 a.C.):

> ... el rey envió entonces algunos hombres a Egipto: a Elnatán, hijo de Akbor, con otros hombres. Y sacaron a Urías de Egipto y lo condujeron al rey Joaquín, que le hirió a espada y arrojó su cadáver en una sepultura de los hijos del pueblo (Jr. 26:22-23).

El problema obvio es que, mientras las cartas mencionan a «Yikhbaryahu, hijo de Elnatán» como comandante, Jeremías habla de un «Elnatán, hijo de Akbor». No obstante, Torczyner estaba seguro de que ambos sucesos eran el mismo.

Las cartas atrajeron, naturalmente, la atención de los mejores especialistas semíticos del momento, quienes volvieron a estudiar los óstraca, y, en una serie de artículos publicados durante la década siguiente, revisaron por completo la tesis de Torczyner. Los nombres fueron leídos otra vez y los acontecimientos reinterpretados; en efecto, muchas lecturas resultaron ser simplemente producto de su fértil imaginación. Por ejemplo, el «Yikhbaryahu» de Torczyner fue corregido como «Conías».[26] Donde él leyó el nombre de un profeta como «Urías», sólo son visibles, actualmente, los tres últimos caracteres: «-ías». Podía tratarse igualmente de cualquiera de las docenas de nombres hebreos con esta terminación.[27]

Considerándolo retrospectivamente, queda claro que la detallada teoría de Torczyner era muy frágil. El único papel desempeñado por un profeta en las cartas fue de poca importancia: de mensajero.[28] Siendo ciudades muy cercanas entre sí, Lakish y Azeqa tuvieron que haber sufrido amenazas comunes en muchas ocasiones. Tampoco significa gran cosa que un general judío fuera enviado a una misión en Egipto; de nuevo, se trata de algo que pudo haber sucedido numerosas veces.

El análisis minucioso de la obra de Torczyner llevó muchos años. Pero cuando el trabajo terminó nadie parecía saber qué había sucedido realmente. Casi sin excepción, los mismos especialistas que habían destrozado sus argumentos siguieron aceptando su fecha para las cartas. Albright, entre otros, aceptó con los ojos cerrados que la evidencia onomástica presentada por Torczyner demostraba que pertenecía a la época de Jeremías.[29] Sin embargo, nuestro examen de los nombres mencionados en los óstraca indica que las conclusiones de Torczyner estaban totalmente desencaminadas. Según sus análisis, el 68,1 por 100 de estos nombres están documentados en el período de Jeremías y sólo un 40,9 por 100 son posteriores. La verdadera situación es que mientras el 50 por 100 son del tiempo de Jeremías, el 55 por 100 reflejan el período después del retorno desde Babilonia. Así, contrariamente a la afirmación de Torczyner, este método de análisis favorece una fecha posterior a la época de Jeremías, durante el período persa.[30]

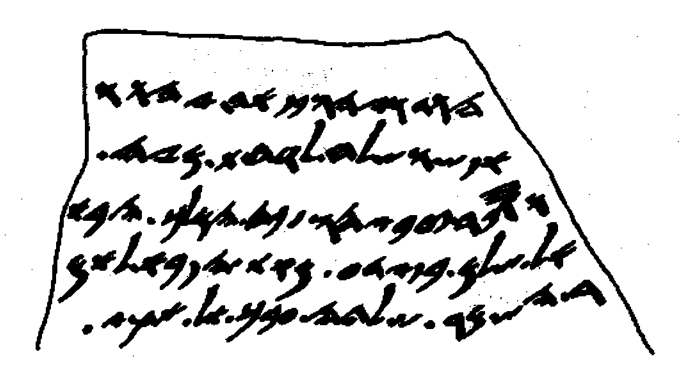


FIGURA 8.2. Carta III de Lakish (Torczyner *et al.*, 1938).

Además, individuos particulares mencionados en las cartas de Lakish parecen poder identificarse en las fuentes de mediados del siglo v a.C.[31] Hay un caso notable. La carta III concluye con el siguiente pasaje:

> Y en cuanto a la carta de Tobías servidor del rey, que llegó a Shallum hijo de Jaddua a través del [vía] profeta, diciendo «¡Cuidado!», tu servidor la ha enviado a mi señor.[32]

En la Biblia se encuentra un extraordinario paralelo con el mencionado autor de la carta. El principal enemigo del gobernador Nehemías era el medio judío Tobías, gobernador de Ammón (al otro lado del Jordán), cuya posición se refleja en su título «el servidor», abreviatura de «servidor del rey».[33] Precisamente cuando el Tobias de los óstraca escribía a un noble judío el mensaje de advertencia «¡Cuidado!», Nehemías (6:17-19) habla así de su enemigo:

> Igualmente en este tiempo los nobles de Judá multiplicaban sus cartas a Tobías y las recibían de él ... Y así ponderaban también en mi presencia sus buenas cualidades y le transmitían mis palabras. Tobías continuaba enviando cartas para intimidarme.

Por lo que respecta al profeta anónimo descrito en el óstracon como mensajero de Tobías, el Tobías bíblico empleaba también profetas, especialmente a Semaya (Ne. 6:10), quien fue enviado para aterrorizar a Nehemías con historias de conjuras contra su vida. De modo que las cartas de Lakish describen a un profeta al servicio de un poderoso autor de cartas amenazadoras llamado Tobías, con el título particular de «servidor del rey»: un detallado conjunto de circunstancias con paralelos exactos en el relato del Antiguo Testamento.[34]

Una confirmación posterior de que la fecha de los óstraca se remonta a la época de Nehemías procede de la carta VI. A pesar de ciertas frases inseguras, los elementos principales de este comunicado están claros.[35] Algunas cartas de príncipes innominados, y una del rey, habían llegado a las manos de Hosaya,

el autor de los óstraca de Lakish. En su informe a su superior Yaosh, describe las palabras de los príncipes como «no buenas», expresivas de una intención dañina («para debilitar nuestras manos») respecto a alguna empresa de la gente de Hosaya en Jerusalén. Suplicaba a Yaosh que intercediera y recordara a los príncipes que sus acciones eran contrarias a la política del rey.

De nuevo estas circunstancias se reflejan en la historia judía de mediados del siglo v a.C. Nehemías obtuvo permiso del rey persa Artajerjes para reconstruir las murallas de Jerusalén; todos los judíos de la zona participaron, y entre ellos un Hosaya, el primero de los «príncipes de Judá» (Ne. 12:31-32). Otros príncipes, más poderosos —como Tobías, gobernador de Ammón, el rey de los árabes y el gobernador de Samaria— se opusieron violentamente al proyecto. Esparcieron rumores de que la reconstrucción era un acto de rebelión contra el rey (Ne. 2:19) e intentaron intimidar a los judíos enviando una carta abierta a Jerusalén en la que los acusaban de planear un levantamiento. Su propósito, como recoge Nehemías (6:9), era asegurar que «sus manos [las de los judíos] serían debilitadas por el trabajo, que no debía realizarse».[36]

Pese a la limitada información proporcionada por los óstraca, las similitudes son sorprendentes. Contrastan fuertemente con las ofrecidas por la datación a principios del siglo VI de las cartas de Lakish. No se ha hallado en la rica literatura bíblica relativa a la época de Jeremías ningún paralelismo de igual sustancia, ni tampoco la identificación de un solo individuo, ni siquiera después de cincuenta años de investigación.

Siguiendo la pista de nuestra nueva interpretación de las cartas, Lakish II habría sido destruida no en el 587 a.C. por los babilonios, sino hacia el 440 a.C., bajo los persas. Los problemas durante el gobierno de Nehemías,[37] tal como los describe el eminente historiador bíblico John Bright, proporcionan un contexto verosímil para un asalto violento a Lakish:

> Nehemías tenía enemigos en todas partes ... que incitaron —seguramente de forma extraoficial y pretendiendo ignorar todo el asunto— a bandas de árabes, moabitas y filisteos a hacer incursiones en Judá. Jerusalén fue acosada y las ciudades de alrededor estaban aterrorizadas; según Josefo, no pocos judíos perdieron la vida.[38]

Una incursión desde la vecina Filistea parece la explicación más verosímil de la destrucción de Lakish II, ya que la cultura material del asentamiento sucesivo (Lakish I) incluye nuevas formas de cerámica, altares y figurillas documentados principalmente en yacimientos de la costa. Rebajar la fecha para el final de Lakish II eliminaría también el largo vacío interpuesto por la cronología tradicional antes del comienzo de Lakish I, a mediados del siglo v a.C.[39]

Lakish III: ¿Senaquerib o Nabucodonosor?

A pesar de la coherencia de este panorama y de la tentadora evidencia proporcionada por las cartas de Lakish, ¿puede realmente rebajarse en 150 años la cronología de un yacimiento clave como éste? Un cambio drástico semejante para Lakish II parece menos extraño en el contexto de la polémica sobre la datación de los estratos más antiguos. Casi desde la primera excavación del yacimiento, la opinión académica ha estado claramente dividida entre una cronología «baja» o «alta» para Lakish III, lo que supone una diferencia de más de un siglo. Esto ha planteado, en palabras del actual excavador del yacimiento, David Ussishkin, «uno de los problemas de cronología más graves y fundamentales de la arqueología palestina».[40]

Ambas partes del debate aceptan que Lakish II fue destruida por Nabucodonosor en el 587 a.C., pero se basan, por desgracia, en el trabajo descuidado de Torczyner. Todas las estimaciones de las fechas de los estratos anteriores se han calculado a partir de esta base. Starkey distinguió pocos cambios en la cerámica de Lakish III a II, y afirmó que la primera había sido destruida por una invasión babilonia anterior, en el 597 a.C. Fue seguido por Albright, Kenyon y otros.[41] La otra escuela de pensamiento, inicialmente representada por la ayudante de Starkey, Olga Tufnell, y después por el prestigioso arqueólogo israelí Yohanan Aharoni, optó por una fecha más antigua. Destacaron las diferencias entre la cerámica de los niveles III y II, que indicaban un largo período de tiempo;[42] además, no había huellas de una campaña babilónica en Palestina en el 597 a.C., de duración suficiente como para asediar y capturar una ciudad importante como Lakish.[43] En cambio, llamaron la atención sobre los famosos bajorrelieves dejados por el rey Senaquerib de Asiria que representan con cierto detalle su sitio a Lakish en el 701 a.C.[44] Los partidarios de la cronología alta atribuyeron la destrucción del nivel III a esta conquista asiria.

Durante los años setenta se extendió la idea de que las nuevas excavaciones de Ussishkin habían resuelto el problema de una vez por todas.[45] Pero un examen más detenido prueba que su tesis no se basaba en ninguna evidencia nueva *per se*. Su principal conclusión, después de trabajar intensamente en el yacimiento, se basaba en realidad sobre un argumento negativo: la eliminación de las otras candidatas posibles a ser la ciudad que supuestamente había arrasado e incendiado Senaquerib. El nivel II fue relegado por su datación tradicional a la campaña de Nabucodonosor en el 587 a.C. El nivel IV, aunque también tuvo un «fin repentino», mostraba pocos signos de incendio, por lo que su muerte se atribuyó provisionalmente a un terremoto.[46] Quedaba sólo el nivel III, que terminaba a causa de una gran conflagración.

El fallo fatal en este razonamiento fue admitido, en cierta medida, por el propio Ussishkin: «el incendio y la destrucción de Lakish no aparecen registrados específicamente en los anales de Senaquerib».[47] En efecto, habría sido muy impropio de los asirios, que normalmente se complacían en registrar el incendio y la devastación de las ciudades enemigas, omitir tales detalles con respecto a Lakish. Senaquerib documenta estas acciones de sus campañas en casi todas

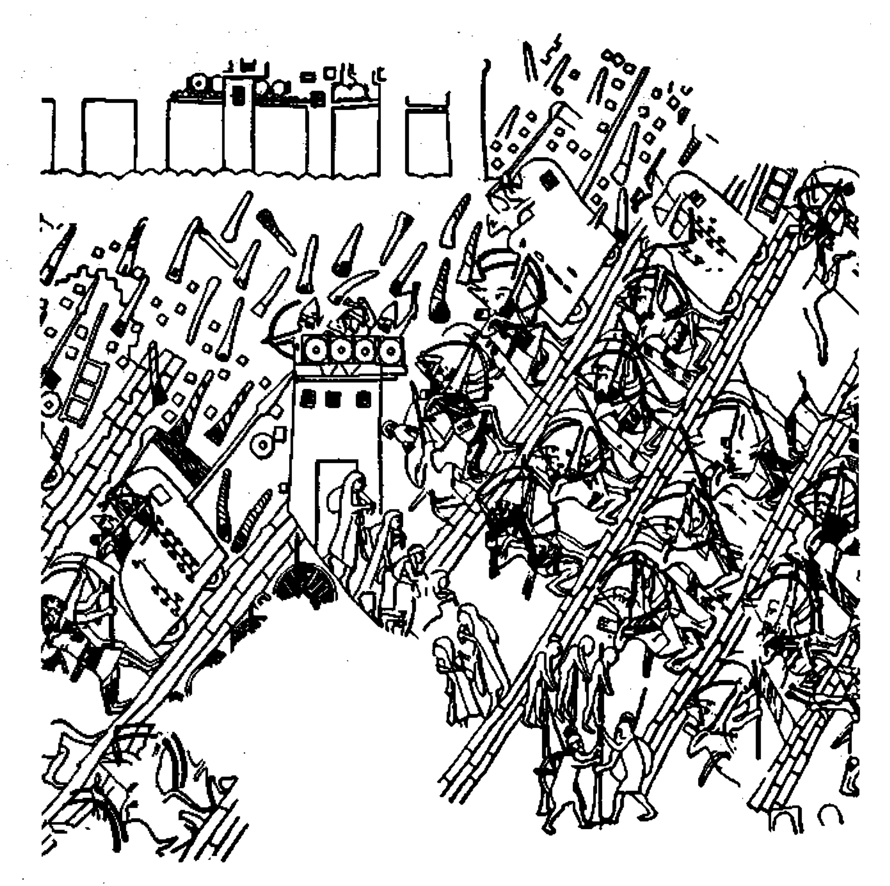


FIGURA 8.3. Fragmento de los bajorrelieves de Senaquerib, de Lakish, que representa el ataque asirio a las puertas de la ciudad (según Tufnell, 1953).

partes excepto en Judá.[48] De hecho, tuvo que haber buenas razones estratégicas por las cuales las fortalezas de Judá, una vez tomadas, no fueron sistemáticamente arrasadas. Senaquerib decidió que las ciudades judías capturadas por él fueran transferidas a los leales reyes filisteos. En el mismo año en que Senaquerib tomó Lakish tuvo también que rechazar una incursión procedente de Egipto.[49] Es probable, por tanto, que las ciudades estuvieran relativamente intactas en el momento de ser cedidas a los vasallos de Asiria.

Así, el punto de apoyo de la tesis de Ussishkin desaparece. Los registros asirios *no* demuestran el completo incendio y devastación de la ciudad. El nivel IV, más profundo, que también parece haber tenido un fin violento, proporciona en realidad un paralelo perfecto con la ciudad asediada y capturada por Senaquerib en el 701 a.C. Asi pues, la destrucción de Lakish III habría tenido lugar lógicamente durante el bien documentado ataque a Lakish por Nabucodonosor en el 587 a.C. (Je. 34:7).

Los últimos reyes de Judá

La polémica sobre Lakish es fundamental para la interpretación de los sellos reales que marcan las asas de las ánforas halladas en numerosos yacimientos judíos del hierro reciente. Llevan la inscripción *lmlk* («perteneciente al rey»), y comprenden dos grandes motivos: uno representa un escarabeo con cuatro alas, y el otro un disco solar alado.[50] Esos sellos, a menudo acompañados de topónimos, son, probablemente, marcas para identificar los viñedos reales que producían el contenido de las vasijas.[51]

Antes de las excavaciones de Ussishkin, se admitía unánimemente que las marcas con disco solar alado fueron introducidas por el rey Josías (640-609 a.C.), el último monarca de Judá con cierto poder real, durante su reorganización administrativa del reino. El tipo con cuatro alas se situaba, por lo general, poco antes de Josías, aunque algunos le daban una fecha muy anterior, en el reinado de Ezequías (715-686 a.C.), el rey que combatió la invasión de Senaquerib.[52] Poco después de reanudar los trabajos en Lakish, Ussishkin descubrió ánforas con ambos tipos de marcas en depósitos intactos de Lakish III. Una vez que estuvo claro que la fecha del 701 a.C. para la destrucción de este nivel había quedado probada más allá de toda duda, el conjunto de sellos reales tenía que fecharse a finales del siglo VIII a.C.

Esta nueva datación de los sellos tuvo lugar al mismo tiempo que una revisión a gran escala de la arqueología palestina, recomendada por Aharoni.[53]

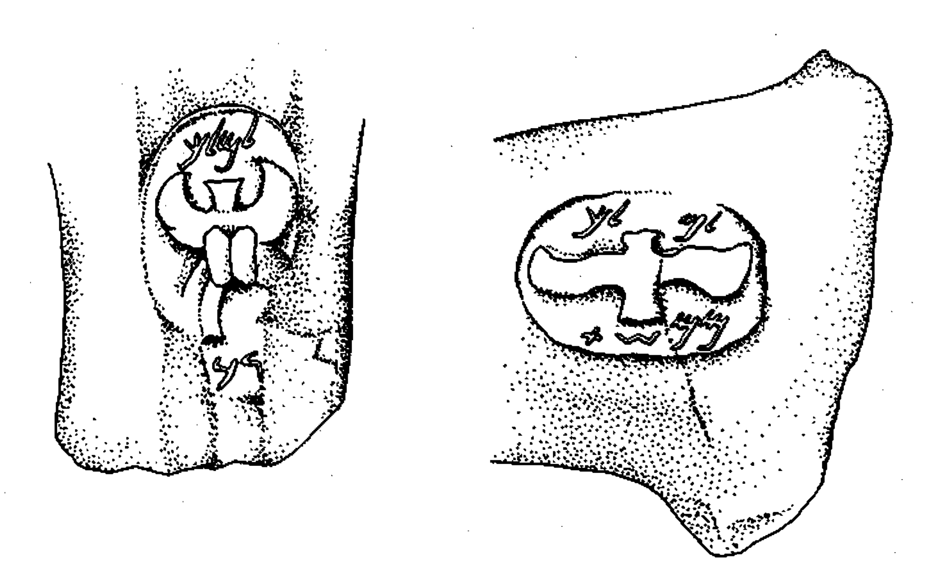


Figura 8.4. Asas de ánfora de Judá con la inscripción *lmlk* («perteneciente al rey»), y símbolos reales: *izquierda*, motivo de cuatro alas con un estilizado escarabeo egipcio; *derecha*, motivo con dos alas, parecido al símbolo de la monarquía asiria (según Naveh, 1982).

Los yacimientos cuya destrucción se había fechado en el 597 a.C. fueron situados a fines del siglo VIII. Los últimos días del reino de Judá se vieron desprovistos, efectivamente, no sólo de su principal material paleográfico —los sellos—, sino también de muchas ciudades. La idea de que numerosos yacimientos judíos eran estériles y habían permanecido abandonados más o menos durante el último siglo de la historia del reino hubo de ser finalmente aceptada.[54] La oleada de destrucciones se atribuyó ahora a los asirios, quienes, en realidad, nunca proclamaron haber hecho tal cosa.

Por otra parte, si —como hemos afirmado aquí— Lakish III fue en realidad incendiada por los babilonios en el 587 a.C., entonces la introducción de los sellos reales puede asignarse de nuevo a la época de Josías. En efecto, su distribución concuerda mejor con las circunstancias históricas de finales del siglo VII que con las del reinado de Ezequías.[55] Igualmente, su desaparición puede considerarse como una consecuencia natural de la desaparición de la monarquía judía. Además, el horizonte de destrucciones que contienen sellos reales puede reintegrarse a su contexto lógico: durante la campaña de Nabucodonosor, que convirtió a las ciudades judías en humeantes ruinas y causó el fin del reino.[56]

Un argumento final procede de otro grupo de improntas en ánforas que proporcionan nombres de individuos no pertenecientes a la familia real. Los «sellos privados» más controvertidos son los de «Eliakim, administrador de Yawkin». Se encontraron improntas en Tell Beit Mirsim, Beth Shemesh y Ramat Rahel,[57] en niveles fechados originalmente a comienzos del siglo VI a.C. En consecuencia, Albright afirmó que los sellos pertenecían a un oficial de Joaquín, el penúltimo rey de Judá, quien reinó seis meses en el 597 a.C., antes de ser deportado por Nabucodonosor. Como hizo notar, ciertas tablillas babilónicas que mencionan a este rey en el exilio muestran que su nombre era vocalizado como «Yawkin», igual que en los sellos judíos.[58] Esta atractiva identificación, que fue ampliamente aceptada, tuvo que ser rechazada de plano cuando los niveles de destrucción del «597 a.C.» cambiaron su datación al 701 a.C.

Tras un cuidadoso examen de los sellos de «Eliakim» y sus contextos, Ussishkin demostró más allá de toda duda razonable que procedían de ánforas que también llevaban los conocidos sellos reales en otras asas. Dado que él mismo fecha los sellos reales con anterioridad al 701 a.C., Ussishkin consideró esto como una prueba concluyente de que Albright estaba equivocado.[59] Pero no parece haberse dado cuenta del significado real de su descubrimiento. Como



FIGURA 8.5. Impronta de sello con la inscripción «Eliakim na'ar [administrador de] Yawkin» (según *ANEP*).

los sellos de Eliakim estaban en vasijas que también llevaban la impronta de los sellos que las clasificaban como propiedad de la corona, parece lógico pensar que aquél era un oficial del rey. Si esto es así, el Yawkin al que Eliakim servía era probablemente un rey. Esto plantea un inmenso problema para la cronología de Ussishkin, que sitúa los sellos de Yawkin un siglo entero antes de que un gobernante de este nombre accediera al trono. Por otra parte, si Lakish III y los yacimientos con ella relacionados fueron destruidos en el 587 a.C., el rey judío Joaquín puede ser reintegrado al registro paleográfico y arqueológico.

La conquista asiria

El único argumento que queda en contra de una fecha tardía para los sellos reales procede del yacimiento de Ramat Rahel, un complejo palaciego judío cercano a Jerusalén. Aquí aparecieron cerca de 150 sellos bajo una capa que contenía cerámica generalmente descrita como «cerámica de palacio asiria» del siglo VII a.C. Se creyó que esto probaba que los sellos eran preasirios, lo que coincidía con la tesis que los situaba antes del 701 a.C.[60] La argumentación depende, por supuesto, de la identificación de esta cerámica como un producto del imperio asirio. Petrie fue el primero que la identificó durante sus excavaciones en Tell Jemmeh, en el sur de Palestina. Dado que era claramente ajena al repertorio palestino, Petrie decidió que había descubierto la «vajilla» de un gobernador asirio.[61] Documentada ahora en varios yacimientos de Israel y Judá, su estilo característico ha llegado a ser aceptado como un rasgo que indica la dominación asiria (*c.* 733-630 a.C.).[62]

Sin embargo, hace más de diez años se señaló que la llamada cerámica de palacio asiria, a juzgar por el testimonio de la estratigrafía mesopotámica, tenía que ser muy *posterior* a la caída del imperio, hacia el 610 a.C. En la capital asiria de Nimrud aparece en los últimos niveles, y continúa en la ocupación del siglo VI a.C.[63] El arqueólogo palestino John Holladay llamó la atención sobre estos hallazgos y concluyó que «el auge de la cerámica ... debería situarse en *y después de* los últimos días del imperio asirio».[64] La cerámica podía reflejar, por tanto, no una influencia asiria, sino neobabilónica, al menos en lo que se refiere a su cronología. Aplicando estos resultados a Palestina, Holladay propuso que la fortaleza y residencia «asirias» (según Petrie) de Tell Jemmeh eran obra de Nabucodonosor, que pudo haber establecido una guarnición en el profundo sur de Palestina después de derrotar a los egipcios en el 605-604 a.C. Sería igualmente posible una fecha aún más tardía, hacia el 570 a.C., cuando Nabucodonosor invadió Egipto.

Lejos de favorecer la cronología alta para Palestina, la presencia de la cerámica de palacio asiria da un considerable giro a la datación de los estratos generalmente asignados a finales de los siglos VIII-VII a.C. Toda la evidencia disponible indica que estos niveles pertenecen en realidad al final del reino de Judá y al período del imperio neobabilónico. Los últimos trabajos de Francis y Vickers sobre la cronología de la cerámica griega arcaica hallada en el sur de Pa-

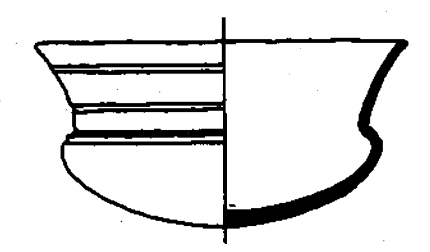


FIGURA 8.6. Ejemplar de la «cerámica de palacio asiria», de Samaria, período VII (según Crowfoot *et al.*, 1957).

lestina están llegando a resultados acordes en general con la revisión aquí sugerida.[65]

Por consiguiente, el período asirio debe buscarse en un nivel más profundo del registro estratigráfico, en estratos fechados tradicionalmente en el siglo IX a.C. La idea de que fases culturales sucesivas de la arqueología palestina han sido clasificadas erróneamente hasta tal punto puede parecer sorprendente, pero lo cierto es que la cronología del hierro antiguo en Palestina es extraordinariamente variable. Por ejemplo, el último excavador de Tell Abu Hawam, un yacimiento clave al sur de Fenicia, ha rebajado la fecha de la destrucción del estrato III, asociado antes a una invasión egipcia en torno al 925 a.C., hasta el siglo VIII, y posiblemente a la época de la conquista de Senaquerib en *c.* 700 a.C. (véase el capítulo 5).

Sería lógico esperar respuestas más claras de un período histórico documentado por textos mesopotámicos y egipcios, respuestas proporcionadas, por ejemplo, por el descubrimiento de objetos de indiscutible origen asirio, como textos en tablillas o en piedra, en estratos concretos. Desafortunadamente, la mayoría de las inscripciones asirias de Palestina son hallazgos aislados,[66] en tanto que las pocas procedentes de excavaciones plantean considerables problemas. El primer excavador de Gezer (Israel) encontró a principios del siglo XX una tablilla cuneiforme con la fecha concreta de 651 a.C. en un nivel que dató en el siglo X a.C.[67] El descubrimiento de otra tablilla asiria del siglo VII en Tell Keisan, en el sur de Fenicia, causó gran confusión: el arqueólogo tuvo que revisar drásticamente su interpretación de la estratigrafía, ya publicada, y fue claramente acusado por uno de los supervisores del yacimiento de manipular la evidencia.[68]

Hay también muchos hallazgos de cerámica de estilo asirio en contextos tradicionalmente fechados como máximo dos siglos antes que la primera invasión de Israel bajo Tiglatpileser III, en el 733 a.C.[69] Una anomalía similar se da con la cerámica pintada negra sobre fondo rojo, datada por los arqueólogos chipriotas en el período 850-700 a.C., pero encontrada repetidamente en contextos de los «siglos XI a X» de Palestina (véase el capítulo 7). En efecto, si el comienzo de la edad del hierro no estuviera ya fijado por los lazos con la cronología egipcia, daría la impresión de que el peso acumulativo de las fuentes bíblica, persa, neobabilónica, asiria, griega y chipriota habría obligado a un descenso total de las fechas de la edad del hierro en Palestina.

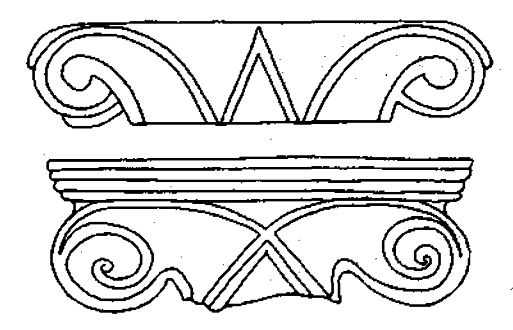


FIGURA 8.7. Capiteles «protoeólicos» (o «protojónicos») casi idénticos, de Megiddo (*arriba*), fechados convencionalmente en los siglos X-IX a.C., y de Salamina (*abajo*), correspondiente a los siglos VIII-VII a.C. La tensión entre las cronologías de la edad del hierro de Palestina y de Chipre, patente en la cerámica, se refleja también en estos detalles arquitectónicos (según Shiloh, 1979).

EL ACERTIJO DE SAMARIA

Una primera comprobación de esta revisión a gran escala está en Samaria, el yacimiento clave para la arqueología de la edad del hierro del reino septentrional, con frecuencia calificado como un caso de perfecto acuerdo entre la documentación arqueológica y la Biblia. Samaria fue fundada por el rey Omri de Israel (padre de Ajab); después de referir que pasó seis de sus doce años de reinado en su capital de Tirzah, la Biblia relata lo siguiente:

> Compró el monte de Samaria a Semer por dos talentos de plata y edificó el monte y puso por nombre a la ciudad que había construido Samaria, del nombre de Semer, señor del monte ... Se durmió Omri con sus padres y le enterraron en Samaria. Y reinó Ajab, su hijo, en vez de él (I Re. 16:23-28).

Posteriormente, Samaria siguió siendo la capital de Israel. La interpretación generalmente aceptada de su arqueología a la luz de este pasaje es razonable: el primer testimonio de actividad constructiva importante dataría del reinado de Omri (885-873 a.C.). Esta regla básica fue seguida por los equipos norteamericano y británico que trabajaron en el yacimiento. Al descubrir los restos de una serie de palacios, atribuyeron el primero (período de edificación I) a Omri (véase el cuadro 8.2).

Aunque se había admitido que la ciudad fue fundada a comienzos del siglo IX a.C., la cerámica asociada con los edificios planteó un problema evidente. Según la clasificación tradicional, la cerámica hallada bajo el suelo de Samaria I pertenecía al siglo X a.C.[70] La arqueóloga británica Kenyon creía que la fecha más aproximada de una fase arquitectónica es la de la última cerámica descubierta entre los escombros utilizados para formar los cimientos de la construcción. En este caso, convencida de que se trataba de un edificio del siglo IX, Kenyon tuvo que declarar que la cronología generalmente aceptada para la cerámica era demasiado alta. En su opinión, la cerámica databa de comienzos del siglo IX a.C.[71]

Este fue el punto de partida de una importante polémica. Otros arqueólogos, sobre todo israelíes y norteamericanos, no aceptaron la interpretación de

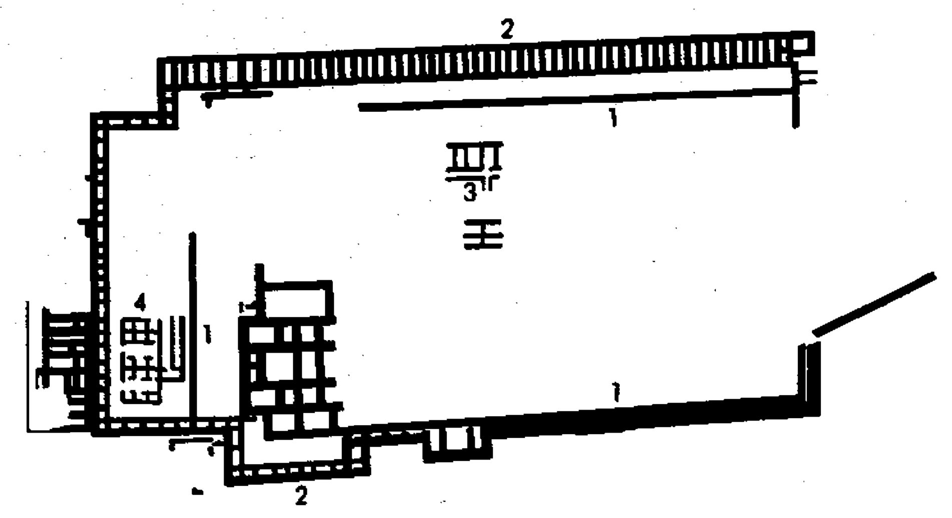


FIGURA 8.8. Planta del complejo del palacio israelita de la acrópolis de Samaria: 1. Muralla de cierre interior, período de construcción I; 2. Muralla de casamatas, período de construcción II; 3. «Casa de Marfil», lugar donde apareció la mayor colección de marfiles; 4. «Casa de los Óstraca», donde se descubrieron los óstraca de Samaria. La planta ha sido parcialmente reconstruida siguiendo a Crowfoot *et al.,* 1942.

Kenyon. Según ellos, la cerámica aparecida en la parte superior de un suelo determinado da una fecha más exacta. Pero en Samaria el problema no era tan sencillo. No sólo se encontró cerámica del «siglo X» *bajo* suelos del siglo IX; también apareció *sobre* ellos, entre el material de nivelación y las casamatas del período de edificación II.

¿Cómo podía ser así? Los oponentes de Kenyon no rebatieron la idea de que Samaria había sido construida por Omri. Por el contrario, afirmaron que el problema estaba en su interpretación de la arqueología, y que la considerable cantidad de cerámica del siglo X encontrada bajo el palacio del siglo IX podía explicarse como los restos de un asentamiento anterior. El mayor crítico de Kenyon, G. Ernest Wright, sugirió que «Omri no compró una colina desnuda, sino una colina con un poblado».[72] Curiosamente, este poblado hipotético no dejó vestigios arquitectónicos, con la posible excepción de dos muros.[73] Más dificultosos resultaron los intentos de explicar por qué la misma cerámica encontrada bajo Samaria I aparece también sobre ella. Wright pensó que la cerámica encontrada en los escombros del «poblado» preomrídico se había utilizado para construir las fundaciones de Samaria II. Su teoría se resquebraja tras un examen más atento. La cerámica en cuestión fue descrita por Kenyon como «totalmente uniforme».[74] Esto es sorprendente, si fue introducida como material de nivelación. Aparecía bajo los suelos de Samaria I mezclada con frecuencia con cerámica del bronce antiguo procedente de un asentamiento prehistórico abandonado durante mucho tiempo.[75] Parece increíble que los cons-

tructores de Samaria II seleccionaran los escombros de un solo período para usarlos en su obra constructiva. El propio Wright observó que de un depósito semejante «se esperaría que contuviera cerámica de todos los niveles de ocupación del yacimiento».[76] Según la arqueóloga, no era así.

Kenyon se mantuvo en sus trece y redefinió el horizonte de cerámica del «siglo x» como perteneciente a comienzos del IX. Después, utilizando Samaria como un «yacimiento índice», comparó su cerámica con la de las ciudades israelitas vecinas, como Megiddo y Hazor, y consecuentemente redujo la cronología de éstas. No obstante, la cronología baja de Kenyon nunca fue popular. Llevada hasta su extremo lógico, hubiera creado un vacío entre los niveles del siglo IX y los del comienzo de la edad del hierro, firmemente situados por medio de la evidencia egipcia a principios del siglo XII a.C. El dilema no parecía tener solución, aparte de la de rechazar la dorada oportunidad que ofrecía Samaria de ser un punto fijo histórico para la cronología de la cerámica palestina.

Ambas partes de la polémica tendían a minimizar la discrepancia entre las fechas de las fases constructivas y de la cerámica. Si bien Wright hizo referencia a la anómala cerámica como del «siglo x a.C.», sus propias observaciones, así como las de Kenyon, revelan que muchas formas eran en realidad características del siglo XI a.C.[77] Al mismo tiempo, Kenyon subió su datación de la cerámica tanto como la evidencia histórica le permitió. Creía que todo el complejo palaciego del período I había sido construido por Omri en sus últimos seis años, atribuyendo el período II a Ajab (873-853 a.C.). Esto significaba, en su opinión, que la controvertida cerámica no podía ser posterior a *c.* 870 a.C.[78] Como señaló Wright, parece excesivo asignar a cada rey una fase constructiva distinta, especialmente dado el corto reinado de Omri. Es más probable que Omri empezara Samaria I, que fue completada por su hijo.[79] Si se tomara en cuenta la estimación por Wright del tiempo empleado para construir Samaria I junto con la interpretación de Kenyon de la cerámica, algunas de las cerámicas del siglo «x» resultarían posteriores al reinado de Ajab. El palacio de Samaria I, después de que Ajab lo terminara, pudo haber sido utilizado por otras dos generaciones, más o menos, lo que significaría que los estilos cerámicos fechados tradicionalmente en torno al 1000 a.C. debieron haber sido usados en realidad en el 800 a.C.

El estudio de los estratos posteriores indica la necesidad de hacer una reducción de este orden para la cerámica de Samaria I-II. Empezando con los niveles más altos, el VIII contiene cerámica griega de los siglos V y VI, por lo que se fecha con bastante seguridad; el VII contiene «cerámica de palacio asiria», y actualmente se piensa que representa la Samaria bajo la dominación asiria, pese a que nada de lo encontrado en esa fase refleja la reconstrucción a gran escala que el rey asirio Sargón II (721-705 a.C.) declaró haber llevado a cabo:

> [La ciudad] re[construí] mejor de lo que (era) antes y [establecí] en ella gentes de países que [yo] mismo [había con]quistado. Nombré a uno de mis oficiales como gobernador sobre ellos y les impuse tributo como (es costumbre) para las ciudades asirias.[80]

Siguiendo la datación de la «cerámica de palacio asiria» discutida anteriormente, el nivel VII sería en gran parte babilónico. Si así fuera, el período de construcción llamado Samaria V/VI no sería el último nivel israelita antes de la conquista de Sargón, sino más bien el asirio final, antes de su retirada hacia el 630 a.C. Dicha reducción concuerda con las fechas revisadas de 701-587 a.C. para Lakish III, cuya cerámica es contemporánea de la de Samaria V/VI.[81]

La obra de Sargón de Asiria debe reflejarse entonces en el período IV de Samaria. Éste incluye nuevas construcciones, reparaciones y modificaciones en los antiguos casamatas y edificios; más significativamente, estaba relacionado con «la ruptura más importante» en la secuencia de la cerámica,[82] un cambio que podía indicar la deportación de los israelitas a Asiria y la reocupación del yacimiento con extranjeros procedentes de Siria y Babilonia. Los famosos óstraca de Samaria, fechados por los años de un dirigente anónimo, pertenecen a este nivel, a juzgar por el tipo de fragmentos sobre los que se ha escrito.[83] Parece que no se refieren a ninguno de los reyes israelitas anteriormente evoca-

CUADRO 8.2. Distintas correlaciones (propuestas por Wright, Kenyon y los autores de este libro) entre las fases de construcción y cerámica (Co y Ce) de Samaria y los períodos históricos. Nuestra revisión sigue la interpretación de Kenyon, según la cual la última cerámica encontrada bajo el suelo de una fase de construcción determinada coincide con la época de su construcción o es ligeramente anterior a ella.

	Wright		Kenyon		Revisión	
Período	Co	Ce	Co	Ce	Co	Ce
Bronce antiguo	—	+	—	+	—	+
s. XI-IX a.C.	—	1 & 2	—	—	—	—*
Omri (885-873 a.C.)	I		I	1		
Acab (873-853 a.C.)		3	II	2	I	1
Jehú (841-813 a.C.)	II		III	3		
Jeroboam II (793-753 a.C.)	III	4	IV	4	II	2
Israelita reciente (753-722 a.C.)	IV-VI	5 & 6	V-VI	5 & 6	III	3
Asirio antiguo (722-*c.* 700 a.C.)					IV	4
Neoasirio (*c.* 700-*c.* 630 a.C.)	VII	7	VII	7	V-VI	5 & 6
Postasirio y neobabilónico					VII	7
Persa	VIII	8	VIII	8	VIII	8
Helenístico	IX	9	IX	9	IX	9

* La menor actividad constructiva (dos paredes) y posiblemente algunas cisternas para el prensado de la aceituna y la uva (véase Stager, 1990) debe reflejar la existencia de un pequeño asentamiento en la época en que Omri *compró el lugar. A éste correspondería la cerámica de la fase 1 (edad del hierro I), muy antigua, que nosotros* fechamos en torno al 900 a.C.

dos, desde Ajab, en el siglo IX a.C., hasta Peqah a mediados del VIII, sino a un dirigente asirio, probablemente Sargón o Senaquerib.

Este hecho convertiría a Samaria III en el último nivel israelita, posiblemente construido por Oseas, último rey de Israel (732-722 a.C.). La extensa obra emprendida durante el período de construcción II pertenecería, entonces, a un rey poderoso como Jeroboam II (793-753 a.C.).[84] La mayoría de hermosos marfiles encontrados en el yacimiento han sido atribuidos usualmente a esta fase y a la época de Ajab (aunque, en realidad, aparecieron en contextos alterados o posteriores).[85] Sin embargo, parece más probable una datación en el siglo VIII. Tal como han declarado repetidas veces especialistas en el trabajo antiguo del marfil, éstos presentan un estilo extremadamente cercano a los marfiles reunidos por Sargón II en su palacio de Jorsabad.[86] En efecto, el grupo asirio incluye muchas piezas probablemente manufacturadas en Israel. El profeta Amós (3:9-15), contemporáneo de Jeroboam II, clamó contra el lujo exhibido por la realeza israelita, que vivía en «casas de marfil».

Así, unas cuantas líneas de evidencia indican que incluso las fechas bajas de Kenyon eran, en conjunto, demasiado altas. Aunque su punto de partida de *c.* 880 a.C. para el período de construcción I parecía ser correcto, su datación de Samaria II en el 870 a.C., aproximadamente, no puede sostenerse. Es más probable una fecha a comienzos del siglo VIII. Los resultados del caso de Samaria, que rebajaría en 200 años la cronología de la cerámica del hierro antiguo, pueden apreciarse por completo únicamente si se examina de nuevo la arqueología actualmente adscrita a la Edad de Oro del rey Salomón, en el siglo X a.C.

La Edad Oscura de Palestina

La riqueza del rey Salomón aparece descrita en la Biblia de una manera tan gráfica que su nombre sigue siendo sinónimo de opulencia. Su reinado señaló el cenit de la abundancia, el poder y la extensión territorial del antiguo Israel. Al norte y al este, los reyes de Siria y Transjordania le rendían homenaje, mientras que Hiram I, rey de la gran ciudad-estado fenicia de Tiro, era su aliado, tanto político como comercial. El matrimonio de Salomón con la hija de un innominado faraón egipcio le dio seguridad por el sur y un prestigio sin precedentes para un rey levantino.

El reinado de Salomón, que terminó hacia el 930 a.C., aparece en la Biblia como cuarenta años de paz casi ininterrumpida, gracias a un sistema de alianzas diplomáticas, fortalezas estratégicamente situadas y un ejército de carros recién establecido. El comercio genera riqueza: «todos los reyes de Arabia» pagaban a Salomón impuestos sobre el tráfico de especias a través de sus dominios. Esyon-Geber, en la cabeza del golfo de Aqaba, se convirtió en un puerto, y su flota, con la ayuda de los expertos marinos fenicios, emprendió expediciones comerciales a tierras lejanas, «trayendo oro y plata, marfil, monos y pavos» (I Re. 10:22).

Las riquezas conseguidas por Salomón fueron empleadas principalmente en un impresionante programa constructivo. Su primera realización fue el magnífico Templo, inspiración de arquitectos y místicos a lo largo de los tiempos. Cerca del Templo construyó un nuevo palacio para sí y otro para su esposa egipcia, y amplió las fortificaciones comenzadas por su padre David. Reconstruyó las ciudades de Hazor, Megiddo y Gezer, y fundó Tadmor (Palmira), un centro comercial en el corazón del desierto sirio (I Re. 5; 7:1-12; 9:15-19).

¿Qué ha revelado la arqueología acerca de estas magníficas realizaciones? Por desgracia, poco podrá jamás recuperarse de la mayor gloria de Salomón, el Templo. En el 587 a.C. fue arrasado hasta los cimientos por Nabucodonosor. Las posteriores reconstrucciones del Templo bajo los persas y Herodes el Grande acabaron por completo con todo vestigio. Sin embargo, no todos los restantes proyectos constructivos de Salomón habrían sido respetados, si bien la reputada prosperidad de su reinado tiene que haber dejado alguna huella arqueológica.

Siguiendo el esquema egipcio para la estratigrafía palestina, los restos salomónicos han sido buscados en el período conocido como edad del hierro IIA, fechado *c.* 1000-900 a.C., y particularmente en Hazor, Megiddo y Gezer. Los primeros vestigios clasificados con seguridad como «salomónicos» fueron el palacio y los establos de Megiddo, protegidos por una puerta y murallas consistentes. A continuación, Yigael Yadin, director ya fallecido del Instituto Hebreo de Arqueología, descubrió otra puerta del hierro IIA en Hazor:

> ... la planta de la puerta —que comprendía seis cámaras y dos torres—, así como sus dimensiones, eran idénticas a las de la puerta descubierta antes en Megiddo y asignada por sus excavadores a la ciudad de Salomón. La excitación creció en nuestra excavación. ¡Esta era una prueba real! No sólo eran correctas nuestras deducciones al atribuir este estrato a Salomón, sino que la puerta confirmaba además la autenticidad de los versículos de la Biblia que describían la actividad de Salomón en esas dos ciudades.[87]

Tras este éxito, Yadin continuó con ciertas «excavaciones en un libro», como las llamó. Buscando entre los informes del yacimiento de Gezer, descubrió la planta de una puerta y murallas «exactamente iguales que las encontradas en Megiddo y Hazor».[88] La campaña reanudada en Gezer demostró que la puerta era del hierro IIA, y el arqueólogo William Dever escribió, exultante: «La cerámica intacta de los suelos y de las construcciones inferiores era la característica cerámica de barniz rojo de finales del siglo X a.C. En efecto, ¡Salomón había reconstruido Gezer!».[89]

Para Yadin y para casi todos los arqueólogos bíblicos, esta clase de testimonio es completamente satisfactoria. La Biblia afirma que Salomón edificó en Hazor, Megiddo y Gezer; en cada uno de estos lugares se descubrieron murallas y puertas de construcción idéntica y de dimensiones similares, todas asociadas con cerámica del hierro IIA que se creía databa de la época de Salomón. La atractiva idea de las «ciudades salomónicas» está ahora firmemente arraigada, no sólo en la mente de los especialistas, sino en la imaginación del público.

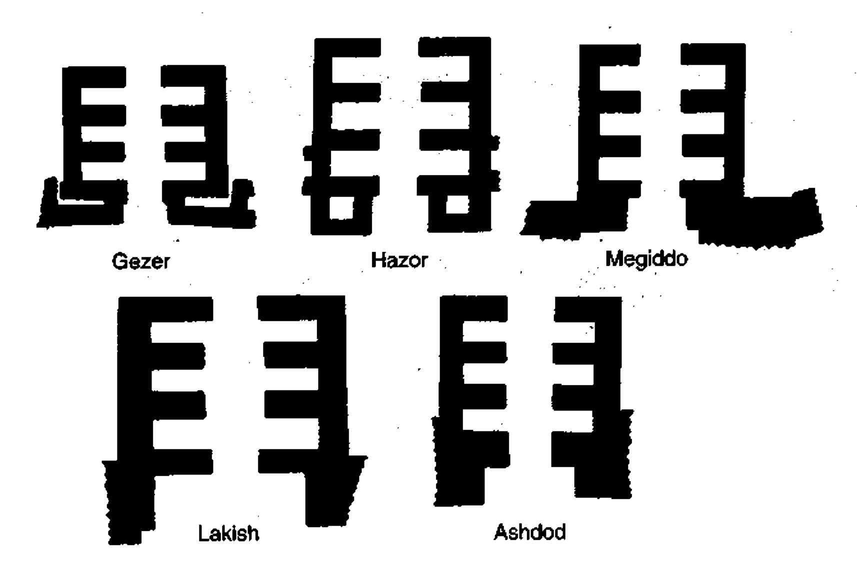


FIGURA 8.9. Puertas supuestamente «salomónicas». Todas han sido fechadas por sus descubridores en el siglo X, excepto la de Lakish, que Ussishkin sitúa en el siglo IX (según Soggin, 1989).

Es cierto que las puertas de Hazor, Megiddo y Gezer pudieron haber sido erigidas por los mismos constructores. Pero ¿fueron éstos realmente los siervos de Salomón? Otras puertas con la misma planta han aparecido recientemente en Lakish, no documentada como un centro de actividad salomónica, y en Ashdod, en Filistea.[90] La Biblia dice claramente que el dominio directo de Salomón no se extendía hasta los filisteos, por lo que la aparición de construcciones «salomónicas» en Ashdod resulta más bien sorprendente.

Además, el nivel de la cultura material asociado con estas estructuras del hierro IIA difícilmente evoca las glorias del reinado de Salomón. En palabras del arqueólogo bíblico norteamericano James Pritchard:

> Estas «ciudades», incluso para los modelos típicos del Próximo Oriente ... estaban lejos de ser lo que puede denominarse centros urbanos; eran más bien poblados. Dentro de las murallas de toscos sillares había suelos de tierra batida o de yeso. Los utensilios de hueso, piedra, arcilla, un ocasional instrumento o arma de metal, indican un nivel cultural a primera vista carente de sofisticación artística y de opulencia. Tampoco se ha hallado evidencia del uso de carros o de arreos metálicos para los caballos. En cuanto al oro y otros metales preciosos, su existencia está limitada a algún ocasional pendiente u otro objeto de adorno personal. En el nivel del siglo X ... de Megiddo, los excavadores no han registrado ni un solo objeto de oro.[91]

El problema salomónico se hace más acuciante en la búsqueda de los productos artísticos de su «Edad de Oro». La cronología tradicional de la edad

del hierro palestina concede un largo período de tiempo entre el hierro I y el IIA (*c.* 1200-900 a.C.), durante el cual el producto artístico más ambicioso fue probablemente la llamada «cerámica filistea», producida en asentamientos costeros del sur, fuera de Israel.[92] El problema de los marfiles levantinos, que los arqueólogos de Grecia sitúan en este período, aunque en realidad no tienen nada que ver, ha sido ya comentado (véase el capítulo 4). La escultura está totalmente ausente, así como la arquitectura monumental.

«¿Fue la de Salomón una época sin arte monumental?», el título de un artículo escrito por Albright en 1958, tipifica el dilema producido por el hecho de situar a Salomón en semejante Edad Oscura cultural.[93] Este problema constituyó el centro del ardiente y amplio debate entre Frankfort y Albright (véase el capítulo 6), que polarizó dos escuelas de pensamiento distintas. La datación de Frankfort de los restos artísticos del bronce final y la edad del hierro en Siria y Palestina era lógica, pero dio lugar a una conclusión que dejó desolados a los arqueólogos bíblicos:

> Una vez que se acepte que todo el arte del norte de Siria en el primer milenio I a.C. representa un nuevo comienzo, ocurrido más o menos simultáneamente —y con los variados recursos del talento local— en diversos lugares, pueden abandonarse los intentos de llenar el vacío entre el 1200 y el 850 a.C. con obras de transición.[94]

Aunque respetando a Frankfort como «el primero de los historiadores de arte comparado del antiguo Oriente», Albright le acusó de conducta inconsciente «que lleva a una campaña sistemática de descrédito de toda la tradición constructiva salomónica mediante el sencillo expediente de negar la existencia de arte o arquitectura en Siria entre *c.* 1200 y 850 a.C.».[95] Albright reunió un montón de objetos, inscripciones y edificios que pudieron pertenecer discutiblemente a la Edad Oscura salomónica, a veces alargando las fechas de materiales que caían a uno u otro lado del vacío en cuestión. Pero su intento de defender la integridad del relato bíblico fracasó. La mayor parte de la evidencia, como los estratos «salomónicos» de Megiddo, Hazor y Gezer, sirvieron sólo para subrayar el bajo nivel de la cultura material de Palestina durante el período del hierro IIA.

En Fenicia se da una situación similar, pues las proclamadas opulencia y hazañas constructivas de la gran era hirámica, contemporánea de la de Salomón en Israel, no han encontrado su contrapartida arqueológica. Por ejemplo, los arqueólogos de Biblos han lamentado siempre el «curioso hecho» de la general «ausencia de niveles estratificados desde la edad del hierro».[96] Esto ha sido atribuido usualmente a la falta de excavaciones en las ciudades antiguas importantes, que continúan estando habitadas, así como a la situación política actual. Sin embargo, las recientes aunque pequeñas campañas en Tiro y Sarepta confirman el pobre panorama de la arqueología fenicia de la edad del hierro antiguo. Los hallazgos del siglo X en Tiro son escasos,[97] en tanto que los hallazgos realizados en Sarepta son muy limitados, y se ha discutido la posibilidad de «un considerable abandono» desde el siglo XI hasta el IX a.C.[98] La in-

cómoda conclusión, para aquellos que se adhieren a la cronología tradicional y al relato bíblico, es expresada por James Muhly:

> Esto es realmente notable. La gran era de actividad mercantil de Fenicia, la época de Hiram I, de Salomón y de las narraciones bíblicas relativas a Esyon-Gueber, la flota de Tarsis y los viajes de tres años de duración a la tierra de Ofir, sencillamente no está documentada en la arqueología de Tiro y Sarepta.[99]

¿Asentamiento israelita o monarquía dividida?

El problema de la arqueología hirámica y salomónica requiere una urgente reconsideración en el contexto de los más amplios problemas cronológicos examinados con anterioridad. Simplemente, ¿se han equivocado de estrato los admiradores del reinado de Salomón?

Se ha dicho ya que Kenyon intentó rebajar la fecha del siglo X a.C. para la cerámica encontrada en Megiddo, Samaria y otros yacimientos. Pero antes que privar a Salomón de sus construcciones en Megiddo, Hazor y Gezer, e introducirle en una Edad Oscura aún peor, los arqueólogos bíblicos prefirieron recurrir a una cronología alta. Para ello, se limitaron a traspasar los problemas al otro lado de la línea, creando una segunda «Edad Oscura» en los períodos neobabilonio y persa. Nuestra revisión de Samaria aconseja una nueva fecha a finales del siglo IX para los tipos de cerámica tradicionalmente datados en torno al 1000 a.C., situando así los niveles del hierro II en época muy posterior a Salomón.

Entonces, ¿pudo Salomón pertenecer a un período anterior en la edad del hierro? No parece probable, ya que el período del hierro I (1200-1000 a.C.) revela un nivel cultural aún más bajo que el del hierro II. En las ciudades principales, como Lakish y Megiddo, existe un evidente vacío en la secuencia del hierro I.[100] Muchos otros yacimientos son poblados de corta vida o establecimientos agrícolas, donde el testimonio de la cerámica es tan ambiguo que las fechas que indica oscilan entre el siglo XIV y el XI a.C.[101] En efecto, algunos de los asentamientos atribuidos al hierro I deben pertenecer, en realidad, al bronce final. El panorama global es tan irregular que, si no fuera por los sincronismos con Egipto que establecen sus comienzos, el período, en conjunto, se vería considerablemente acortado.

Según el esquema tradicional, los primeros niveles de la edad del hierro reflejan la llegada de los israelitas a la Tierra Prometida. Esta interpretación, antes un axioma de la arqueología bíblica, ha sido objeto de intensas críticas en los últimos años. El faraón egipcio Merneptah se refiere a «Israel» en un texto tradicionalmente fechado hacia el 1200 a.C.[102] Debido a esto, Albright y otros arqueólogos bíblicos situaron las destrucciones ocurridas en Palestina a finales del bronce en torno al 1230 a.C.[103] La nueva evidencia arqueológica, datada en relación a los hallazgos egipcios, ha ido erosionando el concepto de un horizonte de destrucción claro en esta época. Ahora parece que estas destrucciones

fueron escalonadas, teniendo lugar en tres etapas, aproximadamente fechadas en 1225, 1200 y 1175 a.C. Cualquier parecido con el relato bíblico de la Conquista bajo Josué ha desaparecido por completo.[104]

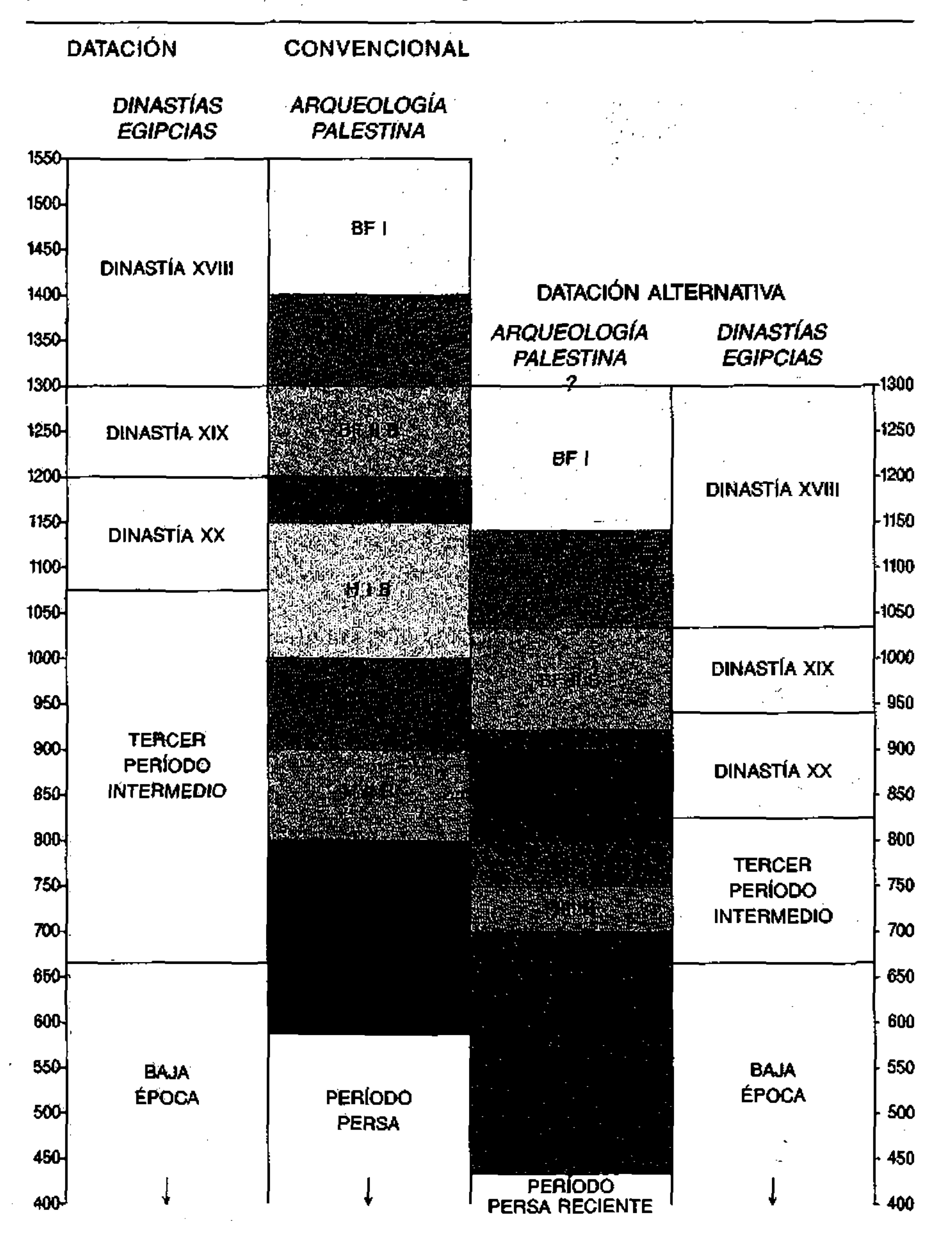
La transición del bronce final a la edad del hierro puede verse ahora como un proceso más gradual. También han aumentado las dudas acerca de si la documentación arqueológica refleja el influjo de una población nueva; efectivamente, no hay «interrupciones dignas de ser anotadas en la continuidad».[105] Tradicionalmente se ha creído que la llegada de los israelitas está indicada por la presencia de cinco elementos nuevos en la cultura material: grandes ánforas de borde anular, un nuevo tipo de olla, cisternas enlucidas para almacenar agua, pequeñas casas con planta de cuatro o cinco habitaciones e hileras de pilares sustentantes, y campos aterrazados.[106] Estas son las características más comunes en la escarpada región de colinas del centro del país, donde se concentraron muchos asentamientos israelitas primitivos: una coincidencia que anima a los arqueólogos a considerarlas como una prueba de la presencia de los primeros colonos israelitas.

Un reciente estudio de Gloria London, etnoarqueóloga especializada en el uso de la cerámica por las sociedades agrícolas modernas de Chipre y Levante, ofrece una perspectiva enteramente distinta de estos supuestos rasgos «israelitas». Demuestra convincentemente que no reflejan necesariamente la llegada de nuevos elementos étnicos al país de las colinas, sino simplemente las diferencias entre la cultura material de las gentes del campo y la de los moradores de las ciudades. Por ejemplo, las grandes ánforas son más útiles en las comunidades aisladas y autosuficientes; las familias urbanas, con acceso a los mercados, no tenían ni espacio ni necesidad para almacenar ánforas en sus casas.[107]

Los israelitas penetraron en Canaán desde el sur, después de una larga estancia en Egipto y muchos años de vagar por el desierto. Si fueran realmente responsables de los nuevos elementos que aparecen en el hierro antiguo, sería lógico que mostraran influencias meridionales. Sucede lo contrario. En la región del Éufrates está documentado un prototipo de casas de «cuatro habitaciones» en el siglo XV a.C. El tipo concreto de construcciones con pilares aparece en Siria durante el bronce final, especialmente en Ugarit.[108] Las ánforas de borde anular se encuentran en una zona mucho más amplia que la que, en principio, correspondería a los israelitas. Por ejemplo, en el yacimiento jordano de Sahab, en el antiguo reino de Moab, aparecieron ánforas con la misma forma con motivos sirios estampados en los bordes.[109] La evidencia sobre una nueva influencia cultural en Palestina en el hierro antiguo favorece claramente un origen más septentrional que meridional.

Si la edad del hierro no anuncia la llegada de los israelitas, se viene abajo un pilar fundamental de la interpretación tradicional de la arqueología palestina. Según el modelo cronológico no egipcio presentado aquí, los cambios observados a comienzos de la edad del hierro no reflejarían el establecimiento de Israel a principios del siglo XII, sino la ruptura de su monarquía unificada a finales del siglo X a.C.: tal vez la consecuencia más sorprendente de nuestra revisión.

CUADRO 8.3. Cuadro comparativo de las dataciones convencional y alternativa de las fases arqueológicas desde la edad del bronce final hasta la edad del hierro en Palestina. Las fechas convencionales se basan en los sincronismos con la cronología histórica de Egipto, generalmente aceptada. Las fechas alternativas dependen de la narración bíblica y de otros testimonios no egipcios, y son acordes con la compresión de la cronología histórica egipcia defendida en el capítulo 10.



Incluso antes de la muerte de Salomón (*c.* 930 a.C.), su imperio se veía amenazado por las dificultades políticas. Con la connivencia de Egipto, Edom, al sur, se rebeló y se convirtió en reino independiente. Damasco, en Siria, fue liberada por un soldado aventurero, fundador de una dinastía aramea que presionaría constantemente la frontera septentrional de Israel. Mientras tanto, en el corazón del reino actuaban fuerzas destructivas. Al parecer, la carga de impuestos locales era soportada principalmente por las tribus del norte de Israel, mientras que Judá, en el sur, quizás estaba exenta de ellos.[110] Este favoritismo produjo resentimientos, y uno de los oficiales de Salomón, Jeroboam, se rebeló. Al morir Salomón, Jeroboam volvió de su exilio en Egipto y enarboló la bandera de la independencia del norte. La inestable unidad de las doce tribus se rompió, y ambas mitades del reino dividido se embarcaron en una guerra civil. Los egipcios se aprovecharon de estos problemas para restaurar su propia autoridad en la zona. Se apoderaron de las fortalezas construidas por Roboam, heredero de Salomón, y el faraón «Shishak» hubo de ser sobornado con los tesoros del Templo. Bright evaluó los inevitables resultados de estos acontecimientos:

> El imperio de David y Salomón desapareció. Podemos afirmar que las consecuencias económicas fueron graves. Dejaron de cobrarse los tributos. Con las rutas comerciales costeras fuera del monopolio israelita y la guerra interna dificultando, cuando no imposibilitando, el libre comercio, la mayoría de las lucrativas aventuras emprendidas por Salomón se hundieron. Aunque no tenemos testimonio directo de ello, la economía de Israel tuvo que haber sufrido serios daños.[111]

Según el modelo aquí indicado, la evidencia directa de dicha recesión económica la proporciona la cultura material del hierro I, que muestra una marcada decadencia desde los últimos niveles del bronce final. El aumento de asentamientos rurales es también comprensible. El experimento salomónico, por el que Israel se esforzó en convertirse en un gran poder económico con una cultura cosmopolita, había fracasado. Cuando el sistema decayó y el comercio dejó de generar riqueza, la respuesta natural fue un retroceso hacia la vida en el campo. El origen septentrional de los «nuevos» elementos del hierro antiguo puede explicarse de forma igualmente lógica: no mediante la llegada de los hebreos desde el sur, sino como un reflejo del creciente dominio sobre Israel por parte de los arameos de Siria. Del mismo modo, la destrucción de tantas ciudades durante la transición del bronce final a la edad del hierro pudo reflejar las guerras que desintegraron el imperio de Salomón, entre ellas la invasión de Shishak hacia el 925 a.C. y las primeras incursiones arameas.

Salomón en toda su gloria

La conclusión de que la era salomónica debe situarse a finales del bronce final es una de las más significativas grietas de nuestra cronología experimental. A pesar de que ahora unos 250 años separan la edad del bronce del rei-

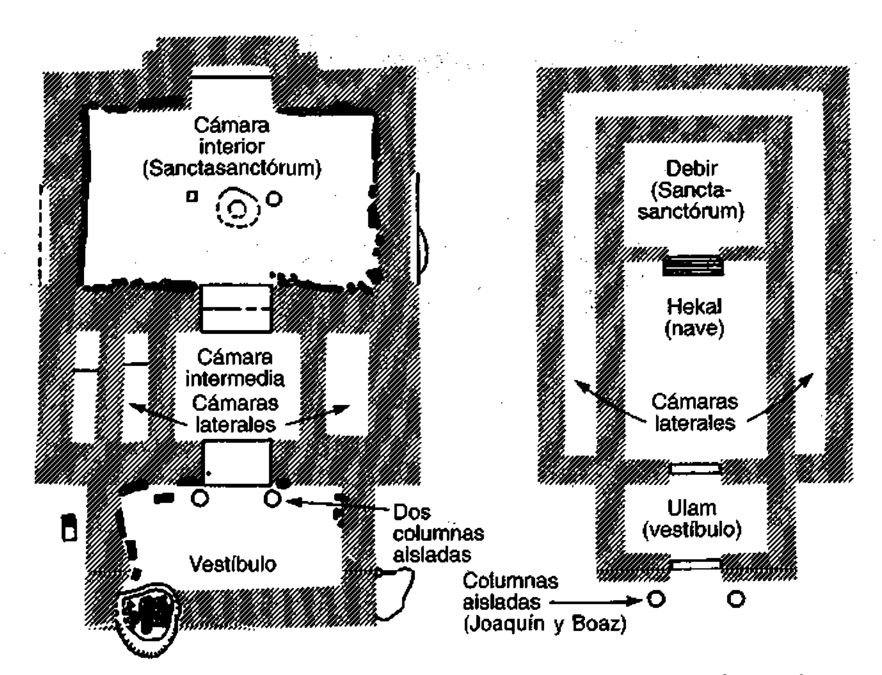


FIGURA 8.10. *Izquierda*, el último templo del bronce final de Hazor; el arqueólogo Yadin (1972, p. 97) observó que «el principal interés de la planta ... es su semejanza básica con la del templo de Salomón, construido unos 300 años después». *Derecha*, reconstrucción del Templo de Salomón según el relato del Antiguo Testamento (dibujo de Rosemary Burnard).

nado de Salomón, los arqueólogos han aceptado siempre tácitamente que la detallada descripción bíblica de su Templo corresponde a la tradición arquitectónica del bronce final. Sólo se conocen dos santuarios identificables de la edad del hierro; ambos son pequeños, y sus plantas presentan escasa semejanza con la del Templo. Por otra parte, se han hecho repetidas veces comparaciones entre la obra de Salomón y los templos del bronce final, especialmente el de Hazor.[112]

El rey Hiram de Tiro, también notable constructor,[113] desempeñó un papel fundamental en la erección del Templo. Proporcionó la madera necesaria para el proyecto, canteros para tallar los bloques de piedras (I Re. 5:7-18) y un maestro forjador para hacer todos los accesorios de bronce.[114] El método de trabajar la piedra usado es significativo: el Templo, el palacio de Salomón y la casa que construyó para su reina egipcia fueron todos construidos con «piedras caras ... escuadradas a medida con sierras, por dentro y por fuera» (I Re. 7:9). La construcción con sillería —esto es, grandes bloques de piedra escuadrados con sierras— era una técnica especializada conocida en la antigua Palestina desde hacía poco tiempo. La sillería está documentada, en efecto, en niveles del «siglo X», como aquellos de Megiddo que se han atribuido tradicionalmente a Sa-

lomón.[115] Pero el período de los sillares por excelencia fue el bronce final, cuando, al parecer, fue una técnica especialmente favorecida por los cananeos de la costa. Por desgracia, los niveles del bronce final de Tiro apenas han sido estudiados. La magnificencia de su palacio, no obstante, fue comparada en una carta de El-Amarna[116] con la del palacio de Ugarit, en la costa siria, cuya excavación ha revelado un complejo palaciego verdaderamente monumental de los «siglos XIV-XIII» a.C., que incorpora una de las obras de sillería más perfectas que se conocen.[117] Otros ejemplos primitivos proceden de comienzos del «siglo XII», de Kition (Chipre), una ciudad que pudo haber estado bajo el control de Hiram de Tiro (véase el capítulo 7).

Por lo que respecta a las elaboradas obras de metal que Salomón encargó para el Templo, P. Moorey ha hecho recientemente un comentario expresivo:

> Levante es rico en anomalías académicas para los estudiosos de la metalurgia de la edad del hierro: para comprender mejor la excepcional (y todavía poco estudiada) descripción de las obras de bronce hechas para el Templo de Salomón (I Re. 7:13-51) se suele recurrir a Chipre o a los yacimientos cananeos del bronce final.[118]

Quizá los objetos más interesantes sean los diez complicados soportes de cuatro ruedas o aguamaniles para llevar a cabo lavados rituales. Sus cuatro paneles y bordes superiores estaban decorados con escenas de animales y árboles (I Re. 7:27-37). Excepto en lo que concierne a sus generosas dimensiones, el texto bíblico proporciona el modelo para una serie de complejos soportes de cuatro ruedas documentados desde finales del siglo XIII hasta comienzos del XII en Chipre (véase la lámina 12). Como ha declarado Catling, aunque su similitud con los ejemplos hechos para el Templo de Salomón «plantea un problema cronológico, difícilmente puede negarse que existe una relación entre ellos».[119]

El «problema cronológico» se plantea a causa de la conclusión de Catling, basada en un estudio exhaustivo, de que la producción de tales soportes cesó durante el siglo XII a.C. (véase el capítulo 4). La mayoría de ellos han sido encontrados en Chipre, y, a juzgar por el descubrimiento de un molde de piedra al parecer usado para realizar los paneles decorativos, el centro de producción fue Enkomi.[120] El Antiguo Testamento atribuye los soportes con ruedas de Salomón a los artesanos fenicios enviados por el rey Hiram. Dado el probable control de Hiram sobre Tiro, podemos considerar los soportes, según una cronología revisada, como el producto común de los talleres fenicio-chipriotas, que florecieron no hacia 1200 a.C., sino en torno al 950 a.C.

El conocimiento de la liturgia del primer Templo hebreo se debe al Libro de los Salmos. Se suele considerar que la mayor parte de estos himnos, que antes se cantaban, fueron escritos en la época del rey David (principios del siglo X), padre de Salomón, el cual hizo los preparativos iniciales para la construcción del Templo. La sorprendente semejanza entre el salmo 104 y el Himno al Disco Solar egipcio, actualmente fechado en el siglo XIV a.C., ha sido ya co-

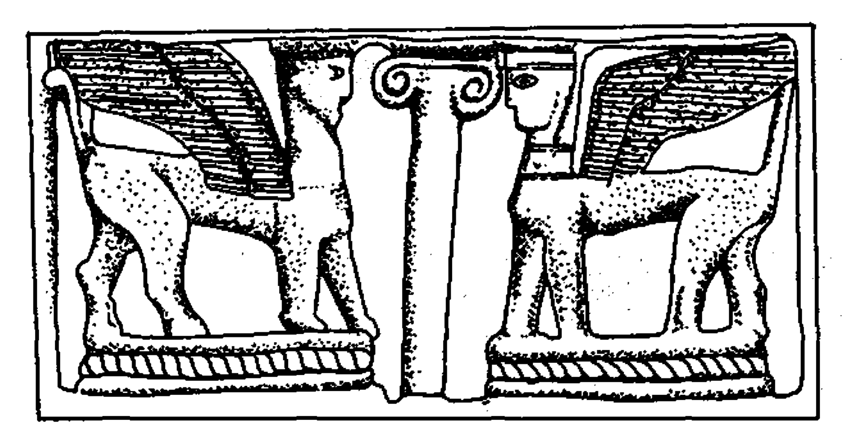


FIGURA 8.11. Panel de un soporte chipriota de cuatro lados, generalmente fechado en el siglo XII a.C., con esfinges flanqueando una estilizada palmera (según Shiloh, 1979). La construcción y decoración de estos originales soportes están descritas con todo detalle en la narración bíblica del mobiliario encargado por Salomón para su Templo (mediados del siglo x a.C.); «grabó sobre las tablas de los soportes y de los paneles querubines, leones y palmeras» (I Re. 7:36). Como Albright ha demostrado, los «querubines» de la Biblia eran, en realidad, esfinges.

mentada (véase el capítulo 1). El imponente archivo del palacio de Ugarit, que data del bronce final, incluye una gran cantidad de textos sagrados y poéticos escritos en «cananeo», esencialmente la misma lengua que el hebreo; los estrechos paralelos que ofrecen con temas, gramática, sintaxis, vocabulario y sutilezas de la expresión poética de los Salmos han sido objeto de innumerables estudios.[121] Se ha llegado a sugerir, en efecto, que algunos de los Salmos y de la literatura relativa pueden haber sido compuestos en realidad en el segundo milenio a.C.,[122] mucho antes del reinado del rey David. Según nuestro nuevo esquema, David habría trabajado dentro de una tradición de poesía y canción del bronce final; la cuestión de un «salto atrás» literario no se plantea.

La cultura material de Palestina a finales de la edad del bronce se observa mejor en Megiddo. La Biblia (I Re. 9:15) indica que aquí construyó Salomón un «recinto palaciego monumental». Esta estructura apareció en el nivel VIIA, el último estrato del bronce final de Megiddo. Aunque mal conservado, el palacio hallado en este nivel «era un edificio imponente, decorado con pinturas parietales».[123] A diferencia del estrato IV, adscrito a Salomón, que carece de objetos de lujo o importados, los vestigios del estrato VIIA reflejan la rica cultura material esperada a partir de la descripción bíblica. Los hallazgos de cerámicas importadas de Micenas y Chipre atestiguan el próspero comercio de la ciudad en esa época.

Pero el descubrimiento más excitante fue el tesoro subterráneo vinculado al palacio, que contenía la mayor reserva escondida de marfiles documentada en todo el antiguo Levante (véase la lámina 17).[124] Ésta incluye paneles para



FIGURA 8.12. Marfil del bronce final, de Megiddo, que representa a un rey y su corte (según *ANEP*).

decorar muebles, estuches para el material de escribir, joyeros, soportes y figurillas soberbiamente tallados, que muestran una amplia variedad de influencias, entre las que destacan la hitita y la egipcia, y hacen pensar en el versículo bíblico (I Re. 10:29) que describe el comercio de Salomón con Egipto y con los «reyes de los hititas». De particular interés es uno de los marfiles, una placa que representa a un monarca ante su corte, sentado en un trono decorado con esfinges. Si su intención era representar más a un rey concreto que a uno ideal, ¿sería demasiado imaginar que en este marfil tenemos, en realidad, una representación del egiptizado rey Salomón?

LAS «MINAS PERDIDAS» DE SALOMÓN

El problema de cómo Salomón pudo hacer frente a sus lujos ha provocado una de las polémicas más encendidas de la arqueología bíblica. Aunque los tributos y el comercio tuvieron que desempeñar su papel, por sí solos no hubieran bastado para explicar el breve milagro económico de su reinado. La leyenda popular le concedió incluso el acceso a unos fantásticos recursos minerales en ultramar, así como a minas «secretas» o «perdidas» en África o en España (véase el capítulo 2).

Desde un punto de vista más realista, se sospecha hace tiempo que Salomón tenía una fuente de riqueza mucho más a mano. Israel es pobre en todo tipo de recursos minerales, excepto uno: el rico cobre del desierto de Arabá al sur de Judá, extraído intermitentemente en Timna desde los tiempos prehistóricos hasta la época romana. Dado que Salomón construyó el puerto de Esyon-Geber en el golfo de Aqaba, en el extremo final del Arabá, parece lógico que se aprovechara de la zona minera situada justo al norte. Esta fue la conclusión a la que llegó Nelson Glueck tras su intensiva exploración del área en los años treinta. Basándose en la probabilidad histórica y en la cerámica encontrada, Glueck decidió que las minas de cobre de Timna habían sido explotadas desde la época de Salomón en adelante, hasta el siglo VI a.C.[125]

Los argumentos de Glueck para la datación de la cerámica proceden en gran parte de sus excavaciones en Tell el-Kheleifeh, cerca del golfo de Aqaba. El «período IV» podía fecharse con cierta seguridad en los siglos VII-VI a.C., gracias a que contenía muchas vasijas que imitaban formas mesopotámicas.[126] La cerámica local de esta fase incluía también el tipo pintado conocido como «cerámica edomita». Teniendo un firme término para el período IV, Glueck fechó los niveles precedentes desde el siglo VIII al X a.C. Del mismo modo, situó la cerámica del Arabá en general entre el VI y el X, dando pie así a la posibilidad de que el cobre de Timna hubiera podido ser extraído por Salomón.

Yohanan Aharoni y Benno Rothenberg (antiguo ayudante de Glueck) rechazaron estas conclusiones; insistieron en que la cerámica de Timna pertenecía al hierro I y podía, por tanto, fecharse con anterioridad al siglo XI a.C.[127] Glueck, apoyado por la autoridad de Albright, defendió con vigor su datación original en 1969.[128] Pero en ese mismo año las excavaciones de Rothenberg en Timna descubrieron un templo repleto de material egipcio de las dinastías XIX y XX junto con cerámica del hierro antiguo. Aharoni y Rothenberg parecieron completamente vindicados. La actividad minera en el yacimiento volvió a datarse de nuevo en torno al 1300-1150 a.C., siendo abandonada posteriormente, al parecer, hasta la época romana.[129]

Este hecho parece suprimir toda posibilidad de que el cobre de Timna haya sido explotado durante el reinado de Salomón. En el prefacio a la publicación del yacimiento de Rothenberg, sir Mortimer Wheeler destacó la extraña conclusión: «A pesar de las tradicionales asociaciones del rey Salomón con las minas y el territorio, el gran rey es probablemente la ausencia más eminente de la secuencia arqueológica».[130] ¿Estaban equivocados Glueck y Albright en su convicción de que Salomón tenía que haber explotado los recursos mineros del Arabá? Tal vez, no. En primer lugar, la redatación de la cerámica está rodeada aún de mucha incertidumbre. Está claro que Glueck no distinguió propiamente entre la «cerámica edomita» de los siglos VIII a VI encontrada en Tell el-Kheleifeh y la cerámica de Timna, actualmente denominada «madianita» y situada en los siglos XIII-XII a.C.: consideró erróneamente que eran la misma. Sin embargo, existe una aparente continuidad entre ambos estilos. Se admite que el actual vacío de siglos en la tradición de la cerámica pintada en esta zona del noroeste de Arabia tiene poco sentido.[131] Las numerosas semejanzas entre las cerámicas madianita y edomita hacen en realidad «perfectamente plausible cierto grado de solapamiento cronológico».[132] Además, Glueck adscribió varios ejemplares de la que ahora se conoce como cerámica madianita a los períodos III-IV de Tell el-Kheleifeh (siglos VIII-VI a.C.);[133] si estuviera en lo cierto, la presencia de cerámica madianita se extendería a lo largo de un período sorprendentemente largo. Al igual que en muchas otras áreas, la introducción de sincronismos egipcios ha dado como resultado un improbable vacío en la secuencia local o bien una igualmente improbable extensión del material.

Además, la conclusión original de Glueck de que las minas de Timna estaban en uso durante el siglo X a.C. está apoyada ahora por una serie de datos de radiocarbono sobre material asociado con la actividad minera.[134] Así, la ex-

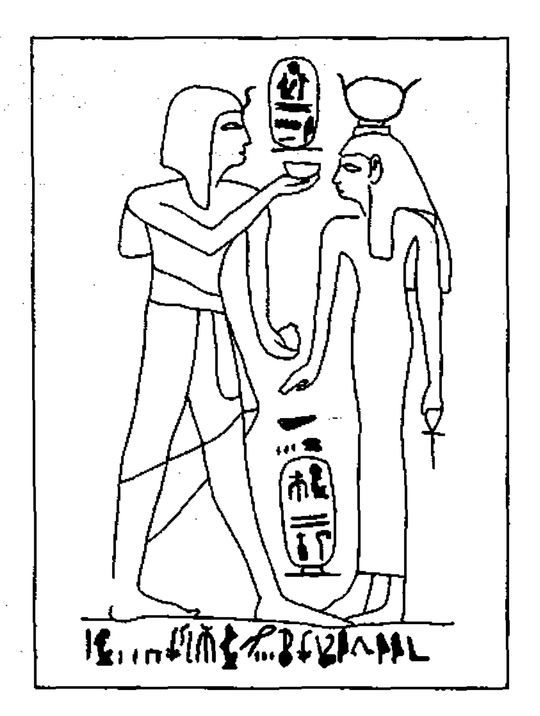


FIGURA 8.13. Relieve rupestre egipcio de Timna, en el sur de Palestina, que representa a Ramsés III realizando ofrendas a la diosa Hathor (según Rothenberg, 1988). Estos restos prueban que el control egipcio sobre la zona se había restablecido durante la dinastía XX. Faltan testimonios de los últimos faraones de la dinastía XIX. Esta recesión en el imperio egipcio coincidiría, según nuestra cronología, con la ascensión del imperio de Salomón, que tuvo que incluir la región minera de Timna. Ramsés III habría sido en ese caso el «rey Shishak», que invadió el sur de Palestina hacia 925 a.C. (véase el capítulo 10).

plotación del cobre del Arabá debe de haber sido un factor importante por su contribución al poder económico desplegado por Salomón. El único escollo real para las fechas de radiocarbono y el argumento circunstancial proporcionado por la historia, la economía, y, naturalmente, las tensiones inherentes a la datación de la cerámica local, es la deslumbrante evidencia del material egipcio de Timna.

No obstante, los resultados de nuestro análisis experimental indican que la cronología egipcia puede estar equivocada en unos 250 años, y que puede desarrollarse un panorama enteramente nuevo de la arqueología bíblica que al menos restaure la armonía entre los documentos históricos y estratigráficos. Por lo que respecta al cobre de Timna, parece que las minas del rey Salomón no estaban tan «perdidas»: más bien habrían estado ocultas por los imperativos de la cronología egipcia tradicional.

9. LOS AÑOS VACÍOS DE LA HISTORIA NUBIA

El Nilo fluye hacia el norte cruzando las tierras pantanosas y la sabana de Sudán y penetrando en el duro desierto nubio hasta que, después de atravesar varias cataratas, alcanza la antigua frontera de Egipto, en Asuán. Nubia, actualmente repartida entre Egipto y Sudán, se extiende inhóspita desde la Primera catarata (Asuán) hasta la Cuarta. La zona septentrional (Baja Nubia), entre la Primera y la Segunda cataratas, yace bajo las aguas del lago Nasser, creado por la construcción de una nueva presa en Asuán. En los años sesenta, la Unesco organizó una gran campaña para la salvación de monumentos y para estudiar y excavar otros yacimientos de la Baja Nubia.[1] Esta fue la tercera campaña arqueológica en Nubia durante el presente siglo: la primera (1907-1911) y la segunda (1929-1934) fueron necesarias debido a la ampliación del antiguo embalse de Asuán.[2] Por consiguiente, la cobertura arqueológica de esta región septentrional es vasta, pero ha sido interpretada siempre según la perspectiva cronológica egipcia. Por el contrario, las excavaciones en la Alta Nubia, al sur de la Segunda catarata, y en la región más meridional de Butana, entre el Nilo y Atbara, se han centrado casi exclusivamente en las necrópolis reales o en los templos.

El estado político que floreció en Nubia y en el Sudán central (Butana) desde el siglo VIII a.C. hasta el IV d.C. ha tenido diversas denominaciones —Kush, Napata o Meroe— y abarca la mayor parte de la zona entre Asuán y Jartum.[3] Los primeros reyes kushitas se enterraron en pirámides en el-Kurru, cerca de la «capital» septentrional, Napata. En los últimos años del siglo VIII a.C., estos reyes kurru extendieron su poder hacia el norte, en Egipto, y reinaron allí como la dinastía XXV hasta mediados del siglo VII a.C. Nuri, frente a Napata, se convirtió en el lugar de enterramiento de los sucesores de la dinastía XXV hasta el siglo IV a.C., cuando se estableció una nueva necrópolis real en la ciudad residencial de Meroe, en el sur. El período meroítico duró hasta el siglo IV d.C., cuando el estado se desintegró en pequeños reinos.

La cronología de Nubia antes de la dinastía XXV (*c.* 700 a.C.) depende completamente de la de Egipto. Todos los contactos de Nubia con el Mediterráneo fueron a través de Egipto (principalmente por la ruta del Nilo, pero quizá también a lo largo de los oasis del desierto libio); por ello, resulta imposible esta-



MAPA 11. Nubia.

blecer cronologías relativas entre Nubia y el Próximo Oriente que no estén sometidas a los vínculos con Egipto. Tampoco se pueden hacer comprobaciones cronológicas a partir de otras regiones del noreste de África, ya que apenas se sabe nada de sus culturas. La cronología interna de Nubia está igualmente dictada por Egipto, porque, aunque se pueden establecer cronologías relativas entre yacimientos y culturas de la propia Nubia, su posición histórica «absoluta» está, hasta ahora, determinada por los objetos o asociaciones derivados de los egipcios.

DE COLONIA A REINO: *EXEUNT OMNES*

Durante el Imperio Nuevo egipcio (tradicionalmente, los siglos XVI a XII a.C., equivalente al bronce final del Próximo Oriente), Nubia se convirtió en una dependencia de Egipto, controlada por una administración virreinal.[4] Las extensas obras de construcción de los faraones del Imperio Nuevo, como los templos de Abu Simbel, y la «egiptización» de las elites nubias llevaron a los primeros estudiosos a pensar en una disolución de la cultura local e incluso en la «desaparición» de gran parte de la población indígena durante la dinastía XVIII (tradicionalmente, siglos XVI-XIV a.C.).[5]

Todas las discusiones sobre la historia nubia a finales del Imperio Nuevo y en el período siguiente se han centrado en una de estas dos grandes cuestiones: la caída de la administración virreinal, o la ascensión del reino de Kurru, su conquista de Egipto y su establecimiento allí como la dinastía XXV. Estos dos fenómenos han sido considerados casi siempre como distintos y sin relación entre sí.[6] En efecto, todos los estudios acerca de este período han sido egiptocéntricos, obsesionados por aquellos problemas directamente relacionados con Egipto, y utilizando únicamente evidencias de tipo egipcio. De este modo, en un período que no presenta grandes monumentos de piedra o textos jeroglíficos, los historiadores sólo pueden ver un hiato, una «Edad Oscura». En el mejor de los casos, se dice que la región sufrió una «regresión» a un «nivel tribal».[7]

El período que se extiende entre el fin de la administración virreinal durante los últimos años de la dinastía XX (*c.* 1070 a.C.) y las primeras inscripciones de la dinastía XXV datables en el siglo VIII a.C. constituye uno de los vacíos más significativos de la historia nubia.[8] La falta aparente de materiales arqueológicos en esta Edad Oscura se equilibra con un aumento correspondiente del uso de un lenguaje lleno de color. El arqueólogo norteamericano William Adams, uno de los directores de la campaña de la Unesco, define así la época:

> Nubia desapareció enteramente de la historia. Sus conquistadores egipcios regresaron a su tierra, y la población indígena retrocedió al desierto de la Alta Nubia, de donde surgirían para vengarse tres siglos después.[9]

Los arqueólogos que trabajan en Nubia han pensado siempre que los testimonios de las necrópolis excavadas indican una decadencia en la población a

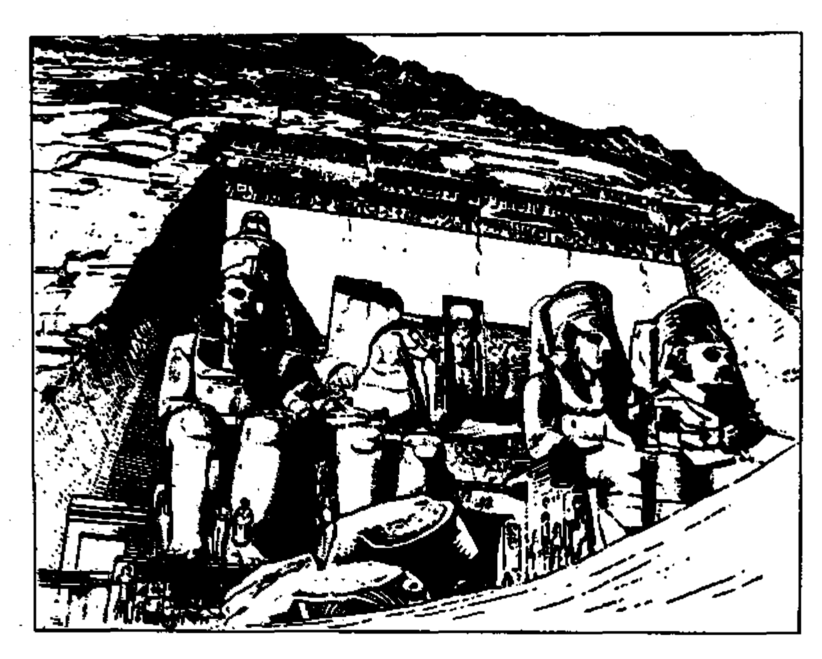


FIGURA 9.1. El gran templo de Abu Simbel en su estado original. Las figuras colosales de cada lado de la entrada representan a su constructor, Ramsés II, de la dinastía XIX (Maspero, 1896).

lo largo de todo el Imperio Nuevo. Propusieron que un extenso período de sequía, causante de las crecidas del Nilo, dio lugar a la disminución de la producción agrícola y a un éxodo posterior de la población: los colonos y administradores egipcios, los nubios egiptizantes, los príncipes locales y algunos de sus partidarios marcharon a Egipto, y el resto de los habitantes indígenas a la Alta Nubia.[10]

La idea de que hubo un despoblamiento masivo de Nubia y un traslado de la elite virreinal plantea muchos problemas jamás tomados en consideración en los estudios sobre Nubia. Desmantelar una burocracia de 500 años de antigüedad no es algo que se haga de la noche a la mañana: archivos de propiedades, donaciones, impuestos, correspondencia oficial, órdenes y detalles sobre las obras constructivas; hubo que resolver todo esto, o transferirlo a otro lugar. ¿Se cerraron los templos? Si así fue, ¿qué sucedió con sus archivos administrativos, mobiliario y accesorios, bibliotecas, y, sobre todo, las imágenes de culto? ¿Cómo pudo la nobleza nubia integrarse en Egipto en una época en que las familias aristocráticas egipcias ejercían reclamaciones cada vez más fuertes sobre los cargos hereditarios y las tierras que producían sus rentas?

«Una tierra oscurecida por las alas situadas más allá de los ríos de Kush»

Al haber creado una Edad Oscura en Nubia, no es sorprendente que los historiadores hayan considerado la aparición del egiptizante «reino de Kurru» a mediados del siglo IX a.C. como un nuevo comienzo, sin relación alguna con el fin del período virreinal. Tan firmemente arraigada ha llegado a estar esta idea, que Adams se vio obligado a hacer el extraño comentario de que «la lección de los faraones tardó algún tiempo en penetrar».[11]

Pocos escritores, en efecto, discuten la Edad Oscura en sí misma al tratar del final de la administración virreinal y del ascenso del reino de Kurru; la mayoría se limita a un comentario pasajero sobre la ausencia de testimonios en este período. Por consiguiente, la repentina expansión del poder kurru en la segunda mitad del siglo VIII a.C. ha desconcertado a los arqueólogos de Nubia. Como dirigentes de Egipto, los reyes kushitas se vieron envueltos en la política del Próximo Oriente, y sus conflictos con Asiria por el control de Palestina y Fenicia les aseguraron un lugar en la narración bíblica.

Dentro de Egipto, la cronología de los reyes de la posterior dinastía XXV está establecida con casi total seguridad mediante sus conexiones con su sucesora, la dinastía XXVI, y con los reyes asirios.[12] Shabaka reinó quince años,[13] y su sucesor, Shabataka, diez o doce.[14] El activo reinado de Taharqa, durante veintiséis años, está bien documentado gracias a edificios, inscripciones y textos procedentes tanto de Egipto como de Nubia.[15] Los últimos años de su reinado se vieron afectados por invasiones asirias comandadas por Asaradón (en el 674 y 671 a.C.) y por Asurbanipal (en el 667/666 a.C.). Tanutamón heredó el trono de su tío, así como los problemas políticos, en el 664 a.C. Una última invasión asiria (664/663 a.C.) provocó la caída del gobierno kushita en Egipto, aunque Tanutamón continuó siendo reconocido en Tebas hasta el 656 a.C. En ese año Tebas se sometió finalmente a Psamético I de Sais, y Egipto quedó unificado bajo el dominio de la dinastía XXVI.

Isaías (36:6) afirmó que confiar en Egipto bajo el gobierno kushita era como apoyarse en una caña quebrada,[16] pero la caída de ese gobierno después de las invasiones asirias se convirtió en el centro de las profecías hebreas. El poder de Kush, la «tierra oscurecida por las alas» de Isaías (18:1), fue destruido tras el saqueo de Tebas por los asirios, en el 663 a.C. Esta catástrofe tuvo resonancia en todo el mundo antiguo, y fue posteriormente invocada por el profeta Nahum (3:8-9) como una terrible advertencia a Nínive, la propia capital de Asiria.

El abundante material relativo a inscripciones de la dinastía XXV ha sido ordenado en una secuencia histórica y cronológica generalmente aceptada:[17]

Piye (o Piânkhi)	747 - 716 a.C. (conquista de Egipto *c.* 728 a.C.)
Shabaka	716 - 702 a.C.
Shabataka	702 - 690 a.C.
Taharqa	690 - 664 a.C.
Tanutamón	664 - 656 a.C. (reconocido sólo en el Alto Egipto)

Los especialistas pueden decir que con la dinastía XXV la historia egipcia se afianza una vez más, después de los problemas de interpretación de la evidencia existentes en las dinastías anteriores (XXI-XXIV), de origen libio. Pero esta confianza es relativamente reciente. Los primeros egiptólogos, especialmente Petrie, interpretaron de formas muy diferentes lo que esencialmente era el mismo testimonio. La tradición clásica establece que el rey kushita que conquistó Egipto fue Shabaka, y, en efecto, éste es reconocido como primer gobernante de la dinastía en la Lista Real de Manetón (véase el capítulo 10). Sin embargo, después del descubrimiento por Auguste Mariette de la impresionante estela de Piye (o Piânkhi),[18] que recuerda *su* conquista de Egipto y el sometimiento de las dinastías del Delta, Piye está considerado ahora como el fundador del poder de la dinastía XXV, y se supone que la invasión de Shabaka vino después, simplemente para consolidar el poder kushita. Aun así, como ha observado sir Alan Gardiner:[19]

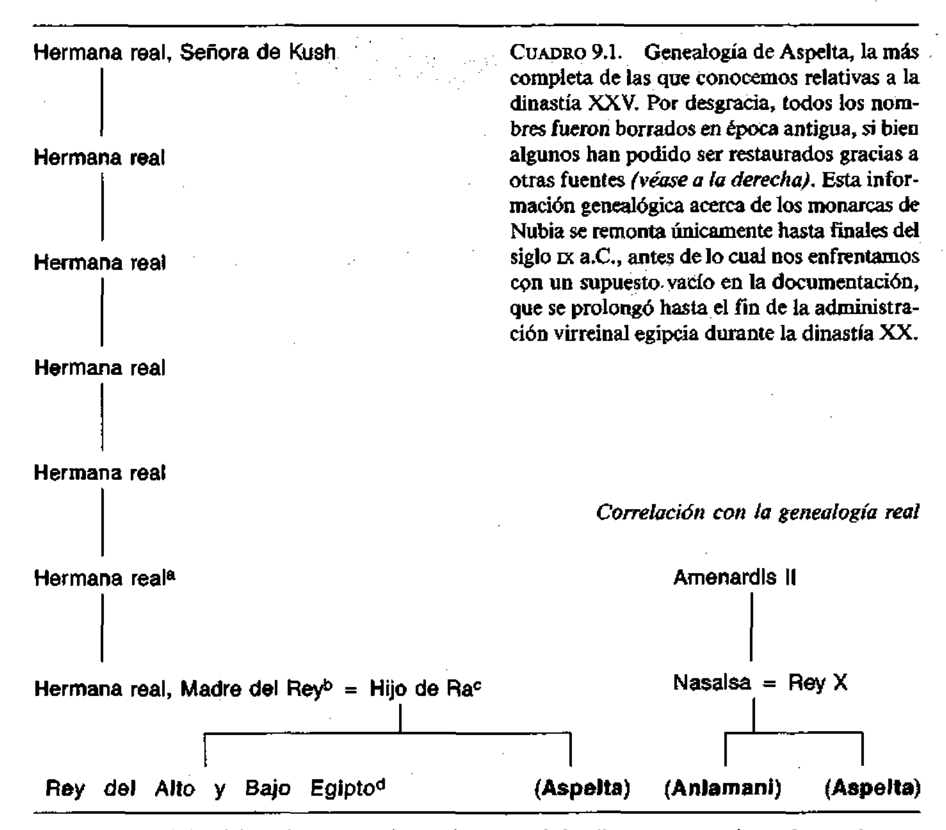
> Es extraño ... que Manetón no mencione al gran guerrero sudanés o cushita Pi'ankhy, quien hacia el 730 a.C. alteró repentinamente todo el cariz de los asuntos egipcios.

Varios factores en las inscripciones de Piye, así como las construcciones en Sudán que llevan su nombre, crearon tales problemas que los arqueólogos, entre ellos Petrie y el brillante egiptólogo alemán Richard Lepsius, pensaron que hubo por lo menos tres reyes con este nombre: el primero de ellos habría sido el conquistador de Egipto, y los demás habrían gobernado tras la salida de la dinastía XXV de Egipto.[20] Aunque la egiptología está indudablemente en lo cierto al aceptar la existencia de un solo Piye, el material presenta todavía una serie de problemas, y centra la atención en una cuestión más: los orígenes en Nubia de la dinastía XXV.

La interpretación tradicional de la evidencia sobre la dinastía XXV, en efecto, la hace surgir de un modo extraordinario del vacío histórico. Pero ¿pudo haber sucedido así? ¿De dónde procedían estos soberanos y cómo establecieron su poder?

Reyes de una tierra desierta

El abundante material procedente de las necrópolis reales y de los monumentos proporciona mucha información sobre la realeza de la dinastía XXV, y también arroja cierta luz acerca de sus predecesores. La reconstrucción genealógica propuesta en 1949 por Dows Dunham y Laming Macadam sigue vigente.[21] No obstante, incluye dos suposiciones clave que no han sido confirmadas por la evidencia. Propusieron que Piye y Shabaka eran hermanos, y que sus inmediatos predecesores, Kashta y Alara, también eran hermanos. Puesto que Shabaka era con seguridad hijo de Kashta, el trono habría pasado de un hermano a otro a lo largo de dos generaciones. Esta ordenación de la genealogía da soluciones simplistas a algunos problemas históricos complejos.



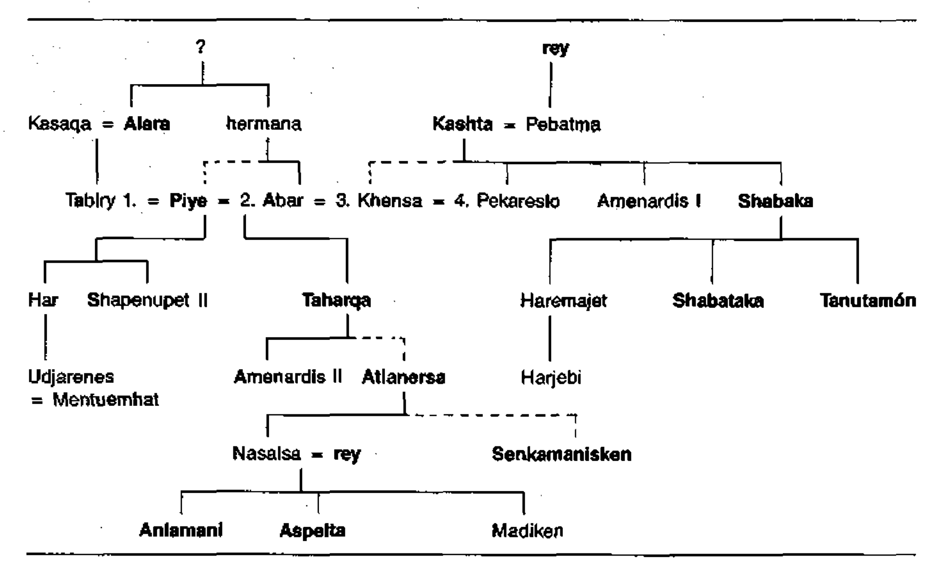
CUADRO 9.1. Genealogía de Aspelta, la más completa de las que conocemos relativas a la dinastía XXV. Por desgracia, todos los nombres fueron borrados en época antigua, si bien algunos han podido ser restaurados gracias a otras fuentes *(véase a la derecha)*. Esta información genealógica acerca de los monarcas de Nubia se remonta únicamente hasta finales del siglo IX a.C., antes de lo cual nos enfrentamos con un supuesto vacío en la documentación, que se prolongó hasta el fin de la administración virreinal egipcia durante la dinastía XX.

a: con el título adicional de «Adoratriz del dios Amón-Ra, rey de los dioses de Tebas», lo que hace casi segura su identificación con Amenardis II.
b: con el título adicional de «Señora de Kush». Nasalsa está bien documentada como madre del rey Aspelta.
c: generalmente identificado con el rey Senkamanisken, aunque la cartela no es lo bastante larga para este nombre. Es posible que se hubiera escrito el prenomen del rey, aunque fuese algo insólito en los textos kushitas.
d: Anlamani está documentado como predecesor de Aspelta e hijo de la reina Nasalsa.

La única genealogía de la realeza kushita que se conserva (distinta a la del parentesco evidente) enumera a los antepasados del rey Aspelta (*c.* 593-568 a.C.), y está registrada en la estela de acceso al trono del soberano.[22] Se supone que Aspelta fue hermano de un rey e hijo de otro, en tanto que su madre, la reina Nasalsa, descendía de seis generaciones de damas llamadas «Hermanas del Rey». Todos los nombres de los parientes de Aspelta fueron borrados en época antigua, pero algunos pueden reconstruirse con seguridad (véase el cuadro 9.1). Colocada junto a la firme evidencia genealógica derivada de las tumbas y las inscripciones (véase el cuadro 9.2), la de Aspelta se remonta dos generaciones más atrás que la de Kashta y Alara (es decir, hasta *c.* 800 a.C.), los primeros reyes de esta familia cuyos nombres son conocidos gracias a los monumentos.

Alara, el jefe al que más tarde se atribuyó la expansión del poder familiar, no adoptó títulos reales egipcios.[23] Su sucesor, Kashta, tomó un nombre real

CUADRO 9.2. Genealogía de la dinastía XXV reconstruida a partir de diversas fuentes. La genealogía propuesta por Macadam (1949), generalmente aceptada, convierte a todos los personajes en miembros de la misma familia, reconstrucción acorde con su idea de la existencia de una sucesión matrilineal en Kush. Macadam da por supuesta una serie de relaciones (por ejemplo, que Kashta y Alara eran hermanos, así como Piye y Shabaka) que no están confirmadas por los monumentos. Dichas relaciones han sido omitidas en esta reconstrucción, que tiene en cuenta la posibilidad de tres familias distintas estrechamente vinculadas por matrimonio.



(prenomen), pero hasta los reinados de Piye y Shabaka no se empleará la titulatura real completa, compuesta de cinco nombres.[24] Pero las inscripciones coinciden con la genealogía de Aspelta en que hubo monarcas importantes antes de Alara y Kashta. La reina Pebatma, de quien se sabe que fue una de las esposas de Kashta, es llamada «Hija del Rey» en monumentos contemporáneos. El hecho de que este título no sea utilizado por las restantes mujeres reales de los inicios de la dinastía XXV indica que no es meramente honorífico y que existió un rey nubio todavía sin identificar en la generación anterior.

Los hallazgos de los enterramientos de la realeza kushita en la necrópolis de el-Kurru parecen resolver algunos de los problemas sobre los orígenes de la dinastía XXV, pero un nuevo examen del material ha planteado aún más dificultades.

La necrópolis de el-Kurru fue excavada en 1918 y 1919 por George Reisner, el fundador de la arqueología nubia, por cuenta de la Universidad de Harvard y del Museum of Fine Arts de Boston.[25] Las últimas tumbas eran las de aquellos reyes conocidos por la epigrafía como los fundadores del poder kushita, Kashta y Piye (Piânkhi), y como los dominadores de Egipto, Shabaka, Shabataka y Tanutamón.[26] El lugar principal del yacimiento estaba ocupado por una serie de tumbas que Reisner atribuyó a cinco «generaciones» de antepasados, que terminaban con Alara. Dejando veinticinco años por generación y una fe-

cha base para Alara en torno al 760 a.C., Reisner calculó la fecha de inicio de la necrópolis de el-Kurru alrededor del 860 a.C.

Reisner fundamentó su interpretación en la evolución tipológica de la necrópolis, que contiene desde simples túmulos a pirámides. Esta secuencia es lógica, y, dada la pequeña cantidad de tumbas, no parece existir una buena razón para aumentar el número de generaciones de Reisner.[27] Sin embargo, algunos de los utensilios procedentes de las primeras tumbas de los «antepasados» han sido identificados recientemente como de la dinastía XX (es decir, de los siglos XII-XI a.C.).[28] Por su naturaleza, es improbable que este material haya sido una «herencia» o proceda del saqueo de tumbas del Imperio Nuevo. Entre los objetos más significativos destaca la cerámica pintada, que fue claramente realizada para la ceremonia funeraria y rota ritualmente durante su celebración.[29] Parece que esta primera generación debe ser atribuida, en efecto, al final de la dinastía XX. No obstante, las pruebas de radiocarbono llevadas a cabo con el material, ciertamente insuficientes y hasta ahora inéditas, coinciden con la fecha del siglo IX a.C. calculada por Reisner para las primeras tumbas.[30] El nuevo análisis del material de el-Kurru añade a los estudios sobre Nubia un grave problema: o bien la cronología de Reisner (interna y exacta) es correcta, o la necrópolis comprende dos o más grupos de tumbas, de períodos diferentes y sin relación entre sí. Debido al escaso número de enterramientos es imposible llegar a una solución de compromiso que permita espaciar las tumbas ancestrales a lo largo de más de 300 años, desde finales de la dinastía XX hasta mediados del siglo VIII.[31] Si la interpretación de Reisner es correcta, entonces los objetos de la dinastía XX fueron depositados más bien en el siglo IX que en el XI a.C.

Una compresión tan radical del tiempo desde el final de la dinastía XX hasta los comienzos de la XXV, aunque transgrede la egiptología tradicional, reduce la Edad Oscura nubia a un simple instante. Los monarcas enterrados en



FIGURA 9.2. Copa de fayenza verdeazulada típica del estilo de finales del Imperio Nuevo egipcio, decorada con pintura negra, de el-Kurru, túmulo I (según Kendall, 1982).

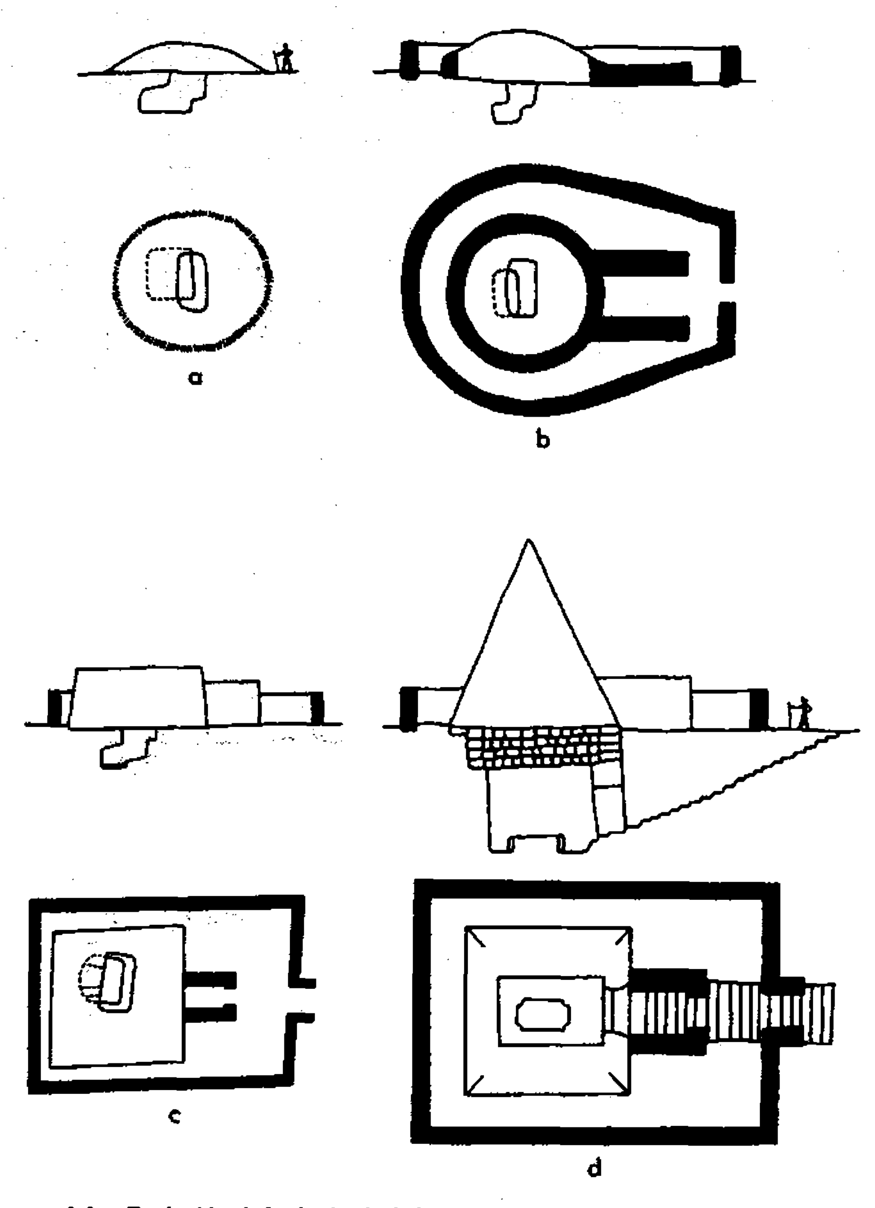


FIGURA 9.3. Evolución de la tipología de las tumbas de la Necrópolis Real de el-Kurru, fechadas por Kendall (1982): *a)* Kurru, túmulo 1 (*c.* 1100-1000 a.C.); *b*) Kurru, túmulo 6 (*c.* 1000-900 a.C.); *c*) Kurru 10 (*c.* 850-800 a.C.); *d*) Kurru 17: tumba de Piye (*c.* 747-716 a.C.)

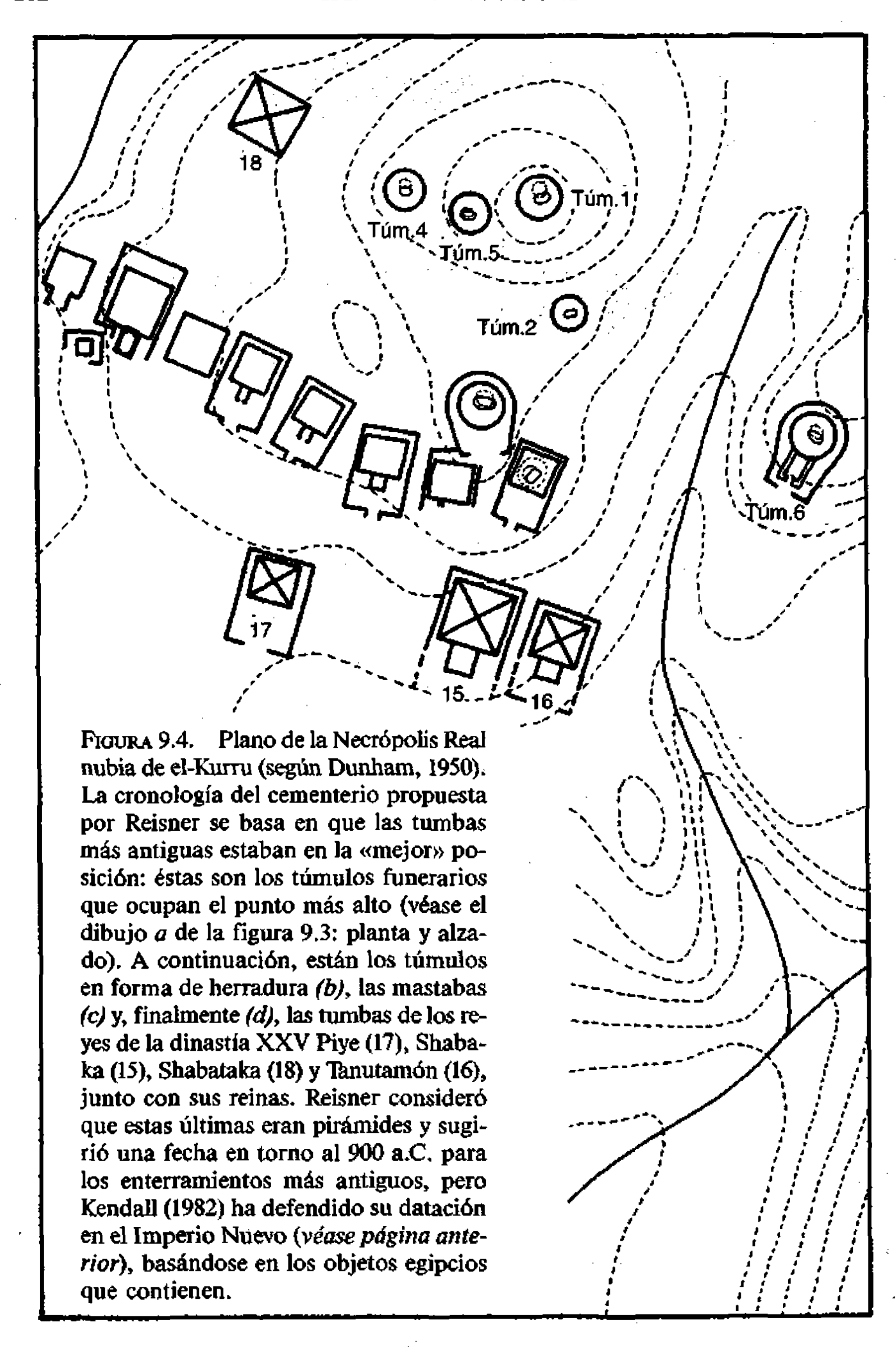


FIGURA 9.4. Plano de la Necrópolis Real nubia de el-Kurru (según Dunham, 1950). La cronología del cementerio propuesta por Reisner se basa en que las tumbas más antiguas estaban en la «mejor» posición: éstas son los túmulos funerarios que ocupan el punto más alto (véase el dibujo *a* de la figura 9.3: planta y alzado). A continuación, están los túmulos en forma de herradura *(b)*, las mastabas *(c)* y, finalmente *(d)*, las tumbas de los reyes de la dinastía XXV Piye (17), Shabaka (15), Shabataka (18) y Tanutamón (16), junto con sus reinas. Reisner consideró que estas últimas eran pirámides y sugirió una fecha en torno al 900 a.C. para los enterramientos más antiguos, pero Kendall (1982) ha defendido su datación en el Imperio Nuevo (*véase página anterior*), basándose en los objetos egipcios que contienen.

el-Kurru serían, según esta nueva teoría, poderosos jefes locales que, un siglo después de la caída del gobierno virreinal, extendieron su autoridad sobre la mayor parte de Nubia y asumieron después títulos faraónicos. A la luz de esta revaluación se hace posible un nuevo panorama de conjunto de la Nubia posfaraónica, más ajustado a situaciones paralelas en muchas otras sociedades posimperiales.

Otras fechas de radiocarbono confirman esta tesis. Ciertas muestras procedentes del yacimiento de Qasr Ibrim, en aquella región de Nubia que se creía totalmente despoblada durante los siglos X-VIII, han dado fechas de 920-800 a.C. y 1040-850 a.C., asociadas con las primeras obras constructivas conocidas de la zona.[32] Las pruebas se hicieron con excrementos de camello, y, en sí mismas, resultaron sorprendentes, ya que se pensaba que los camellos no fueron introducidos en Nubia hasta mucho tiempo después. Por supuesto, la presencia de una fortaleza no significa que hubiera una gran población en la Baja Nubia, pero sí prueba que la situación política era más bien diferente de la que se suele bosquejar.

Más notables son aun los resultados del radiocarbono en el yacimiento de Kerma, en el extremo septentrional del tramo de Dongola. Éste, uno de los asentamientos y necrópolis más importantes excavados en Nubia, fue el centro de un poderoso estado desde el Imperio Medio egipcio hasta el Imperio Nuevo. Sus materiales arqueológicos son datables con seguridad en la época de los reyes hicsos del Segundo período intermedio (véase el cuadro 10.1) y del comienzo de la dinastía XVIII, aunque las pruebas de radiocarbono en tumbas de mediados de la dinastía XVIII dan fechas absolutas unos 200 años más tarde de lo previsto.[33]

Iluminar una Edad Oscura

Se puede proponer un esquema histórico para la Nubia posfaraónica más convincente que la Edad Oscura invocada por la mayoría de los especialistas. Por supuesto, es difícil obtener la evidencia para tal esquema sin desafiar nuestros prejuicios sobre la historia egipcia de finales del Imperio Nuevo y el sucesivo Tercer período intermedio (dinastías XXI-XXV).

Es razonable suponer que tras la retirada de la administración virreinal, o su secesión, en los últimos años de Ramsés XI, el vacío de poder fue llenado por príncipes locales que asumieron el estilo real egipcio.[34] Hans Goedicke[35] propuso que una situación semejante es, quizá, la que revelan los bajorrelieves de Kawa y Gebel Barkal, que presentan cartelas con el nombre del rey Menmaetre-setepen-Amón. Estos relieves se han atribuido, generalmente, al período final de Napata o a principios del meroítico (siglos IV-II a.C.), pero el nombre emula a los Ramésidas de la dinastía XX como si se tratara de sus sucesores en Egipto. La idea de que dichos relieves puedan pertenecer al período inmediatamente posterior al ramésida ha recibido escasa consideración, aunque hay mucho a su favor. Otro rey usualmente asignado al siglo IV a.C. puede

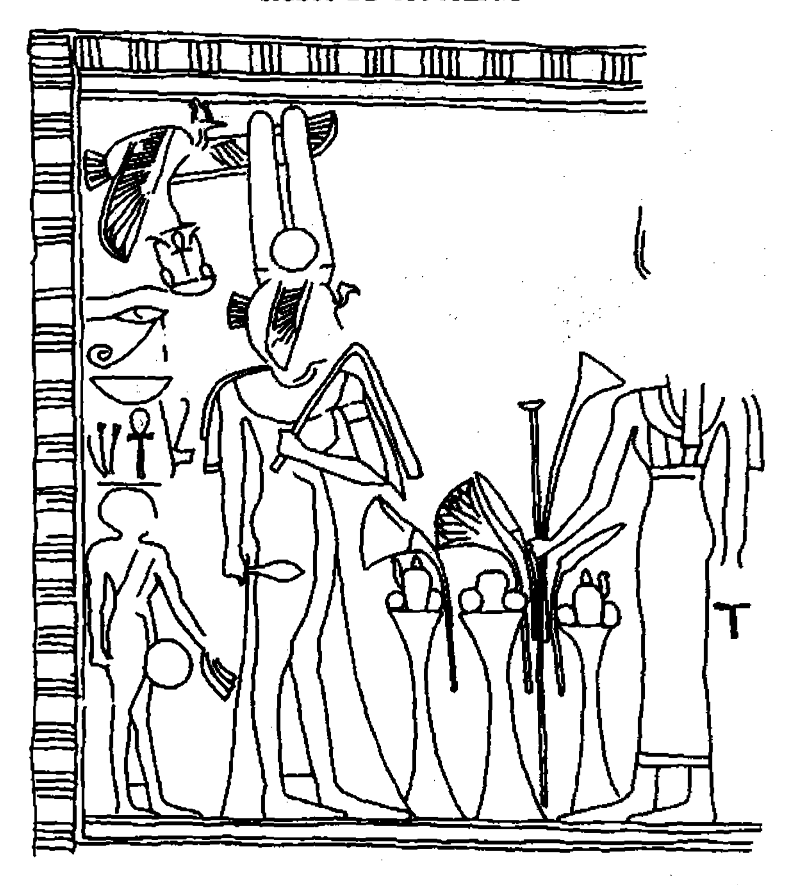


FIGURA 9.5. Bajorrelieve de la reina Karimala, en la fachada del templo de la dinastía XVIII de Semna. La escena muestra a la reina, acompañada por una muchacha, frente a la diosa Isis. Karimala lleva el tocado con el buitre y dos plumas de halcón con disco solar, protegida por la imagen de la diosa-buitre Nejbet, que se cierne sobre ella. Las inscripciones (omitidas aquí) le otorgan los títulos de Esposa Principal del Rey, Hija del Rey y, al parecer, Rey del Alto y Bajo Egipto (según Grapow, 1940, y Dunham y Janssen, 1960).

situarse mejor en esta época: Ari-meri-Amón adoptó los mismos nombres reales que Sheshonq III de la dinastía XX, lo que puede dar cierta idea de su *floruit*.[36]

Ambos reyes nubios han sido situados en el siglo IV a.C., pero varios factores indican que fueron contemporáneos de los monarcas libios de Egipto en el período posramésida. La forma de sus títulos y el estilo de los pocos fragmentos de relieves que pueden atribuírseles han hecho que se les designe como «neorramésidas». Pero esta fase «neorramésida» es sorprendentemente anacrónica. Si pertenece al siglo IV, no hay nada en el período precedente en Nubia ni en el Egipto coetáneo con lo que pueda compararse. Su carácter «neorramé-

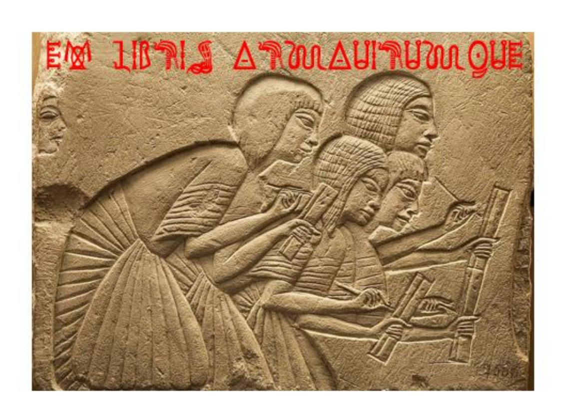
sida» se explica de manera más lógica como un fenómeno inmediatamente posramésida, y, como tal, es directamente comparable con el período libio de Egipto. Muchos reyes de las dinastías XXI-XXIII utilizaron titulaturas copiadas de las de sus predecesores Ramésidas, en tanto que el arte de la época continúa igualmente sus tradiciones.

El único monumento posramésida nubio generalmente admitido, un importante bajorrelieve del templo de Tutmosis III en Semna, ha sido ignorado durante mucho tiempo por los historiadores de Nubia.[37] Perteneciente a la reina Karimala, la datación absoluta de su texto, realmente complejo, es incierta, pero todos los especialistas que lo han estudiado lo atribuyen al Tercer período intermedio.[38] Por razones estilísticas, resulta imposible una fecha más tardía. El propio texto parece referirse a conflictos militares, y podría reflejar un período de guerras civiles en Nubia durante la época posramésida.

Resulta asimismo imposible determinar si estos reyes constituyeron una dinastía o si fueron monarcas rivales, si Karimala fue la esposa de uno de ellos o si reinó sola. Lo que está claro, sin embargo, es que el ascenso del reino de Kurru a finales del siglo IX y durante el siglo VIII a.C. puede considerarse en un contexto diferente: no es preciso afirmar ya que surgió de un vacío histórico, sino que debe contemplarse como la candidatura más afortunada de las varias que competían por la supremacía en Nubia.

De estos datos se deduce que cualquier cambio en la interpretación de la historia y la cronología nubias tendría un impacto fundamental en los estudios sobre Egipto. Sin embargo, suele prescindirse de los indicios internos de la evidencia nubia y adaptarla a la cronología egipcia establecida. Si el final de la dinastía XX se rebajara hasta el 850 a.C., de acuerdo con el material de Kurru, el Tercer período intermedio resultaría drásticamente reducido. Esto no supone ningún problema para la interpretación de la evidencia nubia. En efecto, las ventajas de una reducción tal son considerables, pues deja un período de poco más de un siglo para los monarcas neorramésidas y para el establecimiento de la autoridad de la dinastía de el-Kurru por Alara y Kashta.

Las implicaciones de una revisión semejante de la cronología egipcia son, por supuesto, profundas.

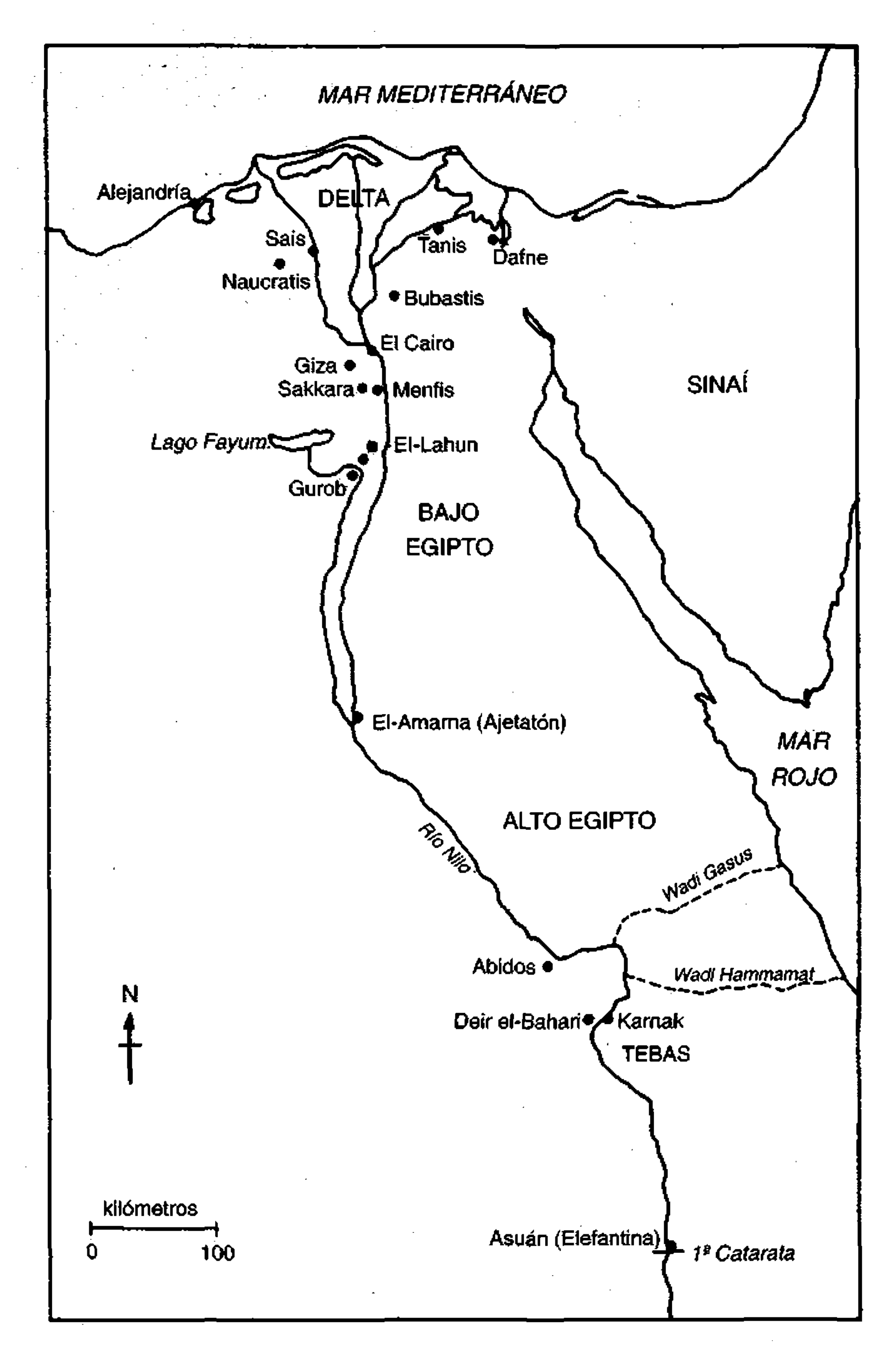


10. EGIPTO: CENTRO DEL PROBLEMA

El rastro de los interrogantes planteados acerca de la Edad Oscura nos lleva, finalmente, a Egipto. Fijada mediante una serie de observaciones astronómicas, la cronología egipcia tiene reputación de ser científicamente sólida. Por ello, ha sido utilizada como referencia para datar las culturas prehistóricas e históricas del norte de África, el Próximo Oriente, el Mediterráneo y amplias zonas de Europa. Sin embargo, tal como hemos visto, la aplicación de las fechas egipcias a estas regiones ha ocasionado innumerables conflictos en la interpretación de la estratigrafía y la cronología locales. El efecto más común ha sido la inserción de escurridizas Edades Oscuras en la historia de estas culturas.

Egipto está rodeado casi totalmente por países cuya cronología ha planteado grandes problemas. Incluso en el umbral de Egipto, la arqueología nubia presenta un esquema familiar lleno de perturbaciones, con una Edad Oscura establecida desde la caída del gobierno egipcio (*c.* 1070 a.C.) hasta el resurgimiento de Nubia con el reino de Kurru a mediados del siglo VIII a.C. Esto lleva a replantearse una pregunta que ya Torr[1] se había hecho a finales del siglo pasado: ¿es la cronología de Egipto realmente tan firme como se ha dicho? ¿Podría un acortamiento sustancial de la cronología egipcia resolver muchos de los problemas que han complicado la arqueología del mundo antiguo durante los últimos cien años?

Un amplio espectro de evidencias indica que la solución a los enigmas de la Edad Oscura radica en la reducción drástica de la fecha de terminación del bronce final. Los abundantes testimonios arqueológicos aseguran que la transición del bronce final al hierro antiguo en el Mediterráneo oriental fue contemporánea de los últimos años de la dinastía XIX y comienzos de la XX en Egipto.[2] Por consiguiente, rebajar la cronología del bronce final requeriría también rebajar las fechas del Imperio Nuevo egipcio (dinastías XVIII-XX). A esto podría llegarse sólo mediante la compresión del período inmediatamente posterior al Imperio Nuevo. En la época de la dinastía XXVI (664-525 a.C.) estamos ya en una era histórica sólidamente datada, de la que pueden excluirse los ajustes a gran escala gracias a la abundancia de testimonios interrelacionados procedentes de fuentes griegas, bíblicas, asirias y babilónicas, además de egipcias. Entre estos dos puntos de referencia, el final de la dinastía XX y el comienzo de la XXVI, se sitúa el llamado Tercer período intermedio (TPI). Las fechas de esta época más bien oscura



MAPA 12. Egipto.

(*c.* 1070-664 a.C.) tienen un curioso paralelo con las de las Edades Oscuras ya estudiadas.

La cultura material del Tercer período intermedio (TPI) es, en cierto modo, más pobre comparada con la del Imperio Nuevo.[3] Sin embargo, no fue una Edad Oscura en el sentido que este término ha adquirido en Grecia, Anatolia, Nubia y otras zonas. La evidencia de todo tipo es abundante, incluso muy rica, comparada con los dos períodos intermedios anteriores. El problema del TPI no es la falta de testimonios (como sucede a menudo en otros lugares), sino más bien la inmensa cantidad de datos que tienen que ser ordenados dentro de un esquema histórico coherente. Recientemente, Kenneth Kitchen y otros han emprendido estudios detallados sobre la historia y la cronología de este período[4] (hemos seguido la obra de Kitchen en lo que se refiere a las fechas convencionales del TPI). Pero, a pesar de la minuciosidad, e incluso la brillantez, de la mayor parte de estos trabajos, debe recordarse que todos ellos se desarrollan dentro del marco de la cronología alta, que parte de la suposición tácita y subyacente de que el conjunto de la cronología egipcia es básicamente válido. La duración del TPI no ha sido determinada mediante una cuidadosa reconstrucción desde las fechas fijas de la dinastía XXVI hacia atrás, sino, curiosamente, por un proceso inverso. Su punto de partida depende de la fecha aceptada para el final del Imperio Nuevo (*c.* 1070 a.C.), deducida a partir de datos astronómicos. En consecuencia, primero se ha creado un período de tiempo y luego se ha utilizado el TPI para llenarlo.

La cronología egipcia en perspectiva

> Lo que orgullosamente se anuncia como historia egipcia es simplemente un montón de jirones.[5]

Esto lo escribió sir Alan Gardiner, uno de los egiptólogos más famosos de nuestro siglo, en su supuesto canto de cisne, *Egypt of the Pharaohs*. En el prefacio a esta obra, Gardiner se lamentaba de que «lo que eufemísticamente es denominado historia de Egipto» se basa todavía en el sistema dinástico establecido por un sacerdote egipcio, Manetón, que escribió en la época uno de los Ptolomeos del siglo III a.C.

La historia de Egipto de Manetón, la *Aegyptiaca*, se ha perdido, pero perduran resúmenes y extractos de ella en obras muy posteriores, especialmente en las de Josefo (siglo I d.C.), Julio Africano (siglo III d.C.), Eusebio (siglo IV d.C.) y Sincelo (hacia 800 d.C.).[6] Todos ellos conservaron, en versiones distintas y a menudo contradictorias, un *Epítome* con los nombres y duración del reinado de los faraones egipcios, ordenados en un sistema de treinta dinastías, o casas reinantes. La secuencia comienza con la unificación de Egipto por el faraón Menes, fundador de la dinastía I, y termina con Nectanebo II, el último faraón nativo (360-343 a.C.), antes de que los reyes persas conquistaran Egipto y lo dominaran durante breve tiempo hasta su derrota por Alejandro Magno, en el 332 a.C. Como cáusticamente observara Gardiner:

> ... ningún egiptólogo ha sido capaz de liberarse de las trabas impuestas por las treinta dinastías del analista indígena, y éstas seguirán siendo, probablemente, el marco esencial de nuestros trabajos modernos.

De mala gana admitió que había pocas posibilidades de un futuro abandono de dicho marco.[7]

Los egiptólogos dividieron el sistema de dinastías de Manetón en cuatro grandes épocas precedidas por un período «arcaico» y separadas por períodos «intermedios». Las fechas aproximadas siguen el siguiente esquema:

CUADRO 10.1. Esquema tradicional de la cronología egipcia.

Época Tinita (arcaica)	dinastías I y II (2920-2650 a.C.)
Imperio Antiguo	dinastías III a VIII (2650-2135 a.C.)
Primer período intermedio	dinastía IX a primera parte de la XI (2135-2040 a.C.)
Imperio Medio	fin de la dinastía XI a XII (2040-1785 a.C.)
Segundo período intermedio	dinastías XIII a XVII (1785-1550 a.C.)
Imperio Nuevo	dinastías XVIII a XX (1550-1070 a.C.)
Tercer período intermedio	dinastías XXI a XXV (1070-665 a.C.)
Baja Época	dinastías XXVI a XXX (665-343 a.C.)

A este marco histórico se le ha dado una cronología absoluta basada en cálculos astronómicos. La teoría de la datación «sotíaca» (ya tratada) proporciona estos puntos fijos: 1872 a.C. para Senusret III (año 7) de la dinastía XII, y 1540 a.C. para Amenofis I (año 9) de la dinastía XVIII. Dado que estas fechas corresponden justo a la mitad del esquema, han sido utilizadas como punto de partida, yendo hacia atrás y hacia adelante en el tiempo, para calcular la cronología de los imperios Antiguo, Medio y Nuevo.

Se añadió carne a este esqueleto dinástico mediante los detallados testimonios procedentes de monumentos, en especial las pocas listas reales conservadas en los templos o sobre papiro. Por desgracia, ninguna de estas fuentes, aun siendo de incalculable valor, va más allá del reinado de Ramsés II, de la dinastía XIX. Para establecer la sucesión y duración del reinado de los faraones de los períodos siguientes se debe recurrir a documentación diversa, sobre todo los monumentos fechados por los años de reinado, y también a textos privados que narran la carrera y genealogía de oficiales. En caso de faltar material contemporáneo, aún quedan las cifras proporcionadas por Manetón, aunque, por lo general, se admite que no se les debe conceder demasiado valor.

Esta, pues, es la naturaleza del sistema del que depende tanta historia y arqueología del mundo antiguo. Las suposiciones que subyacen tras él necesitan de un minucioso examen para contestar a la siguiente pregunta: ¿el esquema en el que han estado confiando los arqueólogos tiene una auténtica base científica?

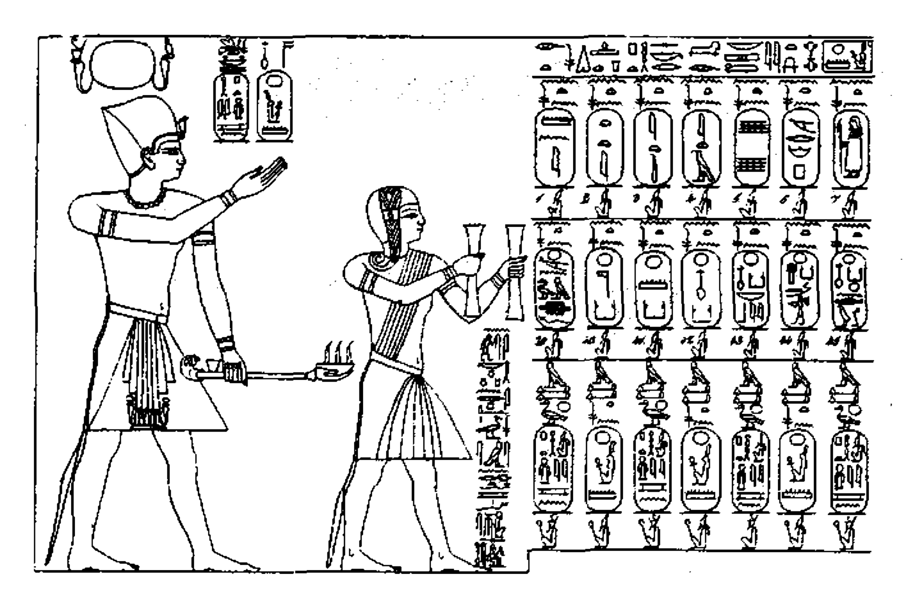


Figura 10.1. Fragmento de la Lista Real del templo de Abidos. Seti I y su hijo, el futuro Ramsés II, hacen ofrendas a 76 «antepasados», representados mediante cartelas con sus nombres, empezando por Menes, según la tradición, fundador de la primera dinastía. El valor de esta lista como herramienta histórica queda disminuido por la omisión de reyes cuyo reinado no se consideraba ya legítimo, como las dinastías de los hicsos y Ajenatón y sus inmediatos sucesores de finales de la dinastía XVIII, incluyendo a Tutankhamón (Lepsius, 1864).

La posición de Sirio

Hasta hace poco, el axioma fundamental de la cronología egipcia era la validez de la datación sotíaca. Si bien los problemas de calendario relacionados con ella son extremadamente complejos (implican la suposición de que los egipcios tenían, por motivos religiosos, dos calendarios lunares, además de uno civil), la teoría básica es relativamente sencilla. I. E. S. Edwards da una sucinta explicación:

> Los doce meses estaban divididos en tres estaciones cuyas denominaciones se han traducido, generalmente, como Crecida, Invierno y Verano; cada una de ellas constaba de cuatro meses. El año comenzaba en la estación de la Crecida, y en el año ideal el primer día del primer mes de la estación de la Crecida coincidía con el primer día en que la estrella del perro Sirio [Sotis] podía ser vista en el horizonte oriental justo antes de la salida del Sol (más o menos, hacia el 19 o 20 de julio, según el calendario juliano). Dado que los egipcios nunca introdujeron un año bisiesto en su calendario civil, a cada período de cuatro años el día de Año Nuevo se adelantaba un día entero con relación al año natural. Como resultado de este desplazamiento, el día de Año Nuevo y el día de la ascensión

helíaca de Sotis coincidían, en realidad, no más de cuatro años en cada período de aproximadamente 1.460 años (es decir, 365 × 4), el llamado ciclo sotíaco.[8]

Así, según esta teoría, el orto helíaco de Sirio (Sotis), junto con las estaciones, se movían gradualmente a través del calendario civil. Al cabo de 730 años estaban completamente invertidos con respecto al año solar, volviendo a su posición original sólo después de un período de cerca de 1.460 años:

> Las fechas de los textos egipcios están establecidas de acuerdo con una fórmula fija: ... Si, además de esta fórmula, un documento nos dice que la ascensión helíaca de Sirio tuvo lugar en determinado día, sólo necesitamos contar el número de días transcurridos desde el primer día del año mencionado en la fórmula y multiplicar el total por cuatro para obtener el número de años pasados desde el comienzo de ese ciclo sotíaco concreto.[9]

Por tanto, pueden utilizarse las menciones a la salida de la estrella Sirio para calcular fechas absolutas, empleando la escala variable del errante calendario civil. El escritor latino Censorino proporciona un punto de referencia fijo para el cálculo retroactivo del ciclo sotíaco, al establecer que en el año 139 d.C. la ascensión helíaca de Sirio coincidió con el día de Año Nuevo. En consecuencia, el ciclo anterior tuvo que haber comenzado unos 1.460 años antes,[10] hacia

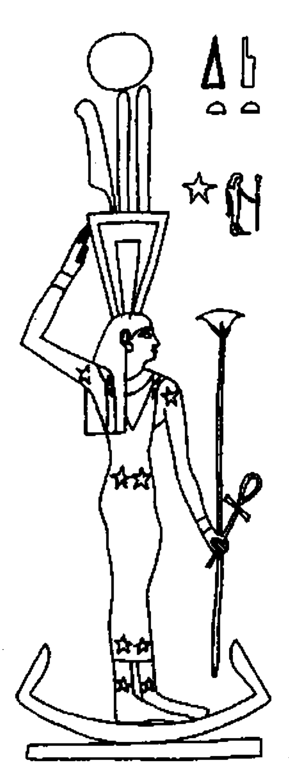


FIGURA 10.2. Isis como diosa de la estrella Sirio: tumba de Mentuemhat, alcalde de Tebas durante el reinado de Taharqa, de la dinastía XXV, y los primeros años de Psamético I, de la dinastía XXVI (según Parker, 1950).

el 1321 a.C. A esta fecha parece referirse, como inicio de la «era de Menofres», un comentario marginal de la época medieval sobre un manuscrito del astrónomo alejandrino Teón, del siglo IV d.C. A partir de este hito en el tiempo, 1321 a.C., se calcularon las fechas sotíacas para los imperios Medio y Nuevo.[11]

La fecha sotíaca clave para el Imperio Medio la proporcionan dos fragmentos de papiro encontrados en el-Lahun, datados en el año 7 de un faraón no mencionado, pero que, por razones paleográficas, se ha atribuido con bastante seguridad a Senusret III.[12] Este documento no da el comienzo de un ciclo sotíaco, sino una fecha para la salida de Sirio, que puede situarse mediante un cálculo retroactivo en 1872 a.C., suponiendo que la observación de Sirio tuviera lugar en la región de Menfis-Lahun. Si, por el contrario, la observación se hizo en Elefantina, en una latitud inferior, como ha defendido recientemente Rolf Krauss, habría que rebajar la fecha a 1830 a.C. La fecha sotíaca para el Imperio Nuevo procede del Papiro Ebers, que lo sitúa en el año 9 de Amenofis I. Si la observación se llevó a cabo en Tebas, donde se halló el documento, la fecha sería 1517 a.C.; Krauss aboga por Elefantina, lo que rebajaría la datación a 1506 a.C.[13]

Los parámetros aproximativos proporcionados por estos dos puntos fijos sotíacos han sido perfeccionados gracias a las fechas deducidas de la comparación entre los modernos cálculos retroactivos de ciclos lunares pasados y los registros egipcios de las fases lunares documentadas en los reinados de algunos faraones. Pero dado que el ciclo lunar se repite cada poco tiempo, es posible obtener fechas variables. Las candidatas para el acceso al trono de Tutmosis III son 1504, 1490 y 1479 a.C., y, para Ramsés II, 1304, 1290 y 1279 a.C. Las fechas preferidas por la mayoría de los egiptólogos actuales para ambos faraones son las alternativas más bajas.[14]

A primera vista, la teoría de la datación sotíaca tiene que parecer irrefutable. Pero un examen más atento revela una red de suposiciones interrelacionadas, cada una de las cuales requiere una segunda investigación intensiva. Todavía hay que confirmar los cálculos astronómicos y calendarios originales (realizados a comienzos de nuestro siglo) mediante la ayuda de técnicas modernas. En 1969, M. F. Ingham, a petición de los historiadores del mundo antiguo, llevó a cabo una comprobación de la duración de los ciclos sotíacos. Desafortunadamente, en lugar de trabajar a partir del final conocido de la escala (esto es, el cálculo retroactivo relacionado con la información de Censorino), tomó como punto de partida una presunta fecha de 4227 a.C. para el comienzo del primer ciclo sotíaco importante.[15] Más recientemente, Archie Roy, profesor de astronomía en la Universidad de Glasgow, ha descrito las «escasas bases» sobre las que «por medio de la astronomía se fijó la datación absoluta de la lista de faraones de Egipto», concluyendo que «la cronología astronómica clásica tiene fundamentos realmente débiles y que es preciso realizar un examen mucho más cuidadoso de los textos referentes a calendarios, festivales ...», etc.[16]

Existen buenas razones para rechazar la concepción íntegra de la datación sotíaca tal como fue aplicada por los primeros egiptólogos, basada sencillamente en que no permite ningún tipo de ajuste en el calendario. Se supone que

los egipcios dejaban que el calendario civil y el ciclo estacional, al que estaba vinculado el calendario religioso lunar, avanzaran cada vez más. Richard Parker, autoridad respetada en la materia, propuso, incluso, que había tres calendarios funcionando a la vez: el civil, un calendario lunar paralelo y el lunar natural.[17] Sin embargo, ningún documento está fechado según más de un sistema.

En efecto, un vistazo a períodos mucho mejor documentados (en lo que se refiere al calendario) como el helenístico y el romano muestra que en el término de sólo tres siglos se hicieron varias reformas importantes. Los Ptolomeos estuvieron especialmente interesados en el calendario, pero nunca llegaron a una solución satisfactoria.[18] Durante su estancia en Alejandría, los continuos problemas originados por el calendario egipcio impulsaron a Julio César a desarrollar su propio sistema, y en el año 46 a.C. intentó imponer su nuevo calendario juliano a todo el mundo romano.[19]

Por lo que respecta a períodos anteriores, sencillamente no sabemos qué clase de reformas pudieron llevarse a cabo, ni cuándo, pero la fuerte sospecha de que se hicieron ciertos ajustes es suficiente para dudar seriamente de todos aquellos cálculos que implican la suposición de que el calendario no fue manipulado durante todo el Imperio Medio, el Nuevo, el Tercer período intermedio y la Baja Época. *Si se realizó un solo ajuste en el calendario en la época anterior a los Ptolomeos, ello invalidaría totalmente los cálculos sotíacos sobre cualquier período previo.*[20]

La luna creciente

Wolfgang Helck ha insistido recientemente en el eterno problema relativo a la fiabilidad de la referencia sotíaca del Papiro Ebers. Aunque este texto menciona la «salida de Sotis», no se especifica ningún día.[21] Actualmente se considera cada vez más como «muy dudosa, y no debe ser utilizada más en los cálculos cronológicos».[22]

Este rechazo del punto fijo proporcionado por el documento Ebers deja a la cronología absoluta en dependencia última de la única referencia sotíaca de el-Lahun. Pero esta fecha sotíaca del Imperio Medio difícilmente puede utilizarse para apoyar la cronología tradicional del Imperio Nuevo, ya que entre ambos períodos se encuentra el Segundo período intermedio, cuya duración es aún completamente incierta.[23]

A causa de estos problemas, los egiptólogos están recurriendo cada vez más a las anotaciones lunares para fechar astronómicamente el Imperio Nuevo. Si bien muchas de ellas pueden llegar a concordar con las fechas originalmente calculadas según la teoría sotíaca, se basan en una sola observación y, dado que aparecerán lunas nuevas en la misma fecha civil a intervalos de veinticinco años, no tienen ningún valor para la cronología absoluta.[24] Así, las fechas lunares aisladas sólo pueden en realidad ser utilizadas para afinar una cronología absoluta ya establecida.

De mayor significación que las referencias lunares aisladas es la información contenida en otro papiro de el-Lahun,[25] que proporciona datos suficientes para determinar la duración de los meses lunares a lo largo de un año. John Read calculó que las observaciones recogidas en el papiro coincidían perfectamente con el modelo de los estados de la luna en el año 1549 a.C. Por consiguiente, en opinión de Read, esta «colocación del calendario de Illahun [el-Lahun] con un aparente ajuste de 12 por 12 tiene que constituir uno de los mayores puntos cronológicos clave en la documentación histórica de la Antigüedad».[26]

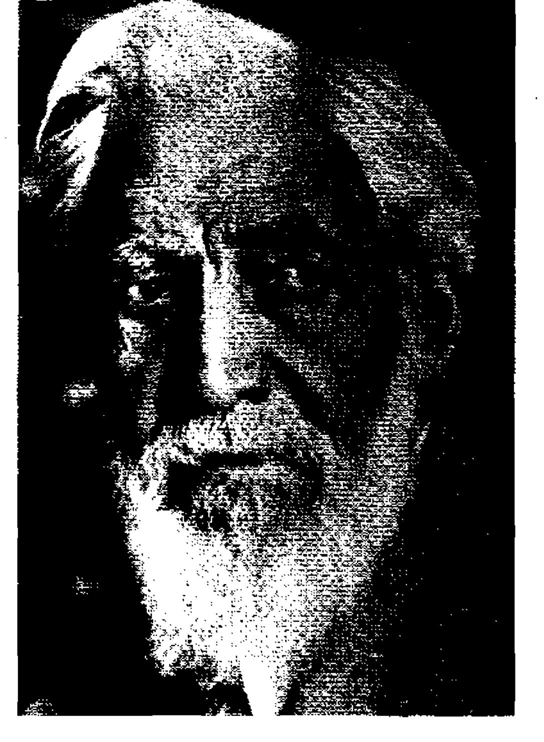
Pese a la confianza de Read en esta fecha absoluta, se plantea un problema inmediato debido a que, según la cronología tradicional, corresponde a los primeros tiempos de la dinastía XVIII. Sin embargo, el papiro de el-Lahun ha sido siempre asignado a la época del Imperio Medio, cerca de un siglo y medio antes. Por consiguiente, Read tuvo que defender la redatación del texto (en sentido relativo) en la dinastía XVIII. Parker demostró que esto era imposible por razones históricas: el papiro pertenecía con seguridad al final de la dinastía XII. Rechazó la interpretación de Read en favor de la suya propia, la cual, aun después de enmendar una de las anotaciones del papiro, coincide sólo con diez de las doce fechas registradas con los modernos cálculos retroactivos para el año 1813-1812 a.C.[27] El método de Parker fue decididamente descartado por Read:

> Esta clase de cronologías, en la que se atribuye el error al documento histórico en lugar de al propio análisis, no es en absoluto cronología.[28]

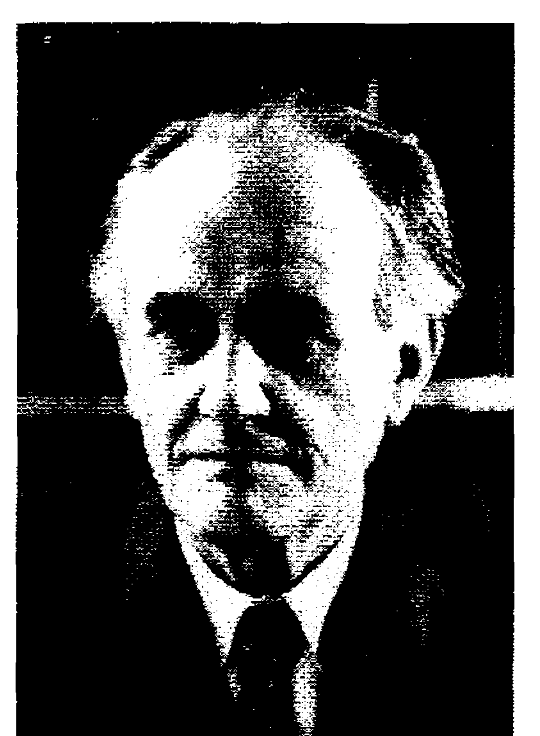
Una solución lógica sería combinar la fecha absoluta de Read de 1549 a.C. para la secuencia lunar con la fecha relativa de Parker en la dinastía XII para el papiro. Sin embargo, la posibilidad de una fecha tan tardía para el Imperio Medio no fue planteada nunca, ya que ambas partes implicadas en el debate aceptaron la validez fundamental del esquema actual de la cronología sotíaca. Para los que todavía creen que la cronología egipcia está firmemente establecida a partir de datos astronómicos, los registros lunares de el-Lahun suponen una anomalía evidente. Tomarlos al pie de la letra implica una reducción automática de la cronología egipcia en unos 250 años.

Shishak y Sheshonq

Se ha pensado que el esquema sotíaco admitido para la cronología del Tercer período intermedio está reforzado por un importante sincronismo con la historia bíblica. En el año quinto de Roboam, el reino de Judá fue invadido por «Shishak, rey de Egipto» (I Re. 14:25-26). Los egipcios se apoderaron de la ciudad fortificada de Roboam, marcharon sobre Jerusalén y la sometieron, y se llevaron como tributo los tesoros del Templo de Salomón y del palacio. Según la cronología bíblica, válida para este período (véase el capítulo 8), este




1-4. Cuatro protagonistas de los debates sobre cronología antigua en el siglo XX. *De izquierda a derecha y de arriba abajo,* sir William Matthew Flinders Petrie, 1853-1942; William Foxwell Albright, 1891-1971; Einar Gjerstad, 1897-1988; Kathleen Kenyon, 1906-1978.

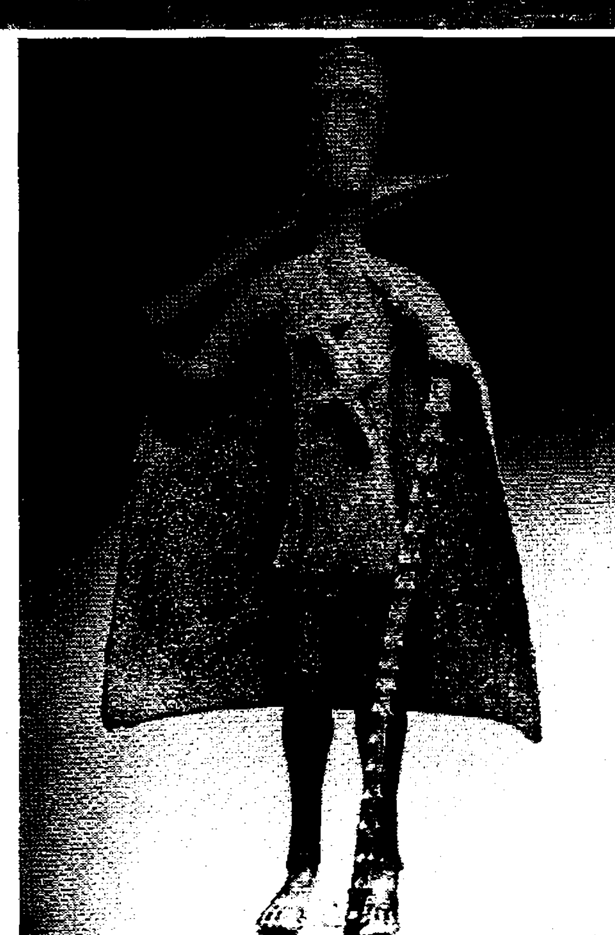



5. *Página anterior, arriba,* armas, útiles, vasijas y ornamentos procedentes de las tumbas de los mineros de sal de Hallstatt, con los Alpes austríacos al fondo (Hoernes, 1925).

6. *Página anterior, abajo,* Heinrich Schliemann (1822-1890), el aventurero que descubrió Troya y la civilización micénica.

7. *Arriba,* nuraga típica en Santa Barbara, Cerdeña.

8. *Derecha,* figurilla en bronce de un guerrero o jefe de Monte Arcosu, Cerdeña, siglos IX-VII a. C.

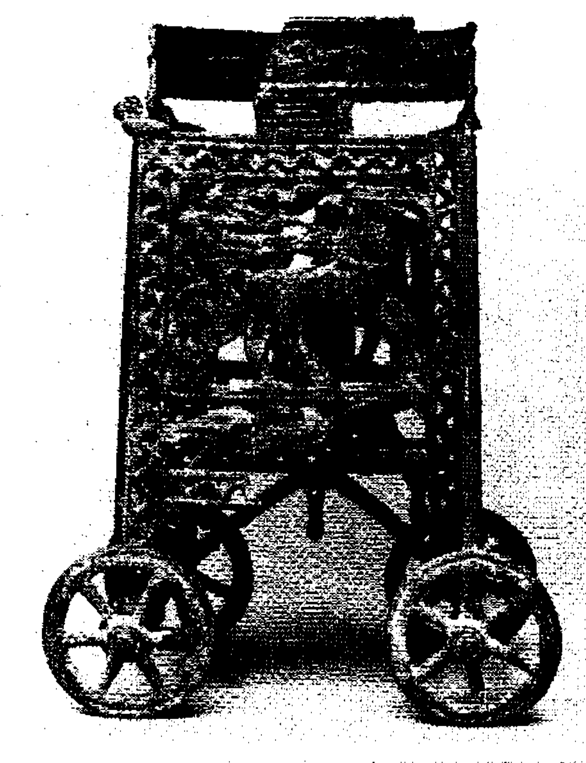


9. *Arriba,* vaso micénico (siglo XIII a. C.) de Enkomi, Chipre.

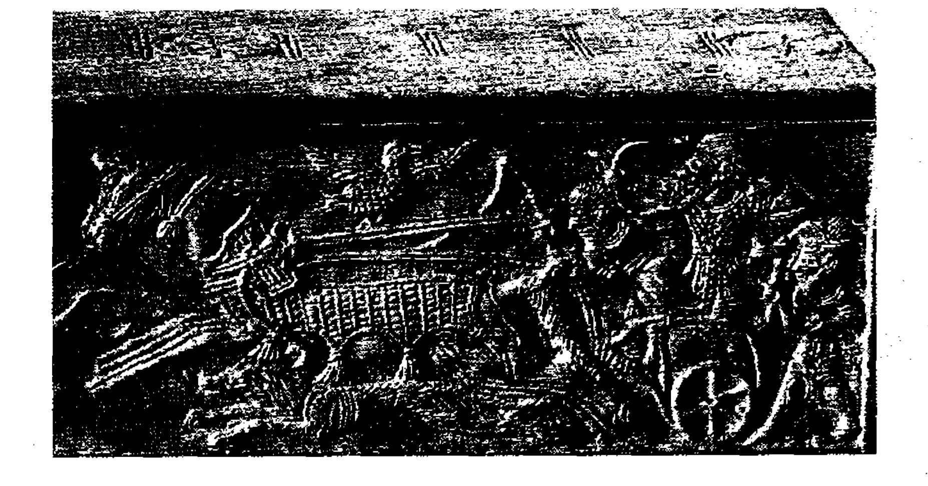
10. *Abajo, izquierda,* vasija protogeométrica típica.

11. *Abajo, derecha,* vaso del tardogeométrico del estilo Dípylon, de Atenas.

12. Soporte de bronce con cuatro ruedas, de Chipre. Los paneles de los laterales representan músicos, una esfinge alada y un león cazando.



13. Dios hitita de la Tormenta, del Friso del Heraldo, Carkemish, que sus descubridores sitúan en los siglos xiv-xiii a.C., y la mayoría de los historiadores del arte en los siglos x-ix a.C.



14. *Arriba,* escena de caza en una caja de juego de marfil chipriota-micénica, procedente de las tumbas de Enkomi, Chipre, del bronce final. Las tumbas contenían cerámica micénica del siglo XII a.C., pero el excavador, A. S. Murray (1900, p. 14), descartó esta fecha, señalando las semejanzas entre el arte de los ajuares funerarios y el de Grecia y Asiria en los siglos IX-VII a.C. El problema no ha sido solucionado aún. Irene Winter (1976, pp. 9-10) observó que la escena de Enkomi «recuerda tanto a una escena de caza similar en una de las píxides de Nimrud que sólo detalles como el peinado de uno de los seguidores del carro o el galope volante de los animales define la caja de Enkomi como una obra del segundo milenio a.C., cuatro siglos anterior a la píxide de Nimrud».

15. *Abajo,* la caja (píxide) de Nimrud, perteneciente a la escuela siria del trabajo del marfil, de los siglos IX-VIII a.C.



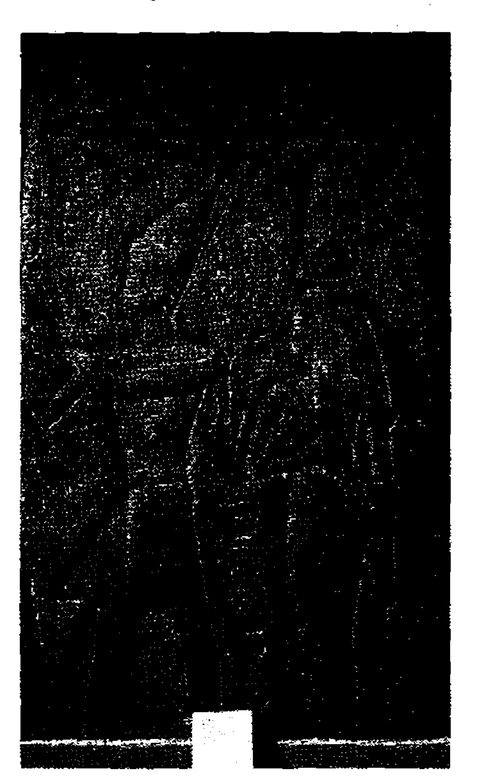


16. Busto del faraón Osorkón I (dinastía XXII), procedente de Biblos, con inscripción en alfabeto fenicio.

17. *Arriba,* caja de marfil de un depósito del bronce final, de Megiddo.

18. *Abajo, izquierda,* bajorrelieve de granito rojo de Bubastis, que representa al faraón Osorkón II (dinastía XXII) y a su esposa, la reina Karoma.

19. *Abajo, derecha,* bajorrelieve de un grifo del palacio de Tell Halaf, en el norte de Mesopotamia, siglo IX.





suceso puede ser fechado con seguridad en el año 925 a.C.[29] Gracias al desciframiento de los jeroglíficos en la década de 1820, Shishak ha sido identificado con el faraón Sheshonq I, fundador de la dinastía XXII, de origen libio. Propuesta por el mismo Jean-François Champollion, esta identificación se ha convertido en un axioma tanto para los egiptólogos como para los estudiosos bíblicos, y es el único sincronismo con Oriente Próximo entre los siglos XIII y VIII a.C. admitido por todos.

La relación entre los dos reyes se basa en la evidente, aunque tal vez superficial, semejanza de sus nombres. Si bien hubo varios faraones de la época libia con el nombre de Sheshonq, sólo uno, el fundador de la dinastía XXII, llevó a cabo una campaña militar en Palestina. En la puerta monumental que erigió en Karnak en el año 21 de su reinado, Sheshonq I dejó el relato de una expedición a Palestina, que, al parecer, refleja la invasión del reino de Roboam por Shishak. Suponiendo que esta campaña tuviera lugar al comienzo del reinado de Sheshonq, la relación sirve para datar el inicio de la dinastía XXII (y de la dominación libia) en el año 945 a.C., que para Peter van der Meer significa «la primera fecha egipcia fijada a partir de hechos reales».[30] También coincide con las amplias estimaciones sobre la fecha de esta dinastía calculadas según la cronología sotíaca para el Imperio Nuevo.

No obstante, esta identificación sigue planteando muchos problemas. Una inscripción de Biblos indica que debe rebajarse la fecha para Sheshonq I de finales del siglo X hasta *c.* 800 a.C. (véase *infra*, p. 243), posibilidad que excluiría automáticamente cualquier conexión con Shishak. Al margen de los problemas cronológicos, la identificación falla por causas geográficas. Jerusalén, el objetivo de la campaña de Shishak según la Biblia, no aparece mencionada en la lista de ciudades palestinas elaborada por Sheshonq I.[31] Roboam reforzó quince ciudades para prevenir el ataque egipcio, «ciudades fortificadas» que fueron capturadas por Shishak antes de llegar a Jerusalén.[32] Pero sólo una de ellas, Aijalón, figura en la lista de Sheshonq I. En realidad, su inscripción incluye pocas ciudades judías; como Aharoni hace notar en su obra clásica sobre geografía bíblica:

> Del texto egipcio se deduce claramente que los objetivos principales de la expedición no eran las ciudades de Judá y Jerusalén, sino el reino de Israel por una parte y el Negueb de Judá por otra.[33]

Pero el Antiguo Testamento habla únicamente de un ataque egipcio a Judá, al tiempo que deja muy claro que Jeroboam, rey de Israel, era más un aliado que un enemigo de Egipto.[34]

Dada la casi total falta de concordancia en los factores geopolíticos entre las campañas de Shishak y de Sheshonq I, sólo queda la similitud de ambos nombres como apoyo de la identificación. La existencia de este sincronismo, en el mejor de los casos ambiguo, difícilmente impedirá una revisión de la cronología del TPI si otra evidencia, más convincente, así lo exige.

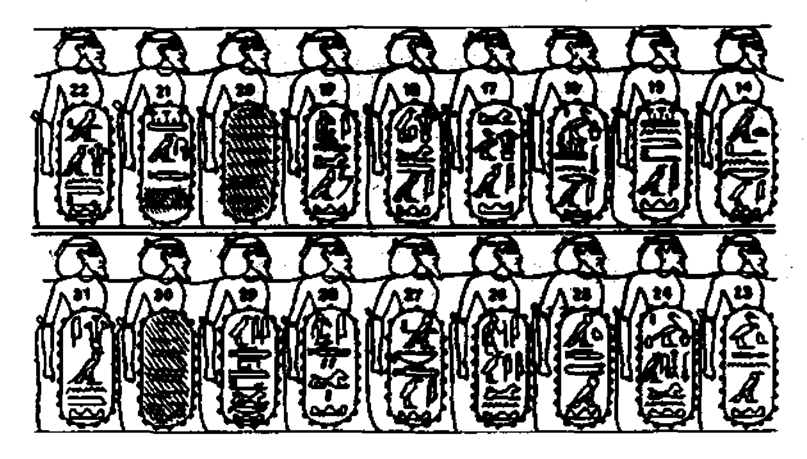


FIGURA 10.3. Parte de la lista de topónimos palestinos dejada por Sheshonq I en el «Pórtico de los Bubastitas», de Karnak. Los nombres, coronados por imágenes de prisioneros asiáticos, están ordenados en series relacionadas geográficamente; esta sección en particular se concentra sobre todo en la zona de Jezrael/valle de Esdralón, en el centro de Israel (véase Kitchen, 1986).

LA DURACIÓN DEL TERCER PERÍODO INTERMEDIO

Si prescindimos de las trabas impuestas por la datación sotíaca y el sincronismo entre Sheshonq I y Roboam de Judá, podemos permitirnos cuestionar la estimación admitida actualmente de la duración del TPI. Bien es verdad que los testimonios monumentales y las inscripciones sobre varios faraones, sacerdotes y oficiales han sido ordenados dentro de un período de tiempo prefijado. Un examen atento de los datos de que disponemos revela la escasa fiabilidad de la idea de que estamos estudiando un período histórico sólidamente construido.

Según este examen, muchos faraones del TPI no son más que meros nombres en listas, con poca o ninguna evidencia que demuestre los largos reinados que las modernas reconstrucciones les han atribuido. Por ejemplo, Takelot «I» es conocido *sólo* gracias a una genealogía y no tiene monumentos atestiguados,[35] pero se le asignó un reinado de quince años (889-874 a.C.) dentro de la cronología establecida. Del mismo modo, a Osorkón I se le atribuyen treinta y cinco años (924-889 a.C.) en virtud de la evidencia más dudosa.[36] Igualmente sospechosos son los veintiséis años de gobierno concedidos a Smendes (1069-1043 a.C.), que se supone reinó durante la transición entre las dinastías XX y XXI. Se le pueden atribuir definitivamente sólo dos «monumentos» y ninguna inscripción;[37] el personaje está simplemente tomado de Manetón.

Lo que no se ha tenido del todo en cuenta es que *por cada año dudoso de la historia egipcia cedido al Tercer período intermedio, se añade otro año a las Edades Oscuras del Mediterráneo oriental y central, el Próximo Oriente y Áfri-*

ca. Por consiguiente, es un asunto de la mayor importancia demostrar claramente la cronología del TPI. Los tres ejemplos que hemos puesto (Smendes, Osorkón I y Takelot I) indican que tiene que haber sido exagerado en varias décadas.

Sería posible una mayor flexibilidad en la cronología, si se considerara debidamente la situación de fragmentación de Egipto después del Imperio Nuevo. Este período se caracteriza por un debilitamiento de la autoridad centralizada. Durante las dinastías XVIII y XIX los faraones habían sido los únicos e indiscutibles soberanos del país. Tras el reinado de Ajenatón, y sobre todo a finales de la dinastía XIX y en la XX, las familias de la nobleza ejercieron sus derechos hereditarios sobre oficios particulares y el papel del rey como centro de toda autoridad disminuyó considerablemente. Esta situación cristalizó en el TPI, cuando Egipto se hizo casi «feudal».

Otro factor significativo a fines del Imperio Nuevo es la cuestión libia. Tanto Merneptah como Ramsés III se enfrentaron a grandes incursiones libias en el Delta. En los últimos años de la dinastía XX, también el Alto Egipto resultó afectado. No se trataba de simples ataques militares, sino de importantes movimientos de población empujados por la gran carestía en las tierras libias.[38] Aunque al principio los egipcios intentaron rechazar estas oleadas, la solución final fue establecer en Egipto a miles de libios capturados, cuya destreza en la lucha era necesaria para aumentar el poder de los reyes (ahora residentes en el Delta) y consolidar la parte oriental del Delta.[39]

Si bien los libios se adaptaron en muchos aspectos, también conservaron claramente muchos rasgos de su estructura sociopolítica original. El creciente poder de los nobles libios en Egipto contribuyó significativamente a la fragmentación del reino en estados feudales. En la época de la invasión asiria de Asurbanipal, en el 666 a.C., Egipto estaba gobernado, según las fuentes asirias, por no menos de «20 reyes».[40] Los escritos de los historiadores griegos reflejan esta situación en la tradición de una «dodecarquía», la coalición de doce reyes que gobernaban Egipto antes de que Psamético I (664-610 a.C.) de la dinastía XXVI reunificara el país.[41]

Por lo general, se admite que varias de las últimas dinastías del TPI gobernaron a la vez; por ejemplo, que los primeros reyes de la dinastía XXVI fueron contemporáneos de los últimos dirigentes de la dinastía XXV, kushita (*c.* 715-664 a.C.). Se admite igualmente que el comienzo de la dinastía XXV se superpuso al final de la XXII *y* a la XXIII. Así, el esquema dinástico de Manetón no es en este período estrictamente sucesorio. Nunca sabremos, ya que se ha perdido la obra original, si Manetón interpretó *sus* fuentes en el sentido de que determinada dinastía empezaba sólo después de que su predecesora hubiera finalizado.[42] Eusebio, uno de los Padres de la Iglesia, cuya recensión de la obra de Manetón es fundamental, ciertamente da una interpretación distinta:

> Parece ... que reyes diferentes ejercían el poder sobre regiones distintas, y que cada dinastía estaba limitada a su propio nomo [provincia]; así, no se trataba de una sucesión de reyes que ocupaban el trono uno después de otro, sino de varios reyes que reinaban al mismo tiempo en regiones distintas.[43]

El punto de discusión, por tanto, concierne exactamente al alcance de esta superposición de las diferentes dinastías. La ordenación generalmente admitida de las dinastías —establecida en la obra de Kitchen *The Third Intermediate Period in Egypt*— implica tres supuestos principales:

1. Que las dinastías XX, XXI y XXII fueron sucesivas, sin solapamientos, y que sus faraones fueron los únicos monarcas de Egipto (a excepción de la línea sacerdotal que adoptó títulos faraónicos en Tebas durante la dinastía XXI).
2. Que la fragmentación de Egipto en varios reinos empezó con el establecimiento independiente de la dinastía XXIII bajo Pedubast I, a finales de la dinastía XXII (según Kitchen, en el 818 a.C.).
3. Que la autoridad central fue restaurada por Psamético I de la dinastía XXVI, quien a lo largo de los primeros diez años de reinado (664-654 a.C.) eliminó rápidamente a los demás candidatos a la realeza.[44]

Ciertos estudios recientes han criticado algunas de las interpretaciones de Kitchen, sobre todo en lo que respecta a la naturaleza de la dinastía XXIII. Donald Redford, en efecto, señaló que la dinastía ha servido de «depósito general» cuando surgía cualquier dificultad en situar un faraón.[45] El origen tebano, en vez de en el Delta, de la dinastía ha sido defendido por varios estudiosos.[46] Uno de ellos, David Aston, ha propuesto sacar a Takelot II de la dinastía XXII y trasladarlo a la XXIII, tebana. Esto, en sí mismo, reduciría la cronología del TPI en al menos veinte años, pero dado que sigue aceptando los límites generales del período fijados por Kitchen, Aston añadió simplemente un número equivalente de años al reinado de un rey anterior a modo de compensación.

Además, numerosas «anomalías» en la versión admitida de la historia y la arqueología del TPI tienden a hacer dudar de los supuestos básicos sobre los que se levanta toda la estructura. En conjunto, dichas anomalías indican que las superposiciones entre las dinastías XX-XXVI fueron mucho más grandes de lo que permite la cronología convencional.

¿Arte y monumentos intemporales?

El arte del TPI ha merecido relativamente poca atención, pero está claro que a lo largo de un período que convencionalmente duró 350 años hay varias fases sin estatuaria en piedra y con escasa arquitectura monumental. Al mismo tiempo, continuaba la tradición ramésida en pintura y otras artes. La cerámica de toda la época resulta notablemente difícil de datar, ya que es imposible distinguir la de finales del Imperio Nuevo de la de comienzos de la dinastía XXV.[47] Una obra clásica sobre el arte egipcio, escrita por Irmgard Woldering, dedica sólo una página al «período libio», y de ella gran parte a la narrativa histórica, resumiéndolo como sigue: «Las pocas obras de arte del período libio que se conservan mantienen el estilo de la época ramésida».[48]

Hay que hacer notar que el pésimo estado de las ciudades del Delta, especialmente Tanis y Bubastis, dificulta el estudio detallado de las obras posraméside, y son estos lugares los que desempeñaron un papel fundamental en el TPI. Sin embargo, el templo de Amón en Karnak siguió siendo un santuario importante, y el interés real por él queda demostrado en los textos que registran los distintos niveles del Nilo hallados en el muelle y en la instalación de miembros de las familias reales del Delta, como sacerdotes y adoratrices. Pese a este interés, Stevenson Smith observa en su gran historia del arte y la arquitectura que, con la excepción de las columnatas y el pórtico erigidos por Sheshonq I,

> poca cosa de importancia arquitectónica se conoce para un período de unos trescientos cincuenta años, hasta que desde el sur llegó un nuevo estímulo con la invasión del rey kushita [Piye] ...[49]

Este olvido no se limitó sólo a la arquitectura. En su importante estudio genealógico sobre el TPI, Morris Bierbrier observó que durante la dinastía XXI la información sobre las familias tebanas es limitada, ya que la fuente principal, las estatuas en piedra de particulares dedicadas en los templos, «habían desaparecido casi por completo»;[50] extraña ausencia que no se da en otros períodos de la historia egipcia. Pero con el advenimiento de la dinastía XXII coincide «la abundancia de datos sobre los sacerdotes y funcionarios de Tebas», cuya principal evidencia es «la gran colección de estatuas votivas» de Karnak.[51]

Uno de los mayores depósitos de objetos reales del TPI, fundamental para la valoración del desarrollo artístico durante este período, es la necrópolis real de Tanis (véase *infra*). Pero los objetos procedentes de estas tumbas presentan una serie de problemas estilísticos. La máscara de oro del faraón Psusennes I de la dinastía XXI (1039-991 a.C., según Kitchen) es «una reminiscencia convencional» del Imperio Nuevo. Del mismo modo, se ha descrito el cuenco de plata de la misma tumba como continuador de un tipo de cuenco ramésida fechado en el siglo XIII a.C. Por otra parte, las vasijas de esta forma han sido consideradas también como una fuente de inspiración para los cuencos metálicos egiptizantes producidos por los fenicios en el siglo VIII.[52] Las joyas de la misma tumba pertenecen a un grupo estilístico considerado como el modelo de los motivos egipcios de los marfiles fenicios y sirios del mismo siglo.[53] En Assur (Irak) se encontró un vaso de alabastro de estilo egipcio con una inscripción referente a la esposa del famoso rey asirio Senaquerib (701-681 a.C.). Se observó con sorpresa que era «exactamente igual» a un ánfora procedente de la tumba de Psusennes, actualmente fechada 300 años antes.[54]

Así, los hallazgos de la tumba de Psusennes ofrecen un doble misterio, ya que se prestan a comparaciones con material egipcio situado mediante la datación sotíaca en los siglos XIII-XII a.C. y al mismo tiempo con material del Próximo Oriente fechado por la cronología local en el siglo VIII.

De la misma manera que se ha supuesto que la estatuaria votiva desapareció casi por completo durante la dinastía XXI, son raros los ejemplos de pintu-

ra del TPI, salvo en la decoración de sarcófagos. Sin embargo, a pesar de la escasez de ejemplos que han pervivido, el estilo de los ramésidas siguió vigente. Tal vez, lo más sorprendente sea la descripción del llamado Papiro Oracular Saíta, actualmente en el Museo de Brooklyn, que data del año 14 de Psamético I (651 a.C.):

> Tan notable como la belleza del dibujo es la persistencia del estilo ramésida, especialmente en los alargados cráneos afeitados de los sacerdotes ...

En este caso la continuación de una tradición pictórica, otros ejemplos de la cual han sido recogidos por Stevenson Smith, perduró a lo largo de más de 400 años,[55] sin sufrir influencias de los cambios surgidos en la dinastía XXV.

Los toros Apis

Los enterramientos de toros Apis en Sakkara son en potencia una de las fuentes de información cronológica sobre el TPI más importantes. El toro Apis recibía culto como uno de los protectores de la ciudad de Menfis, y sus orígenes se remontan a la época más antigua de la historia egipcia. Considerado como la encarnación del dios Ptah, el Apis residía durante su vida en el recinto de su templo, y tras su muerte era momificado y enterrado en la necrópolis menfítica de Sakkara. Inmediatamente después de su muerte se buscaba por todo Egipto un toro sustituto, que según la costumbre debía ser de color negro con una serie de marcas distintivas.

Se han descubierto enterramientos de toros Apis desde finales de la dinastía XVIII en adelante. Los más antiguos que se conocen (del reinado de Amenofis III hasta los primeros años de Ramsés II) son tumbas individuales, pero posteriormente los toros fueron enterrados en la gran catacumba subterránea denominada «Serapeum». El primer enterramiento en ella data del año 30 de Ramsés II, y fue realizado en la llamada Galería Secundaria, una galería que contiene diecisiete cámaras laterales. La Galería Principal fue utilizada desde la dinastía XXVI hasta el período romano.

Al principio, con la dinastía XXVI, el enterramiento de un toro Apis estaba señalado por una estela oficial que registraba su edad y los datos sobre su instalación y muerte, pero durante el TPI esta información debe deducirse casi siempre de las muchas consagraciones particulares hechas por sacerdotes y nobles.

Mariette llevó a cabo la excavación del complejo del Serapeum en 1851, pero lo hizo muy rápidamente y de manera poco científica, por lo que se ha perdido sin duda mucha información valiosa. Todas las inscripciones del Serapeum han sido reestudiadas y publicadas,[56] pero aún hay cierto desacuerdo sobre la atribución de algunas estelas sin nombres reales a reyes concretos.

La serie de enterramientos de la Galería Secundaria empieza en el año 30 de Ramsés II y continúa durante todo su reinado y hasta el final de la dinastía

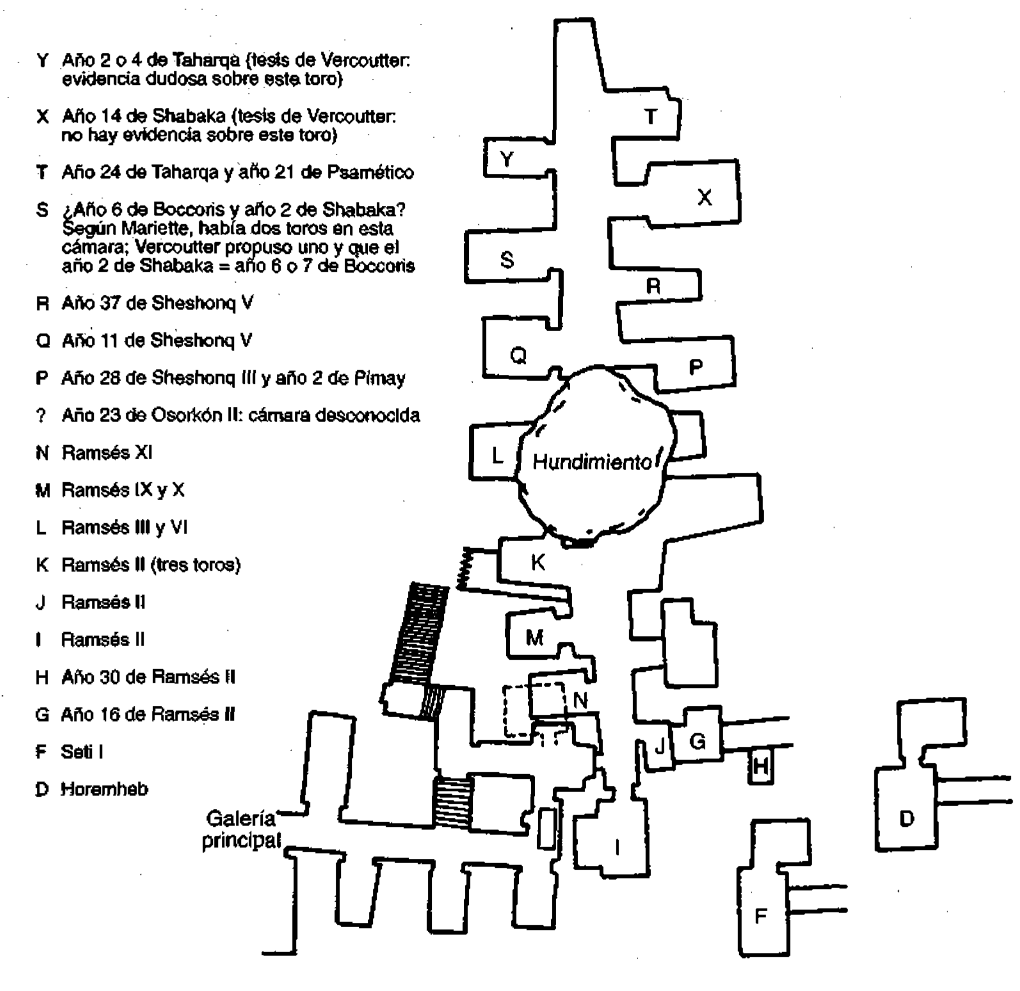


FIGURA 10.4. Planta de las galerías secundarias del Serapeum, de Sakkara. La atribución de las cámaras a reinados concretos presenta una serie de problemas. En la galería principal, comenzada por Psamético I, los toros estaban enterrados en sarcófagos de piedra, cada uno en su propia cámara, tapiada después de los ritos funerarios. Los toros de las galerías secundarias fueron momificados y depositados en las cámaras dentro de féretros sin sarcófago. Es posible que algunas cámaras contuvieran más de un enterramiento (según Malinine *et al.*, 1968).

XX. Sin embargo, el siguiente enterramiento atestiguado data del año 23 de Osorkón II, seguido por el año 28 de Sheshonq III y por toros de Pimay, Sheshonq V y Boccoris, de las dinastías XXII y XXIV. Se ha supuesto que la inscripción del año 2 de Shabaka hallada en la cámara del toro de Boccoris narra la conquista kushita de Egipto. El siguiente Apis es, con seguridad, el enterra-

do en el año 24 de Taharqa. Hay otro vacío en el reinado de Psamético I: un toro enterrado en el año 21 es el sucesor del enterrado en el año 24 de Taharqa, pero no se conocen enterramientos para el resto de este largo reinado. Una estela de Nekao II inicia la secuencia del período final, y establece que el toro fue depositado en el año 53 de Psamético I.

El lapso más sorprendente de esta serie abarca la dinastía XXI y principios de la XXII, totalmente ausentes. Según la cronología tradicional, este período duró unos 210 años, tiempo suficiente para unos doce enterramientos de Apis, si nos atenemos al cálculo de la esperanza de vida de dieciocho años hecho por Jean Vercoutter.[57] Una «mesa de embalsamar» con el nombre de Sheshonq I indica que tiene que haber un enterramiento aún no descubierto de la dinastía XXII, pero es extraordinaria la falta total de evidencia sobre la dinastía XXI.

Los registros genealógicos

Con frecuencia, se ha dicho que las genealogías de los altos funcionarios proporcionan una «confirmación básica válida» de la cronología convencional del TPI.[58] Sin embargo, al describir las fuentes disponibles relativas a las genealogías del TPI, Bierbrier llama la atención sobre un extraordinario vacío en la documentación:

> Con el advenimiento de la dinastía XXI, las copiosas fuentes de información sobre las dos dinastías anteriores desaparecen. Los papiros administrativos y los óstraca prácticamente no existen. La estatuaria votiva parece desvanecerse casi del todo. Los graffiti y las inscripciones decaen hasta convertirse en unos pocos ejemplos pésimamente conservados ... Debido a esta escasez de material, es imposible presentar, como se hizo con las dinastías XIX y XX, un esquema coherente de la descendencia de diversas familias y sus interrelaciones.[59]

Acerca de la dinastía siguiente tenemos de nuevo abundantes fuentes en forma de estatuas votivas, documentos administrativos y privados e inscripciones reales, que suponen una gran riqueza de datos genealógicos sobre los sacerdotes y funcionarios de Tebas.[60] Aunque no tan rica como la evidencia tebana, existe documentación similar en otras zonas de Egipto. Un ejemplo fundamental es la genealogía de Pasenhor, que registra una familia de funcionarios menfitas a lo largo de la dinastía XXII (véase el cuadro 10.2). La escasez de información durante la dinastía XXI y su posterior resurgimiento en la XXII ofrecen un curioso paralelismo con el vacío existente en los enterramientos de Apis.

Según Bierbrier, existen sólo dos genealogías que abarquen el período entre las dinastías XIX/XX a XXII: esto es, genealogías en las que los antepasados están registrados como funcionarios en reinados específicos. Se trata de la Genealogía de Anjefenjons de Tebas,[61] y de la llamada «Genealogía Menfita» (en el Museo Bode de Berlín).[62]

La Genealogia de Anjefenjons, contemporáneo de Osorkón I (dinastía XXII), se remonta nueve generaciones hasta Ipuy, que fue sacerdote del culto

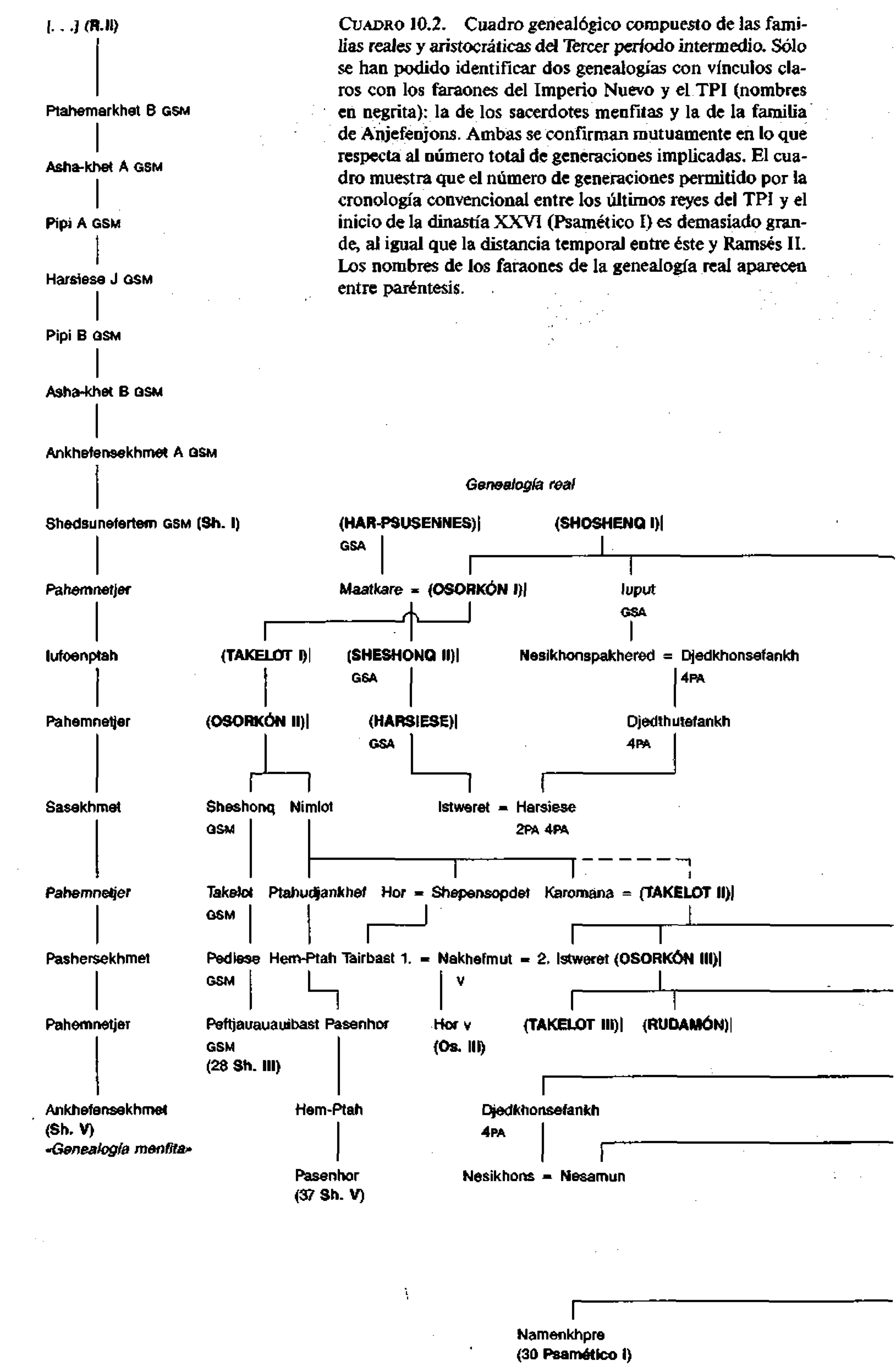
funerario de Merneptah y que, por tanto, vivió durante el reinado de este faraón o de su inmediato sucesor.[63] El intervalo convencional entre Merneptah y Osorkón I es de unos 300 años. Bierbrier calcula normalmente una media de veinticinco años por generación, lo que para nueve generaciones daría como resultado 225 años, menos de lo establecido por la datación tradicional. Por ello, Bierbrier supone que de la Genealogía faltan tres o cuatro generaciones.[64] Es igualmente posible que la Genealogía sea correcta y que el período entre los dos faraones esté sobrealargado.

La Genealogía Menfita, fechada en el reinado de Sheshonq V, da una sucesión continua de grandes sacerdotes de Ptah en Menfis, que se remonta hasta los inicios del Imperio Medio.[65] Las ocho últimas generaciones pueden ser confirmadas gracias a otras fuentes, y de forma realista la Genealogía concede cuatro generaciones al largo reinado de Ramsés II (padre de Merneptah).[66] Hay, sin embargo, serios problemas en el registro de las dinastías XX y XXI; sólo se anota una generación entre Ramsés II y el reinado de Amenemnesut, de la dinastía XXI, y los registros de los restantes faraones de esta dinastía son confusos. Kitchen sugirió que algún copista había eliminado seis o siete anotaciones de la lista.[67] Pero aunque es prácticamente imposible que una sola familia mantuviera el cargo en sucesión ininterrumpida desde el Imperio Medio hasta finales del TPI (aproximadamente 1.250 años, según el cálculo habitual), este documento, al menos en su última parte, debe recoger correctamente el número de generaciones.[68] Lo sorprendente es que el número dado por la Genealogía Menfita para el período comprendido entre Ramsés II y Sheshonq I iguala el deducido de la genealogía de Anjefenjons. Esta concordancia independiente indica que no deben tomarse los datos a la ligera.

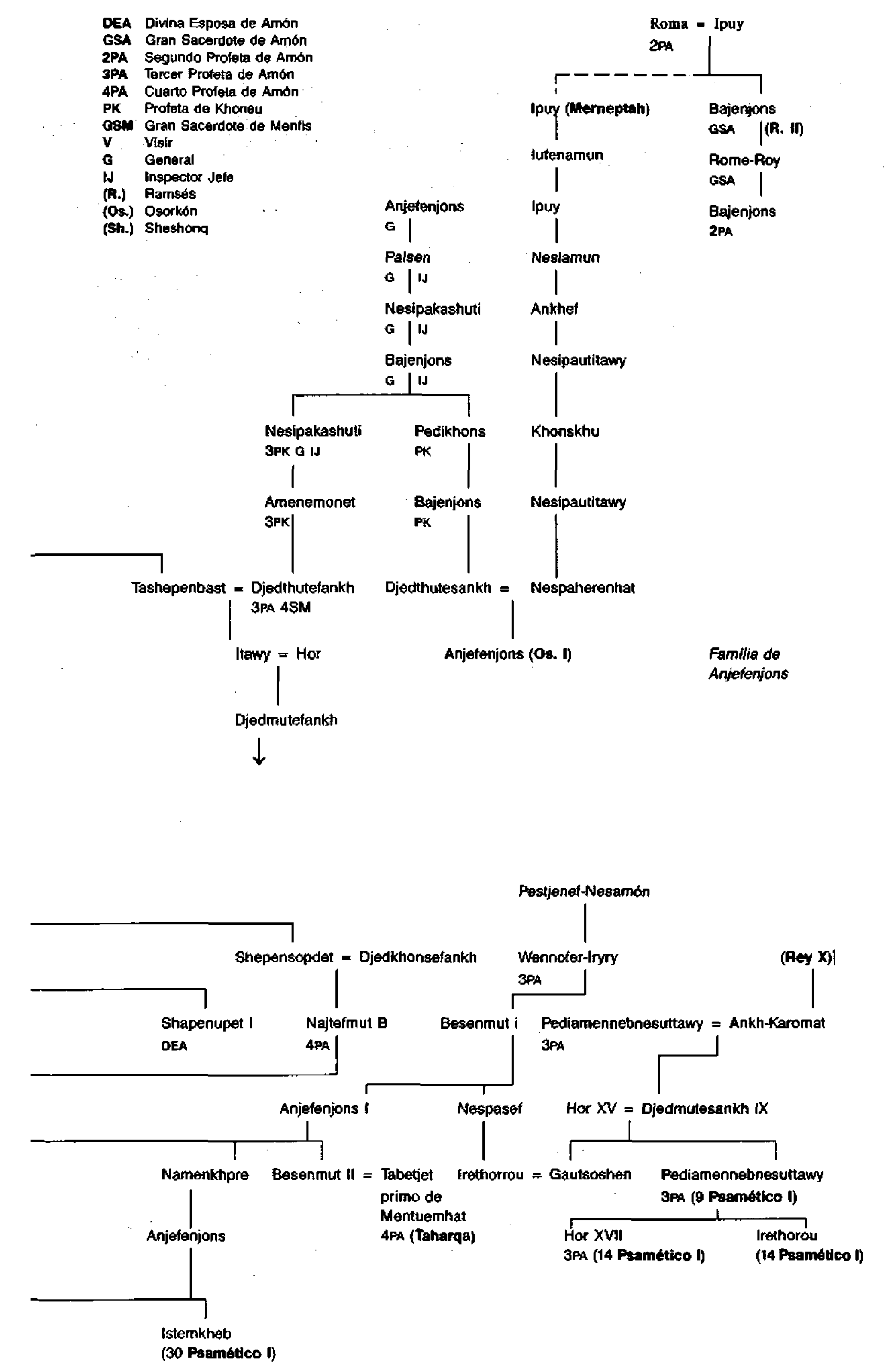
Los trabajos de Kitchen y Bierbrier sobre las genealogías han sido de gran importancia e influencia, pero han defendido la existencia de lagunas en los registros cuando éstos no coincidían con la cronología tradicional. Lieblein, uno de los primeros en estudiar el material genealógico (véase el capítulo 1), trabajó de forma distinta, tomando la evidencia literalmente y abogando por un gran solapamiento entre las dinastías XXI y XXII.[69]

El escondrijo de Inhapi

Durante la dinastía XXI el problema del pillaje en la necrópolis real de Tebas llegó a ser tan acuciante que los grandes sacerdotes de Amón hicieron «un último y frenético esfuerzo para poner fin a tal sacrilegio», preparando un escondrijo secreto con momias reales en una tumba excavada en la roca que originalmente pertenecía a la reina Inhapi, cerca de Deir el-Bahari. Los cuerpos de muchos de los faraones más poderosos de las dinastías XVIII y XIX (incluidos Tutmosis III y Seti I) fueron enterrados de nuevo allí, y sarcófagos, momias y otros objetos funerarios, apilados de una forma, al parecer, precipitada. Este discreto escondrijo fue sellado en el año 10 del faraón Siamón, penúltimo monarca de la dinastia XXI.[70]



CUADRO 10.2. *Cuadro genealógico compuesto de las familias reales y aristocráticas del Tercer período intermedio. Sólo se han podido identificar dos genealogías con vínculos claros con los faraones del Imperio Nuevo y el TPI (nombres en negrita): la de los sacerdotes menfitas y la de la familia de Anjefenjons. Ambas se confirman mutuamente en lo que respecta al número total de generaciones implicadas. El cuadro muestra que el número de generaciones permitido por la cronología convencional entre los últimos reyes del TPI y el inicio de la dinastía XXVI (Psamético I) es demasiado grande, al igual que la distancia temporal entre éste y Ramsés II. Los nombres de los faraones de la genealogía real aparecen entre paréntesis.*



DEA Divina Esposa de Amón
GSA Gran Sacerdote de Amón
2PA Segundo Profeta de Amón
3PA Tercer Profeta de Amón
4PA Cuarto Profeta de Amón
PK Profeta de Khonsu
GSM Gran Sacerdote de Menfis
V Visir
G General
IJ Inspector Jefe
(R.) Ramsés
(Os.) Osorkón
(Sh.) Sheshonq
Roma = Ipuy
2PA
Ipuy (Merneptah)
Bajenjons
GSA (R. II)
Rome-Roy
GSA
Bajenjons
2PA
Iutenamun
Ipuy
Neslamun
Ankhef
Nesipautitawy
Khonskhu
Nesipautitawy
Nespaherenhat
Anjefenjons
G
Palsen
G IJ
Nesipakashuti
G IJ
Bajenjons
G IJ
Nesipakashuti
3PK G IJ
Pedikhons
PK
Amenemonet
3PK
Bajenjons
PK
Tashepenbast = Djedthutefankh
3PA 4SM
Djedthutesankh =
Itawy = Hor
Djedmutefankh
Anjefenjons (Os. I)
Familia de Anjefenjons
Pestjenef-Nesamón
Shepensopdet = Djedkhonsefankh
Wennofer-Iryry
3PA
(Rey X)
Shapenupet I
DEA
Najtefmut B
4PA
Besenmut I
Pediamennebnesuttawy = Ankh-Karomat
3PA
Anjefenjons I
Nespasef
Hor XV = Djedmutesankh IX
Namenkhpre
Besenmut II = Tabetjet
primo de
Mentuemhat
4PA (Taharqa)
Irethorrou = Gautsoshen
Pediamennebnesuttawy
3PA (9 Psamético I)
Anjefenjons
Hor XVII
3PA (14 Psamético I)
Irethorou
(14 Psamético I)
Istemkheb
(30 Psamético I)

El descubrimiento en este lugar secreto de una momia de la dinastía XXII, la de un tal Djedptahefankh, quien había ostentado los cargos de segundo y tercer Profeta de Amón, constituye, así, un enigma. Djedptahefankh fue enterrado en el año 11 de Sheshonq I o muy poco después,[71] convencionalmente unos treinta y cuatro años después de los últimos depósitos hechos en la tumba por Siamón. De modo que debemos suponer que el escondite secreto fue «reabierto una vez más durante el reinado del faraón Sheshonq I» para enterrar a Djedptahefankh,[72] el único testimonio de una perturbación entre el año 10 de Siamón y el descubrimiento del escondrijo en la década de 1870.[73] ¿Es lógico que este escondrijo se volviera a abrir al cabo de treinta y cuatro años para enterrar a un simple sacerdote?

Además, según el informe de Gaston Maspero, que limpió la tumba en 1881, el sarcófago de Djedptahefankh se encontraba en la parte más profunda de la cueva, y no, como sería normal en un enterramiento posterior, a la entrada de la atestada tumba. Elizabeth Thomas observa que la evidencia de la colocación del enterramiento depende del muy insatisfactorio informe sobre la limpieza de la tumba, y sugiere que el sarcófago de Djedptahefankh pudo haber sido hallado en el corredor de entrada. Pero la propuesta de Thomas se basa en la presunción (cronológica) de que Djedptahefankh «llegó el último».[74] Al margen de los argumentos relativos a la posición exacta del sarcófago, una lectura directa de la evidencia indica que Djedptahefankh fue enterrado en el escondrijo antes de la clausura de éste en el año 10 de Siamón. Esto está claramente en contradicción con la cronología actual, que sitúa a Sheshonq I después de Siamón y no establece ningún solapamiento entre las dinastías XXI y XXII.

Las tumbas reales de Tanis

Una prueba sorprendente de que la situación convencional de las dinastías XXI y XXII es errónea procede del complejo de tumbas reales de Tanis, descubierto en 1929 por Pierre Montet. En el ángulo suroeste del recinto del templo principal, Montet sacó a la luz los enterramientos subterráneos de Psusennes I y Amenemope, de la dinastía XXI, y Osorkón II y Sheshonq III de la dinastía XXII, así como tres tumbas sin atribución.[75]

Montet y su arquitecto Lézine se quedaron muy extrañados por la relación entre la Tumba I, perteneciente a Osorkón II, y la Tumba III, que contenía los enterramientos de Psusennes I, Amenemope y otros. Tras una cuidadosa investigación, llegaron de mala gana a la conclusión de que la Tumba I había sido construida *antes* que la Tumba III, pese a la idea establecida de que Osorkón murió más de un siglo *después* del reinado de Psusennes. La Tumba I linda con la Tumba III por el lado occidental. El hecho de que la Tumba I existía ya en la época en que se construyó la Tumba III está indicado por la incómoda disposición del lateral y las cámaras de ingreso de esta última, algo que sólo puede explicarse a causa de la reducción del espacio. Además, estaba claro que el muro exterior de la parte norte de la Tumba I había sido cortado en realidad para poder acomodar las antecámaras de la Tumba III.

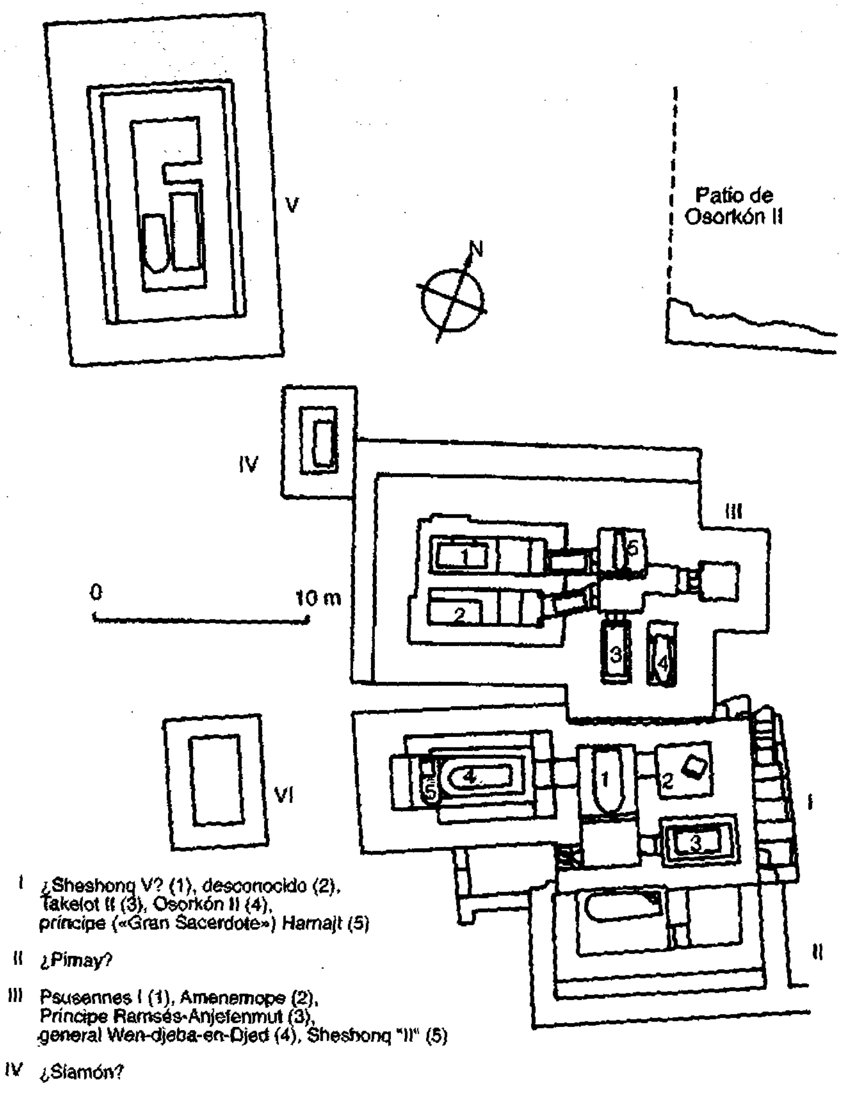


FIGURA 10.5. Planta de las tumbas reales de Tanis (según Montet, 1947, y Dodson, 1988).

Lézine y Montet se vieron obligados a concluir que Osorkón II se había apoderado de una tumba erigida para algún personaje muy anterior,[76] una teoría aún muy extendida: «parece estar claro que el propietario original de la tumba tiene que ser anterior a Psusennes I, y de ser un rey sólo puede tratarse de Smendes o Amenemnesut».[77] También hay que dar por supuesto que Osorkón encontró la Tumba I sin decoración, ya que no hay rastros de un ocupante previo, una situación extraña si este era un enterramiento real. Si la tumba no tenía decoración, o estaba desocupada, resulta difícil entender por qué Psusennes se tomó la molestia de construir de forma tan incómoda la Tumba III, y, en efecto, por qué en la Tumba I no hay huellas de ocupación durante los dos siglos que se supone transcurrieron entre el innominado predecesor de Psusennes I y Osorkón II. Además, Psusennes se hubiera visto obligado a construir la Tumba III tan cerca de la Tumba I y a cortar parte de su fachada sólo en el caso de que hubiese existido otra estructura hacia el norte. A pocos pasos de la fachada septentrional de la Tumba III se encuentra el ángulo suroeste de uno de los grandes patios del templo, cuyo depósito fundacional demuestra que fue erigido por Osorkón II.[78] De modo que a *ambos* lados de la Tumba III aparecen estructuras de Osorkón, las cuales fueron, al parecer, el factor determinante de su colocación. El conjunto de la evidencia apunta, por supuesto, a que Psusennes I, de la dinastía XXI, erigió su tumba después de la obra constructiva de Osorkón II, de la dinastía XXII.

También debe tenerse en cuenta el ajuar hallado en la tumba de Harnajt, hijo de Osorkón. El niño fue enterrado en la cámara funeraria de su padre, y su exiguo ajuar contenía objetos con la cartela del faraón Amenemope, de la dinastía XXI, quien se supone que fue el sucesor de Psusennes I.[79] ¿Por qué el hijo de Osorkón II fue enterrado con material que llevaba el nombre de un oscuro predecesor? Según la cronología convencional, el intervalo de tiempo entre Amenemope y Osorkón II es de 110 años. Si bien es posible que hubiera un saqueo y una nueva utilización del material de la cercana tumba de Amenemope, el conjunto de la compleja evidencia de Tanis indica una relación mucho más estrecha de lo que hasta ahora se ha creído entre Psusennes I y Amenemope, de la dinastía XXI, y los faraones de mediados de la dinastía XXII.

FUNCIONARIOS EN TEBAS

La minuciosa investigación de Kitchen sobre la enorme cantidad de material existente ha creado una estructura básica para la historia de los cargos más importantes de Tebas.[80] Resulta sorprendente que aunque los principales problemas genealógicos estudiados por Bierbrier corresponden al comienzo del TPI (es decir, a la dinastía XXI), también Kitchen encuentra vacíos en sus listas de funcionarios de *finales* del TPI, época en la que la información genealógica es más rica. Dada la naturaleza claramente hereditaria de los cargos, la existencia de estas lagunas es inexplicable. El propio Kitchen, hablando de los grandes sacerdotes (o primeros Profetas) de Amón, se vio inclinado a sugerir que el pues-

to había estado en suspenso durante un lapso de treinta a cincuenta años (entre 754/734 y 704 a.C.).[81] Esto es extraordinario, ya que a lo largo de toda la dinastía XXII este importante beneficio tebano fue sustentado por príncipes reales que actuaban como representantes del trono de Tebas.

Las listas de Kitchen presentan vacíos similares durante la dinastía XXII para los cargos de segundo Profeta (entre c. 960/945-935 a.C., 910-855 a.C. y 820-740 a.C.) y tercer Profeta (c. 920-875 a.C.), además de un lapso más corto para el de cuarto Profeta (705-680 a.C.).[82] En el caso de este último, la situación revela claramente que la familia Najtefmut fue apartada del cargo que había desempeñado durante seis generaciones.[83] (Algo parecido sucede con los cargos de Gran Sacerdote de Amón y de la Divina Esposa de Amón: véase *infra*.) En realidad, es posible disminuir los pontificados de la familia Najtefmut, como se deduce de sus relaciones con la familia de Mentuemhat, hecho que planteó un grave problema a Bierbrier.[84]

Si bien un sacerdote aislado *puede* no estar atestiguado a causa de la pérdida de la documentación, las grandes omisiones son más improbables dada la cantidad de material. Resulta así inexplicable por qué los mayores vacíos documentales se relacionan con el más importante de los cargos tebanos, el de las Divinas Esposas de Amón.

En el Imperio Nuevo, el cargo de Divina Esposa lo ostentaba la esposa principal del faraón, y así siguió siendo hasta la época de Ramsés VI, quien instaló a su hija Isis. Se cree que a partir de este momento la Divina Esposa se convirtió en una especie de virgen vestal que presidía un colegio de sacerdotisas elegidas entre las hijas de la nobleza y de las dinastías libias.[85]

Hacia el fin del TPI y durante la dinastía XXVI, dicho cargo llegó a ser un instrumento político de los monarcas kushitas y del Delta.[86] Las Divinas Esposas de Amón no utilizaban como fechas sus propios años de reinado, de modo que la fecha exacta de su acceso al cargo se conoce únicamente gracias a las titulares siguientes. La sucesión era por adopción, y establece relaciones entre las dinastías XXIII, XXV y XXVI. Estas últimas oficiantes están abundantemente documentadas y se ha reconstruido su secuencia como sigue:[87]

Dinastía XXIII	Shapenupet I
Dinastía XXV	Amenardis I
	Shapenupet II
	Amenardis II
Dinastía XXVI	Nitocris
	Anjnesneferibre

La evidencia para la primera parte del TPI es mucho menor. Kitchen comentó que «la institución de Divina Esposa de Amón continuó a lo largo del período libio, aunque se conocen a pocas de sus titulares antes del final».[88] Un reciente estudio de Jean Yoyotte ha reconsiderado todos los testimonios sobre el cargo durante las dinastías XXI y XXII. De la dinastía XXI sólo se conocen dos Divinas Esposas. Maatkare fue, probablemente, hija de Pinedjem I. Fue

enterrada en el escondrijo de Inhapi junto con un monito momificado que los arqueólogos tomaron por su hijo, convirtiéndose así en tema de ciertas teorías excesivamente románticas relativas a la débil virtud de una vestal.[89] Es probable que una tal Henuttaui, conocida sólo por los *ushabti* funerarios, date de finales de la dinastía XXI.[90]

Mehitenuesjet fue seguramente la primera adoratriz de la dinastía XXII.[91] Karomama fue contemporánea de Osorkón II y aparece representada junto a Takelot II en una capilla de Karnak.[92] Con anterioridad a la bien documentada secuencia de adoratrices que comienza con la princesa Shapenupet I de la dinastía XXIII, hay indicios de otra titular, llamada Kedemerut. La semejanza de sus *ushabti* con los de Karomama y los de los faraones de la dinastía XXV indica que todos ellos deben datar de la misma época. Por tanto, Kedemerut tiene que haber sido la única Divina Esposa entre Karomama (Kitchen: 870-840 a.C.) y Shapenupet I, de finales del siglo VIII.[93]

Hallazgos de la dinastía libia fuera de Egipto

El descubrimiento de objetos egipcios en niveles del bronce final de otras culturas determina, por lo general, la cronología de éstas. La situación empieza a cambiar a principios de la edad del hierro, cuando, a causa de la decadencia del Imperio Nuevo, los hallazgos con el nombre de faraones fechables se hicieron cada vez más raros, incluso en el Próximo Oriente. Los últimos vestigios significativos de la dinastía XX en Palestina, además de una basa de estatua de Megiddo, datan del reinado de Ramsés VI. De los restantes ramésidas sólo se conocen unos cuantos escarabeos,[94] y no hay nada que se pueda asignar con certeza a la dinastía XXI.[95] Si bien esta situación puede atribuirse a un período de debilitamiento del poder de los faraones, es interesante comprobar que se corresponden con los vacíos en la documentación sobre toros Apis, Divinas Esposas y genealogías, así como en la estatuaria egipcia y en otras artes.

Con el período libio de las dinastías XXII y XXIII empiezan a aparecer de nuevo fuera de Egipto materiales con la cartela real. Esta es la época del hierro avanzado, y en casi todos los casos hay otros medios de fechar los contextos en los que se hallaron los objetos. Cada caso es distinto, pero el resultado asombroso es que la evidencia local para la datación choca siempre con la egipcia.

Dos objetos seguros de Sheshonq I, fundador de la dinastía XXII (Kitchen: 945-924 a.C.) proceden de Palestina. El primero, una monumental estela de Megiddo, es de gran valor histórico por cuanto confirma su declaración sobre una campaña en Asia, pero desgraciadamente apareció fuera de contexto.[96] El segundo, un fragmento de estatua descubierto en la ciudad fenicia de Biblos a comienzos de siglo, carece también de contexto. No obstante, una desgastada inscripción en alfabeto fenicio que un rey de Biblos añadió orgullosamente en torno a la cartela real de Sheshonq que figura en la estatua nos da una clave

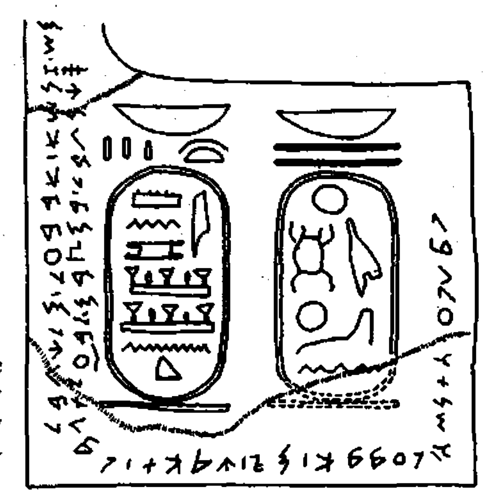


FIGURA 10.6. Fragmento de estatua de Sheshonq I hallado en Biblos. Alrededor de las cartelas de este faraón, Abibaal, rey de la ciudad, añadió una inscripción fenicia (según Montet, 1928).

para su datación. Esta inscripción dice que Abibaal, rey de Biblos, había traído la estatua de Egipto, y la había dedicado a la diosa Baalat-Gebaal («Señora de Biblos»).[97]

Una dedicatoria similar apareció en otro hallazgo casual, esta vez un busto de Osorkón I, hijo de Sheshonq (véase la lámina 16). El autor del texto fenicio fue el rey Elibaal de Biblos, hijo del rey Yehimilk. La escritura era idéntica a la utilizada en la inscripción de Abibaal sobre la estatua de Sheshonq,[98] lo que prueba que ambos reyes de Biblos estaban próximos en el tiempo o que quizá eran correlativos, como Sheshonq I y Osorkón I. Esto indica claramente que los textos fenicios fueron añadidos muy poco tiempo después de la realización de las estatuas, ya que es difícil admitir que dos reyes de Biblos de la misma época, por casualidad, hubieran resuelto escribir sobre las estatuas de dos monarcas egipcios, a su vez contemporáneos, muertos hacía mucho tiempo. Lo más probable es que las esculturas fueran regalos diplomáticos enviados por los faraones a los reyes de Biblos, quizá como parte de un cargamento a cambio de otro de los apreciadísimos pinos y cedros del Líbano; probablemente, los reyes de Biblos mandaron grabar su inscripción al poco de su llegada. Si las estatuas fueron encargadas especialmente por los faraones como regalos para los dos reyes, las respectivas afirmaciones de Abibaal, de que «trajo» su estatua de Egipto, y de Elibaal, de que la «hizo», adquieren sentido.

De este modo, el testimonio de las esculturas ofrece un valioso sincronismo, no sólo entre dos pares de monarcas de Egipto y Biblos, sino entre la cronología egipcia y una fase de la evolución del alfabeto fenicio. La importancia de ambas inscripciones radica en que forman parte de un grupo de Biblos que constituye el primer corpus de textos fenicios. Están documentadas inscripciones en edificios de otros dos reyes, Yehimilk y Shipitbaal; este último se declara hijo de Elibaal, hijo de Yehimilk, y proporciona así una clara secuencia de reyes. Se cree que Abibaal fue otro hijo de Yehimilk y predecesor de Elibaal. Otros

dos soberanos son conocidos por inscripciones en la misma escritura: Ahiram y su hijo Ithobaal, generalmente antepuestos a la familia de Yehimilk. El resultado es la siguiente secuencia de reyes de Biblos:[99]

Ahiram
Ithobaal (hijo de Ahiram)
Yehimilk
Abibaal ---------- Sheshonq I
Elibaal (hijo de Yehimilk) ---------- Osorkón I
Shipitbaal (hijo de Elibaal)

La cronología de estos reyes ha dado lugar a grandes debates. Cuando se publicaron por primera vez las inscripciones, muchos estudiosos vieron pocas diferencias entre la forma de las letras y las de la escritura hebrea primitiva de la estela del rey Mesa de Moab, datada con seguridad en torno al 840 a.C. (véase la página 169). Benjamin Mazar situó la serie entre el 950 y 750 a.C. La fecha última se basa en el hecho de que Tiglatpileser III de Asiria narra que un rey de Biblos llamado Shipitbaal le pagaba tributo hacia el 740 a.C.[100] Albright prefirió una cronología mucho más alta, basada en parte en su datación estilística del sarcófago de Ahiram, el primero de la secuencia, en el siglo XII a.C. Posteriormente, optó por situar a todo el grupo en el siglo X a.C. para que coincidiera con la evidencia del sincronismo entre Abibaal y Elibaal y los primeros faraones de la dinastía XXII. Naturalmente tuvo que rechazar el sincronismo establecido por Mazar entre este Shipitbaal y el mencionado en los anales asirios del siglo VIII a.C.[101]

La datación por Albright de las inscripciones de Biblos en el siglo X a.C. fue aceptada por todos, y se convirtió así en la base para fechar la evolución del alfabeto fenicio. Por ejemplo, proporcionó los fundamentos para datar el grupo de inscripciones «protocananeas», con formas ligeramente menos desarrolladas, en el siglo XI a.C.; una conclusión extremadamente desconcertante, ya que los caracteres de estas inscripciones tienen una gran semejanza con el alfabeto griego del siglo VIII a.C. (véase el capítulo 4). Esto ha colocado a los arqueólogos clásicos ante un considerable dilema. Su causa es la fecha canónica de las inscripciones de Biblos, que depende casi por completo de la datación convencional de Sheshonq I, a su vez dependiente de la identificación de éste con el Shishak bíblico (véase *supra*, pp. 224-225). Todo lo cual, como ya se ha dicho, constituye una conexión muy dudosa. Además, hay ahora razones independientes, de carácter paleográfico, para cuestionar la fecha de las inscripciones.

Cuarenta años después de escrito su artículo original, y convertido en un gran especialista en arqueología bíblica, Mazar resucitó su propuesta de que Shipitbaal de Biblos había reinado *c.* 740, en lugar de *c.* 900 a.C. Tras comparar la forma de las letras de Biblos con las fenicias posteriores, acarició la idea de rebajar toda la secuencia, pero en ese momento se sintió obligado a dejar las cosas como estaban debido a la aceptación general de las fechas de la dinastía XXII.[102]

Recientemente, el paleógrafo Ronald Wallenfels ha reanudado la polémica. Empezando con la inscripción del sarcófago de Ahiram, presentó pruebas estilísticas y arqueológicas de que databa de época muy posterior al siglo x a.C. Por ejemplo, la fosa funeraria contenía una gran cantidad de cerámica chipriota del período chipriota-geométrico III (850-700 a.C.).[103] Existen ciertas inscripciones fenicias y sirias que pueden datarse con seguridad, gracias a sus contextos históricos, a comienzos y mediados del siglo VIII. Tras una detallada comparación de la forma de sus letras y la gramática con las inscripciones de Biblos, Wallenfels declaró que no había motivos para fechar estas últimas con 200 años de antelación. Las diferencias que se encuentran pueden explicarse, según él, sencillamente como producto del dialecto de Biblos. Así, Wallenfels volvió a situar la secuencia del «siglo X» en el período comprendido entre finales del IX y principios del VII, y estaba lo suficientemente seguro de su teoría como para desafiar la fecha tradicional de Sheshonq I.[104]

La nueva datación paleográfica presentada por Wallenfels coincide con la referencia asiria a un Shipitbaal en torno al 740 a.C. Abibaal, dos reinados anterior a Shipitbaal, tuvo que haber gobernado, pues, no mucho antes del 800 a.C. De este modo, los testimonios paleográficos y los asirios, juntos, situaron a su contemporáneo Sheshonq I 125 años más tarde de su cronología habitual.

Otro dato en apoyo de bajar las fechas de la dinastía XXII procede del hallazgo de un fragmento de copa con bajorrelieves en Buseirah, en Edom, sur de Palestina. El estilo de la pieza indica claramente que debe pertenecer a comienzos de la dinastía XXII, convencionalmente al siglo X-principios del IX a.C. Sin embargo, la fecha del contexto es unos 200 años posterior. La principal ocupación de Buseirah se suele situar en el siglo VIII-comienzos del VII a.C., en concordancia con el hecho de que las primeras referencias bíblicas a Bosra (Buseirah) datan de mediados del siglo VIII, por parte de los profetas Amós (1:12) y Miqueas (2:12). Las fechas arqueológicas pueden rebajarse tras nuestra revisión de la estratigrafía palestina discutida en el capítulo 8. En todo caso, Crystal Bennett, excavadora de Bosra, tenía razón al afirmar que «aún no hay evidencias de una ocupación sedentaria de Buseirah anterior a los inicios del siglo VIII a.C.».[105] Angela Milward, especialista en copas egipcias, invitada por Bennett a comentar el hallazgo, pudo únicamente indicar que éste formaba parte de una «herencia». Sin embargo, puesto que Buseirah tuvo tan poca importancia antes del siglo VIII, añadió que:

> ... resulta más bien sorprendente que una copa egipcia, que incluso entonces habría sido un objeto raro y costoso, haya ido a parar a Buseirah en fecha tan temprana, posiblemente en los siglos X o IX.[106]

De época posterior, dentro de la misma dinastía XXII, es un escarabeo de Osorkón I o II aparecido en una tumba de Salamina, en Chipre, cuyo contenido fue fechado por Karageorghis en torno al 700 a.C. Se supuso que se trataba de otra herencia.[107] En Samaria, se ha recurrido a las fechas tradicionales de Osorkón II (Kitchen: 874-850 a.C.) para reforzar la fecha del siglo IX a.C. dada

a los famosos marfiles (época de Ajab) gracias al hallazgo, asociado a ellos, de un vaso de alabastro con el nombre de este faraón. No obstante, los especialistas en el trabajo del marfil han observado siempre la gran semejanza entre los ejemplares de Samaria y los marfiles del siglo VIII a.C. de Fenicia, Siria y Asiria (véase, *supra,* p. 188). Una fecha similar tendrían los materiales de Samaria. Si los marfiles fecharan el vaso de alabastro, y no al contrario, el vaso egipcio correspondería a mediados del siglo VIII en lugar de a mediados del siglo IX a.C.[108]

El descubrimiento de materiales libios más directamente relacionados con Asiria confirma este esquema de contextos «tardíos». En Assur se encontró un vaso de alabastro con la inscripción de un príncipe libio llamado Takelot,[109] cuyos títulos indican que era hijo de Sheshonq III (825-773 a.C.), o bien de Osorkón III (787-759 a.C.).[110] Pero el vaso llevaba también una inscripción secundaria del rey asirio Asaradón (681-669 a.C.) declarando que procedía del saqueo del palacio del rey de Sidón, ciudad que conquistó en el 677 a.C. Por analogía con las estatuas de Biblos, podemos suponer que el vaso llegó a Sidón como un regalo, probablemente a principios del siglo VII a.C. Vasos de alabastro similares se documentan en Nimrud, también en un contexto del siglo VII a.C. relacionado con Asaradón, los cuales pueden proceder igualmente del botín de Sidón, o quizá de la conquista de Egipto por el propio Asaradón en el 671 a.C.[111]

En España han aparecido más vasos de alabastro con las cartelas de Osorkón II (874-850 a.C.), Takelot II (850-825 a.C.) y Sheshonq III (825-773 a.C.). Sirven de urnas cinerarias en la necrópolis Laurita (Cerro de San Cristóbal, cerca de Almuñécar), asociados a cerámica griega y fenicia fechable en torno al 700 a.C. Por ejemplo, en la tumba que contenía el vaso de Sheshonq aparecieron dos vasijas del protocorintio antiguo que no pueden datar de antes del primer cuarto del siglo VII a.C.[112] Un escarabeo de Pedubast I (818-793 a.C.) proviene de una tumba del Baixo Alentejo (Portugal), de datación similar a las españolas.[113]

El descubrimiento de un fragmento de vaso de alabastro con la inscripción «Pashedenbast, hijo del [rey] Sheshonq» en la necrópolis real de Nuri, en Sudán, cuyos primeros enterramientos datan del reinado de Taharqa (690-664 a.C.), indica una fecha similar.[114] En tanto que gran parte de los materiales del TPI de Nubia pueden ser asociados con la conquista de Egipto por la dinastía XXV,[115] algunos objetos pequeños son de época anterior, como unos escarabeos de Sheshonq I y III procedentes de la necrópolis de Sanam, que se supone que fue inaugurada en el reinado de Piye, así como un escarabeo de Sheshonq I hallado en Gebel Moya.[116]

En tumbas de Cartago apareció una serie de escarabeos del período libio junto con cerámica de los primeros tiempos de la ciudad. Los escarabeos llevaban los nombres de Pedubast I (ocho tumbas), Pimay hijo de Sheshonq III (una tumba) y Osorkón III (una tumba).[117] Cintas intentó aprovechar estos hallazgos para fechar las tumbas a comienzos del siglo VIII a.C., aportando así la evidencia necesaria para remontar la historia de Cartago a la fecha tradicional

CUADRO 10.3. Lista de los principales hallazgos de las dinastías XXII y XXIII fuera de Egipto, cuyos contextos pueden datarse de forma independiente. Las fechas que se dan son las más antiguas permitidas por la evidencia arqueológica local; las de las estatuas de Biblos siguen a Wallenfels (1983).

Sheshonq I (945-924 a.C.): *c.* 800 a.C. (Biblos)
Osorkón I (924-889 a.C.): principios del siglo VIII a.C. (Biblos)
Copas de principios de la dinastía XXII (*c.* 950-850 a.C.): mediados del siglo VIII a.C. (Buseirah)
Osorkón II (874-850 a.C.): mediados del siglo VIII a.C. (Samaria); *c.* 700 a.C. (España)
Takelot II (850-825 a.C.): *c.* 700 a.C. (España)
Sheshonq III (825-773 a.C.): *c.* 720 a.C. (Cartago); *c.* 700 a.C. (España)
Pedubast I (818-793 a.C.): *c.* 720 a.C. (Cartago); *c.* 700 a.C. (España)
Príncipe Takelot (*c.* 800 o 765 a.C.): principios del siglo VII a.C. (Sidón/Assur)
Pimay (773-767 a.C.): *c.* 720 a.C. (Cartago)
Osorkón III (789-759 a.C.): *c.* 720 a.C. (Cartago); *c.* 700 a.C. (España)

de su fundación, el 814 a.C. Por desgracia para Cintas, la cerámica griega y fenicia procedente también de los niveles inferiores demuestra que no pueden ser anteriores al 720 a.C. (véase la p. 71-73), lo que convierte a los escarabeos, rara vez mencionados en la actualidad, en otra colección de aparentes «objetos heredados».

Considerados aisladamente, estos hallazgos de material de las dinastías XXII-XXIII en contextos «tardíos» (Biblos, Buseirah, Salamina, Samaria, Assur, Nimrud, Almuñécar, Baixo Alentejo, Nuri, Sanam y Cartago) pueden explicarse como objetos valiosos atesorados durante muchos años después de su fabricación. Sin embargo, tomados en conjunto constituyen una cantidad preocupante. Asimismo parece haber una pauta en los contextos «tardíos» que van desde *c.* 800 a.C., con el fundador de la dinastía XXII, a través de mediados del siglo VIII hasta el grupo a finales de la dinastía XXII en torno al 700 a.C. (véase el cuadro 10.3).

HACIA UNA NUEVA CRONOLOGÍA EGIPCIA

Con el rechazo de la datación sotíaca y la insostenible identificación de Sheshonq I con el Shishak bíblico caen los fundamentos de la duración tradicional del Tercer período intermedio. Toda una multitud de evidencias procedentes de casi todo el ámbito del Mediterráneo y de Nubia, en el umbral de Egipto, clama por una reducción de la datación egipcia y un acortamiento radical del TPI. Nuestra revisión de la evidencia interna de Egipto indica lo mismo.

Es demasiado pronto para ofrecer un esquema completamente revisado, en el que cada rey encaje en su sitio justo. La mayor parte del material que tiene que ser evaluado requiere un examen prolongado. Pero sin necesidad de dar fechas exactas para cada faraón, de la evidencia surgen las líneas generales de un nuevo esquema.

El punto de partida para una cronología revisada tiene que ser el final de la dinastía XXV, cuyos últimos faraones pueden situarse con exactitud en el tiempo gracias a sus lazos con la dinastía XXVI y los reyes asirios. Aunque hay aún ciertas dudas, la fecha de la invasión kushita de Egipto por Shabaka debe de estar con mayor probabilidad entre los parámetros establecidos por Kitchen y Redford, es decir, entre 716-711 a.C.[118] La cuestión importante a principios de la dinastía XXV es si Piye invadió Egipto antes o después de Shabaka (véase el capítulo 9).

La estela de Piye es una de las fuentes más valiosas para la historia de finales del TPI, ya que cita a las dinastías libias con las que se enfrentó en Egipto. Además del principal oponente de Piye, Tefnajt, «Gran Jefe de los Libu» y gobernador de Sais, había numerosos «Jefes de los Ma» y otros dignatarios locales, y cuatro gobernantes clasificados como faraones: Osorkón, Iuput, Peftjauauibast y Nimlot. La identificación de estos reyes ha supuesto un gran problema. Objetos pertenecientes a Nimlot y Peftjauauibast confirman su papel de reyes, pero la identidad de ambos sigue siendo desconocida, aunque se piensa que eran descendientes de la dinastía XXII o XXIII. Iuput es aún más enigmático: hay unos cuantos monumentos reales con su nombre, pero se discute si atribuirlos al Iuput («II») de la época de Piye o a un rey anterior del mismo nombre, Iuput «I».[119]

Osorkón, aunque es evidentemente el faraón más respetado de los mencionados por Piye, sigue siendo un enigma. Kitchen lo convierte en «Osorkón IV», un monarca conocido sólo por el pobre testimonio de un pequeño objeto.[120] Los primeros egiptólogos supusieron que el Osorkón de Piye debía identificarse con el bien documentado Osorkón III.[121] Es evidente, dada la adopción de la hermana de Shabaka por la hija de Osorkón III como Divina Esposa, que éste debía estar muy próximo en el tiempo a los inicios de la dinastía XXV. Una inscripción de ambas Divinas Esposas hallada en Wadi Gasus data de los años 19 y 12, respectivamente, de dos reyes.[122] Es más probable que éstos sean los dos monarcas que aparecen asociados en otros lugares con las dos adoratrices: Osorkón III y Shabaka.[123] Esto significaría una reducción sustancial de las fechas dadas por Kitchen para Osorkón III (787-759 a.C.). Siguiendo la fecha de Kitchen del 716 para la entronización de Shabaka, la inscripción de Wadi Gasus dataría del 705 a.C., situando el comienzo del reinado de Osorkón III en el 723 a.C. Esto tiene repercusiones importantes:

1. Osorkón III sería el rey Osorkón («Shilkanni»), reinante en el 716 a.C., al que se refieren los archivos asirios.[124]
2. También se identificaría con el homónimo rey de la estela de Piye, evitando la necesidad de inventar un cuarto rey Osorkón.
3. Igualmente, no hacen falta dos reyes Iuput cuando sólo uno está atestiguado.
4. Peftjauauibast puede ser identificado con el Sumo Sacerdote de Menfis de este nombre, quien pertenecía a la rama principal de la casa real de Tanis.[125]

5. Es posible rebajar en general las fechas del período libio, concordando así con la evidencia de las genealogías particulares que indican un lapso de tiempo mucho más corto entre los contemporáneos de Osorkón III y los miembros del final de la dinastía XXV/comienzos de la XXVI.[126]
6. La evidencia genealógica que establece que Osorkón II y III estaban separados por no más de dos generaciones[127] significa que las fechas para mediados de la dinastía XXII en conjunto deben ser considerablemente rebajadas.

Coincidiendo con lo expuesto hay pruebas de que la duración de la dinastía XXII ha sido excesivamente alargada. La crónica del príncipe Osorkón enumera las ofrendas que hizo como Sumo Sacerdote de Amón en Tebas entre el año 11 de su padre, Takelot II, y el año 28 de Sheshonq III.[128] No hay nada registrado después del año 24 de Takelot o antes del año 22 de Sheshonq III. A menos que supongamos un vacío en su carrera como Gran Sacerdote, tiene que haber un considerable solapamiento entre estos dos reinados. Dicho solapamiento está confirmado por las fechas de los Apis, ya que no se documentan toros entre el año 23 de Osorkón II y el año 28 de Sheshonq III. La compresión de la cronología en este punto suprimiría también el único obstáculo a la de otra forma atractiva de identificación del Gran Sacerdote de Amón Osorkón con el futuro Osorkón III, sugerida por los primeros egiptólogos[129] pero incompatible con la larga cronología de Kitchen. De haber servido bajo ambos faraones (sin el solapamiento de los reinados), su pontificado habría durado cincuenta y cinco años, y si tenía veinte años cuando fue designado, Osorkón contaría setenta y cinco en el momento de su acceso al trono y, tras veintiocho años de reinado, moriría hacia los 103.[130]

Si el primer año de reinado de Osorkón III (*c.* 723 a.C.) siguió inmediatamente a su último testimonio como Sumo Sacerdote de Amón en el año 39 de Sheshonq III, el acceso de este último puede situarse en torno al 761 a.C. Un solapamiento de unos veinte años entre Sheshonq III y Takelot II lleva el primer año de Takelot al *c.* 765 a.C. El reinado de Osorkón II tiene que superponerse también a los inicios de los reinados de Takelot II y Sheshonq III para coincidir con la evidencia de los Apis. Suponiendo que son diecinueve los años de edad media de vida de un toro Apis, y que el toro enterrado en el año 23 de Osorkón II fue el predecesor del enterrado en el año 28 de Sheshonq III, el reinado de Osorkón II habría comenzado en *c.* 775 a.C. No hay pruebas del reinado independiente de un «Takelot I» anterior a Osorkón II.[131] Osorkón I, que reinó durante quince años, tiene que haber sido su predecesor inmediato, empezando su reinado hacia el 790 a.C. Los veintiún años de su padre, Sheshonq I, sitúa la fundación de la dinastía XXII en *c.* 810 a.C.[132]

Por lo que respecta a la dinastía XXI, las importantes anomalías comentadas anteriormente —la falta de enterramientos de Apis, estatuaria y genealogías y objetos fuera de Egipto— recomiendan una vuelta a la solución propuesta por Lieblein a comienzos de siglo, que hacía coetáneas a las dinastías XXI y XXII. Esto resolvería algunos de los misterios arqueológicos relacionados con la dinastía XXI, especialmente los problemas relativos al escondrijo de Inhapi

y las tumbas reales de Tanis. La evidencia de estas últimas indica que Psusennes «I» de la dinastía XXI fue enterrado después de Osorkón II de la XXII.[133]

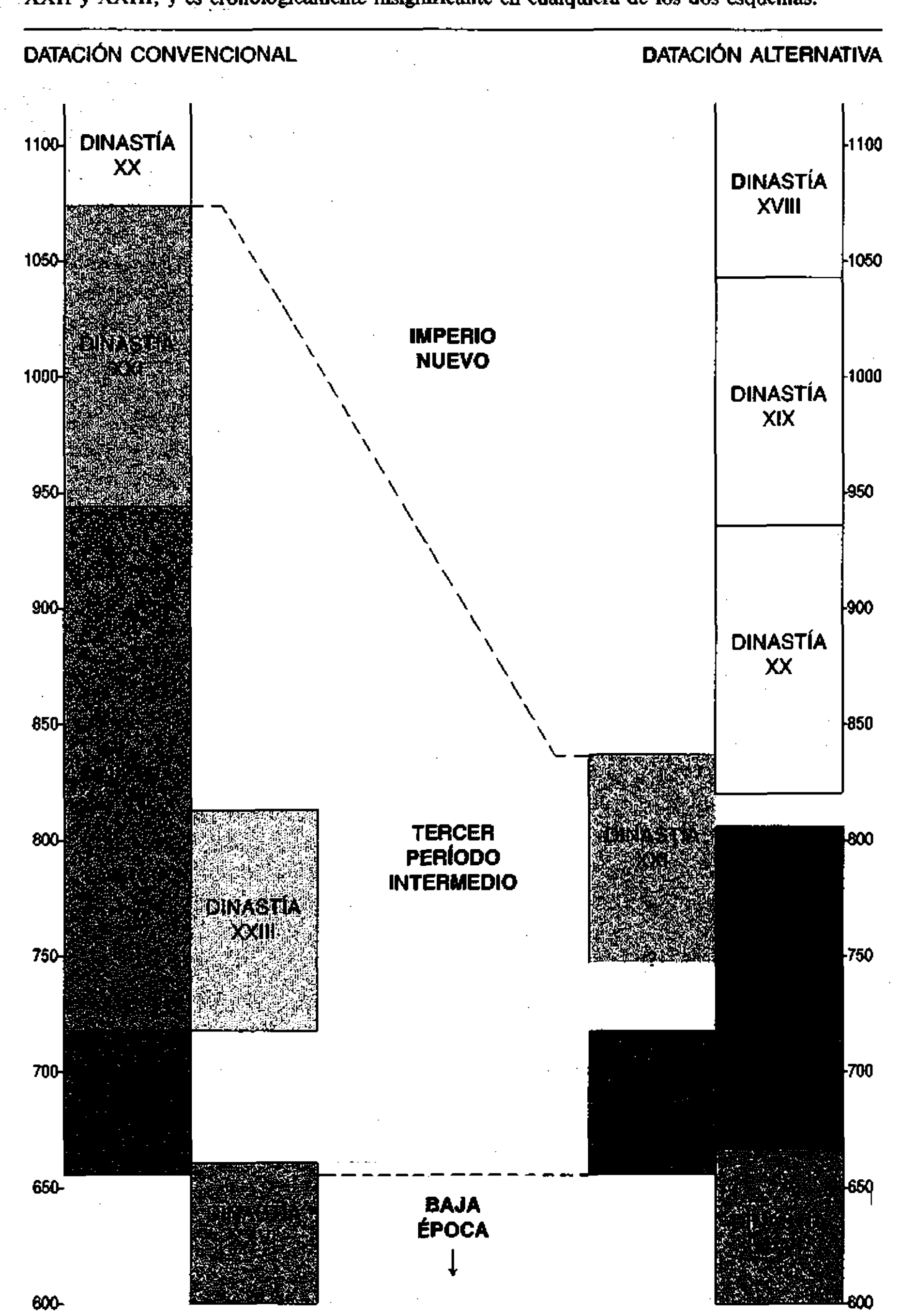
Se llega a la sorprendente conclusión de que la dinastía XX, en lugar de terminar en 1069 a.C., tuvo que hacerlo muy poco antes del acceso al trono de Sheshonq I, situada aquí en torno al 810 a.C. La dinastía XXI pudo haber gobernado independientemente durante una sola generación. Concediendo a este período veinticinco años y 115 años a la dinastía XX, se situaría a su fundador, Sethnajt, *c.* 950 a.C. El período de tiempo entre la entronización de Sethnajt y el año 30 de Ramsés II es de unos sesenta años, lo que nos da *c.* 1010 a.C. para el año en que el primer toro Apis de Ramsés fue enterrado en la Galería Secundaria. Entre 1010 a.C. y 644 a.C. (año 21 de Psamético I) hay 366 años. Para llenar este período hay diecisiete toros documentados en el Serapeum. Si no aceptamos lagunas en la evidencia de toros Apis (por ejemplo, una), llegamos a una edad media de los toros de entre veinte y veintiún años, muy plausible y que concuerda con las estimaciones previas sobre el promedio de vida de dichos toros.

La aplicación de esta cronología experimental a otras zonas produce resultados notables. Coincide con las dataciones de los objetos de la dinastía libia hallados fuera de Egipto. Ahora sólo hace falta considerar como hereditarios a unos pocos objetos; la mayoría habrían sido depositados en sus respectivos contextos poco después de su fabricación. La nueva fecha de acceso al trono de Sheshonq I, *c.* 810 a.C., concuerda perfectamente con la fecha de finales del siglo IX dada a los materiales coetáneos de Biblos. Así, Sheshonq I no puede ser el Shishak de la Biblia.[134]

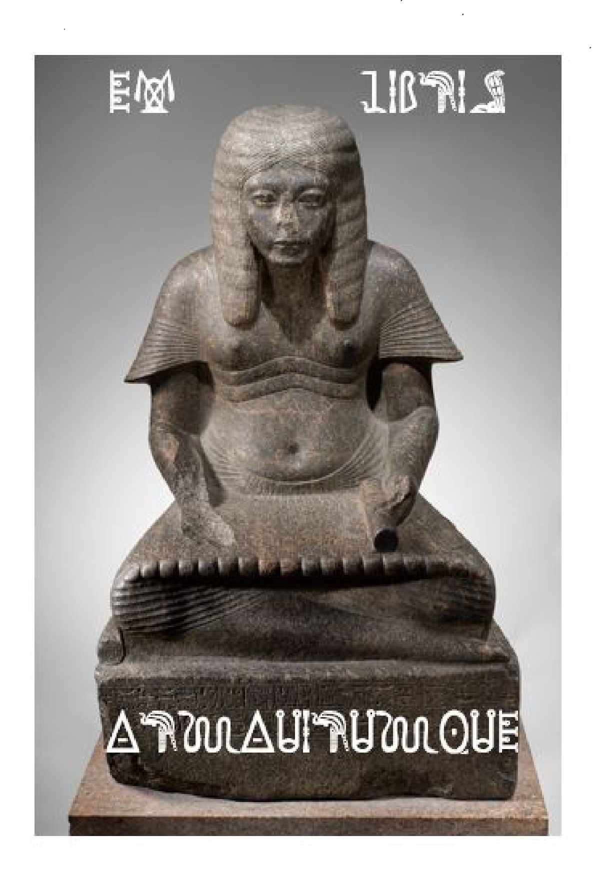
¿Quién fue, entonces, el rey de Egipto que provocó la caída del imperio de Salomón y robó los tesoros del Templo hacia el 925 a.C.? Según las fechas aquí indicadas, en esta época el faraón sería Ramsés III, de quien se sabe que restableció el control egipcio sobre Palestina. El nombre bíblico «Shishak» podría ser una corrupción del egipcio «Sessi», diminutivo corriente del nombre Ramsés.[135]

Nuestra compresión de la cronología del Tercer período intermedio da lugar a bajar de forma general las fechas del Imperio Nuevo (dinastías XVIII a XX) en unos 250 años. Los argumentos en contra de esta reducción pueden mencionar las pruebas de radiocarbono, algunas de las cuales apoyan, al parecer, la cronología tradicional. Otros resultados, sin embargo, concuerdan con las fechas reducidas defendidas aquí.[136] Se sospecha también que la publicación de las fechas está lejos de ser imparcial.[137] Los resultados de radiocarbono existentes pueden describirse mejor como ambiguos, y tienen que llegar a ser coherentes tanto con la cronología aceptada como con la revisada. La obstinada —y arrogante— negativa de los egiptólogos modernos a considerar una reducción de las fechas, así como su insistencia en la «exactitud» de la cronología egipcia clásica, siguen siendo la causa principal de las interminables teorías sobre la Edad Oscura que aquejan a la arqueología de Nubia, el Próximo Oriente y el Mediterráneo. Los primeros egiptólogos solían estar menos seguros de su

CUADRO 10.4. Comparación entre las fechas convencionales para el Tercer período intermedio y el esquema alternativo provisional. Es posible lograr una compresión sustancial de la cronología mediante la introducción de solapamientos mayores entre las dinastías del TPI (especialmente la XXI y la XXII), así como por la estricta adhesión a la duración de los reinados dada por los monumentos egipcios contemporáneos y no por Manetón. El resultado es una reducción importante del Imperio Nuevo, y, con él, del bronce final del Mediterráneo oriental (cf. el cuadro 8.3). Nota: la dinastía XXIV, que, como mucho, duró trece años, no aparece aquí; según la datación convencional, reinó en la zona occidental del Delta coincidiendo con los últimos años de las dinastías XXII y XXIII, y es cronológicamente insignificante en cualquiera de los dos esquemas.



cronología, y revisaban continuamente sus opiniones a la luz de la nueva evidencia. Desafortunadamente, el estudio de la cronología egipcia parece haberse petrificado tanto que resulta imposible cuestionar sus supuestos fundamentales, aceptados más por resultarnos familiares que por su base real.



11. LOS ENIGMAS DE LA ARQUEOLOGÍA MESOPOTÁMICA

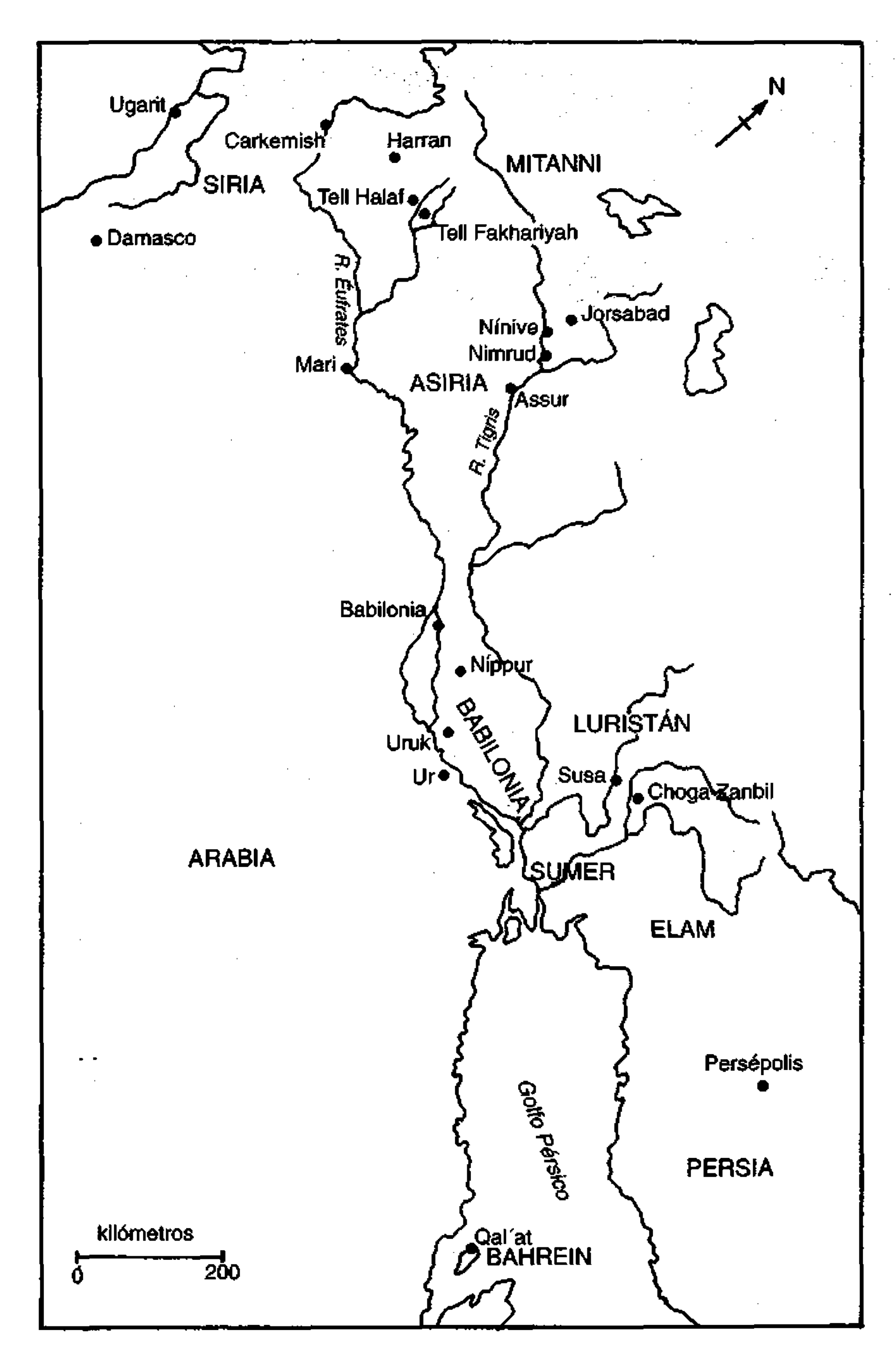
Una extraordinaria serie de testimonios indica que la cronología actualmente admitida para el antiguo Egipto es errónea. Si se acortara sustancialmente el Tercer período intermedio, la datación del Imperio Nuevo egipcio se vería considerablemente rebajada. A partir de ahí se pueden hacer reducciones similares en la cronología del bronce final de todo el Mediterráneo. La consecuencia sería que los problemáticos períodos oscuros que infestan las culturas del hierro del mundo antiguo resultarían más breves, o, en algunos casos, quedarían incluso eliminados.

Los argumentos para esta reducción parecen persuasivos, incluso irresistibles, pero —como podrían argüir los escépticos— no son concluyentes. Afortunadamente, hay otra zona en la que podemos poner a prueba nuestra revisión cronológica. Se trata de la antigua Mesopotamia, cuyas civilizaciones gemelas de Asiria y Babilonia (al norte y al sur del actual Irak, respectivamente) han desempeñado ya un importante papel en nuestras investigaciones.

Los asirios, en particular, figuran de forma destacada en las historias de muchos pueblos mediterráneos, como los hititas de Siria, arameos, fenicios, chipriotas, israelitas, edomitas y egipcios, cuyas tierras fueron incorporadas, paulatinamente, al imperio asirio entre los siglos IX y VII a.C. Mediante la unificación de estas distintas regiones, reorganizadas en provincias imperiales y marcadas con el sello de una única autoridad, los asirios prepararon el terreno para los «imperios universales» que vinieron a continuación: el de los neobabilonios, los persas y, finalmente, los macedonios bajo Alejandro Magno.

La aventura asiria

Fue la promesa de hallar los ricos palacios de los conquistadores asirios lo que llevó a los primeros anticuarios exploradores al norte de Irak durante el siglo XIX. La existencia del imperio asirio había sido conocida siempre gracias a las fuentes clásicas y a la Biblia, las cuales describían el poder y esplendor de sus reyes en términos casi fabulosos. Existía, pues, la posibilidad de que los enormes *tells* (montículos) de Asiria escondieran ruinas de considerable inte-



MAPA 13. Mesopotamia.

rés. En 1843 un diplomático francés llamado Paul Émile Botta emprendió la primera gran campaña arqueológica en Irak. Jorsabad, donde excavó, se reveló como un tesoro de esculturas, bronces, marfiles y otros *objets d'art*: había descubierto el palacio de Sargón II, el rey del siglo VIII a.C. que había deportado a las «Diez Tribus de Israel» y conducido a los ejércitos asirios hasta las fronteras de Egipto.

Sólo dos años después, el gran explorador británico sir Austen Henry Layard siguió los pasos de Botta con la excavación de Nimrud y Nínive.[1] El mundo occidental, educado en la Biblia, quedó extasiado ante sus descubrimientos. En Nimrud encontró el «Obelisco Negro», con la representación de Jehú, rey de Israel, besando los pies del rey asirio Salmanasar III. De entre las arenas de Nínive desenterró una serie de relieves (actualmente en el Museo Británico) donde aparece el rey asirio Senaquerib, sentado en su trono, dirigiendo el asedio de la ciudad judía de Lakish (véase la p. 178). Apenas podría imaginarse mayor confirmación gráfica de los relatos del Antiguo Testamento: estas escenas proporcionan algunos de los primeros nexos concretos entre la historia bíblica y la arqueología. Al mismo tiempo, el majestuoso y extraño estilo de la escultura asiría resultaba atractivo por sí mismo. El efecto de las monstruosas figuras guardianas halladas por Layard en Nimrud fue descrito por Mallowan:

> el mundo en general quedó sobrecogido por estos grandes fantasmas de piedra, pesadillas resucitadas que las gentes del antiguo Israel debieron haber contemplado en sus sueños cuando fueron sometidas por el cruel poder de Asiria.[2]

El interés del público apoyó la petición de más excavaciones. Le esperaban grandes sorpresas, que serían especialmente bien recibidas en una época en que la fe en la autoridad de la Biblia estaba siendo probada hasta el máximo por el desafío de los seguidores de Darwin. Entre las tablillas de la inmensa biblioteca del rey Asurbanipal en Nínive, del siglo VII a.C., un diligente funcionario del Museo Británico llamado George Smith encontró algunos fragmentos del equivalente babilónico de la historia bíblica del Diluvio. Inmediatamente después de haber anunciado el descubrimiento, en 1872, un representante del *Daily Telegraph* ofreció a Smith fondos para una nueva expedición, con el fin de recuperar el texto que faltaba. Smith halló otro fragmento al cabo de sólo cinco días de trabajo en Nínive. En su tercera expedición ya no tuvo tanta suerte: cayó mortalmente enfermo de disentería, agravada por el terrible calor del verano mesopotámico.[3]

Esta aventurera lucha en busca de tesoros históricos dio posteriormente lugar a proyectos sistemáticos a largo plazo. A finales de siglo se emprendieron las excavaciones de las capitales de Babilonia y Asiría: en 1899 un equipo alemán empezó a trabajar en Babilonia y en 1903 otro en Assur.[4] Había comenzado la arqueología científica en Mesopotamia. En los niveles más profundos de los montículos empezaron a descubrirse culturas más antiguas que las del imperio asirio conocidas por la Biblia. Los *tells* del sur de Irak son ejemplos clásicos de la historia vista como las capas de un pastel. Eran perfectamente

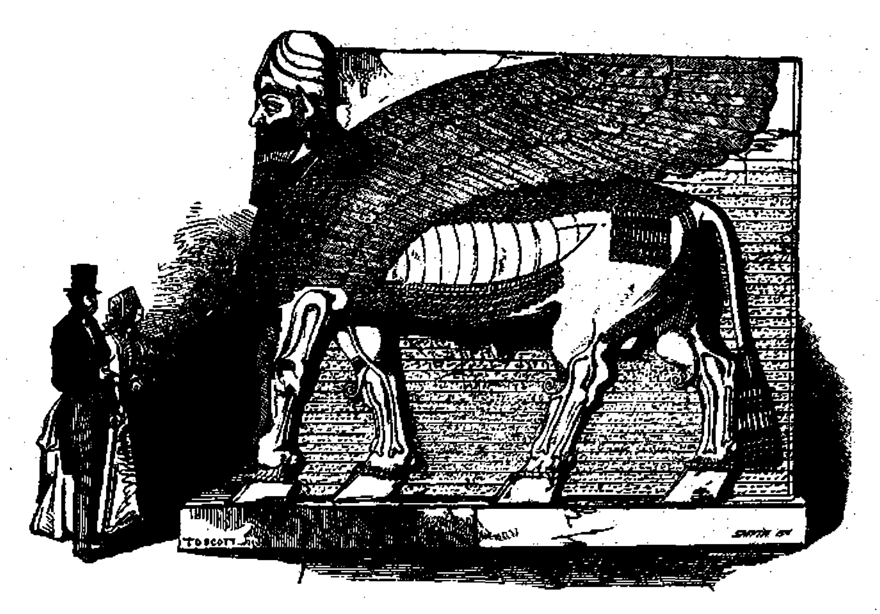


FIGURA 11.1. Toro alado de Nimrud, de yeso, esculpido para el palacio del rey Asurnasirpal II (883-859 a.C.) y exhibido por primera vez en el Museo Británico, en octubre de 1850. Esta criatura tiene cinco patas, de modo que de frente pudieran verse dos de ellas y de perfil cuatro (*Illustrated London News*).

identificables los vestigios de las fases «reciente», «media» y «antigua» de las civilizaciones asiria y babilonia. Bajo ellos estaban los niveles de los sumerios y de sus antepasados, los creadores de la civilización mesopotámica, que se remontaban hasta una antigüedad casi inimaginable.

Pero el descubrimiento quizá más importante de la arqueología mesopotámica ya había tenido lugar, no en Irak, sino en Europa. Aquí, tres científicos (sir Henry Rawlinson, Edward Hincks y Jules Oppert) habían estado trabajando sin descanso en el desciframiento de la escritura cuneiforme de la antigua Mesopotamia. Ya en 1847 pudieron hacer lecturas provisionales de las tablillas cuneiformes, descubriendo inmediatamente que los asirios y los babilonios habían hablado la misma lengua, el acadio. Quedaba así despejado el camino para la siguiente tarea: cómo fechar la inmensa cantidad de material desenterrado en los montículos de Irak.

La resurrección de la historia mesopotámica

De la literatura clásica del mundo antiguo hemos recibido datos sobre la historia asiria y babilónica, que han formado siempre parte de nuestros conocimientos. Para los estudiosos que iniciaron la tarea de reconstruir la cronología antigua, esto resultó ser una especie de ventaja contradictoria. En época

romana eran muy conocidas las «historias» asirias: en *La ciudad de Dios* de san Agustín (escrita hacia el 420 d.C.), por ejemplo, podemos leer los nombres de los reyes que gobernaron en tiempos del nacimiento de Abraham, o del Éxodo de los israelitas de Egipto. Pero, al igual que otros escritores grecorromanos, san Agustín trabajó con una «lista real» consistente en una sarta de nombres extranjeros, ninguno de los cuales tenía nada de asirio.

Las pseudohistorias sobre Asiria gozaron de gran popularidad en el mundo clásico, no tanto por su contenido cronológico como por su presentación de personajes fantásticos como el travestido rey Sardanápalo, del que se decía que había sido quemado vivo en su palacio mientras hilaba. Un ciclo de cuentos aún más atractivo rodeaba a Semíramis, la reina guerrera, según los cuales había asesinado a su marido para obtener los favores, y después la mano, del rey Nino; juntos conquistaron todo Asia, excepto la India, antes de que su ambición la llevara a matar también a Nino; fundó Babilonia, construyó sus famosos Jardines Colgantes y a su vez fue asesinada por su hijo —y amante— Ninias.[5] La vida de la histórica reina asiria Samuramat, en cuyo nombre se inspiró la leyenda, fue mucho más aburrida.[6]

Para los eruditos del siglo XIX que luchaban por recoger información seria sobre Mesopotamia, tales cuentos eran simplemente una distracción inútil. Afortunadamente, entre el montón de tradiciones absurdas había una vena de auténtico e inapreciable saber histórico. Se han conservado algunos fragmentos extraordinarios de la obra de un sacerdote babilonio llamado Beroso (siglo III a.C.; véase el capítulo 12). Como su contemporáneo, el egipcio Manetón (véase el capítulo 10), Beroso preparó una larga historia de su país, desde «antes del Diluvio» hasta la época de Alejandro, destinada a un público de lengua griega. Por desgracia, muy poco queda de ella, pero lo que se ha conservado prueba con creces que los sabios del mundo helenístico tenían aún acceso a los archivos históricos en escritura cuneiforme.[7] Como se sabe por las tablillas escritas bajo los reyes seléucidas de Babilonia (siglos III a I a.C.), muchos escribas estaban todavía familiarizados con el acadio cuneiforme, incluso en una época en que, desde hacía ya tiempo, éste había sido sustituido por el arameo y el griego como lenguas del comercio y la administración.[8]

El hilo histórico entre el mundo clásico y el babilónico se había estirado mucho, pero no se había roto. En efecto, un tratado griego de astronomía del siglo II d.C. contiene una de las fuentes cronológicas más valiosas que se han descubierto nunca, llamada el «Canon de Ptolomeo». Claudio Ptolomeo, el famoso matemático y geógrafo griego, reunió para la posteridad los nombres y la duración de los reinados de los soberanos de Babilonia remontándose desde Alejandro Magno, que murió allí en el 323 a.C., hasta Nabonasar, que accedió al trono en el 747 a.C.[9] Se desconoce cómo consiguió Ptolomeo los documentos que contenían tales informaciones, pero su interés por ellas se basa sobre todo en el aspecto astronómico. Sus fuentes, hoy perdidas, le proporcionaron detallados registros de los eclipses de luna observados por los antiguos babilonios, que Ptolomeo fechó según una era que comenzaba con la subida al trono del rey Nabonasar.

La Lista de Reyes de Ptolomeo hizo posible que los estudiosos del siglo XIX se adentraran por primera vez con seguridad en el pasado de Mesopotamia. Gracias al desciframiento del cuneiforme, la historia posterior al 747 a.C. podía completarse mediante los datos de los propios babilonios. Y lo más importante fue que podía llegarse a la siguiente etapa de la reconstrucción: asignar fechas concretas a la historia asiria por medio de sus lazos con la babilonia. Dado que algunos reyes asirios como Senaquerib y su hijo Asaradón aparecían en el Canon de Ptolomeo a causa de los periodos en que dominaron Babilonia, resultaba fácil establecer sincronismos entre los dos países. El descubrimiento de otras fuentes, como la *Crónica Babilónica* publicada en 1887, proporcionó más información.[10]

Con anterioridad al siglo VIII a.C., sin embargo, la documentación sobre Babilonia era muy irregular. Para seguir retrocediendo más allá de esta fecha había que recurrir a textos asirios. Como en un baremo de cálculo, los asirios designaban distintos funcionarios estatales, empezando por el propio rey, para ser el «epónimo» (el que da nombre) de cada año. Así, si un acontecimiento estaba fechado en el año del gobernador X de la ciudad Y, el escriba podía determinar cuándo había sucedido tal cosa gracias a la lista de «epónimos». En 1862, sir Henry Rawlinson tuvo la suerte de descubrir una importante Lista de Epónimos que relacionaba a todos los titulares desde el 911 hasta el 660 a.C.[11] A partir de ese momento podía combinarse la información de los «dos Cánones» (el de Ptolomeo y el de los epónimos), con el resultado orgullosamente descrito por George Rawlinson, sobrino de sir Henry:

> Estos dos documentos, que armonizan tan admirablemente, abarcan una cronología asiria *exacta* casi desde la caída del imperio hasta el siglo décimo antes de nuestra era.[12]

Con sólo unos pequeños ajustes, el sistema desarrollado por los Rawlinson sigue vigente, aunque a finales del siglo XIX encontró gran oposición por parte de ciertos eruditos bíblicos. Los descubrimientos arqueológicos en Nimrud y Nínive proporcionaron vívidos lazos entre las historias de Asiria e Israel, no sólo en bajorrelieves, sino también en los registros en cuneiforme de las campañas militares asirias en Palestina. Según el sistema canónico, Salmanasar III se enfrentó a dos reyes israelitas, Ajab y Jehú, en 853 y 841 a.C., respectivamente. Pero si contamos los reinados de monarcas israelitas registrados en la Biblia desde el fin del reino en el 722 a.C. (fecha fijada también por los documentos asirios) hacia atrás, las fechas de Ajab y Jehú resultan ser 45 años anteriores a las de los anales de Salmanasar.

Durante un tiempo se pensó que había una verdadera contradicción entre la Biblia y la cronología asiria canónica. Llegó incluso a sugerirse que existía un «vacío» velado en el Canon de los Epónimos que enmascaraba un declive del imperio asirio a comienzos del siglo VIII a.C., teoría que cuadraba con algunas de las erróneas informaciones cronológicas de las pseudohistorias de la época clásica.[13] No obstante, esta idea fue posteriormente descartada, cuando que-



FIGURA 11.2. Un sincronismo artístico asirio, representado en el «Obelisco Negro» de Nimrud. Salmanasar III (858-824 a.C.) recibe el tributo de Jehú, rey de Israel, arrodillado ante él (Breasted, 1916).

dó claro que el error no estaba en ninguno de los dos catálogos, sino sólo en nuestra interpretación de la evidencia bíblica. Un estudio más detallado de la cronología de los reyes israelitas demostró que algunos de ellos habían reinado durante una serie de años conjuntamente con sus padres y/o hijos. La Biblia recoge la suma total de los años de reinado, que incluyen estas corregencias. De modo que era la cronología hebrea, y no la asiria, la que necesitaba un ajuste de medio siglo.[14]

Sin embargo, no hace mucho se ha criticado seriamente la veracidad del propio Ptolomeo. En 1978, en su estudio titulado *The Crime of Claudius Ptolemy*, el astrónomo norteamericano Robert Newton le acusó de haber perpetrado un gran fraude científico, «una traición a la ética y a la integridad de su profesión, que ha privado para siempre a la humanidad de información fundamental acerca de un campo importante de la astronomía y la historia». Según Newton, todas las observaciones astronómicas que Ptolomeo afirmó haber realizado son invenciones; lo que es peor, inventó, o incluso falsificó, las fechas de los eclipses lunares de Babilonia con el fin de reforzar sus cálculos poco sólidos.[15] Un comentarista de la obra de Newton ha llegado a sugerir que «las falsificaciones de Ptolomeo podrían afectar también a la duración de los reinados de los reyes babilónicos».[16]

Aun así, el duro ataque de Newton no ha empañado gran cosa la reputación de Ptolomeo como uno de los primeros grandes astrónomos. Como algunos historiadores de la ciencia más sensatos han demostrado, las normas que Newton aplicó a la obra de Ptolomeo eran demasiado severas. Ptolomeo debió seleccionar, y, por tanto, «pulir», los datos de observación de que disponía, pero esto es algo que difiere mucho de la acusación de Newton de rotundo fraude.[17]

Pero ¿qué sucede con el Canon de Ptolomeo, tan valorado por los historiadores del siglo XIX? ¿Estaba Newton en lo cierto al afirmar que «había que re-

visar los estudios sobre cronología babilónica con objeto de librarlos de toda dependencia con respecto a la lista real de Ptolomeo»?[18] En lo relativo a esta cuestión, la arqueología mesopotámica puede ahora cancelar su deuda con el antiguo astrónomo. Aunque Newton desvirtuó el hecho, las cifras ptolemaicas sobre los años de reinado de los reyes babilónicos han sido completamente corroboradas por un montón de textos en cuneiforme, entre ellos crónicas, breves listas de reyes y documentos de negocios fechados. Las fechas derivadas del Canon de Ptolomeo pueden ser comprobadas también mediante la información de los «diarios astronómicos» en cuneiforme. Los babilonios, padres de la astrología occidental, eran, como Ptolomeo sabía, observadores meticulosos del cielo nocturno. Sus anotaciones de las posiciones de las estrellas y planetas, registradas sobre tablillas de barro cocido por gente que creía en la influencia vital de éstos sobre los asuntos terrestres, son extremadamente detalladas, tanto que las observaciones fijadas en diversas tablillas desde el siglo VII al V a.C. pueden ser asignadas a un año, mes e incluso día concretos por los astrónomos modernos.[19]

Una última confirmación de todo el sistema canónico procede de otro punto determinado astronómicamente, esta vez proporcionado por los archivos asirios. En la Lista de Epónimos se hace clara referencia a un eclipse solar en el mes de Simanu de un año que, según las relaciones con el Canon de Ptolomeo, tiene que corresponder al 763 a.C. Van der Meer subrayó la importancia fundamental de esta observación para la cronología antigua:

> Este eclipse de Sol ha sido fijado astronómicamente, por razones que jamás se han puesto en duda, en el día 15 de junio del 763 a.C., según los cálculos modernos. Por consiguiente, ese año se utiliza como base para calcular el calendario asirio. Es la tabla de salvación de la que depende no sólo la cronología asiria sino también la de toda el Asia occidental.[20]

Un paso en la oscuridad

El eclipse solar del 763 a.C. nos lleva de nuevo, pasando por la cronología asiria y sus lazos con Babilonia, a los registros de eclipses lunares de Ptolomeo. El cuadro resultante, con comprobaciones y contracomprobaciones proporcionadas por todas las fuentes, desde la astronomía moderna hasta el Antiguo Testamento, es tan perfecto como podría desearse tratándose de un período de la historia antigua. La historia asiria se puede datar con seguridad, con un margen de error no mayor de un año, hasta el 911 a.C., cuando comienza la Lista de Epónimos; la historia babilónica es igualmente segura, al menos hasta el 747 a.C., cuando Nabonasar llegó al poder.

Antes de estas fechas los historiadores pisan terreno poco firme. La costumbre de denominar los años según epónimos empezó en la época media asiria, pero las listas de los períodos anteriores al 911 a.C. son tan fragmentarias

que no sirven para reconstruir la historia de Mesopotamia. Los Rawlinson y sus contemporáneos tuvieron que adoptar otras técnicas de datación.

Ciertos registros asirios de la época tardía proporcionaron dos tentadoras claves. Una inscripción de Senaquerib declara que tras someter Babilonia recobró un sello real del que 600 años antes se había apoderado un primer conquistador, Tukultininurta I, y que de alguna forma había retornado a Babilonia. Puesto que Senaquerib saqueó Babilonia en el 702 y de nuevo en el 689 a.C., Tukultininurta I tendría que haber reinado, como muy tarde, hacia el 1289 a.C. Otro documento de Senaquerib, que esta vez se refiere claramente a su segunda conquista de Babilonia, dice que volvió a capturar los ídolos robados de Asiria por los babilonios en época de Tiglatpileser I, 418 años antes. El reinado de Tiglatpileser habría comenzado, por tanto, alrededor del 1107 a.C.[21]

Los arqueólogos del siglo XIX tomaron esas fechas como absolutamente fiables y en torno a ellas desarrollaron un marco para la historia asiria que se remontaba hasta el 1300 a.C. Los reyes babilonios fueron colocados en su sitio junto a sus contemporáneos, siguiendo la información transmitida por una crónica en cuneiforme llamada *Historia Sincrónica*. A primera vista, todo parecía plausible, excepto por el hecho de que el esquema adoptado dejaba un vacío evidente en la historia mesopotámica. Los asiriólogos no habían encontrado un solo rey, inscripción o monumento que pudieran situarse con seguridad en el período comprendido entre Asurbelkala, hijo de Tiglatpileser I, que murió hacia el 1060 a.C., y un segundo Tiglatpileser que reinó *c.* 950 a.C., poco antes de la época cubierta por el Canon de Epónimos.[22] En la historia de Babilonia hubo de aceptarse la existencia de una laguna similar en aproximadamente el mismo período.[23]

Es extraño que nunca se llegara a considerar la posibilidad de que había algún error grave y de que las fechas calculadas para Asiria eran demasiado altas. En esta etapa se habían establecido ya las relaciones con la cronología egipcia a través de las cartas de El-Amarna (véase el Apéndice 4), y los arqueólogos mesopotámicos no podían hacer otra cosa que aceptar la idea de que un profundo vacío interrumpía la historia de Asiria y Babilonia durante los siglos XI y X a.C.

Pero el problema de este vacío pareció desvanecerse cuando en 1927 aparecieron unas tablillas con una amplia lista de reyes asirios. Contenían una Lista Real elaborada por los propios asirios en el siglo VIII a.C. Hasta ahora, se han descubierto tres versiones de este documento, y todas coinciden, en lo esencial, en lo que se refiere al tiempo de reinado y a las genealogías de los reyes desde el siglo VIII a.C. hasta los semilegendarios fundadores de la monarquía «que gobernaban en tiendas», quizás en el tercer milenio a.C.

Para los asiriólogos, este descubrimiento fue como un regalo de los dioses. La Lista Real no sólo extendía la historia asiria hasta una antigüedad anteriormente inimaginable; también proporcionaba convenientemente los nombres de una serie de reyes que llenaban el molesto vacío en la historia del primer milenio. Ahora los monumentos e inscripciones de los monarcas asirios de un período de más de mil años podían ordenarse y fecharse, con aparente seguridad, según su posición en la lista.



FIGURA 11.3. Asurbanipal (668-627 a.C.), el último de los grandes emperadores asirios, esculpido en un relieve de Nínive (Museo Británico). La escena muestra al rey cazando, pero él se enorgullecía también de las actividades culturales. Sus escribas copiaron miles de documentos antiguos, y la inmensa biblioteca de Asurbanipal, excavada a principios del siglo XX, proporcionó algunos de los documentos más importantes para la reconstrucción de la historia de la antigua Mesopotamia (dibujo de Rosemary Burnard).

El significado de este extraordinario documento será investigado en el capítulo siguiente. Por el momento, nos limitaremos al panorama de la historia y la arqueología mesopotámicas resultante de la aceptación de las fechas dadas por la Lista Real. ¿Apoya la evidencia de Mesopotamia la cronología alta egipcia, como a veces se ha afirmado? ¿O confirma nuestras sospechas de que los «siglos de oscuridad» presentes en la historia de tantas culturas son el fruto de una cronología errónea? Comenzamos nuestra revisión con Asiria.

EL VACÍO EN LA ARQUEOLOGÍA ASIRIA

Aunque se ha dicho que «Asiria fue el único poder del Asia occidental que sobrevivió a los disturbios del final de la edad del bronce»,[24] también se ha afirmado que atravesó una grave recesión cultural y política en dicha época. En efecto, el período entre 1200 y 900 a.C. ha sido acertadamente descrito como

la «Edad Oscura de Mesopotamia».[25] El tema de discusión es, por supuesto, cuánto tiempo duró este período de decadencia.

Durante la época de florecimiento de las civilizaciones del bronce final —Micenas, Chipre, Anatolia y Egipto—, Asiria era un reino pequeño pero poderoso. Su lengua, religión y cultura eran deudoras de la más antigua civilización de Babilonia, pero ya había desarrollado su propio carácter, claramente militarista. El dios principal, Asur, era una deidad guerrera por excelencia, que dio a sus «virreyes», los monarcas asirios, el mandato divino de aplicar una justicia salvaje a aquellos que no le reconocieran. A lo largo del segundo milenio a.C., los gobernadores de Asiria se libraron del yugo del dominio del imperio mitannio, al norte, y asumieron el estatus de «Gran Rey», poniéndose en pie de igualdad con las antiguas monarquías de Babilonia, Hatti y Egipto.

Los ejércitos asirios extendieron el reino por el norte y el oeste, y después, bajo Tukultininurta I (que la lista real sitúa a finales del siglo XIII a.C.), emprendieron su más audaz aventura. Tukultininurta dirigió sus tropas hacia el sur y sometieron a los babilonios. Las murallas de Babilonia fueron derruidas y la imagen del gran dios Marduk llevada cautiva a Asiria, junto con el rey destronado. Para muchos asirios, esta acción tuvo que parecer un sacrilegio, ya que consideraban a Babilonia una ciudad santa. De hecho, una de las consecuencias de la campaña fue, al parecer, una guerra civil en la propia Asiria: el hijo de Tukultininurta se rebeló, y el conquistador de Babilonia fue asesinado en su propio palacio.[26] Ningún rey asirio se atrevió a asaltar otra vez la ciudad de Babilonia hasta Senaquerib, quien la saqueó en el 689 a.C.; pagó el mismo precio que Tukultininurta, siendo degollado por sus propios hijos cuando «adoraba en la casa de Nisrok, su dios» (II Re. 19:37).

Es difícil saber qué sucedió exactamente tras las muerte de Tukultininurta pero, según parece, sus hijos se enzarzaron en una disputa por la sucesión. Por consiguiente, se conservan pocos datos sobre un período de unos cincuenta años.[27] Posteriormente, hay una tregua en medio de la confusión: después de los hijos de Asurdán I, tres reyes (Asurreshishi, su hijo Tiglatpileser I y su hijo Asurbelkala) gobernaron sucesivamente, dejándonos textos suficientes para reconstruir la historia de su época. Los anales de Tiglatpileser son especialmente extensos: fue un hábil general, que condujo las tropas asirias hasta el mar Mediterráneo, donde emprendió una expedición militar marina.[28]

Tras esta línea de reyes (actualmente situada entre 1132-1056 a.C.), la documentación vuelve a desaparecer durante otros 120 años, en la época del misterioso vacío al que se enfrentaron los asiriólogos del siglo pasado. La Lista Real proporciona los nombres y la duración de los reinados de una serie de monarcas que llenan la laguna, pero en la práctica este descubrimiento supone pocas diferencias. Los reyes de este período en blanco han dejado pocos datos, o ninguno, acerca de sus campañas, decretos, obras constructivas, etc. Algunos ni siquiera figuran en monumentos o inscripciones contemporáneos (véase el capítulo 12). Es difícil evitar la comparación con el Tercer período intermedio de Egipto, en el que muchos faraones con largos reinados son en realidad meras cifras. Únicamente sobre el reinado de Asurdán II (934-912 a.C.) hay informa-

ción suficiente para percibir que tratamos de nuevo con un período real de la historia asiria.[29]

Así, durante más de 250 años, desde la muerte de Tukultininurta I en el 1208 a.C., hasta el renacimiento a finales del siglo X a.C., la historia asiria es casi por completo un espacio en blanco, salvo el intervalo en la época de Tiglatpileser I. El vacío documental se extiende a toda clase de literatura. El asiriólogo Simo Parpola llamó recientemente la atención sobre el hecho de que:

> ... con la excepción de unas cuantas inscripciones reales, prácticamente no existen textos contemporáneos como cartas, registros administrativos o documentos legales durante la primera parte (1200-1150) o la crucial segunda parte del período (1050-900).[30]

La ausencia de textos literarios y religiosos fechables en esas épocas hace imposible detectar las tendencias; de hecho, no parece que hubiera habido cambios.[31]

También resulta difícil trazar la evolución artística. No sólo hay escasez de material, sino que los estilos de ambos lados del golfo entre los siglos XII y X a.C., curiosamente, son similares. Un especialista observó que las formas y decoración de los complicados sellos asirios del siglo XII son «claramente tardías», ya que «anticipan las recargadas figuras que se alinean a lo largo de las paredes del palacio neoasirio de Asurnasirpal [mediados del siglo IX a.C.]».[32] En palabras de otro experto en arte asirio, los escultores empleados por este rey «trabajaron dentro de una tradición que se remonta al siglo XIII a.C.».[33] No es sorprendente, pues, que la datación de las pocas esculturas que pudieron pertenecer a ese período oscuro haya sido objeto de apasionados debates.[34]

La arqueología asiria ha contribuido poco, en lo que respecta a fases de construcción o de ocupación, a salvar este vacío. Por desgracia, la mayor parte de las grandes excavaciones en los yacimientos principales fueron realizadas «antes de que se reconociera el principio de la estratigrafía»,[35] y en muchos casos la evidencia sobre la continuidad o discontinuidad a través del vacío debió de resultar destruida por las brutales técnicas de los primeros arqueólogos. Sin embargo, incluso donde se han llevado a cabo mejores investigaciones arqueológicas las memorias publicadas muestran el mismo silencio desconcertante acerca del material salvado de la Edad Oscura. El templo construido por Tiglatpileser I en Assur es una notable excepción.[36]

DECADENCIA ASIRIA: EXPANSIÓN ARAMEA

Existe un proceso, no obstante, que se puede detectar en la historia asiria durante los años que siguieron a la muerte de Tukultininurta I. Los anales de los últimos reyes asirios prueban que tuvieron que recuperar una considerable cantidad de territorio al noroeste de Mesopotamia de manos de un pueblo conocido como los arameos. Los arameos, como sabemos gracias a estos documentos y al Antiguo Testamento, eran fieras tribus del desierto sirio. En la épo-

ca de David y Salomón (finales del siglo XI-siglo X a.C.) su «imperio», una imprecisa confederación de reinos, se extendió desde los límites septentrionales de Israel hasta el Éufrates. Damasco se convirtió en el reino arameo más importante de Siria, en tanto que su principal centro de poder en Mesopotamia era la ciudad-estado de Bit-Bakiani, actual Tell Halaf.

Dado que los arameos dominaron gran parte de la Asiria occidental durante su período de decadencia, se pensó que los restos de yacimientos como Tell Halaf ayudarían a llenar el vacío en la arqueologia asiría entre los siglos XII y IX a.C. Lo que sucedió fue que la excavación de Tell Halaf añadió más leña al fuego de las discusiones cronológicas. Su construcción más importante era «el palacio de Kapara», según unas inscripciones cuneiformes en «bárbaro asirio». Pero los impresionantes bajorrelieves (véase la lámina 19) que decoraban el palacio y sus puertas plantearon un grave problema. El primer excavador, barón Max von Oppenheim, los dató en el tercer milenio a.C., a causa de sus aparentes influencias sumerias.[37] Esta fecha extremadamente alta fue considerada inaceptable por todo el mundo: las inscripciones, entre ellas una en alfabeto arameo, no podían ser tan tempranas, y el barón se vio obligado a afirmar que fueron añadidas muy posteriormente. A. Goetze ofreció un esquema algo más sensato, según el cual los relieves estaban inspirados en temas del arte mitannio, bien conocido por sus sellos, a su vez datados indirectamente mediante la cronología egipcia. Situó las esculturas en los siglos XIX y XIV a.C., y las inscripciones en el XII.[38]

La opinión de Anton Moortgat, el siguiente excavador del yacimiento, fue muy diferente: defendió que no había razones para disociar las inscripciones de los edificios. Además, la influencia asiría tardía evidente en los bajorrelieves le llevó a situar toda la serie en el primer milenio a.C. Su esquema establecía dos fases de construcción para el complejo del palacio: la primera en torno al 900 a.C., seguida por el «período de Kapara», que terminó en el 808 a.C., época en que los asirios recuperaron, finalmente, la zona tomada por los arameos y la absorbieron en su imperio como la provincia de Guzana.[39]

Estas conclusiones no impidieron que Tell Halaf se viera involucrada en la eterna polémica entre Frankfort y Albright sobre la datación del arte del Próximo Oriente antiguo (véase el capítulo 8). Frankfort estuvo de acuerdo con la fecha del siglo IX a.C. dada por Moortgat, aunque explicó los evidentes motivos del bronce final de los relieves como un resurgimiento del estilo mitannio.[40] Pero su idea de que éste se había conservado gracias a la escultura asiria no tenía en cuenta la casi total falta de ejemplos intermedios en la propia Asiria durante la Edad Oscura. Albright consideró que la solución estaba en la existencia de una continuidad local, y fechó los bajorrelieves en el siglo X a.C.,[41] esperando así disminuir el vacío en el arte monumental impuesto por la cronología clásica.

Los pequeños hallazgos asociados con el palacio de Kapara fueron publicados algunos años más tarde.[42] Como muchos objetos soportaron la comparación con material asirio del siglo IX a.C., se admitió que la datación de Moortgat era correcta; estaba, además, confirmada por una serie de estudios que

comparaban los relieves de Tell Halaf con los de los estados neohititas del norte de Siria.[43] Llegados a este punto, parece que el tema estaba ya solucionado; por desgracia, las fechas de Moortgat dejan sin resolver el enigma de los elementos de la edad del bronce presentes en la escultura, que siguen preocupando a los historiadores del arte.[44] Por ejemplo, los relieves de Tell Halaf reflejan influencias no sólo del imperio mitannio del norte de Mesopotamia, sino también de la Grecia micénica. Como discípula de Frankfort, Helene Kantor aceptó la fecha tardía de los relieves, pero observó, sorprendida, que:

> Aunque pueda parecer poco probable encontrar en toscos bajorrelieves locales sirios del siglo IX la continuación de las características de la escultura micénica, siglos más antigua y por entonces completamente extinguida, sin embargo así es.[45]

Jeanny Canby desafió directamente la opinión generalizada objetando, ante la evidencia de los pequeños hallazgos, que «hay demasiado poco material comparativo de los siglos XI y X en Asiria para datar tales objetos con precisión».[46] Canby defendía que la fecha del siglo IX era demasiado baja, dada la cantidad de paralelos que podía establecerse entre la escultura de Tell Halaf y la de Hazor (Palestina), del bronce final. Estos paralelos incluían un tipo concreto de estela sin decoración con una «semejanza física asombrosa», mientras que «la potente similitud estilística entre las figuras sentadas de Halaf y las de Hazor indica que los escultores trabajaban siguiendo la misma tradición».[47] En consecuencia, Canby resucitó la posibilidad de una fecha en el segundo milenio a.C. para Tell Halaf.

Dentro de la cronología convencional, los relieves de Tell Halaf siguen siendo un misterio. Si bien hay razones válidas para situar la construcción del palacio de Kapara en el siglo IX, o, como muy pronto, en el X a.C., sus bajorrelieves tienen que ser considerados como obras «arcaizantes» que reflejan el arte y la iconografía de civilizaciones ya desaparecidas. Por otra parte, si se rebajara radicalmente la cronología egipcia, la fecha terminal para las civilizaciones del bronce final, Mitanni, Micenas y Hazor, sería *c.* 950 a.C., en lugar de 1200 a.C. La influencia de su producción artística sobre la de los arameos del primer milenio sería, entonces, completamente natural.

Otro enigma con amplias ramificaciones es el presentado por un descubrimiento hecho en 1979 en el yacimiento arameo de Tell Fakhariyah, a sólo 2 km de Tell Halaf. En las afueras de la ciudad en ruinas, un campesino desenterró la estatua en piedra de tamaño natural de un funcionario asirio, con una inscripción bilingüe en asirio cuneiforme y alfabeto arameo.[48] La inscripción dice que la dedica un tal Adad-it'i, hijo de Shamash-nuri; el texto asirio los declara gobernadores de Guzana (la provincia asiria cuya capital era Tell Halaf), mientras que el arameo se refiere a ellos sencillamente como «reyes». La evidencia circunstancial deja pocas dudas acerca de que este Shamash-nuri era el mismo funcionario que aparece en la Lista de Epónimos asiria en el año 866 a.C.[49]

Esta escultura, por consiguiente, fue realizada en algún momento a media-

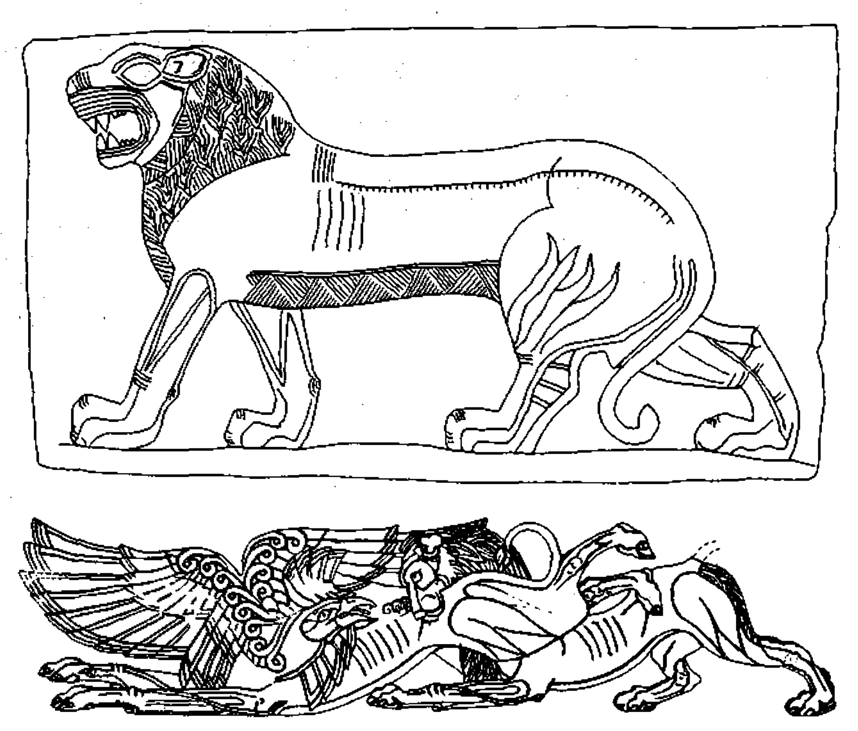


FIGURA 11.4. *Arriba*, bajorrelieve con un león, de Tell Halaf (norte de Irak), siglo IX a.C. Como demostró Kantor, estas toscas figuras conservan muchos de los rasgos del arte micénico del bronce final. La forma en que está esculpida la musculatura del león sigue de cerca el estilo de los marfiles micénicos, como éste, de la colección encontrada en Delos *(abajo)*. Nótese especialmente, en ambos ejemplos, el motivo de las llamas en los cuartos traseros del animal (según Kantor, 1956).

dos del siglo IX a.C. Hasta ahora, todo es correcto. Sin embargo, el texto arameo de la estatua plantea un enorme problema. En opinión del eminente paleógrafo Joseph Naveh,[50] la inscripción de Tell Fakhariyah corresponde al «grupo protocananeo» del siglo XI, fechado según la cronología egipcia tradicional. La tesis de Alan Millard, miembro del equipo responsable de la publicación de la estatua de Tell Fakhariyah, era, naturalmente, muy distinta. Aunque estaba de acuerdo en que la escritura tenía un «aspecto verdaderamente arcaico», señaló algunas características que podrían indicar una fecha posterior al siglo XI a.C., sobre todo la extraordinaria semejanza de las letras de Tell Fakhariyah con las del alfabeto griego del siglo VIII a.C.[51]

Naveh, por su parte, defiende el origen del alfabeto griego en el siglo XI, y, así, la polémica estatua se ha convertido en el centro de la controversia, aún sin resolver, sobre la datación del alfabeto griego arcaico (véanse los capítulos 4 y 10). Pese al testimonio aparente del siglo IX que proporcionó el texto asirio,

Naveh (apoyado por Cross) está absolutamente convencido de que la escritura de Tell Fakhariyah pertenece al siglo XI a.C. En una revisión imparcial del problema, Stephen Kaufman resumió con claridad la paradoja que éste presenta:

> Puesto que el peso de la evidencia indica, cuando no exige, una fecha en el siglo IX para la escultura de Fakhariyah, ¿cómo reconciliar esta fecha con la aparente datación en el siglo XI de la inscripción? ¿Qué «sobra»?[52]

Kaufman no soluciona el problema.[53] Desconocido para él, el factor que «sobra» es la cronología egipcia, que a través de las fechas que proporciona para la paleografía semítica entra en conflicto directo con la cronología asiria de Tell Fakhariyah. Como el problema de Tell Halaf, la paradoja aparente de la inscripción de Tell Fakhariyah desaparece una vez revisada la cronología egipcia.[54]

Babilonia ¿la iletrada?

La arqueología babilónica no ha dado nunca un equivalente de la gran Lista Real asiria. Se han descubierto listas parciales, pero en contraste con la práctica asiría de ordenar los monarcas en una sola línea, los babilonios estructuraban su historia en dinastías, denominadas a partir de la familia reinante o de su lugar de origen. Según la ordenación hecha por los historiadores actuales, forman una secuencia que desde el imperio persa se remonta a lo largo del siglo VIII a.C., pasa por Nabonasar (del Canon de Ptolomeo), varias dinastías breves y, después, a través de los reyes kassitas del bronce final, llega hasta el famoso legislador Hammurabi de la primera dinastía de Babilonia.

Por sí misma, no obstante, la secuencia dinástica no da una cronología absoluta. Se desconoce la duración de los reinados de muchos reyes, mientras que las dos listas que abarcan el período kassita son muy fragmentarias. Además, igual que durante el Tercer período intermedio de Egipto, a menudo faltan testimonios sobre las relaciones exactas entre las dinastías; algunas deben haberse superpuesto, reinando simultáneamente en distintos centros del poder, como las grandes ciudades de Babilonia e Isin o el «País del Mar», en el golfo Pérsico.

En Egipto, los arqueólogos recurrieron a la datación sotíaca para elaborar un marco absoluto. Se han hecho varios intentos similares para fechar la dinastía I de Babilonia utilizando datos astronómicos que establecen un momento «fijo» (véase el Apéndice 3). Durante el segundo milenio y comienzos del primero son las conexiones con Egipto y la historia asiria las que proporcionan en realidad fechas absolutas para Babilonia (véase el Apéndice 4). Por ejemplo, es sabido que Tukultininurta, conquistador de Babilonia, le arrebató el trono a Kashtiliash, uno de los últimos reyes de la dinastía kassita, en 1235 a.C. Los anales asirios y la *Historia Sincrónica*, un resumen de las relaciones asirio-babilónicas a lo largo de varios siglos, proporcionan otros nexos.[55]

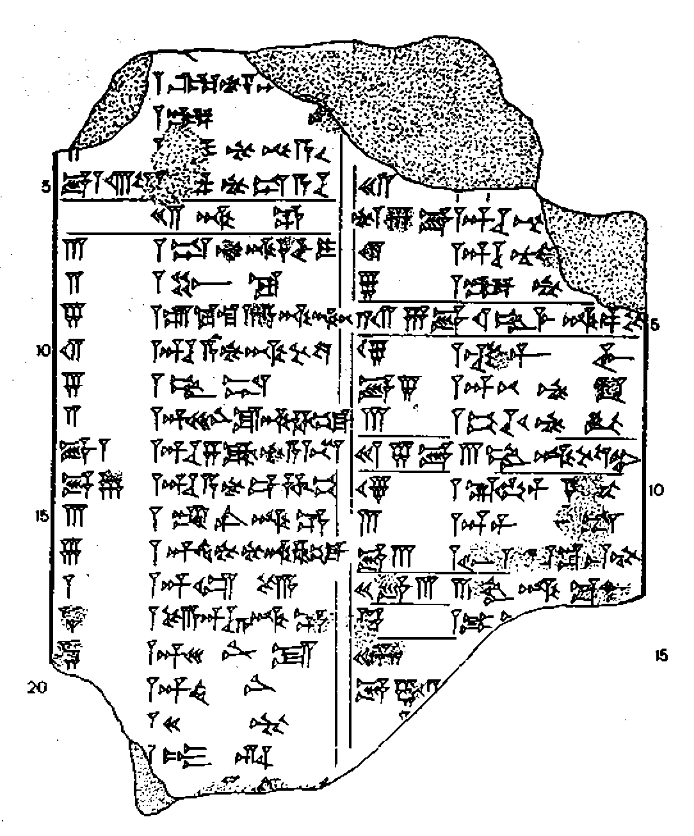


FIGURA 11.5. Tablilla cuneiforme (TC 33332) con el texto conocido como «Lista A de los reyes de Babilonia». Cada columna presenta el nombre de un rey, precedido por el número de años de su reinado. Entre las líneas horizontales se da la duración total de cada dinastía. La columna de la izquierda enumera los reyes de Babilonia desde mediados del siglo VIII hasta principios del VII, incluyendo a los conquistadores asirios Sargón, Senaquerib y Asaradón. La lista de la derecha, así como el otro lado de la tablilla, contienen secuencias fragmentarias de las primeras dinastías (cortesía del Museo Británico).

Por tanto, las fechas convencionales para la Babilonia anterior al siglo VIII a.C. son, en realidad, producto de la cronología de la Lista Real asiria y de la cronología sotíaca egipcia. El resultado es un escenario sospechosamente familiar, que John Brinkman, la mayor autoridad en el período «poskassita», describe así:

> La historia de Babilonia durante el primer cuarto del primer milenio a.C. se caracteriza por ser un período de oscuridad o «edad oscura», con frecuentes invasiones de pueblos extranjeros y un gobierno central a menudo incapaz de afirmar su jurisdicción en muchas zonas. De estos turbulentos tiempos ha sobrevivido poca documentación, y este poco resulta, a veces, muy difícil de datar.[56]

La expresión «Edad Oscura» parece un eufemismo cuando examinamos los vestigios arqueológicos de Babilonia generalmente fechados entre *c.* 1050 y 750 a.C. Incluso las ciudades más importantes muestran pocas huellas de actividad durante este largo período. Después de su florecimiento bajo los reyes kassitas de los siglos XV y XIV a.C., la gran ciudad de Ur empezó a declinar, pero hay evidencia suficiente, tanto escrita como arqueológica, para trazar su historia hasta mediados del siglo XI a.C. Los últimos restos de esa época consisten en algunos ladrillos con inscripción del rey Adadaplaiddina (1068-1047 a.C.). Luego la documentación desaparece por completo durante un período de unos 350 años, al igual que los restos arqueológicos.[57] Ur vuelve a estar bien documentada histórica y arqueológicamente sólo a finales del siglo VIII a.C. Lo mismo sucede en Uruk, un importante centro religioso que pervivió desde época sumeria hasta el período helenístico: no hay nada que llene el hueco entre los kassitas del siglo XII y el renacimiento de la ciudad bajo la dominación caldea en el VIII a.C.[58]

Brinkman describe un panorama igualmente desolador para el conjunto del país:

> Las fuentes arqueológicas son ... escasas. Los restos arquitectónicos correspondientes a esta época son, por lo general, pequeñas restauraciones hechas en estructuras antiguas, sin inscripción que registre la identidad del restaurador. (De hecho, hasta ahora no se ha excavado ningún edificio en Babilonia que pueda fecharse con seguridad en la época comprendida entre 1046 y 722 a.C.)[59]

Durante los últimos cuarenta años se han estudiado varias regiones de Babilonia con el fin de determinar cómo han cambiado los modelos de asentamiento a lo largo de su historia.[60] La principal técnica empleada ha sido la recolección sistemática en superficie de fragmentos de cerámica. Estas muestras, una vez sometidas al análisis estadístico, pueden revelar un amplio perfil de asentamiento que incluye áreas alejadas de los centros urbanos importantes. Los resultados han sido muy productivos para la mayor parte de los períodos de la historia babilónica; para el período kassita, sin embargo, el estudio constituyó un problema. La dificultad a la que se enfrentaron los arqueólogos fue que era casi imposible identificar algún estilo cerámico característico de la Edad Oscura. El escaso material que podía atribuirse a esta época resultaba difícil de distinguir de la cerámica kassita.[61] Con tan pocos datos, era inevitable concluir que este fuera «el punto más bajo de asentamiento urbano en Babilonia durante los tiempos históricos».[62] El comentario siguiente de Robert Adams, director del trabajo de campo, puede dar una idea de la total exasperación producida por la búsqueda de restos del período poskassita:

> ... queda un período intermedio poco conocido, cuya actitud hacia su limitado desarrollo cultural resultó apropiadamente resumida en las referencias informales de los miembros del equipo al período «V. D.» (varias dinastías).[63]

Las listas babilónicas tardías que enumeran las «varias dinastías» de ese período no suponen un consuelo. Para muchos reyes no hay ni siquiera un testimonio contemporáneo que establezca su propia existencia:

> Para el historiador de la Antigüedad, que tradicionalmente se basa en las fuentes escritas para establecer las líneas principales de su discurso, este período ofrece una decepcionante escasez de material. Hasta la fecha, se conocen menos de sesenta textos procedentes de Babilonia durante esos dos siglos y medio [c. 1000-750 a.C.]. De ellos, más de treinta son brevísimas inscripciones en «bronces de Luristán» que suelen tener una o dos líneas de texto que dan el nombre del rey o del particular y, a veces, su título o genealogía; dos tercios de esas áridas inscripciones están duplicados.[64]

La cifra de sesenta documentos de la Edad Oscura de Babilonia dada por Brinkman se reduce a un número muy pequeño, si consideramos que los bronces de Luristán, que representan más de la mitad de los textos, fueron encontrados al parecer fuera de la propia Babilonia, en los montes Zagros, al este (en el actual Irán). Esta pobreza de fuentes escritas es especialmente notable, ya que los textos cuneiformes de otros períodos de la historia babilónica se cuentan por miles. Se conocen no menos de 12.000 textos del período kassita precedente (que se supone duró unos 500 años).[65]

¿Debemos realmente creer que los babilonios no escribieron casi nada durante 250 años? ¿O simplemente los archivos de esta época han desaparecido? Puede descartarse por completo esta posibilidad. Debido a su naturaleza, el cuneiforme no fue escrito nunca sobre materiales perecederos, como pergamino o papiro. La arcilla es el único medio adecuado para ese tipo de escritura, que consiste en una serie de caracteres en forma de cuña impresos sobre arcilla húmeda con un estilete. Las tablillas cocidas pueden tener una duración casi indefinida. La piedra y el metal, usados a menudo para hacer objetos valiosos o inscripciones oficiales, son, por supuesto, menos duraderos.

Hay que considerar la posibilidad, igualmente remota, de una destrucción deliberada, según una curiosa leyenda recogida por el cronista helenístico Beroso, en el siglo III a.C.:

> Nabonasaros reunió y destruyó los anales de los reyes anteriores con el fin de que la lista de los reyes caldeos empezara con él.[66]

Incluso suponiendo que Nabonasar (747-734 a.C.) hubiera intentado borrar el testimonio de sus predecesores, es inconcebible que hubiese podido destruir no sólo sus inscripciones reales, sino también todos los documentos económicos y privados de toda Babilonia que los mencionaran. Esta improbable historia debe reflejar, en cambio, un problema real con el que se enfrentaron Beroso y sus coetáneos.[67] Igual que los historiadores actuales, también ellos debieron de haber buscado en vano textos del largo período comprendido entre la dinastía kassita y la época de Nabonasar. La leyenda de la purga de este rey puede responder al intento, por parte de los antiguos babilonios, de explicar un aparente vacío en su propia historia.[68]

La escasez de documentos del período poskassita plantea aún otro enigma. Dado el pequeño número de textos conservados, ¿cómo no se cayó en el analfabetismo? A partir del siglo VIII a.C., Babilonia fue considerada por todos sus contemporáneos (incluyendo a los asirios, hebreos y griegos) como centro de cultura poseedor de un inmenso corpus de sabiduría escrita, desde matemáticas y astronomía hasta medicina y filosofía. La escritura, introducida por los sumerios en el 4000 a.C., constituía la auténtica base de la sociedad babilónica, cuidadosamente ordenada y dependiente de sus registros diarios de transacciones comerciales, ventas de tierras, testamentos, préstamos, etc. Es, sencillamente, un misterio cómo los complejos sistemas administrativos o comerciales babilónicos pudieron sobrevivir tanto tiempo con tan pocos documentos escritos.

Un «enigma de ocupación» en el golfo Pérsico

El misterio de la Edad Oscura poskassita se extiende hacia el sur, desde Babilonia hasta el golfo Pérsico. Aquí, las costas e islas del noreste de Arabia fueron la cuna de una civilización casi tan antigua como la de los propios sumerios.[69] Los mitos que aluden al área de Bahrein como la «pura» y «santa» tierra de Dilmun, equivalente, o incluso modelo, del Jardín del Edén bíblico,[70] sugieren un nexo ancestral entre los sumerios y el Golfo. Otra tradición, recogida por el historiador griego Herodoto, según la cual los comerciantes fenicios del Líbano fueron antiguos colonos procedentes del Golfo, ha sido reconsiderada recientemente a la luz de hallazgos arqueológicos que indican la existencia de contactos entre ambas regiones durante los inicios de la edad del bronce.[71]

A partir del cuarto milenio a.C., hay testimonios en el Golfo de la presencia de ricas comunidades de comerciantes marinos que florecieron haciendo la ruta entre Mesopotamia, África y la India. Durante el bronce final, Bahrein, en concreto, siguió prosperando. Su actividad en esa época está representada por numerosos enterramientos, hallazgos de superficie y el nivel III de Qal'at, el yacimiento más importante de la isla.[72] El asentamiento se extiende a lo largo de una amplia zona de donde proceden textos con nombres reales kassitas y cerámica muy parecida a la kassita-babilónica. Además de la evidencia de cartas e inscripciones que mencionan gobernadores kassitas de Dilmun, los hallazgos demuestran que Bahrein permaneció bajo dominio kassita durante los siglos XV al XIII a.C.[73]

Después, a finales del siglo XII a.C., la región desapareció de la historia y apareció de nuevo sólo en la época asiria tardía.[74] Dada la escasez de textos babilónicos de ese período, no resulta sorprendente que cesen las referencias a Dilmun, pero también desaparece de la región del Golfo cualquier clase de documentación. Entre el período kassita de Qal'at III y el siglo VIII a.C., hay en el yacimiento, al parecer, una gran laguna, apropiadamente descrita por sus excavadores como «un enigma de ocupación».[75]

Recientemente, se han descubierto pruebas de la existencia de una fase intermedia entre Qal'at III y el renovado asentamiento de finales del siglo VIII

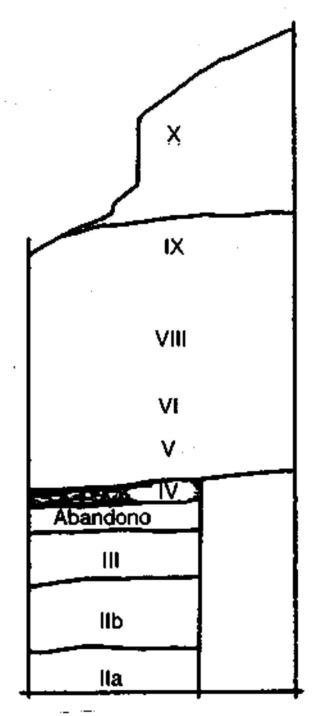


FIGURA 11.6. Sección de Qal'at, Bahrein. En orden descendente, los niveles representan los períodos islámico (X), sasánida (IX) y parto a seleúcida (VIII). El VI es el estrato neobabilónico y el V el neoasirio (siglo VIII). Inmediatamente por debajo de éste está la fase IV, recientemente identificada, separada de los niveles kassitas del siglo XIII y época anterior (III y II), por un breve período de abandono (según Kervran *et al.*, 1987).

a.C., pero los hallazgos son desconcertantes. Aparecieron sobre los vestigios del período kassita, después de un nivel de abandono, e inmediatamente debajo de los restos de Qal'at V, con conexiones asirias de los siglos VIII-VII a.C. De esto se ha deducido que la nueva fase intermedia (denominada Qal'at IV) correspondía al siglo IX o comienzos del VIII a.C. Pero la cerámica, además de nuevas formas que muestran una influencia arábiga, incluye tipos directamente derivados del repertorio kassita, indicando que el material del nivel IV pertenece a los inicios del vacío ocupacional. La comparación con otras cerámicas mesopotámicas sugiere también una fecha en los siglos XII-XI.[76] Estas conclusiones cronológicas implican una paradoja: allí donde la cerámica muestra continuidad (entre Qal'at III y IV), la evidencia estratigráfica indica una breve interrupción; pero en el lugar donde supuestamente existe un largo período de abandono (entre IV y V), no se encuentran huellas de un estrato estéril.

La arqueología del golfo Pérsico está todavía en sus inicios. Aun así, los testimonios disponibles conducen, como era casi previsible en una zona cuya cronología depende básicamente de Asiría y Egipto, al clásico modelo de Edad Oscura.

Una fractura en el pasado del antiguo Irán

La dependencia de la cronología asiria se extiende también hacia el este, hasta Irán, donde siglos de contacto con Babilonia cristalizaron en un estado casi mesopotámico situado en las estribaciones de los montes Zagros, con ciudades que usaban la escritura cuneiforme, zigurats, sellos cilíndricos y otros rasgos tomados de la cultura babilónica. Pese a ello, Elam, como se denominaba este reino en el segundo milenio a.C., fue una civilización distinta y vigorosamente independiente, el más importante rival oriental para las ambiciones imperiales de Babilonia y Asiria a lo largo de las edades del bronce y del hierro.

Tras los terribles golpes asestados por las invasiones asiria y babilonia en el 646 a.C. y el 596/595 a.C., Elam fue absorbido por un pueblo hasta entonces insignificante, los parsua (persas). Susa, la antigua capital de los reyes elamitas, se convirtió en el centro administrativo de Persia. Por consiguiente, Elam desempeñó un pequeño pero significativo papel en la transformación de Persia, que pasó de ser un diminuto estado a formar un imperio casi universal. La integración de Elam en el reino de los persas indica que éstos estaban familiarizados con la cultura mesopotámica, incluyendo el uso de la escritura cuneiforme, quizás antes incluso de su conquista de Babilonia en el 539 a.C. El elamita era todavía la lengua principal de las inscripciones oficiales de los reyes aqueménidas durante el siglo v a.C., cuando el imperio se extendía desde los Balcanes hasta la India.[77]

La historia de Elam ha sido reconstruida, gracias a sus propios textos y a las fuentes asirio-babilónicas, durante la edad del bronce hasta la invasión de Nabucodonosor I de Babilonia hacia el 1105 a.C., y en la edad del hierro reciente con posterioridad a *c.* 800 a.C. Pero se supone que entre estos dos períodos «300 años de silencio» cayeron sobre Elam.[78] René Labat, en la *Cambridge Ancient History*, describe el extraordinario panorama de la historia elamita impuesto por su dependencia de la cronología mesopotámica admitida:

> ... como poder político, Elam estaba muerto. A este período siguió una edad oscura de tres siglos, durante los cuales no hay textos nativos ni alusiones a Elam en las fuentes mesopotámicas. Destrozado sin duda internamente, Elam no volverá a ser mencionado hasta el 821 a.C., cuando los ejércitos elamita, caldeo y arameo fueron derrotados por el rey asirio Shamshiadad V.[79]

Las explicaciones sobre esta curiosa situación varían considerablemente. La historiadora Elizabeth Carter rechazó la interpretación de Labat, según la cual Elam estaba «destrozado internamente». Puesto que la civilización «neoelamita» del siglo VIII a.C. en adelante era claramente una continuación de la «elamita media» del bronce final, Carter se negó a aceptar que el país «había sufrido un colapso repentino y total». Sin embargo, tampoco encontraba otra explicación:

> ... queda aún por conocer la realidad histórica que yace detrás del eclipse documental, así como las conexiones cronológicas y circunstanciales entre el final de la monarquía elamita media y los cambios de población en Irán durante el primer milenio.[80]

Los intentos de llenar esta laguna histórica recurriendo a datos arqueológicos han tenido poco éxito. El período medio elamita de las poderosas dinastías del bronce final hasta *c.* 1100 a.C. está suficientemente representado en restos materiales, pero la datación del período intermedio, denominado neoelamita I, está cargada de problemas cronológicos. El esquema original propuesto por el gran especialista Pierre de Miroschedji deja en realidad un peligroso vacío de 100 años en la secuencia, entre el final de la cultura elamita media y el inicio de la neoelamita I. Para evitarlo, intentó racionalizar la cronología alargando el período elamita medio hasta el 1000 a.C. —modificación no apoyada por las fuentes literarias—, con el fin de enlazar con sus fechas para el neoelamita I (1000-725/700 a.C.).[81]

Incluso con la revisión de De Miroschedji, el esquema tradicional plantea serios problemas. Las excavaciones en el importante yacimiento de Ville Royale II, en Susa, sacaron a la luz una serie de niveles que abarcaban el período entre finales del segundo milenio y comienzos del primero a.C. El nivel 11 contenía numerosos ejemplos de «copas elamitas», una forma cerámica característica del período elamita medio. En el nivel siguiente, el 10, continuaban apareciendo estos vasos, aunque en menor cantidad, de forma más alargada y fábrica más tosca. Dado que el nivel 10 sucedía al 11 sin interrupciones, De Miroschedji lo situó en la última fase del elamita medio, hacia 1100-1000 a.C.[82] Pero en el vecino yacimiento de Choga Zanbil, en un nivel de destrucción atribuido por su excavador R. Ghirshman a la invasión asiria de Elam en 647/646 a.C., aparecieron copas alargadas similares:[83] se trata de un contexto varios cientos de años posterior al indicado por los hallazgos de Susa. De Miroschedji tuvo que rechazar la datación de Ghirshman para apoyar la evidencia que relacionaba la cerámica con un período mucho más temprano.

Las fechas altas para el final de la civilización elamita media seguidas por De Miroschedji y muchos otros especialistas requieren que la fase intermedia neoelamita I abarque 300 años. En las excavaciones de Ville Royale II este largo período está representado sólo por «superficies y cámaras fragmentarias». En efecto, «la evidencia arqueológica sobre el período neoelamita en Susa es escasa. Menos todavía se sabe acerca de las tierras circundantes».[84] La identificación de la característica cerámica del neoelamita I ha causado, evidentemente, grandes dificultades; «ha sido descrita sólo recientemente, y se conocen muy pocas piezas fechables en *c.* 1000-725/700 a.C.».[85] Otros vestigios materiales son igualmente esquivos:

> No han aparecido sellos o improntas del período neoelamita I situados dentro del contexto, e incluso los hallazgos descontextualizados que pueden ser asignados a este período por razones estilísticas son pocos y muy espaciados.[86]

La región de Luristán, al norte de Elam, en los montes Zagros, ha sido muy poco explorada desde el punto de vista arqueológico. Aun así, ha proporcionado, sobre todo a través de las «excavaciones» extraoficiales de sus pobladores montañeses, una de las colecciones más ricas de objetos de metal de todo el Próximo Oriente antiguo. Las piezas incluyen puñales, hachas, martillos, cinturones, figuritas humanas y animales, frenos de caballo, brazaletes, pendientes y otras joyas, a menudo intrincadamente decorados con escenas mitológicas o criaturas fantásticas, y todo ello de una técnica magnífica. Dado que la mayor parte de estas piezas pudieron ser estudiadas sólo después de pasar por las manos de los anticuarios locales, no hay más remedio que creer su palabra de que proceden de yacimientos de Luristán. Sin embargo, bastantes bronces forman un grupo cuyo estilo homogéneo justifica la denominación de «bronces de Luristán». Pero a causa de la falta de contexto arqueológico plantean un problema muy difícil para los especialistas, relativo al desarrollo y tipología de la metalurgia antigua. Si bien una serie de ejemplares de este grupo han sido descubiertos ahora en unos cuantos yacimientos, sobre todo en necrópolis, éstos han resultado ser casi tan difíciles de fechar como los propios bronces.[87]

Algunos bronces, principalmente puñales, llevan los nombres de reyes de Babilonia (catorce en total) situados según la cronología convencional entre el 1132 y 944 a.C.[88] Pero los textos fueron grabados en las armas después de su fabricación, lo que significa que pudieron haber sido añadidos mucho después. De hecho, debido a la influencia kassita presente en la decoración, el cronólo-



FIGURA 11.7. Figuras fantásticas en una aljaba de bronce de Luristán. Como todos los enigmáticos bronces de esta región, su fecha es incierta; la datación propuesta para este objeto oscila entre 1100 y 500 a.C. (según Muscarella, 1988c).

go francés Claude Schaeffer atribuyó la mayor parte de los bronces de Luristán al período entre 1500-1200 a.C., y fechó únicamente unas pocas piezas con dibujos de estilo asirio en el hierro antiguo.[89] Sorprendentemente, otros especialistas han ofrecido fechas diferentes para el conjunto de la colección. Ghirshman, basándose en los paralelos con el arte asirio final, la dató en el siglo VIII a.C., mientras que Kantor situó algunas piezas en el VII y otros incluso las llevaron hasta el período persa (del siglo VI a.C. en adelante).[90] Estas fechas bajas contrastan extrañamente con la datación en los siglos XII-X asignada actualmente a los reyes babilonios cuyos nombres aparecen en algunas de las armas.

No ha sido posible llegar a un consenso en lo que respecta a la fecha de la colección, y muchos arqueólogos aceptan el compromiso poco afortunado de que los bronces fueron fabricados a lo largo de un período de más o menos mil años.[91] El enigma de Luristán, aunque plantea problemas especiales propios, parece tipificar las dificultades generales para datar los restos arqueológicos del período poskassita, tanto en Irán como en Mesopotamia.

Clima y cronología

Las Edades Oscuras de la Mesopotamia del primer milenio y de sus regiones dependientes, antes consideradas como una especie de «no» período, están recibiendo ahora una atención creciente. Los extensos estudios de Brinkman sobre la Babilonia kassita y poskassita prepararon el terreno reuniendo toda la serie de evidencias literarias existentes; al mismo tiempo, revelaron las profundas implicaciones de la cronología convencional en relación con nuestra interpretación de la historia babilónica. Los arqueólogos de campo han hecho repetidos esfuerzos por identificar los restos de este período, con resultados frustrantes. Recientes excavaciones en el golfo Pérsico han encontrado evidencias que de alguna forma llenan aquí el hiato arqueológico, pero es casi imposible interpretar los hallazgos dentro de los límites de la cronología tradicional.

Más recientemente, se ha intentado explicar la existencia de una Edad Oscura mesopotámica recurriendo a una catástrofe climática. Un estudio conjunto del meteorólogo J. Neumann y el asiriólogo S. Parpola desarrolla la teoría de que la decadencia de Asiria y Babilonia a comienzos del primer milenio se debió a una prolongada sequía. La fuente principal es literaria: los escasos documentos fechados entre 1200 y 900 a.C. y textos posteriores relativos a dicho período. Esos documentos contienen varias referencias a malas cosechas, altos precios del grano y hambrunas; según una crónica tardía, los asirios llegaron incluso al canibalismo durante el reinado de Tiglatpileser I. Por el contrario, recopilaron numerosos textos asirios de los siglos VIII-VII a.C. que describen fuertes lluvias, nieves, crecidas de ríos e inundaciones.[92]

Neumann y Parpola buscaron huellas físicas de estos disturbios del clima en estudios paleoclimáticos, que indicaron un extenso período de sequía hacia el final del primer milenio a.C. En la mayoría de los casos, sin embargo, es

difícil, si no imposible, poner en relación los datos con los textos históricos. La prueba más segura procede de Ugarit, en la costa norte de Siria, donde las últimas construcciones de la edad del bronce hundían sus cimientos en un nivel de suelo pálido y polvoriento que contrastaba con los más oscuros y ricos estratos superior e inferior.[93]

Los índices de pluviosidad actuales indican que el norte de Siria y el de Mesopotamia comparten modelos climáticos muy similares. Suponiendo que en el pasado se dieran las mismas condiciones, podemos relacionar la evidencia ugarítica con la documentación literaria (aunque sea desigual) de Mesopotamia. Las grandes lluvias imaginadas por Neumann y Parpola pudieron haber desestabilizado los estados urbanos de Mesopotamia y, al mismo tiempo, alentado la incursión de arameos y otros pueblos seminómadas desde los desiertos fronterizos hacia el «País de los Dos Ríos». Su conclusión es que «los dramáticos reveses políticos, militares y socioeconómicos de Asiria y Babilonia durante estos "siglos oscuros" se debieron, en última instancia, a un adverso cambio de clima».[94]

No puede descartarse la posibilidad de que un período de sequía afectara a diversas zonas del Mediterráneo oriental y del Próximo Oriente a comienzos de la edad del hierro: un trastorno climático pudo haber contribuido al hundimiento de las civilizaciones del bronce final en estas regiones (véase el capítulo 13). Sin embargo, es difícil evitar la impresión de que el problema real que pesa sobre la historia y la arqueología de Mesopotamia sea el de la cronología. La sequía no puede explicar por qué los arameos del siglo IX a.C. utilizaban temas del bronce final en su escultura y un alfabeto que llevaba dos siglos fuera de uso; o por qué no hay una evolución apreciable en el arte, la religión y la literatura de Asiria entre los siglos XII y X a.C.; cómo los babilonios mantuvieron una sociedad basada en la escritura a lo largo de un período de 300 años que sólo puede ofrecer sesenta textos; o cómo en Elam, donde no se ha encontrado absolutamente ningún documento escrito, sucedió lo mismo en igual período de tiempo; y, finalmente, cómo y por qué hubo una total continuidad cultural en zonas como el sur de Mesopotamia y el golfo Pérsico desde c. 1100 hasta el 800 a.C., aunque apenas existen vestigios de asentamientos.

Una fuerte impresión de irrealidad se desprende del tradicional esquema histórico de Mesopotamia durante la Edad Oscura. Una escala de tiempo más corta, como la elaborada para las demás regiones examinadas, sería la única solución capaz de enfocar la evidencia de una forma realista. En este momento, el único obstáculo que impide la construcción de una cronología racional para el mundo antiguo resulta ser la monolítica Lista Real recopilada por los asirios, columna vertebral del sistema de datación aceptado para Mesopotamia.

12. LA EXAGERACIÓN DE LA ANTIGÜEDAD

En el siglo I d.C., el historiador judío Josefo compuso una larga réplica a las diatribas antisemitas lanzadas por los escritores griegos contemporáneos.[1] Sorprendentemente, el principal propósito de Josefo no era contestar a las afirmaciones de que los judíos eran decadentes o corruptos, sino a la acusación de que se trataba de un pueblo «joven», llegado sólo recientemente al escenario de la historia mediterránea. Mediante un hábil uso de las fuentes egipcias, babilónicas, fenicias y de otras que pudo reunir, Josefo demostró que los judíos podían presumir de una historia mucho más antigua, documentada en las fuentes literarias, que los griegos. Por cuanto sabemos, el honor quedó así satisfecho.

Una de las historias más extraordinarias de las recopiladas por Herodoto, el «padre de la historia» griego (*c.* 440 a.C.), es la relativa a un extraño experimento antropológico llevado a cabo por el faraón Psamético de Egipto (664-610 a.C.). Éste ordenó que dos niños recién nacidos fueran confinados en un lugar remoto, aislados de cualquier contacto con el mundo exterior a excepción de un pastor, al que se le encargó alimentarlos pero sin poder pronunciar una sola palabra en su presencia. La teoría era que las primeras palabras dichas por los niños proporcionarían una prueba objetiva sobre el lenguaje natural de la humanidad. Se demostraría qué lengua, y por tanto qué pueblo, era el «más antiguo».[2] El resultado fue que después de dos años uno de los niños balbuceó la palabra frigia que significaba pan, *bekos*, pero no tuvo consecuencias. Lo que interesa es que, según Herodoto, en el siglo VII a.C. había una rivalidad entre los egipcios y sus vecinos acerca de cuál era la nación más antigua.

Estos dos casos ilustran un factor frecuentemente descuidado en los estudios modernos sobre historiografía antigua:[3] el deseo de afirmar y demostrar una venerable antigüedad. Este descuido es extraño, ya que el mismo deseo no resulta ajeno al siglo XX. No hace mucho los historiadores alemanes se dedicaron diligentemente a falsificar e inventar la historia con el fin de probar la mayor antigüedad de una ancestral e imaginaria raza dominante. Los eruditos isabelinos no sólo promulgaron la idea de que la monarquía Tudor descendía directamente del rey Arturo, sino que además éste había sometido Groenlandia, proporcionando así un «legítimo» contrapeso frente a las reclamaciones de España y Portugal sobre el Nuevo Mundo.[4] Los motivos subyacentes tras

estas actitudes responden al objetivo de controlar los recursos económicos, tener prioridad sobre los derechos territoriales o detentar el poder en cualquiera de sus formas.

¿Una raza dinástica?

El deseo de afirmar una mayor antigüedad con respecto a las razas vecinas se refleja en las exageradas estimaciones ofrecidas por muchos pueblos antiguos con respecto a sus historias nacionales. Cuando el político griego Solón visitó Egipto en el siglo VI a.C. fue reprendido por un sacerdote de Sais al intentar relatar la historia de su país: «¡Oh, Solón, vosotros los griegos sois todos niños, y los griegos antiguos no existen!». El sacerdote explicó que mientras los griegos no poseían documentos escritos excepto para los acontecimientos más recientes, los archivos egipcios abarcaban 8.000 años, desde la época en que se crearon sus instituciones.[5] En el siglo siguiente, Herodoto visitó el país, y le contaron que los egipcios tenían una historia escrita que comprendía 382 generaciones y se remontaba al primer faraón; a partir de estos datos calculó que la historia egipcia empezaba nada menos que 11.340 años antes de su tiempo.[6]

Cifras igualmente exageradas aparecen en las obras de los cronistas posteriores, quienes han desempeñado un papel fundamental en la conformación de nuestra interpretación de la cronología de Egipto y del Próximo Oriente. La historia escrita por el sacerdote babilonio Beroso en el siglo III a.C. incluye afirmaciones sobre la más fantástica antigüedad. Según Beroso, después del Diluvio Universal reinó, durante no menos de 33.091 años, una dinastía de ochenta y seis soberanos.[7] Su coetáneo, el sacerdote egipcio Manetón, creó una época de similar duración para los primeros y divinos monarcas de Egipto. El profesor W. G. Waddell, compilador de la edición clásica de Manetón, indicó que:

> Las obras de Manetón y Beroso deben ser interpretadas como una expresión de la rivalidad de dos reyes, Ptolomeo y Antíoco, en sus respectivos intentos de proclamar la gran antigüedad de su país.[8]

Dado que los escritos originales de Manetón, así como los de Beroso, se han perdido, es imposible comprobar hasta qué punto el deseo de exagerar pudo haber afectado a sus obras. Es indudable, no obstante, que este sistema de dinastías fue utilizado posteriormente por los historiadores grecorromanos para elaborar una historia de Egipto engañosamente larga. Resultaba fácil sobreestimar su duración si se daba por hecho que las dinastías registradas por Manetón habían reinado consecutivamente. Si bien la ciencia actual ha tenido que aceptar que hubo algunos solapamientos entre ellas, la renuencia a abandonar la secuencia original ha contribuido decisivamente a mantener la exagerada extensión dada al Tercer período intermedio (véase el capítulo 10).

La visión asiria del pasado

Aunque por lo general se admiten las exageraciones de los cronistas helenísticos, normalmente se adopta una actitud más confiada con respecto a las fuentes cronológicas procedentes de una excavación, como las tablillas cuneiformes con la Lista Real asiria de la que depende la actual cronología de Mesopotamia. De las tres versiones que se conservan, la principal, hallada en Jorsabad, puede fecharse con exactitud en el 738 a.C. La copia que posee el Seminario Adventista del Séptimo Día debe ser algo posterior, ya que finaliza con Salmanasar V (726-722 a.C.). La tercera, o «Lista de Nassouhi», termina en el reinado de Tiglatpileser II (966-935 a.C.), y en consecuencia ha sido datada dos siglos antes de las otras copias, aunque esto es sólo una suposición.[9] De modo que todos ellos son textos relativamente tardíos, fruto del intento por parte de los historiadores asirios de dotar de cierta estructura al pasado de su país, razón que por sí sola es suficiente para aceptar con reservas sus afirmaciones cronológicas referentes a períodos muy anteriores.

Hay abundantes evidencias que demuestran que las «fechas» de los antiguos mesopotámicos para su propia historia eran con frecuencia falsas. Una inscripción del rey babilonio Nabónides, del siglo VI, afirma que el famoso rey Hammurabi reinó 700 años antes de Burnaburiash, aunque según los modernos cálculos hay cerca de 300 años entre ambos. Nabónides proclamó también que habían pasado 3.200 años entre su época y la del rey Naramsin, de la dinastía acadia.[10] Esto situaría a Naramsin *c.* 3750 a.C., 1.500 años antes de lo que se calcula actualmente. Albright defendió que el cálculo de Nabónides sobre la fecha de la dinastía acadia coincidía con el de los eruditos empleados en la corte del rey asirio Sargón II en el siglo VIII a.C., y probablemente había sido copiado de éste.[11]

Es difícil discernir el sistema exacto que dio lugar a estas estimaciones, aunque los cálculos basados en los ciclos astrológicos deben haber constituido un factor significativo.[12] Podemos decir que no hay pruebas de que los asirios y los babilonios utilizaran, o siquiera concibieran, la historiografía en el sentido moderno de recopilación imparcial de la historia. Incluso las lacónicas y escuetas notas de los cronistas babilonios tardíos deben haber sido escritas en función de la astrología, que necesitaba registros fechados de acontecimientos para poder calcular cuándo iban a repetirse sucesos similares.[13] Como ha observado J. Lewy, los asirios compartían esta visión del mundo en la que los ciclos desempeñaban un papel fundamental:

> El interés de los asirios por la historia ... estaba animado por la creencia en la recurrencia periódica de acontecimientos históricos. Esta creencia, a su vez, se basaba al parecer en la suposición de una conexión entre los eventos terrestres y el movimiento de las estrellas: dado que, a causa de los largos períodos planetarios, ciertas constelaciones celestes reaparecen a intervalos periódicos, se esperaba que los sucesos de la tierra se repitieran también periódicamente.[14]

La mejor época para reconstruir un templo asirio era, por consiguiente, cuando se creyera, o se afirmara, que había pasado el número «correcto» de años

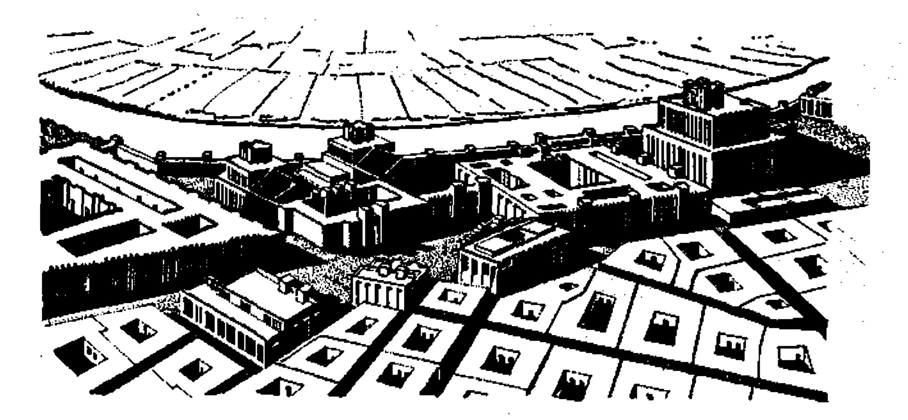


FIGURA 12.1. Reconstrucción de la parte norte de la ciudad de Assur, por Walter Andrae (según Frankfort, 1969).

desde la última restauración. La determinación de tales períodos de tiempo era seguramente uno de los motivos subyacentes en el interés asirio por la cronología.

En cualquier caso, es importante también tener en cuenta que los asirios poseían distintos sistemas cronológicos. A título informativo podemos comparar las cifras dadas por dos monarcas asirios, Salmanasar I (tradicionalmente del siglo XIII a.C.) y Asaradón (siglo VII a.C.) para la historia del templo de Assur. Éste había sido fundado por el primitivo rey Ushpia, y había sufrido sucesivas restauraciones a lo largo de los siglos debidas a los reyes Erishu, Shamshiadad I, Salmanasar I y Asaradón.[15] Los dos documentos coinciden en el primer período (de Ushpia a Erishu), para el que no dan cifras. En el resto difieren. Para el segundo intervalo (de Erishu a Shamshiadad) se dan las cifras diferentes de 126 años (Asaradón) y 159 años (Salmanasar). Para el tercer período (de Shamshiadad a Salmanasar), Asaradón da 434 años, mientras que el propio Salmanasar registra 580 años.[16] Es interesante observar que la última cifra de Asaradón, para la época que había transcurrido entre él mismo y Salmanasar, es también 580 años, lo que hace surgir de nuevo la sospecha de que hay un interés numerológico tras esos cálculos.

Sin embargo, muchos de los períodos de tiempo establecidos por los asirios han sido aceptados como objetivos por los historiadores modernos.[17] Por ejemplo, se ha concedido un peso considerable a la afirmación de Senaquerib de que un acontecimiento 418 años anterior a su conquista de Babilonia tuvo lugar en el reinado de Tiglatpileser I (véase el capítulo 11). Las cifras concuerdan perfectamente con la cronología asiria convencional, pero esto no es sorprendente. Sólo demuestra que los historiadores antiguos que hicieron este cálculo utilizaron las mismas cifras que los que elaboraron la Lista Real asiria.[18] La fecha de Senaquerib para Tukultininurta I es, por otra parte, unos sesenta años más alta que la de la Lista Real,[19] lo que indica otra vez la existencia de distintas cronologías. Es evidente que ninguna de estas «fechas» antiguas puede ser usada como un legítimo sistema de control de la Lista Real existente.

El objetivo de la Lista Real asiria

> Debido a que la Lista Real ofrece una detallada serie de monarcas asirios, sus genealogías y la duración de sus reinados, serie que se supone íntegra, por un período de más de un milenio antes del 722 a.C., y debido a que es el único texto que proporciona un esquema tan esencial en toda obra histórica, ha existido una comprensible tendencia por parte de los historiadores a utilizar esta evidencia con agradecimiento, pero a veces con poco sentido crítico.[20]

Esto lo escribía Brinkman, la mayor autoridad en cronología mesopotámica. La cronología de la Lista Real asiria es práctica, pero aquellos que, algo ingenuamente, creen a pie juntillas su testimonio, olvidan con demasiada frecuencia una cuestión importante: ¿por qué los asirios, que claramente no compartían la moderna concepción de la historia, compilaron su Lista Real?

Un artículo reciente de David Henige ha introducido una amplia serie de datos antropológicos y etnográficos en el estudio de las listas reales del Próximo Oriente, y su conclusión es la siguiente: «la recopilación y reconstrucción cronológica del pasado pueden ser enfocadas desde al menos cuatro niveles: como mito, símbolo, estatutos y calendario».[21] El provocador estudio de Henige recomienda un tratamiento comparativo, así como mucho más crítico, de tradiciones cronológicas como la Lista Real asiria. La comprensión de la función que ésta desempeñaba dentro de la sociedad que la creó es un requisito previo al estudio de la información cronológica que contiene.

No se puede imputar a los asirios un abierto deseo de exagerar sencillamente por su propio bien. Aunque debió haber un cierto grado de rivalidad con otros reinos (como Babilonia) a causa de quién ostentaba la mayor antigüedad, ello nunca fue explícitamente declarado. Sin embargo, del atento estudio del valor histórico de la Lista Real asiria se desprenden motivos muy similares.

La lista empieza con «17 reyes que vivían en tiendas». Los primeros doce nombres corresponden a los que inician la «Genealogía de la dinastía de Hammurabi» babilónica;[22] ocho de los nombres reales incluidos son en realidad de tribus o áreas geográficas. Por consiguiente, suele aceptarse que la primera sección es una «construcción artificial», cuyo propósito era «dotar al fundador de la independencia de Assur de una genealogía que lo vinculara con las tribus amoritas que arrasaron toda Mesopotamia tras la caída de Ur».[23] La siguiente parte del documento ofrece una genealogía de diez reyes asirios antepasados de Shamshiadad I. William Hallo considera su valor:

> Tal como está, la sección es una ficción evidente: Shamshiadad no fue un descendiente de Ushpia, como en ella se afirma, ni un asirio de origen que gobernó un gran imperio con capital en Assur ...[24]

La sección siguiente empieza con la verdadera Lista Real, que da la sucesión real desde la nutrida dinastía de Puzur-Asur I hasta los sucesores de Shamshiadad I, e incluye un ficticio lazo genealógico que convierte a Naramsin en hijo de Puzur-Asur II.[25] Según Hallo, esta «época patriarcal» de la historia asi-



FIGURA 12.2. Estela en la que aparece Hammurabi, el gran legislador de la primera dinastía de Babilonia, recibiendo sus leyes del dios del Sol. Los nombres de sus antepasados, conocidos por las tradiciones babilónicas, se añadieron al comienzo de la Lista Real de monarcas asirios, con objeto de otorgar a éstos un linaje más respetable (Breasted, 1916).

ria (hasta *c.* 1700 a.C.), aunque elaborada «lo más objetivamente posible a partir de documentos contemporáneos ... presenta sólo un parecido mínimo con la reconstrucción historiográfica de los escribas asirios posteriores».[26] Por ello, la Lista Real clásica tiene gran interés para el período más antiguo, pero escaso valor cronológico.

En realidad, sólo después de *c.* 1700 a.C. (empezando con la dinastía de los Adasi) se puede considerar la Lista Real como una fuente histórica seria que constituye «la piedra angular cronológica de la historiografía asiria posterior y goza hasta el día de hoy de una alta, si no del todo merecida reputación entre los asiriólogos».[27] Así, los análisis actuales tienden a dividir la Lista Real en dos mitades: una primera parte ahistórica distinguible (aunque la línea divisoria no está clara) de una segunda sección «digna de confianza» que conforma la columna vertebral de la cronología del Próximo Oriente hasta el siglo VIII a.C.

Dejando a un lado los sincronismos con Egipto (véase *infra*), los controles sobre la validez de la tradición de la última parte de la Lista son limitados. Aun así, el material recogido, que incluye inscripciones reales contemporáneas y pruebas internas sobre las listas y sus variantes, proporciona cierta evidencia de que la versión conservada de la Lista Real ha sido «pulida» deliberadamente para dar la impresión de una sucesión real ininterrumpida hasta el siglo VIII a.C. Por ejemplo, se conocen los nombres de varios monarcas que por alguna razón fueron considerados ilegítimos por los últimos reyes y omitidos de la lista canónica.[28] El ejemplo más significativo es el de Ili-hadda, atestiguado como rey de Asiria en una carta del soberano babilonio Adad-shuma-usur, quien escribió a los «reyes de Asiria» Asurnirari e Ili-hadda. Se ha supuesto que Ili-hadda fue contemporáneo de Asurnirari III (1202-1197 a.C.).[29] Los compiladores de la Lista Real sabían de su existencia, pero sólo lo mencionan como padre de Ninurta-apil-Ekur (1191-1179 a.C.) y no como un rey por derecho propio. Parece bastante probable que existieron otros monarcas cuyos testimonios epigráficos (si los hubo) se han perdido o fueron destruidos deliberadamente por los reyes siguientes.

Los compiladores de la Lista Real adoptaron también otras estrategias para dar la impresión de tranquila continuidad. Una de ellas consistía en adaptar las relaciones genealógicas de modo que indicaran el linaje. B. Landsberger ha efectuado una valiosa crítica de los linajes reales que aparecen en las últimas partes de la lista. Partiendo de las improbabilidades cronológicas inherentes en el número de generaciones establecido entre los reyes 48° y 71° (siglos XVII y XIV, según la datación convencional), llegó a la conclusión de que la tradición califica de forma incorrecta a no menos de once monarcas como «hijos» de sus predecesores, cuando en realidad se trataba de hermanos.[30] Brinkman está de acuerdo en que:

> ... la mitad de las atribuciones genealógicas de esta sección de la Lista Real asiria es probablemente errónea. Por esta razón, es peligroso aceptar como verdaderas las afirmaciones genealógicas de la Lista Real si no hay pruebas al respecto ... Sobre todo en el caso de los reyes del segundo milenio.[31]

Brinkman apunta siete reyes de finales del segundo y primer milenios a.C. cuyo parentesco aparece de manera distinta en inscripciones reales contemporáneas o en las tres versiones de la Lista Real.[32] Un montón de anomalías de este tipo se dan en el período justo anterior a Asurubalit I (1365-1330 a.C.): tres de sus predecesores reales ostentan parentescos incorrectos. Así, se pueden reconstruir dos genealogías totalmente diferentes para la familia de Asurubalit, según la evidencia de los monumentos y según la Lista Real.[33] A mediados del siglo VIII a.C. hay otro caso: Tiglatpileser III figura como hijo de su predecesor Asurnirari V, cuando una de sus propias inscripciones demuestra que era en realidad hijo de Adadnirari III.[34] Este «error» es importante, ya que se supone que la Lista Real que lo recoge fue escrita durante el reinado de su sucesor. Los compiladores tenían que saber con seguridad que el parentesco que atribuían a Tiglatpileser III era falso. Brinkman destaca otros problemas que hacen dudar de la exactitud de la lista: hay discrepancias con respecto a la duración de los reinados de cuatro reyes, en tanto que una de las versiones omite completamente a Salmanasar II (1030-1019 a.C.).[35]

A la luz de estos testimonios de la manipulación de la Lista Real asiria se puede definir claramente su objetivo principal. Hallo así lo ha hecho:

> Considerando los mil años de historiografía asiria tal como aparecen representados sobre todo en las Listas de Reyes y en las inscripciones reales, podemos decir que su propósito era subrayar la antigüedad y continuidad de las instituciones asirias: independencia, sede y origen de la realeza, y culto al dios Asur en la ciudad que llevaba su nombre.[36]

Corregencias y dinastías paralelas

Los compiladores de la Lista Real asiria excluyeron a algunos soberanos e inventaron lazos genealógicos para dar, indudablemente, una ilusión de continuidad. Desde el punto de vista de la cronología, es preciso llegar a conocer

otras incorrecciones en la «ininterrumpida línea de la monarquía», seguramente enmascaradas mediante la manipulación de los datos. Ciertas posibilidades, que tendrían efectos importantes sobre la cronología global de Mesopotamia, merecen mayor atención.

La práctica de la corregencia entre los reyes y sus herederos con el fin de asegurar la sucesión y la estabilidad del estado parece haber sido algo corriente en el Próximo Oriente antiguo. En algunos períodos de la historia egipcia (como el Tercer período intermedio; véase el capítulo 10) debe haber sido la regla, más que la excepción. El descubrimiento de frecuentes corregencias en Israel y Judá reveló el verdadero principio que permitió el desarrollo de una cronología coherente para los antiguos reyes hebreos.[37]

En Mesopotamia no se han identificado todavía con certeza ejemplos de corregencia, pero hay cierta evidencia que sugiere su existencia. Las curiosas dataciones dobles documentadas en relación a algunos reyes kassitas de Babilonia[38] podrían prestarse a esta interpretación. En Asiria, una peculiaridad contenida en la sección de mediados del siglo XII de la Lista Real indica dos posibles corregencias. Después de Asurdán I (1178-1133 a.C.), sus hijos Ninurta-tukulti-Asur y Mutakkil-Nusku aparecen mencionados como reyes, pero sin años de reinado. En cambio, se dice que han «gobernado/ocupado el trono *tuppisu*», una enigmática frase que se suele traducir como un período indeterminado, o un breve espacio de tiempo menor de un año.[39] Es posible que no se les asignaran años de reinado a causa de que gobernaron conjuntamente con su padre Asurdan I, pero murieron antes de llegar a sucederle.

Otra corregencia, esta vez entre Asurdán I y su padre, Ninurta-apil-Ekur (1191-1179 a.C.), se deduce de las discrepantes duraciones de reinado dadas para estos dos reyes en distintas copias de la lista. Una concede al reinado de Ninurta-apil-Ekur tres años y la otra trece, mientras que al reinado de Asurdan I se le conceden cuarenta y seis o treinta y seis años. La cronología actual favorece las cifras altas dadas para ambos reyes, aunque Brinkman ha admitido la posibilidad de seguir la cifra más baja dada para Ninurta-apil-Ekur. El resultado sería una reducción de la cronología asiria en diez años.[40] No obstante, Brinkman no considera la posibilidad obvia de una corregencia de diez años como explicación de las variantes. Probablemente había otros casos similares que no han dejado huellas en la Lista Real, dada su tendencia a presentar los reinados como una serie de cantidades consecutivas e independientes.

Otra posibilidad, que habría tenido un efecto aún mayor sobre la cronología absoluta, es que la ordenación de la Lista Real enmascare la existencia de más de una dinastía que gobernó en Asiria al mismo tiempo. La institución de la monarquía dual está bien atestiguada en la literatura antropológica. En algunos casos, las dos líneas reales cumplen distintas funciones (religiosa frente a militar, por ejemplo); en otros es más evidente que son factores geopolíticos los que llevan a la división.[41] La costumbre de la monarquía dual merece ser estudiada en profundidad y debe haber sido un fenómeno mucho más común en el mundo antiguo de lo que generalmente pensamos. Henige sugiere

dos modelos en el Próximo Oriente, uno con dos grupos de reyes que actúan simultáneamente y otro en el que la monarquía era compartida por más de un grupo mediante un «sistema de alternancia o rotación».[42]

La existencia de dinastías paralelas en la Lista Real se habría ocultado presentándolas como sucesivas, añadiendo lazos históricos o genealógicos entre ellas para hacer verosímil la sucesión. En efecto, estas prácticas parecen haber sido instrumentos típicos de la historiografía de la Mesopotamia antigua. La Lista Real sumeria recoge las dinastías de Sumer desde los primeros tiempos hasta la dinastía I de Isin, convencionalmente fechada c. 2000-1800 a.C. Denominadas según distintas ciudades, están enumeradas consecutivamente: cada anotación termina con la fórmula «(dinastía) X fue derrotada (en batalla), y su realeza fue ganada por Y», mientras que el documento continúa con el primer monarca de la dinastía «siguiente».[43] Pero al comprobar la evidencia se ha demostrado que la mayoría de las dinastías, «si no todas, eran contemporáneas en un grado mayor o menor».[44] En sí misma, la Lista Real sumeria es en realidad menos que útil como fuente cronológica. Leo Oppenheim explicó así el objetivo político del documento, compuesto durante el reinado de Utu-hegal de Uruk: «demostrar que su país había estado siempre unido bajo un solo rey, aunque estos reyes gobernaran sucesivamente en diferentes capitales ...».[45]

Entre la composición de la lista real sumeria y la asiria transcurre más de un milenio, y además pertenecen a medios culturales distintos, pero la comparación entre ambas puede ser instructiva. Gracias a otros documentos mucho más cercanos en el tiempo al período en que se elaboraron las copias que se conservan de la Lista Real, se conocen ejemplos similares del desarrollo de reinados y dinastías paralelos dentro de secuencias artificiales. La *Crónica Babilónica* describe las relaciones entre Asiria y Babilonia desde el 747 al 668 a.C.[46] También contiene noticias sobre las entronizaciones, muertes y duración de los reinados de monarcas elamitas contemporáneos, presentados como una sola serie en sucesión cronológica. Sin embargo, tal como E. Carter y M. W. Stolper mantienen:

> Hay motivos para creer que esta ordenación es falsa; que tanto en el período neoelamita inicial, como ciertamente más adelante, los soberanos rivales nativos reclamaban simultáneamente el título real en Elam; que algunos reyes mencionados en la Crónica tuvieron reinados mucho más restringidos de lo que la Crónica reconoce.[47]

La llamada *Crónica Sincrónica*, compuesta en época neoasiria, comprende dos columnas de nombres con los reyes de Asiria y Babilonia, emparejados mediante líneas trazadas bajo sus nombres para indicar que eran contemporáneos.[48] Arno Poebel reconoció que el compilador debió haber recurrido a una versión anterior con más de dos columnas para encajar los períodos en los que había múltiples dinastías babilónicas que gobernaban al mismo tiempo.[49] El intento de fusionar las dinastías babilónicas en una sola secuencia dio lugar a numerosos problemas, entre ellos el de colocar el nombre de Shamshiadad I

junto a no menos de ocho reyes babilonios. No podemos sino estar de acuerdo con la opinión de M. B. Rowton de «que lo que contaba fundamentalmente en la cronología mesopotámica era la secuencia de acontecimientos, no la magnitud de los intervalos entre ellos».[50]

Por lo que respecta a la historia asiria, hace ya tiempo que Poebel llamó la atención sobre una interesante posibilidad particularmente digna de ser investigada, ya que tiene lugar en el período contemporáneo de las Edades Oscuras del Mediterráneo oriental y el Tercer período intermedio de Egipto. Poebel sostuvo que tras la muerte de Tukultininurta I (*c.* 1205 a.C.) Asiria debió fragmentarse en cuatro reinos distintos: bajo Asur-nadin-apli, Asurnasirpal y Enlil-kudur-usur (todos ellos calificados de reyes e hijos de Tukultininurta en varias fuentes) e Ili-hadda.[51] Asur-nadin-apli llevaba el raro título de «rey de reyes», que puede indicar que ejercía «algún tipo de soberanía sobre los otros principados». Que todavía existían dos reinos asirios independientes durante el reinado de Asurnirari (III), hijo de Asur-nadin-apli, lo demuestra la extraordinaria carta que el rey de Babilonia dirigió a Asurnirari y a Ili-hadda en tanto que «reyes de Asiria».

Aparte de aceptar a regañadientes que Ili-hadda ostentó el título de rey (de alguna forma) junto con Asurnirari III, los asiriólogos no han llevado más allá las conclusiones de Poebel. La aceptación de la versión de la historia de la Lista Real implica que tras la muerte de Asurnirari III se restauró la monarquía única bajo Ninurta-apil-Ekur, hijo de Ili-hadda. Según la Lista Real, Ninurta-apil-Ekur e Ili-hadda eran descendientes del rey Eriba-Adad (I), muy anterior, de modo que presumiblemente procedían de una rama menor de la familia real asiria. Se ha supuesto que, al extinguirse la línea de los descendientes de Tukultininurta, la realeza pasó a esta familia. A continuación, la Lista Real presenta una línea real continua hasta el siglo VIII a.C. Los lazos genealógicos que ofrece pueden ser confirmados por textos contemporáneos hasta los hijos de Tiglatpileser I a mediados del siglo XI a.C. Después de este punto, sin embargo, carecemos de una confirmación independiente, y hay que pasar una sección difícil de la Lista Real antes de llegar a la tierra firme del reinado de Adadnirari II (911-891 a.C.) y la secuencia continua de epónimos.

Esta conocida parte problemática de la Lista Real se superpone al período oscuro de la arqueología asiria durante los siglos XII-X a.C. (véase el capítulo 11). A lo largo de más de una centuria la documentación es extremadamente irregular. Dos de los reyes, cuyos reinados conjuntos suman cuarenta y siete años, no dejaron ninguna inscripción; son conocidos únicamente gracias a evidencias posteriores, principalmente la Lista Real asiria.[52] Salmanasar II (1030-1019 a.C.) y Tiglatpileser II (966-935 a.C.) tienen cada uno sólo una estela,[53] y de hecho Salmanasar II está en realidad ausente en una de las versiones de la Lista Real.[54] Otra información es altamente sospechosa, como la lista de epónimos de Asurnirari IV (1018-1013 a.C.), un rey que de otra manera sería conocido solamente por aparecer en la Lista Real. Su registro en la lista de epónimos dice: «Asurnirari, Primero después de Asurnirari, Segundo (después de Asurnirari)», etc., con un breve «seis años» al final.[55] Durante este pe-

ríodo no hay una sola información sobre las relaciones con Babilonia. Como ha observado Brinkman, el siglo x «es el mayor intervalo de tiempo entre 1350 y 610 a.C. que no registra contactos directos entre los dos países».[56]

En efecto, aparte del testimonio de la propia Lista Real, nada nos asegura que la secuencia posterior a los hijos de Tiglatpileser I representa una línea de reyes que ejercieron el poder de forma individual en Asiria. Resulta tentadora la propuesta de que esta parte de la lista incorpora a algunos oscuros predecesores de Adadnirari II, los cuales reinaron como una línea secundaria a la sombra de la dinastía más poderosa de Ili-hadda; ambas líneas deben situarse en el confuso período tras la muerte de Tukultininurta I. Si se consideran como dinastías superpuestas, el resultado sería la reducción de la cronología asiria en unos 110 años. El reinado de Tiglatpileser I, generalmente fechado en 1115-1077 a.C., pasaría aproximadamente a 1010-970 a.C. Esto estaría de acuerdo con nuestra propuesta de revisión de la historia hitita y egipcia. Tiglatpileser I se relaciona con un rey hitita, Ini-Teshub, quien según la cronología actual corresponde al período «en blanco» de Carkemish. Partiendo de la evidencia de las genealogías hititas hemos situado a Ini-Teshub, rey de Carkemish, en los primeros años del siglo x a.C. (véase el capítulo 6), de modo que ahora sí tienen sentido los sincronismos entre ambos soberanos.

La siguiente declaración de Henige, aunque se refiere específicamente a otros materiales, resulta particularmente aplicable a la composición de la Lista Real asiria:

> Manetón y el compilador o compiladores de la Lista Real sumeria no concibieron sus estructuras ante todo con un propósito cronológico, sino —como los compiladores y redactores de muchas listas reales— por el deseo de demostrar una unidad social y política ejemplar, legitimidad genealógica y, de paso, una antigüedad sin parangón. La idea de soberanos contemporáneos y centros de poder rivales socava cada una de estas premisas, y hubiera sido considerada anatema por los interesados en la legitimación. ¿Y qué mayores legitimistas que aquellos que compilan genealogías y listas de reyes?[57]

La unidad social y política y la legitimación genealógica fueron ciertamente las consideraciones fundamentales de quienes elaboraron la Lista Real asiria. La falsa genealogía de Shamshiadad I (e incluso su inserción en la lista), la exclusión de muchos monarcas no canónicos y la invención de numerosos lazos genealógicos entre reyes hasta el siglo VIII a.C. están al servicio de este objetivo. Hay, por tanto, poderosas razones para sospechar que también los «soberanos contemporáneos y centros de poder rivales» en forma de líneas dinásticas paralelas han podido ser eliminados. Si estas fueron disfrazadas presentándolas como consecutivas y mediante la inclusión de lazos genealógicos, el subterfugio sería casi indetectable en la Lista Real resultante.

¿Sincronismos o argumentos circulares?

La búsqueda del fallo existente en las cronologías incorrectas de la Europa antigua y del Mediterráneo central nos ha hecho recorrer un largo camino. Paso a paso, hemos rastreado la causa, a través de las cronologías europeas basadas en Grecia, hasta Egipto. En Anatolia y Palestina encontramos testimonios independientes que indican que la cronología sotíaca tiene que estar equivocada. Mesopotamia es una región cuya cronología se suele suponer independiente de Egipto, pero el examen de su historia y arqueología revela problemas tan graves como los de las clásicas Edades Oscuras del Mediterráneo oriental.

Aunque parezca extraño, por lo general se ha creído que la historia de Mesopotamia confirma la validez de la cronología convencional egipcia. Por lo que respecta al segundo milenio, fuentes como la correspondencia mantenida entre los «Grandes Reyes» han hecho posible el desarrollo de un esquema de sincronismos entre Mesopotamia y Egipto que sirve de comprobación recíproca de las cronologías absolutas de ambos países (el cuadro 12.1 ilustra los sincronismos entre los reyes mencionados en la literatura).

Para el primer milenio, los sincronismos más antiguos entre las dos zonas proceden de un texto asirio de Sargón II fechado en 716 a.C., que hace referencia al monarca egipcio Shilkanni, traducción asiría de Osorkôn. Según la cronología egipcia tradicional, esta referencia requería la creación de un cuarto Osorkón; por el contrario, nuestro esquema propone que el faraón en cuestión fue el bien documentado Osorkón III (véase el capítulo 10).

El otro nexo directo entre Egipto y Asiria anterior al siglo VIII a.C. proviene de las cartas de El-Amarna, convencionalmente fechadas en el siglo XIV a.C. Una de ellas está dirigida a Ajenatón por Asurubalit, rey de Asiria. Un simple cálculo basado en las cifras dadas por la Lista Real asiria sitúa a un Asurubalit (I) a mediados del siglo XIV, mientras que mediante la datación sotíaca se llega a la misma fecha para Ajenatón. Sin embargo, esta coincidencia no es del todo satisfactoria a causa de una evidente discrepancia en cuanto al nombre del padre de Asurubalit, que no es el mismo en la carta de El-Amarna que en la Lista Real (véase el Apéndice 4). En efecto, Asurubalit aparece, como se ha dicho, en un punto de la lista en el que la información sobre el orden y la genealogía de los gobernantes es muy sospechosa.

Además de este lazo directo entre la historia egipcia y la Lista Real asiria, hay también conexiones indirectas a través de Hatti (los hititas) y Babilonia. Dado que la cronología hitita del bronce final se basa en los lazos con el Imperio Nuevo egipcio (véase el capítulo 6), habrá que hacer algunos ajustes en la de Egipto. Hatti desempeña también un importante papel como intermediario entre Egipto y Mesopotamia mediante la correspondencia de los reyes hititas con los de Asiria y Babilonia. El archivo imperial de Boghazköy ha permitido establecer los siguientes lazos con los reyes de Asiria:

Uri-Teshub — Adadnirari I
Hattusili III — Adadnirari I y Salmanasar I
Tudaliya IV — Tukultininurta I

CUADRO 12.1. Esquema de los sincronismos reales generalmente aceptados entre Egipto y Asia occidental durante los siglos XV y XIII a.C.

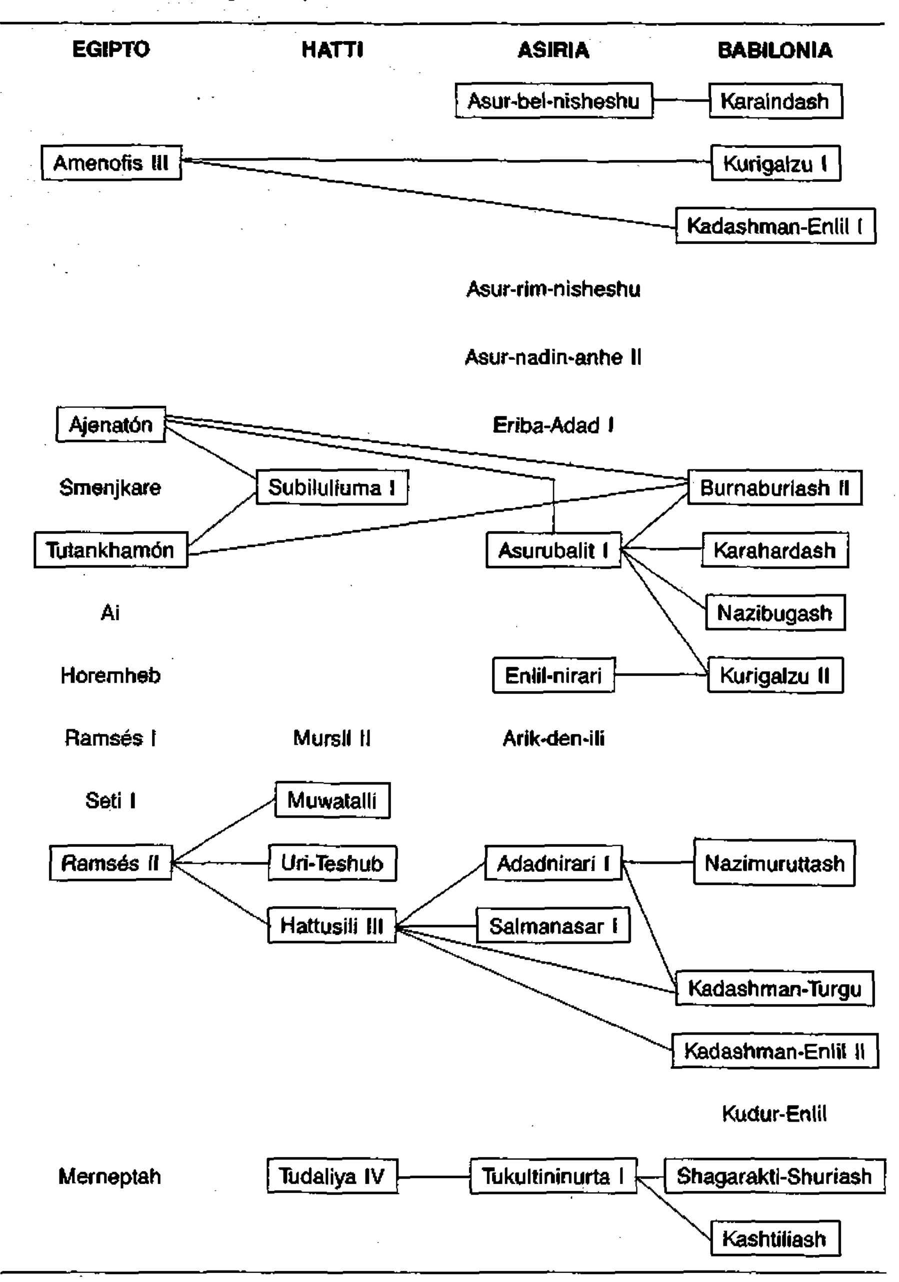




FIGURA 12.3. Bajorrelieve egipcio conmemorativo del matrimonio de Ramsés II (sentado entre dos dioses) con una princesa hitita. Ésta se acerca desde la derecha, seguida por su padre, Hattusili III (Maspero, 1896).

Este esquema de sincronismos parece apoyar la datación de Ramsés II, sin duda contemporáneo de Urhi-Teshub y Hattusili, a mediados del siglo XIII a.C., cuando la Lista Real asiria da una sucesión de reyes llamados Adadnirari—Salmanasar—Tukultininurta. No obstante, el análisis de los textos demuestra que la mayor parte de estos «sincronismos» son dudosos. Algunas de las cartas esgrimidas como prueba dan en realidad el nombre de un solo corresponsal; en otros casos los nombres cruciales están fragmentados y deben ser restituidos (véase el Apéndice 4). De hecho, sólo hay, al parecer, un nexo seguro entre los reyes hititas y los asirios. Dos cartas indican la contemporaneidad del rey Tudaliya IV y de un Tukultininurta de Asiria, pero no sabemos con certeza si éste era el Tukultininurta I conocido gracias a la Lista Real asiria.

La segunda área «intermediaria» es Babilonia, que proporciona buenos sincronismos con Hatti y también la mayoría de los nexos del segundo milenio a.C. entre Mesopotamia y Egipto. La correspondencia de El-Amarna da los nombres de cuatro reyes kassitas de Babilonia. Karaindash aparece como un antepasado que tuvo relaciones con Egipto, mientras que los otros tres (Kurigalzu, Kadashman-Enlil y Burnaburiash) eran claramente coetáneos de Amenofis III, Ajenatón y Tutankhamón. Pocas generaciones después, el rey hitita Hattusili III (contemporáneo de Ramsés II) escribió a otro Kadashman-Enlil, rey de Babilonia; la carta dice también que Hattusil había mantenido previamente correspondencia con su padre, Kadashman-Turgu (véase el Apéndice 4).

Como estos cinco reyes kassitas datan de los siglos XIV y XIII a.C., los sincronismos supondrían en principio una impresionante serie de evidencias a favor de la cronología egipcia convencional. Pero un análisis más detallado revela que la colocación de reyes kassitas con estos nombres en la cronología babilónica aceptada depende principalmente, en realidad, más de la evidencia egipcia e hitita que de la documentación local. Ni uno solo de estos monarcas

kassitas «de los siglos XIV y XIII» aparece en alguna lista real o crónica babilónica, si exceptuamos una problemática referencia a Burnaburiash (véase el Apéndice 4). De otro modo, como afirma Brinkman, sólo se puede inferir la verdadera existencia de un rey de este nombre a mediados del siglo XIV a.C. a partir de un lazo genealógico reconocidamente ambiguo y «del hecho de que se sabe que fue ... aproximadamente contemporáneo de Asurubalit I de Asiria ... Ambos escribieron cartas a Ajenatón, conservadas en el archivo de El-Amarna».[58] Así, cualquier intento de mantener el *statu quo* en la cronología egipcia mediante la referencia a los sincronismos de la Babilonia kassita se convierte en un mero ejercicio de razonamiento circular.

Recapitulando los sincronismos atestiguados entre Egipto y Mesopotamia durante el segundo milenio a.C., parece haber sólo dos puntos en los que la historia asiria o babilónica sitúa independientemente al rey correcto como contemporáneo de otro conocido por fuentes egipcias o hititas. Estos ejemplos son un Asurubalit (coetáneo de Ajenatón) y un Tukultininurta (contemporáneo del rey Tudaliya IV). La coincidencia de estas dos series de nombres no puede esgrimirse como confirmación de la cronología egipcia aceptada. Su valor último depende obviamente de la cuestionable fiabilidad de la Lista Real como fuente cronológica. Nuestra revisión de la historia egipcia e hitita ha ofrecido ya dos nuevos sincronismos, relacionando a Osorkón III con Sargón II, y a Ini-Teshub de Carkemish con Tiglatpileser I. El segundo se sitúa fácilmente en la historia asiria si admitimos que después de la época de Tukultininurta I hubo dos dinastías que gobernaron simultáneamente. Existe la posibilidad, dados los problemas en la genealogía de Asurubalit I, cuya familia parece haber sido torpemente insertada en la Lista Real, de que se hubiera hecho un segundo «pliegue» en la historia primitiva de Asiria y pueda mantenerse el sincronismo de



FIGURA 12.4. El faraón Ajenatón, tradicionalmente situado en el siglo XIV a.C. El gran archivo de correspondencia diplomática (en escritura cuneiforme), descubierto en su capital, Ajetatón (El-Amarna), proporciona algunos de los testimonios más importantes sobre los sincronismos entre Egipto, Asiria, Babilonia y los hititas, durante la edad del bronce final.

un Asurubalit y Ajenatón dentro de un esquema revisado, situando a ambos a finales del siglo XII a.C., en lugar de a mediados del XIV a.C.[59]

En resumen, las fechas generalmente aceptadas para Egipto no pueden justificarse recurriendo simplemente a la cronología tradicional de Mesopotamia, derivada de la Lista Real asiria.

La «caña quebrada» de Egipto

El profeta Isaías (36:6), en su advertencia a los judíos de que no dependieran de la ayuda militar egipcia para enfrentarse a los asirios, compara la autoridad de Egipto con una «caña quebrada». Lo mismo sucede en cuestiones cronológicas, aunque en este caso es Asiria la que a veces se apoya en Egipto. Se considera que la Lista Real asiria es válida a partir del siglo XIV a.C. a causa de las cartas de El-Amarna. De ahí la observación de M. B. Rowton:

> El primer punto que es posible verificar es la subida al trono de Asurubalit I, aproximadamente en 1365. Confrontada con la evidencia egipcia e hitita, esta fecha resulta ser bastante correcta.[60]

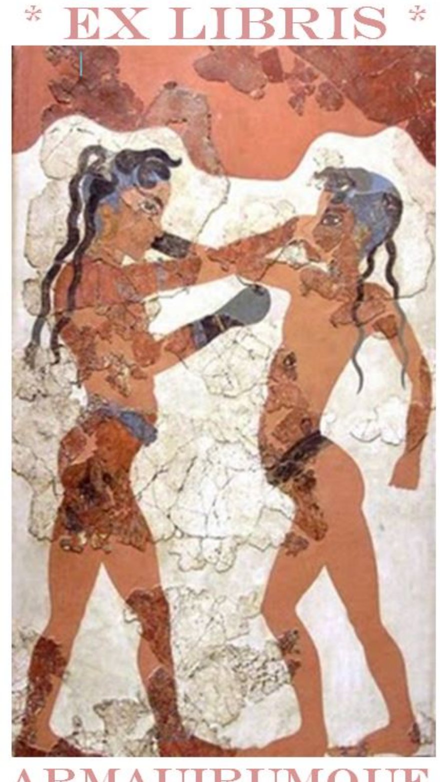
Del mismo modo, la cronología babilónica para mediados del segundo milenio a.C. ha sido reconstruida con la ayuda de la documentación egipcia e hitita. En efecto, los dos pilares de la cronología del mundo antiguo —el egipcio y el asirio— fueron establecidos a la vez por los especialistas de finales del siglo pasado. No es sorprendente, pues, que se apoyen el uno al otro. Pero no deja de ser irónico que a medida que aumenta la desconfianza de los egiptólogos hacia su propia cronología, se utiliza cada vez más la historia de Mesopotamia para afinar la datación egipcia. La aceptación reciente de una reducción de once años para Ramsés II fue de común acuerdo con un rebajamiento similar permitido por la evidencia mesopotámica.[61] Sin embargo, la posibilidad de mayores reducciones en los sistemas egipcio y mesopotámico no ha sido nunca investigada en profundidad.

El significado real de la relación entre las cronologías de Mesopotamia y de Egipto fue admirablemente expresado por el científico norteamericano George Hanfmann hace unos cuarenta años. Aparte de la introducción de nuevas técnicas científicas de datación, que aún deben integrarse del todo en los métodos tradicionales, poco ha cambiado desde entonces. Efectivamente, su advertencia general es válida todavía hoy para los arqueólogos que trabajan sobre el bronce final del Próximo Oriente y el Mediterráneo oriental:

> Finalmente, hay que añadir una palabra de advertencia con respecto a las llamadas fechas «absolutas» ... debemos recordar de vez en cuando que los dos grandes pilares de la cronología de la edad del bronce, el egipcio y el mesopotámico, no son dos sólidas torres de cimientos inamovibles. Más bien parecen dos boyas unidas por una cadena y ancladas para asegurarlas, pero que suben y bajan al compás de las olas. Ambas cronologías tienen problemas que no pueden ser re-

> sueltos salvo mediante conjeturas razonables: los años concretos a los que deben asignarse los datos astronómicos, los cálculos sobre la duración de los períodos oscuros y la valoración de posibles vacíos, duplicaciones y exageraciones en las listas reales e inscripciones monumentales.[62]

Las palabras de Hanfmann eran casi proféticas. La tesis de la aplicación de los datos astronómicos a la historia egipcia está tan llena de dudas que podemos ver cómo la estructura entera empieza a desmoronarse. Y puesto que se tambalea, no podemos seguir apuntalándola con generosos «lapsos de períodos oscuros». Los vacíos en la evidencia fueron, y siguen siendo, en general, muy reales. Las «listas de reyes» del mundo antiguo exageraron, en efecto, y los arqueólogos de hoy no están ya obligados a aceptar sus hinchados cálculos. Los resultados acumulados tras 100 años de investigación arqueológica los desmienten.



13. ¿EL FIN DE LAS EDADES OSCURAS?

No puede haber dudas de que en muchas zonas del mundo antiguo hubo un dramático ocaso de la civilización a fines del bronce final. Las economías centralizadas controladas por los palacios se desintegraron, los viejos puntos de comercio desaparecieron, se perdieron los contactos diplomáticos y los principales asentamientos fueron abandonados. Sin embargo, la causa o causas de estos trascendentales cambios no están claras.

Numerosas teorías generales han intentado explicar por qué se desmoronaron los grandes imperios y los poderosos estados de la Antigüedad. La serie de teorías utilizada aquí sigue la que el arqueólogo norteamericano Joseph Tainter ha expuesto en su reciente investigación *The Collapse of Complex Societies.*[1] De de sus explicaciones generales sobre el tema podemos extraer diez interpretaciones distintas de los acontecimientos ocurridos a finales de la Edad del Bronce. Las soluciones propuestas pertenecen a las siguientes categorías, o bien combinan diversos factores de éstas:

1. La noción de decadencia cultural ha sido siempre una de las favoritas de los moralistas. La teoría de la historia cíclica de Arnold Toynbee es quizá la versión más conocida. Toynbee sugirió que la caída del imperio hitita se debió a un exceso de «sádica extravagancia», mientras que el Imperio Nuevo egipcio no era más que una antigua y debilitada ruina, agotada por una burocracia corrupta y por la «desenfrenada aventura» de las ambiciones imperiales en Oriente.[2] Por supuesto, increíbles afirmaciones de esta índole apenas cuentan como explicaciones, dado que la decadencia está siempre en los ojos del espectador.

2. Con frecuencia se invocan las invasiones de pueblos bárbaros extranjeros —especialmente de los llamados Pueblos del Mar en Anatolia, Chipre, Levante y Egipto, los dorios en Grecia, los frigios en Anatolia, los arameos en Mesopotamia y los israelitas en Palestina— como el mecanismo de destrucción. Estas causas «externas» rara vez son convincentes, ya que por sí solas no pueden demostrar por qué la sociedad civilizada no fue capaz de hacerles frente. Después de todo, la fértil llanura mesopotámica fue invadida continuamente por tribus nómadas, pero en otras épocas acogió por lo general a las mejores. En el caso de los dorios resulta igualmente dudosa su existencia real, en tanto que hay buenas razones para creer que el papel predominante asignado a los

Pueblos del Mar es exagerado.[3] Los movimientos de población suelen ser síntoma, más que causa, de la decadencia de los estados centralizados.

3. Gordon Childe, el gran prehistoriador marxista, defendió una variante de este tema que implicaba cambios en la tecnología. Propuso que la introducción del hierro significó que los «campesinos y las tribus bárbaras» «fueron capaces de fabricar armas que les permitieron desafiar a los ejércitos de los estados micénico e hitita».[4] Pese a ser una tesis atractiva para aquellos que buscan pruebas de la lucha de clases en la historia, la investigación arqueológica demuestra que no había hierro disponible en cantidades significativas ni siquiera después del inicio de la «edad del hierro», y mucho menos para campesinos y bárbaros.[5]

4. Se ha indicado la posibilidad de conflictos internos en Egipto, que empezó a fragmentarse en pequeños reinos al término de la dinastía XX. Una tendencia similar puede ser detectada tras la caída del imperio hitita.[6]

5. Los estrechos lazos entre los diversos «Grandes Reyes» del bronce final (Egipto, Hatti, Asiria, Babilonia y Ahhijawa)[7] indican que la «teoría del dominó» puede formar parte de la explicación del derrumbamiento. Si los distintos imperios habían llegado a ser en parte interdependientes, la desaparición de uno de ellos habría debilitado seriamente a los demás.

6. Colin Renfrew ha propuesto un exceso de centralismo para la Grecia micénica.[8] Se dedicó un creciente aumento de energía al mantenimiento de la elite de palacio, hasta que sus exigencias fueron demasiado grandes para la economía; cuando esto sucedió, la autoridad central simplemente desapareció.

7. La mayoría de las explicaciones implican algún tipo de quiebra económica. Se suele considerar insuficiente la simple escasez de alimento debida a una mala administración, ya que está relacionada demasiado específicamente con las habilidades de la clase gobernante en cuestión. Una versión de esta teoría atribuye el gran aumento del precio del grano a finales de la dinastía XX egipcia a la corrupción de los funcionarios.[9] Explicaciones más complejas proponen que la clase dirigente estaba en cierto modo ocupada con otros asuntos, en detrimento del bienestar básico del estado. En este sentido, Tainter sostiene que las ciudades micénicas quedaron inmersas en una espiral competitiva por la cual tenían que dedicar recursos cada vez mayores a las fuerzas militares y a la administración. Sin embargo, la arqueología no encuentra testimonios del aumento de las guerras o de la burocracia a lo largo del período micénico. Asimismo, Tainter propone que el imperio hitita se expandió demasiado y en consecuencia descuidó la economía.[10] Es difícil, no obstante, ver cómo los enérgicos esfuerzos de los hititas por mantener el control de Siria, con sus importantes rutas comerciales, pueden ser considerados desventajosos para su economía.

8. La consecuencia final de la decadencia económica sería el hambre. Si la población llegara hasta este punto, podría tener lugar un levantamiento social, que llevaría al saqueo a gran escala y posteriormente a la revolución. Una serie de acontecimientos semejante ha sido propuesta como explicación del fin del imperio hitita.[11] Una explicación para la situación de carestía que se da con

frecuencia es el cambio climático a condiciones más secas en los últimos períodos del bronce final. Esto se ha aplicado a Mesopotamia, Siria, Anatolia y Grecia. Un clima mucho más seco habría hecho imposible el cultivo en amplias zonas de estas regiones.[12]

La idea de una sequía generalizada es, sin embargo, difícil de justificar. Aunque pueden utilizarse las condiciones climáticas actuales para elaborar modelos de clima que, en caso de persistir, desembocarían en una situación de gran calor y aridez en Grecia, no habrían tenido efectos tan drásticos en Anatolia.[13] Del mismo modo, las sequías simuladas en Anatolia no igualarían a una supuesta ola de aridez en Grecia. Además, la evidencia literaria presentada para apoyar la teoría de una época de hambruna en Mesopotamia cuenta sólo con doce ejemplos en los 300 años de Edad Oscura.[14] Un aspecto final que no ha sido satisfactoriamente resuelto aún es la cuestión de los modelos climáticos apropiados que se deben usar. Si hay que esperar efectos paneuropeos, los partidarios de la sequía tienen que enfrentarse con que muchas muestras de polen procedentes de la Europa central y septentrional y fechadas por radiocarbono demuestran la existencia de un clima húmedo en esta época.[15]

9. Una variante del tema de la catástrofe climática es la reciente propuesta de que en 1159 a.C. tuvo lugar una erupción del volcán de Hekla, en Islandia. Por lo que demuestran al parecer los anillos de los árboles irlandeses, esto se tradujo en un período de dos décadas de escasa luz solar y grandes lluvias.[16] Sin embargo, en realidad no está clara la relación con la supuesta sequía en el Próximo Oriente. De hecho, podría incluso haberla contrarrestado.

10. También se ha esgrimido la posibilidad de terremotos generalizados como causa de la destrucción de muchas ciudades del bronce final. En los años cuarenta, Claude Schaeffer desarrolló un esquema que suponía períodos de intensa actividad sísmica para explicar el ocaso general de la civilización del Próximo Oriente a finales del bronce antiguo y medio, tesis que posteriormente extendió a la terminación del bronce final basándose en sus excavaciones de Ugarit.[17] Del mismo modo, los arqueólogos que trabajaban en Chipre y Grecia han considerado frecuentemente que los terremotos fueron la fuerza elemental que destruyó muchos centros importantes.[18] Sin embargo, los efectos de un terremoto pueden ser generalmente superados; el propio Schaeffer tuvo que recurrir a un cambio climático en Ugarit para explicar el subsiguiente abandono de la ciudad.

Ninguna de estas causas generales ha resuelto satisfactoriamente el problema del ocaso al acabar el bronce final. No tiene en cuenta los distintos contextos sociales de cada región, que seguramente modificaron la respuesta a las dificultades militares, políticas, económicas o naturales.

Además, debemos recordar que los vacíos y recesiones no se limitan sólo a los grandes reinos, sino que se dan también en las secuencias culturales de las áreas circundantes: Mediterráneo central y occidental, los Balcanes, Nubia, el golfo Pérsico e Irán oriental. Las explicaciones relativas al exceso de centralización, a una mala administración o a guerras civiles no son aplicables eviden-

temente a las sociedades menos complejas de estas zonas. Para Italia se ha propuesto muchas veces el recurso de las invasiones, pero la realidad de éstas es dudosa y su impacto incierto. Se han discutido los cambios climáticos en el caso de Nubia, pero no en otros lugares. Podría argumentarse que las aristocracias locales que dependían del control de los bienes de importación desaparecieron cuando los comerciantes extranjeros dejaron de operar en estas áreas. Pero tal teoría puede aplicarse sólo en casos particulares, igual que la idea de que el oro nubio se agotó completamente tras la secesión nubia de Egipto a finales de la dinastía XX.[19] Aun así, ello no explica la despoblación de Nubia durante cerca de 300 años. La existencia de una Edad Oscura que abarca toda la zona estudiada en este libro carece aún de una explicación convincente, a pesar de los esfuerzos de arqueólogos e historiadores de la Antigüedad a lo largo de los últimos 100 años.

¿Por qué siglos de oscuridad?

Incluso siendo evidente el ocaso de la civilización, debemos preguntarnos además por qué la consiguiente recesión duró tanto tiempo y fue tan extendida. A veces se ha sugerido que la profunda ruptura de las estructuras políticas implica siglos para reconstruirlas.[20] Tal afirmación ha de ser cuidadosamente examinada en cada caso, ya que no puede haber normas generales relativas al *tempo* de la evolución social. Si las condiciones son correctas, los estados e incluso los imperios pueden ser reconstruidos en el espacio de una generación. En este punto han vuelto a esgrimirse las teorías de la invasión, dando por supuesto que unos «simples» bárbaros no se interesarían por tales asuntos.[21] En realidad, lo normal es que los invasores bárbaros adopten la parafernalia imperial con objeto de reivindicar un grado de legitimidad a ojos de la población conquistada. No hay más que recordar la rapidez con que el señor de la guerra mongol, Kublai Jan, se apropió, tras conquistar China, de los títulos tradicionales y gobernó como un emperador chino. Otros han afirmado que recién llegados como los frigios, a los que a veces se ha acusado de precipitar la caída del imperio hitita, optaron por un tipo de vida nómada en la región que habían conquistado.[22] En contra de esta interpretación tenemos el hecho de que se basa simplemente en el silencio, es decir, en la carencia de restos de asentamientos durante cientos de años.

Un factor supuestamente de larga duración es el ya mencionado de la sequía, que perduró hasta el 900 a.C. y el final de la Edad Oscura, al menos en algunas zonas, según sus defensores. La evidencia de dicha sequía es dudosa, y que se extendiera a lo largo de cientos de años es aún menos probable. Los resultados de los análisis de polen recogido en Jordania, Siria, Turquía, Irán y Grecia, fechados independientemente de la cronología arqueológica, no reflejan ninguna larga racha de sequía entre 1200 y 900 a.C.[23]

Anthony Snodgrass ha propuesto una reconstrucción más convincente de los acontecimientos relativos a Grecia. Añadiendo los testimonios literarios a

los procedentes de la arqueología, las semillas y los huesos de animales, dedujo que a comienzos de la edad del hierro hubo un cambio hacia una economía más pastoril, con predominio de la ganadería en el período protogeométrico.[24] Sin embargo, Snodgrass no tiene en cuenta los datos polínicos procedentes de los niveles de sedimentación de la laguna de Osmanaga, cercana a Pilos, en Mesenia, y del lago Voulkaria, en la Grecia occidental.[25] Las fechas de radiocarbono de estos núcleos de sedimentación demuestran que el cultivo del olivo era importante hacia 1500 a.C. y siguió siéndolo durante varios siglos más. Esto coincidiría con la cronología convencional, ya que las tablillas de lineal B, especialmente las de Pilos, muestran que los micénicos producían aceite de oliva en grandes cantidades. Pero los sedimentos de Osmanaga indican también que el cultivo del olivo continuó después de 1200 a.C. y decayó hacia el 950 a.C., ¡en plena Edad Oscura! El trabajo de recoger y prensar la aceituna requiere mucha mano de obra,[26] hecho que no concuerda con la teoría de Snodgrass. Por el contrario, si la caída de la civilización micénica tuvo lugar a finales del siglo X en lugar de en el siglo XII, el rápido declive del cultivo del olivo se correspondería perfectamente con su sociedad ganadera pospalaciega.

RENACIMIENTOS, MATERIALES PERECEDEROS Y HEREDADOS

Los intentos de resolver las Edades Oscuras han sido, en este nivel general de análisis, poco convincentes. Igualmente poco convincentes son las explicaciones propuestas para la mayoría de los problemas específicos sobre la Edad Oscura que hemos revisado, y resultan menos creíbles a medida que se repiten. Se ha afirmado que muchas de las técnicas artísticas y artesanales al parecer perdidas durante esta época, y que reaparecieron después sin haber apenas evolucionado, se habían conservado en otras zonas. Uno de los ejemplos más sorprendentes de este proceso es la talla del marfil, que se supone desaparecida en Grecia pero mantenida en Levante. No obstante, la cronología tradicional crea también un hiato en la tradición levantina del marfil en la misma época. Para explicarlo es preciso recurrir a la teoría de que los artesanos habían transferido su técnica a materiales perecederos como los tejidos y la madera.

Las teorías referentes al uso de objetos perecederos han constituido siempre explicaciones populares para los vacíos evidentes en la presencia de otras técnicas, como la escritura y la pintura sobre cerámica. Los tejidos y los objetos de madera tallada a los que supuestamente los artesanos transfirieron su atención no han sido descubiertos. Los hallazgos casuales que podrían surgir en el futuro representarían sólo una pequeña proporción de los ejemplares originales. Por tanto, siempre será posible afirmar que los «eslabones perdidos» de la producción artesana siguen sin ser descubiertos. Sin embargo, resulta difícil creer que esta transferencia entre materiales fue alguna vez un fenómeno tan extendido como se deduce de las interpretaciones actuales. Cuanto más ampliamente se aplique la teoría, más difícil será aceptarla, y más parecerá en cambio un pretexto conveniente para la falta de evidencia.

Una explicación más razonable de los hallazgos aislados es la teoría de la herencia; después de todo, la conservación de objetos es una práctica familiar tanto en la Antigüedad como en época moderna. Un buen ejemplo del bronce final es el de las exportaciones de Egipto a Grecia. Cuatro placas de fayenza con el nombre del faraón Amenofis III aparecieron en Micenas. El único ejemplar completo se encontró en el nivel de destrucción de una casa fechada a finales de heládico reciente IIIB. Pero Amenofis III había muerto unos 150 años antes, según cualquier cronología, cuando el estilo cerámico previo, heládico reciente IIIA, estaba en vigor. Contrastando con el tratamiento dado a las placas de fayenza, en tumbas contemporáneas de Creta se hallaron escarabeos de Amenofis III.[27] La conclusión es inevitable: si bien los objetos raros y exóticos eran considerados a veces recuerdos valiosos, los más corrientes solían ser depositados en las tumbas no mucho después de su fabricación.

Esto difiere claramente de la situación generalmente admitida para las dinastías XXII y XXIII de Egipto, según la cual todos los objetos de esta época hallados fuera de Egipto debían ser interpretados como heredados, aun cuando se tratara del más modesto escarabeo. Los elaborados trípodes y soportes de bronce chipriotas del bronce final pudieron haber sido conservados como tesoros, pero que todos ellos (en Cerdeña, Sicilia y Grecia) fueran guardados durante siglos parece mucho menos probable. Más increíbles aún son los casos relativos a la cerámica, a la vez menos rara y más propensa a romperse que los objetos de bronce. La presencia de vasos decorados con escenas funerarias de finales del Imperio Nuevo egipcio en tumbas de mediados del siglo IX de el-Kurru, en Nubia, se explicó argumentando que se trataba de herencias. Algo sorprendente, ya que se supone que los nubios habían abandonado su país en el siglo XII a.C., llevando una vida nómada hasta su retorno. Igual que sucede con las ideas del renacimiento y de los materiales perecederos, cuanto más se analiza la teoría de las herencias menos creíble resulta.

LA NUEVA TEORÍA

En el transcurso de nuestra investigación nos hemos enfrentado a varias polémicas interminables: Torr contra Petrie acerca de la datación de la civilización micénica; Gjerstad y Gierow contra Müller-Karpe y Peroni sobre los primitivos vestigios de Roma; los paleógrafos semíticos occidentales contra los arqueólogos clásicos sobre la introducción del alfabeto; Francis y Vickers contra los tradicionalistas acerca de la cronología de la Grecia arcaica; Albright y Akurgal contra Frankfort y su escuela sobre la datación del arte sirio; los arqueólogos de Palestina contra los chipriotas por el problema de la cerámica pintada negra sobre fondo rojo; Kenyon contra Wright sobre la cerámica de Samaria; Rothenberg y Aharoni contra Glueck y Albright sobre las minas de Timna; Naveh y Cross contra Millard sobre la datación de la inscripción de Tell Fakhariyah; de Miroschedji contra Ghirshman acerca de la cerámica elamita.

Todos estos debates pueden ser contemplados ahora bajo una luz nueva.

Resulta irónico que en la mayoría de los casos ambas partes tuvieran hasta cierto punto razón. Lo que estaba equivocado era el esquema global.

Mediante la cronología baja que hemos propuesto, en la cual el bronce final termina en el Mediterráneo oriental en torno al 950 en lugar de en 1200 a.C., los problemas quedan resueltos y surge una interpretación completamente novedosa.

Empezando por Egipto, no hará falta recurrir ya a la teoría de la datación sotíaca para calcular la cronología del Imperio Nuevo. Al no alargarse excesivamente el Tercer período intermedio por obra de las fechas sotíacas, los faraones de las dinastías XXII y XXIII cuyos objetos aparecen tan frecuentemente en otros países en contextos posteriores habrán reinado mucho después. Esto a su vez significa que los objetos que llevan sus nombres son contemporáneos de los contextos en los que aparecen.

Fuera de Egipto, bajar las fechas del Imperio Nuevo suprimirá la necesidad de sostener que hubo despoblamiento en Nubia. La ausencia de testimonios sobre gobernantes durante la supuesta Edad Oscura indica, por el contrario, que al cabo de menos de un siglo el puesto de los virreyes egipcios había sido ocupado por reyes locales.

El hecho de situar el inicio de la edad del hierro en Palestina a finales del siglo x en lugar de a comienzos del xii a.C. supone una interpretación enteramente nueva de la arqueología de Israel, en armonía con la narración bíblica. La búsqueda de las riquezas del reinado de Salomón ha terminado: ya habían sido descubiertas, pero sin ser reconocidas, en los restos materiales del bronce final. Mediante la abreviación del hierro antiguo se cierra el hiato cultural de Palestina. La reducción de las fechas de la edad del hierro posterior, basada en la evidencia de las cartas de Lakish, supone la inexistencia de una segunda Edad Oscura durante los períodos babilónico y persa antiguo.

Por lo que respecta a la importante cuestión de los marfiles tallados, uno de los últimos objetos del tesorillo del bronce final de Megiddo corresponde al reinado de Ramsés III, quien, según nuestra datación provisional de la historia egipcia, invadió Palestina alrededor del 925 a.C. La clausura del estrato debió tener lugar, pues, hacia el 900 a.C., sólo dos generaciones antes de los siguientes marfiles, fechables en *c.* 850 a.C. En suma, no hubo una interrupción real en la tradición del trabajo del marfil del Mediterráneo oriental entre el bronce final y el hierro.

Los hallazgos recientes demuestran que los reyes neohititas de Siria pueden ser relacionados por fin con los emperadores hititas, conexión apoyada por la evidencia arqueológica, la datación por radiocarbono y la comparación de la escultura. El imperio hitita no se hundió hacia 1200 a.C., sino que se fue fragmentando gradualmente durante el siglo x a.C., lo que permitió que los monarcas locales ejerciesen su autoridad sobre sus propias tierras, igual que sucedió con los jefes nubios.

Al eliminar de la historia asiria las dinastías fantasmas se puede restaurar la continuidad entre el arte de los períodos medio y final. Al mismo tiempo, el extenso período de «analfabetismo» en Babilonia y Elam durante la época

poskassita se transforma en una fase mucho más breve en la que los textos son escasos, pero no están del todo ausentes. Igualmente, el «enigma de ocupación» del golfo Pérsico queda resuelto y desaparece el hiato en los testimonios sobre los asentamientos.

La desaparición de la escritura en Chipre y Grecia y su reaparición al cabo de 300 años o más deja de ser uno de los grandes misterios de la Antigüedad. La redatación de las inscripciones de Biblos supone que el alfabeto levantino del siglo XI, que según se cree copiaron los griegos, corresponde en realidad al siglo IX a.C. (idea confirmada por la fecha asiria de la inscripción de Tell Fakhariyah); en consecuencia, su llegada a Grecia a lo largo del siglo VIII no resulta ya extraña. Del mismo modo, el enorme lapso existente en el uso de la escritura en Chipre queda radicalmente reducido. El eterno problema de la cerámica negra sobre fondo rojo se resuelve gracias a la nueva correspondencia entre la estratigrafía palestina y la chipriota.

El surgimiento de las ciudades-estado de la Grecia arcaica en el siglo VIII a.C. ha planteado muchos interrogantes, ya que no se veían indicios de continuidad a partir de los centros micénicos por la imposibilidad de que su influencia perdurara después de tanto tiempo. El mundo micénico se derrumbó, sí, pero a mediados del siglo x a.C., de modo que la civilización resurgió muy poco después con más vigor aún.

En los Balcanes, los lazos de la cerámica del complejo balcánico con la micénica por un lado, y con el material geométrico por otro, no deben considerarse como alternativas incompatibles. Según la cronología revisada que proponemos, el complejo balcánico cubre justamente el período entre ambos, en lugar de resultar alargado en más de cuatro siglos. El misterioso lapso en la ocupación de Troya durante cerca de dos siglos y medio desaparece. La famosa guerra de los griegos contra la ciudad (si aceptamos la asociación usual con la destrucción de Troya VIIA) habría tenido lugar a mediados del siglo x, no a comienzos del XII a.C.

La colonización fenicia del Mediterráneo no provoca ya conflictos entre las fuentes históricas y la arqueología si admitimos que los historiadores clásicos exageraron la antigüedad de los asentamientos. Además, la evidencia arqueológica de Palestina, una vez corregida, coincide con la de Cartago y España.

La evidencia arqueológica de la Italia central cobra sentido con el solapamiento de las culturas protovillanoviana y subapenínica, que se suponían independientes. Esta interpretación resulta perfectamente plausible en el nuevo esquema cronológico, igual que una fecha más baja para los restos primitivos de Roma.

En cuanto a Sicilia, no es preciso desarrollar hipótesis improbables sobre el despoblamiento de la costa en dos ocasiones distintas. La cronología tradicional fue alargada con el fin de llenar el vacío entre las colonias micénicas y griegas. Si se rebaja la fecha del bronce final, se puede prescindir de las fases innecesarias de la edad del hierro siciliana, representadas únicamente por enterramientos.

Durante los últimos cien años, la cronología ha constituido el centro de los

más problemáticos y prolongados debates en una amplia variedad de campos, desde la prehistoria europea hasta la arqueología bíblica. Todos ellos pueden considerarse ahora como fruto de una causa común: una equivocada fe en la inmutabilidad del esquema establecido. Las Edades Oscuras resultantes y todas sus ramificaciones vienen a ser en realidad una descomunal metedura de pata académica, perpetuada por la conveniencia de una cronología al parecer fiable, así como por la gran complejidad de los temas tratados. Nuestra investigación demuestra que estas controversias han sido totalmente innecesarias. Con la cronología más baja que proponemos, muchas de ellas simplemente desaparecen, al mismo tiempo que los ilusorios Siglos de Oscuridad.

Apéndice 1

DENDROCRONOLOGÍA Y DATACIÓN POR RADIOCARBONO

Los orígenes de la dendrocronología, o datación por los anillos de los árboles, se remontan a Leonardo da Vinci. Éste fue, al parecer, el primero en observar que el crecimiento anual de los árboles en primavera produce cada año una secuencia de anillos en la madera. La regularidad de este proceso significa que la edad de un árbol talado puede deducirse contando simplemente los anillos del tocón.

Los anillos anuales de los árboles varían en anchura y densidad según el clima de ese año concreto; por ejemplo, los anillos más gruesos corresponden a años buenos. Los árboles que crecen en la misma zona al mismo tiempo producirán, por tanto, sucesiones anulares de anchura similar. Así, si se examina un árbol recién talado de 200-300 años de edad, sus primeros anillos pueden compararse con sus equivalentes en los últimos anillos de un árbol ya muerto. Los anillos de este árbol viejo pueden compararse con los de otros aún más antiguos, y así sucesivamente, extendiendo la secuencia en el tiempo tanto como sea posible.[1] Así, pues, pueden asignarse fechas absolutas a toda la serie, siendo la única fuente de inexactitudes la necesidad de tener en cuenta el tiempo de crecimiento representado por la albura (parte blanda externa del árbol que no ha formado aún sus propios anillos) de la madera.

Sin embargo, las distintas especies de árboles presentan grandes variaciones en su sensibilidad al clima, de modo que para que una secuencia sea efectiva debe ser elaborada utilizando una sola especie. Incluso árboles de la misma especie y de la misma localidad reaccionarán de forma ligeramente diferente ante las condiciones de crecimiento: la anchura absoluta de los anillos formados en un año determinado no será la misma para todos, y lo que habrá que comparar es la sucesión de anillos estrechos y anchos.

La dendrocronología es, por tanto, un método estadístico: es un requisito absoluto que las secuencias tengan la longitud suficiente para proporcionar comparaciones estadísticamente significativas entre series diferentes de anillos de árboles.

Dado que la dendrocronología es relativamente clara, ¿por qué no es el método predominante en la datación arqueológica? Las razones de esto son prácticas, más que técnicas. En primer lugar, simplemente puede no haber secuencias de anillos. En algunos países, como Egipto, los árboles son tan escasos que nunca se podrán elaborar dendrocronologías locales. Además, en muchas zonas del globo se están desarrollando todavía secuencias largas: por ejemplo, la sucesión del enebro del Mediterráneo oriental se remonta sólo al 1073 d.C.[2] En segundo lugar, incluso en el caso de existir la secuencia, su aplicación a la datación arqueológica puede ser difícil, ya que hay una carencia real

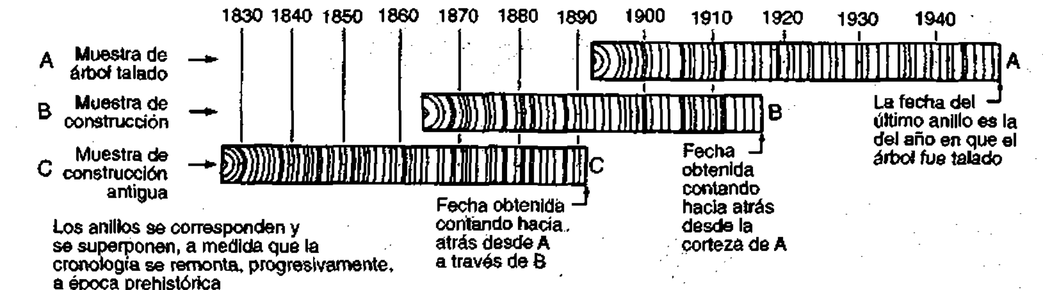


FIGURA APÉNDICE 1.1. Cómo elaborar una secuencia dendrocronológica a partir de la equiparación de muestras de anillos de diversos grosores procedentes de árboles distintos (dibujo de Rosemary Burnard).

de madera arqueológicamente significativa. La mayor parte de las excavaciones no produce objetos de madera porque se han podrido. La madera sólo se conservará en aquellos yacimientos con condiciones muy secas o muy húmedas. Son corrientes los hallazgos en pantanos, pero por lo general carecen de asociaciones arqueológicas útiles. Por ejemplo, la dendrocronología ha demostrado que un camino de vigas de roble de Timahoe Oeste, en Irlanda, fue construido en 1483 ± 9 a.C., pero esta fecha absoluta no tiene aplicación más allá del yacimiento, ya que no han aparecido hallazgos culturales.[3] Por último, si una o dos vigas de un yacimiento son fechables, pueden proceder de construcciones más antiguas y haber sido reutilizadas sin que lo parezca.

Aun así, el potencial de la dendrocronología es grande, ya que en el Mediterráneo están apareciendo restos de naufragios en número creciente. Aquellos casos en que se conserva el casco del barco son perfectos para datar cargamentos de una amplia variedad de objetos de distintos países. Lo que falta por ahora es una secuencia de anillos continua en la que encajar este maderamen.

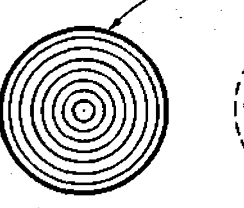
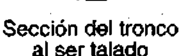
A causa de estas limitaciones, la datación por radiocarbono, descubierta en 1949 por el profesor Willard Libby de la Universidad de Chicago, sigue siendo el principal método científico para elaborar una cronología.[4] El carbono tiene tres isótopos —es decir, átomos con las mismas propiedades químicas pero distintos pesos atómicos— presentes de forma natural. Dos de estos isótopos, C-12 y C-13, son estables, mientras que el tercero, C-14, es radioactivo. El C-14 (o radiocarbono) se forma continuamente en las capas superiores de la atmósfera terrestre mediante la acción de los rayos cósmicos sobre el nitrógeno. El carbono es un elemento esencial del tejido vivo; absorbido por las plantas y los animales, vuelve a la atmósfera cuando éstos se descomponen después de la muerte. El C-14 se transforma constantemente en nitrógeno por la emisión de un electrón, ya que es un isótopo radioactivo estable. El ritmo de esta descomposición en nitrógeno se suele expresar en términos de una «vida media» de unos 5.730 años. Esto significa que la mitad del C-14 presente en un bloque de carbono volverá a convertirse en nitrógeno al cabo de 5.730 años, la mitad de lo que queda se transformará pasados otros 5.730 años dejando un cuarto de la cantidad original, y así sucesivamente. Cuanta mayor antigüedad tenga la muestra, más difícil es medir con precisión el contenido menguante de C-14; en la práctica, el límite está en torno al 40.000 a.C. Lo cual significa que este método, que en condiciones ideales puede distinguir entre el contenido en C-14 de muestras antiguas que sólo distan entre sí 100 años, es particularmente idóneo para la datación arqueológica.[5]

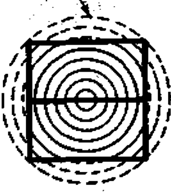
Sin embargo, en la práctica no es posible obtener fechas precisas por medio del radiocarbono a causa de las inexactitudes en las mediciones de las muestras. Por ello las fechas de C-14 se citan siempre con una «desviación estándar» que representa su grado de precisión. Por ejemplo, una fecha de 1000 b.p. (antes del presente) con una desviación estándar de cincuenta años tiene un 68,3 por 100 de probabilidades (una desviación estándar) de estar situada entre 950 y 1050 b.p., un 95,3 por 100 de probabilidades (dos desviaciones estándar) de estar entre 900 y 1100 b.p., y un 99,8 por 100 de probabilidades (tres desviaciones estándar) de estar entre 850 y 1150 b.p.

Al aplicar la datación por radiocarbono a la arqueología hay que enfrentarse a varios problemas. El primero de ellos es que en la práctica la gran mayoría de los resultados tienen una desviación estándar superior a cincuenta años, de modo que las fechas aisladas para un yacimiento tienen poco valor, especialmente en lo que respecta a la resolución de temas como los estudiados en este libro, donde un siglo o dos constituyen a menudo la escala de la discusión. En consecuencia, la práctica aceptada hoy (en aquellos lugares donde se toman realmente muestras de C-14) es producir una serie de fechas para cada yacimiento. En segundo lugar, en ciertas circunstancias el carbono puede ser absorbido por organismos vivos y producir fechas de radiocarbono con demasiada antigüedad. Por ejemplo, los volcanes expulsan con frecuencia carbono antiguo antes de entrar en erupción, hecho que puede ser una fuente de confusión adicional en el debate sobre la datación de la explosión de Tera.[6] Más problemas surgen con la datación de crustáceos y cañas, que resultan afectados por la presencia de carbono antiguo en el agua del mar y el agua dulce, respectivamente.[7] Irónicamente, en una época las cañas eran especialmente seleccionadas en Egipto para análisis de radiocarbono, debido a su utilización como material de traba en las paredes de ladrillo de tumbas y templos.[8] Existen también graves dificultades para valorar la proximidad de la asociación entre muestras datadas y el acontecimiento para el que se busca la fecha. El carbón ha producido la mayor parte de fechas de C-14 a causa de su presencia en grandes cantidades en muchos yacimientos arqueológicos y porque debe ser el único material orgánico que sobrevive en suelos ácidos.

Por desgracia, hay dos problemas distintos relacionados con el uso del carbón. Uno es que las grandes vigas de madera utilizadas en la construcción pueden hacerse con árboles que tienen varios siglos de antigüedad. Si el edificio es incendiado en ese momento, la parte externa de la madera quedará destruida y dejará trozos del centro de las vigas. Si se recogen estas secciones supervivientes de las vigas originales con el fin de realizar análisis de radiocarbono, darán una lectura falsamente antigua. (Actualmente se prefiere con mucho los materiales de corta vida, como el grano, las nueces, las semillas y el cuero, pero tales fechas son todavía raras.) Por supuesto, si las vigas están reutilizadas y proceden de edificios más antiguos, la discrepancia será aún mayor. Un ejemplo claro de esto fue observado por el dendrocronólogo Peter Kuniholm en una casa de la capital frigia, la acrópolis de Gordion. Mientras que un grupo de vigas habían sido fechadas en el siglo VII a.C., «otras tres piezas habían sido cortadas cuatro siglos antes. Si sólo se hubieran recogido estas últimas, el resultado habría sido un concepto totalmente erróneo acerca de la fecha [del edificio]».[9]

El otro problema que presentan las muestras de carbón es que muchas fechas de C-14 han sido obtenidas mediante la agrupación de grandes cantidades de carbón fragmentado. Éste puede moverse con facilidad por los yacimientos por la continuación de la actividad, y difiere de los huesos en que la condición de la muestra no puede indicar el grado de rapidez con que se quemó. La consecuencia de estos dos inconvenientes es que se ha afirmado que el cálculo del lapso de edad potencial entre una muestra y el estrato



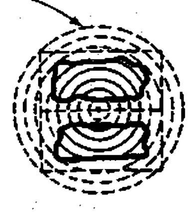


FIGURA APÉNDICE 1.2. Ejemplo del problema de la «madera antigua». El núcleo de una gran viga cuadrada cuya parte externa se ha quemado dará fechas de radiocarbono mucho más antiguas que la fecha en la que el árbol fue talado (dibujo de Rosemary Burnard).

en el que apareció rondaría los 200 años en el caso del carbón procedente de especies de árboles longevos.[10]

Una complicación adicional para la datación por radiocarbono ha sido la creciente comprensión de que uno de los supuestos que sostenían la fiabilidad del método no era válido. Al principio se creía que la proporción de C-14 con respecto al C-12 era casi constante a lo largo del tiempo. Se ha comprobado que no es así. La falta de concordancia entre los resultados del radiocarbono y la cronología histórica clásica de Egipto lleva a una revisión del método del C-14. Con el desarrollo de las secuencias dendrocronológicas, una forma de comprobación de la validez de las fechas de radiocarbono era enfrentarlas con las cronologías elaboradas separadamente a partir de robles de Irlanda y Alemania y pinos de California.[11] La comparación demostró que antes del 500 a.C. aproximadamente las fechas de radiocarbono son demasiado jóvenes. La «calibración» requerida para convertir los resultados del C-14 en años civiles asciende a más de un milenio para el neolítico europeo. Esto contribuyó significativamente al abandono de las ideas tradicionales sobre la difusión de la metalurgia del cobre en el mundo antiguo (véase el capítulo 1). Las fechas no calibradas suelen expresarse como b.p., y las calibradas o fechas civiles como a.C.

Desgraciadamente, la calibración no es un tema sencillo. La cantidad de C-14 presente en la atmósfera ha fluctuado mucho en el pasado, disminuyendo a veces y aumentando de nuevo de forma significativa dentro de una misma centuria. La curva de calibración producida por la comparación entre las fechas de radiocarbono y la cronología a partir de la datación de los anillos de los árboles no realiza una progresión suave, sino que está llena de oscilaciones cortas. En ciertos puntos, el resultado del radiocarbono puede ser calibrado con varias fechas alternativas, sin que se pueda estar completamente seguro de cuál es la elección correcta.

Un período notablemente complejo es el llamado «desastre del radiocarbono del primer milenio a.C.». Entre el 400 y 800 a.C., la curva de calibración es esencialmente plana, con fechas civiles dentro de ese marco que equivalen a una fecha de radiocarbono en torno al 500 a.C. Como ha dicho Michael Baillie, quien desarrolló la dendrocronología irlandesa a partir de los robles:

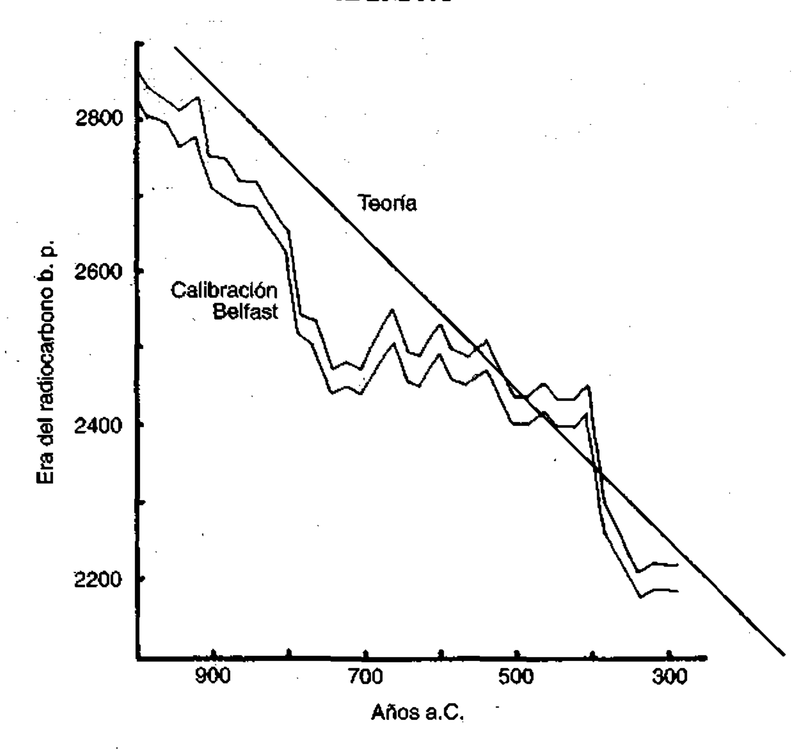


FIGURA APÉNDICE 1.3. Área de desastre del radiocarbono: objetos cuya fecha real oscila entre el 800 y 400 a.C. (en años civiles) producirán fechas de radiocarbono entre 2450 b.p. (500 a.C.) y 2550 b.p. (600 a.C.) (según Baillie y Pilcher, 1983).

> La conclusión inmediata es que es imposible averiguar las fechas de radiocarbono de cualquier muestra cuya edad verdadera esté entre 400 y 800 a.C. Esto es una catástrofe para la arqueología de la edad del bronce final/edad del hierro, aunque haya sido anunciada hace algún tiempo.[12]

Esto significa que, por lo que respecta a la última parte del período analizado en este libro, la datación por radiocarbono nunca podrá ofrecer, por desgracia, respuestas.

Apéndice 2

TEORÍAS GRIEGAS Y ROMANAS SOBRE CRONOLOGÍA ANTIGUA

Los griegos tenían sus propias tradiciones cronológicas, continuadas por los romanos, que asignaban fechas a acontecimientos clave de su pasado como la guerra de Troya y la fundación de nuevas ciudades. Los historiadores modernos han supuesto, generalmente, que éstas se basaban en datos fiables. En efecto, los cálculos tradicionales para Cartago, Roma y las colonias griegas de Occidente han constituido un factor fundamental en la determinación de las fechas atribuidas por los arqueólogos a los vestigios más antiguos descubiertos en estos lugares. En el caso de Troya, las fechas antiguas para la guerra que libraron los griegos contra la ciudad coinciden bastante con las que han dado los arqueólogos a las destrucciones de los niveles VI y VIIa, los dos candidatos a la Troya de los poemas homéricos.

Pero ¿las fechas tradicionales proporcionan realmente un apoyo creíble a la cronología arqueológica clásica? Las cuestiones principales son las siguientes: cómo se llegó a estos cálculos y de qué fuentes disponían los antiguos.

La fecha de la guerra de Troya

Las fechas arqueológicas clásicas de las destrucciones de Troya VI y VIIa, basadas en la cerámica micénica hallada, son, aproximadamente, 1300 y 1200 a.C., respectivamente (véase el capítulo 3). Los proponentes de cada ciudad como la Troya homérica de la Edad Heroica han intentado, naturalmente, reforzar sus teorías mediante la referencia a las fechas clásicas de la guerra de Troya, que a grandes rasgos concuerdan con la cronología arqueológica tradicional.

La fuente escrita más antigua sobre la fecha de la guerra de Troya es el historiador de mediados del siglo v a.C., Herodoto (II, 145), quien la sitúa unos 800 años antes de su propia época, es decir, *c.* 1250 a.C. Su cálculo aproximado se basaba al parecer en el número de generaciones, ya que lo da en el contexto de un discurso sobre el trazado de las genealogías hasta llegar a los dioses griegos. Herodoto (VII, 204; VIII, 131) anotó los linajes de Leónidas y Leotíquides, dos reyes de Esparta que lucharon en las Guerras Médicas, remontándose quince y dieciséis generaciones atrás hasta la época de Aristodemo, quien guió el regreso de los Heráclidas a Laconia (VI, 52). Según la tradición, había dos generaciones entre la guerra de Troya y la invasión de los Heráclidas (Pausanias, IV, 3, 3). Teniendo en cuenta además las tres generaciones (incluyendo las de Leónidas

y Leotíquides) entre las Guerras Médicas y Herodoto, llegamos a un total de veinte o veintiuna generaciones entre su época y la guerra de Troya. Por lo tanto, Herodoto debe haberse basado en una estimación de cuarenta años por generación para calcular su fecha de la guerra de Troya: esto es, 20 × 40 = 800 años antes de su época (pero véase *infra*).

Otras fuentes clásicas ofrecen (o bien se deduce de ellas) diferentes cálculos sobre la fecha de la guerra de Troya:

Los Lócridas de Opus (finales del siglo IV a.C.)	*c.* 1346 a.C.
Herodoto (*c.* 450 a.C.)	*c.* 1250 a.C.
Timeo (*c.* 270 a.C.)	1234 a.C.
Clitarco (*c.* 270 a.C.)	1234 a.C.
El Mármol de Paros (264 a.C.)	1209 a.C.
Eratóstenes (finales del siglo III a.C.)	1184 a.C.
Sosibio (*c.* 320 a.C.)	1172 a.C.
Eforo (*c.* 340 a.C.)	1169 o 1149 a.C.
Faenias de Ereso (*c.* 320 a.C.)	1129 a.C.
Calímaco (principios del siglo III a.C.)	1127 a.C.[1]

El cálculo más influyente de todos estos fue realizado por el gran matemático Eratóstenes de Cirene (*c.* 275-194 a.C.), que fue tutor real en la corte del rey helenístico Ptolomeo III Evergetes y director de la Biblioteca de Alejandría desde el 234 a.C. Sus *Chronographiae* fueron el primer intento sistemático de elaborar un marco cronológico para la historia política y literaria. Además de utilizar el cálculo basado en el recuento de generaciones, Eratóstenes combinó con éxito todos los datos cronológicos de que disponía (listas de reyes y arcontes, registros olímpicos, etc.) dentro de un sistema unificado. Debido a su gran autoridad como científico, la fecha de Eratóstenes para la guerra de Troya, 1184 a.C., fue adoptada unánimemente por los escritores siguientes, entre ellos los Padres de la Iglesia Clemente de Alejandría (*c.* 150-215 d.C.) y Eusebio de Cesarea (*c.* 260-340 d.C.), e incluso hoy día merece gran consideración. Se conserva un fragmento que resume sus cálculos:

> Desde la caída de Troya hasta el Retorno de los Heráclidas van 80 años, desde esta época hasta la colonización jónica van 60 años, 159 años más hasta la regencia de Licurgo, y 108 años hasta el año previo a la primera Olimpíada, a partir de la cual media un intervalo de 297 años hasta la expedición de Jerjes.[2]

Cartago y Roma

El siguiente hito cronológico importante en la literatura clásica fue la fundación de Cartago en el norte de África por los fenicios de Tiro. Los escritores romanos estaban especialmente interesados en la fecha de su fundación, ya que hasta su destrucción en 146 a.C. Cartago fue la rival más importante del poder de Roma. En las leyendas, el origen de ambas ciudades estaba entrelazado. En su huida de Troya tras la caída de la ciudad, Eneas, antepasado de los reyes de Roma, visitó a la reina Dido (o Elisa), fundadora de Cartago. La amó y la abandonó, primera causa de agravio entre las dos grandes ciudades, y puso rumbo a Italia, donde inició la dinastía que iba a gobernar en Roma. Tan íntimamente conectadas estaban las historias de ambas ciudades que algunos escritores llegaron a afirmar que habían sido fundadas en el mismo año. El historiador siciliano Timeo situó este acontecimiento en el 814 a.C. (treinta y ocho años antes de la Primera Olimpíada), mientras que Apio lo situó en el 752 a.C.[3]

Otros interpretaron las tradiciones más literalmente y situaron la fundación de Cartago a una distancia conveniente (sesenta o setenta años) de la de Roma, ya que Eneas, al parecer, había visitado una Cartago ya existente. Estos cálculos dieron lugar a fechas diversas (dependientes de las de Roma), pero todas localizadas a finales del siglo IX a.C. Otros se basaron en estimaciones sobre la vida de la ciudad antes de su destrucción, dando una amplia gama de fechas, tan distintas como 894 y 746 a.C. De todas ellas, los historiadores modernos han tendido a preferir las de Timeo (814 a.C.) y Pompeyo Trogo (825 a.C.).[4] La fecha de finales del siglo IX coincide también con la información recogida por Flavio Josefo de los Anales de Tiro (véase el capítulo 2).

La propia edad de Roma fue motivo de serias controversias en la Antigüedad, como certifica Cicerón. Los diversos cálculos tradicionales oscilaban entre el 875 y el 729 a.C., aunque la mayoría se mostraba de acuerdo en una fecha entre 759 y 748 a.C. Durante el siglo I a.C. la elección llegó a reducirse a una fecha entre 751 (propuesta por el historiador griego Polibio) y 753 a.C. (popularizada por el matemático latino Varrón).[5] La lista de cónsules compilada en época del emperador Augusto indica el año 752 a.C., quizá como compromiso.[6]

Cualquier documentación local que pudiera haber poseído Cartago desapareció probablemente durante la destrucción de la ciudad por los romanos en 146 a.C., de modo que nunca se sabrá si las fechas propuestas para su fundación tenían una base firme. En el caso de Roma, el principal documento de que disponían sus historiadores era la lista consular que empezaba con la República, en 509 a.C., pero incluso éste resulta fiable sólo a partir del 300 a.C., aproximadamente. Es evidente que no había nada en que los romanos pudieran basarse para calcular la fecha exacta de la fundación de su ciudad. A falta de documentación local continuada, todas las fechas de fundación de Cartago y Roma dependían de las tentativas de relacionarlas en el tiempo con un importante acontecimiento del pasado, como la guerra de Troya, o bien de expresarlas en función de un sistema cronológico como las Olimpíadas griegas.

La era de las Olimpíadas

El sistema de datación más utilizado en la Antigüedad clásica era el de los Juegos Olímpicos, que se celebraron cada cuatro años en Grecia hasta su abolición en el 393 d.C. por el emperador Teodosio. El período entre una celebración y la siguiente se conocía como una «olimpíada», la primera de las cuales comenzó según la tradición en el año 776 a.C.

Las olimpíadas siguientes son utilizadas con frecuencia por los historiadores clásicos, y pueden ser fechadas con precisión gracias a una serie de datos.[7] Por ejemplo, la muerte de Alejandro Magno, ocurrida sin ninguna duda en el año 323 a.C., está registrada en el primer año de la 114.ª olimpíada.[8] Si contamos hacia atrás desde este punto llegamos fácilmente al 776 a.C., la fecha universalmente aceptada para la primera olimpíada. Pero ¿cómo sabían los antiguos que se habían celebrado nada menos que 113 Juegos Olímpicos antes de este acontecimiento?

La prueba más antigua de la existencia de un sistema de numeración de olimpíadas aparece en la obra de un escritor siciliano, Filisto de Siracusa, de comienzos del siglo IV a.C.[9] Pero el fragmento en el que se basa este sistema deriva de una fuente muy posterior (Esteban de Bizancio, c. 500 d.C.), y el propio número, que falta en el original, es sólo una enmienda moderna.[10] Polibio (*c.* 200-115 a.C.), el historiador de la grandeza de Roma, asegura que Timeo (*c.* 270 a.C.) fue el primero en utilizar la lista de vence-

dores olímpicos como instrumento cronológico.[11] El uso real de las olimpíadas numeradas como base para la datación aparece por primera vez en la obra de Eratóstenes, a finales del siglo III a.C.

Como quiera que fuese, la aplicación de cifras o sincronismos a un ciclo de juegos habría requerido una lista de las olimpíadas celebradas. Puesto que es casi seguro que no se elaboró oficialmente ninguna lista de este tipo desde el comienzo de los juegos, para su redacción retrospectiva se necesitarían ciertas evidencias documentales, aunque fueran dispersas. Parece que se dispuso de algunas inscripciones (u otras fuentes escritas) conmemorativas de los vencedores en distintas olimpíadas. Quizá también se habían registrado grupos de vencedores, o listas breves de triunfadores en pruebas específicas a lo largo de juegos sucesivos. Según Plutarco (*c.* 50-120 d.C.),[12] fue Hippias de Élide, a finales del siglo V a.C., quien elaboró por primera vez una lista, al parecer de los vencedores en las carreras de *stadion*, probablemente a partir de estos registros. Por tanto, los juegos olímpicos adquirieron un valor general para la datación o cronografía después de Hippias, y en la época helenística quedó completamente establecida la lista de vencedores.[13]

Pero sigue habiendo muchos interrogantes. ¿De qué clase y de cuánta amplitud era exactamente la documentación utilizada por Hippias? ¿Pudo realmente reunir datos dispersos sobre vencedores de la misma competición atlética a lo largo de más de noventa olimpíadas, para elaborar a partir de ellos una lista completa hasta su propia época? Desde el punto de vista actual, ¿en qué medida son criticables sus métodos? ¿Se celebraron regularmente los juegos cada cuatro años desde el principio? A comienzos de este siglo, Beloch[14] expresó fuertes dudas acerca de la validez de las primeras olimpíadas, y ya en la Antigüedad Plutarco mismo se muestra escéptico:

> Sin embargo, es difícil averiguar los años exactos, y especialmente los derivados de los vencedores olímpicos, cuya lista fue al parecer publicada posteriormente por Hippias de Élide, quien empezó [su obra] partiendo de nada que pueda inspirar confianza.[15]

¿Dónde nos deja esto? Resulta justificado mostrarse precavido con respecto a las primeras noventa olimpíadas, suspicaz en cuanto a las cincuenta primeras y extremadamente dudoso sobre las primeras veinticinco. Tanto E. Bickerman como A. E. Samuel, los mayores especialistas en cronografía clásica, han advertido en contra de la tendencia a confiar rápidamente en la parte más antigua de la lista conservada; el último declara que:

> La atribución por Plutarco a Hippias de Élide del honor de compilar por primera vez una lista de vencedores indicaría que también nosotros debemos mostrarnos muy cautelosos con respecto a la evidencia cronográfica sobre las olimpíadas celebradas mucho antes de mediados o a principios del siglo V.[16]

De hecho, simplemente no sabemos cuándo empezaron los juegos olímpicos, y la fecha de 776 a.C. aceptada, en la cual se han basado tantos sincronismos de acontecimientos desde la Antigüedad, no puede ser utilizada como un hito cronológico. Hippias pudo haber alargado considerablemente las evidencias en su compilación. Sería más realista dar a la primera olimpíada una fecha mucho más baja, en el siglo VII o incluso en el VI a.C. En cualquier caso, debemos tener serias dudas sobre el valor de las fechas más antiguas calculadas para las olimpíadas, como ha observado Burn:

> ... la verdadera debilidad de las fechas griegas expresadas en función de las olimpíadas es que incluso suponiendo que hubiera una lista de vencedores de los siglos VIII o VII, es seguro que ésta no ofrece sincronismos con hechos históricos. Aun cuando fuera cierto que Quionis de Esparta ganó la carrera de 200 metros por tercera vez en el 656, la tesis de que la colonia de Istrios [Istria] fue fundada en el mismo año no deja de seguir siendo simplemente un cálculo realizado por eruditos posteriores.[17]

Los arcontes y la cronología ateniense

Un segundo sistema cronológico utilizado por los historiadores griegos clásicos dependía de la lista de arcontes, los magistrados superiores de Atenas. La lista ateniense de arcontes apareció por primera vez como instrumento histórico en la *Historia Ática* de Helánico, publicada a finales del siglo V a.C. La lista oficial (dada por el Mármol de Paros del 264 a.C.) parte del 1068 a.C.; empieza con un grupo de arcontes designados vitaliciamente, a continuación vienen los elegidos por una década, y ya en el 683 a.C. el cargo es anual.[18]

El fragmento más antiguo que conocemos de una lista de arcontes fue descubierto en el ágora de Atenas y por razones paleográficas se ha fechado en la década del 420 a.C.[19] Los nombres que aparecen en ella corresponden en la lista oficial a la década del 590 a.C., pero es evidente que este fragmento no puede utilizarse para comprobar la exactitud de las fechas asignadas a estos arcontes. Hay motivos para pensar que se trata de la primera lista de este tipo. Herodoto, que escribió en la misma época en que fue elaborada, no parece conocerla; de hecho, sólo menciona una vez el nombre de un arconte (VIII, 51).

La mayoría de los historiadores clásicos desestiman la parte anterior al 683 a.C., pero tienden a aceptar el registro posterior de funcionarios anuales. No obstante, si el fragmento del ágora forma parte del primer intento de elaboración de un registro oficial de arcontes, debemos tener cuidado con la lista de arcontes anterior al siglo V. Samuel ha llegado a la conclusión de que, aunque se ha «asumido que se redactó una lista de arcontes desde los primeros tiempos, y, con suplementos anuales, ésta se convirtió en una guía cronológica fiable», «la evidencia me hace desconfiar de esta suposición».[20] Además, igual que con el problema de datación por olimpíadas, Mosshammer ha señalado que «un nombre de arconte puede representar una fecha para un historiador sólo si hay acontecimientos asociados con regularidad a nombres de arcontes».[21]

La producción de cronología antigua

Es evidente que la mayor parte de las fechas exactas dadas por los escritores clásicos para hechos del pasado remoto tienen que haberse basado en reconstrucciones y cálculos extremadamente artificiales: «los hitos que utilizaron, como el saqueo de Troya (según la tradición en 1184) y la primera olimpíada (776), dan la impresión de ser ciertamente engañosos».[22]

Mosshammer dice de los registros de los siglos V y IV a.C. de los que dependen los historiadores:

> Las listas presentan ordenadamente los nombres de magistrados y sacerdotes, reyes y vencedores que vivieron doscientos años o más antes de la época en que

> dichas listas se publicaron. Las partes más antiguas de las listas deben considerarse como el producto de una reconstrucción ... no se puede demostrar la existencia de una práctica archivística del Estado o de los templos que pueda apoyar las primeras versiones de las listas, a pesar de los esfuerzos de los científicos actuales.[23]

Tal como se le hizo ver a Solón durante su viaje a Egipto, los griegos de la Antigüedad poseían documentos escritos sobre un período histórico lamentablemente breve (véase el capítulo 12). A falta de registros secuenciales, las listas oficiales fueron confeccionadas al parecer a partir de documentos aislados, poemas y tradiciones populares.

Las genealogías, algunas de las cuales se remontan hasta la Edad Heroica, presentaban un marco dispuesto para el curioso historiador griego. Cualquier intento de traducir éstas en fechas absolutas se basaba, por supuesto, en la asignación correcta de una media de duración por generación. Por desgracia, no hay razón para creer que los griegos llegaran a un consenso sobre esta cuestión. Por ejemplo, aunque Herodoto debió basarse en una generación de cuarenta años para calcular la fecha de la guerra de Troya, debe tenerse en cuenta que la única duración que estipuló en realidad fue de 33,33 años (es decir, tres generaciones por siglo; II, 142). En otro lugar afirma que en 505 años reinaron veintidós generaciones de reyes lidios (descendientes de Hércules), lo que da una media por generación de sólo veintitrés años.[24]

Cronógrafos posteriores utilizaron sus propios cálculos sobre una generación; Eratóstenes, por ejemplo, adoptó al parecer los cuarenta años como su cifra base.[25] Tanto ésta como la de 33,33 años seguida por muchos otros (a partir de Herodoto), usadas como base de cálculos cronológicos, darían lugar a un error acumulado al cabo de dos o tres generaciones. Cuanto más tiempo se remonten, mayor es la inflación del lapso de tiempo. El grado de inexactitud, en potencia enorme, queda demostrado por el hecho de que la comparación de datos del mundo antiguo y el moderno indica una cifra entre veinticinco y veintinueve años como estimación aceptable para una generación.[26] Si adoptamos estos parámetros, más realistas, podemos calcular la fecha de la guerra de Troya, utilizando las genealogías de Herodoto para los reyes de Esparta (20,5 generaciones de promedio), entre 1045 y 963 a.C.

Además, como señaló hace tiempo Isaac Newton, una sucesión continua de padres a hijos en las dos líneas reales espartanas durante veintiuna generaciones es, por razones biológicas, muy improbable. Newton propuso que las genealogías registradas por Herodoto y otros debieron haber sido, de hecho, listas reales. A partir de su propio análisis de las dinastías registradas llegó a una media de dieciocho a veinte años por reinado;[27] Burn, que tomó como base las monarquías inglesa y francesa, dedujo una cifra de 23,5 años.[28] Si usamos la escala de Newton y Burn tenemos una fecha para la guerra de Troya entre 931 y 819 a.C.

Así, de ser posible considerar la lista espartana como una base fiable para calcular la fecha de la guerra de Troya, la aplicación de estimaciones reales nos lleva a una fecha más baja que las de Herodoto o Eratóstenes. Burn, que tuvo esto en cuenta, intentó en 1935 rebajar la fecha a aproximadamente el 1000 a.C. Veinticinco años después se sintió obligado a desdecirse de esta ahora «pintoresca sugerencia», ya que, «gracias al continuo progreso de la arqueología», parece necesaria una fecha anterior al 1200 a.C.[29]

Burn cambió de opinión a causa de su fe en la datación arqueológica actual de la cerámica micénica. Si se hubiera dado cuenta de que la cronología egipcia en la que ésta se basaba era errónea no habría tenido que retirar su proposición original según la cual:

> la mayor parte de las fechas anteriores al período de las guerras médicas que aparecen en nuestros manuales de historia griega están equivocadas, y deberían ser «reducidas proporcionalmente» en una parte determinada de sus respectivas distancias a partir del 500 a.C.[30]

La tesis de Burn era válida en conjunto. Las altas fechas proporcionadas por los cronógrafos antiguos no suelen concordar con los sincronismos de las fuentes históricas más antiguas. Por ejemplo, hay una disparidad notoria entre la fecha olímpica citada frecuentemente por autores clásicos para Fedón (rey de Argos que según la tradición introdujo la moneda en Grecia) y la información de Herodoto. Mientras que Pausanias (VI, 22) afirma que Fedón se inmiscuyó en la administración de los octavos juegos olímpicos, es decir, en 748 a.C., Herodoto (VI, 127) lo relaciona claramente con otras figuras históricas griegas de principios del siglo VI.[31] El propio Herodoto aportó poco a la cronología histórica griega anterior a su época, ya que no utilizó las listas de arcontes ni las de las olimpíadas. En muchos casos, su punto de referencia fue la relación entre varios estados griegos (por ejemplo, Samos, Corinto, Atenas) y el duradero reino de Lidia, que dominaba la costa egea de Anatolia poblada por los griegos de Jonia, donde se encontraba la ciudad de Halicarnaso, patria de Herodoto.

Con Lidia tenemos una oportunidad única de comprobar la cronología de Herodoto ante una fuente externa fechada de forma absoluta. Herodoto estableció duraciones de reinado exactas para la dinastía lidia, que empezaba con el usurpador Giges y terminaba con el fabulosamente rico Creso, derrotado por los persas en 547 a.C. Si nos remontamos a partir de esta fecha y utilizamos las cifras de Herodoto llegamos al 714-686 a.C. para el reinado de Giges. Por suerte tenemos aquí el testimonio proporcionado por los archivos de Asurbanipal (668-627 a.C.), emperador de Asiria, que mencionan a «Guggu rey de Luddi». Ya que éstos describen la alianza de Guggu con Psamético de Egipto, que había ascendido al trono en 664 a.C., Giges debía estar con seguridad vivo en esa fecha. Además, el análisis de varios textos que se refieren a Guggu indica que su muerte, a manos de invasores cimerios procedentes del norte, tuvo que haber ocurrido poco después del 650 a.C.[32] Por lo tanto, Herodoto situó a Giges al menos veinticinco años y muy probablemente casi cuarenta años demasiado pronto, y su cronología lidia debe ser rebajada.

Aunque sería precipitado intentar reducir proporcionalmente las fechas tradicionales griegas de manera uniforme, como propuso Burn, es evidente que donde pueden ser contrastadas resultan exageradas.[33] Una forma en que tales errores se deslizaron en los cálculos para acontecimientos como la guerra de Troya fue la sobreestimación de la duración de una generación. Asimismo, las líneas dinásticas debieron haber sido interpretadas erróneamente como genealogías, de acuerdo con la tendencia general a exagerar la duración y pureza del propio linaje que hemos observado en todo el mundo antiguo (véase el capítulo 12). Una combinación de estos factores sitúa la época de los Héroes (equivalente en la tradición a la edad del bronce final) demasiado pronto en el tiempo. Una vez fijadas las fechas altas, todo lo demás fue elaborado con el fin de que se ajustara al esquema.

Entre los romanos hay un ejemplo flagrante del modo en que la cronología podía manipularse para que coincidiera con las opiniones predominantes. Algunas de sus tradiciones primitivas sitúan la caída de Troya muy cercana en el tiempo a la fundación de Roma; en una versión Rómulo (originalmente Romo) era nieto de Eneas, el refugiado troyano.[34] Cuando se comparó este esquema con el sistema canónico griego surgió un problema:

> Los griegos que investigaron sobre cronología, especialmente Timeo y Eratóstenes de Cirene ... hicieron que los romanos fueran conscientes de que sus mitos eran aún demasiado inconsistentes. Ya que, una vez establecido que la guerra de Troya había tenido lugar —que Eneas y Ascanio habían existido— en una fecha no lejana al 1100 a.C., y que Roma no había sido fundada hasta trescientos años después, quedaba por consiguiente un profundo vacío por llenar. De modo que los mitógrafos lo llenaron a su debido tiempo con una lista de los reyes de Alba Longa. Unas cuantas tradiciones sobre este tema se remontan a épocas tempranas. Pero la lista real, tal como la conocemos, fue redactada por historiadores de los siglos tercero, segundo y primero a.C.: o más particularmente por Catón, cuyos intereses en estos pueblos le llevaron a intentar un relato circunstancial.[35]

Es difícil decir hasta qué punto una completa invención desempeñó un papel en el desarrollo de otros esquemas cronológicos detallados de la historia griega. Pero el ejemplo romano ilustra claramente cómo el sistema antiguo, una vez puesto en marcha, adquirió su propia velocidad y pudo ir reuniendo más «datos» para apoyarla a medida que transcurría el tiempo.

Apéndice 3

LAS «TABLILLAS DE VENUS» DE AMMIZADUGA Y LA DATACIÓN DE LA DINASTÍA I DE BABILONIA

Uno de los debates más prolongados en el campo de la cronología antigua concierne a la datación de la dinastía I de Babilonia, que gobernó el sur de Mesopotamia antes de la llegada de los kassitas. La dinastía alcanzó su máximo esplendor con Hammurabi, más famoso por su reforma y codificación de las leyes babilónicas. Fue muy venerado por los reyes babilonios posteriores, entre ellos Nabónides, del siglo VI, quien en una inscripción declara que Hammurabi había reinado 700 años antes del monarca kassita Burnaburiash (véase el capítulo 11). Entre la correspondencia de El-Amarna, en Egipto, fechada según la cronología clásica en el siglo XIV a.C., aparecieron cartas de Burnaburiash. Si tenemos en cuenta la cifra de Nabónides, Hammurabi habría reinado antes del 2000 a.C., fecha aceptada por los historiadores de principios de este siglo. Habida cuenta del significado incierto de las listas reales de Babilonia,[1] no existía otro modo de determinar la edad de la dinastía I, un paso esencial en la datación de todos los períodos primitivos de la historia y la prehistoria de Mesopotamia.

Entonces, en 1912 se propuso un nuevo método para fechar la primera dinastía. El gran astrónomo jesuita Franz Xaver Kugler descubrió una referencia al año 8 del rey Ammizaduga, penúltimo monarca de la dinastía I, en ciertas tablillas fragmentadas que registraban la aparición y desaparición de un cuerpo celeste llamado «Ninsianna». Puesto que este era uno de los títulos de la gran diosa Ishtar, que se manifestaba en el planeta Venus, Kugler supuso que este era el sujeto de las observaciones. Calculando los movimientos de Venus en el pasado, llegó a las fechas alternativas de 2041, 1977 y 1857 a.C. para el primer año de Ammizaduga, dentro del marco temporal que entonces se consideraba históricamente posible. Por motivos astronómicos prefirió la de 1977 a.C. Como la cronología interna de la dinastía I está bien establecida, esto sitúa a Hammurabi entre 2124 y 2081 a.C.[2] Así, los resultados obtenidos por Kugler coincidían bastante bien con la cifra dada por Nabónides.[3]

Si la dinastía I podía ser fechada con seguridad empleando métodos astronómicos —como esperaba Kugler—, ello suponía una clave inestimable para la datación de su sucesora, la dinastía kassita, y a partir de ahí para la cronología general de Mesopotamia en el segundo y primer milenios. También establecía un hito en la cronología de la Anatolia antigua, ya que se pensaba que la dinastía I había desaparecido cuando el

rey hitita Mursil I marchó hacia el sur y saqueó Babilonia, dejando que los kassitas se aprovecharan del consiguiente vacío político.[4]

Por desgracia, las «Tablillas de Venus» no han dado jamás la respuesta clara que habían prometido. La elección entre las distintas fechas astronómicas posibles ha resultado complicada por una serie de factores. En primer lugar, por el descubrimiento, gracias a un texto encontrado en Mari, al norte de Irak, de que Hammurabi fue contemporáneo de Shamshiadad I de Asiria.[5] Con la publicación de la Lista Real asiria de Jorsabad[6] quedó claro que, salvo si se suponían grandes lapsos en la lista, Shamshiadad no podía haber reinado en el tercer milenio a.C., sino que era más probable que hubiese vivido después del siglo XVIII a.C. El marco histórico plausible para Hammurabi fue reducido, por consiguiente, en tres siglos, y se hicieron nuevos cálculos a partir de las «tablillas de Venus». Como candidatas al año 1 de Ammizaduga se propusieron las fechas siguientes: 1702, 1646/1638 y 1582 a.C.[7]

Estas fechas constituyeron el centro de continuas discusiones en torno a si debería adoptarse para Hammurabi y la dinastía I una cronología «alta», «media» o «baja». Diversos sincronismos arqueológicos con las culturas de la edad del bronce medio del Mediterráneo oriental indican que las ramificaciones del problema se extienden más allá de Irak, y que están implicadas también las inciertas cronologías de Anatolia, Siria, Palestina, Chipre y Creta. Los lazos indirectos con la dinastía XII de Egipto establecidos a través del yacimiento clave de Alalakh, al norte de Siria, tendían a excluir la cronología alta en favor de una solución media, tesis propuesta por Sidney Smith y aceptada por Albright, que en principio era partidario de la cronología alta y acabó siendo un defensor de la baja.[8] Smith confiaba tanto en su cronología media para la dinastía I que desde el principio proclamó con orgullo que ésta confirmaba las fechas exactas para la dinastía XII egipcia dadas por la cronología sotíaca.[9]

Pero hasta el momento, la polémica sigue sin resolverse. En agosto de 1987 se celebró en Gotemburgo, Suecia, un importante congreso con el objeto de discutir la cuestión, pero hubo poco acuerdo entre los numerosos participantes.[10] Quizás el hecho más notable fue que casi todos los arqueólogos presentes, procedentes de campos muy variados, seguían dispuestos a limitar el marco de sus investigaciones a las posibilidades tradicionales de «alta», «media» o «baja» supuestamente permitidas por las «tablillas de Venus». Sólo la especialista en la notoriamente compleja estratigrafía de Alalakh, Marie-Henriette Gates, se mostró dispuesta a desestimar el valor de la datación astronómica de la dinastía I.[11] En este mismo congreso, el matemático Peter Huber, actualmente la mayor autoridad en la interpretación astronómica de las tablillas, admitió con franqueza que:

> Los datos de la Tablilla de Venus son de muy poca calidad. De hecho, son los peores datos que he visto en estadística. Si tenemos en cuenta el número de discrepancias entre textos duplicados y las incoherencias externas entre fechas de desaparición y aparición del planeta y las duraciones de invisibilidad establecidas, hay que pensar que del 20 al 40 por 100 de las fechas registradas en el texto están totalmente equivocadas.[12]

Sin embargo, y de manera bastante asombrosa, Huber procedió a filtrar las observaciones que consideraba fiables y a «extraer de los datos de Venus la información objetiva negativa, utilizando los planteamientos estadísticos». Así, por ejemplo, tras haber purgado los textos de «la última y corrupta» sección, Huber decidió que la cronología baja podía ser rechazada del todo. La cronología media resultaba improbable por razones similares, lo que dejaba como cifra favorita la fecha alta de 1702 a.C. para el año 1 de Ammizaduga.[13]

El problema que plantea el enfoque de Huber es que la mayor parte de las «incoherencias» y «discrepancias» que ve proceden del hecho de que muchas de las observaciones no parecen ajustarse al comportamiento observado del planeta Venus tal como se conoce en la actualidad. Otro científico, John Weir, elaboró una tesis muy distinta; su investigación se basó en considerar como fiable el conjunto de datos. Su idea era que las observaciones se habían llevado a cabo al norte de Babilonia, lo que se ajustaba mejor a los datos. También tuvo en cuenta las malas condiciones atmosféricas, que pudieron haber interferido en las observaciones celestes normales; pensó que la invisibilidad de Venus, anormalmente duradera, registrada en el año 12 tuvo que haberse debido a las nubes de polvo originadas por la erupción volcánica de Tera, en el Egeo (ocurrida entre principios y mediados del segundo milenio a.C.).[14] Además, lejos de rechazar un gran porcentaje de los datos, Weir observó que éstos describían una órbita planetaria verosímil, aunque no era la actualmente calculada para Venus en ese momento: «parece que desde la época de Ammizaduga ha tenido lugar alguna modificación en el trazado de la órbita de Venus». Para explicar esto supuso que un gran cuerpo había atravesado el sistema solar, y había perturbado temporalmente las órbitas de Venus, la Luna y la Tierra.[15] Al analizar la extraordinaria solución de Weir, Huber señaló que era «altamente improbable, pero que no debía ser excluida».[16] Lo que al parecer se le escapó al propio Weir es que si la órbita de Venus había cambiado realmente tal como él ha supuesto, todos los cálculos retroactivos en los que basó su trabajo deben ser desechados: aunque se decidió por la cronología media de Smith, la base queda invalidada por sus propias sugerencias.[17]

En cualquier caso, la teoría de Weir supone un contraste instructivo con interpretaciones clásicas como la de Huber, que admite tener que rechazar hasta el 40 por 100 de los datos de las tablillas con objeto de extraer una órbita venusina normal. Teniendo esto en cuenta, así como el hecho de que una interpretación más literal de los datos puede ofrecer una órbita verosímil, nos preguntamos si el cuerpo observado era realmente, después de todo, el planeta Venus. Los estudios de los astrónomos británicos Victor Clube y Bill Napier sobre las órbitas de oleadas de meteoros y asteroides han demostrado que hubo cometas importantes en el sistema solar en la época de la edad del bronce que desde entonces se han ido desintegrando.[18] ¿Pudo Ninsianna haber sido un cometa de este tipo? Weir ha admitido recientemente esta posibilidad.[19]

Tan exasperantes resultan los problemas inherentes a la interpretación de las tablillas que algunos han rechazado del todo su valor cronológico. Otto Neugebauer, el gran historiador de la ciencia antigua de comienzos de siglo, expresó el mayor escepticismo; su ejemplo fue seguido después por el propio Sidney Smith, quien, como señaló Gates, declaró en el Encuentro Asiriológico de 1950 que las observaciones de Venus eran una «combinación artificial». Reiner y Pingree, que publicaron un análisis de todos los fragmentos disponibles de las Tablillas de Venus, llegaron a la conclusión de que «este texto sufrió un considerable proceso de expansión y corrupción antes de ser escrito en las tablillas que conocemos»,[20] que plantea serias dudas acerca de si todos los datos, o algunos, corresponden realmente al reinado de Ammizaduga. Hay que recordar que ninguna de las copias existentes de este texto —utilizado para controlar las fechas de la dinastía I de Babilonia— es en realidad anterior al siglo VII a.C. Recurriendo a estas críticas, Gates proclamó, más bien de forma optimista, que las fechas altas, medias y bajas son «reconocidas ahora como no válidas», afirmación lamentablemente contradicha por el tema del congreso de 1987 en el que participó. Tal como ha señalado: «ciertas ideas tardan en morir, y es difícil renunciar a un esquema tan conveniente como el de estas apariciones de Venus una vez que, justa o injustamente, ha sido adoptado».[21]

Finalmente, hay un problema esencial, relativo a las interpretaciones clásicas de las

Tablillas. Aun si admitimos los supuestos de que se refieren a Venus, esto es, que su órbita no se ha alterado de forma significativa, que está permitido «masajear» los datos y que una parte del material fue transmitida correctamente desde el reinado de Ammizaduga a lo largo de varios cientos de años, el marco de la investigación astronómica ha estado siempre restringido a lo que se ha considerado una escala históricamente plausible. Este planteamiento comenzó con Kugler, que en un principio limitó sus cálculos a un período de tiempo excesivamente temprano, como ahora se ha demostrado concluyentemente. Rowton, en su capítulo definitivo sobre cronología del Próximo Oriente en la *Cambridge Ancient History*, escribía que «una fecha posterior a 1500 a.C. para el final de Babilonia I es imposible», ya que según la reconstrucción actual la primera dinastía kassita que gobernó en Babilonia lo hizo diez reinados antes del Burnaburiash del período de El-Amarna. Rowton lanzó al aire esta cifra y jugó con ella, así como con las posibles fechas astronómicas y otras claves de las cronologías tradicionales de la arqueología hitita y siria y con la interpretación clásica de la lista real asiria,[22] en última instancia dependientes hasta cierto punto de la cronología egipcia aceptada. La destreza que Rowton demuestra en estos juegos malabares a cinco bolas es impresionante, pero sirve sólo para subrayar que nunca se ha permitido que las «Tablillas de Venus» actuaran por sí mismas, en el sentido de que no han sido utilizadas para proporcionar una datación astronómica auténticamente objetiva o independiente.

Con la reducción de las fechas para la dinastía XVIII, y al mismo tiempo para las cartas de El-Amarna, en unos 250 años, que se propone en este libro, los parámetros de Rowton resultan considerablemente amplios. Debe tenerse en cuenta que el análisis estadístico de Huber, aunque prefería la fecha de 1702 a.C. como la más apropiada para el Año I de Ammizaduga, admitía que la de 1518 a.C. era «igualmente buena» y proporcionaba «una solución astronómicamente plausible».[23] Siguiendo este planteamiento llegamos a una cronología «ultrabaja»: las fechas de Hammurabi serían 1627-1584 a.C., en oposición a las de 1792-1750 de la cronología media, que es la favorita actual, y el saqueo de Babilonia por los hititas habría tenido lugar en 1466 y no en 1595 a.C. Sin embargo, no debemos conceder demasiada importancia a esta posibilidad, dados los grandes problemas que afectan a la interpretación de estos textos.

Es evidente que aún no se ha dicho la última palabra sobre las llamadas Tablillas de Venus. En el momento actual, todo lo que se puede decir es que no hay pruebas astronómicas de la fecha de la dinastía I de Babilonia —ya sea alta, media o baja—, y que las tablillas no suponen un obstáculo serio a la disminución a gran escala de la historia babilónica que proponemos. Tampoco, como a veces se ha imaginado, pueden ser consideradas en modo alguno como un apoyo indirecto a la cronología de base sotíaca aceptada para Egipto.

Apéndice 4

SINCRONISMOS ENTRE EGIPTO, MESOPOTAMIA Y LOS HITITAS DURANTE EL BRONCE FINAL

El esquema de los sincronismos entre Egipto y Mesopotamia que según se supone generalmente apoya la cronología clásica fue discutido brevemente en el capítulo 12; aquí es estudiado con más detalle.

1. Asiria y Egipto (siglo xiv a.C.)

El único sincronismo entre reyes de Egipto y Asiria conocidos durante el bronce final figura en dos cartas de la colección de El-Amarna (EA 15, 16). Fueron escritas por Asurubalit, rey de Asiria,[1] y una de ellas (EA 16) está dirigida al faraón *Naphuria*, versión cuneiforme de Neferjeprure, nombre propio de Ajenatón. Se ha supuesto que su autor es el Asurubalit conocido por la Lista Real asiria y situado por su cronología en el siglo xiv a.C.[2] Aunque universalmente aceptada, esta identificación no carece de problemas. En EA 16, Asurubalit menciona que su padre Asur-nadin-ahhe mantenía correspondencia con Egipto, pero tanto la Lista Real como los monumentos coinciden en describir a Asurubalit como hijo de Eriba-Adad. En su introducción a la epigrafía de Asurubalit I, Luckenbill planteó una posible explicación:

> La palabra «padre» debe tener aquí el significado de «antepasado», como sucede a menudo en los textos asirios, pero ni siquiera así desaparecen nuestras dificultades. En los textos promulgados bajo Asurubalit no se incluye a Asur-nâdin-ahê entre sus antepasados, aunque lleva su linaje seis generaciones atrás.[3]

Si bien la carta de El-Amarna debe reflejar alguna otra relación (por ejemplo, la adoptiva) distinta a una filiación directa entre Asurubalit I y un Asur-nadin-ahhe, esto es simplemente una hipótesis, y no se descarta la posibilidad de que el corresponsal de El-Amarna *no* fuera el Asurubalit hijo de Eriba-Adad conocido por los documentos, sino otro monarca hasta ahora desconocido. Por lo tanto, el muy proclamado sincronismo entre Ajenatón y Asurubalit I, eje principal entre las cronologías de la edad del bronce final de Egipto y Asiria, tiene un fallo y debe manejarse con cuidado.

2. ASIRIA Y HATTI (SIGLO XIII A.C.)

Si consideramos los vínculos existentes entre los imperios asirio e hitita durante el siglo XIII a.C., éstos se basan fundamentalmente en la correspondencia real hallada en Boghazköy, ya que ni los reyes hititas ni los asirios mencionan a sus colegas en sus anales a excepción de la referencia problemática a Ini-Teshub de Carkemish por Tiglatpileser I (véase el cuadro 6.2 y también el capítulo 12).

Un problema importante que surge al atribuir a un individuo determinado el nombre encontrado en esta correspondencia es que la nomenclatura real hitita y asiria era muy repetitiva. Por ejemplo, la Lista Real asiria cita cinco reyes llamados Salmanasar en el período entre los siglos XIII y VIII a.C. Algunas de las cartas de Boghazköy no incluyen los nombres de su autor o su destinatario, y han sido asignadas a reyes concretos por conjeturas; sólo aquellas que contienen al menos un nombre merecen una mayor consideración:

a) KBo I 20 menciona a un rey Adadnirari, aunque no se alude a Asiria.[4] Se ha atribuido la carta a Hattusil III, pero es sólo una deducción basada en las fechas actualmente aceptadas para Adadnirari I. Poco puede decirse a partir de los datos de esta carta, salvo que había un rey Adadnirari que reinaba en Asiria (?) durante el período imperial hitita.

b) KUB XXIII 102 es la respuesta de un rey hitita al asirio, ninguno de ellos mencionado por su nombre. Rowton considera que «la referencia a Wasasatta identifica al destinatario como Adad-nerari I», ya que los anales de este soberano narran su victoria sobre un Wasasatta, rey de Hanigalbat (Mitanni).[5] Sin embargo, el nombre (Wasa-) sobre el que se basa Rowton está incompleto, y fue descartado por Gelb en su compendio de la historia de Mitanni: «la referencia a Wasa[satta] en una carta hitita ... es demasiado dudosa para ser utilizada».[6]

c) KUB XXIII 88 está dirigida al parecer a un rey de Hatti (aparece la expresión «Mi Hermano», usada entre los Grandes Reyes), pero el nombre se ha perdido. Debe ser de un rey Salmanasar (*Sul-ma-nu-a-sa-ri-id*), pero el nombre ha sido muy restaurado y sólo se conservan los caracteres *a-sa-ri-[i]d*.[7] Se ha supuesto que la carta fue dirigida a Hattusili III, pero se trata otra vez de una deducción basada en las fechas aceptadas para Salmanasar I. Todo lo que esta carta nos dice es que debió haber un Salmanasar gobernando en Asiria durante la época de la correspondencia de Boghazköy.

d) KUB XXIII 99 ha sido utilizada para vincular a Salmanasar I con Tudaliya IV. Sin embargo, aunque la carta fue escrita por un rey Tudaliya, la lectura del nombre del destinatario como Salmanasar es muy confusa. Tampoco es absolutamente seguro que la carta estuviera dirigida a un asirio.[8]

e) RS 34.165 (encontrada en Ras Shamra/Ugarit) fue enviada según parece al rey de Ugarit (de nombre desconocido) por un monarca asirio. El cuerpo del texto hace referencia a un Tuduliya (*sic*), rey de Hatti, mientras que el comienzo conserva el último elemento de un nombre que pudo ser restaurado como Salmanasar. El editor del texto no estaba seguro de si el remitente era Salmanasar I o si la carta se refería a él como el padre de Tukultininurta I.[9] De nuevo, este dato fragmentario no puede ofrecer un sincronismo válido.

f) KUB III 74 proporciona el mejor sincronismo que puede extraerse de la correspondencia hitita-asiria. Fue enviada por un rey Tudaliya a un rey Tukultininurta,[10] un monarca asirio si la combinamos con el testimonio de la carta (*g*).

g) KUB XXVI 70 fue escrita por un corresponsal anónimo a un Tukultininurta no mencionado como rey, pero que generalmente se ha supuesto el mismo Tukultininurta receptor de la carta (*f*); se refiere al «rey de Asiria, tu padre», al que Uri-Teshub (un

rey hitita anterior) había escrito.[11] La carta debe proceder de uno de los cuatro reyes que sucedieron a Uri-Teshub antes del fin del imperio hitita; Tudaliya es uno de los candidatos. Considerada conjuntamente con la evidencia de las cartas (*f*) y (*g*) proporcionaría un sincronismo entre un rey asirio llamado Tukultininurta y el rey hitita Tudaliya IV.

3. Babilonia, Hatti y Egipto (siglos xv a xiii a.C.)

La mayor parte de los sincronismos entre Egipto y Mesopotamia conciernen a los reyes kassitas de Babilonia. La correspondencia de El-Amarna (EA 1-11, 14) nombra cuatro reyes kassitas: Karaindash, Kurigalzu, Kadashman-Enlil y Burnaburiash. A excepción del primero, al que se menciona como un antepasado que tuvo contactos con Egipto, los demás monarcas son contemporáneos de los corresponsales egipcios Amenofis III, Ajenatón y Tutankhamón, tradicionalmente fechados en el siglo xiv a.C. Pocas generaciones más tarde, el rey hitita Hattusili III, coetáneo indiscutible del faraón Ramsés II, escribió a Kadashman-Enlil, rey de Babilonia, la carta (KBo I 10) que demuestra que Hattusil mantuvo también relación epistolar con Kadashman-Turgu, padre de Kadashman-Enlil.[12]

Sin embargo, la existencia de estos sincronismos no ofrece ningún apoyo a la cronología egipcia clásica, ya que la datación de los cinco reyes kassitas depende fundamentalmente de datos egipcios e hititas. Ninguno de los reyes en cuestión es mencionado en una fuente asiria contemporánea. Tampoco aparecen en ninguna lista real los nombres de la serie de reyes kassitas de los «siglos xiv a xiii». La fuente más importante, la Lista Real A de Babilonia, enumera los seis primeros reyes kassitas hasta llegar a un Tazzigurumash (anverso I), punto en el que la tablilla está rota. Tras varias líneas perdidas y dañadas se dan los años de reinado de tres reyes, pero sus nombres se han perdido (anverso II). Después (línea 4) aparece el nombre «Ka-dash(?)[...]» (años de reinado perdidos), seguido de Kudur-Enlil (restaurado), Shagarakti y Kashtil.[13] Dado que los reyes Shagarakti-Shuriash y Kashtiliash son conocidos por otras fuentes como contemporáneos de Tukultininurta I de Asiria (1243-1207 a.C., según la tradición),[14] se cree que el nombre cortado «Ka-dash(?)[...]» equivale al Kadashman-Enlil (II) corresponsal de Hattusili III. No obstante, no es más que una suposición, ya que podría tratarse de otros nombres reales kassitas.[15]

Otro documento que aporta información sobre este período es la compilación tardía conocida como *Lista Real Sincrónica*, que ordena en columnas paralelas a monarcas contemporáneos de Asiria y Babilonia.[16] La columna I termina con el nombre de Ulamburiash, un monarca kassita primitivo generalmente fechado en torno al 1500 a.C. No se han conservado nombres de los siglos «xv» o «xiv», mientras que la columna II comienza, tras un vacío de una sola línea (!), con los nombres de Tukultininurta de Asiria y Kashtiliash de Babilonia (este último restaurado a partir de otros documentos).

Por tanto, la datación de los reyes kassitas de los siglos xiv y xiii conocidos gracias a las correspondencias de El-Amarna y Boghazköy no depende de los datos de las listas reales babilónicas. Como afirmara Brinkman tajantemente: «esta parte de la dinastía no se conserva en ninguna de las listas reales».[17]

Además de las listas reales, las crónicas constituyen la fuente más valiosa de información dinástica para Babilonia. Dos de ellas cubren los períodos pertinentes: la llamada *Historia Sincrónica* y su versión paralela la *Crónica P*.[18] Los corresponsales de Hattusili III (Kadashman-Turgu y Kadashman-Enlil) no aparecen en estos textos. Con respecto al grupo anterior de El-Amarna, no hay referencias a un Kadashman-Enlil o a un Kurigalzu que se ajusten a la cronología aceptada. En la *Historia Sincrónica* hay una men-

ción a un Burnaburiash en un contexto que describe las relaciones entre Asurubalit y los kassitas; no obstante, la versión de la *Crónica P* implica que no era un contemporáneo, sino un antecesor de los acontecimientos narrados.[19] De los nombres de El-Amarna queda Karaindash, a quien Kadashman-Enlil, en una carta dirigida a Amenofis III (EA 10, 8-10), se refiere a él como un antepasado. Dado que la *Historia Sincrónica* sitúa a Karaindash al lado del asirio Asur-bel-nisheshu (1417-1409 a.C. según la datación clásica),[20] ello coincide con el testimonio de El-Amarna. Aun así, como la referencia a Karaindash en la carta es retrospectiva y no hay información sobre sus contemporáneos egipcios, el sincronismo es demasiado vago para tener un valor significativo.

En conclusión, cualquier intento de confirmar la cronología tradicional del Imperio Nuevo egipcio mediante la referencia a Babilonia daría lugar a un peligroso razonamiento circular, ya que la datación absoluta de los reyes kassitas en cuestión depende en última instancia de los sincronismos con Egipto. La historia y la cronología babilónicas durante este período no están todavía fijadas. Por ejemplo, el testimonio de un texto legal kassita publicado recientemente parece cambiar la secuencia clásica de los reyes del «siglo XIII» (entre ellos Kadashman-Turgu y Kadashman-Enlil), que antes se suponía establecida sobre bases firmes. Como ha concluido Brinkman: «no hemos visto la última revisión o reevaluación de la cronología media babilónica».[21] En efecto, los datos permitirían con seguridad una importante reconstrucción de la historia kassita de Babilonia en línea con la reducción de la cronología asiria que hemos propuesto aquí.



ABREVIATURAS

AAA	*Annals of Archaeology and Anthropology*
AJA	*American Journal of Archaeology*
ANEP	J. B. Pritchard, ed., *The Ancient Near East in Pictures*, Princeton University Press, 1954
ANET	J. B. Pritchard, ed., *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, Princeton University Press (3.ª ed. con suplemento), 1969
AnSt	*Anatolian Studies*
ARAB	D. D. Luckenbill, *Ancient Records of Assyria and Babylonia*, vols. I y II, University of Chicago Press, 1926 y 1927
AR	*Archaeological Reports*
BA	*Biblical Archaeologist*
BAR	*Biblical Archaeology Review*
BAR Int. Ser.	British Archaeological Reports, International Series
BASOR	*Bulletin of the American Schools of Oriental Research*
BAT	*Proceedings of the International Congress on Biblical Archaeology, Jerusalem April 1984*, Jerusalem, Israel Exploration Society, 1985
BCH	*Bulletin de Correspondance Hellénique*
BSA	*Annual of the British School at Athens*
CAH	*The Cambridge Ancient History*, Cambridge University Press (se citan las ediciones actuales, salvo que se indique lo contrario)
EAEHL	M. Avi-Yonah y E. Stern, eds., *Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, Oxford University Press, 1975-1978
FGrHist	F. Jacoby, ed., *Die Fragmente der Griechischen Historiker*
IEJ	*Israel Exploration Journal*
JARCE	*Journal of the American Research Center in Egypt*
JEA	*Journal of Egyptian Archaeology*
JFA	*Journal of Field Archaeology*
JHS	*Journal of Hellenic Studies*
JNES	*Journal of Near Eastern Studies*
OJA	*Oxford Journal of Archaeology*
PEQ	*Palestine Excavation Quarterly*
PPS	*Proceedings of the Prehistoric Society*
RDAC	*Report of the Department of Antiquities, Cyprus*
SAC	*Studies in Ancient Chronology*
SIMA	Studies in Mediterranean Archaeology

NOTAS

1. *Evolución de la cronología del mundo antiguo* (pp. 25-47)

1. Atkinson (1952), pp. 236-237.
2. Piggott (1938); para la cultura de Wessex y sus supuestas conexiones con Micenas, véase Thorpe (1990).
3. Atkinson (1952), p. 237.
4. Atkinson (1956), p. 165.
5. Pitts (1982), pp. 128-129.
6. Atkinson (1969).
7. Harding (1984), p. 264.
8. Piggott (1965), p. 73.
9. Renfrew (1973), capitulo 9.
10. Redford (1987), p. 27.
11. Freud (1939).
12. Wheeler (1954), p. 24.
13. Ussher (1650).
14. White (1896), p. 253.
15. Grafton (1975).
16. Grafton (1975), pp. 176-177.
17. Newton (1728), p. 187.
18. Manuel (1963).
19. Hoare (1812), p. 7.
20. Cunnington (1974), p. 30.
21. Gräslund (1987), p. 3.
22. Thomsen (1848).
23. Daniel (1975), p. 28.
24. Véase, por ejemplo, Morgan (1877).
25. Briggs (1988), p. 351.
26. Montelius (1885).
27. Véase la biografía definitiva: Drower (1985), capítulo II.
28. Véase el debate en el capítulo 10.
29. Ya en 1648 Gravius Bainbridge estudió la idea de un ciclo sotíaco. Nicolas Fréret fue el primer astrónomo que calculó, en 1758, la salida helíaca de Sirio el primer día de Año Nuevo de 1322 a.C. En los años que siguieron al desciframiento de los jeroglíficos en 1822 hubo varias tentativas, sobre todo por parte del astrónomo Jean-Baptiste Biot, de relacionar el ciclo sotíaco con los monumentos. Sin embargo, hasta el siglo XX hubo distintas opiniones entre los egiptólogos con respecto al significado de los datos astronómicos: por ejemplo (véase Torr, 1986, IX), las fechas para el comienzo de la dinastía XVIII oscilaban entre el 1703 a.C. (Mariette) y el 1591 a.C. (Lepsius).
30. Meyer (1904); Petrie (1896), pp. 29-34. Un problema importante era si sólo había transcurrido un ciclo sotíaco entre las dinastías XII y XVIII. Petrie afirmó que hubo un segundo ciclo, situando así el Imperio Medio 1.460 años antes de la fecha establecida por sus contemporáneos, idea que murió con él en 1942 (véase Drower 1985, pp. 314-315).

31. Schliemann (1875 y 1881).
32. Schliemann (1878).
33. Dohl (1986); cf. Easton (1984).
34. Véase Hall (1901), p. 6.
35. Evans (1901/1902).
36. Citado en Drower (1985), p. 149.
37. Petrie (1890), p. 271.
38. Torr (1896), p. v; un breve relato del debate Torr-Petrie, en Drower (1985), pp. 185-186.
39. Lieblein (1873).
40. Traducción de Lieblein (1914), p. 382.
41. Traducción de Lieblein (1914), p. 345.
42. Rawlinson (1881), pp. 516-517.
43. Reinecke (1902 y 1924); Montelius (1903).
44. Discurso dirigido a la Egypt Exploration Fund en el AGM de 1901, citado en Drower (1985), pp. 263-264.
45. Montelius (1899), p. 1.
46. Trigger (1980), pp. 158, 170.
47. Childe (1958), p. 8.
48. Renfrew (1970 y 1973), capítulo 5.
49. Hollstein (1980); Pilcher *al.* (1984). Hay significativos lapsos anteriores en la secuencia de anillos en la sección de la edad del bronce final, mientras que el número de objetos datados por este sistema procedentes de yacimientos arqueológicos desciende radicalmente a medida que nos remontamos más allá del siglo VI a.C.
50. Müller-Karpe (1959a).
51. Sandars (1971), pp. 10-12.
52. Harding (1984), p. 159.
53. La mayor parte de la evidencia procede de tesorillos de objetos de bronce entre los que se cuentan los de estilo micénico (Branigan, 1972). Por ejemplo, se han hecho comparaciones entre instrumentos del rico tesorillo de Surbo, al sur de Italia, y ejemplares del HRIIIC de Grecia y Chipre, pero no son lo suficientemente precisas como para ofrecer correlaciones útiles (Harding, 1975). Además, el valor de estas identificaciones disminuye enormemente a causa de las dificultades inherentes a la utilización de un tesorillo con fines de datación, ya que puede contener material de muchas épocas distintas reunido en una fecha posterior, como se ve claramente en numerosos tesorillos de monedas. El propio Branigan (1972, pp. 283-284), en efecto, reconoce este problema.
54. Varios puñales de tipo Peschiera proceden de Grecia y han sido datados en el HRIIIB-C, pero no se ha publicado aún una buena relación sobre el tema (Peroni, 1956). De gran interés es el hallazgo de un molde para fabricar hachas de doble hoja —un tipo clásico de Peschiera— en la «casa del mercader de aceite» de Micenas (Stubbings, 1954). Su aparición es más bien un misterio, ya que no se han encontrado hachas de doble hoja en el Egeo. La casa fue construida a comienzos del HRIIIB, pero el molde está asociado con material tirado allí después de la destrucción del edificio; casi con seguridad se puede fechar a finales del HRIIIB, ya que en el nivel inmediatamente superior apareció cerámica del HRIIIC (Harding, 1984, pp. 317-318). No obstante, este molde presenta también grandes semejanzas con las hachas de la cultura de los campos de urnas de Eslovaquia, de fecha menos segura, lo que deja abierta la posibilidad de que no se trate de un producto italiano (Gimbutas, 1965, p. 114).
55. Alexander y Hopkin (1982).
56. Harding (1984), p. 138.
57. Sandars (1971), pp. 12-13, 15.
58. Harding (1980a), p. 126.
59. Harding (1983a), pp. 45-49; Bouzek (1985), p. 19.
60. Thorpe, en prensa.
61. Kristiansen (1987).

2. *Hasta las columnas de Hércules* (pp. 48-73)

1. Cumas fue fundada muy poco después justo enfrente, en tierra firme. Más al sur, y hacia el 700 a.C., diversas ciudades griegas rivales habían establecido las colonias de Síbaris, Tarento y Crotona, en el arco de la bota itálica (el golfo de Tarento), y Region y Caulonia en la punta (Graham 1982, pp. 94-113).
2. Scullard (1967), p. 246.
3. Gjerstad (1965), p. 74.
4. Peroni (1959).
5. Peroni (1960), pp. 496-497; Müller-Karpe (1959b).
6. Gierow (1966), p. 498; Hencken (1968), p. 436.
7. Gierow (1961), p. 122.
8. Sobre la problemática del material de Veyes, véase Close-Brooks (1979). J. C. Meyer (1983), en el último análisis de la evidencia romana, está absolutamente convencido de que la discusión se decanta a favor de la cronología «alta». Ha constituido un factor de confusión en este debate el hecho de que las divisiones cronológicas de Gjerstad se basaran en gran parte en la tipología general de la cerámica de cada fase (es decir, si las vasijas eran pequeñas y anchas o altas y estrechas) a la vez que en los cambios tecnológicos, mientras que Peroni prefirió tomar las diversas formas de la cerámica (si se usaban copas, jarras o cuencos) como base de la distribución en períodos de los hallazgos. Junto con el triunfo de la cronología «alta» ha habido un rechazo de la metodología de Gjerstad, claramente insatisfactoria. Es obvio que un análisis minucioso tendría en cuenta tanto el tipo como la forma, pero resulta difícil llevarlo a cabo.
9. Descoedres y Kearsley (1983), p. 53.
10. Pallottino (1979), p. 206.
11. Potter (1976); Delpino (1979), pp. 47-48.
12. Delpino (1979), p. 45.
13. Harding (1984), p. 318.
14. D. Ridgway (1988), p. 630.
15. Delpino (1979), p. 46; D. Ridgway (1988), pp. 629-630.
16. Lukesh (1984); Smith (1987).
17. Daniel y Evans (1975), p. 722; Pallottino (1961).
18. Coles y Harding (1979), p. 425.
19. Durante los trabajos de Quagliati (1900) se descubrieron una muralla y un edificio; otro fue excavado en parte y se registró la existencia de otros tres.
20. Coles y Harding (1979), p. 420.
21. Holloway (1981), pp. 88-89.
22. Holloway (1981, p. 84) incluye entre los procesos de erosión el del mar que desgastó las rocas blandas bajo el yacimiento, provocando su consiguiente hundimiento.
23. Säflund (1939); Taylour (1958), pp. 81-82, 133.
24. En Thapsos, las dispersas cabañas redondas fueron sustituidas por complejos de habitaciones rectangulares (quizás almacenes) en torno a un patio central, separados por calles pavimentadas. Holloway (1984 y 1985) proporciona una memoria actualizada de las excavaciones.
25. Brea (1966), pp. 128-129.
26. Graham (1982), pp. 94-113.
27. Isserlin y Du Plat Taylor (1974), p. 83; Tusa (1988), pp. 188-190.
28. Cerca de la costa de la ciudad griega de Selinunte apareció una estatuilla del dios fenicio Reshef (Chiappisi, 1961). Por lo general se ha fechado en los siglos XIII-XII a.C. (cf. Moscati, 1968, p. 95), pero recientemente se ha afirmado que pertenecía al siglo VIII a.C. (Falsone, 1988). El otro elemento importante del debate ha sido un grupo de jarras que tienen un filtro en el pico, posiblemente utilizadas para colar la cerveza, y que al parecer copian modelos fenicios. Sin embargo, no se ha encontrado ni un solo prototipo fenicio en Occidente o siquiera en el Egeo, por lo que ahora se cree que los ejemplares sicilianos derivan de formas micénicas (Leighton, 1981).
29. Brea (1966), p. 130.
30. Brea (1966), p. 143-144.
31. Harding (1984), p. 270.

32. Brea (1966), pp. 143-156, contiene una buena relación de la sucesión cultural general.
33. Holloway (1984), p. 128.
34. Holloway (1981), pp. 112-113. Bietti Sestieri (1979), p. 608, y Holloway (1985), p. 389, dan cifras de población de 1.000-2.000 habitantes.
35. Holloway (1985), p. 391.
36. Tucídides, VI, p. 2.
37. Graham (1982), p. 105.
38. Brea y Cavalier (1956) y (1980).
39. Brea y Cavalier (1960).
40. Holloway (1981), pp. 72-73.
41. El yacimiento del Ausonio I contiene cerámica del HRIIIA, B y C, mientras que la de los niveles inferiores del Ausonio II corresponde al HRIIIB y C. En consecuencia, Taylour, en Brea y Cavalier (1980), p. 817, sitúa la transición en torno al 1230 a.C.
42. Brea y Cavalier (1956); las fechas de radiocarbono de 870 ± 50 b.p. (R-367), 820 ± 50 b.p. (R-367a) y 605 ± 50 b.p. (R-181), tomadas del carbón presente en contextos del Ausonio II, suponen un cierto apoyo a esta datación baja. Estas fechas, una vez calibradas, apuntan al siglo X a.C.
43. Allen (1977), p. 368.
44. El enterramiento púnico más antiguo que se conoce está en Rabat, y contiene cerámica oriental griega del 675-650 a.C. (Baldacchino y Dunbabin, 1953). En Tas Silg, que domina la bahía de Marsaxlokk, los cartagineses construyeron en el siglo VI un templo dedicado a la diosa Astarté, sobre un santuario indígena precedente con cerámica de Borġ in-Nadur (Ciasca, 1988).
45. Evans (1971), p. 226.
46. Renfrew (1972).
47. Trump (1961).
48. En el fondo del pozo había cerámica de la fase 3 de Borġ in-Nadur junto con una lucerna de principios del período púnico y un amuleto y un colgante egipcios, todo fechado en los siglos VII-VI a.C. El excavador, Ward Perkins (1942, p. 34), interpretó el yacimiento como una tumba, considerando la lucerna como un objeto ajeno dejado por algún ladrón de tumbas de la época cartaginesa. Trump (1961, p. 261), sin embargo, ha reinterpretado el pozo como una cisterna o bien un silo (ambos construcciones típicas de la cultura de Borġ in-Nadur), y acepta la evidencia estratigráfica tal como apareció.
49. Evans (1971), p. 107.
50. La única excepción es la cerámica incisa, muy rara y de corta vida, denominada a partir del asentamiento de Baħrija (Evans, 1971, pp. 227-228).
51. Coles y Harding (1979), p. 439.
52. En Monte Prama, en un nivel situado sobre una serie de enterramientos, se descubrieron los fragmentos de unas veinticinco estatuas de gran tamaño de arenisca blanca que representaban luchadores y guerreros en combate ritual, además de maquetas de fortalezas nurágicas (Tronchetti, 1986).
53. Acquaro (1988), pp. 220-222; Barnett y Mendleson, 1987; Sulcis, en una islita de la costa meridional, fue fundada también, según parece, hacia el 725 a.C., a juzgar por una copia de una vasija griega del geométrico reciente utilizada como urna funeraria en el *tophet*: Acquaro (1988), pp. 214-217; Coldstream (1977), p. 241.
54. Lilliu (1952/1954).
55. Guido (1963), pp. 20-21, 109-118; Contu, en Brea y Cavalier (1980), pp. 827-836.
56. Lilliu (1982), p. 12.
57. Ferrarese Ceruti *et al.*, 1987.
58. Cavanagh y Laxton (1985), p. 415. Las fechas para el nurágico arcaico, no calibradas, son las siguientes:

Brunku Madagui	1820 ± 250	b.p.	(Gif-243)
Barumini	1470 ± 200	b.p.	(K-151)
Pizzinu di Posada	1399 ± 50	b.p.	(n.° de lab. desconocido)
Ortu Comidu	1360 ± 50	b.p.	(P-2788)
»	1130 ± 60	b.p.	(P-2401)

»	1020 ± 50	b.p.	(P-2402)
»	960 ± 250	b.p.	(P-2399)
»	960 ± 220	b.p.	(P-2400)
Albucciu, Arzachena	1220 ± 250	b.p.	(Gif-242)
Genna Maria	970 ± 50	b.p.	(P-2403)

La mayor parte de estas fechas tienen poco o ningún valor, a causa de su gran desviación estándar, mientras que el resto (si está calibrado) indica que el nurágico arcaico continuó después del 1200 a.C.

59. El equipo rechazó la propuesta de Lilliu (1973), pp. 300-301, de que el trípode de influencia chipriota del depósito había sido fabricado en el siglo VIII a.C. Su paralelismo con un trípode del chipriota reciente III indica un *terminus post quem* entre 1230 y 1050 a.C. para el tesorillo, en tanto que la comparación de los sonajeros del tesorillo con un instrumento en miniatura de una tumba villanoviana de Vulci sugiere un *terminus post quem* entre el 850 y 775 a.C. (Macnamara *et al.*, 1984, p. 17).

60. Dos de las barcas encontradas en la «Tomba delle tre navicelle» de Vetulonia, del período orientalizante (siglo VII a.C.), son casi idénticas al ejemplar de Santa Maria; una tercera miniatura procede del santuario griego de Gravisca, del siglo VI a.C. (Macnamara *et al.*, 1984, p. 9).

61. Gras (1980), pp. 526-538; Macnamara *et al.* (1984), p. 17.

62. F. Ridgway (1986), p. 93.

63. D. Ridgway (1986), p. 174.

64. Lo Schiavo (1985), p. 19 (n. 15).

65. Dos bronces, uno procedente de una nuraga y el otro de un pozo sagrado, han sido fechados en torno al 1000 a.C. por comparación con ejemplares fenicios, no por su contexto arqueológico (Barreca, 1986, p. 131). Las inscripciones de Nora y Bosa (Cross, 1986, p. 120) deben pertenecer también a este período, pero se trata de pequeños fragmentos con unas pocas letras, y son, por tanto, de difícil datación.

66. Albright (1961), p. 346; Cross (1986), p. 120; Peckham (1972), p. 467.

67. Acquaro (1988), p. 214.

68. Taylour (1983), p. 143. En la edad del bronce antiguo, los poblados fortificados de la cultura argárica dominaban el sur de la península ibérica. Han sido fechados por los vagos contactos con la cultura de Wessex a través de cuentas de fayenza y por similitudes entre la metalurgia local y los bronces de la cultura de los túmulos de Europa central (Bronce B-C). Véase Daniel y Evans (1975), pp. 763-764.

69. Daniel y Evans (1975), p. 764.

70. Savory, en Hawkes (1974), p. 87.

71. Pons Brun (1989).

72. Harrison (1988), p. 35. Discute la gran colección de bronces atlánticos procedentes de un pecio hallado en la bahía de Huelva; se recuperaron más de 260 armas y 100 instrumentos pequeños y adornos. La carga se fecha en torno al 850 a.C. gracias a la presencia de broches encontrados en tumbas chipriotas de esa época, y en el 900 a.C. según las fechas de carbono 14. Muchas de las armas, datadas por comparación con la cultura europea de los campos de urnas, presentan, no obstante, una tipología correspondiente a *c.* 950 a.C.

73. Harrison (1988), p. 44. El yacimiento de Huelva muestra una creciente influencia fenicia: durante el siglo VIII a.C., las cabañas de madera fueron sustituidas por casas de piedra y la cerámica de fabricación local dejó paso a las vasijas fenicias hechas a torno (Jurado y Tomico, 1988). Cambios similares se aprecian en el interior.

74. Blanco y Luzón (1969).

75. Una estatuilla corresponde a Reshef, dios justiciero fenicio, fechada con frecuencia en el siglo XI a.C., y dos son figuras egipcias de los siglos VIII-VII a.C. Véase Aubet Semmler (1988), p. 228, y Ruiz Mata (1988), para una recapitulación reciente de los hallazgos de Cádiz.

76. Gil (1987).

77. Albright (1950), p. 176.

78. Aubet Semmler (1988), p. 226.

79. Shefton (1982), p. 346.

80. Albright (1950), p. 176: creía que Tartessos había sido una ciudad, idea no apoyada por la Biblia ni por los historiadores clásicos, y actualmente descartada.
81. Ponsich (1981), p. 131.
82. Tusa (1988), p. 187.
83. Herodoto, IV, p. 196 (trad. Gene, 1987).
84. Warmington (1969), p. 34; Jodin (1966).
85. Van Compernolle (1973).
86. Rakob (1984); Fantar (1988), p. 169.
87. Cintas (1970), pp. 464-465. Otro elemento en este debate es un colgante de oro de la necrópolis de Douimes, en Cartago, con la siguiente inscripción: «a Astarté, a Pigmalión, Yadamilk hijo de Padai. A quien Pigmalión salva, está salvado». El tipo de escritura utilizado ha sido fechado por algunos a finales del siglo VIII a.C., a partir de las inscripciones fenicias de Chipre (Cross, 1986, p. 117). Pero la inscripción de Douimes apareció junto a vasos protocorintios del 700-675 a.C., y es muy semejante a la escritura de este período así como a ejemplos anteriores.
88. Albright (1975), p. 524.
89. Harden (1937).
90. Culican (1959/1960), pp. 48-54; Coldstream (1977), p. 240.
91. Bikai (1978a), p. 66.
92. Cintas (1976), p. 256; Benichou-Safar (1982), pp. 321-322.
93. Moscati (1968), p. 115.
94. Fantar (1988), p. 171.
95. Miller (1971), p. 113.
96. Forrer (1953).

3. *Cuidado con los regalos de los griegos* (pp. 74-84).

1. Tylecote (1987), p. 33.
2. Renfrew (1986).
3. Para un enfoque adecuado, véase Boardman (1980), pp. 229-255. La mayor parte de las obras tienen poco o ningún interés en asociar la cerámica griega oriental importada con las de fabricación local y en proporcionar una secuencia cerámica definida.
4. Hay también hallazgos casuales que apuntan en la dirección contraria; por ejemplo, una tapa de arcilla de la fase II de Babadag recuerda mucho a una cajita del protogeométrico reciente encontrada en la tumba 37 del Cerámico de Atenas (Stoia 1989, p. 46).
5. Por ejemplo, en Pšeničevo, en Bulgaria, predominaba la cerámica estampillada, mientras que en la isla de Thasos, en el norte de Grecia, la mayor parte de los vasos tenían decoración de acanaladuras.
6. Kruszynski (1990).
7. Garašanin (1982), p. 588.
8. Čičikova (1972); Blegen *et al.* (1958), p. 179; Wardle (1980); Heurtley y Hutchinson (1925-1926); Tončeva (1980); Garašanin (1982).
9. Por ejemplo, la cerámica de los niveles superiores de Babadag recuerda a la producida en la Rumanía septentrional durante el período Hallstatt B, en los siglos X-IX a.C. (Morintz, 1964; Zaharia, 1965, p. 103). Otros han intentado utilizar los prototipos de metal para establecer conexiones entre los productos de Yugoslavia de los siglos XIII a VIII a.C. (bronce D a Hallstatt B3) y la metalurgia de Albania. Garašanin (1982), p. 591, se muestra crítico con tales comparaciones. Hawkes (1948) fue el primero en elaborar un esquema coherente para los Balcanes y la Europa central.
10. Gergova (1980); Garašanin (1982), p. 593.
11. Harding (1984), p. 132.
12. Sandars (1971), p. 22.
13. Easton (1985).
14. La estimación del equipo de Blegen es 700 a.C. (Blegen *et al.*, 1958, pp. 249-250); Coldstream (1977), p. 263, fecha la reocupación de Troya «alrededor del 750 a.C. (Troya VIII), después de haber permanecido abandonada durante cerca de 350 años».

15. D. Page (1959), p. 31.
16. Blegen *et al.* (1958), pp. 10, 147, 251.
17. Blegen (1963), p. 172.
18. Nylander (1963); Mee (1985), p. 48; Bloedlow (1988).
19. Generalmente se ha afirmado que la cerámica con protuberancias fue llevada a Troya por una invasión del pueblo de la *Buckelkeramik* (cf. Blegen, 1963, pp. 169-171).
20. Wardle (1980), pp. 262-263.
21. Blegen *et al.* (1958), p. 158.
22. Blegen *et al.* (1958), p. 250.
23. Hänsel (1976), pp. 229-236; Tončeva (1980), p. 136.
24. Harding (1983b), p. 169.
25. Según los excavadores, el material balcánico apareció junto con imitaciones de la cerámica del HRIIIC en y sobre un grueso nivel de incendio (Heurtley y Hutchinson, 1925-1926, p. 10). La siguiente ocupación contenía cerámica de finales del complejo balcánico y protogeométrica local (Heurtley, 1939, pp. 216, 233; Desborough, 1952, p. 179). Más adelante, *c.* 600 a.C., los habitantes empezaron a importar cerámica del sur de Grecia (Heurtley y Hutchinson, 1925-1926, pp. 30, 62).
26. Los estratos en los que aparecieron los hallazgos eran extremadamente gruesos, especialmente el nivel de incendio, y por tanto es fácil que hayan incorporado material de distintos períodos (Wardle, 1980), p. 262; además, el hecho de que el yacimiento esté asentado sobre terrazas hace que la afirmación de los arqueólogos de que el material encontrado a la misma profundidad en todo el lugar es necesariamente de la misma fecha, sea imposible.
27. Para la última memoria de las excavaciones de Assiros, véase Wardle (1989). La fase VII produjo cerámica del HRIIIB-HRIIIC, mientras que una copa de finales del HRIIIC local fecha el nivel de destrucción de la fase VI en torno a 1150-1100 a.C. Los tres estratos siguientes (5-3), que contienen cerámica de la edad del hierro, presentan una estratigrafía confusa.
28. Hänsel (1979). El análisis por activación de neutrones (Mommsen *et al.*, 1989) apoya claramente la idea de un cambio hacia la producción local de la cerámica fina durante el HRIIIC, pero uno de sus grupos de arcilla (GI) se empleó para cerámica de calidad a partir del HRIIIA y en la edad del hierro, de modo que pudieron continuar algunas importaciones. El análisis por activación de neutrones (AAN) es un método de análisis no destructivo utilizado para determinar la composición química de diversas sustancias. Se bombardea una muestra con neutrones, los cuales entran en interacción con los núcleos de los átomos de los elementos presentes en la muestra, formando isótopos radiactivos. Éstos se descomponen emitiendo rayos gamma, cuya energía permite la identificación y concentración de todos los elementos que componen dicha muestra.
29. Wardle (1980), p. 261.
30. Snodgrass (1971), p. 125.
31. Un tipo común, el *skyphos* decorado con semicírculos, corresponde al final del protogeométrico o es incluso posterior, y pervivió en la cercana Tesalia por lo menos hasta el siglo VIII a.C. (Desborough, 1952, p. 193; cf. Kearsley, 1989).
32. Snodgrass (1971), p. 253. Los informes preliminares sobre los sondeos realizados en Nea Anchialos, cerca de Salónica, recogen la presencia de objetos del complejo balcánico junto a cerámica geométrica, lo que indica unas fechas similares (Sakellariou, 1965).
33. Rutter (1975), p. 23.
34. Sandars (1983), p. 61.
35. Koukouli-Chrysanthaki (1981), pp. 246, 255.
36. Condurachi (1966), pp. 403-407.
37. Assiros ha proporcionado un pequeño número de fechas de carbono 14 (Burleigh *et al.*, 1982, pp. 243-244); aunque las muestras de la edad del hierro coinciden en general con la cronología tradicional basada en Grecia, «las de las primeras fases no son lo suficientemente antiguas (por 250 años o más). Todas las muestran proceden del maderamen utilizado en construcciones». Dado que las muestras de madera grandes tienden a dar resultados demasiados antiguos (véase el Apéndice 1), las fechas de la edad del bronce de Assiros son particularmente sorprendentes. Por otra parte, la serie de la edad del bronce final de Kastanas resulta unos 200 años demasiado temprana después de la calibración, de modo que Warren y Hankey (1989, p. 173) tienen que «recurrir a vie-

jas maderas de construcción para explicar las altas (tras la calibración) fechas del contexto protogeométrico del nivel 12». Estas fechas dispersas y lamentablemente incoherentes no pueden de ninguna manera utilizarse como apoyo de la cronología convencional.

4. *Los misterios de la Edad Oscura de Grecia* (pp. 85-107)

1. Hooker (1976), pp. 183-190. Para la civilización micénica en general, véase Chadwick (1976).
2. Bryce (1989).
3. Hooker (1976), pp. 152-162; debe recordarse que son pocos los yacimientos completamente nuevos del HRIIIC de la Grecia continental, y en su mayoría están situados a lo largo de la costa. Puesto que muchos de ellos son necrópolis, es imposible pensar que sustituyeron a los asentamientos del HRIIIB destruidos. Extrañamente, las necrópolis son ricas en contenido.
4. Stubbings (1975), pp. 350-358; Renfrew (1979), pp. 490-494; Carpenter (1966); Childe (1942), pp. 177-178. Para más bibliografía y discusión de las distintas teorías, véase el capítulo 13.
5. Kilian, en prensa; cf. Snodgrass (1987), p. 46.
6. Syriopoulos (1983), p. 126.
7. Desborough (1972), p. 18. Su cálculo de un descenso del 90 por 100 en la población hacia finales del HRIIIC coincide con las cifras de Syriopoulos para el período submicénico (1983), p. 15.
8. Schweitzer (1971), p. 192.
9. Coldstream (1977), p. 56.
10. Kantor (1956), pp. 169-174; Coldstream (1977), pp. 71, 130-132.
11. De Santerre y Treheux (1947/1948).
12. Kantor (1956), p. 174.
13. De Santerre (1975), p. 255.
14. De Santerre (1975), pp. 252-255.
15. Perrot (1895).
16. Barnett (1982), p. 43.
17. Mallowan (1966), p. 480.
18. Benson (1970), p. 5.
19. Benson (1970), pp. 111, 113.
20. Lorimer (1950), p. 307.
21. Snodgrass (1964), p. 159. Greenhalgh (1973), pp. 19-39, recurrió a los mismos argumentos que Snodgrass para definir los carros de los siglos VIII y VII a.C. Consideró que la distancia cronológica con respecto al período micénico descartaba toda idea de continuidad. Rechazó un fragmento de un vaso del HRIII que mostraba parte de un carro «egipcio» basándose en que su reconstrucción no era segura. En general, opinaba que la forma de los carros del HRIII no se repetían en el arte geométrico.
22. Snodgrass (1964), p. 160. Sin embargo, siguió la clasificación habitual en tipo «heládico» y tipo «egipcio» (1964), p. 163. En su opinión, el tipo «heládico» es el más frecuente en las representaciones del tardogeométrico. Podemos inferir que esta es la forma que, según él, se inspiró en la poesía épica. A finales del siglo VIII a.C., en la última parte del período geométrico, apareció junto a él el tipo «egipcio». Snodgrass lo identificó como el carro utilizado en las competiciones del siglo VII a.C., ya que la forma predominante de la época es conocida por los exvotos dedicados en Olimpia. Es probable que derive de prototipos del Próximo Oriente (Crouwel, 1981, pp. 72-73).
23. Crouwel (1981), pp. 72-74. En oposición a Snodgrass, Crouwel se inclina a pensar que el tipo «egipcio» fue más común durante el geométrico final, mientras que el «heládico» predominó sólo en el siglo VII a.C. Ambos tipos pueden responder a una continuidad local.
24. Theocharis (1960a), p. 60, fig. 73a.
25. Snodgrass (1964), pp. 58-59.
26. Greenhalgh (1973), pp. 64-70.
27. Higgins (1957), pp. 32-33.
28. Snodgrass (1964), p. 59. El escudo beocio ha sido identificado de diferente manera por Snodgrass y Greenhalgh. Pudiera ser que los ejemplares beocios ilustrados por Snodgrass (1971), p. 60, láminas 15a-b, fueran escudos del Dípylon de perfil, como cree Greenhalgh (1973), p. 70,

fig. 43. Si así fuese, ello reforzaría aún más la idea de que hubo una considerable influencia de la edad del bronce final. Según Greenhalgh, el tipo beocio es una derivación tardía del del Dípylon, y posiblemente se trata de un romanticismo arcaizante.

29. Schweitzer (1971), p. 164.
30. Snodgrass (1971), pp. 281-282.
31. Schweitzer (1971), p. 169.
32. H. W. y E. Catling, en Popham y Sackett (1980), pp. 93-95.
33. Snodgrass (1971), p. 284.
34. Snodgrass (1971), pp. 237-239, 284, 399.
35. H. W. y E. Catling, en Popham y Sackett (1980), p. 96.
36. Catling (1964), p. 215; los once modelos en barro de trípodes procedentes de Grecia enumerados por Catling oscilan entre finales del siglo X y finales del VIII a.C.
37. Catling (1964), pp. 198-199, 217, anota tres trípodes de varillas del chipriota final encontrados en tumbas cretenses, que fecha en torno al 950 a.C., aunque, según se deduce de la cerámica asociada a ellos, Schweitzer (1971), pp. 166-167, ha llegado a considerar fechas más bajas. La datación de Schweitzer es la siguiente: Vrokastro, finales del siglo IX-principios del VIII a.C.; Cnosos, siglo VIII a.C.; Fortetsa, *c.* 870-820 a.C. Otro ejemplar (véase la figura 4.5) apareció en una tumba geométrica de Atenas del siglo VIII (Catling, 1964, p. 194). Otro hallazgo, un trípode de varillas perteneciente al «tesoro de Tirinto», no puede fecharse; mientras que Schweitzer (1971), p. 165, lo atribuye por su estilo al siglo IX a.C., Catling (1964), p. 195, no ve razones para datar el conjunto de la colección con posterioridad a la edad del bronce. Los moldes de *c.* 900 a.C. hallados en Lefkandi corresponden a bandas decoradas con espirales enlazadas, que de nuevo recuerdan al diseño de trípode del chipriota final (Snodgrass, 1971, p. 285).
38. Catling (1964), p. 217.
39. Schweitzer (1971), p. 167.
40. Catling (1984), p. 91.
41. Muhly (1985), pp. 333-334.
42. Coldstream (1977), pp. 295-302.
43. Véase Jeffery (1961), p. 17, para una crítica de la teoría de los materiales perecederos.
44. Boardman (1980), p. 83.
45. Naveh (1982), pp. 175-186. Hace tiempo, Ullman (1934) intentó situar el alfabeto griego en los siglos XI o XII a.C. El problema de la escritura durante la Edad Oscura tiene en el fondo cierta relación con la datación de la épica homérica. Albright (1950), basándose en la evidencia del Próximo Oriente, afirmó que no era posible situar a Homero después de mediados del siglo X a.C., en contraste con la fecha del siglo VIII generalmente aceptada por los arqueólogos clásicos. Un aspecto crucial de la «cuestión homérica» es la preservación de fragmentos de información concreta sobre la sociedad y la cultura micénicas durante más de cuatro siglos (Hooker, 1976, pp. 7-9). La reducción de la cronología de la edad del bronce final defendida en este libro mitigaría considerablemente la dificultad de aceptar que Homero transmite reflejos originales de la civilización micénica.
46. McCarter (1974), p. 68.
47. Naveh (1982), p. 186.
48. Cross (1980), p. 17. Sin embargo, no está claro por qué una inscripción fenicia primitiva hallada en Creta habría de apoyar automáticamente la tesis de Naveh, ya que en su esquema el alfabeto griego procede directamente de la escritura «protocananea» anterior al desarrollo del alfabeto fenicio. Sznycer (1979), el primero que la publicó, fechó la inscripción de Tekke en torno al 900 a.C.
49. Catling (1976/1977), p. 12; Cross (1986), pp. 125-126.
50. Coldstream (1982), pp. 271-272.
51. Desborough (1964), p. 31.
52. Véase James *et al.* (1987), pp. 26-27.
53. Syriopoulos (1983), pp. 817-819.
54. Syriopoulos (1983), pp. 307-317.
55. Este es el caso de la casa en forma de *megaron* de Grotta, en Naxos (Kontoleon, 1951, p. 220), los lienzos de muralla de piedra y el horno de cerámica de la Corinto antigua (Weinberg, 1939, pp. 596-599), y del taller de producción de plata de Argos (Daux, 1959, p. 568). Los otros

tres yacimientos que poseen testimonios de la arquitectura submicénica son: Asine, con vestigios de una casa bajo una estructura en forma de arco del protogeométrico (Styrenius, 1973, p. 156); Atenas, con posibles restos de muralla (Anderson-Immerwahr, 1971, pp. 112, 141, 261-262), y Hagia Irini, en Ceos, cuyo santuario ha dado cerámica submicénica, aunque fue construido con seguridad en el período HRIIIB (Caskey, 1964, p. 332).

56. Drerup (1964), pp. 180-219.

57. Snodgrass (1971), p. 368.

58. Coldstream (1977), p. 303.

59. Syriopoulos (1983), p. 518; Snodgrass (1971), p. 369; Coldstream (1977), p. 303.

60. Snodgrass (1987), pp. 202-203.

61. Coldstream (1977), pp. 312-327.

62. Véase Coldstream (1977), pp. 327-332. Entre los yacimientos para los cuales se ha defendido la continuidad del culto figuran Epidauro, con el culto de Apolo Maleatas, Amicleas con el de Jacinto, Delos con el de Artemisa, Ceos con el de Dionisio y Samos con el de Hera.

63. Coldstream (1977), p. 317.

64. Rutter (1978).

65. Mountjoy (1988), pp. 3-4. El descubrimiento más reciente de cerámica submicénica en un estrato situado sobre el HRIIIC y debajo del protogeométrico procede del yacimiento de Kalapodi, en Fócida (Catling, 1982/1983, pp. 32-34).

66. Theocharis (1960b), pp. 49-59, (1961), pp. 45-54; Desborough (1972), p. 198-209, identifican con dudas una copa como submicénica, pero el excavador Theocharis (1960b), p. 58, ha establecido firmemente que el estilo no corresponde a este período.

67. Buschor (1927); Hammond (1982), p. 732.

68. Snodgrass (1971), p. 131; Desborough (1972), p. 243.

69. Hammond (1982), p. 733.

70. Cartledge (1979), p. 82.

71. Coulson (1985), pp. 63-65. Coulson (1988) pretendió salvar el vacío estilístico utilizando hallazgos aislados sin contexto seguro procedentes de la zona.

72. Coulson, en Macdonald *et al.* (1983), p. 318.

73. Coulson, en Macdonald *et al.* (1983), pp. 63, 319. La cerámica EO I aparecía mezclada con material del heládico reciente y de la EO II, y sólo podía distinguirse de este último por las diferencias en técnica y forma. Los objetos menores relacionados con dicha cerámica presentan, al parecer, correlaciones con el submicénico.

74. Coulson, en Macdonald *et al.* (1983), p. 319.

75. Fagerström (1988), p. 35.

76. Desborough, en Popham y Sackett (1980), p. 282.

77. Desborough, en Popham y Sackett (1980), pp. 303, 312, 398 (n. 151).

78. Popham y Sackett (1980), p. 47.

79. Popham y Sackett (1980), p. 43.

80. Popham y Sackett (1980), p. 42; al nivel inferior se le asignó una fecha a caballo entre el protogeométrico reciente y el subgeométrico.

81. Popham y Sackett (1980), pp. 7-8. Para más información sobre Lefkandi, véanse James *et al.* (1987), pp. 29-30; Popham (1990); James *et al.* (1990).

82. Snodgrass (1971), pp. 134-135.

83. Benson (1970), pp. 115-123, ha catalogado varios casos de este tipo de contextos micénico-geométricos superpuestos o mezclados. Entre los ejemplos más notables se cuentan Delfos, cuyas casas geométricas fueron construidas encima del asentamiento destruido del HRIIIC (Lerat, 1961, p. 357), y Samos, donde los niveles micénicos del Heraion están cubiertos por importantes depósitos geométricos del siglo VIII a.C. (Boardman, 1980, p. 30). En Pilos, al asentamiento micénico se superpone una reocupación con «una gran actividad en el yacimiento en época del tardogeométrico» (Blegen y Rawson, 1966, p. 294). Este material geométrico fue descrito en principio por Blegen (1957), p. 130, como «quizá del siglo VII a.C.», pero más tarde (Blegen y Rawson, 1966, p. 184) lo atribuyó «tal vez al paso del siglo VII al VI». Más recientemente, Coldstream (1977), p. 160, concedió a la cerámica del tardogeométrico de esta región una fecha entre el 750 y 680 a.C., pero no estaba seguro de si el material de Pilos era tardogeométrico o subgeométrico. Sea cual fuere

su fecha exacta, la cerámica geométrica aparece en Pilos directamente encima de la cerámica micénica, y en muchos puntos incluso se mezclan (Blegen y Rawson, 1966, pp. 175, 177-178, 181, 184, 203, 209, 291, 294, 296-298, 300-301, 303, 307). La única evidencia de Pilos que puede corresponder al período intermedio procede de una cercana tumba en *tholos* que ha sido identificada como protogeométrica (Blegen y Rawson, 1973, pp. 237-242).

84. Popham y Sackett (1980), p. 7.

85. Ramsay (1888), pp. 369-371. Hogarth (1925), pp. 503-504, consideró que las similitudes entre la Puerta de los Leones y la fachada de la Tumba de los Leones frigia eran «lo bastante estrechas para aproximar cronológicamente ambos monumentos», pero como aceptaba la datación alta —por entonces popular— de la civilización micénica, declaró que los «comienzos de los monumentos rocosos de Frigia debían remontarse al menos hasta el siglo XI». Sin embargo, la evidencia arqueológica frigia más antigua no puede ser anterior al siglo IX a.C. (véase el capítulo 6).

86. Murray (1892), pp. 21-57, 178-179.

87. Torr (1896), p. 69.

88. Snodgrass (1987), pp. 179-180.

5. *Los fundamentos de la cronología geométrica* (pp. 108-122)

1. Iakovidis (1979); A. Mazar (1985); Hankey (1987), pp. 50-52.
2. Snodgrass (1971), pp. 112-113.
3. Mountjoy (1988), pp. 26-27, cuadro II; cf. Hankey (1988).
4. Boardman (1974), pp. 193-194; véanse también R. M. Cook (1972), pp. 262-269; Cook (1989).
5. Michael Vickers, *in litt.*, 26/2/86.
6. Francis y Vickers (1983); pero véase Boardman (1984).
7. Francis y Vickers (1983), (1985), (1988); Vickers (1985b), (1987); pero véase Boardman (1988).
8. Diodoro Sículo, XII, 3-4.
9. Starr (1970), p. 81.
10. Gill (1988).
11. Francis y Vickers están sin duda en lo cierto al cuestionar el valor de mucho de lo que sabemos acerca de la datación del período arcaico, como admite R. M. Cook (1989), p. 170. Es probable, no obstante, que la reducción en las fechas que proponen sea demasiado drástica. El apoyo de la datación de los túmulos funerarios alemanes mediante la dendrocronología, aducido en determinado momento por Vickers (1984), ha desaparecido tras un ajuste en sentido ascendente de la dendrocronología, como él mismo ha admitido en Vickers (1985a). Sin embargo, no profundiza en las consecuencias de la redatación, que tenderían a limitar el alcance de cualquier rebajamiento de la tipología de la cerámica griega aparecida en Alemania. Si bien ninguno de los hitos clásicos es tan sólido como algunos han creído, hay igualmente poco material que apoye las fechas alternativas de Francis y Vickers. Por ejemplo, la tercera fecha posible para los restos griegos de Mesad Hashavyahu, en Palestina (véase el capítulo 8, n. 65), coincide con los antecedentes cronológicos e históricos del yacimiento. Incluso dentro de los confines de la cronología convencional queda espacio para maniobrar, como ha demostrado Gill (1988). La mayoría de las anomalías históricas y arqueológicas presentadas por Francis y Vickers pueden ser resueltas mediante la adopción de una cronología que esté aproximadamente a mitad de camino entre la posición tradicional y la que ellos proponen.
12. Tucídides, VI, 4; Herodoto, VII, 156.
13. R. M. Cook (1937), pp. 204-205.
14. Tucídides, VI, 4.
15. Píndaro, *Odas olímpicas*, II, 93.
16. Miller (1970), p. 5.
17. Por comparación, Píndaro utiliza también el término en las *Odas píticas*, IV, 282, cuando dice de alguien: «porque este hombre es joven a los ojos de los muchachos, pero en consejo un anciano que ha vivido cien años». Ello no significa que este individuo tenía exactamente cien años, sino que poseía la sabiduría de un anciano (Dr. S. Instone, unicación personal).
18. Miller (1970) intentó demostrar que había una coherencia y una lógica matemática en las

fechas proporcionadas por los historiadores clásicos, pero, como ha señalado Mosshammer (1979), p. 95, «tales hipótesis son, a la vez, demasiado simplistas y demasiado abstractas». Afirma que la información disponible es tanta que no podría ser sintetizada en ecuaciones matemáticas.

19. Coldstream (1968), p. 327.

20. Francis y Vickers, (1985), pp. 136-137.

21. Burn (1935), p. 137.

22. Coldstream (1968), pp. 316-317, 327.

23. Coldstream (1968), p. 326.

24. Boardman (1980), p. 172. Entre los yacimientos con posible cerámica precolonial se cuentan Megara Hyblaea (fundada en 728 a.C.), con hallazgos del GR I (760-735 a.C.); Síbaris (720 a.C.), con cerámica del GR I (760-735 a.C.); Mylae (716 a.C.), con material del GR I y eubeo de mediados del siglo VIII a.C. (Graham, 1982, pp. 94-113).

25. Cook (1972), p. 262.

26. Francis y Vickers (1985), p. 132.

27. Coldstream (1968), p. 311; sobre la reocupación de Hamatb por los asirios, véase *ARAB*, II, p. 102.

28. Fugmann (1958), pp. 264, 269; cf. hallazgos de cerámica del chipriota-arcaico I-II (750/700-475 a.C.) de las áreas G IX 118 y G XXX 22.

29. Francis y Vickers (1985), p. 133.

30. *ARAB*, II, p. 27.

31. Crowfoot *et al.* (1957), p. 212.

32. En una carta de Kenyon fechada el 5/12/1967, citada en Riis (1970), p. 146. Sin embargo, Kenyon parece confirmar simplemente que el informe publicado era correcto, aunque en ninguna parte de éste (Crowfoot *et al.*, 1957, p. 212) se dice en realidad que se halló un fragmento en un depósito intacto del nivel V.

33. Coldstream (1968), p. 309.

34. Francis y Vickers (1985), p. 134. Lamentablemente citan de forma incorrecta a Riis al recoger la afirmación de éste de que «todos los fragmentos de cerámica, excepto uno ... aparecieron en terraplenes intactos ... "derivados de la nivelación de depósitos más antiguos en la parte superior de la colina"». En realidad, Riis (1970), p. 146, se refiere a un fragmento aislado encontrado por la expedición de Harvard.

35. Coldstream, (1968), pp. 305-307.

36. Carta de Hoerth del 1/12/1965, citada por Riis (1970), pp. 144-146. Otros tres fragmentos de cerámica encontrados en Megiddo fueron considerados por Coldstream (1968), p. 303, como imitaciones no helénicas correspondientes al GAII o probablemente al GMI. Riis (1970), pp. 146-147, fig. 47 g, h, pensó que uno de estos fragmentos, así como una sexta pieza, formaban parte de *skyphoi* protocorintios fechados en torno al 700 a.C. Esto le hizo preguntarse, frente a la opinión de Hoerth de que «todos [los fragmentos griegos] proceden probablemente del mismo estrato», si las últimas dos piezas mencionadas pertenecían al estrato III en lugar de al IV. Según la cronología tradicional, la fecha final atribuida al estrato IV es el 733 a.C.

37. Yadin, en *EAEHL*, p. 855; véase Wightman (1985), para una discusión general de las complejas estratigrafía y datación de Megiddo.

38. Wightman (1985), p. 127. Damos las gracias al Dr. Rupert Chapman por haber llamado nuestra atención sobre este tema.

39. Bikai (1978b), p. 53, láminas XIb, XXIIa. Los importantes fragmentos cerámicos de la Edad Oscura encontrados corresponden a los estilos protogeométrico y geométrico medio, pero la cronología de los contextos en los que aparecieron es confusa. De los nueve fragmentos del protogeométrico reciente, sólo dos proceden del estrato XI, fechado por Bikai desde el 925 (?) hasta el 850 a.C., coincidiendo con la actual cronología del protogeométrico reciente. Los otros son posteriores: uno en el estrato X (*c.* 850 a.C.), cuatro en el estrato IX (850-800 a.C.), otro en el estrato VIII (*c.* 800 a.C.) e incluso uno en el estrato II (*c.* 725-700 a.C.). En el estrato VIII, y probablemente también en el IX, aparecieron piezas del geométrico medio I, que vuelven a coincidir con la datación convencional.

40. Katzenstein (1973).

41. Debe quedar claro que para el egiptólogo Hermann de Meulenaere, citado por Bikai (1978b),

p. 84, dicho objeto no es anterior al siglo VII a.C. (para esta etapa, época de las dinastías XXV y XXVI, la cronología egipcia está fijada de forma absoluta; véanse los capítulos 9 y 10). Se ha indicado una fecha similar para el material chipriota del período IV (en principio, situado por Gjerstad en 700-600 a.C.; véase el capítulo 7) procedente del estrato III de Tiro.

42. Bikai (1987), p. 69; en sus primeras publicaciones, la fecha oscila entre 730 y 720 a.C.

43. Muhly (1985), p. 181; Karageorghis (1969), p. 26. El cuenco de bronce fenicio o del norte de Siria encontrado en el Cerámico de Atenas, fechado gracias a la cerámica griega del GMI en 850-825 a.C., presenta una anomalía similar. En el Próximo Oriente estos cuencos datan, por lo general, de finales del siglo VIII a.C. (Markoe, 1985, pp. 153-154, 156).

44. Aunque el fragmento de *skyphos* del geométrico antiguo II apareció en la habitación 42 del estrato IVb, debe proceder en realidad de un pozo asociado al estrato III (Herrera y Balensi, 1986, p. 170. Kearsley (1989) ha afirmado recientemente que este tipo de *skyphos* corresponde al geométrico reciente, no al antiguo. Otro fragmento de *skyphos* griego, fechado en el GMII-GR, que según se dijo al principio había sido hallado bajo la habitación 42 del estrato IVb, es considerado ahora como procedente también del pozo excavado desde el estrato III (Herrera y Balensi, 1986, p. 170). La copa cicládica del geométrico medio I corresponde, al parecer, al último nivel del estrato III.

45. Balensi y Herrera (1985), p. 104.

46. Coldstream (1968), pp. 303, 310; véase también Cook (1972), p. 262.

47. Desborough (1952), p. 294.

48. Herrera y Balensi (1986), p. 171. En un principio, Balensi pensó en una fecha tan tardía como el 650 a.C. (1985), p. 73, n. 26, pero ahora considera que situar los ataques asirios a Palestina en el 710 a.C. es una datación más baja razonable (comunicación personal).

49. Davison (1961), pp. 125-126.

50. Coldstream (1968), p. 310.

51. Desborough (1972), p. 343 (n. 5); cf. Hankey (1988), p. 36.

52. Popham (1990).

53. Iakovidis (1979), p. 462.

54. En algunos arqueólogos especialistas en el Egeo se observa cierta credulidad con respecto a las fechas relativamente escasas para los vestigios micénicos proporcionadas por el radiocarbono. Por ejemplo, Warren y Hankey (1989), p. 159, creen que las fechas de los niveles de destrucción del HRIIIB en Dendra y Micenas confirman la cronología convencional. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que de estas cinco fechas, las tres de Micenas proceden del carbón de las vigas de madera empleadas en construcciones, las cuales podían tener dos siglos de antigüedad en la época de la destrucción (véase el Apéndice 1).

6. *Redatación del imperio hitita* (pp. 123-147)

1. Para su propio relato, véase W. Wright (1886).

2. Las referencias bíblicas fundamentales son las siguientes: Gn. 10:15; 23:3; 26:34; Éx. 13:5; Js. 11:3; I Sm. 26:6; II Sm. 11:3; 23:39; I Re. 9:20-21; 10:29; 11:1; II Re. 7:6; Ez. 16:3; 45. Para una discusión, *véase* Kempinski (1979).

3. Sayce (1876).

4. De estas dos referencias clásicas, una concierne al «imperio de los cilicios», que, según el historiador romano Solino (*c.* 200 d.C.), abarcaba la mayor parte de Anatolia y llegaba hasta las fronteras de Egipto (*De Mirab. Mundi*, XLIX). La segunda corresponde a Homero, *Odisea*, XI, 521, donde se hace alusión a la presencia de un contingente de guerreros ketoi mandados por un tal Eurípilo, hijo de Telefo, entre las tropas aliadas que defendían Troya. Ahora sabemos que sus nombres son una aceptable helenización de los hititas Urballa/Warpawalas y Telepinus, lo que plantea la posibilidad intrigante de que los hititas hubieran enviado un ejército para impedir la conquista de la Tróade por los micénicos.

5. Traducción inglesa (por R. M. Lowery) de Puchstein (1890), p. 14.

6. Perrot y Chipiez (1890), pp. 191-192, pensaron que el palacio de Alaça Hüyük, con sus leones y esfinges, era «coetáneo de los Ramésidas»; al mismo tiempo consideraron también que

Boghazköy y Yazilikaya constituían una evidencia de la influencia asiria a partir del siglo IX a.C.

7. Hall (1901), pp. 115, 122-124, 273, 315-319; posteriormente, tuvo que cambiar de opinión después del descubrimiento por Winckler del archivo de Boghazköy; véase Hall (1913), p. 329 (n. 2).

8. Para una introducción a la historia de las cartas de El-Amarna, véanse Campbell (1960).

9. Para la edición clásica de las cartas de El-Amarna, véase Knudtzon (1907-1915) y Rainey (1978); la última traducción al inglés de la mayor parte del corpus corresponde a Mercer (1939), en tanto que una selección de las cartas fundamentales referentes a Palestina puede encontrarse en *ANET*, pp. 483-490.

10. *ANET*, p. 319.

11. *ANET*, pp. 199-203.

12. Faulkner (1975), p. 234.

13. Los archivos asirios no contienen referencias a la tierra de los hititas, en Anatolia central. Igualmente, las alusiones claras a los contactos políticos o de otro tipo con el imperio hitita son pocas y de escaso valor cronológico. Se menciona a los hititas y a los soldados hititas en los documentos de Salmanasar I y de Tukulti-Ninurta I (convencionalmente, siglo XIII a. C.), pero no se habla de un estado hitita o de sus gobernantes cuando sería lógico hacerlo (véase *ARAB* I, pp. 116, 164). Los contactos entre los reyes de Asiria y Hatti son conocidos gracias a los archivos de Boghazköy, pero éstos proporcionan sólo un único sincronismo, entre Tudaliya IV y un Tukulti Ninurta (véase el Apéndice 4). La referencia asiria más antigua a un rey del país de Hatti concierne a un Ini-Teshub, que casi con seguridad reinó en Carkemish. Según la cronología tradicional, esta referencia corresponde a *c.* 1100 a.C., lo que lo convierte en un rey posimperial. Según la revisión de las cronologías hitita y asiria que proponemos aquí, sería el rey Ini-Teshub que reinó en Carkemish y Siria como delegado de Tudaliya IV (véase el capítulo 12).

14. Gurney (1954), p. 39.

15. Véanse, por ejemplo, Landsberger (1948), pp. 15-17, 23-35; Gurney (1954), p. 40; Frankfort (1969), p. 254 (n. 5); Hawkins (1982), p. 372.

16. James, en prensa.

17. Abu Taleb (1976), pp. 13, 19-21; cf. Hawkins (1982), p. 373.

18. Drower (1975), pp. 138-146.

19. Woolley (1953), pp. 167-169.

20. Madhloom (1969).

21. Albright (1956).

22. Akurgal (1946), pp. 98-114; cf. Akurgal (1968), pp. 95-96.

23. Akurgal (1968), p. 96.

24. Akurgal (1968), pp. 96-110, 119-141.

25. Frankfort (1969), pp. 247 (n. 47), 129.

26. Frankfort (1969), p. 247 (n. 47).

27. Frankfort (1969), pp. 164, 254 (n. 7).

28. Albright (1975), p. 529.

29. Hawkins (1974), p. 67. Esta afirmación es anterior, por supuesto, a su descubrimiento de que los reyes de Malatya que erigieron la Puerta de los Leones estaban estrechamente relacionados con los gobernadores imperiales hititas de Carkemish; véase, *supra*, pág. 140.

30. Hawkins (1974), pp. 69-73; en otras fuentes hay sólo una referencia posible a un rey de Carkemish (Ini-Teshub) durante este período; véanse nota 13 *supra* y el cuadro 6.2.

31. Woolley (1914), p. 96; Woolley (1952), pp. 234-235.

32. Hogarth (1911), p. 371.

33. Hogarth (1924), p. 29.

34. Woolley (1952), p. 249.

35. Woolley (1952), p. 246.

36. Mallowan (1972), p. 63; véanse también las páginas 78-79.

37. Woolley (1952), p. 159, lám. 71*c*. Entre los cimientos del gran friso de bajorrelieves, Woolley (1952), p. 175, encontró un escarabeo de pasta azul, posiblemente también de la dinastía XIX.

38. Woolley (1952), p. 235, lám. 68*a*. Hankey (1967), pp. 110-111, acepta, al parecer, que los fragmentos de cerámica son micénicos. Sin embargo, esta clasificación debe considerarse con re-

servas; agradecemos al señor Michimasa Doi, del Departamento de Arqueología Clásica, UCL, su opinión, basada en el estudio de la fotografía de Woolley.

39. Woolley (1952), pp. 250-257.
40. Güterbock (1954), p. 113.
41. Woolley (1914), p. 96.
42. Woolley (1921), p. 48.
43. Woolley (1952), p. 214 (n. 1).
44. Opificius (1965), p. 47.
45. Sams (1971), pp. 286, 295.
46. Sams (1971), p. 295.
47. Woolley (1952), pp. 214 (n. 1), 234-235.
48. Delaporte (1940), pp. 38-58.
49. Bier (1976), p. 122.
50. Puglisi y Palmieri (1966), p. 82.
51. Dos tests (R-214 y R-214B) realizados sobre la misma muestra de madera carbonizada dieron resultados sin calibrar de 885±70 y 845±60 b.p. (Alessio *et al.*, 1966, pp. 405-406).
52. Orthmann (1971), p. 141.
53. Hawkins (1985), p. 65.
54. Orthmann (1971), pp. 99-100, 141 (n. 47); cf. Bier (1976), p. 122.
55. Puglisi y Meriggi (1964), pp. 28-29 (trad. de G. Gammon).
56. Hawkins (1988), p. 99.
57. Hawkins (1988), p. 101.
58. Hawkins (1988), p. 103. *PUGNUS ('puño', en latín) indica un carácter jeroglífico en forma de puño, que no puede ser leído.
59. Hawkins (1974), pp. 70-72.
60. Hawkins, comunicación personal (1988).
61. Hawkins (1974), p. 71, recoge la duda de Laroche «entre la lectura luvita *Ura-Tarhundas* y la hurrita (*Talmi-Tešub*), que coincidiría con el nombre del último rey de Carkemish de la dinastía imperial hitita». Teniendo en cuenta el carácter luvita del nombre del padre, Hawkins prefiere la primera lectura. Aun así, no se puede descartar la posibilidad de que estos nombres, especialmente los que contienen elementos teofóricos (Tarhundas/Teshub era el dios del trueno), tuvieran significado en las dos lenguas.
62. Graves (1960), pp. 281-283.
63. *ARAB*, II, pp. 8, 16, 18, 42-43, 55.
64. Estrabón, *Geografía*, I, pp. 3, 21.
65. Akurgal (1962), p. 124.
66. Özdoğan (1987), p. 17; Muscarella (1988b), p. 177.
67. Bittel (1970), p. 137.
68. Bittel (1970), pp. 137-138.
69. Bittel (1970), p. 142.
70. Young (1966), p. 276.
71. Sams (1971), pp. 19-22.
72. Bittel (1983), pp. 38-45; cf. Muscarella (1988b), pp. 181-182, 187-188.
73. Sams (1971), p. 318.
74. Young (1971), p. 276.
75. Mellaart (1985), p. 68.
76. Mellaart (1985), p. 78.
77. Mellaart (1990); véase James *et al.* (1990).

7. *Chipre: cerámica y polémica* (pp. 148-165)

1. Dikaios (1971), pp. 514-523; cf. Catling (1975), p. 208; Coldstream (1985), pp. 47-50.
2. Karageorghis (1982a), p. 89.
3. Negbi (1982/1983); cf. V. Cook (1988).
4. Catling (1975), p. 209; pero cf. Catling (1986), donde el tono empleado al hablar de los

rasgos culturales es más comedido y se acepta una mayor influencia del Próximo Oriente.

5. Hagia Irini, Apliki, Athienou, Enkomi, Idalion, Kition, Kouklia-Paleopafos, Kourion, Lapithos, Nicosia, Maa-Palaeokastro, Myrtou-Pigadhes, Pyla y Sinda (véase Syriopoulos, 1983, pp. 341-347).

6. Karageorghis (1981), p. 112; cf. Coldstream (1985), pp. 50-51.

7. Karageorghis (1982a), p. 112.

8. Stager *et al.* (1974), p. XXIX.

9. Karageorghis (1982b), p. 518.

10. La arquitectura doméstica puede observarse en parte de una habitación de Kition-Kathari (Syriopoulos, 1983, p. 615) y en la pequeña instalación de Kition-Bamboula (Yon y Caubet, 1985, pp. 27-33). Durante la primera parte del CGI hubo escasa actividad en el yacimiento, aunque se restauraron los templos. El fin del asentamiento tuvo lugar, al parecer, hacia el 1000 a.C. (Karageorghis y Demas, 1985, pp. 21-23, 141-163). Coldstream (1985), p. 52, se muestra demasiado optimista al extender los restos de ocupación en Bamboula más allá del 1000 a.C., así como al creer que el problema de Kition se resuelve gracias a que el vacío «es llenado por los enterramientos del CGI-II». Las dos o tres tumbas en cuestión fueron removidas en el momento de su descubrimiento, por lo que su evidencia es confusa [véanse Karageorghis (1974), p. 95; Nicolaou (1976), pp. 158-216]. Estos ajuares funerarios apenas llenan el hiato existente en la ocupación de Kition, y las tumbas aisladas de otros yacimientos de la isla no pueden suplir la ausencia de un registro de habitación continuo.

11. Stager *et al.* (1974), p. 5.

12. Menandro, recogido por Josefo en sus *Antigüedades*, 8, 146, y *Contra Apio*, 1, 119. Debe recordarse, sin embargo, que el nombre del pueblo implicado ha sufrido corrupciones en la tradición manuscrita y aparece indistintamente como *eukaiois*, *eukeois*, *iukeois*, *tituaiois* o *tituois*. Por lo general se acepta la enmienda de Albright (*kitiois*) (véanse B. Mazar, 1964, p. 15; M. Stern, 1976, pp. 119-122), mientras que la antigua interpretación de Gutschmid (*Itykaiois*), que hace referencia a Útica, en el norte de África, está actualmente olvidada, probablemente a causa de la falta de evidencia arqueológica sobre la colonización fenicia de Occidente en el siglo X a.C. La propuesta de Bikai (1978a), p. 55, de que el Hiram del episodio de Menandro debe ser Hiram II (de la época de Tiglatpileser III de Asiria, 745-727 a.C.), que en principio resolvería el problema arqueológico, no tiene fundamento, ya que el Hiram de Menandro está explícitamente relacionado con el rey Salomón de Israel (mediados del siglo X a.C.). Un episodio similar, que esta vez concierne claramente a los kitios (*kitieon*, *kittaion*, *cetuteis*), se sitúa en el reinado de Elulaios, a finales del siglo VII a.C. (Josefo, *Antigüedades*, 9, 284).

13. El complejo de Kition-Kathari consta del gran templo de Astarté (sobre el «templo 1» del bronce final), un pequeño santuario fenicio (sobre el «templo 4» del bronce final) y una diminuta *cella* con altar (sobre el «templo 5» del BF). El santuario de Kition-Bamboula se ha considerado como predecesor del templo arcaico de Hércules-Melkart (Yon, 1984, pp. 90-97). Otros templos que siguieron en funcionamiento desde el periodo más antiguo son los de Hagia Irini, Hagios Iakovos y Myrtou-Pigadhes, mientras que el santuario de Idalion pertenece a esta época.

14. Gjerstad (1948), p. 23. En Idalion se han documentado casas del CGIII (comunicación personal de A. Rayes).

15. Karageorghis (1976), p. 96; cf. los convincentes argumentos de Gjerstad (1979), pp. 234-254.

16. Según Bikai (1987), pp. 50-53, la cerámica fenicia más antigua de Kition data de finales del siglo IX a.C. Coldstream (1989), p. 92, no obstante, considera una fecha más temprana basándose en un tipo «verdaderamente antiguo» de *skyphos* eubeo que «no puede ser posterior al 900 a.C.». Es evidente que hay cierto conflicto entre las cronologías de la cerámica griega y la fenicia. (Véase también, *supra*, capítulo 5, p. 120.)

17. Guzzo Amadasi y Karageorghis (1977), pp. 149-160, n.° D21; cf. Yon (1988); Bikai (1978a), p. 54.

18. Coote (1975), p. 49.

19. Cross (1986), p. 117, fecha el cuenco en la primera mitad del siglo VIII a.C. Dupont-Sommer (1970), el primer editor de la inscripción, defendió una fecha más temprana en línea con las expectativas del excavador.

20. Karageorghis (1982a), p. 63.

21. Mitford y Masson (1982), p. 74.
22. Chadwick (1979), p. 143; cf. p. 313.
23. Dow (1954), p. 112; pero cf. Karageorghis y Karageorghis (1956), p. 355.
24. Casson (1937), p. 93.
25. Goody (1977).
26. Karageorghis (1982a), pp. 120-121; cf. Karageorghis (1988).
27. Mitford y Masson (1982), p. 75.
28. Gjerstad (1948).
29. Karageorghis (1987), pp. 115-119; cf. Merrillees (1977), p. 42.
30. Furumark (1941), p. 128.
31. Gjerstad (1944).
32. Furumark (1944). En este sentido tuvo que revisar la estructura y fechas de su cerámica del HRIIIC. En un principio dividió este período en HRIIIC1 antiguo, HRIIIC1 final y HRIIIC2 (submicénico), que oscilaban entre el 1230 y 1100 a.C. Después creó las nuevas fases de HRIIIC1a, HRIIIC1b, HRIIIC1c y HRIIIC2 (submicénico), a las cuales, basándose en la evidencia chipriota, dio una fecha entre 1230 y 1025 a.C. (cf. Renfrew, 1985, p. 85). Un aspecto importante de la cronología relativa sobre el que Furumark siguió difiriendo de Gjerstad fue el relativo a la llamada «cerámica proto-pintada blanca», que consideró contemporánea de la del HRIIIC1c y de la submicénica, mientras que Gjerstad (1944), pp. 76-77 y 103, insistía en que era coetánea de la submicénica y la protogeométrica antigua. Este desacuerdo pudo haber afectado a la datación absoluta de Grecia (Gjerstad habría situado el inicio del protogeométrico en torno al 1075 a.C., cincuenta años antes que Furumark), pero fue desvirtuado en sus fundamentos (Furumark, 1944, p. 258). La obra reciente de Iacovou (1988), pp. 1-10, parece demostrar que Furumark estaba en lo cierto, aunque con una cronología absoluta «revisada» será necesario antes realizar una nueva valoración relativa.
33. Gjerstad (1944), pp. 84-86.
34. Véase Yon (1976).
35. Karageorghis y Kahil (1967), p. 134; Karageorghis (1982a), p. 9; Gjerstad (1974), p. 118.
36. Birmingham (1963), pp. 15-42; cf. Prausnitz (1972); Chapman (1972), pp. 180-181; para un análisis, véase Vandenabeele (1971).
37. Birmingham (1963), pp. 39-42. En el pavimento del período 4 del santuario de Hagia Irini aparecieron muchos escarabeos de la dinastía XXVI egipcia (664-525 a.C.), asociados a cerámica negra sobre fondo rojo perteneciente a la última parte del CAIA y primera parte del CAIB. Esto sitúa la época media del chipriota arcaico I en torno al 650 a.C., como muy pronto, y no 100 años antes como requeriría la cronología de Birmingham. Al trabajar sólo con las fechas «altas» palestinas, Birmingham tuvo que subir de forma totalmente irreal las divisiones de la cerámica de la edad del hierro media de Chipre (cf. Coldstream, 1985, p. 45).
38. Gjerstad (1974), p. 119, n. 38.
39. Albright (1943), p. 6, n. 2; Albright (1953), p. 22; Albright (1958), p. 3*; cf. Hanfmann (1951), p. 425; Du Plat Taylor (1959), p. 89; Amiran (1969), p. 286.
40. Van Beek (1951), p. 27.
41. Van Beek (1955), p. 37.
42. Van Beek (1951), p. 27.
43. Gjerstad (1953), p. 26.
44. Van Beek (1951), p. 28.
45. En Tell Beit Mirsim B2, Beth Zur, Ascalón y tumba 59 de Gezer (Van Beek, 1951, p. 28).
46. Yellin y Perlman, en E. Stern (1978), p. 90.
47. Bieber, en Bikai (1978b), pp. 88-90; Matthers *et al.* (1983); véase también Jones (1986), pp. 532-533. Sin embargo, las excavaciones de Tiro han demostrado que esta cerámica era ajena al menos al repertorio del Líbano, y que se trataba claramente de una importación. Bikai (en Coldstream, 1988, p. 37) ha declarado haberse «sentido siempre desconcertada por la sugerencia de que la cerámica negra sobre fondo rojo es fenicia».
48. Stager *et al.* (1974), p. 5.
49. Furumark (1944), p. 258; Gjerstad (1944), pp. 76-77, 103; Desborough (1957), p. 216; Coldstream (1968), pp. 319-320; Snodgrass (1971), pp. 117-119; Gjerstad (1977), pp. 23-59; cf. Karageorghis (1975), pp. 67-68; véase, además, la nota 32, *supra*.

50. Desborough (1957), p. 218.
51. Yannai (1982), p. 292; cf. Iacovou (1988), p. 10.
52. Merrillees (1977), p. 35.
53. E. Stern (1978), p. 62.
54. E. Stern (1978), p. 52.
55. El único arqueólogo israelí que utilizó el sistema de Gjerstad fue B. Mazar (1951), pp. 21-25, aplicándolo a la estratigrafía de Tell Abu Hawam. Naturalmente, no tuvo defensores (véase Van Beek, 1955, pp. 34-38), aunque recientemente Balensi ha dado una datación aún más baja que la de Mazar al nivel III de este yacimiento (véase el capítulo 5).
56. Ben-Tor y Portugali (1987), p. 202.

8. *Arqueología bíblica sin Egipto* (pp. 166-201)

1. Para una introducción imparcial a la crítica bíblica en general, véase Soggin (1989).
2. La redundancia de la mayor parte de la crítica literaria, desde el punto de vista de la ciencia moderna sobre el Próximo Oriente, quedó ampliamente demostrada en Kitchen (1966), pp. 112-138.
3. Bimson (1978), pp. 115-127, 145; I. Finkelstein (1988), p. 297.
4. Los especialistas actuales han propuesto fechas muy distintas para la Conquista de Israel, cuyos extremos oscilan entre el 2300 y el 1150 a.C. Los propios hebreos de la Antigüedad creían que la Conquista había tenido lugar cuarenta años después del Éxodo de Egipto, que, a su vez, había sucedido 480 años antes de la construcción del Templo de Salomón (I Re. 6:1). Dado que el Templo de Salomón fue erigido a mediados del siglo X a.C., el Éxodo habría ocurrido hacia el 1450 a.C. y la Conquista en torno al 1400 a.C. Esto dejaría unos 400 años para el período entre la Conquista y la primera Monarquía, lo que coincide, en cierto modo, con los datos proporcionados por el Libro de los Jueces (Bimson, 1978, pp. 87-111).

Convencionalmente se suele situar la Conquista a finales de la edad del bronce, alrededor de 1200 a.C., fecha que requiere una considerable compresión del período de los Jueces. También implica un desacuerdo entre la Biblia y la arqueología, hecho que explica por qué las fechas tradicionales del siglo XV a.C. para el Éxodo y la Conquista han experimentado recientemente un resurgimiento en su popularidad: Horn (1977); Bimson (1978); Goedicke, recogido en Shanks (1981); Bimson y Livingston (1987); Wood (1990). Dejando a un lado el nexo con el final de la edad del bronce final, Bimson descubrió una coincidencia casi perfecta entre el relato bíblico y la suerte que corrieron las ciudades de la edad del bronce medio de Palestina. El fin de esta época se ha situado generalmente en torno al 1550 a.C. y se ha explicado como el resultado de una invasión egipcia, pero los estudios más recientes han demostrado que esta teoría no tiene ningún fundamento (véase Hoffmeier, 1989). No hay, por tanto, obstáculo a la propuesta de Bimson de que el final del bronce medio puede rebajarse hasta la fecha de la Conquista, en 1400 a.C. Otros han sugerido una fecha aún más temprana, en torno al 2000 a.C., asociando el Éxodo con la entrada de nuevos colonos en el sur de Palestina a comienzos del período del bronce medio: Cohen (1983); Anati (1985). Si bien muchas de las conexiones propuestas resultan atractivas, esta situación sólo puede sostenerse gracias a la extensión de la época de los Jueces en unos seis siglos (en el marco de la cronología aceptada), algo totalmente inverosímil, o bien mediante esquemas según los cuales los israelitas integraron en la historia de sus propios orígenes ciertos relatos populares acerca de colonos mucho más antiguos.

Según el modelo presentado en este capítulo, las destrucciones de finales de la edad del bronce habrían tenido lugar a fines del siglo X a.C., y no en 1225-1150 a.C. Esta conclusión excluye de una vez por todas la datación de la Conquista a finales de la edad del bronce. Una fecha posible para la Conquista sería, pues, el final del período del bronce medio propuesto por Bimson. La fecha absoluta del final del material del bronce medio sigue estando, por supuesto, *sub iudice* (véase el cuadro 8.3). Wood (1990) ha afirmado recientemente que la cerámica del final del bronce medio encontrada en Jericó por Kenyon pertenece en realidad al comienzo del bronce, rebajando la fecha de la destrucción de sus enormes murallas al 1400 a.C., aproximadamente (según la cronología convencional), y relacionándola con la historia bíblica. Queda por ver en qué medida el análisis de Wood afecta a otros yacimientos y a la teoría de Bimson.

5. Halpern (1987); cf. Bimson (1988).
6. West (1979); cf. Wood (1990), pp. 53-54.
7. *ANET*, pp. 257-258.
8. Sobre las listas de esclavos con nombres semíticos del Imperio Medio (dinastía XIII), véase *ANET*, pp. 553-554. Durante el Imperio Nuevo, Amenofis II (dinastía XVIII) trajo a Egipto a un gran número de prisioneros de guerra 'apiru procedentes de Palestina, que aparecen mencionados como criados y obreros de la construcción en diversos textos de las dinastías XIX y XX: (véase Cazelles (1973), pp. 4, 12-13; Bright (1981), pp. 121, 139-140. La equivalencia fonética entre 'apiru (los *ḫabiru* de documentos cuneiformes como las cartas de El-Amarna) y el bíblico «hebreos» es indudable. Razones de tipo cronológico han impedido, al parecer, investigaciones ulteriores sobre este lazo obvio, ya que los *ḫabiru* son descritos como una fuerza políticamente activa en Palestina 150 años antes de la fecha generalmente aceptada para la Conquista. Según el esquema propuesto aquí, la Conquista tuvo que haber ocurrido mucho antes de la transición entre el final del bronce y la edad del hierro. Los *ḫabiru* que tan problemáticos resultaron a las autoridades egipcias durante la dinastía XVIII pueden así ser identificados fácilmente como los hebreos del período de los Jueces hasta la monarquía arcaica.
9. Malamat (1982).
10. *ANET*, pp. 320-321; Aharoni (1966), pp. 307-309.
11. Véase, por ejemplo, Avigad (1978).
12. Sobre la sorprendente ausencia de inscipciones reales hebreas, véase Garbini (1988), pp. 17-18. De los sellos con nombres de reyes, sólo unos pocos ejemplares resultan convincentes, y ninguno posee una estratigrafía fiable. Por ejemplo, de la zona del Hebrón procede un sello que califica a su dueño de «servidor de Ezequías» —muy probablemente el rey de este nombre—, pero no apareció en una excavación controlada (Hestrin y Dayagi, 1974). El sello de «Shema servidor de Jeroboam» de Megiddo fue encontrado, al parecer, entre las ruinas del llamado complejo del «palacio» (Aharoni, en *EAEHL*, p. 832), de hecho, dentro del patio junto a la puerta originalmente denominada «Der Palast» (Schumacher, 1908), pp. 99-100, cuadro XXIX; cf. Wightman, 1985, p. 122. Es difícil determinar la altura exacta a la que se descubrió el sello, y, por tanto, a qué fase constructiva estaría asociado. Agradecemos a Bob Porter su ayuda en la investigación de este tema.
13. Bimson (1978). Wood (1990), p. 49, describe Jericó como el «ejemplo perfecto de las dificultades con las que hay que enfrentarse para hallar correlación entre la arqueología y la Biblia. Los especialistas han suprimido en general tanto la documentación bíblica como el folklore y la retórica religiosa».
14. Se han propuesto varias alternativas al relato bíblico de una invasión militar israelita: desde una infiltración lenta y relativamente pacífica hasta una lucha de clases en la que los campesinos ya establecidos en Canaán en el bronce final derrocaron a sus dueños; sobre el tema, véase Gottwald (1980), pp. 191-227, así como artículos de Gottwald, Herrmann, Kochavi y Mazar con discusiones y respuestas en *BAT*, pp. 31-95.
15. Magnusson (1977), pp. 148, 155-156. Garbini (1988), pp. 40-41, jugó con la idea de que las realizaciones atribuidas a Salomón y a su aliado fenicio el rey Hiram de Tiro en el siglo x a.C. fueron en realidad concebidas a partir de los hechos de los reyes del siglo VIII, especialmente Azarías de Judá e Hiram II de Tiro. Esta teoría, sin embargo, adolece de errores de hecho y de interpretación.
16. Kenyon (1964), p. 143.
17. Véanse Tsori (1977); E. Stern (1982), pp. 47-67, 262, n. 34.
18. E. Stern (1982), p. XV.
19. Albright (1946), p. 322.
20. Véase Soggin (1984), p. 356. Los campesinos fueron dejados para trabajar la tierra, muchos refugiados volvieron (Jr. 40:11-12) y los fieles visitaban todavía el lugar del destruido Templo salomónico (Jr. 41:5). Nabucodonosor organizó un gobierno títere que duró poco tiempo (Jr. 40:1-18), mientras que las bases militares del sur de Palestina habrían sido especialmente importantes para él en sus esfuerzos para contener a los egipcios e intervenir en las luchas dinásticas de éstos hacia el 570 a.C. (Leahy, 1988, pp. 190-191, 194). De la misma manera, los ejércitos egipcios andaban aún por doquier. Es difícil imaginar, pues, que Palestina estuviera despoblada.
21. Aharoni (1966), p. 355.

22. Tufnell (1953), pp. 48, 103; cf. James y Kokkinos (1990).
23. Albright (1954), p. 142.
24. Torczyner *et al.* (1938), pp. 13, 204.
25. Torczyner *et al.* (1938), pp. 53, 65, 112-114, 117, 173.
26. Albright (1941), p. 19; D. W. Thomas (1946), p. 40; Diringer, en Tufnell (1953), p. 332.
27. Albright (1938), p. 16.
28. Albright (1939), p. 19; D. W. Thomas (1958), pp. 214-215; James y Kokkinos (1990).
29. Albright (1938), p. 12.
30. James y Kokkinos (1990).
31. Por ejemplo, el superior de Hosaya, el autor de las cartas, tenía el raro nombre de Yaosh. Éste apareció en realidad grabado en un altar de incienso descubierto en una cueva de Lakish. La inscripción estaba en arameo, y, a juzgar por el estilo tanto de la escritura como del altar, su autor vivió no antes de mediados del siglo v a.C. (Dupont-Sommer, en Tufnell 1953, pp. 358-359; Cross, 1969, pp. 23-24; cf. E. Stern, 1982, pp. 189, 192). Resulta tentador ver cierta conexión entre este Yaosh y el individuo al que fueron enviados los óstraca.
32. Albright, en *ANET*, p. 322.
33. Bright (1981), p. 382, n. 18.
34. La referencia fragmentaria al profeta «...iah» en la carta XVI puede ser restaurada como «Shemaiah» (Semaya). En la carta IV aparece un Semaya acompañando a alguien a «la ciudad» (presumiblemente, Jerusalén): Albright, en *ANET*, p. 322. Debe de tratarse de otra referencia al profeta Semaya, cuyo papel como mensajero describe Nehemías. Sin embargo, no hay que insistir en este aspecto, ya que se basa en una reconstrucción hipotética.
35. Albright (1938), pp. 15-16; (1939), pp. 19-20; *ANET*, p. 322.
36. Precisamente en la carta VI se usa la misma expresión hebrea para describir cómo las palabras de las cartas de los príncipes tenían por objeto «debilitar las manos del pueblo».
37. Aquí se sigue la fecha clásica de mediados del siglo v a.C. para Ezra y Nehemías dada por la Biblia. Se han realizado numerosas tentativas para cambiar su orden y situación en el tiempo, pero no vemos ninguna razón, sobre la base de los datos disponibles, para divergir de la cronología tradicional. Sobre la polémica, véanse Bright (1981), pp. 391-402; Soggin (1989), pp. 492-497.
38. Bright (1981), pp. 382-383.
39. James y Kokkinos (1990). La reducción de las fechas de Lakish II hasta llegar a las de Lakish I explicaría también la «intrusión» de cuencos persas en los depósitos de Lakish II observada por E. Stern (1982a), p. 97: «en Lakish, Tufnell encontró varios fragmentos de estos cuencos en contextos del estrato II, pero rechazó su valor cronológico».
40. Ussishkin (1982), p. 25. Los resultados del radiocarbono en muestras de vida tanto breve como larga (Lakish IV, III y II) son confusos y dispersos: (Ussishkin 1983, p. 168). No está claro, en efecto, si el radiocarbono puede ser de algún valor en el debate sobre Lakish; las fechas altas y bajas que ofrece caen todas dentro del período del «desastre del radiocarbono», entre 800 y 400 a.C., aproximadamente (véase el Apéndice 1).
41. Para una bibliografía de las dos escuelas de pensamiento, véanse Ussishkin (1977), p. 32, y Tufnell, en *EAEHL*, p. 753.
42. Tufnell (1953), pp. 55, 106; Aharoni (1975), pp. 15-16; Ussishkin (1977), p. 52.
43. Shea (1978); Rainey, en Aharoni (1975), pp. 49-60.
44. Paterson (1915), láms. 74-76; *ARAB* II, p. 198; Ussishkin (1977), pp. 28-30; Ussishkin (1980a). Con frecuencia se ha afirmado que, dado que la ciudad representada por Senaquerib tiene cierta semejanza con Lakish III, esta última debe ser la población que atacó. Este argumento no se sostiene, ya que la planta de Lakish III es a todos los efectos idéntica a la de Lakish IV, la ciudad contemporánea de Senaquerib según nuestra propuesta; véase James y Kokkinos (1990).
45. Ussishkin (1977); B. Mazar (1986), p. 47; Yadin, en *BAT*, pp. 24-25; Herzog (1987), pp. 78-79.
46. Ussishkin (1977), pp. 51-52.
47. Ussishkin (1977), p. 30.
48. *ARAB*, II, pp. 153-156; para más discusión, véase James y Kokkinos (1990).
49. James y Kokkinos (1990); Kitchen (1986), pp. 383-386.
50. Aharoni (1966), pp. 340-346.
51. Rainey (1982).

52. Para referencias y discusión, véase Lance (1971), pp. 315-317.
53. Aharoni y Aharoni (1976).
54. Kenyon (1979), pp. 296, 298.
55. El gran número de sellos reales encontrados en Gezer, al oeste de Judea (treinta y siete, el sexto grupo más numeroso de todos los yacimientos), plantea un serio problema con respecto a la cronología alta, ya que no hay pruebas de que esta ciudad estuviera alguna vez bajo control de Ezequías. En efecto, hay pruebas de que permaneció en poder de Asiria desde su conquista en el 734 a.C. hasta la caída del imperio hacia 630 a.C. (véanse Lance, 1971, pp. 330-331; Becking, 1981/1982, pp. 78-79; Reich y Brandl, 1985, pp. 41-42). Josías, como heredero no oficial de la autoridad asiria en Palestina, extendió su dominio hacia el norte al menos hasta Megiddo, y probablemente ocupó también Gezer, un importante centro de la red viaria de Israel (véase James y Kokkinos, 1990).
56. Jr. 9:10; Lm. 2:2-3; Ha. 1:10.
57. Sobre la discusión y referencias, véase Ussishkin (1976), pp. 10-12.
58. Albright (1932).
59. Ussishkin (1976), p. 11.
60. Na'aman (1979), pp. 71-73.
61. Véase Kenyon (1979), pp. 289-290.
62. Véanse Kenyon, en Crowfoot *et al.* (1957), pp. 97-98; Amiran (1969), p. 291; Reich y Brandl (1985), p. 48. A lo largo de los años ha habido una tendencia a asignar fechas cada vez más bajas a los hallazgos de «cerámica de palacio asiria» en Palestina. Mientras que Kenyon piensa que una fecha en el período 725-700 a.C. «es segura», Amiran y Van Beek (en *EAEHL*, p. 547) optaron por el segundo cuarto del siglo VII. En 1985, Yadin (en *BAT*, p. 26) situó la misma cerámica entre el 630 y 600 a.C. Sus fechas están muy cerca de las de Holladay y de las preferidas por nosotros; sin embargo, Yadin no profundizó en las consecuencias lógicas que se extraían de esta datación baja.
63. Holladay (1976), pp. 272, 282, n. 59. Debe tenerse en cuenta, no obstante, que las excavaciones de Nimrud rara vez fueron más allá de los últimos niveles del yacimiento, lo que debilita la teoría que defiende la ausencia de cerámica de palacio asiria en los períodos más antiguos. Por desgracia, se sabe demasiado poco acerca de la cerámica asiria de la época imperial; es de esperar que las tumbas de la necrópolis real de Nimrud, que se está excavando en la actualidad, proporcionen fechas más precisas.
64. Holladay (1976), p. 272 (la cursiva es suya).
65. En los últimos años, Francis y Vickers han defendido bajar sustancialmente la cronología de la Grecia arcaica (véase el capítulo 5). En el yacimiento de Meṣad Hashavyahu, de corta duración, apareció cerámica griega oriental, convencionalmente fechada en 630-600 a.C., junto a cerámicas locales generalmente atribuidas al siglo VII; en consecuencia, fue situado en el reinado de Josías (finales del siglo VII a.C.). No obstante, el yacimiento contenía también cuencos persas que en teoría estuvieron de moda durante la mitad del siglo VI; la cerámica chipriota hallada ofrece también una fecha en el siglo VI (véase James *et al.*, 1987, pp. 59-60). Vickers (1985), p. 20, sugirió que el yacimiento debió convertirse en un puesto fronterizo persa con una guarnición de mercenarios griegos a partir de *c.* 540 a.C. Los autores del presente libro prefieren una fecha en la década del 570, y consideran Meṣad Hashavyahu como una fortaleza fronteriza neobabilónica; Nabucodonosor empleó mercenarios griegos en el sur de Palestina, como sabemos por los poemas de Alceo (Burn, 1935, pp. 144-145).

Una serie de resultados del radiocarbono apoyan también la compresión de la cronología de la edad del hierro defendida aquí. Tres muestras del estrato 5 de Tell es-Sa'idiyeh, convencionalmente fechado en el siglo VIII a.C., produjeron secuencias de 615-410 a.C. (P-832), 620-410 a.C. (P-835) y 620-410 a.C. (P-1100); véase Weinstein (1984), pp. 310, 353. Por desgracia, estas fechas caen en el marco del «desastre de radiocarbono» del primer milenio (véase el Apéndice 1). Hay, no obstante, ciertos resultados interesantes obtenidos a partir del material que, según la cronología tradicional, sería anterior al 800 a.C. Weinstein (1984), p. 310, observa que «las fechas de Tell er-Rumeith incluyen varias fijaciones anómalas, todas ellas en la parte joven». Se pensaba que el estrato VII había sido destruido a comienzos del siglo IX, pero el carbón de los postes de la muralla del fuerte produjo series de 785-390 a.C. (M-2029) y 870-560 a.C. (M-3030). El estrato VIII está

fechado en el período salomónico (siglo x), pero el carbón de los postes dio una secuencia de 825-420 a.C. (M-2031); véase Weinstein (1984), pp. 351-352.

66. Becking (1981/1982), pp. 76-77.

67. El capataz de Macalister encontró la tablilla en «un estrato contemporáneo de la época más antigua de la monarquía hebrea»; véase Becking (1981/1982), p. 77, n. 9.

68. Salles (1985).

69. Sobre ejemplares procedentes de Lakish, 'En Gev y Dibon, véase Glueck (1969), p. 51, n. 2; sobre un ejemplar de Hazor, véase Amiran (1969), p. 291, foto 300. Damos las gracias al Dr. John Bimson, del Trinity College de Bristol, por haber llamado nuestra atención sobre este material, así como sobre el problema de la cerámica de palacio asiria.

70. G. E. Wright (1959), p. 20.

71. Kenyon, en Crowfoot *et al.* (1942), p. 97; Kenyon, en Crowfoot *et al.* (1957), pp. 198-199; Kenyon (1964); cf. Wightman (1985), pp. 125-128.

72. G. E. Wright (1959), pp. 20, 22.

73. Kenyon, en Crowfoot *et al.* (1942), p. 94; G. E. Wright (1959), p. 18. Kenyon (1964, pp. 146-147), que creía que la cerámica israelita hallada bajo el período de construcción I era el resultado de la actividad de los propios constructores, insistió en la ausencia de restos de un asentamiento anterior.

74. Kenyon, en Crowfoot *et al.* (1942), p. 99; su comentario se refiere a todo el «relleno» entre la muralla de cierre (período de construcción I) y la pared de las casamatas (período de construcción II), así como al interior de éstas. En la parte norte del yacimiento observó un relleno superior de «carácter definitivamente posterior», que adscribió al período de cerámica IV. Estos hallazgos tardíos (véase también n. 84, *infra*) no afectan al significado de la afirmación de Kenyon, relativa a la naturaleza homogénea de otros depósitos; el hecho es que no había mezcla de material aislado procedente de, por ejemplo, el asentamiento de la del bronce antiguo.

75. Kenyon, en Crowfoot *et al.* (1957), pp. 91-94.

76. G. E. Wright (1959), p. 22.

77. Wright (1959), pp. 21-22 (n. 24); Kenyon, en Crowfoot *et al.* (1957), pp. 98-104; Aharoni (1982), p. 203, afirmó que «no hay duda de que en Samaria se encuentra cerámica del siglo x e incluso quizá del xi, incluyendo cuencos bruñidos de forma irregular y otros tipos de transición del antiguo Israel». Cf. Stager (1988).

78. Kenyon (1964), p. 147.

79. G. E. Wright (1959), p. 20. Kenyon, en Crowfoot *et al.* (1942), p. 94, escribió en un principio: «sería imprudente diferenciar entre la obra de Omri y la de Ajab, ya que el primero reinó sólo seis años después de ocupar el yacimiento hacia el 880, tiempo insuficiente para la construcción de una ciudad entera, y la obra de ambos fue probablemente continua».

80. *ANET*, p. 284.

81. Wightman (1985), p. 128.

82. Kenyon, en Crowfoot (1957), p. 105.

83. G. M. Crowfoot, en Crowfoot *et al.* (1957), pp. 469-470; I. T. Kaufman (1982), pp. 232-233.

84. En tanto que Kenyon afirmaba que la cerámica de los períodos de construcción I y II era exactamente la misma, Wightman (1985), p. 125, suponía que alguna cerámica del período II, asociada a estructuras que «podían considerarse como añadidos al proyecto del período de construcción II», tendría una fecha posterior, convencionalmente en la segunda mitad del siglo ix a.C. Según el esquema revisado, ello salvaría el vacío entre la cerámica asociada al palacio de Ajab y la construcción del período II bajo Jeroboam (no antes de *c.* 790 a.C.).

85. Kenyon (1979), pp. 263-264; Aharoni (1982), p. 242.

86. Frankfort (1969), p. 190; Winter (1976b), p. 203; Winter (1981), pp. 123-129.

87. Yadin (1972), p. 193.

88. Yadin (1972), p. 201.

89. Dever, citado en Yadin (1972), p. 203; véase también Dever (1986), p. 26.

90. Ussishkin (1980b), p. 17; Yadin (1980), p. 21; Dever (1986), pp. 26-28, 32-33.

91. Pritchard (1974), p. 35; cf. Kenyon (1979), p. 256.

92. Soggin (1984), pp. 161-162.

93. Albright (1958); cf. Albright (1956a).

94. Frankfort (1969), p. 166.

95. Albright (1958), p. 1.
96. Jidejian (1968), p. 57. Debe tenerse en cuenta, no obstante, que Biblos fue muy mal excavada.
97. Bikai (1978b), pp. 66-67.
98. Pritchard (1975), p. 70; cf. Anderson (1988), p. 407.
99. Muhly (1985), p. 179.
100. Acerca del hiato en Lakish entre 1150 a.C. y el siglo X, véase Ussishkin (1987), pp. 35, 39; sobre el lapso en Megiddo a finales del siglo XI, véanse Aharoni (1982), p. 205; Wightman (1985), pp. 126-127.
101. Véanse I. Finkelstein (1988), pp. 280, 316-323; London (1989), p. 46.
102. *ANET*, pp. 376-378; para un estudio reciente de la «estela de Israel», véase Yurco (1986).
103. Para discusión y referencias, véase I. Finkelstein (1988), pp. 295-296.
104. I. Finkelstein (1988), pp. 300-301; Ussishkin (1987), p. 39.
105. Soggin (1984), pp. 161-162.
106. Aharoni (1982), p. 174; London (1989).
107. London (1989), p. 43.
108. Balensi, en *BAT*, p. 94.
109. Ibrahim (1978); Balensi, en *BAT*, p. 94.
110. Soggin (1984), pp. 82-83.
111. Bright (1981), p. 232, cf. pp. 235-236.
112. Por ejemplo, Yadin (1972), pp. 97-98.
113. Flavio Josefo, *Antigüedades*, VII, 66; VIII, 76-90, 144-149; cf. *Contra Apio*, I, 113-115, 117-120.
114. Hiram el artesano era hijo de un forjador de bronce fenicio y de una israelita (I Re. 7:13; II Cr. 1:14).
115. Ussishkin (1980b), pp. 1, 6.
116. Carta de El-Amarna 115, 48-53 (del rey de Biblos); para una traducción inglesa, véase Mercer (1939), pp. 315-316.
117. Sandars (1985), pp. 151-152.
118. Moorey (1988), p. 29.
119. Catling (1964), p. 222; cf. Karageorghis (1979), p. 208.
120. Webb y Courtois (1979), pp. 157-158.
121. Bibliografía en Soggin (1989), pp. 434-437.
122. Drower (1975), p. 160.
123. Ussishkin (1980b), p. 17.
124. Algunos de los marfiles deben de proceder del antiguo palacio cananeo del estrato VIIB, con el cual se había asociado anteriormente el tesoro. No obstante, éste pertenece sin duda al VIIA, que constituye un estrato de transición entre la edad del bronce final y la del hierro (Yadin, en *EAEHL*, pp. 847-839; Ussishkin, 1980b, pp. 4, 6-7; Dothan, 1982, pp. 70-71). Una localización aproximada para los marfiles la da una caja de útiles de escribir con la cartela de Ramsés III. De acuerdo con la cronología que proponemos, Ramsés III habría sido contemporáneo de Salomón, y muy probablemente fue el «Shishak» que invadió Judá hacia el 925 a.C., según la Biblia (véase el capítulo 10). El sucesor de Salomón en el reino del norte, Jeroboam (*c.* 930-910 a.C.), fue vasallo de Shishak, y la caja de escribir y algún otro material egipcio del nivel VIIA debe corresponder a su reinado. Los marfiles más tardíos de la colección no estarían, pues, muy lejos en el tiempo de los ejemplares sirios de mediados del siglo IX a.C., acabando así con el vacío de la Edad Oscura en la industria levantina del marfil.
125. Véase Bimson (1981), p. 124.
126. Glueck (1969), p. 53.
127. Rothenberg y Lupu (1967), pp. 54-55.
128. Glueck (1969), pp. 51-54, n. 16, cita un artículo inédito de Albright: «la cerámica de comienzos de la edad del hierro que ha aparecido en muchos de estos yacimientos [en el Arabá] es ... definitivamente del siglo X y, por tanto, probablemente salomónica ... Cada nuevo descubrimiento de cerámica me convence más de que la cronología de Nelson Glueck es correcta y de que Aharoni y Rothenberg están equivocados». Tras el descubrimiento de restos egipcios, Albright (1971), p. 4, declaró que tanto él como Glueck se habían equivocado.

129. Rothenberg (1972), pp. 128, 180.
130. Wheeler, en Rothenberg (1972), p. 9.
131. Parr (1982), pp. 131-133.
132. Bimson (1981), p. 139.
133. Véase Bimson (1981), pp. 136-138.
134. Bimson (1981), pp. 142-145; cf. la lista dada por Weinstein (1984), pp. 348-350, en la que cuatro de las secuencias calibradas incluyen el siglo x a.C. Las fechas indican, en general, una actividad claramente continuada en el yacimiento desde el siglo x hasta el VI a.C., tal como desde un principio había afirmado Glueck.

9. *Los años vacíos de la historia nubia* (pp. 202-215)

1. Crónicas del trabajo de la Unesco, en Säve-Söderbergh (1987) y W. Y. Adams (1977).
2. Para un valioso resumen de todos los trabajos anteriores, véase W. Y. Adams (1977), pp. 71-80.
3. «Nubia» se usa en este libro como término geográfico, sin connotaciones étnicas o lingüísticas.
4. Véanse Trigger (1976), cap. 7; W. Y. Adams (1977), cap. 9.
5. W. Y. Adams (1977), pp. 240-241; Trigger (1976), pp. 131-135.
6. Cf. W. Y. Adams (1977), pp. 244-245, y Trigger (1976), pp. 139-140.
7. Trigger (1976), p. 140.
8. La historia nubia desde el Imperio Nuevo hasta el período meroítico está estudiada en profundidad en Morkot (1990), donde se expone con más detalle el modelo defendido aquí.
9. W. Y. Adams (1964), pp. 114-115; cf. Dixon (1964), p. 131.
10. Trigger (1976), p. 135.
11. W. Y. Adams (1984), pp. 244-245.
12. La evidencia principal es la estela conmemorativa de la muerte y enterramiento de un toro Apis (véase el capítulo 10) en el año 20/21 de Psamético I, que da como fecha de su instalación el año 26 de Taharqa, y como su edad veintiún años (Breasted, 1906, p. 492; Kitchen, 1986, pp. 161-163).
13. Véase Kitchen (1986), pp. 153-154; las fechas anuales atestiguadas figuran en Leclant (1983a), p. 505 (n. 9).
14. El año seguro más antiguo es el 3, recogido en un texto que para algunos señala el acceso al trono de Shabataka como monarca único (Kitchen, 1986, pp. 154-159). Un posible año 10 aparece en una estela del Metropolitan Museum of Art de Nueva York (n.º 65.45), inédita; cf. Leclant (1983b), pp. 515-516 (n. 1), 518 (n. 35).
15. Kitchen (1986), pp. 161-172.
16. Se ha dicho que la expresión «caña quebrada» sería un juego de palabras con el nominativo «Kush»; véase W. Y. Adams (1977), pp. 706-707 (n. 2).
17. Kitchen da las fechas más aceptadas para la dinastía XXV. Redford (1985) ha defendido una fecha más baja para la invasión de Shabaka. La fecha del acceso al trono de Taharqa es segura. Está admitido por todos que Piye es anterior a Shabaka, pero no hay confirmación directa de ello.
18. El nombre Piye fue originalmente leído como Piânkhi. Actualmente, se acepta Piye como la forma nubia del nombre; véase Kitchen (1986), p. 582. Una buena traducción de la estela puede encontrarse en Lichtheim (1980), pp. 66-84.
19. Gardiner (1961), p. 335.
20. Un estudio completo de los problemas relativos al reinado de Piye, la evidencia monumental y su interpretación se encuentra en Morkot (1990).
21. Los problemas de la reconstrucción de Dunham y Macadam son estudiados en detalle por Morkot (1990).
22. Para un estudio detallado de la genealogía de Aspelta, véase Morkot (1990).
23. Hay referencias a Alara en textos posteriores, pero sólo le mencionan por el título «Hijo de Ra», designación característica de los reyes fallecidos.
24. Piye cambió sus títulos con frecuencia, mientras que Shabaka utilizó sólo una serie de nombres.
25. Publicada por Dunham (1950).

26. La tumba de Taharqa, de quien se sabe que reinó entre Shabataka y Tanutamón, fue excavada en una campaña anterior, en la necrópolis de Nuri.

27. Hay relativamente pocas tumbas de las generaciones anteriores. La interpretación alternativa, que la necrópolis contiene tumbas del Imperio Nuevo y posteriores, no ha sido nunca considerada.

28. Kendall (1982), pp. 21-23.

29. Kendall (1982), pp. 22-23, n. 2; menciona también otros ejemplos.

30. Las pruebas de radiocarbono sobre material de el-Kurru fueron realizadas a petición del Dr. Timothy Kendall, del Museum of Fine Arts de Boston. Los autores le están muy agradecidos por su generosidad al proporcionarles los datos y el permiso para publicarlos. La interpretación es nuestra.

31. Podría sugerirse que el material de la dinastía XX era heredado, pero la naturaleza de la cerámica —claramente hecha para las ceremonias funerarias— excluye esta interpretación.

32. Rowley-Conwy (1988), p. 246.

33. Bonnet *et al.* (1986) defiende una cronología baja para el yacimiento, pero las fechas de radiocarbono citadas sitúan el final de la secuencia de Kerma en torno al 1450 a.C. Charles Bonnet (comunicación personal) ha dicho que la evidencia indica, en realidad, una reducción más sustancial de la que se deduce del material publicado.

34. El resumen que sigue es estudiado en profundidad por Morkot (1990).

35. Goedicke (1972).

36. A este rey se le ha atribuido una serie de monumentos, y la argumentación es compleja; véase Morkot (1990).

37. Agradecemos al profesor Ricardo A. Caminos su información acerca del bajorrelieve y el texto, que serán publicados por él en Caminos (en prensa). La interpretación y datación del texto son de Morkot. La forma del nombre utilizado aquí, Karimala, es la propuesta por Caminos tras su estudio del texto. La lectura anterior era Katimala (Grapow, 1940; Dunham y Janssen, 1960, p. 11).

38. Caminos (en prensa) ofrece un detallado comentario sobre todos los estudios anteriores de este texto.

10. *Egipto: centro del problema* (pp. 216-250)

1. Torr (1896).

2. Iakovidis (1979); McClellan (1979); Weinstein (1981), pp. 17-23; A. Mazar (1985); Hankey (1987), pp. 50-52.

3. Edwards (1982), pp. 577-581.

4. Por ejemplo, Baer (1973); Bierbrier (1975); Kitchen (1977), (1986); Vittmann (1978); Wente (1976); Wente y Van Siclen (1976). Estudios sobre temas específicos pueden encontrarse en las bibliografías de estas obras y en las notas siguientes.

5. Gardiner (1961), p. 53.

6. La edición clásica de los fragmentos de la obra de Manetón sigue siendo la de Waddell (1940).

7. Gardiner (1961), pp. VI, 46.

8. Edwards (1970), p. 11.

9. Edwards (1970), p. 12.

10. Edwards (1970), p. 12; Long (1974), pp. 272-274; Ingham (1969), pp. 39-40, calculó de nuevo la duración del ciclo sotíaco, que, siendo de 1452-1453 años, terminaba en el 139 d.C.

11. Long (1974), pp. 269-271; el nombre «Menofres» suele compararse con los prenomen de Ramsés I y Seti I, fundadores de la dinastía XIX, convirtiendo así el «punto fijo» de 1321 a.C. en uno de los años del comienzo de esta dinastía. Sin embargo, como ha probado Rowton (1946), Menofres no puede haber sido un rey, y más probablemente se trata del nombre egipcio de la ciudad de Menfis (*mennofir*), punto de observación de los ortos helíacos de Sirio. Cf. Wente y Van Siclen (1976), pp. 233-234.

12. Parker (1976), pp. 178-184.

13. Krauss (1985), pp. 63-67, 100, 109-110; cf. Kitchen (1987), pp. 42-43.

14. Bierbrier (1975), pp. 109-111; Wente y Van Siclen (1976), pp. 223-224, 250; Kitchen (1987), pp. 39-40; Helck (1987), p. 26. Casperson es autor de los últimos estudios detallados sobre estos

problemas astronómicos. En 1986 (pp. 148-150) detecta una serie de incorrecciones en los cálculos y cuadros utilizados por Parker, y, basándose en datos astronómicos, prefiere el año 1504 en lugar del 1490 a.C. para el acceso al trono de Tutmosis III. En 1988, Casperson trata de las fechas lunares para Ramsés II y se decanta por la (baja) fecha de 1279 a.C. Su obra, por lo demás valiosa, queda disminuida por el exiguo alcance cronológico de sus investigaciones: Casperson (1986) prestó escasa atención incluso a la fecha de 1479 a.C. para la subida al trono de Tutmosis III, actualmente popular entre los egiptólogos.

15. Ingham (1969), p. 39.

16. Roy (1982), p. 55.

17. Parker (1971), pp. 18-19.

18. Alejandro Magno introdujo en Egipto el sistema lunisolar macedónico, que tenía en cuenta la intercalación ocasional de un mes como medio de regulación. El antiguo calendario egipcio continuó funcionando, no obstante, y bajo Ptolomeo III (247-222 a.C.) los vínculos del calendario macedónico con el mes lunar se rompieron y los dos sistemas fueron sincronizados. Bajo el mismo rey, una asamblea de sacerdotes promulgó el famoso «Decreto de Canope» (238 a.C.), que prescribía la adición en el calendario egipcio de un día cada cuatro años. El decreto fue impopular y nunca se llevó a efecto. En 163 a.C., Ptolomeo VII restableció el calendario macedónico, acto revocado tras su muerte, en 145 a.C. Véanse Sarton (1970), pp. 109, 321-322; Long (1974), pp. 271-272; Bickerman (1980), pp. 38-41.

19. Parker (1971), p. 13.

20. Damos las gracias al profesor J. R. Harris por llamar nuestra atención sobre esta posibilidad. Un fragmento de Manetón —Waddell (1940), p. 99— recoge la tradición de que el rey hicso Saites (Salitis), de la dinastía XVII, añadió seis días al año, haciéndolo de 365 días; si bien la veracidad histórica de este episodio es insignificante, debe reflejar la posibilidad de una alteración del calendario durante el período hicso. Se ha supuesto que los egipcios no «corrigieron» su año, según el testimonio del escritor romano P. Nigidio Figulo, quien declaró que los Ptolomeos habían jurado no cambiar nunca los días o meses del calendario (véase Long, 1974, p. 263). Tal juramento indica que los faraones tenían cierta tendencia a reformar el calendario, como en efecto hicieron con frecuencia los Ptolomeos.

21. Helck (1987), p. 18. Helck explica mejor el problema del Papiro Ebers en Åström (1989), parte 3, p. 41; la salida de Sirio está situada entre dos anotaciones sobre el 9.º día del mes 11 y el 8.º del 12. No es seguro, sin embargo, a cuál de estas fechas pertenece la referencia sotíaca, si es que tiene que ver con alguna; por ello, Helck concluye que «no podemos utilizar esta anotación para hacer cálculos cronológicos».

22. Bietak, en Bimson (1988), p. 55, n. 4.

23. Ni la relación entre las dinastías XIII a XVII (que parecen superponerse de forma considerable) ni tampoco el número total de sus faraones están establecidos con seguridad. Los estudios actuales sobre la cronología del Segundo período intermedio —por ejemplo, Kitchen (1987), pp. 44-45, 50-51— operan dentro de los parámetros permitidos por las fechas sotíacas para los imperios Medio y Nuevo.

24. Parker (1957), pp. 39-40: «cuanto más corta en años sea la secuencia en la que cae una fecha lunar, mayor es la posibilidad de que pueda atribuirse a un año concreto. La secuencia debe ser establecida mediante otros datos de calendario o astronómicos, como una fecha para la salida helíaca de Sotis (Sirio) o para un eclipse de Sol o de Luna, pero es más probable que consideraciones puramente históricas establezcan los límites. Cuando sean posibles dos o más soluciones para la misma fecha, las consideraciones históricas deben determinar cuál es la más probable».

25. Papiro 10.056 del Museo de Berlín; véase Parker (1950), Excursus C.

26. Read (1970), pp. 6, 10.

27. Parker (1970).

28. Read (1970), p. 4.

29. Thiele (1983), p. 80.

30. Van der Meer (1947), p. 69.

31. Kitchen (1986), p. 298.

32. II Cr. 11:5-10; 12:4. Todas las ciudades mencionadas están al sur y al suroeste de Judá, lo que indica que Egipto era la amenaza percibida por Roboam en su refuerzo de las defensas del país.

33. Aharoni (1966), p. 285; cf. Wallenfels (1983), p. 88.

34. Jeroboam se refugió en la corte de Shishak tras su rebelión contra Salomón (I Re. 11:40), se casó con una princesa egipcia llamada Anô (según la versión griega del Antiguo Testamento: versión de los Setenta, III Re. 12:24e) y volvió de Egipto a la muerte de Salomón para luchar por la independencia de Israel (I Re. 12:2). Si bien Edwards (1982), p. 546, cf. Gardiner (1961), p. 330, considera que la explicación «obvia» del relato bíblico sería que Shishak «actuaba como aliado de Jeroboam con el fin de someter a Roboam», debe descartar esta idea debido a la evidencia de la lista de ciudades de Sheshonq, y asumir que, por alguna razón, los egipcios atacaron también a su protegido. Una alternativa más razonable es que Sheshonq anotó todas las ciudades que se rindieron o le pagaron tributo durante su campaña, incluso las de su vasallo Jeroboam; las listas egipcias de este tipo no pretendían seguramente expresar la idea de que todos los lugares mencionados habían sido destruidos o atacados (Redford, 1982, p. 117). Sin embargo, la plausible teoría del tributo complica el problema: la omisión de Jerusalén y de otras ciudades judías importantes, cuyo sometimiento era el principal objetivo de la invasión de Sheshonq, se hace aún más evidente.

35. La única referencia segura a un Takelot «I» está en la genealogía de Pasenhor (véase el cuadro 10.2). La interpretación que hace Kitchen de este rey es especialmente curiosa. Acepta que la referencia de Pasenhor es la única «evidencia inequívoca de su existencia», subrayando que «la recuperación del real, y probablemente hasta ahora desconocido, prenomen de Takelot I es un premio menor que aguarda a la pala o al ojo epigráfico de algún egiptólogo del futuro» (Kitchen, 1986, pp. 120, 97). No obstante, basándose en ciertas fechas anuales (la más alta, 14) que no llevan el nombre de ningún rey, Kitchen (1986), pp. 121-122, le concede un reinado de ¡«no menos de 14 o (para mayor seguridad) 15 años»! En otro lugar, Kitchen (1982), p. 220, insatisfecho de la aparente inactividad de Takelot durante esos años, ¡lo describe como una «estúpida nulidad que permitió que el poder real se le escapara de entre sus torpes dedos»! Aston (1989) intenta encontrar una prueba más firme sobre Takelot I dividiendo los restos monumentales atribuidos normalmente a Takelot II entre estos dos monarcas. Resulta difícil aceptar esta tesis; todo el material en cuestión lleva el mismo prenomen (Hedjekheperre), que Aston divide en dos partiendo de la base norte-sur. El uso de tal metodología daría lugar a dos faraones llamados Ramsés II y a mil absurdos más.

36. Recientemente se ha probado que la fecha antes leída como año 36 en una estela de Osorkón I es en realidad «día 26», habiéndose perdido la cifra del año (véase Kitchen, 1986, pp. 110, notas 127 y 128). De este modo, el número de años máximo atestiguado para Osorkón I es 12 (Edwards, 1982, p. 550), lo que concuerda bastante con los 15 años concedidos al primer Osorkón en la dinastía XXII de Manetón. Sin embargo, Kitchen (1986), pp. 110-111, cambia esta cifra por 35, basándose en la presencia de los años 3 y 33 en las vendas de lino de una momia que lleva también el nombre de Osorkón I. Al buscar un largo reinado que pudiera acomodarse al año 33 que figura en las vendas, tuvo que prescindir del reinado de 49 años de Psusennes I, ya que «estaba demasiado alejado en el tiempo». El esquema que defendemos aquí no está sujeto a esta idea y establece un considerable solapamiento entre las dinastías XXI y XXII. Wente (1976), p. 277, afirmó que el año 33 correspondía a Sheshonq I y no a Osorkón I. Asigna a Sheshonq I un reinado mucho más largo de los 21 años que normalmente se le dan, y establece una corregencia de 3 años con su hijo Osorkón con el fin de explicar las inscripciones de los vendajes. No obstante, el número máximo de años de reinado atestiguado para este faraón es de 21 (Kitchen, 1986, p. 73).

37. Kitchen (1986), pp. 255-256.

38. O'Connor (1983), p. 276.

39. O'Connor (1983), p. 238.

40. *ANET*, p. 294.

41. Herodoto, II, 147; Diodoro Sículo, I, 66, 1-2.

42. Para un estudio reciente de la obra de Manetón y sus fuentes, véase Redford (1986), especialmente las pp. 203-230; cf. Aston (1989), p. 142, notas 33 y 34.

43. Waddell (1940), p. 9.

44. Kitchen (1986), p. 405.

45. Redford (1986), p. 316.

46. Spencer y Spencer (1986), pp. 199-201, abogan por un origen en el Alto Egipto, y no en el Delta, para la dinastía XXIII; cf. Redford (1986), pp. 312-316, y Aston (1989), p. 149, n. 67, que cita un estudio de Leahy, en prensa.

47. Hope (1987), pp. 45-46; cf. Aston (1989), p. 144.
48. Woldering (1967), p. 177.
49. W. S. Smith (1981), p. 387.
50. Bierbrier (1975), p. 45.
51. Bierbrier (1975), p. 54.
52. W. S. Smith (1981), pp. 389-390.
53. W. S. Smith (1981), pp. 389-390.
54. Culican (1970), p. 31, hace referencia al alabastro tipo *d* de la clasificación de Preusser (1955), p. 22.
55. W. S. Smith (1981), p. 393.
56. Malinine *et al.* (1968); Vercoutter (1958) y (1960).
57. Vercoutter (1958), p. 340, se basa en la duración de la vida de los toros Apis registrada en estelas de la época de Ramsés II a la de Ptolomeo VIII.
58. Por ejemplo, Kitchen, en Bierbrier (1975), p. x.
59. Bierbrier (1975), p. 45.
60. Bierbrier (1975), p. 54.
61. Bierbrier (1975), pp. 2-5, 51-53.
62. Para referencias, véase Kitchen (1986), pp. 187-194, 487 (cuadro 18).
63. Bierbrier (1975), p. 3.
64. Bierbrier (1975), pp. 51-53.
65. Véase Borchardt (1935), pp. 96-112, y láminas 2 y 2a, para la genealogía menfita dada en el bajorrelieve de Berlín, al parecer realizado durante el reinado de Sheshonq V (el nombre Sheshonq aparece inscrito en el monumento).
66. El último titular citado es un tal Anjefensejmet, octavo descendiente del Gran Sacerdote Shedsunefertem, quien con seguridad estuvo en activo durante el reinado de Sheshonq I. Un paralelo parcial con la genealogía de Berlín —en el Louvre; Malinine *et al.* (1968), pp. 48-49— registra otra línea descendiente de Shedsunefertem. Su nieto Osorkón fue también Gran Sacerdote de Menfis, pero en la generación siguiente la familia fue reemplazada en el cargo por príncipes reales descendientes de Osorkón II. Éstos detentaron el cargo durante cinco generaciones (Kitchen, 1986, pp. 192-194); la última corresponde al reinado de Sheshonq V. La combinación de esta evidencia da ocho generaciones desde Sheshonq I a Sheshonq V, como en la genealogía menfita de Berlín. El número conocido de grandes sacerdotes de Menfis que sirvieron bajo Ramsés II es mayor que el que figura en la genealogía, pero su largo reinado (sesenta y siete años) bien pudo haber abarcado cuatro generaciones.
67. Kitchen (1986), pp. 189-192.
68. Otro paralelismo con las ocho generaciones desde Sheshonq I a Sheshonq V (véase n. 66) es la Genealogía de Pasenhor (véase el cuadro 10.2), que da nueve generaciones para el mismo intervalo.
69. Lieblein (1914). Algunos de los vínculos que estableció entre las dinastías se basaban en la suposición (compartida por muchos otros egiptólogos) de que hubo matrimonios entre faraones y Esposas Divinas de Amón. Ahora sabemos que no fue así.
70. Černý (1946); Gardiner (1961), pp. 319-320. Para un relato completo del descubrimiento del Escondite Real, véase Romer (1981), capítulos 13-15.
71. Kitchen (1986), p. 289.
72. Gardiner (1961), p. 320.
73. E. Thomas (1979), p. 92 (n. 24) alude a otro posible enterramiento de la dinastía XXII, perteneciente a una tal Nesitanebtashru. Kitchen (1986), p. 64, piensa que la inscripción en los vendajes de esta tumba podría corresponder a Siamón, Psusennes II (dinastía XXI) o Sheshonq I (dinastía XXII), de modo que su atribución a la dinastía XXII debe ser considerada con reservas. Existe la fascinante posibilidad de que se trate de la madre —pues lleva el mismo nombre— del GSA/«Faraón» Harsiese, quien gobernó en Tebas en época de Osorkón II (Kitchen, 1986, p. 307).
74. E. Thomas (1979), pp. 89, 92 (n. 24).
75. Montet (1947). Dodson (1988), pp. 224-225, junto con Yoyotte y Aston, afirma que la Tumba II debe pertenecer al faraón Pimay de la dinastía XXII.
76. Lézine, en Montet (1947), pp. 46-47.

77. Dodson (1988), p. 221.
78. Montet (1947), pp. 25-26; Kitchen (1986), pp. 317-319.
79. Montet (1947), pp. 59-70; sobre Hornekht, véanse Kitchen (1986), p. 323, n. 447.
80. Kitchen (1986), incorpora los resultados de Vittmann (1978).
81. Kitchen (1986), p. 201.
82. Kitchen (1986), pp. 481-482, cuadro 14, cf. pp. 595-596.
83. Sobre la familia de Najtefmut, véase Bierbrier (1975), pp. 79-85, 89-91. El designado (en 725 a.C. según Kitchen) fue un kushita, Kelbasken, después del cual hay un vacío en los registros hasta la designación (hacia 680 a.C.) de Mentuemhat, un tebano de antigua y distinguida familia casado con una princesa kushita. Sobre la familia de Mentuemhat, véase Kitchen (1986), pp. 230-233; Bierbrier (1975), pp. 104-108; Taylor (1987). Kitchen maneja aquí una fecha alta para la invasión de Piye, y expresa la suposición de que los kushitas apartaron de ciertos cargos importantes de Tebas a las familias más antiguas. Pero es posible que la destitución de la familia de Najtefmut (descendiente de Sheshonq I) tuviera lugar bajo Shabaka, y que a Kelbasken le sucediera inmediatamente Mentuemhat, lo que eliminaría el vacío en la secuencia.
84. Bierbrier (1975), p. 107, estudia los problemas cronológicos y genealógicos que afectan a las relaciones de los últimos miembros de esta familia con la línea de Besenmut; cf. Bierbrier (1984).
85. Kitchen (1986), p. 480, cuadro 13B; Yoyotte (1972).
86. Esto está demostrado más claramente por una inscripción que recuerda la adopción de Nitocris, hija de Psamético I, por las princesas kushitas Shapenupet II y Amenardis II como su futura sucesora, legitimizando así la transferencia a Psamético I de la autoridad en Tebas y señalando el final del reinado sobre Egipto del kushita Tanutamón. Véase Kitchen (1986), pp. 403-404.
87. Kitchen (1986), pp. 356-357, 386-387, 403-405, y n. 951.
88. Kitchen (1986), pp. 322-323.
89. Yoyotte (1972), pp. 39-42, 45-46; Kitchen (1986), pp. 58-60.
90. Kitchen (1986), pp. 56-57; Yoyotte (1972), pp. 45-46.
91. Yoyotte (1972), pp. 44-47.
92. Yoyotte (1972), pp. 3-5, 48; véase Kitchen (1986), pp. 323, para Karomama G.
93. Yoyotte (1972), pp. 48-49.
94. Weinstein (1981), p. 23. Dos escarabeos de Ramsés VIII proceden de una de las tumbas de Tell el-Far'ah Sur (McClellan, 1979, p. 66); el escarabeo de otra tumba que Petrie había atribuido a Ramsés XI ha sido reasignado a Ramsés X, lo que eleva a tres el número de escarabeos conocidos de este faraón hallados en Palestina (Brandl, 1982, p. 383).
95. Kitchen (1986), pp. 280-281, atribuye al faraón Siamón, de la dinastía XXI, una campaña en Filistea; su tesis resulta tan forzada que se puede prescindir de ella con toda tranquilidad. Es casi inconcebible que alguno de los numerosos escarabeos de Menjeperre encontrados en niveles de la edad del hierro de Palestina pertenezca al GSA de la dinastía XXI de este nombre: su autoridad no llegaba siquiera hasta el Delta. La explicación sería que casi todos estos escarabeos llevaban el prenomen de Tutmosis III, y debido a sus propiedades como amuletos continuaron fabricándose en la Época Baja.
96. En James *et al.* (1987), p. 58, seguíamos a Van der Meer (1947), p. 52, en la adscripción errónea de esta estela al estrato IVB de Megiddo; damos las gracias al Dr. Rupert Chapman por recordarnos que el objeto apareció, en realidad, fuera de contexto; cf. Wallensfels (1983), p. 88.
97. Montet (1928), pp. 54 ss.; Albright (1947), pp. 153, 157-158.
98. Albright (1947), pp. 153, 158; Wallenfels (1983), p. 111.
99. Albright (1947), p. 160; cf. Moscati (1968), p. 11.
100. Véase Albright (1947), p. 154, n. 15; Wallenfels (1983), p. 106.
101. Albright (1947), pp. 153-154; (1958), p. 5.
102. B. Mazar (1986), pp. 231-247.
103. Wallenfels (1983), pp. 83-84, insiste en que no pudo haber saqueo u otras alteraciones en la tumba tras el entierro de Ahiram. Mientras que la mitad superior de la fosa (por encima de un suelo de madera intermedio) contenía una gran cantidad de cerámica chipriota, la mitad inferior estaba completamente vacía de cerámica. Por tanto, no ve razón para suponer que el material de la parte superior no es contemporáneo del enterramiento.
104. Wallenfels (1983), pp. 87-89.

105. Bennett (1975), p. 15; (1977), p. 9.

106. Milward (1975), p. 17.

107. Karageorghis (1969), p. 54. En Biblos se han encontrado restos de una estatua de Osorkón II, pero descontextualizados y sin inscripción fenicia.

108. Winter (1976b), p. 203, advierte en contra de la relación generalmente aceptada de los marfiles con el vaso de Osorkón, e insiste en que sólo uno de los marfiles fue encontrado con toda seguridad asociado con él. Irónicamente, también ella duda de su valor con respecto a la datación de los marfiles, dadas las asociaciones tardías de estos vasos en otros lugares, como Almuñécar y Nimrud; Winter (1981), p. 124.

109. Preusser (1955), pp. 22-23; Culican (1970), pp. 29-30.

110. Kitchen (1986), pp. 344, 352.

111. Culican (1970), pp. 30-31.

112. Culican (1970), pp. 32-33.

113. Gamito (1988), p. 46.

114. Dado que apareció en la tumba de la reina Akheqa, de los siglos VII-VI (Dunham, 1955, p. 130), se trata con seguridad de una intrusión, aunque pudo haber formado parte originalmente del equipamiento funerario de Taharqa o de una de sus reinas, a quienes corresponden las tumbas más antiguas de la necrópolis. Sobre la cronología del yacimiento, véase Dunham (1955), pp. 1-3.

115. Como el amuleto de oro de Bastet de Pimay, descubierto en la Necrópolis Occidental de Meroe (Dunham, 1963, p. 8), una placa de plata con el nombre inscrito de Nimlot, descubierta en el Tesoro de Sanam (Griffith, 1922, pp. 117, 119), y una sítula de bronce de Pefjauawybast procedente de Kawa (Macadam, 1949, p. 87).

116. Escarabeo de Shehonq I de Sanam (Griffith, 1923, p. 147), escarabeo de Seshonq III (probablemente) de Sanam (Griffith, 1923, p. 152), escarabeo de Sheshonq I de la necrópolis de Gebel Moya, de la dinastía XXV y posterior (Addison, 1949, pp. 117-119).

117. Cintas (1970), pp. 444-447.

118. Kitchen (1986), pp. 143-144; Redford (1985).

119. Kitchen (1977), p. 42; (1986), pp. 542-543.

120. Kitchen (1986), pp. 88, 372-376.

121. Por ejemplo, Breasted (1906), pp. 412-417.

122. La inscripción de Wadi Gasus fue estudiada en profundidad por Kitchen (1986), pp. 175-179, 359-360. Las fechas que contiene han sido atribuidas a una serie de reyes: el año 12 casi siempre a Piye, el año 19 a Osorkón III, Iuput II (Kitchen) y recientemente a Rudamón (Aston, 1989, p. 153). Morkot (1990) afirma que el año 12 no corresponde a Piye sino a Shabaka. Un graffito de Wadi Hammamat (cerca de Wadi Gasus) ha sido fechado en el año 12 de Shabaka y menciona a la Esposa Divina de Amón, Amenardis I. En este caso, el año 12 de Shabaka estaría relacionado con el año 19 de otro monarca, lo más probable Osorkón III. Kitchen (1986), p. 178, por razones cronológicas, considera que esto es imposible.

123. Amenardis I no figura asociada a Piye en ningún monumento contemporáneo, sino a Shabaka, y hay motivos para suponer (pese a las afirmaciones de escritores anteriores como Kitchen, 1986, p. 359) que fue éste quien la instaló. Tampoco hay evidencia de que Piye fuera hermano de Amenardis I.

124. *ANET*, p. 286; véase Kitchen (1986), pp. 144, 376.

125. Peftjauauibast, como Gran Sacerdote de Menfis, ha sido datado por Kitchen (1986), p. 487, cuadro 18, en 790-780 a.C. Como hijo del GSM Pediese, Peftjauauibast era bisnieto del príncipe coronado Sheshonq (hijo de Osorkón II), y, por tanto, tenía sangre real. También debió ser descendiente de Osorkón II por línea femenina. Los antecedentes del faraón Peftjauauibast de Heracleópolis son completamente desconocidos; su identificación con el GSM del mismo nombre explicaría su origen y sus pretensiones a la monarquía.

126. Véase la n. 84 y la evidencia expuesta en el cuadro 10.2. Kitchen (1986), p. 567, al aceptar la idea de Leahy, basada en la ortografía, de que el faraón Takelot del que descendía una familia de visires es el III y no el II, ha rebajado la datación de este grupo en un siglo. Esto hace resaltar algunas de las muchas dudas en la ordenación correcta de los funcionarios durante el período libio y las posibilidades para realizar revaluaciones drásticas.

127. Kitchen (1986), pp. 89-90.

128. Kitchen (1986), pp. 106-107; cf. pp. 329-333.

129. Véase Baer (1973), pp. 18-19. Cuando se estaba preparando este libro para su publicación, apareció un nuevo estudio de Aston (1989); en lo esencial coincide con las ideas aquí presentadas, relativas a que tuvo que existir un solapamiento considerable entre los reinados de Takelot II y Sheshonq III, y que la identificación del GSA príncipe Osorkón con el futuro Osorkón III es altamente probable.

130. Cf. Kitchen (1986), p. 330 (n. 481); Baer (1973), p. 19.

131. Véase la nota 35.

132. Véase la nota 36.

133. Con esto no se pretende afirmar que la dinastía XXI empezó a mediados de la XXII. Este sería el caso sólo si la habitual identificación del Psusennes (de prenomen Ajeperre) enterrado en Tanis con Psusennes I, segundo faraón de la dinastía XXI de Manetón, fuera cierta. Sin embargo, la cronología interna de esta dinastía es extremadamente oscura, y únicamente resulta bastante segura la descendencia de los grandes sacerdotes de Amón de Tebas. Sus relaciones con los faraones que reinaban en Tanis, así como las conexiones internas entre estos últimos, son aún motivo de conjeturas (véase Kitchen, 1986, pp. 473-474, cuadros 7 y 8). La identificación de los dos faraones llamados Psusennes (prenomen Ajeperre y Tyetjeperre), monumentalmente atestiguados, con los Psusennes «I» y «II» de Manetón, respectivamente, no ha sido nunca demostrada de forma apropiada, y debe considerarse la posibilidad de que su orden cronológico esté cambiado. El dato fundamental en la identificación de Tyetjeperre como el segundo Psusennes fue el bien documentado matrimonio de su hija Maatkare con Osorkón I. Dentro de la secuencia dinástica convencional, esto significa que Tyetjeperre debió haber reinado a finales de la dinastía XXII; por exclusión, Psusennes Ajeperre fue colocado al principio.

134. La campaña de Sheshonq I, que afectó profundamente a Israel, debió de estar conectada, en cambio, con la guerra de Israel contra los arameos, con el fin de recuperar sus territorios al norte de Samaria y al otro lado del Jordán. El reino hebreo septentrional de Israel mantuvo siempre relaciones amistosas con Egipto, desde su fundación bajo Jeroboam (véase el capítulo 8) hasta Oseas, el último rey, que envió mensajeros a Egipto para pedir ayuda contra los invasores asirios (II Re. 17:4). El anónimo «Salvador» enviado por Dios para ayudar a Israel a expulsar a los arameos hacia el 800 a.C. (II Re. 13:5) pudo haber sido Sheshonq I.

135. Sese o Sessi (*Ssysw*) era un diminutivo corriente del nombre real Ramsés, aplicado sobre todo a Ramsés II y especialmente en los topónimos situados en Palestina o en la ruta hacia ella: Gardiner (1920), p. 103; *ANET*, pp. 477-478; Kitchen (1986), p. 374, n. 751. Aunque con frecuencia ha sido ignorada por los egiptólogos modernos, no hay motivos para dudar de la afirmación de Ramsés III acerca de una gran campaña en Palestina; la evidencia arqueológica demuestra que tuvo un cierto control sobre la zona (Weinstein, 1981, p. 22). La campaña tuvo lugar probablemente en su año 12 (véase Breasted, 1906, pp. 68-80), durante el cual llevó a Egipto un considerable botín, que incluía «una colección de elaborados vasos metálicos» (Breasted, 1906, p. 73), reminiscencia de los tesoros sacados del Templo de Salomón por Shishak (I Re. 14:26). Si Ramsés III fue el bíblico Shishak, entonces el suegro egipcio de Salomón (*c.* 950-930 a.C.), que saqueó Gezer y se la dio como dote, tuvo que ser el faraón de la dinastía XIX Merneptah, entre cuyos títulos está el de «sojuzgador de Gezer» (Yurco, 1986, p. 190). Futuras investigaciones sobre estos posibles sincronismos nos ayudarán a afinar considerablemente nuestra cronología egipcia. Por ejemplo, si el año 12 de Ramsés III equivale al 925 a.C., el inicio de la dinastía XX se situaría en torno al 938 a.C. La fecha de *c.* 950 a.C. dada en el texto se basa en cálculos muy generales.

136. La datación por radiocarbono y la historia egipcia han tenido una estrecha, aunque no siempre fructífera, relación. Al principio, se probó el método del radiocarbono en objetos egipcios «de fecha segura». El resultado fue una discrepancia importante, ya que el radiocarbono daba fechas demasiado bajas en comparación con las tradicionales. Esto llevó a la práctica de corregir las fechas de radiocarbono recurriendo a la dendrocronología (véase el Apéndice I). Los resultados calibrados han sido manipulados con frecuencia, a fin de lograr equiparación con la cronología egipcia convencional, idea expresada por Hassan y Robinson (1987). Sin embargo, un análisis más detallado muestra que la situación no está tan clara. Para la datación de Senusret III (dinastía XII) y del Imperio Medio en general, el radiocarbono ha producido resultados confusos. Hassan y Ro-

binson (1987), pp. 125-126, resaltan la amplia gama de resultados y concluyen que «debemos suspender el juicio ... hasta que se obtengan mejores mediciones».

Con respecto al Imperio Nuevo, mencionan seis series importantes de fechas calibradas. Las tres fechas para el reinado de Ramsés II, con una media de 1230±96 a.C., son equiparables a la cronología convencional. La media para Nebuenenef de 1277±102 a.C. (seis resultados), para Bajenjons I de 1217±134 a.C. (tres resultados), para Rome-Roy, de 1167±128 a.C. (ocho resultados) y para Najtmin (o Inhernajt), de 1150±149 a.C. (cinco resultados) «están también dentro del ámbito de las fechas históricas» (Hassan y Robinson, 1987, p. 124). No obstante, las cinco fechas de la tumba de Tjanefer dan una media de 976±88 a.C., «menor de la esperada edad de 1234-1135 a.C.» (Hassan y Robinson 1987, p. 125). Lo interesante es que los resultados de Tjanefer presentan la desviación estándar más pequeña de todas las series. Además, todos los análisis se hicieron sobre cañas, hierba y madera, materiales con una conocida tendencia a producir resultados demasiado antiguos (véase el Apéndice 1).

Para una serie de El-Amarna, un yacimiento de corta duración de la dinastía XVIII, se utilizaron mejores materiales (Switsur, en Kemp 1984). Se realizaron cinco análisis sobre hueso, piel, cuerno, madera y carbón, dando una fecha calibrada media de 1333±50 a.C. (Hassan y Robinson, 1987, p. 124). Debido a su coherencia y a la cuidadosa selección de las muestras, estas fechas parecen prestar un apoyo significativo a la cronología convencional. Sin embargo, una fue obtenida de carbón y otra de madera, lo que reduce el número de resultados fiables a tres. Además, estos resultados debieron de ser sopesados con otros, como los obtenidos de la tumba de Horemheb (último monarca del período de El-Amarna), convencionalmente situado en el último cuarto del siglo XIV a.C. Si el resultado de 1410-1000 a.C. obtenido de la paja cortada de una pared encaja con la datación establecida, la fecha de 1255-920 a.C. procedente de la paja de otra pared tiene que explicarse como producto de una «ornamentación y enlucido» posterior, durante la dinastía XIX, mientras que un resultado de 1260-990 a.C. obtenido del carbón «es por ahora inexplicable, ya que no se encontró ninguna evidencia arqueológica sobre un uso posterior de esta parte de la tumba» (Burleigh y Matthews, 1982, p. 161; fechas de Shaw 1985, p. 313, quien sigue la calibración de Belfast).

137. Un caso famoso de publicación selectiva concierne a dos análisis llevados a cabo por el Museo Británico sobre cañas (BM-642A) y frutos de palmeras (BM-642B) procedentes de la tumba de Tutankhamón. Los resultados, *c.* 846 b.p. y *c.* 899 b.p. (no disponible la desviación estándar), no fueron nunca publicados formalmente. Se supo de su existencia sólo cuando fueron «filtrados» por Bruce Mainwaring, coordinador de un proyecto de radiocarbono dirigido por la Universidad de Pennsylvania en unión con el Museo Británico (Talbott, 1973/1974). Estos resultados, tras su calibración, serían unos dos siglos demasiado tardíos para la cronología convencional, pero concordarían con la revisión que proponemos.

11. *Los enigmas de la arqueología mesopotámica* (pp. 251-276)

1. Lloyd (1980), pp. 97-129.
2. Mallowan (1967), p. 60.
3. Lloyd (1980), pp. 146-147.
4. Lloyd (1980), pp. 175-178.
5. Para la historia de Sardanápalo, véase Diodoro Siculo, II, 23-28; san Agustín, *La Ciudad de Dios*, II, 20; sobre Semíramis, véase Diodoro Siculo, II, 4-21; san Agustín, *La Ciudad de Dios*, XVIII, 2.
6. *ARAB*, I, p. 260; S. Page (1969); véase también el capítulo 12, n. 28.
7. Burstein (1978).
8. Véase, por ejemplo, *ANET*, 317, pp. 566-567.
9. Sobre el Canon de Ptolomeo, véanse Burstein (1978), pp. 38-39; Bickerman (1980), pp. 108-109; Thiele (1983), pp. 227-228.
10. La «Crónica Babilónica» como tal es una serie de documentos que ofrecen una historia episódica desde la época neobabilónica hasta los Seleúcidas (Grayson, 1975, pp. 8-28). El texto publicado por J. N. Strassmaier en 1887 (Crónica I de Grayson) fue compilado durante el reinado del emperador persa Darío I, y abarca el período entre Nabonasar y la subida al trono de Shamash-shum-ukin (747-668 a.C.); sobre el texto, traducción y comentarios, véase Grayson (1975), pp. 69-87.

11. Rawlinson (1873), p. 48. Nuestros conocimientos sobre la Lista de Epónimos hasta el año 648 a.C. han aumentado gracias a descubrimientos posteriores; véanse Ungnad (1938), pp. 428-429, y también *ARAB*, II, p. 439; Thiele (1983), pp. 221-226.
12. Rawlinson (1873), p. 48.
13. Tadmor (1985), pp. 264-265.
14. Thiele (1983), pp. 37, 69.
15. Newton (1977), pp. 372-376, XIII.
16. Anónimo (1977), p. 80.
17. Whiteside (1978); Noel M. Swerdlow, Victor E. Thoren y Owen J. Gingerich, según Anónimo (1979), p. 71.
18. Newton (1977), p. 376.
19. Sachs (1970), p. 20; Sachs (1974).
20. Van der Meer (1947), p. 5.
21. Véase el capítulo 12, n. 19; Rawlinson (1873), pp. 50-51; King (1899a), pp. 361-362; cf. el capítulo 12, n. 17, para más ejemplos recientes de la fiabilidad de los cálculos asirios.
22. King (1899a), p. 368.
23. King (1899b), p. 448.
24. Hallo y Simpson (1971), p. 124.
25. Roux (1966), p. 251; cf. los «siglos oscuros» estudiados por Neumann y Parpola (1987), p. 162.
26. Munn-Rankin (1975), pp. 284-294.
27. Grayson (1972), pp. 132-147.
28. Grayson (1972), pp. 147-153; (1976), pp. 1-62. Sobre la campaña mediterránea de Tiglatpileser I, véase *ANET*, pp. 274-275.
29. Grayson (1976), pp. 46, 74: «con la decadencia del imperio asirio medio disminuye el número de inscripciones reales. En efecto, Asur-bel-kala es el último monarca sobre el que se conserva un número de textos apreciable ... Tras un largo período durante el cual se conocen pocas inscripciones reales, comienzan a aparecer de nuevo *cantidades significativas de documentos*, *empezando* por el reinado de Asurdán II».
30. Neumann y Parpola (1987), p. 171.
31. Wiseman (1975), p. 479.
32. Venit (1986), p. 9.
33. Reade (1975), p. 150.
34. Un ejemplo clásico es el del famoso «Obelisco Negro», atribuido por algunos asiriólogos al reinado de Asurnasirpal II (883-859 a.C.) y por otros a Tiglatpileser II (966-935 a.C.) o incluso a Asurnasirpal I (1050-1032 a.C.). Para bibliografía y análisis de este problema, véase Reade (1975), pp. 129-150.
35. Grayson (1982), p. 242.
36. Wiseman (1975), pp. 463-464.
37. Von Oppenheim (1931).
38. Goetze (1931).
39. Moortgat (1955), pp. 30-33.
40. Frankfort (1969), pp. 175-178.
41. Albright (1956a), pp. 152-153. Más adelante, afirmó (Albright, 1956b, p. 82) que la escritura del texto de Kapara «es neoasiria arcaica, con formas ... que, por lo que sé, no aparecen en *las inscripciones asirias después* del renacimiento de finales del siglo X; la ortografía está a medio camino entre la pésima y arcaizante del segundo milenio y la neoasiria». Dada la general escasez de textos asirios de este período, debemos poner en duda la seguridad de Albright. Orthmann (1971), p. 129, descartó estos argumentos filológicos y paleográficos por su ambigüedad.
42. Hrouda (1962).
43. Orthmann (1971), p. 129; cf. Millard y Bordreuil (1982), p. 136.
44. A modo de compromiso, Madhloom (1970), p. 30, n. 1, hizo notar, aunque con poca convicción, que «el arte de Tell Halaf presenta una confusa mezcla de elementos de época temprana y tardía».
45. Kantor (1956), p. 174; Albright (1958), p. 3, observó, con júbilo apenas disimulado, esta

aparente disensión dentro de la escuela de Frankfort, que por regla general mantenía que el arte sirio del siglo IX a.C. representaba un punto de partida completamente nuevo.

46. Canby (1976), p. 117; cf. Canby (1964).

47. Canby (1976), pp. 117, 119.

48. Millard y Bordreuil (1982), pp. 135-136. Un antiguo nombre de Tell Fakhariyah era Sikanu; algunas veces se ha pensado que el yacimiento correspondía a Wassukani, la desaparecida capital del imperio mitannio.

49. El cargo de Shamash-nuri no figura en el Canon de Epónimos. No obstante, distintos funcionarios estatales ocupaban generalmente la posición de epónimos, según una estricta «ley del más fuerte»: el predecesor de Shamash-nuri (en 867 a.C.) fue, casi con toda seguridad, el gobernador de la vecina provincia de Tushkhan, y en el siglo VIII a.C. el gobernador de Guzana sucedió de forma regular al de Tushkhan (Millard y Bordreuil, 1982, p. 139; Millard, 1983, p. 105).

50. Naveh (1982), p. 89 (n. 52).

51. Millard y Bordreuil (1982).

52. S. A. Kaufman (1986), p. 10.

53. S. A. Kaufman (1986), pp. 12-13; su solución, más bien inventada, es que durante 200 años se conservó de alguna forma en el norte de Mesopotamia un alfabeto del siglo XI, y que éste, siguiendo la ruta a través de Turquía, llegó hasta las costas jonias e inspiró las formas alfabéticas griegas.

54. La reducción del alfabeto protocananeo del siglo XI a.C. al siglo IX propuesta aquí concuerda con las fechas revisadas para las inscripciones de Biblos defendidas por Wallenfels (1983) (véase el capítulo 10).

55. Grayson (1975), pp. 157-169; cf. la variante «Crónica P» (Grayson, 1975, pp. 170-177).

56. Brinkman (1982), p. 282.

57. Moorey, ed. (1982), p. 223.

58. North (1957).

59. Brinkman (1982), p. 284.

60. Brinkman (1984).

61. R. McC. Adams (1981), p. 174.

62. Brinkman (1982), p. 284.

63. R. McC. Adams (1981), p. 174.

64. Brinkman (1982), p. 283.

65. Brinkman (1976), p. VII (n. 2).

66. Burstein (1978), p. 22.

67. Véase Brinkman (1984), p. 177.

68. El marco cronológico utilizado por los neobabilonios estaba vinculado con el de la Lista Real asiria, como se deduce de obras como la llamada *Crónica Sincrónica*, un documento que enumera en columnas paralelas los reyes asirios y babilonios desde los primeros tiempos hasta el reinado de Asurbanipal (*ANET*, pp. 272-274). Estos lazos entre las dinastías babilonias y la Lista Real asiria habrían ensanchado artificialmente el antiguo concepto babilónico de su propia cronología, creando posiblemente un vacío, o período carente de documentación, antes del reinado de Nabonasar similar al existente en la historia reconstruida actual (véase el capítulo 12).

69. La cerámica más antigua de la región del Golfo debió de ser llevada por colonos desde el sur de Mesopotamia hacia el 5000 a.C.; véase Oates *et al.* (1977).

70. Kramer (1963), pp. 147-149.

71. Herodoto, VII, 89; Bowersock (1986).

72. Edens (1986), pp. 196-200.

73. Kervran *et al.* (1987), pp. 78-79, 92.

74. Edens (1986), p. 194, estudia la existencia de una «edad oscura» en el Golfo desde *c.* 1800/1700 hasta el 800/700 a.C. Un análisis más detallado revela que lo que Edens definió como «"edad oscura" del segundo milenio» corresponde, de hecho, al primer milenio.

75. Kervran *et al.* (1987), pp. 75-79.

76. Kervran *et al.* (1987), pp. 79-92.

77. Diakonoff (1985), pp. 23-24.

78. Véase Labat (1975a) (1975b). Ante la invasión de Nabucodonosor I, en torno a 1105 a.C. (según la cronología clásica), el rey elamita Huteludush-Inshushinak huyó (Brinkman, 1968, pp.

105-110). Conocemos al inmediato sucesor de Huteludush-Inshushinak, pero sólo gracias a un texto del siglo VIII a.C. (Labat, 1975b, pp. 502-503). Sobre los 300 años siguientes no hay otros documentos reales elamitas (retrospectivos o de otro tipo). Los archivos babilónicos permanecen igualmente silenciosos con respecto a Elam durante este período, a excepción de una referencia tangencial que menciona la ascendencia elamita del poco conocido monarca babilonio Mar-biti-apla-usur (984-979 a.C.) (Brinkman, 1968, p. 165, n. 1.005).

79. Labat (1975b), p. 503.
80. Carter y Stolper (1984), p. 44.
81. De Miroschedji (1982), pp. 62-63; cf. Carter y Stolper (1984), p. 182.
82. De Miroschedji (1978), pp. 218-227.
83. Ghirshman (1966), pp. 8-9, 91-92.
84. Carter y Stolper (1987), p. 187.
85. Carter y Stolper (1987), p. 184.
86. Carter y Stolper (1987), p. 185.
87. Para una introducción reciente a los problemas de los bronces del Luristán, véase Muscarella (1988a). Muscarella (1988c) contiene una útil bibliografía y un estudio de los ejemplares encontrados en excavaciones con los esquemas cronológicos aplicados, especialmente el elaborado por Louis vanden Berghe para las necrópolis de la edad del hierro incluidas en su extenso trabajo de campo. Pero como hace notar Muscarella (1988c), p. 118: «el problema que encontramos en la secuencia de vanden Berghe no es la localización diacrónica de los bronces, ya procedan de contexto o sean hallazgos aislados, en tres períodos, sino las fechas absolutas asignadas a estos períodos».
88. Muscarella (1988c), p. 120, se muestra prudente en lo que respecta al significado de los ejemplares con inscripción, señalando que ninguno de los cincuenta y seis bronces con inscripciones procede de excavaciones en Luristán; no obstante, admite que dos mangos de hacha claveteados que llevan el nombre de un rey babilonio y de otro elamita (ambos fechados tradicionalmente en el siglo XII a.C.) son del tipo de Luristán.
89. Schaeffer (1948), pp. 477-495.
90. Ghirshman (1964); Kantor (1946); cf. Porada (1964).
91. Muscarella (1988a); para más discusión sobre la amplia gama de fechas posibles de los bronces, véase Moorey (1971).
92. Neumann y Parpola (1987), pp. 178-182.
93. Referencias en Neumann y Parpola, pp. 163-164.
94. Neumann y Parpola, (1987), p. 162.

12. *La exageración de la Antigüedad* (pp. 277-293)

1. Flavio Josefo, *Contra Apio*.
2. Herodoto, II, 2-3.
3. Este importante tema es ignorado, por ejemplo, en el reciente estudio general de Van Seters (1983) sobre la historiografía antigua del Próximo Oriente.
4. Hakluyt (1907), pp. 53-55.
5. Platón, *Timeo*, 22-23.
6. Herodoto, II, 142.
7. Burstein (1978), p. 21.
8. Waddell (1940), p. x.
9. Para la traducción y bibliografía sobre la Lista Real clásica, véase *ANET*, pp. 564-566; véase Brinkman (1973), pp. 314-315, sobre la fecha de la versión de Nassouhi.
10. Albright (1921), pp. 86, 94 (n. 2); cf. Lewy (1970), p. 741. Para más detalles acerca de estos períodos de tiempo relativos a los reyes kassitas, véase Brinkman (1976), p. 8 (n. 5).
11. Albright (1921), p. 94 (n. 2).
12. Lewy (1970), pp. 740-741; Albright (1921), p. 94 (n. 2).
13. Drews (1975), pp. 48-50; cf. Van Seters (1983), pp. 91-92.
14. Lewy (1970), p. 740.
15. *ARAB*, I, p. 41, traducido también en Grayson (1976), pp. 85-86; *ARAB*, II, pp. 272-273.

16. Para explicar estas discrepancias se ha sugerido que el texto de Asaradón contiene errores de escriba, y que el período de 159 años fue incluido dos veces por el escriba de Salmanasar (contándolo de nuevo dentro de los 580 años). Véanse Lewy (1970), pp. 748, 750-751; Na'aman (1984), pp. 118-119. Sin embargo, los textos son muy claros, y la idea de «errores de escriba» no tiene ninguna base objetiva. La posibilidad considerada por Na'aman (1984), p. 119, de que «el escriba de Salmanasar consultó una lista real distinta a nuestro texto canónico» constituye una propuesta más válida que la de una manipulación de los datos originales.

17. Albright (1921), p. 89; Rowton (1966), pp. 254-255; Rowton (1970), pp. 202-203; cf. Wiseman (1975), pp. 464-465. (Véase también el capítulo II, n. 21.)

18. Na'aman (1984), p. 116: «debemos concluir que las listas reales canónicas asiria y babilónica contenían todos los datos cronológicos necesarios para calcular la duración de los acontecimientos del pasado, y que, tras su compilación, se convirtieron en las fuentes principales de todos los informes sobre *Distanzangaben* [períodos], por lo que a los escribas se refiere. En otras palabras, estos informes no tienen ningún valor para el establecimiento de un esquema cronológico exacto o para la confirmación de un sistema cronológico determinado». Cf. Lewy (1970), p. 752.

19. Senaquerib, *c.* 700 a.C., añadió una inscripción a un sello del rey kassita Shagarakti-Shuriash del que se había apoderado anteriormente Tukultininurta I. El sello había vuelto a Babilonia y fue tomado otra vez por Senaquerib «600 años» más tarde; véase *ARAB*, II, pp. 158-159. Nabónido, que escribió hacia el 550 a.C., situó a Shagarakti-Shuriash 800 años antes de su época —Brinkman (1976), p. 8, n. 5—, un siglo más de lo que permitiría la cronología actualmente aceptada.

20. Brinkman (1973), p. 310.

21. Henige (1986), p. 64.

22. J. J. Finkelstein (1966).

23. Hallo (1978), p. 5.

24. Hallo (1978), p. 5.

25. Hallo (1978), p. 6.

26. Hallo (1978), p. 3.

27. Hallo (1978), p. 3.

28. Los monarcas perdidos son los siguientes (en orden cronológico y con las fechas clásicas):

(1) Rey Puzur-Sin, cuya única inscripción le menciona como rival de la casa de Shamshiadad I, c. 1800 a.C. (Grayson, 1972, pp. 29-30).

(2) (3) (4) Un fragmento de la Lista Real se aparta de la tradición canónica y repone a los reyes XLI a LIII (según la numeración de Grayson) en el período posterior a Shamshiadad I, con los nombres de dos, o quizá tres, reyes desconocidos de Asiria: Mut-Ashkur, Rem ... y posiblemente Asinu (Grayson, 1972, p. 29).

(5) Ber-nadin-ahhe, al parecer hijo del rey Asurnirari II, del siglo XV a.C., citado por dos textos legales: «tanto el título como la genealogía indican que Ber-nadin-ahhe fue un rey. Pero no figura en la Lista Real asiria y nada más se sabe sobre él» (Grayson, 1972, p. 37).

(6) Asur-danin-apli (hijo de Salmanasar III), quien casi con toda seguridad ocupó el trono durante la rebelión de seis años que dirigió al final del reinado de su padre, 826-821 a.C. (Poebel, 1943, p. 79).

(7) Se ha dicho que la reina Samuramat gobernó Asiria durante la minoría de edad de su hijo Adadnirari III (810-805 a.C.), aunque este punto ha sido muy discutido; en cualquier caso, la LRA no hubiera incluido a una reina aun cuando hubiese reinado efectivamente. Sobre los argumentos a favor y en contra de su regencia, véanse Poebel (1943), pp. 80-84; Page (1969).

29. Grayson (1972), p. 137.

30. Landsberger (1954), pp. 42-44.

31. Brinkman (1973), p. 313.

32. Brinkman (1973), p. 312.

33. Wilson (1977), pp. 89-90, analiza las distintas genealogías de Asurubalit, observando que «en esta sección de la LRA-A las genealogías han sufrido alteraciones».

34. Brinkman (1973), p. 312.

35. Brinkman (1973), pp. 311-312.

36. Hallo (1978), pp. 6-7.

37. Thiele (1983), pp. 61-65.

38. Rowton (1966), pp. 255-256; Brinkman (1976), pp. 409-411.
39. Grayson (1972), p. 146; Van der Meer (1947), pp. 9-10; Poebel (1943), pp. 61-66; Wiseman (1975), pp. 452-453; para referencias adicionales, véase *ANET*, p. 565 (n. 3).
40. Brinkman (1973), p. 313.
41. Véase Henige (1986), p. 61. Por ejemplo, en Esparta dos líneas de reyes descendientes del héroe Hércules compartieron los cargos sacerdotales y militares durante varios siglos (Herodoto, VI, 56-59). Los reinos de Judá e Israel, separados a causa de las tensiones surgidas en el seno de la débil confederación de tribus, actuaron numerosas veces en la práctica como una monarquía dual israelita, con períodos de fructífera cooperación, fortalecidos por matrimonios dinásticos y empresas comerciales y política exterior conjuntas.
42. Henige (1986), p. 61.
43. Kramer (1963), pp. 328-331; *ANET*, pp. 265-267.
44. Kramer (1963), p. 36.
45. A. L. Oppenheim, en *ANET*, p. 265.
46. Grayson (1975), pp. 69-87; sobre la Crónica, véase el capítulo 11, n. 10.
47. Carter y Stolper (1984), p. 92 (n. 359). Como ejemplo, citan un texto legal acadio fechado en el año 15 de Hallushu, rey de Elam, al que la Crónica asigna un reinado de sólo 5 años.
48. *ANET*, pp. 272-274.
49. Poebel (1943), p. 61 (n. 236).
50. Rowton (1970), pp. 201-202.
51. Poebel (1943), pp. 56-57.
52. Asurnirari IV (1018-1013 a.C.) y Asur-rabi II (1012-972 a.C.): véase Grayson (1976), pp. 70-71. El breve Ashared-apil-Ekur (1075-1074 a.C.) tampoco está atestiguado por los monumentos (Grayson, 1976, pp. 45-46).
53. Grayson (1976), pp. 68-70, 73-74.
54. Brinkman (1973), p. 312.
55. Grayson (1976), p. 70.
56. Brinkman (1982), p. 296.
57. Henige (1986), p. 63.
58. Brinkman (1976), p. 15, n. 28.
59. Una alternativa es que el Asurubalit de la Lista Real y los monumentos no es el corresponsal de ese nombre de El-Amarna, posibilidad sugerida por la diferencia que hay en los nombres de sus padres (véase el Apéndice 4). El Asurubalit de El-Amarna debe de ser un rey descendiente de una línea real colateral. Si los escribas que elaboraron la Lista Real confundieron a los dos monarcas, ello explicaría las serias discrepancias que existen entre la información de la Lista Real y los monumentos en honor del linaje de los predecesores de Asurubalit (véase n. 33, *supra*).
60. Rowton (1970), pp. 195-196.
61. Véase Kitchen (1987), pp. 39-40.
62. Hanfmann (1951), p. 361.

13. *¿El fin de las Edades Oscuras?* (pp. 294-302)

1. Tainter (1988).
2. Toynbee (1939), V, p. 403; IV, pp. 421-422.
3. James, en prensa.
4. Childe (1942), pp. 177-178.
5. Snodgrass (1989), p. 30.
6. Véase el capítulo 10; Mellaart (1990).
7. Zaccagnini (1987).
8. Renfrew (1979), pp. 490-494.
9. O'Connor (1983), pp. 228-229.
10. Tainter (1988), pp. 202-204.
11. Stiebing (1980), pp. 16-18.
12. Carpenter (1966); Bryson *et al.* (1974).

13. Weiss (1982), p. 194.
14. Neumann y Parpola (1987).
15. Beug (1982), p. 100; Bintliff (1982), p. 144; Harding (1982), p. 9.
16. Baillie (1989).
17. Schaeffer (1948); (1968), pp. 607-608; cf. Drower (1975), pp. 147-148.
18. Kilian, en prensa.
19. Trigger (1976), p. 137.
20. Desborough (1972), pp. 333-340.
21. Taylour (1983), pp. 161-163.
22. Mellink (1964), pp. 63-65.
23 Bottema y Van Zeist (1982), p. 321.
24. Snodgrass (1987), pp. 188-207.
25. H. E. Wright (1972), pp. 193-198.
26. Sordinas (1971), p. 2.
27. Harding (1984), p. 106; cf. Cline (1987), pp. 8-12.

Apéndice 1. *Dendrocronología y datación por radiocarbono* (pp. 303-307)

1. Baillie (1982).
2. Kuniholm y Striker (1983) y (1987).
3. Munro (1987).
4. Para una narración detallada sobre la historia de la datación por radiocarbono, véase D. Wilson (1975).
5. Gillespie (1984).
6. Olsson (1987), pp. 18-22.
7. Gillespie y Polach (1979); Yates (1986).
8. Fishman *et al.* (1977), p. 195; Weinstein (1980).
9. Kuniholm (1988), p. 8.
10. Warner (1985).
11. Pearson y Stuiver (1986); Stuiver *et al.* (1986).
12. Baillie y Pilcher (1983), p. 58.

Apéndice 2. *Teorías griegas y romanas sobre cronología antigua* (pp. 308-315)

1. Clinton (1834), pp. 123-140.
2. *FGrHist*, 241 F la.
3. Cintas (1970), pp. 99-244.
4. Cintas (1970), pp. 219-244.
5. Véase Gjerstad (1962), pp. 36-39.
6. Degrassi (1954).
7. Por ejemplo, Eusebio de Cesarea (*c.* 260-340 d.C.), el «padre de la historia de la Iglesia», en su obra *Preparación al Evangelio* (X, 9), sitúa el cuarto año de la 201.ª olimpíada en el decimoquinto del emperador Tiberio, es decir, en el 28 d.C.
8. Véase, por ejemplo, Diodoro Sículo, XVII, 113, 1.
9. *FGrHist*, 556 F2.
10. Cf. Mosshammer (1979), pp. 86-87.
11. *FGrHist*, 566 T 10.
12. Plutarco, *Vida de Numa*, I, 6.
13. Moretti (1957).
14. Beloch (1913), pp. 148-154.
15. Plutarco, *Vida de Numa*, I, 4 (trad. N. Kokkinos).
16. Bickerman (1980), p. 75; Samuel (1972), p. 190.
17. Burn (1935), p. 144.

18. Bickerman (1980), p. 69.
19. Samuel (1972), p. 196.
20. Samuel (1972), p. 196.
21. Mosshammer (1979), p. 88.
22. Warmington (1969), p. 28.
23. Mosshammer (1979), pp. 92-93.
24. Mosshammer (1979), p. 106.
25. Burn (1935), pp. 130-131.
26. Henige (1981).
27. Véase Manuel (1963), p. 66.
28. Burn (1935), p. 131.
29. Burn (1960), p. 408; no ha abandonado, sin embargo, su idea sobre una duración menor de generación y reinado (sigue situando el comienzo de la lista espartana a mediados del siglo x a.C.), pero afirma que el nexo entre ésta y la guerra de Troya era ficticio.
30. Burn (1935), p. 130.
31. Según Herodoto, Leocedes, hijo de Fedón, fue uno de los pretendientes de la hija de Clístenes, tirano de Sición, quien, de acuerdo con las fechas tradicionales, gobernó durante la década de 570 a.C.
32. Cogan y Tadmor (1977), p. 84.
33. Para ejemplos desde comienzos del siglo VI a.C., véase Burn (1935), pp. 141-142, y (1960), p. 405.
34. Grant (1973), p. 108.
35. Grant (1973), p. 106.

Apéndice 3. *Las «Tablillas de Venus» de Ammizaduga y la datación de la dinastía I de Babilonia* (pp. 316-319)

1. La Lista Real A de Babilonia (véase *ANET*, p. 272) resume la dinastía kassita en 576 años y 9 meses de duración, con 36 reyes. Sin embargo, es difícil verificar este total ya que la mitad de los nombres de reyes de la parte central se han perdido (véase el Apéndice 4). Tampoco se sabe cuándo la dinastía kassita llegó realmente al poder en Babilonia, ya que muchos de los primeros reyes kassitas parecen haber gobernado en otras zonas.
2. Para un resumen adecuado de los primeros intentos de fechar las tablillas de Venus, véanse Weir (1972), pp. 1-15; Huber (1987), pp. 5-6.
3. Albright (1921), pp. 83, 86, 94, aprobaba todavía la fecha de Nabónides, afirmando que la «notable datación astronómica de la dinastía I de Babilonia» realizada por Kugler era «prácticamente segura».
4. Rowton (1970), pp. 207-208, 232.
5. S. Smith (1940), p. 2.
6. Poebel (1942 y 1943).
7. Huber (1987), p. 6.
8. Albright (1965), pp. 55-56. Posteriormente, Albright llegó a la conclusión de que la cronología baja estaba de acuerdo con las fechas del bronce medio de Palestina, «establecidas sobre una base sólida mediante sincronismos egipcios fijados por la astronomía».
9. S. Smith (1940), p. 29.
10. Åström (1987 y 1989).
11. Gates (1987), pp. 76-77.
12. Huber (1987), p. 6.
13. Huber (1987), p. 7.
14. Weir (1972), pp. 40-41, 29-31.
15. Weir (1972), pp. 68, 78.
16. Huber (1974), p. 86.
17. En 1982, Weir revisó completamente sus conclusiones a la luz de los cálculos orbitales retroactivos de Huber, y ahora acepta la cronología alta propuesta por éste. Sin embargo, recurre

aún a «una modificación en el trazado de la órbita de Venus» para resolver ciertas discrepancias, que rechazaría los fundamentos de la obra de Huber.

18. Clube y Napier (1982).
19. Weir (1986). Debe recordarse que el nombre común del planeta Venus en los textos astronómicos de Babilonia era Dilbat, y no Ninsianna, lo que deja abierta la posibilidad de que Ninsianna fuera un cuerpo celeste completamente distinto.
20. Reiner y Pingree (1975), p. 25.
21. Véase Gates (1981), p. 37, n. 171.
22. Rowton (1970), pp. 231-233.
23. Huber (1987), p. 12.

Apéndice 4. *Sincronismos entre Egipto, Mesopotamia y los hititas durante el bronce final* (pp. 320-323)

1. Knudtzon (1907-1915); Mercer (1939).
2. Sólo conocemos otro monarca de este nombre, Asurubalit II, que reinó brevemente hacia finales del imperio asirio (611-609 a.C.).
3. *ARAB*, 1, p. 21.
4. Otten (1959), p. 66.
5. Rowton (1959), p. 10, n. 44.
6. Gelb (1944), p. 81, n. 253.
7. Otten (1959), p. 66.
8. Otten (1959), p. 65.
9. Véase Singer (1985), pp. 100-101 para la discusión.
10. Otten (1959), p. 65.
11. Otten (1959), pp. 67-68.
12. Rowton (1966), pp. 243-248.
13. *ANET*, p. 272.
14. Véanse el capítulo 12, n. 19; Grayson (1975), p. 161.
15. La lectura «Ka-» es segura; «-dash-» lo es menos. Kadashman-Harbe, Kadashman-Turgu y Kadashman-Buriash serían restauraciones igualmente plausibles.
16. *ANET*, pp. 272-274.
17. Brinkman (1976), p. 14.
18. Grayson (1975), pp. 157-177.
19. Van der Meer (1947), p. 16.
20. Grayson (1975), p. 158, observa un «serio problema cronológico» en este punto de la Crónica, que coloca a Asur-bel-nisheshu y a Puzur-Asur (III) en orden inverso al de la Lista Real asiria.
21. Brinkman (1983), p. 74.

BIBLIOGRAFÍA

Abu Taleb, M. (1973), *Investigations in the History of North Syria*, tesis doctoral, Universidad de Pennsylvania, Univ. Microfilms, Ann Arbor, 1976.

Acquaro, E. (1988), «Sardinia», en Moscati, ed. (1988), pp. 210-225.

Adams, R. McC. (1981), *Heartland of Cities: Surveys of Ancient Settlement and Land Use on the Central Floodplain of the Euphrates*, University of Chicago Press.

Adams, W.Y. (1964), «Post-Pharaonic Nubia in the Light of Archaeology, I», *JEA*, 50, pp. 102-120.

— (1977), *Nubia: Corridor to Africa*, Princeton University Press.

Addison, F. (1949), *Jebel Moya*, Wellcome Excavations in the Sudan 1-2, Londres.

Aharoni, M., e Y. (1976), «The Stratification of Judahite Sites in the 8th and 7th Centuries B.C.E.», *BASOR*, 224, pp. 73-90.

Aharoni, Y. (1966), *The Land of the Bible*, Burns & Oates, Londres.

— (1975), *Investigations at Lachish: the Sanctuary and the Residency*, Tel Aviv University.

— (1982), *The Archaeology of the Land of Israel* (trad. ing. A. F. Rainey), Westminster Press, Filadelfia.

Akurgal, E. (1946), *Remarques stylistiques sur les Reliefs de Malatya*, Dil ve Tarih-Coğrafya Fakültesi Yayimlari, 53, Universidad de Ankara.

— (1962), *The Art of the Hittites*, Thames & Hudson, Londres.

— (1968), *The Birth of Greek Art*, Methuen, Londres.

Albright, W.F. (1921), «A Revision of Early Assyrian and Middle Babylonian Chronology», *Revue d Assyriologie*, 18, pp. 83-94.

— (1932), «The Seal of Eliakim and the Latest Pre-exilic History of Judah, with some Observations on Ezekiel», *Journal of Biblical Literature*, 51, pp. 77-106.

— (1938), «The Oldest Hebrew Letters: The Lachish Ostraca», *BASOR*, 70, pp. 11-17.

— (1939), «A Reexamination of the Lachish Letters», *BASOR*, 73, pp. 16-21.

— (1941), «The Lachish Letters After Five Years», *BASOR*, 82, pp. 18-24.

— (1943), *Tell Beit Mirsim*, Annual of the American Schools of Oriental Research, 21/22, Filadelfia.

— (1946), *From the Stone Age to Christianity*, John Hopkins Press, Baltimore.

— (1947), «The Phoenician Inscriptions of the Tenth Century B.C. from Byblus», *Journal of the American Oriental Society*, 67, pp. 153-160.

— (1950), «Some Oriental Glosses on the Homeric Problem», *AJA*, 54, pp. 162-176.

— (1953), «Correspondence with Professor Einar Gjerstad on the Chronology of the "Cypriote" Pottery from Early Iron Levels in Palestine», *BASOR*, 130, p. 22.

— (1954), *The Archaeology of Palestine*, Penguin, Harmondsworth.

— (1956a), «Northeast-Mediterranean Dark Ages and the Early Iron Age Art of Syria», en S. Weinberg, ed., *The Aegean and the Near East* (Goldman Festschrift), J.J. Augustin, Locust Valley, N.Y., pp. 144-164.

— (1956b), «The Date of the Kapara Period at Gozan (Tell Halaf)», *AnSt*, 6, pp. 75-85.
— (1958), «Was the Age of Solomon Without Monumental Art?», *Eretz-Israel*, 5, pp. 1-9.
— (1961), «The Role of the Canaanites in the History of Civilization», en G.E. Wright, ed., *The Bible and the Ancient Near East*, Doubleday, Garden City, N.Y., pp. 328-362.
— (1965), «Some Remarks on the Archaeological Chronology of Palestine», en R.W. Ehrich, ed., *Chronologies in Old World Archaeology*, University of Chicago Press, pp. 47-60.
— (1971), «Nelson Glueck in Memoriam», *BASOR*, 202, pp. 2-6.
— (1975), «Syria, the Philistines, and Phoenicia», en *CAH*, II.2, pp. 507-536.
Alessio, M., *et al.* (1966), «University of Rome Carbon-14 dates IV», *Radiocarbon*, 8, pp. 401-412.
Alexander, J., y S. Hopkin (1982), «The Origins and Early Development of European Fibulae», *PPS*, 48, pp. 401-416.
Allen, H.L. (1977), «Distribution of Pottery Styles in Greece, South Italy, and Sicily and the Pantalica III Chronology», *AJA*, 81, pp. 365-368.
Amiran, R. (1969), *Ancient Pottery of the Holy Land*, Masada Press, Jerusalén.
Amyx, D.A. (1988), *Corinthian Vase-painting of the Archaic Period*, University of California Press.
Anati, E. (1985), «Has Mt. Sinai been Found?», *BAR*, julio/agosto, pp. 42-57.
Anderson, W.P. (1988), *Sarepta I: The Late Bronze and Iron Age Strata of Area II, Y*, Publications de l'Université Libanaise, Beirut.
Anderson-Immerwahr, S. (1971), *The Athenian Agora*, XIII, The American School of Classical Studies at Athens, Princeton, N.J.
Andronikos, M. (1969), *Vergina I*, Bibliotheke tes en Athenais arch. Etaireias, 62, Atenas.
Anónimo (1977), «Claudius Ptolemy: Fraud», *Scientific American*, octubre, pp. 79-81.
Anónimo (1979), «The Acquittal of Ptolemy», *Scientific American*, marzo, pp. 70-71.
Aston, D.A. (1989), «Takeloth II - a King of the "Twenty-third dinasty"?», *JEA*, 75, pp. 139-153.
Åström, P., ed. (1987 y 1989), *High, Middle or Low?*, Partes 1, 2 y 3, Paul Åströms Förlag, Gotemburgo.
Atkinson, R.J.C. (1952), «The Date of Stonehenge», *PPS*, 18, pp. 236-237.
— (1956), *Stonehenge*, Hamish Hamilton, Londres.
— (1969), «The Date of Silbury Hill», *Antiquity*, 43, p. 216.
— (1978), *Stonehenge and Neighbouring Monuments*, HMSO, Londres.
Aubet Semmler, M.E. (1988), «Spain», en Moscati, ed. (1988), pp. 226-242.
Avigad, N. (1978), «Baruch the Scribe and Jerahmeel the King's Son», *IEJ*, 28, pp. 52-56.
Baer, K. (1973), «The Libyan and Nubian Kings of Egypt: Notes on the Chronology of Dynasties XXII to XXVI», *JNES*, 32, pp. 4-25.
Baillie, M.G.L., (1982), *Tree Ring Dating and Archaeology*, Croom Helm, Londres.
— (1989), «Hekla 3: How Big Was it?», *Endeavour*, 13, pp. 78-81.
Baillie, M.G.L. y J.R. Pilcher (1983), «Some Observations on the High-Precision Calibration of Routine Dates», en B.S. Ottaway, ed., *Archaeology, Dendrochronology and the Radiocarbon Calibration Curve*, University of Edinburgh, Department of Archaeology Occasional Paper, 9, pp. 51-63.
Baldacchino, J.G., y T.J. Dunbabin (1953), «Rock tomb at Ghajn Qajjet, near Rabbat, Malta», *Papers of the British School at Rome*, 21, pp. 32-41.
Balensi, J. (1985), «Revising Tell Abu Hawam», *BASOR*, 257, pp. 65-74.
Balensi, J., y M.D. Herrera (1985), «Tel Abou Hawam, 1983-1984: Rapport préliminaire», *Revue Biblique*, 92, pp. 82-128.

Balmuth, M.S. (1984), «The Nuraghi of Sardinia: an Introduction», en M.S. Balmuth y R.J. Rowland, eds., *Studies in Sardinian Archaeology*, University of Michigan Press, Ann Arbor, pp. 23-52.

—, ed. (1986), *Sardinian Archaeology II*, University of Michigan Press, Ann Arbor.

Barnett, R.D. (1982), *Ancient Ivories in the Middle East and Adjacent Countries*, Hebrew University of Jerusalem.

Barnett, R.D., y C. Mendleson (1987), *Tharros*, British Museum Publs., Londres.

Barreca, F. (1986), «Phoenicians in Sardinia: The Bronze Figurines», en Balmuth, ed. (1986), pp. 131-143.

Becking, B. (1981/1982), «The Two Neo-Assyrian Contract Documents from Gezer in their Historical Context», *Ex Oriente Lux*, 27, pp. 76-89.

Beloch, A.J. (1913), *Griechische Geschichte*, I.2, K.J. Trübner, Estrasburgo.

Benichou-Safar, H. (1982), *Les Tombes puniques de Carthage*, Centre National de la Recherche Scientifique, París.

Bennett, C.M. (1975), «Excavations at Buseirah, Southern Jordan, 1973: Third Preliminary Report», *Levant*, 7, pp. 1-19.

— (1977), «Excavations at Buseirah, Southern Jordan, 1974: Fourth Preliminary Report», *Levant*, 9, pp. 1-10.

Benson, J.L. (1970), *Horse, Bird and Man*, Massachusetts University Press, Amherst.

Ben-Tor, A., y Y. Portugali (1987), *Tell Qiri* (Qedem 24), The Israel Exploration Society, Jerusalén.

Beug, H.-J. (1982), «Vegetation History and Climatic Changes en Central and Southern Europe», en Harding, ed. (1982), pp. 85-102.

Bickerman, E.J. (1980), *Chronology of the Ancient World* (ed. rev.), Thames & Hudson, Londres.

Bier, L. (1976), «A Second Hittite Relief from Ivriz», *JNES*, 35, pp. 115-126.

Bierbrier, M.L. (1975), *The Late New Kingdom in Egypt (c. 1300-664 B.C.): a Genealogical and Chronological Investigation*, Aris & Phillips, Warminster.

— (1984), «Two Confusing Coffins», *JEA*, 70, pp. 82-86.

Bietti Sestieri, A.M. (1979), «I processi storici nella Sicilia orientale fra la tardia Età del Bronzo e gli inizi dell'Età del Ferro sulla base dei dati archeologica», en *Il Bronzo Finale in Italia*, Atti della XXI Riunione Scientifica, Florencia, pp. 599-629.

— (1981), «Economy and Society in Italy Between the Late Bronze Age and Early Iron Age», en G. Barker, ed., *Archaeology and Italian Society*, BAR Int. Ser., 102, Oxford, pp. 133-155.

Bikai, P.M. (1978a), «The Late Phoenician Pottery Complex and Chronology», *BASOR*, 229, pp. 47-56.

— (1978b), *The Pottery of Tyre*, Aris & Phillips, Warminster.

— (1987), *The Phoenician Pottery of Cyprus*, A.G. Leventis Foundation, Nicosia.

Bimson, J.J. (1978), *Redating the Exodus and Conquest*, Journal for the Study of the Old Testament, supl. ser. 5, Sheffield.

— (1981), «King Solomon's Mines? A Re-assessment of Finds in the Arabah», *Tyndale Bulletin*, 32, pp. 123-149.

— (1988), «A Reply to Baruch Halpern's "Radical Exodus Redating Fatally Flawed"», *BAR*, julio/agosto, pp. 52-55.

Bimson, J.J., y D. Livingston (1987), «Redating the Exodus», *BAR*, septiembre/octubre, pp. 40-53, 66-67.

Bintliff, J.L., «Climate Change, Archaeology and Quaternary Science in the Eastern Mediterranean Region», en Harding, ed. (1982), pp. 143-161.

Birmingham, J. (1963), «The Chronology of Some Early and Middle Iron Age Cypriot Sites», *AJA*, 67, pp. 15-42.

Bittel, K. (1970), *Hattusha: Capital of the Hittites*, Oxford University Press.

— (1983), «Die archäologische Situation in Kleinasien um 1200 v. Chr. und während der nachfolgenden vier Jahrhunderte», en S. Deger-Jalkotzy, ed., *Griechenland, die Ägäis und die Levante während der «Dark Ages» vom 12. bis zum 9. Jh. v. Chr.*, Österreichischen Akademie der Wissenschaften, Viena, pp. 25-65.

Blanco, A., y J.M. Luzón (1969), «Pre-Roman Silver Miners at Riotinto», *Antiquity*, 43, pp. 124-131.

Blegen, C.W. (1957), «The Palace of Nestor Excavations of 1956», *AJA*, 61, pp. 129-135.

— (1963), *Troy and the Trojans*, Thames & Hudson, Londres.

Blegen, C.W., y M. Rawson (1966), *The Palace of Nestor at Pylos in Western Messenia*, I, Princeton University Press.

— (1973), *The Palace of Nestor at Pylos in Western Messenia*, III, Princeton University Press.

Blegen, C.W., *et al.* (1958), *Troy IV:I*, Princeton University Press.

Bloedlow, E.F. (1988), «The Trojan War and Late Helladic IIIC», *Praehistorische Zeitschrift*, 63, pp. 23-52.

Boardman, J. (1974), *Athenian Black Figure Vases*, Thames & Hudson, Londres.

— (1980), *The Greeks Overseas* (2.ª ed. rev.), Thames & Hudson, Londres (hay trad. cast.: *Los griegos en ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica*, Alianza Editorial, Madrid, 1975).

— (1984), «*Signae tabulae priscae artis*», *JHS*, 104, pp. 161-163.

— (1988), «Dates and Doubts», *Archäologischer Anzeiger*, pp. 423-425.

Bonnet, C., *et al.* (1986), «Les fouilles archéologiques de Kerma (Soudan)», *Genava*, 34, pp. 1-45.

Borchardt, L. (1935), *Die Mittel zur zeitlichen Festlegung von Punkten der Ägyptischen Geschichte und ihre Anwendung*, edición particular, El Cairo.

Bottema, S., y W. Van Zeist (1982), «Vegetational History of the Eastern Mediterranean and the Near East During the Last 20,000 Years», en J.L. Bintliff y W. Van Zeist, eds., *Palaeoclimates, Palaeoenvironment and Human Communities in the Eastern Mediterranean Region in Later Prehistory*, BAR Int. Ser., 133, Oxford, pp. 277-321.

Bouzek, J. (1985), *The Aegean, Anatolia and Europe: Cultural Interrelations in the Second Millennium B.C.*, SIMA, 29.

Bowersock, G.W. (1986), «Tylos and Tyre: Bahrain in the Graeco-Roman World», en H. Al Khalifa y M. Rice, eds., *Bahrain Through the Ages*, Routledge & Kegan Paul, Londres, pp. 399-406.

Brandl, B. (1982), «The Tel Masos Scarab: A Suggestion for a New Method of the Interpretation of Royal Scarabs», *Scripta Hierosolymitana*, 28, pp. 371-405.

Branigan, K. (1972), «The Surbo Bronzes - Some Observations», *PPS*, 38, pp. 276-285.

Brea, L.B. (1966), *Sicily Before the Greeks* (2.ª ed. rev.), Thames & Hudson, Londres.

Brea, L.B., y M. Cavalier (1956), «Civiltà preistorice delle isole eolie e del territorio di Milazzo», *Bollettino di Paletnologia Italiana*, n.s., 10, 65, pp. 7-99.

— (1960), *Meligunis Lipára I*, Flaccovio, Palermo.

— (1980), *Meligunis Lipára IV*, Flaccovio, Palermo.

Breasted, J.H. (1906), *Ancient Records of Egypt*, IV, University of Chicago Press.

— (1916), *Ancient Times*, Ginn, Boston.

Briggs, A. (1988), *Victorian Things*, Batsford, Londres.

Bright, J. (1981), *A History of Israel* (3.ª ed. rev.), SCM Press, Londres (hay trad. cast.: *La Historia de Israel*, Desclee Brouwer, Bilbao, 1987[10]).

Brinkman, J.A. (1968), *A Political History of Post-Kassite Babylonia 1158-722 B.C.*, Analecta Orientalia, 43, Pontificum Institutum, Roma.

— (1972), «Foreign Relations of Babylonia from 1600 to 625 B.C.: The Documentary Evidence», *AJA*, 76, pp. 271-281.

— (1973), «Comments on the Nassouhi Kinglist and the Assyrian Kinglist Tradition», *Orientalia*, 42, pp. 306-319.

— (1976), *Materials and Studies for Kassite History*, Oriental Institute of the University of Chicago.

— (1982), «Babylonia c. 1000-748 B.C.», *CAH*, III.1, pp. 282-313.

— (1983), «Istanbul A. 1998, Middle Babylonian Chronology, and the Statistics of the Nippur Archives», *ZA*, 73, pp. 67-74.

— (1984), «Settlement Surveys and Documentary Evidence: Regional Variation and Secular Trend in Mesopotamian Demography», *JNES*, 43, pp. 169-180.

Bryce, T.R. (1989), «Ahhiyawans and Mycenaeans - An Anatolian Viewpoint», *OJA*, 8, pp. 297-310.

Bryson, R.A., *et al.* (1974), «Drought and the Decline of Mycenae», *Antiquity*, 48, pp. 46-50.

Burleigh, R., *et al.* (1982), «British Museum Natural Radiocarbon Measurements XIV», *Radiocarbon*, 24, pp. 229-261.

Burn, A.R. (1935), «Dates in Early Greek History», *JHS*, 55, pp. 130-146.

— (1960), *The Lyric Age of Greece*, Edward Arnold, Londres.

Burstein, S.M. (1978), *The* Babyloniaca *of Berossus*, Sources and Monographs on the Ancient Near East, 1.5, Undena, Malibú.

Buschor, E. (1927), «Vom Amyklaion», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts: Athenische Abteilung*, 52, pp. 1-85.

Caminos, R.A. (en prensa), *The Temples of Semna and Kumma*, Egypt Exploration Society, Londres.

Campbell, E.F. (1960), «The Amarna Letters and the Amarna Period», *BA*, febrero, pp. 2-22.

Canby, J.V. (1964), Recensión de Hrouda (1962), *AJA*, 68, pp. 71-73.

— (1976), «The *STELENREIHEN* at Assur, Tell Halaf, and MAṢṢĒBÔT», *Iraq*, 38, pp. 113-128.

Carpenter, R. (1966), *Discontinuity in Greek Civilization*, Cambridge University Press.

Carter, E., y M.W. Stolper (1984), *Elam: Surveys of Political History and Archaeology*, University of California Press.

Cartledge, P. (1979), *Sparta and Lakonia*, Routledge & Kegan Paul, Londres.

Caskey, J.L. (1964), «Excavations in Keos», *Hesperia*, 33, pp. 314-335.

Casperson, L.W. (1986), «The Lunar Dates of Thutmose III», *JNES*, 45, pp. 139-150.

— (1988), «The Lunar Dates of Ramesses II», *JNES*, 47, pp. 181-189.

Casson, S. (1937), *Ancient Cyprus*, Methuen, Londres.

Catling, H.W. (1964), *Cypriot Bronzework in the Mycenaean World*, Oxford University Press.

— (1975), «Cyprus in the Late Bronze Age», *CAH*, II.2, pp. 188-216.

— (1976/1977), «The Knossos Area, 1974-1976», *Archaeological Reports*, pp. 3-23.

— (1982/1983), «Archaeology in Greece, 1982-83», *Archaeological Reports*, pp. 3-62.

— (1984), «Workshops and Heirlooms: Prehistoric Bronze Stands in the Eastern Mediterranean», *RDAC*, pp. 69-91.

— (1986), «Cypriot Bronzework East or West?», en V. Karageorghis, ed., *Cyprus Between the Orient and the Occident*, Zavallis Press, Nicosia, pp. 91-99.

Cavanagh, W.G., y R.R. Laxton (1985), «Vaulting in Mycenaean Tholos Tombs and Sar-

dinian Nuraghi», en C. Malone y S. Stoddart, eds., *Papers in Italian Archaeology IV*, BAR Int. Ser., 245, Oxford, pp. 413-433.

Cazelles, H. (1973), «The Hebrews», en D.J. Wiseman, ed., *Peoples of Old Testament Times*, Clarendon Press, Oxford, pp. 1-28.

Černý, J. (1946), «Studies in the Chronology of the Twenty-first Dynasty», *JEA*, 32, pp. 24-30.

Ciasca, A. (1988), «Malta», en Moscati, ed. (1988), pp. 206-209.

Čičikova, M. (1972), «Nouvelles données sur la culture Thrace de l'époque de Hallstatt en Bulgarie du sud», *Thracia*, I, pp. 79-100.

Cintas, M. (1970 y 1976), *Manuel d'Archéologie punique*, vols. I-II, A. & J. Picard, París.

Cline, E. (1987), «Amenhotep III and the Aegean: a Reassessment of Egypto-Aegean Relations in the 14th Century B.C.», *Orientalia*, 56, pp. 1-36.

Clinton, H.F. (1834), *Fasti Hellenici*, I, Oxford University Press.

Close-Brooks, J. (1979), «Proposal for a Division into Phases», en Ridgway y Ridgway, eds. (1979), pp. 95-107.

Clube, V., y B. Napier (1982), *The Cosmic Serpent*, Faber & Faber, Londres.

Cogan, M., y H. Tadmor (1977), «Gyges & Ashurbanipal: A Study in Literary Transmission», *Orientalia*, 46, pp. 65-85.

Cohen, R. (1983), «The Mysterious MBI People», *BAR*, julio/agosto, pp. 16-29.

Coldstream, J.N. (1968), *Greek Geometric Pottery*, Methuen, Londres.

— (1977), *Geometric Greece*, Methuen, Londres.

— (1982), «Greeks and Phoenicians in the Aegean», en H.G. Niemeyer, ed., *Phönizier im Westen*, Deutsches Archäologisches Institut Madrider Beiträge, Band 8, Madrid, pp. 261-272.

— (1985), «The Geometric and Archaic Periods», en V. Karageorghis, ed., *Archaeology in Cyprus 1960-1985*, A.G. Leventis Foundation, Nicosia, pp. 45-59.

— (1988), «Early Greek Pottery in Tyre and Cyprus: Some Preliminary Comparisons», *RDAC*, pp. 35-44.

— (1989), «Early Greek Visitors to Cyprus and Eastern Mediterranean», en V. Tatton-Brown, ed., *Cyprus and the East Mediterranean in the Iron Age*, British Museum Publs., Londres, pp. 90-96.

Coles, J.M., y A.F. Harding (1979), *The Bronze Age in Europe*, Methuen, Londres.

Condurachi, E., ed. (1966), *Histria*, II, Editura Academiei Republicii Socialiste Romania, Bucarest.

Cook, R.M. (1937), «The Date of the Hesiodic Shield», *Classical Quarterly*, 31, pp. 204-214.

— (1972), *Greek Painted Pottery* (2.ª ed. rev.), Methuen, Londres.

— (1989), «The Francis-Vickers Chronology», *JHS*, 109, pp. 164-170.

Cook, V. (1988), «Cyprus and the Outside World During the Transition from the Bronze Age to the Iron Age», *Opuscula Atheniensia*, 17, pp. 13-32.

Coote, R.B. (1975), «The Kition Bowl», *BASOR*, 220, pp. 47-50.

Coulson, W.D.E. (1985), «The Dark Age Pottery of Sparta», *BSA*, 80, pp. 29-84.

— (1986), *The Dark Age Pottery of Messenia*, Paul Åströms Forlag, Gotemburgo.

— (1988), «The Dark Age Pottery of Sparta, II: Vrondama», *BSA*, 83, pp. 21-24.

Crawford, M.H. (1985), *Coinage and Money under the Roman Republic*, Methuen, Londres.

Cross, F.M. (1969), «Two Notes on Palestinian Inscriptions of the Persian Age», *BASOR*, 193, pp. 19-24.

— (1980), «Newly Found Inscriptions in Old Canaanite and Early Phoenician Script», *BASOR*, 238, pp. 1-20.

— (1986), «Phoenicians in the West: The Early Epigraphic Evidence», en Balmuth, ed. (1986), pp. 116-130.

Crouwel, J. (1981), *Chariots and Other Means of Land Transport in Bronze Age Greece*, Allard Pierson Ser., Amsterdam.

Crowfoot, J.W., *et al.* (1942), *The Buildings at Samaria*, Palestine Exploration Fund, Londres.

— (1957), *The Objects from Samaria*, Palestine Exploration Fund, Londres.

Culican, W. (1959/1960), «Aspects of Phoenician Settlements in the West Mediterranean», *Abr-Nahrain*, 1, pp. 36-55.

— (1970), «Almuñécar, Assur and Phoenician Penetration of the Western Mediterranean», *Levant*, 2, pp. 28-36.

Cunnington, R.H. (1974), *From Antiquary to Archaeologist*, Shire Books, Aylesbury.

Curtis, J., ed. (1988), *Bronzeworking Centres of Western Asia c. 1000-539 B.C.*, Kegan Paul International, Londres.

Chadwick, J. (1976), *The Mycenaean World*, Cambridge University Press (hay trad. cast.: *El mundo micénico*, Alianza Editorial, Madrid, 1977).

— (1979), «The Minoan Origin of the Classical Cypriote Script», en V. Karageorghis, ed., *Acts of the International Archaeological Symposium: «The Relations Between Cyprus and Crete, ca. 2000-500 B.C.»*, Department of Antiquities, Nicosia, Chipre, pp. 139-143.

Chapman, S.V. (1972), «A Catalogue of Iron Age Pottery from the Cemeteries of Khirbet Silm, Joya, Qrayé and Qasmieh of South Lebanon», *Berytus*, 21, pp. 55-194.

Chiappisi, S. (1961), *Il Melqart di Sciacca e la questione fenicia in Sicilia*, Aziende Tipografiche Eredi G. Bardi, Roma.

Childe, V.G. (1929), *The Danube in Prehistory*, Clarendon Press, Oxford.

— (1942), *What Happened in History*, Penguin, Harmondsworth (hay trad. cast.: *Qué sucedió en la historia*, Planeta, Barcelona, 1985).

— (1958), *The Prehistory of European Society*, Penguin, Harmondsworth (hay trad. cast.: *La prehistoria de la sociedad europea*, Icaria, Barcelona, 1979[2]).

Daniel, G. (1975), *150 Years of Archaeology*, Duckworth, Londres.

Daniel, G. y J.D. Evans (1975), «The Central Mediterranean», *CAH*, II.2, pp. 713-772.

Daux, G. (1959), «Chronique des fouilles et découvertes archéologiques en Grèce en 1958: Argos», *BCH*, 83, pp. 754-774.

Davison, J.M. (1961), *Attic Geometric Workshops*, Yale University Press, New Haven.

De Miroschedji, P. (1978), «Stratigraphie de la période néo-élamite à Suse», *Paléorient*, 4, pp. 213-228.

— (1982), «Notes sur la glyptique de la fin de l'Elam», *Revue d'Assyriologie*, 76, pp. 51-63.

De Santerre, H.G. (1975), «Notes déliennes», *BCH*, 99, pp. 247-261.

De Santerre, H.G., y J. Treheux (1947/1948), «Rapport sur le dépôt égéen et géometrique de l'Artémision à Délos», *BCH*, 71/72, pp. 148-254.

Degrassi, A. (1954), *Fasti Capitolini*, G.B. Paravia, Turín.

Delaporte, L. (1940), *Malatya I: La porte des lions*, Mémoires de l'Institut Français d'Archéologie de Stamboul, París.

Delattre, P. (1890), *Les tombeaux puniques de Carthage*, Mougin-Rusand, Lyon.

Delpino, M.A.F. (1979), «The Proto-Villanovan: A Survey», en Ridgway y Ridgway, eds. (1979), pp. 31-51.

Desborough, V.R. d'A. (1952), *Protogeometric Pottery*, Oxford University Press.

— (1957), «A Group of Vases from Amathus», *JHS*, 77, pp. 212-219.

— (1964), *The Last Mycenaeans and Their Successors: An Archaeological Survey c. 1200-c. 1000 B.C.*, Oxford University Press.

Descoedres, J.-P., y R. Kearsley (1983), «Greek Pottery at Veii: Another Look», *BSA*, 78, pp. 9-53.
Dever, W.G. (1986), «Late Bronze Age and Solomonic Defenses at Gezer: New Evidence», *BASOR*, 262, pp. 9-34.
Diakonoff, I.M. (1985), «Elam», en I. Gershevitch, ed., *The Cambridge History of Iran*, 2, Cambridge University Press, pp. 1-24.
Dikaios, P. (1971), *Enkomi Excavations 1948-1958 II*, Philipp von Zabern, Maguncia.
Dixon, D.M. (1964), «The Origin of the Kingdom of Kush (Napata-Meroe)», *JEA*, 50, pp. 121-132.
Dodson, A. (1988), «Some Notes Concerning the Royal Tomb at Tanis», *Chronique d'Égypte*, 63, pp. 221-233.
Dohl, H. (1986), «Schliemann the Archaeologist», en W.M. Calder III y D.A. Traill, eds., *Myth, Scandal and History*, Wayne State University Press, Detroit, pp. 95-109.
Dothan, T. (1982), *The Philistines and their Material Culture*, Israel Exploration Society, Jerusalén.
Dow, S. (1954), «Minoan Writing», *AJA*, 58, pp. 77-129.
Drerup, H. (1964), «Griechische Architektur zur Zeit Homers», *Archäologischer Anzeiger*, pp. 180-219.
Drews, R. (1975), «The Babylonian Chronicles and Berossus», *Iraq*, 37, pp. 39-55.
Drower, M.S. (1975), «Ugarit», en *CAH*, II.2, pp. 130-160.
— (1985), *Flinders Petrie: A Life in Archaeology*, Gollancz, Londres.
Du Chaillu, P.B. (1889), *The Viking Age*, Murray, Londres.
Du Plat Taylor, J. (1959), «The Cypriot and Syrian Pottery from Al Mina, Syria», *Iraq*, 21, pp. 62-92.
Dunbabin, T. (1948), *The Western Greeks*, Oxford University Press.
Dunham, D. (1950), *Royal Cemeteries of Kush. Vol. I: El Kurru*, Museum of Fine Arts, Boston, Mass.
— (1955), *Royal Cemeteries of Kush. Vol. II: Nuri*, Museum of Fine Arts, Boston, Mass.
— (1963), *Royal Cemeteries of Kush. Vol. V: The West and South Cemeteries at Meroe*, Museum of Fine Arts, Boston, Mass.
— (1970), *The Barkal Temples*, Museum of Fine Arts, Boston, Mass.
Dunham D., y J.M.A. Janssen (1960), *Second Cataract Forts. Vol. I: Semna Kumma*, Museum of Fine Arts, Boston, Mass.
Dupont-Sommer, A. (1970), «Une inscription phénicienne archaique récemment trouvée à Chypre (Kition)», *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 44, pp. 275-294.
Easton, D. (1984), «"Priam's Treasure"», *AnSt*, 34, pp. 141-169.
— (1985), «Has the Trojan War Been Found?», *Antiquity*, 59, pp. 188-196.
Edens, C. (1986), «Bahrain and the Arabian Gulf During the Second Millennium B.C.: Urban Crisis and Colonialism», en H. Al Khalifa y M. Rice, eds., *Bahrain Through the Ages*, Routledge & Kegan Paul, Londres, pp. 195-216.
Edwards, I.E.S. (1970), «Absolute Dating from Egyptian Records and Comparison with Carbon-14 Dating», *Phil. Trans. Roy. Soc. Lond. A*, 269, pp. 11-18.
— (1982), «Egypt: From the Twenty-second to the Twenty-fourth Dynasty», *CAH*, III.1, pp. 534-581.
Evans, A. (1901/1902), «The Palace of Knossos», *BSA*, 8, pp. 1-124.
Evans, J.D. (1971), *The Prehistoric Antiquities of the Maltese Islands: A Survey*, The Athlone Press, Londres.
Fagerström, K. (1988), *Greek Iron Age Architecture: Developments through Changing Times*, SIMA, 81.

Falsone, G. (1988), «Phoenicia as a Bronze Working Centre in the Iron Age», en Curtis, ed. (1988), pp. 227-250.

Fantar, M. (1988), «North Africa», en Moscati, ed. (1988), pp. 166-185.

Faulkner, R.O. (1975), «Egypt: From the Inception of the Nineteenth Dynasty to the Death of Ramesses III», *CAH*, II.2, pp. 217-251.

Ferrarese Ceruti, M.L., *et al.* (1987), «Minoici, Micenei e Ciprioti in Sardegna nella seconda metà del II millennio a.C.», en M. Balmuth, ed., *Studies in Sardinian Archaeology III*, BAR Int. Ser., 387, Oxford, pp. 7-37.

Finkelstein, I. (1988), *The Archaeology of the Israelite Settlement*, Israel Exploration Society, Jerusalén.

Finkelstein, J.J. (1966), «The Genealogy of the Hammurapi Dynasty», *Journal of Cuneiform Studies*, 20, pp. 95-118.

Fishman, B., *et al.* (1977), «University of Pennsylvania Radiocarbon Dates XIX», *Radiocarbon*, 19, pp. 188-228.

Forrer, E. (1953), «Karthago wurde erst 673-663 V. Chr. Gegründet», en H. Kusch, ed., *Festschrift Franz Dornseiff*, VEB Bibliographisches Inst. Leipzig, pp. 85-93.

Francis, E.D., y M. Vickers (1982), «Kaloi, Ostraka, and the Wells of Athens», *AJA*, 86, p. 264.

— (1983), «*Signa priscae artis*: Eretria and Siphnos», *JHS*, 103, pp. 49-67.

— (1985), «Greek Geometric Pottery at Hama and its Implications for Near Eastern Chronology», *Levant*, 17, pp. 131-138.

— (1988), «The Agora Revisited: Athenian Chronology *c.* 500-450 B.C.», *BSA*, 83, pp. 143-167.

Frankfort, H. (1969), *The Art and Architecture of the Ancient Orient* (4.ª ed.), Pelican, Harmondsworth (hay trad. cast.: *Arte y Arquitectura del Oriente antiguo*, Cátedra, Madrid, 1982).

Freud, S. (1939), *Moses and Monotheism*, The Hogarth Press, Londres (hay trad. cast.: *Moisés y la religión monoteísta, y otros escritos sobre judaísmo y antisemitismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1981^3).

Fugmann, E. (1958), *Hama: fouilles et recherches 1931-1938*, II.1, Nationalmuseets Skrifter, Copenhage.

Furumark, A. (1941), *The Chronology of Mycenaean Pottery*, Kungl. Vitterhets Historie och Antikvitets Akademien, Estocolmo.

— (1944), «The Mycenaean IIIC Pottery and its Relation to Cypriot Fabrics», *Opuscula Archaeologica*, 3, pp. 194-265.

Gamito, T.J. (1988), *Social Complexity in Southwest Iberia 800-300 B.C.: The Case of Tartessos*, BAR Int. Ser., 439, Oxford.

Garašanin, M. (1982), «The Early Iron Age in the Central Balkan Area, *c.* 1000-750 B.C.», *CAH*, III.1, pp. 582-618.

Garbini, G. (1988), *History and Ideology in Ancient Israel*, SCM Press, Londres.

Gardiner, A. (1920), «The Ancient Military Road between Egypt and Palestine», *JEA*, 6, pp. 99-116.

— (1961), *Egypt of the Pharaohs*, Oxford University Press.

Gates, M.-H. (1981), *Alalakh Levels VI and V: A Chronological Reassessment*, Syro-Mesopotamian Studies, 4.2, Undena, Malibú.

— (1987), «Alalakh and Chronology Again», en Åström, ed. (1987), parte 2, pp. 60-86.

Gelb, I.J. (1944), *Hurrians and Subarians*, University of Chicago Press.

George, A.R. (1990), «Royal Tombs at Nimrud», *Minerva*, 1.1, pp. 29-31.

Gergova, D. (1980), «Genesis and Development of the Metal Ornaments in the Thracian Lands During the Early Iron Age», *Studia Prehistorica*, 3, pp. 97-112.

Ghirshman, R. (1964), «Invasions des Nomades», en M. Mellink, ed., *Dark Ages and Nomads, c. 1000 B.C.*, Studies in Iranian and Anatolian Archaeology, Estambul, pp. 3-8.

— (1966), *Tchoga Zanbil (Dur Untash)*, I, Mémoires de la Mission archéologique en Iran, 39, París.

Gierow, P.G. (1961), «Notes on the Iron Age Chronology of Latium», *Opuscula Romana*, 3, pp. 103-122.

— (1966), *The Iron Age Culture of Latium Rome*, Skrifter utgivne av Svenska Inst. i Rom, 24, Lund.

Gil, J. (1987), «Tartsis y Tartesos», *Veleia*, 2/3, pp. 421-432.

Gill, D.W.J. (1988), «The Temple of Aphaia on Aegina: The Date of the Reconstruction», *BSA*, 83, pp. 169-177.

Gillespie, R. (1984), *Radiocarbon User's Handbook*, Oxford University Committee for Arch. Monograph, 3.

Gillespie, R., y H.A. Polach (1979), «The Suitability of Marine Shells for Radiocarbon Dating of Australian Prehistory», en R. Berger y H. Suess, eds., *Radiocarbon Dating*, University of California Press, Berkeley, pp. 404-421.

Gimbutas, M. (1965), *Bronze Age Cultures in Central and Eastern Europe*, Mouton, La Haya.

Gjerstad, E. (1944), «The Initial Date of the Cypriote Iron Age», *Opuscula Archaeologica*, 3, pp. 73-106.

— (1948), *The Swedish Cyprus Expedition IV:2*, Swedish Cyprus Expedition, Estocolmo.

— (1953), «Correspondence with W.F. Albright on the Chronology of "Cypriote" Pottery from Early Iron Levels in Palestine», *BASOR*, 130, pp. 22-26.

— (1962), *Legends and Facts of Early Roman History*, CWK Gleerup, Lund.

— (1965), «Discussions Concerning Early Rome: 2», *Opuscula Romana*, 5, pp. 1-74.

— (1974), «The Stratification at Al Mina (Syria) and its Chronological Evidence», *Acta Archaeologica*, 45, pp. 107-123.

— (1977), «Pottery from Various Parts of Cyprus», en E. Gjerstad, ed., *Greek Geometric and Archaic Pottery Found in Cyprus*, Skrifter utgivne av Svenska Inst. i Ath., Estocolmo, 4.ª, 26, pp. 23-59.

— (1979), «The Phoenician Colonization and Expansion in Cyprus», *RDAC*, pp. 230-254.

Glueck, N. (1969), «Some Ezion-geber: Elath Iron II Pottery», *Eretz-Israel*, 9, pp. 51-59.

Goedicke, H. (1972), reseña de Dunham, 1970, *AJA*, 76, p. 89.

Goetze, A. (1931), reseña de von Oppenheim, 1931, *Zeitschrift für Assyriologie*, 41, pp. 243-255.

Goody, J.R. (1977), «Mémoire et apprentissage dans les sociétés avec et sans écriture: la transmission du Bagre», *L'Homme*, 17, pp. 29-52.

Gottwald, N.K. (1980), *The Tribes of Yahweh*, SCM Press, Londres.

Grafton, A.T. (1975), «Joseph Scaliger and Historical Chronology: The Rise and Fall of a Discipline», *History and Theory*, 14, pp. 156-185.

Graham, A.J. (1982), «The Colonial Expansion of Greece», *CAH*, III.3, pp. 83-162.

Grant, M. (1973), *Roman Myths*, Penguin, Harmondsworth.

Grapow, H. (1940), «Die Inschrift der Königin Katimala am Tempel von Semna», *Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 76, pp. 24-41.

Gras, M. (1980), «L'Etruria villanoviana e la Sardegna settentrionale: precisazioni ed ipotesi», en *Preistoria e protostoria della Sardegna centro-settentrionale*, Atti della XXII Riunione Scientifica, Florencia, pp. 513-539.

Gräslund, B. (1987), *The Birth of Prehistoric Chronology*, Cambridge University Press, Cambridge.

Graves, R. (1960), *The Greek Myths*, I (ed. rev.), Penguin, Harmondsworth (hay trad. cast.: *Los mitos griegos*, I, Alianza Editorial, Madrid, 1975).
Grayson, A.K. (1972 y 1976), *Assyrian Royal Inscriptions*, vols. 1 y 2, Otto Harrassowitz, Wiesbaden.
— (1975), *Assyrian and Babylonian Chronicles*, Texts from Cuneiform Sources, V, J.J. Augustin, Locust Valley, N.Y.
— (1982), «Assyria: Ashur-dan II to Ashur-nirari V (934-745 B.C.)», *CAH*, III.1, pp. 238-281.
Greenhalgh, P.A.L. (1973), *Early Greek Warfare*, Cambridge University Press.
Grene, D. (1987), *Herodotus: The Histories*, Chicago University Press.
Griffith, F. Ll. (1922), «Oxford Excavations in Nubia», *AAA*, 9, pp. 67-124.
— (1923), «Oxford Excavations in Nubia: XVIII. The Cemetery of Sanam», *AAA*, 10, pp. 73-171.
Guido, M. (1963), *Sardinia*, Thames & Hudson, Londres.
Gurney, O. (1954), *The Hittites* (2.ª ed.), Penguin, Harmondsworth.
Güterbock, H.G. (1954), «Carchemish», *JNES*, 13, pp. 102-114.
Guzzo Amadasi, M.G., y V. Karageorghis (1977), *Fouilles de Kition: III. Inscriptions Phéniciennes*, Zavallis Press, Nicosia.
Hakluyt, R. (1907), *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques & Discoveries of the English Nation*, I, J.M. Dent, Londres (edición original: 1589).
Halpern, B. (1987), «Radical Exodus Redating Fatally Flawed», BAR, noviembre/diciembre, pp. 56-61, 68.
Hall, H.R. (1901), *The Oldest Civilization of Greece*, David Nutt, Londres.
— (1913), *The Ancient History of the Near East* (2.ª ed.), Methuen, Londres.
Hallo, W.W. (1978), «Assyrian Historiography Revisited», *Eretz-Israel*, 14, pp. 1-7.
Hallo, W.W., y W.K. Simpson (1971), *The Ancient Near East*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York.
Hammond, N.G.L. (1982), «The Peloponnese», *CAH*, III.1, pp. 696-744.
Hanfmann, G.M.A. (1951), «The Bronze Age in the Near East: A Review Article», *AJA*, 55, pp. 355-365.
Hankey, V. (1967), «Mycenaean Pottery in the Near East: Notes on Finds Since 1951», *BSA*, 62, pp. 107-148.
— (1987), «The Chronology of the Aegean Late Bronze Age», en Åström, ed. (1987), parte 2, pp. 39-59.
— (1988), «Note on the Chronology of LH III C Late and Submycenaean», *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, 103, pp. 33-37.
Hankey, V., y P.M. Warren (1974), «The Absolute Chronology of the Aegean Late Bronze Age», *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, 21, pp. 142-153.
Hänsel, B. (1976), *Beiträge zur regionalen und chronologischen Gliederung der älteren Hallstattzeit an der unteren Donau*, Beiträge zur Ur- und Frühgeschichtlichen Archäologie des Mittelmeer-Kulturraumes, Bonn, pp. 16-17.
— (1979), «Ergebnisse der Grabungen bei Kastanas in Zentralmakedonien 1975-1978», *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums Mainz*, 26, pp. 167-202.
Harden, D.B. (1937), «The Pottery from the Precinct of Tanit at Salammbo, Carthage», *Iraq*, 4, pp. 59-89.
— (1962), *The Phoenicians*, Thames & Hudson, Londres (hay trad. cast.: *Los Fenicios*, Aymá, S.A. Editora, Barcelona, 1965).
Harding, A.F. (1975), «Mycenaean Greece and Europe: The Evidence of Bronze Tools and Implements», *PPS*, 41, pp. 183-202.
— (1980a), «Chronological Systems in the European Bronze Age», en V. Furmánek,

«Periodisation in the Central European Bronze Age», *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 17, pp. 117-128.
— (1980b), «Radiocarbon Calibration and the Chronology of the European Bronze Age», *Archeologické Rozhledy*, 32, pp. 178-186.
—, ed. (1982), *Climatic Change in Later Prehistory*, Edinburgh University Press.
— (1982), «Introduction: Climatic Change and Archaeology», en Harding, ed. (1982), pp. 1-10.
— (1983a), «The Bronze Age in Central and Eastern Europe: Advances and Prospects», *Advances in World Archaeology*, 2, pp. 1-50.
— (1983b), «The Regional Context of the Bulgarian Bronze Age», en N.G. Poulter, ed., *Ancient Bulgaria*, 1, Nottingham University Department of Classical & Archaeological Studies Monograph Series, I., pp. 164-180.
— (1984), *The Mycenaeans and Europe*, Academic Press, Londres.
Harrison, R.J. (1988), *Spain at the Dawn of History*, Thames & Hudson, Londres (hay trad. cast.: *España en los albores de la historia: iberos, fenicios y griegos*, Ed. Nerea, Madrid, 1989).
Hassan, F.A., y S.W. Robinson (1987), «High-Precision Radiocarbon Chronology of Ancient Egypt, and Comparison with Nubia, Palestine and Mesopotamia», *Antiquity*, 61, pp. 119-135.
Hawkes, C.F.C. (1948), «From Bronze Age to Iron Age: Middle Europe, Italy, and the North and West», *PPS*, 14, pp. 196-218.
Hawkes, J. (1974), *Atlas of Ancient Archaeology*, McGraw Hill, Nueva York.
Hawkins, J.D. (1974), «Assyrians and Hittites», *Iraq*, 36, pp. 67-83.
— (1982), «The Neo-Hittite States in Syria and Anatolia», *CAH*, III.1, pp. 372-441.
— (1985), «The Syro-Hittite States», láminas en *CAH*, III, pp. 65-92.
— (1988), «Kuzi-Tešub and the "Great Kings of Karkamiš"», *AnSt*, 38, pp. 99-108.
Helck, W. (1987), «Was kann die Ägyptologie wirklich zum Problem der absoluten Chronologie in der Bronzezeit beitragen?», en Åström, ed. (1987), parte 1, pp. 18-26.
Hencken, H. (1968), *Tarquinia, Villanovans and Early Etruscans*, American School of Prehistoric Research Bulletin, 23, Cambridge, Mass.
Henige, D. (1981), «Generation-counting and Late New Kingdom Chronology», *JEA*, 67, pp. 182-184.
— (1986), «Comparative Chronology and the Near East», *BASOR*, 261, pp. 57-68.
Herrera, M.D., y J. Balensi (1986), «More About the Greek Geometric Pottery at Tell Abu Hawam», *Levant*, 18, pp. 169-171.
Herzog, Z. (1987), «The Stratigraphy of Israelite Arad: A Rejoinder», *BASOR*, 267, pp. 77-79.
Hestrin, R., y M. Dayagi (1974), «A Seal Impression of a Servant of King Hezekiah», *IEJ*, 24, pp. 27-29.
Heurtley, W.A. (1939), *Prehistoric Macedonia*, Cambridge University Press.
Heurtley, W.A., y R.W. Hutchinson (1925/1926), «Report on the Excavation at the Toumba and Tables of Vardaroftsa, Macedonia, 1925, 1926», *BSA*, 27, pp. 1-66.
Higgins, R. (1957), «The Aegina Treasure Reconsidered», *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, 4, pp. 27-41.
Hoare, R.C. (1812), *The Ancient History of Wiltshire*, 1, Miller, Londres.
Hoernes, M. (1925), *Urgeschichte der bildenden Kunst in Europa, von dem Anfängen bis um 500 vor Christi* (3.ª ed.), Anton Schrook, Viena.
Hoffmeier, J.K. (1989), «Reconsidering Egypt's Part in the Termination of the Middle Bronze Age in Palestine», *Levant*, 21, pp. 181-193.

Hogarth, D.G. (1911), «Hittite Problems and the Excavation of Carchemish», *Proceedings of the British Academy*, 5, pp. 361-375.
— (1924), *Kings of the Hittites*, Schweich Lectures, Londres.
— (1925), «Lydia and Ionia», *CAH* (1.ª ed.), pp. 501-526.
Holladay, J.S. (1976), «Of Sherds and Strata: Contributions Toward an Understanding of the Archaeology of the Divided Monarchy», en F.M. Cross *et al.*, eds., *Magnalia Dei: The Mighty Acts of God*, Doubleday, Garden City, N.Y., pp. 253-293.
Holloway, R.R. (1981), *Italy and the Aegean 3000-700 B.C.*, Archaeologia Transatlantica, I, Louvain-La-Neuve.
— (1984), «Recent Research in Prehistoric Sicily», en T. Hackens *et al.*, eds., *Crossroads of the Mediterranean*, Archaeologia Transatlantica, II, Louvain-La-Neuve, pp. 261-265.
— (1985), «Synoicism in Bronze Age Sicily», en C. Malone y S. Stoddart, eds., *Papers in Italian Archaeology IV, Part III*, BAR Int. Ser., 245, Oxford, pp. 389-398.
Hollstein, E. (1980), *Mitteleuropäische Eichenchronologie*, Trierer Grabungen und Forschungen, 11, Maguncia.
Hooker, J.T. (1976), *Mycenaean Greece*, Kegan Paul, Londres.
Hope, C.A. (1987), *Egyptian Pottery*, Shire Books, Aylesbury.
Horn, S.H. (1977), «What We Don't Know About Moses and the Exodus», *BAR*, junio, pp. 22-31.
Hrouda, B. (1962), *Tell Halaf IV, Die Kleinfunde aus historischer Zeit*, Gruyter, Berlín.
Huber, P.J. (1974), reseña de Weir, 1972, *Bibliotheca Orientalis*, 31, 1/2, pp. 86-88.
— (1987), «Astronomical Evidence for the Long and Against the Middle and Short Chronologies», en Åström, ed. (1987), parte 1, pp. 5-17.
Iacovou, M. (1988), *The Pictorial Pottery of Eleventh Century B.C. Cyprus*, SIMA, 78.
Iakovidis, S. (1979), «The Chronology of LHIIIC», *AJA*, 83, pp. 454-462.
Ibrahim, M. (1978), «The Collared-rim Jar of the Early Iron Age», en Moorey, P.R.S. y P. Parr, eds., *Archaeology in the Levant: Essays for K. Kenyon*, Aris & Phillips, Warminster, pp. 116-126.
Ingham, M.F. (1969), «The Length of the Sothic Cycle», *JEA*, 55, pp. 36-40.
Isserlin, B.S.J., y J. Du Plat Taylor (1974), *Motya*, I, E.J. Brill, Leiden.
Jacobsen, T. (1939), *The Sumerian King List*, Chicago University Press.
James, P.J. (en prensa), «The Origin of the Sea Peoples Invasion».
James, P.J., I.J. Thorpe, N. Kokkinos y J.A. Frankish (1987), «Bronze to Iron Age Chronology in the Old World: Time for a Reassessment?», *SAC*, 1, pp. 1-147.
— (1990), «A Reply and Update», *SAC*, 2.
James, P.J., y N. Kokkinos (1990), «Lachish, Arad and Chronology: A New Model for the Transition from Iron Age to Persian Judah in the Light of Lower Dating. Part 1», *SAC*, 2.
Jeffery, L.H. (1961), *The Local Scripts of Archaic Greece*, Oxford University Press.
Jidejian, N. (1968), *Byblos Through the Ages*, Dar el-Machreq Publishers, Beirut.
Jodin, A. (1966), *Mogador: Comptoir phénicien du Maroc Atlantique*, Études et Travaux d'Archéologie Marocaine, II, Tánger.
Jones, P.F. (1986), *Greek and Cypriot Pottery: A Review of Scientific Studies*, Fitch Lab. Occas. Paper, 1, British School at Athens, Londres.
Jurado, J.F., y P.R. Tomico (1988), «Les Phéniciens à Huelva», en Sznycer, ed. (1988), p. 71.
Kantor, H.J. (1946), «Embossed Plaques with Animal Designs», *JNES*, 5, pp. 232-238.
— (1956), «Syro-Palestinian Ivories», *JNES*, 15, pp. 153-174.
Karageorghis, V. (1969), *Salamis in Cyprus - Homeric, Hellenistic and Roman*, Thames & Hudson, Londres.

—, ed. (1974), *Excavations at Kition: I. The Tombs*, Zavallis Press, Nicosia.
— (1975), *Alaas: A Protogeometric Necropolis in Cyprus*, Zavallis Press, Nicosia.
— (1976), *Kition: Mycenaean and Phoenician Discoveries in Cyprus*, Thames & Hudson, Londres.
— (1978), *Archaia Kypros*, Ekdotike Ellados, Atenas.
— (1979), «Kypriaka IV», *RDAC*, pp. 198-213.
— (1981), *Ancient Cyprus*, Ekdotike Ellados, Atenas.
— (1982a), *Cyprus: From the Stone Age to the Romans*, Thames & Hudson, Londres.
— (1982b), «Cyprus», *CAH*, III.1, pp. 511-533.
— (1987), «Western Cyprus at the Close of the Bronze Age», en D.W. Rupp, ed., *Western Cyprus: Connections*, SIMA, 77, pp. 115-119.
— (1988), «The Greek Language in Cyprus: The Archaeological Background», en J. Karageorghis y O. Masson, eds., *The History of the Greek Language in Cyprus*, Pierides Foundation, Nicosia, pp. 1-8.
Karageorghis, V., y M. Demas (1985), *Excavations at Kition: V. The Pre-Phoenician Levels*, Department of Antiquities, Nicosia.
Karageorghis, V., y L.G. Kahil (1967), «Témoignages Eubéens à Chypre et Chypriotes à Érétrie», *Antike Kunst*, 10, pp. 133-135.
Karageorghis, V., y J. Karageorghis (1956), «Some Inscribed Iron-Age Vases from Cyprus», *AJA*, 60, pp. 351-359.
Kaufman, I.T. (1982), «The Samaria Ostraca: An Early Witness to Hebrew Writing», *BA*, otoño, pp. 228-239.
Kaufman, S.A. (1986), «The Pitfalls of Typology: On the Early History of the Alphabet», *Hebrew Union College Annual*, 57, pp. 1-14.
Kearsley, R. (1989), *The Pendant Semi-Circle Skyphos*, Bulletin of the Institute of Classical Studies, supl., 44, Londres.
Kemp, B.J. (1984), *Amarna Reports I*, Egypt Exploration Society, Londres.
Kempinski, A. (1979), «Hittites in the Bible», *BAR*, septiembre/octubre pp. 21-45.
Kendall, T. (1982), *Kush: Lost Kingdom of the Nile*, Brockton Art Museum/Fuller Memorial Brockton, Brockton, Mass.
Kenyon, K. (1964), «Megiddo, Hazor, Samaria and Chronology», *Bulletin of the Institute of Archaeology*, pp. 143-156.
— (1979), *Archaeology in the Holy Land* (4.ª ed.), E. Benn, Londres.
Kervran, M., *et al.* (1987), «The Occupational Enigma of Bahrain between the 13th and the 8th Century B.C.», *Paléorient*, 13.1, pp. 77-93.
Kilian, K. (en prensa), «Peri tis Katarevsis ton Mykinaikon anaktoron tis Ypirotikis Elladas», en *Proceedings of Conference at Orchomenos (Boeotia) 1984*.
King, L.W. (1899a), «Assyria», en *Encyclopaedia Biblica I*, Adam & Charles Black, Londres, pp. 347-372.
— (1899b), «Babylonia», en *Encyclopaedia Biblica I*, Adam & Charles Black, Londres, pp. 419-454.
Kitchen, K.A. (1966), *Ancient Orient and Old Testament*, Tyndale Press, Londres.
— (1977), «On the Princedoms of Late-Libyan Egypt», *Chronique d'Égypte*, 52, pp. 40-48.
— (1982), *Pharaoh Triumphant: The Life and Times of Ramesses II, King of Egypt*, Aris & Phillips, Warminster.
— (1986), *The Third Intermediate Period in Egypt (1100-650 B.C.)* (2.ª ed. con supl.), Aris & Phillips, Warminster.
— (1987), «The Basics of Egyptian Chronology in Relation to the Bronze Age», en Åström, ed. (1987), parte 1, pp. 37-55.

Knudtzon, J.A. (1907-1915), *Die El-Amarna Tafeln*, vols. 1-3, Hinrichs, Leipzig.

Kontoleon, N.M. (1951), «Anaskafe en Naxo», *Praktika*, pp. 214-223.

Koukouli-Chrysanthaki, Ch. (1981), «Late Bronze Age in Eastern Macedonia», *Thracia Praehistorica. Supplementum Pulpedeva*, 3, pp. 231-258.

Kramer, S.N. (1963), *The Sumerians*, Chicago University Press.

Krauss, R. (1985), *Sothis- und Monddaten. Studien zur astronomischen und technischen Chronologie Altägyptens*, Hildesheimer Ägyptologische Beiträge, 20, Hildesheim.

Kristiansen, K. (1987), «From Stone to Bronze - An Essay on the Evolution of Social Complexity in Northern Europe 2300-1200 B.C.», en E.M. Brumfiel y T.K. Earle, eds., *Specialisation, Exchange, and Complex Societies*, Cambridge University Press, pp. 30-51.

Kruszynski, M. (1990), «The Development of the Gava Culture and its Connections with the South - the Origins of Hornlike-Shaped Knobbed Ware in the Balkans and Troy VIIb2», *SAC*, 2.

Kuniholm, P.I. (1988), «Dendrochronology and Radiocarbon Dates for Gordion and Other Phrygian Sites», *Source: Notes in the History of Art*, VII, 3/4, pp. 6-8.

Kuniholm, P.I., y C.L. Striker (1983), «Dendrochronological Investigations in the Aegean and Neighboring Regions, 1977-1982», *JFA*, 10, pp. 411-420.

— (1987), «Dendrochronological Investigations in the Aegean and Neighboring Regions, 1983-1986», *JFA*, 14, pp. 385-398.

Labat, R. (1975a), «Elam c. 1600-1200 B.C.», *CAH*, II.2, pp. 379-416.

— (1975b), «Elam and Western Persia, c. 1200-1000 B.C.», *CAH*, II.2, pp. 482-506.

Lance, H.D. (1971), «The Royal Stamps and the Kingdom of Josiah», *Harvard Theological Review*, 64, pp. 315-332.

Landsberger, B. (1948), *Samal: Studien zur Enteckung der Ruinenstätte Karatepe*, I, Türkischen Historischen Gesellschaft, Ankara.

— (1954), «Assyrische Königliste und "Dunkles" Zeitalter», *Journal of Cuneiform Studies*, 8, pp. 31-45, 47-73.

Leahy, M.A. (1988), «The Earliest Dated Monument of Amasis and the End of the Reign of Apries», *JEA*, 74, pp. 183-199.

Leclant, J. (1983a), «Schabaka», *Lexicon der Ägyptologie*, V, Otto Harrassowitz, Wiesbaden, pp. 499-513.

— (1983b), «Schabataka», *Lexicon der Ägyptologie*, V, Otto Harrassowitz, Wiesbaden, pp. 514-520.

Leighton, R. (1981), «Strainer-spouted Jugs and the Problem of the Earliest Phoenician Influence in Sicily», *Journal of Mediterranean Anthropology and Archaeology*, 1, pp. 280-291.

Lepsius, R. (1864), «Die Sethos-Tafel von Abydos», *Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde*, octubre/noviembre, pp. 81-83.

Lerat, L. (1961), «Fouilles de Delphes, à l'est du grand sanctuaire: 1950-1957», *BCH*, 85, pp. 316-366.

Lewy, H. (1970), «Assyria c. 2600-1816 B.C.», *CAH*, I.2, pp. 729-770.

Lichtheim, M. (1980), *Ancient Egyptian Literature: A Book of Readings. Volume III: The Late Period*, University of California Press, Berkeley.

Lieblein, J. (1873), *Recherches sur la chronologie égyptienne d'après les listes généalogiques*, A.W. Brogger, Christiana.

— (1914), *Recherches sur l'Histoire et la civilization de l'ancienne Égypte*, J.C. Hinrich'sche, Leipzig.

Lilliu, G. (1952/1954), «Il nuraghe di Barumini e la stratigraphia nuragica», *Studi Sardi*, 12-13, pp. 90-459.
— (1973), «Tripode bronzeo di tradizione cipriota dalla Grotta Pirosu, su Benatzu di Santadi (Cagliari)», en J. Maluquer de Motes, ed., *Estudios dedicados al Prof. Dr. Luis Pericot*, Publicaciones Eventuales del Instituto de Arqueología y Prehistoria, 23, Universidad de Barcelona, pp. 283-313.
— (1982), *La civiltà nuragica*, Carlo Delfino, Milán.
London, G. (1989), «A Comparison of Two Contemporaneous Lifestyles of the Late Second Millennium B.C.», *BASOR*, 273, pp. 37-55.
Long, R.D. (1974), «A Re-examination of the Sothic Chronology of Egypt», *Orientalia*, 43, pp. 261-274.
Lo Porto, F.G. (1963), «Leporano (Taranto) - La stazione protostorica di Porto Perone», *Notizie degli scavi di antichità*, 8.ª serie, 17, pp. 280-380.
Lorimer, H.L. (1950), *Homer and the Monuments*, Macmillan, Londres.
Lo Schiavo, F. (1985), *Nuraghic Sardinia in its Mediterranean Setting: Some Recent Advances*, Occ. Paper, 12, University of Edinburgh.
Lukesh, S.S. (1984), «Italy and the Apennine Culture», en T. Hackens *et al.*, eds., *Crossroads of the Mediterranean*, Archaeologia Transatlantica, II, Louvain-La-Neuve, pp. 13-54.
Lloyd, S. (1980), *Foundations in the Dust*, Thames & Hudson, Londres.
Macadam, M.F.L. (1949), *The Temples of Kawa I. The Inscriptions*, Griffith Inst., Oxford.
Macdonald, W.A., *et al.* (1983), *Excavations at Nichoria in Southwest Greece. Volume III: The Dark Age and Byzantine Occupation*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
Macnamara, E., *et al.* (1984), *The Bronze Hoard from S. Maria in Paulis, Sardinia*, British Museum Occ. Paper, n.° 45, Londres.
Madhloom, T.A. (1970), *The Chronology of Neo-Assyrian Art*, Athlone Press, University of London.
Magnusson, M. (1977), *BC: The Archaeology of Bible Lands*, Bodley Head/BBC, Londres.
Maier, F.G., y V. Karageorghis, (1984), *Paphos: History and Archaeology*, A.G. Leventis Foundation, Nicosia.
Malamat, A. (1982), «How Inferior Israelite Forces Conquered Fortified Canaanite Cities», *BAR*, marzo/abril, pp. 24-35.
Malinine, M., *et al.* (1968), *Catalogue des stèles du Sérapéum de Memphis*, I, Louvre, Paris.
Mallowan, M. (1966), *Nimrud and its Remains*, Collins, Londres.
— (1967), «Nimrud», en D.W. Thomas, ed., *Archaeology and Old Testament Study*, Clarendon Press, Oxford, pp. 57-72.
— (1972), «Carchemish: Reflections on the Chronology of the Sculpture», *AnSt*, 22, pp. 63-85.
Mallowan, M., y G. Hermann (1974), *Ivories from Nimrud (1949-1963), III: Furniture from SW7 Fort Shalmaneser*, British School of Archaeology in Iraq, Aberdeen.
Manuel, F. (1963), *Isaac Newton: Historian*, Cambridge University Press.
Markoe, G. (1985), *Phoenician Bronze Bowls From Cyprus and the Mediterranean*, University of California Press.
Maspero, G. (1896), *The Struggle of the Nations*, SPCK, Londres.
Masson, O. (1961), *Les inscriptions Chypriotes syllabiques*, E. De Boccard, París.
Matthers, J., *et al.* (1983), «Black-on-Red Ware in the Levant: A Neutron Activation Analysis Study», *Journal of Archaeological Science*, 10, pp. 369-382.

Mazar, A. (1985), «The Emergence of the Philistine Material Culture», *IEJ*, 35, pp. 95-107.
Mazar (Maisler), B. (1951), «The Stratification of Tell Abu Hawam on the Bay of Acre», *BASOR*, 124, pp. 21-25.
— (1964), «The Philistines and the Rise of Israel and Tyre», *Proceedings of the Israel Academy of Sciences and Humanities*, 1.7, pp. 1-22.
— (1986), *The Early Biblical Period*, ed. S. Ahituv y B.A. Levine, Israel Exploration Society, Jerusalén.
McCarter, P.K. (1974), «The Early Diffusion of the Alphabet», *BA*, otoño, pp. 54-68.
McClellan, T.L. (1979), «Chronology of the "Philistine" Burials at Tell el Far'ah (South)», *JFA*, 6, pp. 58-73.
Mee, C.B. (1985), «The Mycenaeans and Troy», en L. Foxhall y J.K. Davies, eds., *The Trojan War: Its Historicity and Context*, Bristol Classical Press, pp. 45-56.
Mellaart, J. (1979), «Egyptian and Near Eastern Chronology: A Dilemma?», *Antiquity*, 53, pp. 6-18.
— (1985), «Troy VIIA in Anatolian Perspective», en L. Foxhall y J.K. Davies, eds., *The Trojan War: Its Historicity and Context*, Bristol Classical Press, pp. 63-82.
— (1990), «Response to the Discussion Paper», *SAC*, 2.
Mellink, M.J., ed. (1964), *Dark Ages and Nomads, c. 1000 B.C.*, Studies in Iranian and Anatolian Archaeology, Estambul.
— (1964), «Postscript on Nomadic Art», en Mellink, ed. (1964), pp. 63-70.
Mercer, S.A.B. (1939), *The Tell El-Amarna Tablets*, Macmillan, Toronto.
Merrillees, R.S. (1977), «The Absolute Chronology of the Bronze Age in Cyprus», *RDAC*, pp. 33-50.
Meyer, E. (1904), *Aegyptische Chronologie*, Abhandlungen der K. Preuss. Akademie der Wissenschaft, Berlín.
Meyer, J.C. (1983), *Pre-Republican Rome*, Analecta Romana Inst. Danici Suppl. XII, Odense.
Milward, A. (1975), «A Fragment of an Egiptyan Relief Chalice from Buseirah, Jordan», *Levant*, 7, pp. 16-17.
Millard, A.R. (1983), «Assyrians and Arameans», *Iraq*, 44, pp. 101-108.
Millard, A.R., y P. Bordreuil (1982), «A Statue from Syria with Assyrian and Aramaic Inscriptions», *BA*, verano, pp. 135-141.
Miller, M. (1970), *The Sicilian Colony Dates*, State University of New York Press, Albany.
— (1971), *The Thalassocracies*, State University of New York Press, Albany.
Mitford, T.B., y O. Masson (1982), «The Cypriot Syllabary», *CAH*, III.3, pp. 71-82.
Mommsen, H., *et al.* (1989), «Classification of Mycenaean Pottery from Kastanas by Neutron Activation Analysis», en Y. Maniatis, ed., *Archaeometry*, Elsevier, Amsterdam, pp. 515-523.
Montelius, O. (1885), *Dating in the Bronze Age with Special Reference to Scandinavia* (trad. ing.), Royal Academy of Letters History and Antiquities, Estocolmo (1986).
— (1899), *Der Orient und Europa*, Estocolmo.
— (1903), *Die älteren Kulturperioden im Orient und in Europa I. Die Methode*, Beckmans, Estocolmo.
Montet, P. (1928), *Byblos et l'Égypte*, I, Geuthner, París.
— (1947), *La nécropole royale de Tanis I: Les constructions et le tombeau d'Osorkon II à Tanis*. Fouilles de Tanis, París.
Moorey, P.R.S. (1971), «Towards a Chronology for the Luristan Bronzes», *Iran*, 9, pp. 113-129.
—, ed. (1982), *Ur of the Chaldees*, Herbert Press, Londres.

— (1988), «Bronzeworking Centres of Western Asia c. 1000-539 BC: Problems and Perspectives», en Curtis, ed. (1988), pp. 23-32.
Moortgat, A., ed. (1955), *Tell Halaf III: Die Bildwerke*, De Gruyter, Berlín.
Morgan, L.H. (1877), *Ancient Society: or, Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilisation*, Macmillan, Londres (hay trad. cast.: *La sociedad primitiva*, Ed. Endymion, Madrid, 1987).
Moretti, L. (1957), *Olympionikai. I vincitori negli antichi Agoni Olimpici*, Atti della Accademia Nazionale dei Lincei, ser. 8, vol. 8, Roma.
Morintz, S. (1964), «Quelques problèmes concernant la période ancienne du Hallstatt au Bas-Danube à la lumière des fouilles de Babadag», *Dacia*, 8, pp. 101-118.
Morkot, R. (1990), «Post-Pharaonic Nubia: Reassessing the Evidence», *SAC*, 2.
Moscati, S. (1968), *The World of the Phoenicians*, Weidenfeld & Nicolson, Londres.
—, ed. (1988), *The Phoenicians*, Bompiani, Milán.
— (1988), «Colonization of the Mediterranean», en Moscati, ed. (1988), pp. 46-53.
Mosshammer, A.A. (1979), *The Chronicle of Eusebius and Greek Chronographic Tradition*, Associated Univ. Presses, New Jersey.
Mountjoy, P.A. (1988), «LHIIIC Versus Submycenaean: The Kerameikos Pompeion Cemetery Reviewed», *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, 103, pp. 1-37.
Muhly, J.D. (1985), «Phoenicia and the Phoenicians», en *BAT*, pp. 177-191.
— (1988), «Concluding Remarks», en Curtis, ed. (1988), pp. 329-342.
Müller-Karpe, H. (1959a), *Beiträge zur Chronologie der Urnenfelderzeit nördlich und südlich der Alpen*, Römisch Germanische Forschungen, 22, Berlín.
— (1959b), *Vom Anfang Roms*, Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts Röm Abteilung, 5, Heidelberg.
Munn-Rankin, J.M. (1975), «Assyrian Military Power 1300-1200 B.C.», *CAH*, II.2, pp. 274-306.
Munro, M. (1987), «Timahoe West», en C. Cotter, ed., *Excavations 1986*, Irish Academy Publs., 22, Dublín.
Murray, A.S. (1892), *Handbook of Greek Archaeology*, J. Murray, Londres.
Muscarella, O.W. (1988a), «The Background to the Luristan Bronzes», en Curtis, ed. (1988), pp. 33-44.
— (1988b), «The Background to the Phrygian Bronze Industry», en Curtis, ed. (1988), pp. 177-192.
— (1988c), *Bronze and Iron: Ancient Near Eastern Artefacts in the Metropolitan Museum of Art*, Metropolitan Museum of Art, Nueva York.
Na'aman, N. (1979), «Sennacherib's Campaign to Judah and the Date of the *LMLK* stamps», *Vetus Testamentum*, 29, pp. 61-86.
— (1984), «Statements of Time-spans by Babylonian and Assyrian Kings and Mesopotamian Chronology», *Iraq*, 46, pp. 115-123.
Naveh, J. (1982), *An Introduction to West Semitic Epigraphy and Palaeography*, Hebrew University, Jerusalén.
Negbi, O. (1982/1983), «Evidence for Early Phoenician Communities on the Eastern Mediterranean Islands», *Levant*, 14/15, pp. 179-182.
Neumann, J., y S. Parpola (1987), «Climatic Change and the Eleventh-Tenth Century Eclipse of Assyria and Babylonia», *JNES*, 46, pp. 161-182.
Newton, I. (1728), *The Chronology of Ancient Kingdoms Amended*, J. Tonson, Londres.
Newton, R. (1978), *The Crime of Claudius Ptolemy*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
Nicolaou, K. (1976), *The Historical Topography of Kition*, SIMA, 43.
North, R. (1957), «Status of the Warka Expedition», *Orientalia*, 26, pp. 250-251.

Nylander, C. (1963), «The Fall of Troy», *Antiquity*, 37, pp. 6-11.

Oates, J., *et al.* (1977), «Seafaring Merchants of Ur», *Antiquity*, 203, pp. 221-234.

O'Connor, D. (1983), «New Kingdom and Third Intermediate Period, 1552-664 BC», en B.G. Trigger *et al.*, eds., *Ancient Egypt: A Social History*, Cambridge University Press, pp. 183-278 (hay trad. cast.: *Historia del Egipto antiguo*, Crítica, Barcelona, 1985).

Opificius, R. (1965), «Altphrygische Keramik von Büyükkale (Boğazköy)», *Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft*, 95, pp. 81-89.

Olsson, I.U. (1987), «Carbon-14 Dating and Interpretation of the Validity of Some Dates From the Bronze Age in the Aegean», en Åström, ed. (1987), parte 2, pp. 4-38.

Orthmann, W. (1971), *Untersuchungen zur späthethitischen Kunst*, Saarbrücker Beiträge zur Altertumskunde, 8, Rudolph Habelt, Bonn.

Otten, H. (1959), «Korrespondenz mit Tukulti-Ninurta I. aus Boğazköy», en E. Weidner, *Die Inschriften Tukulti-Ninurtas und seiner Nachfolger*, Archiv für Orientforschung, 12, Graz, pp. 64-68.

Özdoğan, M. (1987), «Taşlicabiyir. A Late Bronze Age Burial Mound in Eastern Thrace», *Anatolica*, 14, pp. 5-25.

Page, D. (1959), «The Historical Sack of Troy», *Antiquity*, 33, pp. 25-31.

Page, S. (1969), «Adad-nirari III and Semiramis: the Stelae of Saba'a and Rimah», *Orientalia*, 38, pp. 457-458.

Pallottino, M. (1961), «Problemi di protostoria italica nel mezzogiorno», en *Greci e Italici in Magna Grecia*, Atti del Primo Convegno di Studi Sulla Magna Grecia, Nápoles, pp. 99-104.

— (1979), «The Origins of Rome: a Survey of Recent Discoveries and Discussions», en Ridgway y Ridgway, eds. (1979), pp. 197-222.

Parker, R.A. (1950), *The Calendars of Ancient Egypt*, Chicago University Press.

— (1957), «The Lunar Dates of Thutmose III and Ramesses II», *JNES*, 16, pp. 39-43.

— (1970), «The Beginning of the Lunar Month in Ancient Egypt», *JNES*, 29, pp. 217-220.

— (1971), «The Calendars and Chronology», en J.R. Harris, ed., *The Legacy of Egypt* (2.ª ed.), Clarendon Press, Oxford, pp. 13-26.

— (1976), «The Sothic Dating of the Twelfth and Eighteenth Dynasties», en J.H. Johnson y E.F. Wente, eds., *Studies in Honor of George R. Hughes*, Chicago Oriental Institute, pp. 177-189.

Parr, P. (1982), «Contacts Between North West Arabia and Jordan in the Late Bronze and Iron Ages», en A. Hadidi, ed., *Studies in the History and Archaeology of Jordan I*, Department of Antiquities, Ammán, pp. 127-133.

Paterson, A. (1915), *Assyrian Sculptures. Palace of Sinacherib*, Martinus Nighoff, La Haya.

Pearson, G.W., y M. Stuiver (1986), «High-precision Calibration of the Radiocarbon Time Scale», *Radiocarbon*, 28, pp. 839-862.

Peckham, B. (1972), «The Nora Inscription», *Orientalia*, 41, pp. 457-468.

Peroni, R. (1956), «Zur Gruppierung mitteleuropäischer Grieffzungendolche der späten Bronzezeit», *Badische Fundberichte*, 20, pp. 69-92.

— (1959), «Per una definizione dell'aspetto culturale subapenninico come fase cronologica a sè stante», *Notizie degli scavi di antichità*, 8.ª serie, 9, pp. 3-253.

— (1960), «Per una nuova cronologia del sepolcretto del Foro: sequenza culturale e significato storico», en *Civiltà del ferro*, Documenti e studi della deputazione di storia patria per le provincie di Romagna, VI, Bolonia, pp. 461-499.

Perrot, G. (1895), «Figurines d'ivoire trouvées dans une tombe du céramique à Athènes», *BCH*, 19, pp. 273-295.

Perrot, G., y C. Chipiez (1890), *History of Art in Sardinia, Judaea, Syria and Asia Minor* (trad. I. Gonizo), Chapman & Hall, Londres.

Petrie, W.M.F. (1890), «The Egyptian Bases of Greek History», *JHS*, 11, pp. 271-277.

— (1896), *A History of Egypt*, II, Methuen, Londres.

Piggott, S. (1938), «The Early Bronze Age in Wessex», *PPS*, 4, pp. 52-106.

— (1965), *Ancient Europe*, Edinburgh University Press.

Pilcher, J.R., *et al.* (1984), «A 7272-year Tree-ring Chronology for Western Europe», *Nature*, 312, pp. 150-152.

Pitts, M.W. (1982), «On the Road to Stonehenge: Report on the Investigations Beside the A344, 1968, 1979 and 1980», *PPS*, 48, pp. 75-132.

Poebel, A. (1942), «The Assyrian King List from Khorsabad», *JNES*, 1, pp. 247-306 y 460-492.

— (1943), «The Assyrian King List from Khorsabad - Concluded», *JNES*, 2, pp. 56-90.

Pons Brun, E. (1989), «The Beginning of the First Iron Age in Catalonia, Spain», en Sørensen y Thomas, eds. (1989), pp. 112-136.

Ponsich, M. (1981), *Lixus: le Quartier des Temples*, Études et Travaux d'Archéologie Marocaine, IX, Rabat.

Popham, M.R. (1990), «Response to the Discussion Paper», *SAC*, 2.

Popham, M.R., y L.H. Sackett, eds. (1980), *Lefkandi I: The Iron Age*, British School at Athens, suppl. vol. XI, Londres.

Porada, E. (1964), «Nomads and Luristan Bronzes», en Mellink, ed. (1964), pp. 9-31.

Potter, T.W. (1976), *A Faliscan Town in South Etruria: Excavations at Narce 1966-71*, British School at Rome, Londres.

Prausnitz, M.W. (1972), «Red-Polished and Black-on-Red Wares at Akhziv, Israel and Cyprus in the Early-Middle Iron Age», en V. Karageorghis y A. Christodoulou, eds., *Praktika tou Protou Diethnous Kyprologikou Synedriou*, 1, Etaireia Kypriakon Spoudon, Nicosia, pp. 151-156.

Preusser, C. (1955), *Die Paläste in Assur*, Verlag Gebr. Mann, Berlín.

Pritchard, J.B. (1974), *Solomon and Sheba*, Phaidon, Londres.

— (1975), *Sarepta: A Preliminary Report on the Iron Age*, The University Museum of Pennsylvania, Filadelfia.

— (1978), *Recovering Sarepta, A Phoenician City*, Princeton University Press.

Puchstein, O. (1890), *Pseudohethitische Kunst*, V. Juni, Berlín.

Puglisi, S.M., y P. Meriggi (1964), *Malatya I: Rapporto preliminare delle campagne 1961 e 1962*, Orientis Antiqui Collectio III, Roma.

Puglisi, S.M., y A. Palmieri (1966), «Researches in Malatya District (1965-1966)», *Türk Arkeoloji Dergisi*, XV.2, pp. 81-101.

Pyle, D.M. (1989), «Ice-core Acidity Peaks, Retarded Tree Growth and Putative Eruptions», *Archaeometry*, 31, pp. 88-91.

Quagliatti, Q. (1900), «Taranto: relazione degli scavi archeologici che si eseguirono nel 1899 in un abitato terramaricolo, allo Scoglio del Tonno, presso la città», *Notizie degli scavi di antichità*, pp. 411-464.

Rakob, F. (1984), «Deutsche Ausgraben in Karthago. Die Punischen Befunde», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Römische Abteilung*, 91, pp. 1-22.

Rainey, A.F. (1978), *El Amarna Tablets 359-379: Supplement to J.A. Knudtzon Die El-Amarna-Tafeln*, Alter Orient und Altes Testament, Band 8.

— (1982), «Wine from the Royal Vineyards», *BASOR*, 245, pp. 57-62.

Ramsay, W.M. (1888), «A Study of Phrygian Art», *JHS*, 9, pp. 350-382.

Randall-MacIver, D. (1924), *Villanovans and Early Etruscans*, Clarendon Press, Oxford.

Randsborg, K. (1967), «Aegean Bronzes in a Grave in Jutland», *Acta Archaeologica*, 38, pp. 1-27.

Rawlinson, G. (1873), *The Five Great Monarchies of the Ancient Eastern World*, II (3.ª ed.), Murray, Londres.

Rawlinson, D. (1881), *History of Ancient Egypt*, II, Longmans, Londres.

Read, J.G. (1970), «Early Eighteenth Dynasty Chronology», *JNES*, 29, pp. 1-11.

Reade, J. (1975), «Aššurnaširpal I and the White Obelisk», *Iraq*, 37, pp. 129-150.

Redford, D.B. (1982), «Contact Between Egypt and Jordan in the New Kingdom: Some Comments on Sources», en A. Hadidi, ed., *Studies in the History and Archaeology of Jordan I*, Department of Antiquities, Ammán, pp. 115-119.

— (1985), «Sais and the Kushite Invasion of the Eighth Century B.C.», *JARCE*, 22, pp. 5-15.

— (1986), *Pharaonic King-lists, Annals and Day-books*, Benben/Society for the Study of Egyptian Antiquities, Mississauga, Ontario.

— (1987), «The Monotheism of the Heretic Pharaoh», *BAR*, mayo/junio, pp. 16-32.

Reich, R., y B. Brandl (1985), «Gezer under Assyrian Rule», *PEQ*, pp. 41-54.

Reinecke, P. (1902), «Zur Chronologie der 2. Hälfte des Bronzealters in Süd und Nord Deutschland», *Korrespondenzblatt der deutschen Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*, 33, pp. 17-22, 27-32.

— (1924), «Zur chronologischen Gliederung der süddeutschen Bronzezeit», *Germania*, 8, pp. 43-44.

Reiner, E., y D. Pingree (1975), *The Venus Tablets of Ammiṣaduga*, Bibliotheca Mesopotamica, 2.1, Undena, Malibú.

Renfrew, C. (1970), «The Tree-ring Calibration of Radiocarbon: An Archaeological Evaluation», *PPS*, 36, pp. 280-311.

— (1972), «Malta and the Calibrated Radiocarbon Chronology», *Antiquity*, 46, pp. 141-144.

— (1973), *Before Civilization*, Jonathan Cape, Londres (hay trad. cast.: *El alba de la civilización*, Ed. Istmo, Madrid, 1986).

— (1979), «Systems Collapse as Social Transformation: Catastrophe and Anastrophe in Early State Societies», en C. Renfrew y K.L. Cooke, eds., *Transformations: Mathematical Approaches to Culture Change*, Academic Press, Londres, pp. 481-506.

— (1985), *The Archaeology of Cult: The Sanctuary of Philakopi*, British School at Athens, supl. vol. 18, Londres.

— (1986), «Varna and the Emergence of Wealth in Prehistoric Europe», en A. Appadurai, ed., *The Social Life of Things*, Cambridge University Press, pp. 141-168.

Ridgway, D. (1979), «Early Rome and Latium: An Archaeological Introduction», en Ridgway y Ridgway, eds. (1979), pp. 187-196.

— (1986), «Sardinia and the First Western Greeks», en Balmuth, ed. (1986), pp. 172-185.

— (1988), «Italy from the Bronze Age to the Iron Age», *CAH*, IV, pp. 623-633.

Ridgway, D., y F.R. Ridgway, eds. (1979), *Italy Before the Romans*, Academic Press, Londres.

Ridgway, F.R. (1986), «Nuragic Bronzes in the British Museum», en Balmuth, ed. (1986), pp. 84-101.

Riis, P.J. (1970), *Sukas*, I, Munksgaard, Copenhage.

Romer, J. (1981), *Valley of the Kings*, Michael Joseph & Rainbird, Londres (hay trad. cast.: *Los últimos secretos del Valle de los Reyes*, Ed. Planeta, Barcelona, 1989[7]).

Rothenberg, B. (1972), *Timna, Valley of the Biblical Copper Mines*, Thames & Hudson, Londres.

— (1988), *The Egyptian Mining Temple at Timna*, Institute of Archaeo-Metallurgical Studies, Londres.

Rothenberg, B., y A. Lupu (1967), «Excavations at Timna: Preliminary Report on the Excavations at Camp No. 2 in Wadi Timna, 1964-1966», *Bull. Mus. Haaretz*, 9, pp. 53-70.

Roux, G. (1966), *Ancient Iraq*, Penguin, Harmondsworth.

Rowley-Conwy, P. (1988), «The Camel in the Nile Valley: New Radiocarbon Accelerator (AMS) Dates for Qasr Ibrim», *JEA*, 74, pp. 245-248.

Rowton, M.B. (1946), «Mesopotamian Chronology and the "Era of Menophres"», *Iraq*, 8, pp. 94-110.

— (1966), «The Material from Western Asia and the Chronology of the Nineteenth Dynasty», *JNES*, 25, pp. 240-258.

— (1970), «Chronology. II. Ancient Western Asia», *CAH*, I.1, pp. 193-239.

Roy, A. (1982), «The Astronomical Basis of Egyptian Chronology», *Society for Interdisciplinary Studies Review*, 6, pp. 53-55.

Ruiz Mata, D. (1988), «Les Phéniciens dans la baie de Cadix», en Sznycer, ed. (1988), pp. 82-83.

Rupp, D.M. (1986), «The Canadian Palaipaphos (Cyprus) Survey Project: Third Preliminary Report», *Acta Archaeologica*, 57, pp. 27-45.

Rutter, J.B. (1975), «Ceramic Evidence for Northern Intruders in Southern Greece at the Beginning of the LHIIIC Period», *AJA*, 79, pp. 17-32.

— (1978), «A Plea for the Abandonment of the Term "Submycenaean"», *Temple Univ. Aegean Symposium*, 3, pp. 58-65.

Sachs, A. (1970), «Absolute Dating from Mesopotamian Records», *Phil. Trans. Royal Society London A*, 269, pp. 19-22.

— (1974), «Babylonian Observational Astronomy», *Phil. Trans. Royal Society London A*, 276, pp. 43-50.

Säflund, G. (1939), «Punta del Tonno», *Dragma M.P. Nilsson dedicatum*, Acta Inst. Romani Regni Sueciae, ser. altera I, Lund, pp. 458-490.

Sakellariou, A. (1965), «Nea Anchialos», *Archaiologikon Deltion*, 20, pp. 421-422.

Salles, J.-F. (1985), «À Propos du Niveau 4 de Tell Keisan», *Levant*, 17, pp. 203-204.

Sams, G.K. (1971), *The Phrygian Painted Pottery of Early Iron Age Gordion in its Anatolian Setting*, tesis doctoral, Univ. de Pennsylvania, Univ. Microfilms, Ann Arbor, 1978.

Samuel, A.E. (1972), *Greek and Roman Chronology*, Beck, Munich.

Sandars, N. (1971), «From Bronze to Iron Age: A Sequel to a Sequel», en J. Boardman *et al.*, eds., *The European Community in Later Prehistory*, Routledge & Kegan Paul, Londres, pp. 3-29.

— (1983), «North and South at the End of the Mycenaean Age: Aspects of an Old Problem», *OJA*, 2, pp. 43-68.

— (1985), *The Sea Peoples* (ed. rev.), Thames & Hudson, Londres.

Sandys, J.E. (1908), *A History of Classical Scholarship*, II, Cambridge University Press.

Sarton, G. (1970), *A History of Science*, 2, The Norton Library, Nueva York.

Säve-Söderbergh, T. (1987), *Temples and Tombs of Ancient Nubia*, Thames & Hudson, Londres, y UNESCO, París.

Sayce, A. (1876), «On the Hamathite Inscriptions», *Transactions of the Society of Biblical Archaeology*, V, pp. 22-32.

Scullard, H.H. (1967), *The Etruscan Cities and Rome*, Thames & Hudson, Londres.

Schaeffer, C.F.A. (1948), *Stratigraphie comparée et chronologie de l'Asie occidentale (IIIe et IIe millénaire)*, Oxford University Press.

— (1968), *Ugaritica: Mission de Ras Shamra*, V, París.
— (1983), *Corpus des cylindres-sceaux de Ras Shamra-Ugarit et d'Enkomi-Alasia*, Éditions Recherche sur les Civilisations, París.
Schliemann, H. (1875), *Troy and its Remains*, Murray, Londres.
— (1878), *Mycenae*, Murray, Londres.
— (1881), *Ilios, the City and Country of the Trojans*, Murray, Londres.
— (1884), *Troja: Results of the Latest Researches and Discoveries on the Site of Homer's Troy, 1882*, Murray, Londres.
Schumacher, G. (1908), *Tell el-Mutesellim*, I, Rudolph Haupt, Leipzig.
Schweitzer, B. (1971), *Greek Geometric Art*, Phaidon, Londres.
Shanks, H. (1981), «The Exodus and the Crossing of the Red Sea, According to Hans Goedicke», *BAR*, septiembre/octubre, pp. 42-50.
Shaw, I.M.E. (1985), «Egyptian Chronology and the Irish Oak Calibration», *JNES*, 44, pp. 295-317.
Shea, W. (1978), «Nebuchadrezzar's Chronicle and the Date of the Destruction of Lachish III», *PEQ*, pp. 113-115.
Shefton, B.B. (1982), «Greeks and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula. The Archaeological Evidence», en. H.G. Niemeyer, ed., *Phönizier im Westen*, Deutsches Archäologisches Instituts Madrider Beiträge, Band 8, Madrid, pp. 337-370.
Shiloh, Y. (1979), *The Proto-Aeolic Capitol and Israelite Masonry*, Qedem 2, The Hebrew University, Jerusalén.
Singer, I. (1985), «The Battle of Niḫriya and the End of the Hittite Empire», *Zeitschrift für Assyriologie*, 75, pp. 100-123.
Smith, S. (1940), *Alalakh and Chronology*, Luzac & Co., Londres.
Smith, T.M. (1987), *Mycenaean Trade and Interaction in the West Central Mediterranean 1600-1000 B.C.*, BAR Int. Ser., 371, Oxford.
Smith, W.S. (1981), *The Art and Architecture of Ancient Egypt* (ed. rev. con adiciones por W.K. Simpson), Pelican, Harmondsworth.
Snodgrass, A.M. (1964), *Early Greek Armour and Weapons*, Edinburgh University Press.
— (1971), *The Dark Age of Greece*, Edinburgh University Press.
— (1982), «Central Greece and Thessaly», *CAH*, III.1, pp. 657-695.
— (1987), *An Archaeology of Greece*, California University Press (hay trad. cast.: *Arqueología de Grecia*, Crítica, Barcelona, 1990).
— (1989), «The Coming of the Iron Age in Greece: Europe's Earliest Bronze/Iron Transition», en Sørensen y Thomas, eds. (1989), pp. 22-35.
Soggin, J.A. (1984), *A History of Israel*, SCM Press, Londres.
— (1989), *Introduction to the Old Testament* (3.ª ed. rev.), SCM Press, Londres.
Sordinas, A. (1971), *Old Olive, Oil Mills and Presses on the Island of Corfu, Greece*, Anthropological Research Center Occasional Papers, 9, Memphis State University.
Sørensen, M.L.S., y R. Thomas, eds. (1989), *The Bronze Age-Iron Age Transition in Europe*, BAR Int. Ser., 483, Oxford.
Spencer, P.A., y A.J. Spencer (1986), «Notes on Late Libyan Egypt», *JEA*, 72, pp. 198-201.
Stager, L.E., *et al.*, eds. (1974), *The American Expedition to Idalion, Cyprus: First Preliminary Report, Seasons of 1971 & 1972*, BASOR, supl. 18, Filadelfia.
— (1988), «Shemer's Estate», *BASOR*, 277/278, pp. 93-107.
Starr, C.G. (1970), *Athenian Coinage 480-449 BC*, Clarendon Press, Oxford.
Stern, E. (1978), *Excavations at Tel Mevorakh (1973-1976)*, 1, Qedem 9, The Hebrew University of Jerusalem.
— (1982), *Material Culture of the Land of the Bible in the Persian Period 538-332 B.C.*, Aris & Phillips, Warminster, e Israel Exploration Society, Jerusalén.

Stern, M. (1976), *Greek and Latin Authors on Jews and Judaism*, 1, The Israel Academy of Sciences and Humanities, Jerusalén.

Stiebing, W.H. (1980), «The End of the Mycenaean Age», *BA*, invierno, pp. 7-21.

Stoia, A. (1989), «The Beginning of Iron Metallurgy in Romania (1200-700 B.C.)», en Sørensen y Thomas, eds. (1989), pp. 43-67.

Stubbings, F.H. (1954), «Mycenae 1939-1952. Part VIII. A Winged Axe-mould», *BSA*, 49, pp. 297-298.

— (1975), «The Recession of Mycenaean Civilization», *CAH*, II.2, pp. 338-358.

Stuiver, M., *et al.* (1986), «Radiocarbon Age Calibration back to 13,300 Years BP and the ^{14}C Age Matching of the German Oak and US Bristlecone Pine Chronologies», *Radiocarbon*, 28, pp. 969-979.

Styrenius, C.-G. (1973), «Asine», *Archaiologikon Deltion*, cron., pp. 155-156.

Syriopoulos, K.T. (1983), *Oi Metavatikoi Chronoi*, Arch. Etaireia, Atenas.

Sznycer, M. (1979), «L'inscription phénicienne de Tekke, près de Cnossus», *Kadmos*, 18, pp. 89-93.

—, ed. (1988), *Les Phéniciens*, Dossiers d'Histoire et Archéologie, 132, Dijon.

Tadmor, H. (1985), «Nineveh, Calah and Israel: on Assyriology and the Origins of Biblical Archaeology», en *BAT*, pp. 260-268.

Tainter, J.A. (1988), *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge University Press.

Talbott, S., ed. (1973/1974), «ASH», *Pensée*, 4.1, pp. 5-19.

Taramelli, A. (1914), «Il tempio nuragico ed i monumenti primitivi di S. Vittoria di Serri (Cagliari)», *Monumenti Antichi*, 23, pp. 313-430.

Taylor, J.H. (1987), «A Note on the Family of Montemhat», *JEA*, 73, pp. 229-230.

Taylour, W. (1958), *Mycenaean Pottery in Italy and Adjacent Areas*, Cambridge University Press.

— (1983), *The Mycenaeans* (2.ª ed.), Thames & Hudson, Londres.

Theocharis, D. (1960a), «Iolkos», *Ergon*, pp. 55-61.

— (1960b), «Anaskafai en Iolko», *Praktika*, pp. 49-59.

— (1961), «Anaskafai en Iolko», *Praktika*, pp. 45-54.

Thiele, E. (1983), *The Mysterious Numbers of Hebrew Kings*, Zondervan, Michigan.

Thomas, D.W. (1946), «The Lachish Ostraca: Professor Torczyner's Latest Views», *PEQ*, pp. 38-42.

— (1958), *Documents from Old Testament Times*, Harper & Row, Nueva York.

Thomas, E. (1979), «The *Kzy* of Queen Inhapy», *JARCE*, 16, pp. 85-92.

Thomsen, C.J. (1848), *A Guide to Northern Archaeology*, Londres.

Thorpe, I.J. (1990), «The Mycenaeans and European Chronology - a Review», *SAC*, 2.

— (en prensa), «The Wessex Culture - Content and Chronology», *SAC*, 3.

Thurnam, J. (1873), «On Ancient British Barrows, Especially Those of Wiltshire and the Adjoining Counties (Part II. Round Barrows)», *Archaeologia*, 43, pp. 285-544.

Tončeva, G. (1980), *Chronologie du Hallstatt ancien dans la Bulgarie de Nord-Est*, Studia Thracica, 5, Sofia.

Torczyner, H., *et al.* (1938), *Lachish I: The Lachish Letters*, Oxford University Press.

Torr, C. (1896), *Memphis and Mycenae*, Cambridge University Press.

Toynbee, A.J. (1939), *A Study of History*, IV y V, Oxford University Press (hay trad. cast.: *Estudio de la Historia*, Alianza, Madrid, 1981^{6}, 3 vols.).

Trigger, B.G. (1965), *History and Settlement in Lower Nubia*, Yale University Publs. in Anthropology, New Haven.

— (1976), *Nubia under the Pharaohs*, Thames & Hudson, Londres (hay trad. cast.: *La revolución arqueológica. El pensamiento de Gordon Childe,* Fontana, Barcelona, 1982).

— (1980), *Gordon Childe: Revolutions in Archaeology*, Thames & Hudson, Londres.
Tronchetti, C. (1986), «Nuragic Statuary from Monte Prama», en Balmuth, ed. (1986), pp. 19-37.
Trump, D.H. (1961), «The Later Prehistory of Malta», *PPS*, 27, pp. 253-262.
Tsori, N. (1977), «A Contribution to the Problem of the Persian Period at Beth Shan», *PEQ*, pp. 103-105.
Tufnell, O. (1953), *Lachish III: The Iron Age*, Oxford University Press.
Tylecote, R.F. (1987), *The Early History of Metallurgy in Europe*, Longman, Londres.
Tusa, V. (1988), «Sicily», en Moscati, ed. (1988), pp. 186-205.
Ullman, B.L. (1934), «How Old is the Greek Alphabet?», *AJA*, 38, pp. 359-381.
Ungnad, A. (1938); «Eponymen», in *Reallexikon der Assyriologie*, 2, Walter de Gruyter, Berlín-Leipzig, pp. 412-457.
Ussher, J. (1650), *Annales Veteris Testamenti, a prima mundi origine deducti*, J. Flesher, Londres.
Ussishkin, D. (1976), «Royal Judean Storage Jars and Private Seal Impressions», *BASOR*, 223, pp. 2-13.
— (1977), «The Destruction of Lachish by Sennaerib and the Dating of the Royal Judean Storage Jars», *Tel Aviv*, 4, pp. 28-60.
— (1980a), «The "Lachish Reliefs" and the City of Lachish», *IEJ*, 30, pp. 174-195.
— (1980b), «Was the "Solomonic" City Gate at Megiddo Built by King Solomon?», *BASOR*, 239, pp. 1-18.
— (1982), *The Conquest of Lachish by Sennaquerib*, Tel Aviv University.
— (1983), «Excavations at Tel Lachish 1978-1983: Second Preliminary Report», *Tel Aviv*, 10, pp. 97-175.
— (1987), «Lachish - Key to the Israelite Conquest of Canaan?», *BAR*, enero/febrero, pp. 18-39.
Van Beek, G. (1951), «Cypriote Chronology and the Dating of Iron I Sites in Palestine», *BASOR*, 124, pp. 26-29.
— (1955), «The Date of Tell Abu Hawam, Stratum III», *BASOR*, 138, pp. 34-38.
Van Compernolle, R. (1973), «L'inscription de Salmanaser III, IM 55644, du Musée de Bagdad, la chronologie des rois de Tyr et la date de la fondation de Carthage (805/6 avant nôtre Ère)», *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire Orientales et Slaves*, 20, pp. 467-479.
Van der Meer, P. (1947), *The Ancient Chronology of Western Asia and Egypt*, E.J. Brill, Leiden.
Van Seters, J. (1983), *In Search of History: Historiography in the Ancient World and the Origins of Biblical History*, Yale University Press.
Vandenabeele, F. (1971), «La chronologie absolue du Chypro-Géométrique», *Dédalo*, 7, pp. 7-22.
Velikovsky, I. (1953), *Ages in Chaos*, Sidgwick & Jackson, Londres.
Venit, M.S. (1986), «Toward a Definition of Middle Assyrian Style», *Akkadica*, 50, pp. 1-21.
Vercoutter, J. (1958), «Une épitaphe royale inédite du Sérapéum», *Mitteilungen des Deutschen Instituts für ägyptische Altertumskunde in Kairo*, 16, pp. 333-343.
— (1960), «The Napatan Kings and Apis Worship», *Kush*, 8, pp. 62-76.
Vermeule, E., y V. Karageorghis (1982), *Mycenaean Pictorial Vase Painting*, Harvard University Press.
Vickers, M. (1984), «Hallstatt and Early La Tène Chronology in Central, South and East Europe», *Antiquity*, 58, pp. 208-211.
— (1985a), «Correction: Hallstatt D1 Site at Villingen», *Antiquity*, 59, p. 124.

— (1985b), «Early Greek Coinage, a Reassessment», *Numismatic Chronicle*, 145, pp. 1-44.
— (1987), «Dates, Methods and Icons», en C. Bérard *et al.*, eds., *Images et Société en Grèce Ancienne*, Actes du Colloque International, Lausana 8-11 febrero 1984, Université de Lausanne, pp. 19-25.
Vittmann, G. (1978), *Priester und Beamte im Theben der Spätzeit*, Beiträge zur Ägyptologie, B. 1, Institut für Afrikanistik und Ägyptologie der Universität Wien, Viena.
Von Oppenheim, M. (1931), *Der Tell Halaf*, Brockhaus, Leipzig.
Waddell, W.G. (1940), *Manetho*, Loeb Classical Library, Heinemann, Londres.
Wallenfels, R. (1983), «Redating the Byblian Inscriptions», *Journal of the Ancient Near Eastern Society*, 15, pp. 79-118.
Wardle, K.A. (1980), «Excavations at Assiros 1975-1979», *BSA*, 75, pp. 229-268.
— (1989), «Excavations at Assiros Toumba 1988. A preliminary report», *BSA*, 84, pp. 447-463.
Ward-Perkins, J.B. (1942), «Problems of Maltese Prehistory», *Antiquity*, 16, pp. 19-35.
Warmington, B.H. (1969), *Carthage*, Hale, Londres.
Warner, R.B. (1985), «Observations on the Radiocarbon Dates from Rathmullen», *Ulster Journal of Archaeology*, 48, pp. 142-144.
Warren, P., y V. Hankey (1989), *Aegean Bronze Age Chronology*, Bristol Classical Press.
Webb, J.M., y J.C. Courtois (1979), «A Steatite Relief Mould from Enkomi», *RDAC*, pp. 151-158.
Weinberg, S.S. (1939), «Excavations at Corinth, 1938-1939», *AJA*, 43, pp. 592-600.
Weinstein, J.M. (1980), «Palestinian Radiocarbon Dating: A Reply to Mellaart», *Antiquity*, 54, pp. 21-24.
— (1981), «The Egyptian Empire in Palestine: A Reassessment», *BASOR*, 241, pp. 1-28.
— (1984), «Radiocarbon Dating in the Southern Levant», *Radiocarbon*, 26, pp. 297-366.
Weir, J.D. (1972), *The Venus Tablets of Ammizaduga*, Nederlands Historisch-Arch. Inst. in het Nabije Oosten, Estambul.
— (1982), «The Venus Tablets: A Fresh Approach», *Journal for the History of Astronomy*, 13, pp. 23-49.
— (1986), «Velikovsky's Evidence?» (carta), *Nature*, 321, p. 466.
Weiss, B. (1982), «The Decline of Late Bronze Age Civilization as a Possible Response to Climate Change», *Climate Change*, 4, pp. 173-198.
Wente, E.F. (1976), reseña de K. Kitchen, *The Third Intermediate Period in Egypt*, 1972, *JNES*, 35, pp. 275-278.
Wente, E.F., y C.C. Van Siclen (1976), «A Chronology of the New Kingdom», en J.H. Johnson y E.F. Wente, eds., *Studies in Honor of George R. Hughes*, Chicago Oriental Institute, pp. 217-261.
West, S. (1979), «Bible's Foundations Shaken», *New Scientist*, 7 de junio, p. 798.
Wheeler, M. (1954), *Archaeology from the Earth*, Clarendon Press, Oxford (hay trad. cast.: *Arqueología de campo*, FCE, México, 1961).
White, A.D. (1896), *A History of the Warfare of Science with Theology in Christendom*, Macmillan & Co., Londres.
Whiteside, D.T. (1978), «Ptolemy in the Dock», *Nature*, 276, pp. 151-152.
Wightman, G.J. (1985), «Megiddo VIA-III: Associated Structures and Chronology», *Levant*, 17, pp. 117-129.
Wilson, D. (1975), *Atoms of Time Past*, Allen Lane, Londres.
Wilson, R.R. (1977), *Genealogy and History in the Biblical World*, Yale University Press.
Winter, I. (1976a), «Phoenician and North Syrian Ivory Carving in Historical Context: Questions of Style and Distribution», *Iraq*, 38, pp. 1-22.

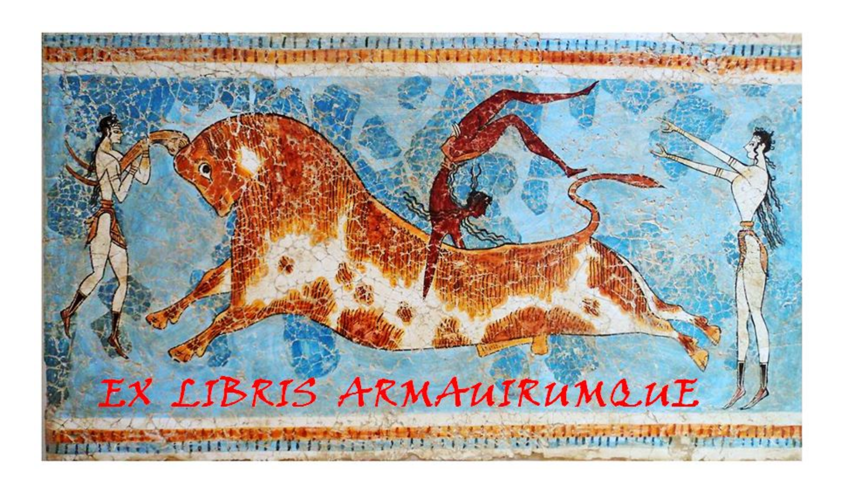
— (1976b), reseña de Mallowan y Hermann, 1974, *AJA*, 80, pp. 201-203.
— (1981), «Is There a South Syrian School of Ivory Carving?», *Iraq*, 43, pp. 101-130.
Wiseman, D.J. (1975), «Assyria and Babylonia, c. 1200-1000 B.C.», *CAH*, II.2, pp. 443-481.
Woldering, I. (1967), *The Arts of Egypt*, Thames & Hudson, Londres.
Wood, B.G. (1990), «Did the Israelites Conquer Jericho?», *BAR*, marzo/abril, pp. 44-58.
Woolley, L. (1914), «Hittite Burial Customs», *AAA*, 6, pp. 87-98.
— (1921), *Carchemish II. The Town Defences*, British Museum, Londres.
— (1952), *Carchemish III. The Excavations in the Inner Town*, British Museum, Londres.
— (1953), *A Forgotten Kingdom*, Penguin, Harmondsworth.
Wright, G.E. (1959), «Israelite Samaria and Iron Age Chronology», *BASOR*, 155, pp. 13-29.
Wright, H.E. (1972), «Vegetation History», en W.A. MacDonald y G.R. Rapp, eds., *The Minnesota Messenia Expedition*, University of Minnesota Press, pp. 188-199.
Wright, W. (1886), *The Empire of the Hittites*, Nisbet, Londres.
Yadin, Y. (1972), *Hazor*, Weidenfeld & Nicolson, Londres.
— (1980), «A Rejoinder», *BASOR*, 239, pp. 19-23.
Yannai, A. (1982), «Raising the Dates of Greek Protogeometric?», *AJA*, 86, p. 292.
Yates, T. (1986), «Studies of Non-marine Mollusks for the Selection of Shell Samples for Radiocarbon Dating», *Radiocarbon*, 28, pp. 457-463.
Yon, M. (1976), *Manuel de céramique chypriote I: problèmes historiques, vocabulaire, méthode*, Inst. Courby, Lyon.
— (1984), «Fouilles Françaises à Kition-Bamboula (Chypre), 1976-1982», *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, Comptes Rendus*, pp. 80-99.
— (1988), «Kition, un royaume phénicien à Chypre et sa capitale», en Sznycer, ed. (1988), pp. 34-37.
Yon, M., y A. Caubet (1985), *Kition-Bamboula III*, Éditions Recherche sur les Civilizations, París.
Young, R.S. (1964), «The Nomadic Impact: Gordion», en Mellink, ed. (1964), pp. 52-57.
— (1966), «The Gordion Campaign of 1965», *AJA*, 70, pp. 267-278.
Yoyotte, J. (1972), «Les Adoratrices de la troisième période intermédiaire», *Bulletin de la Société Française d'Égyptologie*, 64, pp. 31-52.
Yurco, F.J. (1986), «Merneptah's Canaanite Campaign», *JARCE*, 23, pp. 189-215.
Zaccagnini, C. (1987), «Aspects of Ceremonial Exchange in the Near East During the Late Second Millennium BC», en M. Rowland *et al.*, eds., *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge University Press, pp. 57-65.
Zaharia, E. (1965), «Remarques sur le Hallstatt ancien de Transylvanie. Fouilles et Trouvailles de Mediaș 1958», *Dacia*, 9, pp. 83-104.

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE DE CUADROS

ÍNDICE DE MAPAS

ÍNDICE DE FIGURAS


EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE

ÍNDICE DE LÁMINAS (entre pp. 224-225)

ÍNDICE